

JUAN BOSCH

OBRAS COMPLETAS

XXXIV

OBRA PERIODÍSTICA

CUBA (1939-1953)

GPEP

COMISIÓN PERMANENTE
DE EFEMÉRIDES PATRIAS

2012

OBRAS COMPLETAS DE JUAN BOSCH

Edición dirigida por
Guillermo PIÑA-CONTRERAS

COLABORADORES

Arq. Eduardo SELMAN HASBÚN
Secretario de Estado sin Cartera

Lic. Juan Daniel BALCÁ CER
Presidente de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias

© Herederos de Juan Bosch, 2012

Edición al cuidado de
José Chez Checo

Diseño de la cubierta y arte final
Eric Simó

Publicación de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias
en ocasión del Centenario de Juan Bosch, 2009

Impresión
Serigraf S.A.

ISBN: 978-9945-462-51-7
ISBN: 978-9945-462-00-5 (O. C.)

República Dominicana

CONTENIDO

Lucha contra Trujillo en el periodismo de Bosch <i>Beatriz Adriana Canseco Gómez</i>	VII
---	-----

CARTELES

Prosistas dominicanos II	3
Prosistas puertorriqueños	11
27 de febrero de 1844. Fundación de la República Dominicana	17
27 de febrero de 1844. Centenario de la República Dominicana	23
El primer libertador americano	37
Francisco Martín, salvaje por vocación	51

BOHEMIA

El acuerdo Truman-Perón en el panorama político mundial	69
¿Qué ocurre, por fin, en Venezuela?	75
El Turco se llamaba... ..	81
Errores de la política norteamericana en el Caribe	89
José Figueres, una semblanza al vuelo	97
Paz para la lucha americana	107
La inútil siembra del odio contra Stalin	113
Los hermanos siameses del odio	119
El paraíso de los traidores	125
Rómulo Betancourt, autor de sí mismo y líder de su pueblo	131

La trampa del monstruo	139
Cazando la actualidad en el Caribe: Rumbo Sur para viajar al Norte	147
Cazando la actualidad en el Caribe: tres países conquistados al miedo	157
Cazando la actualidad en el Caribe: México, el de los grandes destinos	169
El asesinato de la “Quinta Maritza”	177
Adefesio jurídico y monstruosidad moral en Venezuela ...	187
Cómo hubiera hablado Al Capone	199
En Venezuela gobierna el miedo	207
Treinta años de trabajos públicos	217
Está destinada a desaparecer pronto la naciente monarquía dominicana	227
El asesinato de Andrés Requena en New York es un típico crimen trujillista	237
La guerra de Indochina tiene más importancia que la de Corea	251
Guatemala a la ofensiva	261

ULTRA

Ciudades dominicanas	271
La unidad antillana	277

INFORMACIÓN

La mayor aventura americana	283
Venezuela a la vanguardia. El mentís de América. ¿Se equivocó Bolívar?	295
Cambios en Haití. Mr. Lescot y sus ideas. La lección de la historia	299
Martínez el teósofo. Hora de liquidar. El Pueblo es invencible	303
La caída de Martínez. Sus causas. Los perturbadores de la paz	307

El caso de Puerto Rico. Declaraciones insólitas.	
Algo de historia	311
Industrialización del continente. América, la reserva del mundo	315
Derecho de asilo. Negativas y héroes en El Salvador	319
El retorno de López. Banquero y líder.	
Democracia colombiana	323
El techo del mundo	327
Hebreos en nuestra América	331
El extraordinario embajador	335
La revolución ecuatoriana	339
Los problemas del Ecuador	343
El caso de Bolivia	347
La inflación en Venezuela	351
¿Por qué renuncia Colón Eloy Alfaro?	355
Honduras al borde de la revolución	359
La ascensión de Tiburcio Carías	363
Llanto en las islas	367
El reinado de los Carías	371
Desventuras de una constitución	375
La hora cero de Ubico	379
El derecho de asesinar	383
Guatemala, botín de tiranos. Tiranías guatemaltecas	387
Ahora, Honduras y Nicaragua	391
La sangre de Sandino	395
Por seguir cabalgando.	399
El orden sin relajo	403
De Morazán a Ubico. Guatemala	407
Trujillo en la picota americana	411
¡Cuidado comunistas!	415
Así es Trujillo, comunistas	419
La falsa honradez de Ubico	423
El <i>boomerang</i> de la historia	427

La cruz gamada en el Sur	431
Gracias cubanos: una carta a Trujillo	435
¡Cosas veredes, Mio Cid!	439
Eso se llama “imperialismo”	443
Con el pueblo argentino	447
Los anónimos, inevitables errores de concepto	451
Malos días para Haití	455
“Quien tenga tejado de vidrio... Congreso de Abogados de México”	459
La necesaria unidad hemisférica	463
Una falsa versión del fenómeno colombiano	467
La lección del Uruguay. Azúcar y aguardiente cubanos ...	471
Mañana, en el Brasil... ..	475
El dedo en la llaga	479
Colonias en el Continente	483
¡Buena suerte compañero!	487
Si Mr. Connally quisiera... ..	491
Una política post-bélica	495
Gobernador electivo no; soberanía nacional	499
Apelación a los cubanos	503
La democracia mexicana	507
Un partido ejemplar	511
Retrato de un viejo maestro	515
Otra vez Arnulfo Arias	519
La unión de Centroamérica	523
El horizonte sombrío	527
Una voz antillana	531
El líder descalzo	535
Un golpe a la política del buen vecino... ..	539
A Dios rogando... ..	543
La actualidad guatemalteca	547
Índice onomástico	551

LUCHA CONTRA TRUJILLO EN EL PERIODISMO DE BOSCH

Beatriz Adriana CANSECO GÓMEZ

Preliminar

Juan Bosch, el más connotado pensador e intelectual dominicano del siglo XX, desarrolló, a lo largo de su vida, diversas facetas. Fundador, en 1939 en La Habana, del Partido Revolucionario Dominicano (PRD), y, en 1973 en Santo Domingo, del Partido de la Liberación Dominicana (PLD), las organizaciones políticas más importantes de República Dominicana. Igualmente, como escritor, es autor de una importante obra literaria (cuentos y novelas), histórica y política. Desde 1961, a su regreso a Santo Domingo luego de un prolongado exilio, hasta su muerte en 2001, sobresale su extraordinaria labor pedagógica para elevar el conocimiento del pueblo dominicano¹.

¹ Faceta de suma importancia que es analizada por Pablo Maríñez en el prólogo del tomo xxvii de las *Obras Completas*, la cual consideramos que está sumamente ligada a las actividades que desarrolló Juan Bosch en una de sus etapas en el ámbito del periodismo, pues una de las estrategias que utilizó fue precisamente la publicación de artículos que después serían analizados y debatidos en los Círculos de Estudio del PLD, para ello fue que se creó el periódico *Vanguardia del Pueblo* y la revista *Política, teoría y acción*, en donde además se publicaban artículos escritos por otros dirigentes del Partido. Maríñez señala que esta última publicación también se abrió “como espacio de difusión de distintos estudios, artículos, ponencias y documentos de diversos intelectuales de varios países, tanto de América Latina y el Caribe, como

En este ensayo, sin embargo, nos limitaremos a su actividad como periodista, papel que desempeñó no sólo en la prensa escrita sino también en la radio.

Durante su estancia en Cuba Bosch colaboró y trabajó para diversas publicaciones, y son esos textos los que integran este volumen y que abarcan, de manera intermitente, el periodo de 1940 a 1953 y cuyo contenido versa, en su mayoría, de artículos escritos en contra de la tiranía de Trujillo, así como de análisis de coyuntura de varios de los procesos que en esos momentos se estaban viviendo en la región. A pesar de que, más adelante, hablaremos del contenido de este tomo XXXIV, sólo consideramos necesario hacer ahora una pequeña referencia para explicar el desarrollo que tendrá este ensayo. Para comprender mejor el contexto de la época haremos un breve esbozo de cuál era la situación de los medios de comunicación tanto de Cuba como de República Dominicana durante esos años, cuál era la situación política de América Latina y el Caribe, cómo eran las relaciones diplomáticas entre Cuba y República Dominicana considerando que dada la apertura que en determinado momento se vivió en la mayor de las Antillas se creó un clima propicio para que se establecieran allí varios grupos de exiliados, no solamente dominicanos sino de otros países de la región dominados por gobiernos autoritarios.

Los medios de comunicación en Cuba y República Dominicana

América Latina ha sido considerada como pionera en lo referente al pensamiento crítico en el campo de la comunicación

de Estados Unidos y Europa”. Dado que el objetivo era educar al pueblo los textos de Bosch en esta época se caracterizan por su carácter pedagógico reflejado en el lenguaje que se utiliza y la manera en que se expone, que busca penetrar en toda la población. *Cfr.* MARÍÑEZ, Pablo, “Juan Bosch: la política como método para la educación del pueblo”, en BOSCH, Juan, *Obras completas*. T. XXVII, Santo Domingo, Ediciones de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, 2012, p.VII-VC.

durante la década de los sesenta y los ochenta, pues se destacaba la alta concentración de la propiedad de los medios en pocas manos, así como los contenidos que se encontraban cargados a favor de los intereses de los dueños de esos medios que pretendían mantener el sistema de dominación existente para evitar surgieran alternativas que pretendieran la emancipación oponiéndose a ellas de manera ideológica². Actualmente podemos decir que la situación que prevalece en ese ámbito es prácticamente la misma que en décadas pasadas sólo que hoy la concentración se ha exacerbado debido al predominio de la economía de mercado, y si bien es cierto que con las nuevas tecnologías se ha abierto el espectro de lo que podemos ver, leer o escuchar esto es sólo en apariencia pues son los mismos grupos empresariales los que controlan y poseen la televisión, la radio, la prensa escrita y ahora también tienen una presencia muy importante en internet. En lo que concierne a la región latinoamericana son “cuatro grandes grupos mediáticos que participan de forma hegemónica en la industria audiovisual, impresa y radiofónica vinculándose además con los grupos mediáticos globales: Grupo Televisa de México, Organización Globo de Brasil, Organización Cisneros de Venezuela y Grupo Clarín de Argentina”³.

Asimismo el poder de los medios de comunicación se sigue utilizando para descalificar o difamar en donde aún hay gobiernos autoritarios, pero también es utilizado por algunos gobiernos para manipular a las masas, no hace falta más que recordar la situación que se generó alrededor del ataque a las

² Cfr. GUINSBERG, Enrique, “Pasado y presente en la lucha contra la concentración mediática”, en *Estudios Latinoamericanos*, N° 24, México, CELA, FCPyS, UNAM, 2009.

³ CARBALLAL CANO, Armando, “TeleSUR. Construyendo una televisión para la integración latinoamericana”, en *Estudios Latinoamericanos*, N° 24, México, CELA, FCPyS, UNAM, 2009, p.132.

torres gemelas en Nueva York en septiembre de 2011 y la utilización que el gobierno de Estados Unidos hizo de ese evento en los medios masivos de comunicación para restringir libertades individuales y más adelante como una justificación de la intervención en Afganistán e Irak.

Esta concentración de los medios de comunicación en pocas manos ha permitido que el grupo que los posee se convierta en un poder fáctico⁴, y que utilicen el poder que tienen a su favor, así no es raro ver como por medio de un programa o una columna se tratan de resolver asuntos que competen a instituciones legales, se descalifica a los competidores o se presiona a gobiernos para aumentar sus beneficios económicos. Es tal la penetración de los medios de comunicación y el alcance de las nuevas tecnologías, que no es extraño ver que, por ejemplo, en tiempos electorales los candidatos busquen conseguir el favor de los dueños de estos medios para construir y consolidar sus candidaturas, ni tampoco que los empresarios utilicen sus espacios de manera totalmente abierta para atacar a aquellos candidatos o gobiernos que consideran actúan en contra de sus intereses, aún cuando estos puedan estar actuando o proponiendo medidas que beneficien al grueso de la población.

En la última década, sin embargo, debido a la llegada de gobiernos considerados de corte progresista en Latinoamérica y el auge de la tecnología han surgido iniciativas para constituir un canal de televisión que permita cubrir el perfil de

⁴ México es uno de los casos emblemáticos de la concentración de los medios de comunicación y el poder que ejercen frente a otros actores de la sociedad, al respecto *Cfr.* FERNÁNDEZ CHRISTILEB, Fátima, "Poderes fácticos *versus* poderes constitucionales. El caso Televisa", en CALDERÓN RODRÍGUEZ, José María y VADILLO BELLO, Alfonso (coordinadores), *Bajo la sombra de Craso. La democracia moderna entre finanzas bárbaras, poderes fácticos y crisis de la representación*, México, UNAM, 2010, pp.291-306.

notas que de manera general no tienen cabida en los medios tradicionales, y trata de romper con la transmisión de ese pensamiento único que pone por encima de todo al mercado. Esta propuesta se ha materializado con la creación de TeleSUR⁵ en 2005, que está constituida con acciones que poseen los Estados de Venezuela, Ecuador, Cuba, Bolivia y Nicaragua, y que tiene amplia presencia en internet aunque le ha sido difícil romper el cerco de los propietarios tradicionales de los medios masivos de comunicación que han operado para que esa señal no llegue a un número más grande de personas, pero es una buena opción para analizar nuestra realidad desde otra perspectiva, ya desde su lema nos da una idea de lo que se pretende con esta televisora: “Nuestro norte es el sur”.

¿Cuál era la situación de los medios de comunicación entre 1940 y 1960 en Cuba y República Dominicana?

En lo que se refiere al control de los medios de comunicación, al iniciar el gobierno de Rafael Leónidas Trujillo “comenzó la acción contra la prensa, la radio y toda manifestación escrita o hablada que no estuviera sometida a su voluntad, de manera que ningún núcleo político que no fuera el suyo podía tener expresión pública”⁶.

Al asumir Trujillo el poder en República Dominicana (1930) había tres periódicos de circulación nacional: el *Listín Diario* y *La Opinión*, en Santo Domingo y, en Santiago, *La Información*, que fue el único que logró sobrevivir a la dictadura. Cada uno de ellos había manifestado una postura política antes

⁵ Cfr. CARBALLAL CANO, Armando, *op. cit.*, para ver el surgimiento de la televisora, y el funcionamiento que tuvo durante sus primeros tres años. La señal de TeleSUR puede ser vista por medio de internet en la siguiente dirección: <<http://www.telesurtv.net>>.

⁶ BOSCH, Juan, *Trujillo causas de una tiranía sin ejemplo*, en *Obras completas*, T. IX, Santo Domingo, Ediciones de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, 2009, p.127.

de las elecciones de 1930: el *Listín* había apoyado a Horacio Vásquez y *La Opinión* a Trujillo, mientras que *La Información* había logrado mantener cierta independencia frente al nuevo régimen. El *Listín Diario* fue presionado de manera económica y tuvo que dejar de circular en 1942 reanudando labores en agosto de 1963, precisamente durante el gobierno de Juan Bosch⁷, primer presidente electo democráticamente después de la dictadura de Trujillo.

En el caso de *La Opinión*, que en un principio había dado su apoyo a Trujillo, dejó también de circular debido a las críticas que se hicieron al régimen en la aparente apertura de 1946, a la que nos referiremos más adelante, el dictador adquirió el diario y desapareció en 1947. Para tener un control verdadero sobre la prensa Trujillo creó dos periódicos: *La Nación*, dirigido por Rafael Vidal y algunos republicanos españoles que habían sido acogidos en el régimen, vocero oficial del gobierno, comenzó a circular en 1940 y desapareció en julio de 1963. También fundó *El Caribe*, en abril de 1948 y que aún sigue circulando.

En cuanto a las estaciones de radio para 1936 había en Santo Domingo alrededor de 30, algunas en las que el gobierno se ostentaba como propietario y otras del sector privado pero todas al servicio de la dictadura⁸. República Dominicana se convirtió en el tercer país en poseer un sistema de televisión, sólo por detrás de Cuba y México. Trujillo construyó y utilizó una maquinaria publicitaria como soporte de su régimen que requería “el más absoluto control de los medios de comunicación

⁷ Para una historia del *Listín Diario*, Cfr. <http://www.listin.com.do/dr/corp_nosotros.aspx>.

⁸ Para mayores detalles sobre las estaciones de radio y los programas que transmitían Cfr. CRUZ SÁNCHEZ, Filiberto, *Historia de los medios de comunicación en República Dominicana*, Santo Domingo, *El Nuevo Diario*, 1997, pp.219-261.

[...] y atrapar a la generalidad de los intelectuales y asimilarlos a la naciente maquinaria despótico-estatal”⁹.

Según Bosch, Trujillo había convertido al país en una empresa al servicio de sus necesidades lo que lo diferenciaba de los otros países que sufrían de gobiernos autoritarios en donde, a decir de nuestro autor había grupos independientes que manejaban la economía, en cambio en su país los dominicanos se hallaban sometidos militar, política y económicamente y eso se expresaba también en los medios de comunicación pues “todo órgano de expresión es propiedad de la empresa; los periódicos, las radios y las televisoras dicen lo que la empresa determina que conviene a sus fines”¹⁰. Trujillo sabía bien el alcance y la importancia de los medios de comunicación por la penetración que tenía en la población, por ello se esforzaba por mantener la imagen de un país próspero, de ello se ocupó no sólo al interior del país, controlando los medios, como ha señalado Bosch, sino también procuró difundir esa imagen en el exterior, para lo cual se valía del dinero para contratar periodistas y subsidiar publicaciones extranjeras, logrando que intelectuales y periodistas del Continente escribieran lo que a sus intereses convenía, fue el caso en México de Octavio Freire, Daniel Morales, Adolfo León Osorio, así como del cubano Gastón Baquero, y del chileno Lautaro Silva, entre otros¹¹, que se encargaban de descalificar con su pluma a quienes denunciaban al régimen trujillista y de expandir en sus países la imagen de República Dominicana como un país próspero y democrático gracias a la dedicación y trabajo de su gobernante.

⁹ *Ibid.*, p.234.

¹⁰ BOSCH, Juan, *Trujillo: causas de una tiranía sin ejemplo*, op. cit., p.135.

¹¹ Cfr. MORALES PÉREZ, Salvador E., *Almoína, un exiliado gallego contra la dictadura trujillista*, Santo Domingo, Archivo General de la Nación, 2009, p.166.

Una característica que quisiéramos resaltar en cuanto a la prensa en la época que nos ocupa es la que Bosch señala como una tendencia enfermiza de la *psique* dominicana de tener una propensión colectiva a la calumnia, y llevada al extremo de una columna periodística que se escribía en el despacho de Trujillo “y se dice que a menudo dictada por él mismo llamada ‘Foro Público’¹² que es la apoteosis de ese mal. Lo primero que lee un dominicano medio, al abrir un periódico [...] verdadero pozo de inmundicias”¹³. Aunque no es el objetivo de este trabajo profundizar en el estudio en particular del régimen implantado por Trujillo si queremos dejar señalado que Bosch se dedicó a buscar y estudiar cuáles eran las causas de que en su país se hubiera logrado instaurar una dictadura de esta magnitud que en sus textos *Póker de espanto en el Caribe* (1955)¹⁴, y *Trujillo causas de una tiranía sin ejemplo* (1959), explica aduciendo que Trujillo es un producto del desarrollo histórico del país.

¹² Publicada en *El Caribe* y que, podemos decir, constituía un medidor de la política dominicana, y a la vez era una expresión más del andamiaje represivo del régimen. La columna fue publicada de mayo de 1948 a julio de 1961, Cfr. COLLADO, Lipe, *El Foro Público en la Era de Trujillo*, Santo Domingo, Ed. Collado, 2000. La importancia de dicha columna se encuentra muy bien retratada en la novela *La fiesta del chivo* cuando señala que dicha publicación tenía a la gente en vilo pues “de lo que se dijera allí de ellas dependía su destino, por las intrigas y operaciones contra, a veces, gente apolítica, digna, ciudadanos pacíficos que, por alguna razón, habían caído en las infinitas redes de espionaje que Johnny Abbes García y su multitudinario ejército de *caliés* tenían tendidas por todos los vericuetos de la sociedad dominicana”, VARGAS LLOSA, Mario, *La fiesta del chivo*, México, Alfaguara, 2000, pp.53-54. Es tal la significancia de esa columna que el reconocido novelista retrata muy bien como se hace pública la caída “en desgracia” del personaje Agustín Cabral, y el cambio en su vida a partir de una carta divulgada en dicho espacio, p.255.

¹³ BOSCH, Juan, *Trujillo: causas de una tiranía sin ejemplo*, op. cit., p.146.

¹⁴ Hemos puesto como referencia el año en que Bosch escribió el texto en Santiago de Chile, aunque creemos pertinente señalar que fue en 1988 que este libro se publicó.

La llegada de un grupo de republicanos españoles exiliados¹⁵ a Santo Domingo en 1939 fue seguida, en la década de los cuarenta, de cierta apertura que estimuló a los núcleos de dominicanos antitrujillistas. Los republicanos españoles se desempeñaron con relativa libertad pues Trujillo buscaba mejorar la imagen que de su régimen se tenía fuera de las fronteras. Así el grupo de exiliados llegó a publicar varios periódicos y revistas, entre ellos *Por la República* y *Rumbo* en el que se expresaban los puntos de vista del Partido Comunista español, los del Partido Socialista Obrero con los Republicanos de la Junta de Liberación Económica, el periódico *Democracia*; en cuanto a las revistas se destacan *Atalaya*, *ERI (Pueblo)*, *Panorama*, *Ágora*, *Ozama*¹⁶. Cabe señalar que muchas de ellas tenían un contenido de temática marxista, lo cual obviamente no gustó a Trujillo que a mediados de la década cerró las puertas a la inmigración política europea.

El trujillato no sólo se encargó de controlar y censurar a los medios, sino que llevó esta censura a las estaciones extranjeras interfiriendo en las ondas de las emisoras que emitían ataques a su régimen y llegó incluso a prohibir la proyección de películas con artistas de filiación comunista o en lenguas extranjeras. Sin embargo, pese a la censura surgieron algunas publicaciones antitrujillistas como *El Popular*, *Juventud Democrática*, *El Combate* (en donde el líder obrero Mauricio Báez se desempeñó como subdirector), *El Obrero* y *El Grito*.

Mención especial merece la creación de Radio Caribe¹⁷ en 1960 con el objetivo de defender el régimen, quedando bajo

¹⁵ Cabe recordar que dentro de este grupo de exiliados que llegaron a República Dominicana se encontraban Jesús de Galíndez y José Almoína quienes años después morirían asesinados víctimas de la tiranía trujillista.

¹⁶ Cfr. MORALES PÉREZ, Salvador E., *op. cit.*, p.116.

¹⁷ El periodista Lipe Collado ha calificado a esta emisora como un arma política de inteligencia y propaganda para defensa de la tiranía. Transmitía en 6

la dirección de un hombre de confianza de Trujillo, José Martí Otero. La particularidad de esta estación es que fue defensora de la Revolución Cubana y detractora de los gobiernos de Venezuela y Estados Unidos, específicamente contra el del venezolano Rómulo Betancourt contra quien Trujillo dirigiría un intento fallido de asesinato que lo llevaría finalmente a ser sancionado por la OEA y a la ruptura de relaciones diplomáticas con todos los países democráticos de América Latina, incluyendo a México. Se encontraba ya en el ocaso la dictadura pues la campaña en contra de Estados Unidos se debía al viraje que la política de ese país había tenido con respecto a su otrora aliado, pues el gobierno estadounidense no estaba dispuesto a que se presentara una “nueva Cuba” y por ello había comenzado a apoyar a grupos que conspiraban contra el dictador, la geopolítica de la región había cambiado debido al triunfo de la Revolución Cubana en enero de 1959, pero Trujillo no quiso o no supo verlo a pesar de la advertencia que con su astucia política y agudeza intelectual le hizo Bosch al enviarle una carta el 27 de febrero de 1961 (nótese que esto es sólo tres meses antes de que el dictador fuera asesinado en mayo de ese mismo año). Bosch, en aquel momento escribió: “[...] La atmosfera política del hemisferio sufrió un cambio brusco [...] Fidel Castro [...] ha desempeñado un papel de primera magnitud en ese cambio de atmosfera continental, pues a él le correspondió la función de transformar a pueblos pacientes en pueblos peligrosos. Ya no somos tierras sin importancia, que pueden ser mantenidas fuera del foco de interés mundial. [...] En este instante histórico, su caso puede ser comparado al del ágil, fuerte, agresivo y voraz tiburón, conformado

idiomas y contaba con un *staff* de más de 100 personas, y a decir del autor era una dependencia del Servicio de Inteligencia Militar (SIM), *Cfr.* COLLADO, Lipe, *Radio Caribe en la Era de Trujillo*, Santo Domingo, Ed. Collado, 2008.

por miles de años para ser el terror de los mares, al que un inesperado cataclismo le ha cambiado el agua de mar por ácido sulfúrico; ese tiburón no puede seguir viviendo. [...] Si usted admite que [...] en el nuevo ambiente no hay aire para usted, y emigra a aguas más seguras para su naturaleza individual, nuestro país puede recibir el 27 de febrero de 1962 en paz y con optimismo; si usted no lo admite y se empeña en seguir tiranizándolo, el próximo aniversario de la República será caótico y sangriento [...]¹⁸.

Cabe precisar que la utilización de la prensa para descalificar y atacar a los opositores o difundir versiones “oficiales” cuando se cometía algún crimen (recordemos, por ejemplo, el caso de Galíndez en 1956 o el asesinato de las hermanas Mirabal en 1960), no era una característica propia de la dictadura dominicana, pues lo mismo hicieron en su momento los dictadores Somoza en Nicaragua, Pérez Jiménez en Venezuela y Batista en Cuba. Bosch decía que nada escapaba a las campañas emprendidas contra alguien “el honor familiar, el buen nombre de la anciana madre de un luchador, el sentimiento religioso de un líder; todo es manchado, enlodado, perseguido y denigrado”¹⁹. Sin embargo, dice nuestro autor, la lectura de esa misma prensa servirá para juzgarlos en toda su magnitud.

En el caso de Cuba destacamos que desde mediados de la década de 1940 y hasta 1958 La Habana se convirtió en uno de los centros más importantes de la radio comercial y la producción de televisión en América Latina propiciada en los años cuarenta por la esperanza democrática, la relativa estabilidad económica, así como la efervescencia intelectual y cultural que

¹⁸ BOSCH, Juan, “Carta de Juan Bosch al dictador Trujillo”, en *Obras completas*, T. IX, *op. cit.*, pp.311-313.

¹⁹ BOSCH, Juan, *Póker de espanto en el Caribe*, en *Obras completas*, T. XIV, Santo Domingo, Ediciones de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, 2009, p.210.

se vivió en la mayor de las Antillas²⁰. Ahí se interconectaron la democracia, el capital y la profesionalización que fueron sustentados por la institucionalización que hubo por medio de leyes promulgadas en 1942 que propiciaron la modernización del sistema. Si bien no es nuestra intención realizar aquí un análisis del desarrollo de esta industria, sí consideramos importante hacer el señalamiento por la influencia que Cuba va a ejercer en el desarrollo de la industria de la radio y de la televisión en algunos países de América Latina y el Caribe, entre ellos Puerto Rico y República Dominicana, pues a mediados de la década de los cincuenta muchos de los trabajadores de esta industria migraron hacia esos países en donde tuvieron un buen recibimiento debido a su preparación y experiencia.

En cuanto a la prensa escrita en el período que nos ocupa se dio también un auge importante, a través de las páginas cubanas se vieron pasar las plumas de escritores de gran relevancia como Alejo Carpentier, Raúl Roa y Juan Bosch, entre otros. Entre los diarios que circulaban en la isla se encontraban *Información*, *El Crisol*, *Alerta* y *Prensa Libre*. Es importante destacar que en 1938 se creó la publicación *Noticias de Hoy* que “desempeñó un extraordinario papel como servidor de la causa antiimperialista del pueblo cubano, de la lucha contra la explotación, por el socialismo y la paz”²¹ y que se publicó hasta 1950. En cuanto a las revistas se destacan *El Fígaro*, *La Habana Elegante* y *La Habana Literaria*, *Carteles*, *Bohemia* y *Revista Bimestre Cubana*, que fue dirigida por Fernando Ortiz.

²⁰ Para un análisis del desarrollo de La Habana como centro de radiodifusión y producción de televisión, así como su influencia en América Latina Cfr. RIVERO, Yeidy M., “Havana as a 1940s-1950s Latin American Media Capital”, en *Critical Studies in Media Communication*, National Communication Association, vol. 26, N° 3, agosto, 2009, pp.275-293.

²¹ MARRERO, Juan, *Dos siglos de periodismo en Cuba. Momentos, hechos y rostros*, La Habana, Ed. Pablo de la Torriente, 1999, p.50.

Haciendo referencia a la radio, aunque su inauguración había sido en 1922, siendo este país el primero en América Latina en establecerla, como hemos señalado es en la década de los cuarenta cuando se da el desarrollo de la industria, destacándose CMQ como la principal emisora del país, y Radio Reloj (creada en 1947) que fue la primera emisora del mundo en transmitir noticias todo el día. Cuba fue de los primeros países de la región en tener televisión.

La Habana se convirtió en un lugar en el que los exiliados de los países que vivían bajo regímenes autoritarios encontraban un espacio para expresarse, pues, como veremos más adelante, hasta durante la dictadura de Batista había emisoras que denunciaban crímenes del casi moribundo régimen de Trujillo²².

El contexto regional y las relaciones de República Dominicana

Las décadas de los cuarenta y cincuenta en América Latina pueden ser calificadas como contrastantes pues mientras por un lado la región vivió un impulso democratizador, a mediados de los años 40 en el contexto de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), y las dictaduras establecidas en Guatemala por Jorge Ubico, en El Salvador por Tiburcio Carías, en Venezuela por Isaac Medina Angarita, en Bolivia por Gualberto Villarroel y en Haití por Lescot, llegaron a su fin, y en Cuba se vivía en un clima de apertura democrática hasta el momento desconocido, por otro lado se daba el fortalecimiento de fuerzas conservadoras como la dictadura de Trujillo, quien en un primer momento quizá percibiendo que el ambiente no le era propicio para permanecer en el poder aparentó una democratización de su gobierno en 1946 para integrar a grupos

²² Cfr. CRUZ SÁNCHEZ, Filiberto, *op. cit.*, p.255.

opositores y pedir al Congreso el reconocimiento del Partido Comunista, lo que resultó una trampa como bien explica Juan Bosch cuando dice que esa acción se hizo “para poder enrolar después a todos sus adversarios bajo la etiqueta de rojos, y matarlos sin misericordia [...] lo hizo para comprar con sangre dominicana, y con una persecución implacable a quienes lo combaten, el título de campeón anticomunista de América, y con él la benevolencia del Departamento de Estado, en esa ocasión mal encarado con su régimen por razones no políticas”²³.

Precisamente, una de las causas del fortalecimiento de esta dictadura se debe al inicio de la Guerra Fría y la cruzada en contra del comunismo que encabezó Estados Unidos desde 1947 con la conocida Doctrina Truman, que apoyaba gobiernos que no eran democráticos pero que se decían comprometidos con esa lucha. Esta situación sin embargo no interrumpió la lucha que se desarrollaba en contra de las tiranías que lograron sobrevivir, al contrario “conclaves de exiliados en Cuba, Venezuela, Estados Unidos, Puerto Rico y México realizaban una titánica labor para romper el muro de silencio de los grandes medios [...] los principales fuegos se concentraban contra Trujillo [...] y Somoza”²⁴. Ya en este contexto sólo dos países continuaban resistiendo a la oleada antidemocrática que impulsaba el gobierno estadounidense: Guatemala que desde 1944 había iniciado un proceso de transformación encabezado primero por Juan José Arévalo (1945-1951) y después por Jacobo Arbenz (1951-1954), quien fue

²³ BOSCH, Juan, *Obras completas*, T. XXXIV, Santo Domingo, Ediciones de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, 2012, p.140. En lo adelante, todas las citas a las que se hace referencia sólo a través del número de la página, corresponden a este volumen.

²⁴ MORALES PÉREZ, Salvador E., *op. cit.*, p.166.

depuesto por un golpe de Estado auspiciado por el gobierno de Estados Unidos; Cuba era el otro país que resistía los embates del enfrentamiento ideológico bajo el gobierno del Partido Revolucionario Cubano Auténtico (1944-1952).

Otros países en donde se vivió la contradicción de la apertura democrática y el retroceso de la guerra fría y que consideramos más significativos de ambas décadas son los siguientes: Haití en donde desde 1944 Elie Lescot se había convertido en dictador al prolongar su mandato y el de los legisladores por decreto declarándose como el elegido para gobernar su país, desde ese primer momento Bosch ya advertía el riesgo que corría Haití y decía que si el nuevo dictador no entendía el peligro que tenía de convertirse en un juguete de Trujillo estaría perdido y con él su país aunque señalaba “[...] Mr. Lescot no es más que un hombre. Los hombres son los que desaparecen y sufren el fallo de la historia. Los pueblos siguen viviendo, libres de las condenas que la historia fulmina contra algunos de sus hijos” (p.457). Afirmaba también que con la decisión tomada el haitiano estaba acabando con el prestigio que había ganado. Cabe destacar sin embargo, que al Lescot mantenerse fuera de las órdenes de Trujillo este inició una campaña sucia en su contra lo que condujo a Bosch a plantearse la posibilidad de solicitarle apoyo en su lucha contra la dictadura dominicana, y así lo hizo cuando le visitó el 22 de noviembre de 1945, “lo que le pedía era una ayuda económica de 25 mil dólares”²⁵ que fueron usados para adquirir tres aviones y los honorarios para inspeccionar el equipo correspondiente, lo que sobró le fue devuelto a Lescot, por medio de su hijo Gérard, durante su exilio en Canadá luego de su derrocamiento.

²⁵ BOSCH, Juan, “Un capítulo nuevo en la lucha contra Trujillo”, en *Obras completas*, T. IX, *op. cit.*, p.243.

A la caída de Lescot en enero de 1946 y la instalación de una Junta Militar que si bien impuso frenos el “proceso democrático continuó con el surgimiento de algunos partidos, la difusión de las ideas democráticas, populistas y socialistas, la organización de los sindicatos, el florecimiento del ‘nacionalismo cultural’, cierta concientización de las masas urbanas y una mayor participación de la juventud y los sectores medios”²⁶, proceso que finalizó con el gobierno de Dumarsais Estimé.

En marzo de 1946 también se aprobó en Francia una ley que convertía a las islas de Martinica y Guadalupe en Departamentos de Ultramar, estatus que conservan hasta la actualidad y que entró en vigor en 1948. Esta decisión aunque en su momento se vio como una medida positiva, pues originó algunas reformas y promovía (al menos de manera aparente) la igualdad jurídica entre los “franceses de ultramar” y los de la metrópoli, y se consideraba que con esa decisión esos territorios se verían libres de la presencia estadounidense, la realidad es que ese cambio sólo se dio en cuanto al nombre pues los lazos coloniales de esos territorios con la metrópoli siguieron intactos.

También el contexto regional permitió el cambio de estatus colonial de Puerto Rico en 1947 por medio de una enmienda al Acta Jones que permitía a la isla elegir un gobernador que podía formar su propio gabinete y en 1950 les permitió redactar su propia Constitución, siempre y cuando tuviera la aprobación del Congreso de Estados Unidos (lo que se concretó en 1952 cuando la isla se constituyó como Estado Libre Asociado), lo que nos permite afirmar que al igual que hizo Francia con sus territorios de ultramar, Estados Unidos sólo

²⁶ PIERRE-CHARLES, Gérard, *El Caribe contemporáneo*, México, Siglo XXI, 1981, p.37.

cambiaba el nombre pero seguía manteniendo ese territorio bajo su control. Sin embargo esa medida fue considerada como positiva por los sectores progresistas que llegaron a pensar que era un paso hacia adelante en la obtención de la independencia, lo cual no fue así y Puerto Rico sigue manteniendo su estatus colonial ahora bajo el nombre de Estado Libre Asociado²⁷. El primer gobernador electo fue Luis Muñoz Marín, con quien cabe señalar Bosch mantuvo una estrecha relación.

En 1953, en pleno escenario de Guerra Fría, parecía surgir una nueva esperanza en el Caribe cuando en Guyana triunfaba el People's Progressive Party y al amparo de una nueva constitución que garantizaba el sufragio universal ascendía al poder Cheddi Jagan, con una tendencia nacionalista y socialista, sin embargo ese gobierno sólo duró 133 días pues en octubre de ese mismo año tropas británicas fueron desembarcadas en el país, se depuso a Jagan y se suspendió la constitución que le había permitido alcanzar el poder²⁸.

²⁷ En noviembre de 2012 cuando se celebren elecciones en Puerto Rico para elegir al gobernador tendrá lugar un referéndum, el cuarto sobre el tema, en donde se preguntará a los puertorriqueños sobre la relación que desean mantener con Estados Unidos lo que podría contemplar la posibilidad de una anexión. La consulta ha sido impulsada por el actual gobernador de la isla, Luis Fortuño, del Partido Nuevo Progresista.

²⁸ En septiembre de 1961 Cheddi Jagan volvió a ganar las elecciones, pero tanto Estados Unidos como Gran Bretaña orquestaron una campaña de desestabilización que lo sacó del poder en 1964. Jagan volvió a gobernar su país de 1992 a 1997 ya como Presidente de la República Cooperativa (la independencia data de 1966). A través de una entrevista que le hiciera Margarita Haugaard en 1983 podemos seguir los planteamientos de este político y su postura frente a la República Cooperativa, manifiesta que en dicha república "al alcanzarse el socialismo, el sector cooperativista sería el dominante y que el cooperativismo sería el medio por el cual el socialismo llegaría a Guyana [*y afirma*] Nosotros predijimos que tal idea fracasaría, y así ha sido". Jagan explica igualmente la situación por la que ha atravesado su país y el papel que el imperialismo ha jugado en el desarrollo de la política ya que la política que en esos momentos era determinada desde fuera, se pronuncia en contra del neocolonialismo que se está llevando a cabo en Guayana y manifiesta

En el período que nos ocupa la política exterior de Trujillo logró, quizá por primera vez en la historia del país, una perfecta articulación entre la política interior y la exterior pues “todo el proyecto político-económico-militar impulsado en el país, en el que el Estado tendría un carácter intervencionista y dinamizador de la economía, en función de los intereses muy particulares de Trujillo —que se asumían como el equivalente del ‘interés nacional’— daría lugar al desarrollo, a su vez, de una amplia y dinámica ‘política exterior y estratégica’”²⁹. Mientras los primeros 15 años del régimen de Trujillo se caracterizaron por enfatizar lo diplomático y económico, en los últimos, hasta su muerte, predominó el elemento geopolítico como mecanismo para mantenerse en el poder bajo la sombra de la Doctrina de Seguridad Hemisférica impulsada por Estados Unidos durante la llamada Guerra Fría.

En este segundo período la política exterior era una extensión de la política establecida al interior de la isla: “persecución secuestro y asesinato de sus opositores en el extranjero; cooptación y soborno de medios de comunicación, organizaciones sindicales, políticas e intelectuales de varios países de la región; injerencia en la política interna de otras naciones [...] intentos de asesinato de Jefes de Estado cuando estos eran críticos, o más bien cuando brindaban apoyo a sus opositores”³⁰.

Una vez anotado lo anterior resulta lógico explicarnos la confrontación que se dio entre República Dominicana y los países que mantenían una política de apertura democrática y

su postura en contra de la apropiación de sus recursos naturales, entre otras cosas, Cfr. HAUGAARD, Margarita, “Entrevista con Cheddi Jagan, líder socialista de Guayana”, en *El Caribe Contemporáneo*, N.º 7, México, Centro de Estudios Latinoamericanos, FCPyS, UNAM, octubre de 1983, pp.115-124.

²⁹ MARÍÑEZ, Pablo A., *El Gran Caribe ante los cambios internacionales y la política exterior dominicana*, Santo Domingo, FUNGLODE, 2007, p.176.

³⁰ *Ibid.*, p.179.

daban su apoyo a los opositores, los más importantes en el exilio, para terminar con la dictadura que los aquejaba. Nos referimos a los casos de Venezuela, Guatemala, Costa Rica y, por supuesto, Cuba³¹.

De acuerdo al *Informe confidencial que sobre la política dominicana*, cuya autoría es atribuida a José Almoina³², Trujillo desde 1943 auspició una campaña para desestabilizar al gobierno venezolano en ese momento encabezado por Medina Angarita, sin embargo una vez que se dio cuenta de que Rómulo Betancourt podía alcanzar el poder propuso a Medina Angarita, durante su visita a Santo Domingo una vez fuera del poder, establecer un gobierno en el exilio pero al no ser aceptada su propuesta comenzó a apoyar e instigar movimientos intervencionistas contra Venezuela. Cabe en este momento recordar que Trujillo planeó varios atentados fallidos contra Betancourt³³, el último fue en 1960 cuando ya era presidente y que llevaría a la OEA a imponer sanciones económicas al país y prácticamente dejar aislado al dictador.

³¹ Luis Arias ha señalado que la hostilidad de Trujillo hacia esos gobiernos no se manifestó de manera inmediata lo que se demuestra con la presencia del canciller dominicano en la toma de posesión de Grau San Martín (1944) y la presencia de una delegación especial en la de Arévalo en Guatemala (1945), Cfr. ARIAS, Luis, *La política exterior en la era de Trujillo*, Santiago, República Dominicana, Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra, 1991.

³² Para consultar el informe completo Cfr. MORALES PÉREZ, Salvador E. *op. cit.*, pp.299-352.

³³ En contra de Betancourt ya se habían realizado otros atentados, como el que sufrió en 1951 cuando se encontraba residiendo en La Habana. Sobre la presencia de Betancourt en La Habana en esta época cuenta Bosch que su casa se convirtió en el centro de “la actividad propagandística en todo el Caribe contra la dictadura de Pérez Jiménez [y a donde] llegamos un día del año de 1951 José Figueres y el autor de este artículo a llevarle al líder venezolano 250 mil pesos cubanos [...] La entrega de ese dinero fue ordenada por el presidente Prío Socarrás”, BOSCH, Juan, “La Legión del Caribe, un fantasma de la historia”, en 33 *artículos de temas políticos*, Santo Domingo, Alfa & Omega, 2002, segunda edición, p.253, en *Obras completas*, T. IX, *op. cit.*, p.291.

En lo que a Guatemala se refiere Trujillo realizó contactos con el dictador de Honduras y con el de El Salvador para desestabilizar al gobierno de Juan José Arévalo, quien había ganado las elecciones celebradas en diciembre de 1944 después de que Jorge Ubico implantara una dictadura por 13 años. Con una constitución promulgada en 1945 empezó transformaciones en el país en beneficio de su pueblo, proceso que continuó e incluso radicalizó su sucesor Jacobo Arbenz. Arévalo logró mantenerse en el poder durante el período por el que fue electo (1945-1951) a pesar de enfrentar una veintena de conspiraciones en su contra. Rompió relaciones con República Dominicana en 1947 de manera unilateral y fue uno de los líderes de la izquierda democrática de la época que contribuyó en la lucha por democratizar los países que se encontraban bajo el terror de las dictaduras, entre ellos Dominicana y con su apoyo se concretó el triunfo de la revolución en Costa Rica que encabezaba José Figueres.

Las conspiraciones de Trujillo³⁴ en contra de Guatemala continuaron durante el gobierno de Arbenz, quien siendo protagonista de la revolución de octubre de 1944, regresó su país a la democracia, y cuyo gobierno había radicalizado las medidas sociales a favor de su pueblo, ya en el contexto de

³⁴ Un reflejo de cómo se manejaba el dictador dominicano en la región y la injerencia que llegaba a tener lo ofrecen las declaraciones de quien fuera jefe de Defensa del Estado al decir: "En el Caribe hemos derrochado fardos de billetes para comprar, o al menos alquilar, elementos del ejército haitiano, fuerzas de la policía, las fuerzas armadas cubanas, el servicio secreto guatemalteco, y otras muchas instituciones", ESPAILLAT, Arturo, *Trujillo: anatomía de un dictador*, Barcelona, Ediciones de Cultura Popular, 1967, p.91. También señalaba la existencia de agentes del Servicio Secreto dominicano que cubrían México, Venezuela, Colombia, y toda Centroamérica en donde había redes bien organizadas cuya tarea consistía en "conocer todo lo que ocurre en el área que le ha sido asignada e influenciar el curso de los acontecimientos para los mejores intereses de su país", *Ibid.*, p.128.

Guerra Fría fue acusado de “comunista” y derrocado por medio de un golpe de Estado de fuerza auspiciado por Estados Unidos en 1954.

Uno de los momentos de mayor algidez entre los gobiernos de República Dominicana, Cuba, Haití y Guatemala se vivió en 1949 y 1950. En junio de 1949, con el apoyo del gobierno de Arévalo, hubo una expedición militar encabezada por exiliados dominicanos que intentó derrocar al régimen, debido a ello el Congreso dominicano, el 26 de diciembre de 1949, otorgó a Trujillo plenos poderes para declarar la guerra a cualquier “país que a sabiendas tolere o proteja concentraciones de fuerzas militarmente organizadas equipadas y adiestradas en su territorio con el fin de invadir a la República”³⁵. Pero el tirano puso fin a ese privilegio en febrero de 1950.

Luego de la expedición de Luperón la OEA convocó a la Comisión Interamericana de Paz en septiembre de 1949 y emitió una declaración que, de entrada, fue refutada por el presidente de Cuba, Carlos Prío Socarrás que consideraba que constituía un respaldo a la dictadura dominicana. A instancias de Haití que temía una invasión de su vecino y con la aprobación de Trujillo para que se investigara en su totalidad la situación creada en el Caribe se nombró una Comisión de Investigación que integraron representantes de Bolivia, Colombia, Ecuador, Estados Unidos y Uruguay que visitarían a los países involucrados en el conflicto, que efectuó un informe pero también formuló recomendaciones entre las que estuvo la creación de un Comité permanente de observación para el Caribe.

En el caso de Cuba, de manera específica, las relaciones fueron más tensas e incluso de confrontación pues si bien los exiliados recibían el apoyo de los gobiernos democráticos que lograron instaurarse en la década de los 40, lo cierto es que la

³⁵ ARIAS, Luis, *op. cit.*, p.213.

concentración se produjo en La Habana³⁶, ahí era en donde se planeaban las expediciones, en donde se entrenaban los hombres y donde se daban todas las facilidades de movilidad requeridas para esta clase de acciones e incluso se aportaba dinero para llevarlas a cabo.

En 1945 el presidente de Cuba, Ramón Grau San Martín “había proclamado el ‘derecho a la resistencia’, contra las tiranías y la opresión resultante de estos regímenes enderezándose las baterías principalmente contra las satrapías tropicales de Somoza y Tujillo”³⁷. Ese mismo año se realizó en La Habana la llamada Conferencia Interamericana Pro Democracia y Libertad en la que estuvieron presentes intelectuales como Raúl Roa, Rómulo Betancourt, José Figueres y Juan Bosch.

La tensión en las relaciones entre República Dominicana y Cuba llegó a un punto álgido cuando se llevó a cabo la expedición de Cayo Confites en 1947, las negociaciones para tratar de resolver el conflicto creado por la fracasada operación que buscaba terminar con la dictadura de Trujillo tuvieron que desarrollarse en el marco de la Comisión Interamericana de Paz de la OEA, en donde se discutió además el caso de la apropiación del barco nevera *Angelita* por un grupo de exiliados dominicanos, entre los que se encontraba Juan Bosch, y que se intentó utilizar en la expedición³⁸. En 1949, después de las recomendaciones hechas por la Comisión de la OEA, Carlos

³⁶ Ahí radicaron, entre otros, Juan Bosch, Pedro Mir, Rómulo Betancourt.

³⁷ LÓPEZ PORTILLO T., Felícitas, *Cuba en la mirada diplomática mexicana: de Fulgencio Batista a Carlos Prío Socarrás (1933-1952)*, México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe, UNAM, 2008, p.162.

³⁸ *Cfr.* ARIAS, Luis, *op. cit.*, pp.155-192, en donde el autor hace una compilación de las más importantes comunicaciones que al respecto de la operación Cayo Confites se dan entre los gobiernos dominicano y cubano, así como los informes del embajador dominicano en Estados Unidos (Julio Ortega Frier) y un informe de la embajada americana en La Habana al respecto.

Prío Socarrás argumentaba que el principio de no intervención no debía ser considerado en el caso de gobiernos tiránicos que privaban de su libertad y derechos a los individuos.

Las relaciones entre ambas islas fueron normalizándose: ya en 1950 Cuba entregó el barco *Angelita*, y al año siguiente se firmó una Declaración Conjunta a raíz del caso *Quetzal*, al que nos referiremos más adelante al hablar sobre el contenido del presente volumen.

Las relaciones entre República Dominicana y Cuba dieron un giro con el golpe de Estado de marzo de 1952, pues junto con Venezuela fue de los primeros en reconocer el gobierno de Batista, y para junio decidieron elevar a rango de Embajador las misiones diplomáticas que debido a la crisis se habían mantenido en un nivel más bajo (Encargados de Negocios), aunque “se guardaban ciertas reservas provenientes de los lazos de Batista con exiliados dominicanos de los años treinta y por la subsistencia en Cuba de exiliados antitrujillistas”³⁹ pues se habían otorgado garantías a todos los exiliados latinoamericanos de que no serían molestados. Juan Bosch fue de ese grupo que permaneció en Cuba, al producirse el ataque al Cuartel de Moncada en 1953 “fue apresado y llevado a ‘La Cabaña’ [...] fue liberado gracias a la intervención del único general sobreviviente de la guerra de independencia, Enrique Loynaz del Castillo, mas su estancia en Cuba ya no era segura [...] y en agosto tuvo que refugiarse en la embajada costarricense para huir del acoso que vivía en la isla y la amenaza de ser deportado a su país”⁴⁰, pues sabía del peligro que correría de cumplirse esta amenaza.

³⁹ MORALES PÉREZ, Salvador E., *op. cit.*, p.224.

⁴⁰ RAYA, Graciela Leticia, *La formación del pensamiento político de Juan Bosch*, México, Facultad de Filosofía y Letras, tesis de licenciatura en Estudios Latinoamericanos, 2003, pp.41-42.

Al escribir sobre esta experiencia Bosch decía que llevando muchos años en la lucha contra Trujillo era casi obvio que “tenía que estar fichado como adversario de Batista, ese ‘grande y buen amigo’ como le llama públicamente Trujillo”⁴¹.

De manera general hemos querido puntualizar los hechos más relevantes de la época con la finalidad de que el lector de los artículos compilados en este tomo de las *Obras completas* de Bosch pueda ubicar con mayor facilidad el desarrollo de los acontecimientos sobre los que escribe nuestro autor.

Juan Bosch, el periodismo y Cuba

Juan Bosch estuvo muy ligado a los medios de comunicación desde tempranas épocas en su vida, como ya lo hemos mencionado, podemos decir que ha habido también otros políticos que conociendo el valor de los medios de comunicación y el alcance que tienen para hacer llegar a la población sus ideas incursionaron en ellos. Algunos de esos políticos, contemporáneos de Bosch, no sólo se asemejan a él en cuestión de su participación en la prensa escrita sino también en que fueron fundadores de partidos políticos que alcanzaron el poder con un amplio respaldo popular y contribuyeron a democratizar la región en el periodo que nos ocupa.

Podemos señalar, por ejemplo, el caso de Luis Muñoz Marín que en 1932 cuando se une al Partido Liberal asume la dirección del periódico *La Democracia* que era el órgano oficial del Partido, y después de ser expulsado de ese organismo, en 1938 (justo el año en que Bosch llegaba en su primer exilio a esa isla), fundó el Partido Popular Democrático que lo llevó a alcanzar el poder en las elecciones de 1948 y tomar posesión como el primer gobernador de Puerto Rico electo por el pueblo en enero de 1949⁴².

⁴¹ BOSCH, Juan, *Póker de espanto en el Caribe*, op. cit., p.372.

⁴² Luis Muñoz Marín permaneció en ese cargo durante 16 años, tras ser reelecto en tres ocasiones de 1949, 1952, 1956 y 1960.

Mencionaremos también el caso de Rómulo Betancourt que fundó un partido político que lo llevó a alcanzar la primera Magistratura de Venezuela en 1959 por medio de las elecciones, sin embargo no podemos olvidar que tras el derrocamiento de Medina Angarita presidió la Junta Revolucionaria de Gobierno (1945-1948), y le tocó organizar las elecciones en las que resultó electo Rómulo Gallegos quien gobernaría sólo unos meses pues fue depuesto por un golpe de Estado. Betancourt fundó el Partido Acción Democrática. Sobre su trabajo periodístico podemos señalar que durante su primer exilio ejerció el periodismo político en Costa Rica (*Semanario Trabajo, Repertorio Americano, La Hora, y La Tribuna*), en Colombia (*El Tiempo, La Novela Semanal, La Prensa y La Nación*), México (*Eurindia y Libertad*) y en Nueva York (*Venezuela Futura*). Al término de este primer exilio (1928-1936), tras la muerte de Juan Vicente Gómez, Betancourt escribió la columna “Economía y Finanzas” del periódico *Ahora*, que se convierte en el medio por el cual expresa sus ideas políticas y económicas. Fue director del periódico *El Unionista* y también columnista de *Acción Democrática* (fundado en 1942 bajo la dirección de Valomere Rodríguez y otros)⁴³, así como del periódico *El País*, de Caracas fundado en 1948.

Otro político que ejerció el periodismo fue el peruano Víctor Haya de la Torre cuyas colaboraciones han sido recogidas y publicadas como libros, tal es el caso de *Impresiones de la Inglaterra imperialista y la Rusia Soviética. Pensamientos sobre la realidad social y política de América Latina* (Buenos Aires, Acción y Crítica, Colección Claridad, 1932, 174p.) y *¿A dónde va Indoamérica?*

⁴³ Para una revisión exhaustiva sobre los artículos y los temas que Betancourt escribió durante su primer exilio Cfr. MAGLIONE, Ermelinda, *Obra periodística de Rómulo Betancourt durante su primer exilio (1928-1935), para la Sala Virtual de Investigación*, Caracas, Escuela de Comunicación, Universidad Católica Andrés Bello, tesis de licenciatura, 2008, 101p.

(Santiago de Chile, Ed. Ercilla, 1936, 3ª. edición). En este caso es necesario destacar que fue el mismo Haya de la Torre o su partido (APRA) quienes se encargaron de compilar y publicar los artículos, a diferencia de los trabajos de Bosch que se presentan en este tomo de las *Obras completas*, pues salvo muy pocos de estos artículos se conocieron con posterioridad, y ha sido hasta la conmemoración del centenario de su natalicio, en 2009, que la Fundación Global Democracia y Desarrollo (FUNGLODE) publicó en dos tomos dichos artículos, incluyendo la parte literaria, sus cuentos⁴⁴.

En cuanto a la utilidad de la radio, medio en el que también incursionó Bosch con su programa Tribuna Democrática, órgano oficial del PRD retransmitido por Radio Comercial, en donde el líder dominicano, como presidente del Partido, daba charlas sobre temas de actualidad⁴⁵. Al igual que Bosch hubo políticos que entendían la importancia de la radio y se sirvieron ampliamente de este medio de comunicación, podemos mencionar, por ejemplo, a Eduardo Chibás, líder del Partido Cubano (Ortodoxo), de quien Bosch dice que “antes que otro político cubano él apreció la utilidad de la radio para exponer sus ideas y el pueblo se acostumbró a oír su radiación todos los domingos en la noche [...] Sabía hablar a las masas, decirles lo que quería con sencillez”⁴⁶, así que utilizó los micrófonos de la estación CMQ, la de mayor audiencia en la época, para comunicarse con los sectores que respaldaban

⁴⁴ Cfr. BOSCH, Juan, *Juan Bosch en Cuba* (CÉSPEDES ESPINOSA, Luis F., compilador), Santo Domingo, FUNGLODE-Cátedra Juan Bosch, 2010, 375p. (tomo I) y 249 p. (tomo II).

⁴⁵ En 2010 el Senado de la República en México publicó una selección de los discursos que Juan Bosch emitió en este programa radial, Cfr. BOSCH, Juan, *Discursos Políticos 1961-1971*, Introducción, notas y edición de Pablo A. Maríñez, México, Senado de la República, LX Legislatura, 2010, 573p.

⁴⁶ BOSCH, Juan, *Póker de espanto en el Caribe*, op. cit., p.365.

“su programa contra la corrupción administrativa y el gangsterismo”⁴⁷ imperante durante la administración del gobierno encabezado por Carlos Prío Socarrás del Partido Revolucionario Cubano Auténtico. Fue precisamente una denuncia contra el Ministro de Educación lo que lo condujo a la muerte, pues al no poder ofrecer pruebas sobre el caso, se dio un balazo al término de su programa. Esta muerte “limpiaba de obstáculos el camino de los conspiradores, que ya estaban trabajando en las sombras cuando él murió [*pues*] la ortodoxia creyó que su deber era destruir la moral de Prío y del autenticismo; y lo hizo tan cabalmente que los conspiradores creyeron que al dar su golpe todo el pueblo los aplaudiría”⁴⁸. Más tarde, al regresar a República Dominicana en 1961, tras más de veinte años de exilio, Juan Bosch retomaría el lema que había utilizado el político ortodoxo “vergüenza contra dinero”, y que había sido utilizado también por Luis Muñoz Marín años antes.

A pesar de la incursión de estos políticos en los medios de comunicación hay una característica que distingue el periodismo de Bosch del de los políticos mencionados: creó sus propios medios para difundir las ideas del Partido de la Liberación Dominicana (1973), nos referimos a *Vanguardia del Pueblo y Política, teoría y acción*.

En este mismo caso estuvo José Martí a quien quisiéramos destacar como uno de los políticos antecesores de Bosch que

⁴⁷ MARRERO, Juan, *op. cit.*, p.60.

⁴⁸ BOSCH, Juan, *Póker de espanto en el Caribe, op. cit.*, p.367. En el análisis que de la dictadura de Batista hace en este libro, el autor atribuye a tres factores el golpe de Estado que Batista llevó a cabo en marzo de 1952: la falta de autoridad del presidente Prío sumada a la descomposición política y la corrupción en el partido que gobernaba, el comportamiento de la oposición representada en el Partido Ortodoxo que encabezaba Chibás y la falta de escrúpulos y de amor por parte de Batista hacia su pueblo que sumió a Cuba en el desprestigio internacional y retrasó la evolución política del país.

entendió la importancia de tener un medio dedicado a construir una conciencia libertadora por lo que creó un periódico que estuvo unido a la labor del Partido Revolucionario Cubano, nos referimos a *Patria*, fundado en marzo de 1892. Sin embargo la labor de Martí como periodista venía de mucho antes, ya a la edad de 15 años empezó a escribir en *El Diablo Cojuelo*, que tuvo un único número en 1869. Después incursionaría en la prensa mexicana en la *Revista Universal*, pues a su llegada a México se había relacionado con la intelectualidad mexicana y había apoyado las reformas liberales, después publicó en Caracas dos números de la *Revista Venezolana*. En Estados Unidos escribió en el diario *The Sun* y en el semanario *The Hour*, y para *La Opinión Nacional*, de Caracas; *La Nación*, de Buenos Aires; *El Partido Liberal*, de México; y *La República*, de Honduras e incluso tuvo un periódico mensual para niños: *La Edad de Oro*.

Pero fue *Patria* su obra cumbre pues fue un “periódico doctrinal de alto valor político, que funda y dirige Martí, surge como voz imprescindible para la guerra ‘necesaria y humanitaria’ convocada por él, y sus páginas se convierten en voz y tribuna para la divulgación de las ideas esenciales de la lucha de los cubanos en la búsqueda de la independencia, al tiempo que testimonian el quehacer de los que actúan a favor de la libertad de Cuba y Puerto Rico”⁴⁹. Martí, consideramos, comprendía muy bien la importancia de tener un medio dedicado a difundir las actividades del Partido que había fundado por ello es en ese medio en donde aparecen las bases programáticas de dicha institución, las actividades que realizan los delegados así como informar sobre los acontecimientos que

⁴⁹ RODRÍGUEZ, Pedro Pablo, “José Martí, el periodista”, en *Prensa Latina*, 14 de marzo de 2012, <<http://www.prensa-latina.cu>>, consultado el 16 de marzo de 2012.

se van desarrollando en la isla. Martí escribe y dirige esta publicación hasta su muerte en mayo de 1895. Sobre la actividad periodística de Martí se ha escrito mucho pero no es el objetivo de este trabajo ahondar en ello, sin embargo queríamos dejar asentada la importancia de su iniciativa, que quizá, sirviera de inspiración a Bosch.

Queremos destacar también el caso de Eugenio María de Hostos, maestro e inspirador de Bosch, quien incursionó de la misma manera que el dominicano en el periodismo al crear en Perú en 1871 el periódico *La Patria*, y en República Dominicana *Las Tres Antillas* y *Los Antillanos*⁵⁰.

En la “Conferencia sobre periodismo y literatura” que pronuncia Bosch el 30 de agosto de 1984 en la Universidad Autónoma de Santo Domingo, se refiere a cuales deben ser las características que debe tener un periodista para considerarse como tal, y dado que lo que tratamos de analizar aquí es la condición de nuestro autor como periodista consideramos importante señalar los planteamientos más importantes, desde nuestra perspectiva, que hace en esa conferencia.

Para Juan Bosch el periodismo es “una profesión que usa el lenguaje [...] para describir o comentar hechos que han ocurrido o están ocurriendo en el país o en otra parte del

⁵⁰ También ambos fundaron organizaciones políticas, por su parte Hostos “funda la Junta Revolucionaria que luego disuelve para establecer la Liga de los Patriotas, con fines políticos y educativos” y Bosch, como ya se ha mencionado, fundó los dos partidos políticos más importantes en República Dominicana, el PRD y el PLD. Cfr. MARÍNEZ, Pablo A., “Bosch ante Hostos: anticolonialismo y antiimperialismo en el Caribe”, en *Cuadernos Americanos*, año XXIII, vol. 3, N° 129, México, CIALC, UNAM, 2009, pp.11-27. En este artículo Maríñez hace un interesante paralelismo entre ambos personajes: a) ambos utilizaron como carta de presentación para el desarrollo de sus actividades políticas el renombre que tenían en el ámbito literario; b) ambos peregrinaron por América Latina y el Caribe enfrentándose a los poderes hegemónicos; c) ambos entregaron sus vidas a educar y organizar a los pueblos de sus países para que ellos actuaran en la conquista de su libertad, entre otros.

mundo y para exponer opiniones”⁵¹. Por ello es que afirmamos que Bosch era un profesional del periodismo, pues él hacía precisamente eso: comentar el acontecer de la región y lo hacía de manera escrita pues para él “la forma más importante y por tanto valiosa de expresión de la lengua es la expresión escrita”⁵².

Otras características, que a decir de Bosch son necesarias para ser un buen profesional en esta área es el conocimiento de la lengua española, así como tener conocimientos de geografía e historia y los problemas por los que atraviesa su país y los demás, pero sobre todo conocer el problema sobre el que escribe, tampoco se puede perder de vista que es una profesión que se ejerce al servicio de una empresa y por eso, añadimos nosotros, el periodista debe comulgar con la línea editorial del medio en el que publica.

Para Bosch la temática del artículo es para informar al lector de lo que pasa a su alrededor pero enfatizando las noticias que tienen interés para el mayor número de personas pues “el periodista que describe los hechos con gracia... acabará ganándose la admiración y con ella la atención de sus lectores”⁵³. El periodista, dice nuestro autor, tiene que tener claro el compromiso que tiene con aquellos que lo leen por lo que debe intentar transmitir todo lo que sepa sobre la temática que lo ocupa y asume que “el periodista es un escritor, y si no lo es no puede ser periodista a plenitud”⁵⁴.

El contacto de Juan Bosch con los medios comenzó en una época temprana de su vida, pues se conoce que en 1918 edita

⁵¹ BOSCH, Juan, “Conferencia sobre periodismo y literatura”, en *Obras completas*, T. V, Santo Domingo, Ediciones de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, 2009, p.107.

⁵² *Ibid.*, p.109.

⁵³ *Ibid.*, p.112.

⁵⁴ *Ibid.*, p.117.

y dirige un diario escolar, al lado de Mario Sánchez Guzmán. Y sus primeras publicaciones, hacia 1923, son hechas bajo un seudónimo en el periódico *Las Brisas del Birán*, en la provincia de Barahona. En 1935 participó de manera regular en la revista *Baboruco*, y en ese mismo año fundó y dirigió la columna literaria del *Listín Diario* en donde se perfilaba ya como un crítico de arte y ensayista, en 1937 se convierte en presidente de la sección de periodismo y literatura del Ateneo de República Dominicana.

En 1938 sale al exilio y se dirige a Puerto Rico en donde sería contratado para transcribir las *Obras Completas* de Eugenio María de Hostos, fue tal el impacto que tuvo en su vida conocer el pensamiento de este autor que diría: ‘Si mi vida llegara a ser tan importante que se justificara algún día escribir sobre ella, habría que empezar diciendo: ‘Nació en La Vega, República Dominicana, el 30 de junio de 1909, y volvió a nacer en San Juan de Puerto Rico a principios de 1938, cuando la lectura de los originales de Eugenio María de Hostos le permitió conocer qué fuerzas mueven y cómo las mueven, el alma de un hombre consagrado al servicio de los demás’⁵⁵.

Además de la tarea encomendada en la patria de su madre, Ángela Gaviño, en la revista *Alma Latina* publicó varios de sus cuentos. De Puerto Rico en donde vivió un año, se traslada a Cuba en enero de 1939 en donde se desarrolla políticamente pues a decir suyo a diferencia de lo que hacían la mayoría de los exiliados “yo no me aislaba políticamente de la sociedad en que vivía sino que me incorporaba a ella”⁵⁶. Y fue tal su incorporación que se relacionó con los grupos de poder de ese país y esas

⁵⁵ BOSCH, Juan, *Hostos el sembrador*, en *Obras completas*, T. VI, Santo Domingo, Ediciones de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, 2009, p.50.

⁵⁶ BOSCH, Juan, “Exilio y lucha antitrujillista”, en *Obras completas*, T. IX, *op. cit.*, p.223.

relaciones lo llevaron a participar en la redacción de la Constitución cubana de 1940, pues el líder del Partido Revolucionario Cubano, Carlos Prío Socarrás le encomendó la tarea de redactar propuestas de artículos de la nueva Carta Magna lo que condujo al estudio de varias constituciones, entre ellas, la de México, la de Chile, la de la República española, su participación en la redacción de esa Constitución fue hecha de manera gratuita y discreta a petición de nuestro autor, esa Constitución se considera como una de las más avanzadas de la época⁵⁷.

De la presencia de Bosch en Cuba la estancia en La Habana prácticamente transformó su vida. Se había instalado allí para editar las obras de Eugenio María de Hostos pero a su llegada se encontró con la propuesta de crear un partido político que agrupara y concentrara los esfuerzos de los exiliados en la lucha contra Trujillo.

En Cuba encontró un país que —como diría más tarde—, con el movimiento que derrocó la dictadura de Gerardo Machado y con las medidas tomadas por el gobierno revolucionario había consagrado su revolución liberadora en 1933, “desconoció la Enmienda Platt, autorizó la organización de los obreros y reconoció su derecho a la huelga, proclamó la igualdad ciudadana de la mujer con el hombre y prohibió la discriminación”⁵⁸, entre otras acciones que, para Bosch, hacían que Cuba fuera de los cubanos.

⁵⁷ A decir de Bosch esa Constitución “consagraba la independencia política, económica y social de Cuba”, BOSCH, Juan, *Cuba, la isla fascinante, Obras completas*, T. VI, Santo Domingo, Ediciones de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, 2009, p.183. En esa Carta Magna estaba previsto el “recurso al referéndum, el sufragio universal y las elecciones libres, y que sancionaba una amplia gama de libertades políticas y civiles. Las cláusulas sociales [...] abarcaba los horarios máximos y los salarios mínimos, las pensiones, las indemnizaciones a los trabajadores, el derecho a la huelga y garantías estatales contra el desempleo”, PÉREZ, Louis A., “Cuba, 1930-1959”, en BETHELL, Leslie (ed.), *Historia Contemporánea de América Latina*, Barcelona, Ed. Crítica, tomo 13, p.168.

⁵⁸ BOSCH, Juan, *Cuba, la isla fascinante, op. cit.*, p.181.

Como hemos dicho, Cuba en esos años se había convertido en uno de los refugios favoritos de los exiliados de los países de la región sometidos a regímenes autoritarios, pero la estabilidad y apertura que había no era lo único que los atraía, pues estos gobiernos participaban de manera activa apoyando la lucha de los exiliados⁵⁹. “[...] pensaba que Cuba”, escribe Bosch al respecto, “debía ser el punto de reunión de los dominicanos antitrujillistas que vivían en varios países del Caribe, en México y Estados Unidos, la mayoría de los cuales necesitarían entrenamiento militar para tomar parte en las acciones armadas que debían empezar pocos meses después en la República Dominicana”⁶⁰.

Vivió de manera permanente en La Habana de enero de 1939 a finales de 1944, cuando fue designado representante del movimiento antitrujillista en países de América Latina, una designación que consideraba “una maniobra politiquera de baja ley” de Juan Isidro Jimenes-Grullón para sacarlo de Cuba “donde él creía que yo le hacía sombra”⁶¹.

Las relaciones políticas que Bosch tenía con la clase dirigente cubana le permitieron organizar y acompañar en una gira al presidente electo Carlos Prío Socarrás (1948-1952), por Caracas, Costa Rica y Guatemala y aprovechar la ocasión para exponer la situación de su país y procurar ayuda para su lucha.

⁵⁹ El gobierno cubano no sólo acogía a los exiliados dominicanos, sino también brindó armas y recursos económicos para apoyar a otros líderes de la región en sus luchas, como el apoyo económico que Prío Socarrás envió por medio de Bosch a Betancourt cuando vivía en La Habana en 1951; Bosch refirió también que viajaría a Costa Rica en diciembre de 1948 “para llevarle al gobierno de José Figueres armas que le enviaba el de Cuba a fin de que pudiera defenderse” de una acción de Somoza en su contra. *Cfr.*, BOSCH, Juan, “Un capítulo nuevo en la lucha contra Trujillo”, *op. cit.*, p.243.

⁶⁰ *Ibid.*, pp.241-242.

⁶¹ BOSCH, Juan, “Exilio y lucha antitrujillista”, *op. cit.*, pp.222-223.

A partir de entonces desarrolló una intensa campaña anti-trujillista que le dio notoriedad política, pues era conocido como escritor de ficción. En Cuba organizó junto con otros dominicanos la expedición de Cayo Confites en 1947. En la ciudad de La Habana fue también en donde estableció y reforzó sus lazos con líderes progresistas como Rómulo Betancourt, Luis Muñoz Marín, José Figueres, Juan José Arévalo, entre otros, pues compartía con ellos el anhelo de la libertad y el progreso para sus pueblos. Fue también en esa época cuando asume las ideas liberales en torno a la democracia representativa y cierto nacionalismo que asoma a lo largo de sus escritos.

En Cuba estuvo en la cárcel, en 1947 por su participación en la expedición de Cayo Confites; y en 1953 y 1958 durante la dictadura de Batista.

En cuanto a su participación en los medios de comunicación en la mayor de las Antillas fue miembro del equipo de dirección —aunque por su calidad de extranjero no figuraba su nombre—, de *Siempre*, órgano del Partido Revolucionario Cubano Auténtico, en donde escribió muchos de los editoriales. Este periódico fue creado por iniciativa del entonces presidente Ramón Grau San Martín (1944-1948) que encomendó su dirección a Carlos Prío Socarrás, senador por la provincia de Pinar del Río, quien solicitó el apoyo de Bosch para llevar a cabo esta tarea, y quien le respondió “[...] podía contar con mi cooperación si aceptaba las condiciones que iba a presentarle [...] que se me respetara el derecho a seguir colaborando con la revista *Bohemia* [...] que se me fijara un salario pagado por él [y] libertad de viajar fuera de Cuba cuantas veces tuviera que hacerlo para llevar a cabo actividades antitrujillistas”⁶².

⁶² BOSCH, Juan, *El PLD un partido nuevo en América*, en *Obras completas*, T. VIII, Santo Domingo, Ediciones de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, 2009, p.624.

Como tenía conciencia de la importancia de los medios de comunicación se apoyó en ellos para extender su lucha contra Trujillo, y a pesar de sus múltiples actividades con Prío Socarrás, de quien llegó a ser su secretario particular cuando fue electo presidente en las elecciones de 1948, colaboró, entre otras, en las revistas *Ultra*, *Carteles*, *Bobemia* y en el periódico *Información*, cuyos artículos son compilados en este volumen.

Fue también guionista de dos programas de radio de la estación CMQ: “Memorias de una dama cubana” y “Forjadores de América”, ambos de corte histórico: sobre la guerra de independencia y sobre los héroes de América, respectivamente.

Su labor de periodista la continuaría hasta años después de su salida de Cuba pues desde 1953 y hasta 1961 vive en diversos países y es más destacable su producción de ensayos, así podemos señalar su paso por Costa Rica, Bolivia, Chile y Venezuela.

Durante su estadía en Chile terminó de escribir *Cuba, la isla fascinante* así como *Póker de espanto en el Caribe*, dos de las obras que demuestran el grado de comprensión que alcanzó del país, pues en ambas expresa de manera clara la esencia de los cubanos, su desarrollo histórico, las razones por las que era un país más avanzado que el suyo y un análisis psicosocial de cómo fue que en esa nación pudo establecerse una dictadura como la de Fulgencio Batista. Estas obras constituyen un aporte valioso y novedoso sobre esa isla que lo acogió durante un buen período de su lucha antitrujillista; para cuando se publicó *Póker de espanto en el Caribe* (1988), ya habían sucedido dos acontecimientos que transformaron su pensamiento que, de defensor de la democracia representativa, le llevaron a asumir el marxismo como forma para interpretar la realidad: el golpe de Estado del 25 de septiembre de 1963 que puso fin al gobierno que presidía en República Dominicana siete meses después de tomar posesión y la intervención militar estadounidense del

28 de abril de 1965 con la que se evitó que triunfara el movimiento constitucionalista que buscaba su retorno a la Presidencia. Con la evolución de su pensamiento se transformó también la opinión que sobre algunas personas había tenido, es el caso de Rómulo Betancourt, es un dato que queríamos dejar anotado.

Además de estos dos textos sobre Cuba, Bosch publicó *Judas Iscariote, el calumniado* (1955), *Cuento de Navidad* (1956), *Trujillo causas de una tiranía sin ejemplo* (1959), *Simón Bolívar biografía para escolares* y *Apuntes sobre el arte de escribir cuentos* (ambos en 1960).

A su regreso a República Dominicana tiene nuevamente un acercamiento con los medios de comunicación, como se ha señalado con anterioridad, a través de un programa de radio llamado Tribuna Democrática, órgano de difusión del Partido Revolucionario Dominicano (PRD), en donde demuestra sus dotes de orador y gran comunicador con las masas. En estos programas de radio que se transmitían de lunes a viernes de 1 a 2 de la tarde Bosch de una manera clara, amena y podríamos incluso decir coloquial, trataba de mantener informada a la gente, pero también de instruirla en temas que él consideraban eran importantes para formar ciudadanos que participaran de manera activa en la construcción de una mejor sociedad para todos. Sobre estos programas Bosch señaló en alguna ocasión que pocos fueron escritos con anterioridad, así la mayoría se producían de manera improvisada a partir de algunas notas por lo que muchos de los contenidos se perdieron.

Tribuna Democrática se convirtió, podemos decirlo, en una escuela para los dominicanos y en uno de los mejores vehículos de expresión de Bosch pues llegaba a muchísima gente en todo el país. A través de esta emisión radial los dominicanos pudieron escuchar a Bosch reclamar a la Iglesia que le retirara la acusación de comunista que le hicieran en vísperas del proceso

electoral de 1962, del que se alzaría vencedor; lo mismo que explicar qué significaba una palabra como cuentista; cuál era el funcionamiento del Partido, en qué consistía la democracia, explicar de una manera didáctica los acontecimientos que se presentaban en otros países; señalar lo que significa la expresión “hijo de machepa” dentro de la composición social dominicana, entre muchos otros temas.

A través del seguimiento que se puede dar a sus comparecencias en este programa podemos seguir también la línea de evolución de su pensamiento político pues, reiteramos, en los primeros años de su actividad política consideraba que la democracia representativa era un buen modelo que podía aplicarse en su país, y su conversión al marxismo, así como los planteamientos que lo conducen a elaborar su propuesta de *Dictadura con respaldo popular*, pues a través de esta tribuna en que convirtió su programa radiofónico planteó su propuesta. En estas intervenciones notamos el desencanto que la política estadounidense causó en él y también el uso de este medio de comunicación como una plataforma de denuncias sobre los excesos cometidos por el gobierno encabezado por Joaquín Balaguer⁶³.

Bosch tuvo que salir de nuevo al exilio en 1963 y regresó en 1965, luego que los Estados Unidos aplastaran militarmente el movimiento cívico militar que trató de restituirlo en la presidencia. Permaneció en Santo Domingo hasta después del proceso electoral del 1 de junio de 1966. Después de la muerte de Trujillo publicó *David, biografía de un rey* (1963) y el excelente *Crisis de la democracia de América en la República Dominicana* (1964).

⁶³ Cfr. BOSCH, Juan, *Discursos y charlas radiales*, Tomos XIX, XX, XXI y XXII, Santo Domingo, Ediciones de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, 2009.

Es en su tercera y última etapa fuera de Dominicana, en lo que podríamos calificar como un autoexilio (1966-1970), que Bosch se hace marxista, casi a los 60 años, cuando muchos de los líderes de izquierda democrática habían asumido posiciones más conservadoras él se convertía en un férreo crítico de Estados Unidos, destacando entre sus obras *El pentagonismo, sustituto del imperialismo* (1967), *Dictadura con respaldo popular* (1969), *Composición social dominicana* (1970), y su monumental historia del Caribe *De Colón a Fidel Castro. El Caribe frontera imperial*.

En esta última etapa de autoexilio Bosch vuelve a escribir para la prensa, en esta ocasión para la revista *¡Ahora!*, en donde dio a conocer algunas de sus obras, por entregas, y donde a través de amplios debates fue perfeccionando sus tesis⁶⁴.

Como hemos visto, Bosch tuvo una larga actividad en los medios de comunicación, sin embargo consideramos que su aporte más importante en el campo del periodismo es la fundación de dos órganos para difundir las ideas y las actividades de su partido político, ya en párrafos anteriores hemos referidos los nombres de estos medios: *Vanguardia del Pueblo* y la revista *Política, teoría y acción*⁶⁵.

⁶⁴ La colección completa de la revista *¡Ahora!*, considerada como la más progresista del país y que circuló de 1962 a 2004 en la isla, puede ser consultada en <<http://biblioteca.funlode.net.do/revistaahora>>. Cfr. Los artículos de Bosch publicados en *¡Ahora!* en *Obras completas*, T. XXXVI, Santo Domingo, Ediciones de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, 2012.

⁶⁵ *Política, teoría y acción* fue fundada el 15 de marzo de 1972 como órgano de difusión del PRD pero no cumplió los objetivos de su autor, quien abandonará ese partido en 1973 y en diciembre de ese mismo año fundara el PLD. De esta primera etapa de la revista se publicaron 12 números de los que Bosch afirma no sólo fueron dirigidos sino hechos completamente por él “a tal extremo que lo que se publicaba en sus páginas sin firma era obra mía, y los artículos traducidos del inglés y del francés también eran obra mía porque yo tenía que hacer el papel de mecanógrafo, de traductor, de director, de corrector de originales y composición [...]”, BOSCH, Juan, *El PLD un partido nuevo en América*, op. cit., p.684. Cfr. Los artículos de Bosch en *Política, teoría y acción* (tanto del PRD como del PLD), en *Obras completas*, T. XXIX, Santo Domingo, Ediciones de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, 2012.

A través de estos órganos de comunicación Bosch emprende la tarea de educar políticamente al pueblo y lo hace a través del análisis de la realidad escrita en sus ensayos publicados en esos medios, pero ahora la redacción de los mismos se hace de manera didáctica, sencilla, de manera tal que se entienda de lo que se está hablando, pero también es menester señalar lo que busca a través de estos medios de comunicación es educar políticamente, pero ahora esa formación política tenía que darse por medio del Partido, por eso en la revista y el periódico se publican los artículos de Bosch, y de otros intelectuales, que han de ser estudiados y debatidos, ya destacábamos al inicio de en este ensayo que por eso consideramos esta faceta de nuestro autor como fundador de un medio de comunicación está íntimamente relacionada con su faceta como pedagogo y explica el porqué los dominicanos se refieren a él, de manera cariñosa, como el “Profesor”.

*Vanguardia del Pueblo*⁶⁶ fue fundada en agosto de 1974 y su primer número tuvo un tiraje de 8 mil ejemplares que fueron aumentando con el paso del tiempo. Además de un órgano de difusión de ideas *Vanguardia* se constituyó en un mecanismo para formar la opinión pública, así como un vehículo de denuncia, recordemos por ejemplo el tiraje sin precedentes de más de 100 mil ejemplares que tuvo esta publicación cuando el 4 de noviembre de 1981 en su número 316 se difundió el llamado “Álbum de la corrupción” en donde se señalaban los actos de corrupción que estaban llevando a cabo funcionarios del gobierno del PRD encabezado por Antonio

⁶⁶ Los números de este órgano de comunicación del PLD pueden ser consultados en línea a partir del número 1528, correspondiente al año 2009 y hasta la fecha en <<http://www.vanguardiadelpueblo.org>>. Cfr. Los artículos de Bosch en *Vanguardia del Pueblo*, en *Obras completas*, tomos XXX, XXXI y XXXII, Santo Domingo, Ediciones de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, 2012.

Guzmán. Otra característica de este medio es que era vendido por los miembros y circulistas del partido. La revista *Política, teoría y acción* fue creada en 1980 como órgano teórico del Partido y al igual que el periódico los artículos ahí publicados eran analizados y discutidos en los círculos de estudio.

A través del periódico y la revista se dio la fundamentación teórica e ideológica del Partido de la Liberación Dominicana sobre el pensamiento social y político de Bosch, quien consideraba que la política era para servir al pueblo y por lo tanto tenía que estar ligada a los aspectos éticos y morales que se reflejan en el mismo lema del PLD “Servir al partido para servir al pueblo”, por eso se debían preparar sus miembros para llevar a cabo una transformación profunda de su país. Esa condición ética y moral de servicio hacia la patria la encontramos expresada ya mucho antes de la fundación del PLD y la podemos distinguir de manera clara en el discurso que pronuncia al asumir la Presidencia de la República en febrero de 1963: “Los pueblos dignos, como los hombres con estatura moral, buscan dar, no recibir; buscan ayudar, no pedir ayuda [...] preparémonos a bastarnos a nosotros mismos, a levantarnos con nuestras fuerzas, a labrar la estatua de nuestro porvenir con manos dominicanas”⁶⁷. Claro, era la época en que aún creía en la democracia representativa, sin embargo hay valores a los que a pesar de la evolución de su pensamiento, no renunció jamás: su espíritu de servicio y su deseo de transformar a su patria.

Bosch aplicó la experiencia que había adquirido a lo largo de su trayectoria como periodista para crear un medio que respondiera a los intereses del PLD, es el caso, como lo hemos venido señalado, de *Vanguardia del Pueblo*, un periódico político con características propias tanto en la forma como en

⁶⁷ Cfr. “Bosch lee discurso tras su juramentación como Presidente”, en *Obras completas*, T, XIX, *op. cit.*, p.158.

el fondo: en la forma por su estilo literario y en el fondo por ser un periódico, a decir del mismo Bosch combativo, formativo e informativo⁶⁸. Por medio de este periódico buscaba formar a los miembros del PLD para desempeñar un papel preponderante dentro de la vida dominicana, el periódico era pues un instrumento político cuya norma era venderse sólo a miembros y simpatizantes del partido pues lo que se buscaba era formar dirigentes políticos capaces.

La venta del periódico, para Bosch, cumplía una función dialéctica, pues al mismo tiempo que desarrollaba políticamente a sus lectores también desarrollaba a sus vendedores, mantenía la mística del Partido, la virtud de la disciplina, fortalecía la confianza de quienes realizaban esta tarea pues aumentaban sus relaciones personales y su capacidad de influir en los demás lo que les abría la posibilidad de dirigir grupos humanos.

Una tarea muy importante que se propuso Bosch al crear *Vanguardia* era el de formar periodistas que entendieran el periodismo “como una carrera que va desde el dominio de la lengua y del estilo político [...] hasta el conocimiento de la técnica de hacer un periódico en el taller”⁶⁹. Por lo que es un periódico hecho por y para peledéistas⁷⁰.

⁶⁸ Combate sobre los males del país y contra las causas de esos males; informa noticias de tipo político, social y económico que no dan otros periódicos y contiene material útil para la formación política de sus lectores, para su formación ideológica y práctica, Cfr. BOSCH, Juan, *El Partido: concepción, organización y desarrollo*, en *Obras completas*, T. XVII, Santo Domingo, Ediciones de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, 2009.

⁶⁹ *Ibid.*, p.254.

⁷⁰ “En *Vanguardia* escriben 40 personas, todos miembros del PLD que en tres años han producido 264 artículos y estamos seguros de que estos datos no puede igualarlos ningún periódico político porque no hay ahora ni lo hubo en el pasado un partido dominicano que tuviera tantos escritores y comentaristas”, *Ibid.*, p.269.

Nuestro autor calificaba la función de *Vanguardia* como patriótica pues estaba “contribuyendo al desarrollo político de los dominicanos con la aspiración de que éstos puedan contribuir a su vez al desarrollo de otros países que se hallan en el nivel del nuestro. Así es como los peledéistas entendemos el internacionalismo, ofreciendo, no pidiendo”⁷¹.

En resumen, la finalidad de estos medios de comunicación era educar al pueblo para convertirlo en protagonista transformador de su realidad.

Aunque este es aún un tema de investigación pendiente, es necesario señalar, antes de concluir este apartado, la diferencia entre los artículos de Bosch en *Vanguardia del Pueblo y Política, teoría y acción* con los que se compilan en este tomo XXXIV. Por un lado los de este volumen fueron publicados en *Bohemia, Carteles, Información y Ultra* y tratan temas de coyuntura —además de su constante denuncia de los crímenes y atropellos de la dictadura de Trujillo—, que reflejan su gran conocimiento sobre los países de América Latina y el Caribe. Desde nuestra perspectiva, uno de los objetivos de Bosch es apuntalar la lucha antitrujillista de los exiliados encabezados en el Partido Revolucionario Dominicano. Por otro lado, los artículos publicados en los medios que Bosch fundó como expresión de su partido tienen precisamente el objetivo de ser la voz de ese partido por lo que en el primer número de *Vanguardia del Pueblo* ya se decía “diré lo que le convenga al PLD, y nada más. Pero estoy seguro de que lo que le convenga al PLD será lo que le convenga a la República Dominicana”⁷², además no podemos pasar por alto que estos artículos eran escritos para ser estudiados por los miembros de los Círculos de Estudio, es

⁷¹ *Ibid.*, p.272.

⁷² *Ibid.*, p.258.

decir estaban dirigidos a un público en particular y con un objetivo bien definido: formar cuadros políticos.

El contenido del tomo

En las páginas que el lector tiene entre sus manos se compilan 96 escritos publicados por Juan Bosch en Cuba durante la década de los años cuarenta y cincuenta, de manera intermitente, en las revistas *Carteles*⁷³, *Bobemia*⁷⁴, *Ultra*⁷⁵ y el periódico *Información*⁷⁶, siendo estos últimos los que cubren un periodo continuo más amplio (de mayo a septiembre de 1944), y donde encontramos la posición de Bosch frente a los acontecimientos suscitados en el Continente y en República Dominicana durante esos meses, haciendo reflexiones e incluso predicciones de cuál sería la dirección que tomarían los países a los que se refiere. A través de estas páginas, además, se puede ver reflejada la lucha antitrujillista que Bosch desarrollaba en el exilio.

Si bien no es nuestra intención hacer un esbozo detallado del contenido del tomo, pues consideramos esa es una tarea que debemos dejar al lector, si pretendemos referirnos de

⁷³ Revista gráfica fundada en 1919 primero de carácter mensual y a partir de 1927 con periodicidad semanal. Por sus páginas desfilaron las plumas de grandes escritores de la época como Alejo Carpentier quien llegó a desempeñar el cargo de jefe de redacción, dejó de circular en 1960. Una semblanza completa de esta publicación puede ser consultada en la Enciclopedia del Caribe, <<http://www.encaribe.org>>.

⁷⁴ Fundada en 1908 es considerada una de las más importantes de Cuba y la de más larga data en América Latina. En su primera etapa fue fundamentalmente una revista literaria. A partir de 1928 cambia su perfil para convertirse en una revista de carácter político que se consolidó en la década de los cuarenta. Para una historia sobre la revista *Cfr.* Enciclopedia del Caribe, <<http://www.encaribe.org>>.

⁷⁵ Revista fundada por Fernando Ortiz en 1936. Abarcó un gran número de temas, además recogía artículos de la prensa extranjera y publicó algunas de las conferencias realizadas en la Institución Hispano-cubana de la Cultura. Dejó de circular en 1947.

⁷⁶ Fundado en 1931.

manera general a algunos temas que, desde nuestra perspectiva, resultan muy indicativos del pensamiento de Bosch en esta etapa de su primer exilio (1938-1961) considerado como hostosiano⁷⁷.

A través de los textos compilados aquí podemos distinguir de manera manifiesta en Bosch su defensa de la democracia representativa a la que aspiraba para su país, siguiendo el modelo de Estados Unidos. Con esa idea en la cabeza desde que en 1939 funda el PRD “dedica su vida a la lucha por la democracia; combatiendo la dictadura de Trujillo, lo mismo que la de otros países, a la vez que estudiando las causas por las cuales surgían estos regímenes dictatoriales [...]”⁷⁸.

Esa lucha es la que, consideramos, se refleja en las líneas de estos artículos, pues al hablar sobre la coyuntura que se vive en la región no pierde oportunidad para expresar sus ideas en contra de la dictadura de Trujillo, pero también de los anhelos de democracia que detectamos cuando elogia ese sistema en otra nación latinoamericana. A través de estos textos descubrimos también al Bosch que no escribe solamente sobre política y a través de la pluma combate a las tiranía, sino también al político que participaba de manera activa para derrocar este régimen de opresión por medio de las armas y la defensa que hace de su derecho y el de todos los exiliados para participar en expediciones armadas cuyo objetivo era recuperar la libertad y la paz no sólo de su patria, sino también de la de aquellos que vivían bajo la sombra del terror. Así encontramos referencias a la expedición de Cayo Confites, a la lucha

⁷⁷ Cfr. MARÍÑEZ, Pablo A., “Evolución del pensamiento socio-político de Juan Bosch”, *El Caribe Contemporáneo*, N.º. 21, México, CELA, FCPyS, UNAM, julio-diciembre 1990.

⁷⁸ MARÍÑEZ, Pablo A., en BOSCH, Juan, *Discursos Políticos 1961-1971*, *op. cit.*, p.25.

de Figueres en Costa Rica y de Arévalo en Guatemala, aunque dichas referencias son tratadas de manera superficial pues, asumimos, en esos momentos no era conveniente revelar demasiada información de los personajes implicados. Sin embargo años más tarde, cuando lo consideró prudente, o quizá necesario, Bosch escribiría al respecto sobre esa expedición, de dónde salieron las armas y los recursos que se utilizaron, pues a pesar de su fracaso, reconocía que “la existencia de tiranías, y sobre todo la de Trujillo [...] provocó como su respuesta dialéctica la formación de una especie de coalición de fuerzas progresistas que se unieron sin previo acuerdo y sobre todo sin previo planteamiento teórico [...] y esas fuerzas respondían, en el caso de los hombres a quienes les tocó representarlas, a razones propias y al mismo tiempo históricas”⁷⁹.

Esas fuerzas progresistas que se unieron para luchar contra la tiranía de Trujillo en República Dominicana serían conocidas como Legión Caribe⁸⁰ y fueron ellas las que apoyaron a José Figueres y su movimiento en Costa Rica en 1948, pues fue con las armas de la fracasada expedición de Cayo Confites que se logró ese triunfo. También fue útil para la lucha que

⁷⁹ BOSCH, Juan, “La Legión del Caribe. Un fantasma de la historia”, en *Obras completas*, T. IX, *op. cit.*, p.285.

⁸⁰ En la mayoría de los textos en los que se menciona el tema se refieren a este grupo como Legión del Caribe, pero Bosch afirma que el nombre fue deformado por periodistas de Estados Unidos que hacían mucho ruido con la existencia de este grupo y con lo cual contribuían a fortalecer a las dictaduras que en ese momento había en la región, Bosch se refiere a esa agrupación como “un fantasma de la historia”. Para un primer acercamiento al tema puede consultarse el texto RAYA ALONSO, Leticia, *La Legión del Caribe: historia de una aspiración*, México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, tesis de maestría en Estudios Latinoamericanos. Ahí la autora señala que la historia de la Legión del Caribe “fluye entre dos vertientes, una histórico-concreta: la de los hechos y las batallas; otra imaginaria: la de las representaciones y los símbolos que, como ríos, corren en paralelo entrelazando hechos, recuerdos y aspiraciones generadas a lo largo del mar Caribe”, (p.113).

Rómulo Betancourt dirigió contra la dictadura de Pérez Jiménez y que más tarde lo llevaría a ocupar la primera magistratura del país, como se ha mencionado ya en el apartado referente al contexto internacional. Grosso modo trataremos de mencionar lo que consideramos más destacado de las líneas escritas por Bosch en estas publicaciones cubanas.

Los artículos de Bosch en *Carteles* que figuran en este volumen son 6, cuatro de ellos de carácter histórico, sobre la independencia de República Dominicana y la resistencia de los indígenas frente a la llegada de los españoles. Nuestro autor va reconstruyendo en estos textos pasajes de la historia que, podemos apreciar, más tarde serían desarrollados en su monumental *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe frontera imperial*, al tomar conciencia de que la historia del Caribe era la de la resistencia de sus pueblos y la lucha contra la opresión y que esta región del mundo se había constituido en una frontera imperial en donde habían tenido una clara expresión las rivalidades de las potencias europeas, reflejada desde la misma división territorial lo cual puede apreciarse ya en estos artículos en los que el autor refiere como lo que era una sola isla terminó dividida en dos, cada una con cultura diferente.

Los dos restantes tratan sobre los prosistas dominicanos y los puertorriqueños, que aunque son de tipo literario tienen, consideramos, un alto contenido político, pues al comparar a República Dominicana con Puerto Rico en el ámbito de los prosistas destaca el nivel de los primeros alcanzado gracias a la libertad de expresión que ha contribuido a formar periodistas cultos y valiosos, así como el desarrollo económico de ese país, lo que no sucede en Dominicana en donde la prensa da mala imagen, al no haber libertad de expresión así como el poco contacto que se tiene con el exterior hace que los jóvenes escritores no progresen, pero destaca el alto nivel de los escritores dedicados a escribir cuentos.

Sobre los artículos en *Bohemia* y en *Información* en ambos casos se refleja en ellos de manera evidente el clima político por el que atravesaba la región y al que hemos hecho referencia ya en este ensayo, por un lado, en los artículos *Información* apreciamos la ola democratizadora que se vivió en América Latina, y por otro lado, en los de *Bohemia* el retroceso político vivido en el contexto de la Guerra Fría, y mientras en los textos de 1944 leemos la esperanza que se vislumbraba con la caída de varios dictadores, en los que van de 1947 a 1953, en cambio, se refleja el fortalecimiento de las dictaduras al amparo del gobierno estadounidense y su guerra ideológica.

En *Información* Bosch analiza y se congratula de la caída de las dictaduras de Hernández Martínez en El Salvador, Jorge Ubico en Guatemala y Villarroel en Bolivia, así como del debilitamiento de Tiburcio Carías en Honduras y al explicar las causas de estos movimientos que llevaron a los pueblos a alzarse en contra de quienes los mantenía en opresión podemos apreciar la tesis que años después plantearía en *Póker de espanto en el Caribe* al afirmar que las dictaduras en el Caribe se producen por ciclos y su final es determinado por fenómenos nacionales que se agravan con fenómenos internacionales, en este caso, de acuerdo con los planteamientos de Bosch, las dictaduras terminaron por las contradicciones económicas y políticas de la Segunda Guerra Mundial.

Sin embargo, la dictadura de Trujillo no sucumbía ante estos embates porque el contexto nacional no favorecía los cambios, pues el dictador, desafiando incluso a Washington, convertía a su país en una empresa, era el amo en lo militar, lo político y lo económico. En estas páginas podemos ir distinguiendo muchas de las características del dictador dominicano que cuando Bosch escribió *Póker de espanto en el Caribe y Trujillo, causas de una tiranía sin ejemplo*, afina, y llega a la conclusión de que Trujillo era el resultado del desarrollo de la

sociedad dominicana, y sobre todo de tres acontecimientos: la ocupación haitiana de 1822, la ocupación española de 1861 y la intervención estadounidense de 1916. Con una claridad absoluta Bosch, al escribir sobre el asesinato de un opositor en el exilio, dice que para Trujillo existe gente de primera y de segunda, una característica que luego, en los textos sobre las dictaduras, explica como un complejo de inferioridad que acompañó al tirano desde sus orígenes y que a pesar de haber alcanzado la primera magistratura de su país no pudo superar, así que para subsanar esta deficiencia se ensañaba no sólo con sus opositores de manera individual, sino extendiendo el terror hacia familiares y amigos, lo que también refleja en los artículos que hoy nos ocupan cuando se refiere a la persecución de que fue objeto su padre.

A través de las páginas de este tomo podemos leer la admiración que el reconocido escritor y político dominicano siente por la sociedad cubana, a la que considera muy avanzada políticamente y cuya esencia va a plasmar en *Cuba, la isla fascinante*, en donde plantea que si bien las debilidades históricas de la mayor de las Antillas permitieron la instauración de una dictadura como la de Batista, también expresa que, ese pueblo, por su formación lo derrotaría pues, dice, el cubano ama sobre todo la dignidad del hombre libre, odia la traición y desprecia al que la ejecuta. Aprecia en el cubano la voluntad de luchar y de triunfar como una manifestación del carácter nacional, por eso de forma predictiva, una de las características de los textos de Bosch (recordemos que es una de las características que él mismo señaló hacen a un buen periodista y que él cumple a cabalidad como podrá ver el lector a lo largo de los artículos aquí compilados), se atreve a formular hipótesis o predicciones sobre cuál será el desenlace de algunos acontecimientos. Sobre la sociedad cubana dirá que triunfarán los abanderados de la libertad, como sucedió el 1º de enero de 1959.

En la época en que escribe en *Bohemia* (1947-1953), Bosch sigue defendiendo el establecimiento de una democracia representativa que sustente a los pueblos a disfrutar de justicia social y libertad y por ello critica la actitud del gobierno estadounidense por cubrir a regímenes no democráticos en aras de ganar la paz frente a la Unión Soviética. En estos artículos denuncia el acoso que bajo acusaciones de comunismo se realiza en contra de la Junta Revolucionaria venezolana que, a su entender, tiene el perfil de una revolución democrático-burguesa como la que requieren “nuestros pueblos”, idea sobre la que abundaremos un poco más adelante.

Bosch se manifiesta en contra de las amenazas que hace el gobierno de Estados Unidos a los exiliados con los 14 puntos de la Comisión Interamericana de Paz y defiende su derecho para actuar en contra de las tiranías pues, para él, lo importante es la libertad aunque sea a costa de la paz. Y aunque hace críticas al gobierno defiende la democracia “por justa creadora, generosa [...]” y por ser muy superior a las maravillas del Kremlin. Reiteremos, es prácticamente hasta finales de los sesenta que su pensamiento se transforma y se da cuenta de que ese sistema no es el que debe aplicarse en nuestros países y plantea para el suyo la tesis de la *Dictadura con respaldo popular*.

Bosch se dará cuenta, en esos años, de que América será “mártir de la nueva guerra”, y podemos leer el señalamiento que hace sobre el retroceso en Venezuela con la Junta Militar de Pérez Jiménez, el fortalecimiento de la dictadura de Trujillo y el asesinato en Nueva York del escritor dominicano Andrés Requena reclamando a toda América que ese fuera el último crimen del trujillato en el extranjero⁸¹, sin embargo deberían

⁸¹ Ese no fue el último asesinato ordenado por Trujillo en otros países, recuerde, por mencionar algunos, la desaparición en Cuba del dirigente obrero Mauricio Báez a fines de 1950; el secuestro y asesinato en Nueva York de

de pasar todavía varios años antes de que esa dictadura llegara a su fin, tal como Bosch había predicho en *Póker de espanto...*, cuando dijo que una nueva crisis produciría nuevos sismos sociales que limpiarían el Caribe de sus tiranos y esa crisis sería producida en todo el Continente por el triunfo de la Revolución Cubana.

De manera especial quisiéramos señalar el caso guatemalteco que Bosch aborda en este volumen. Me refiero al proceso democratizador que conduce a la caída del dictador Jorge Ubico, al desarrollo del gobierno encabezado por Juan José Arévalo en el que poco a poco se va imponiendo la justicia social, así como a la radicalización de ese proceso democrático al ser elegido presidente Jacobo Arbenz. Al leer “Guatemala a la ofensiva” (Cfr. pp.261-267) Bosch captó en esencia todos los elementos que culminarán en un golpe de Estado respaldado por Estados Unidos justificado con acusaciones de comunismo, acontecimiento que pondría fin a la política del “Buen Vecino” que desde los años 30 venía aplicando Estados Unidos. Guatemala, se convertiría así en el primer país de América “mártir de la nueva guerra” (p.111).

El Caribe y Centroamérica constituyen la columna de los artículos que integran este tomo XXXIV. De ellos se destacan dos períodos de avance democrático en la década de los cuarenta y el retroceso que hubo durante la Guerra Fría y la lucha de Bosch contra Trujillo, pero lo fundamental en todos esos textos es el conocimiento de Bosch no sólo de los países de la región sino de toda América incluido Estados Unidos.

Jesús de Galíndez en 1956; el asesinato en México de José Almoína en mayo de 1960, ex secretario particular de Trujillo y autor, bajo el seudónimo de Gregorio Bustamante, de un texto denunciando las arbitrariedades del dictador *Una satrapía en el Caribe. Historia puntual de la mala vida del déspota Rafael Leonidas Trujillo* (1949). Para mayor información sobre este exiliado español Cfr. MORALES PÉREZ, Salvador E., *Almoína, un exiliado ... op. cit.*

Es el caso de los tres artículos sobre México, particularmente “Cazando la actualidad en el Caribe: México, el de los grandes destinos” (Cfr. pp.169-176) en el cual Bosch hace gala de su conocimiento de la política mexicana al explicar las corrientes políticas que existen, las luchas internas que se libran al interior del partido oficial por la candidatura presidencial y parece entender sin ningún problema los códigos internos del país, señala incluso que a pesar de la mecánica que convierte al mandatario de turno en el gran elector de su sucesor eso “no implica ausencia total de democracia, si bien es en el acto de elegir cuando el pueblo asume de veras la plena soberanía que habitualmente le reconocen las constituciones americanas” (p.175), incluso acierta al señalar que quizá los gestos que el entonces presidente mexicano, Miguel Alemán, está teniendo y parecen perfilar ya al regente de la ciudad como su sucesor “sean sólo una maniobra diversionista” (p.176), pues en efecto no fue Casas Alemán el “elegido”, sino Adolfo Ruiz Cortines.

También plantea que a pesar de que es un país de partido único, México es democrático porque hay libertad de expresión, de libre comercio, de organización y religiosa en donde se afirma la democracia y la libertad para la construcción del porvenir y no para el desmán reaccionario, refiriéndose a las acciones del “sinarquismo”.

Cuando aborda el caso de Colombia analiza el conflicto entre liberales y conservadores, y destaca que este es el único país en toda América en donde los oradores después de hablar en un mitin invitan a su rival, discuten sus razones y al final del acto cada persona juzga de manera libre y con su juicio se va a su casa. Sin embargo, ese régimen que Bosch alaba en mayo de 1944 va a sufrir un revés en julio del mismo año cuando el presidente Alfonso López es apresado y derrocado por el coronel Diógenes Gil quien se proclama como presidente. Bosch se lamenta de esa situación y afirma que donde

“debió surgir un coronel Gil apresador de presidentes fue en Honduras, en Nicaragua o en Santo Domingo” (p.405). Señala como causa de la ruptura de la estabilidad democrática y la democracia representativa, de la que es defensor, la actitud del partido conservador por “el progreso social alcanzado en Colombia bajo el gobierno del Partido Liberal es lo que ha enloquecido a los conservadores. Pues el progreso social significa siempre una mejor distribución de la riqueza y beneficios, y en Colombia riqueza y beneficios eran dones exclusivos de los que hacían filas en el Partido Conservador” (p.469).

También escribe sobre Brasil, Ecuador, Perú y Argentina, lo cual sólo dejaremos anotado pues como ya se ha dicho no es el propósito de estas líneas hacer una reseña del contenido. Sin embargo señalar lo que dice de Venezuela porque, consideramos, refleja de manera clara su pensamiento durante esta etapa cuando afirma que la Junta Revolucionaria, presidida por Rómulo Betancourt, a través del Instituto de Fomento de la Industria Nacional ha dado a la revolución de ese país “el perfil de la revolución democrática-burguesa que requieren nuestros pueblos, complemento económico y social de la mera revolución política con que nuestros abuelos nos hicieron independientes en la apariencia y esclavos en los hechos, de los grandes financistas de Londres y Wall Street” (p.80), este va a ser uno de los aspectos en los que se va a ver reflejada la evolución del pensamiento de nuestro autor, pues años después va a plantear la idea de que desde el primer momento nuestros países fueron asiento de pueblos “que no podían organizarse políticamente como democracias porque les faltaba el apoyo que debía proporcionarle a la democracia el sistema capitalista; y eso [...] es lo que explica que no hayamos sido y no seamos hoy sociedades democráticas”⁸². Así pues la democracia representativa deja

⁸² BOSCH, Juan, “Capitalismo y democracia en América Latina”, en *Obras completas*, T. XXIX, *op. cit.*, p.428.

de ser una opción para él y el medio para lograr la transformación que necesitan los países de América Latina.

Por otro lado, hay que destacar la importancia que nuestro autor le da a la construcción de la unidad antillana, quizá inspirado por las ideas de Hostos que pugnaba por una Federación Antillana, una idea que desarrollaría más tarde en *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe frontera imperial* “somos un abigarrado mundillo, resultado directo de los diversos orígenes históricos, causados a su vez por las pugnas imperialistas de las metrópolis que nos formaron en la cultura occidental” (p.277), y afirma que aunque nadie se haya dado cuenta, las Antillas son una unidad natural y de producción por lo que es necesario establecer la unidad de esta región en el orden político, económico y social aunque no lo sea en lo cultural, pues lo “primordial [...] es fundir en un mismo interés el interés de todos los antillanos, y empezar a trabajar con vistas a un porvenir previamente establecido” (pp.279-280), propuesta geopolítica que todavía no ha logrado concretarse.

Por último, quisiéramos abordar la posición crítica que Bosch asume frente a la Unión Soviética y los Estados Unidos en el contexto de la Guerra Fría de los que señala “separados por abismos de ideologías, unos con el rostro vuelto hacia el medioevo y otros hacia un porvenir regimentado por el terror, el prepotente deseo de dominar a todos los hombres los acerca, y la insatisfacción de ese apetito los hermana. Son los hermanos siameses del odio” (p.122). De esta manera, decía, ambos lados se acusaron de “comunista” o “agente de la Casa Blanca” para descalificar los gobiernos de Figueres en Costa Rica y Betancourt en Venezuela, lo curioso del caso es que esto mismo iba a sucederle a Juan Bosch que, al tratar de construir un pensamiento propio, fue descalificado por sus adversarios, como si pensar diferente fuera un crimen.

CARTELES

PROSISTAS DOMINICANOS*

II**

No es pequeña empresa la de clasificar a los escritores dominicanos del momento. Porque sucede que tras el silencio que siguió al escarceo del *Paladión*, ha surgido ahora un puñado de jóvenes de mucha fuerza, creadores en el noble sentido de la palabra, y arrastrados por ellos han vuelto a brillar algunos de los que habían callado por cerca de diez años, mientras que, fieles a sí mismos toda su vida, veladores de las armas profesionales, los viejos maestros siguen imperturbables, echando de tarde en tarde, una mirada benévola sobre esos rebeldes muchachos que escriben en un idioma nuevo, atrevido y poco aristocrático.

Asalto de la opinión pública —en el sentido honesto de la frase— no se había efectuado en la República Dominicana hasta que surgió el *Paladión*, proyección prosaica del mar de fondo “postumista”. Antes aparecía un periodista, un escritor de tal o cual mérito; y nada más. A principios de siglo hubo peñas en la Capital, integradas por Fiallo, por Logroño, por Bazil, por Cesteros; pero no pasó de eso. El *Paladión* se formó hará una docena de años. Todos sus miembros tuvieron vida brillante, aunque fugaz. Después, una pausa, hasta que de seis

* *Carteles*, La Habana, 7 de mayo de 1939, pp.46-47.

** “Prosistas dominicanos I” no ha sido posible localizarlo. Por la fecha, se supone que fue publicado también en *Carteles* hacia el 30 de abril de 1939 (N. del E.).

o siete años a esta parte se inició y cobró fuerzas el movimiento a que aludíamos arriba. Lo más característico en él ha sido la aparición de la esencia nacional dicha en lenguaje universal, y con ella la exaltación de aquellas partes del pueblo que habían yacido olvidadas o recordadas muy superficialmente.

Una mención sintética de los más destacados escritores de la actualidad dominicana podría orientar al lector mejor que un estudio sucinto de esa actualidad. Para facilitar la comprensión, clasificaremos así: periodistas, historiadores, ensayistas, escritoras, cuentistas.

Periodistas

Apenas hay una mano. Si se consultan las colecciones de periódicos comprende uno por qué ha decaído tanto una profesión que fue distinguida por la calidad y el número de sus miembros hasta hace pocos años. Los periódicos se han superado: más noticias, más páginas, mejor aspecto —aunque haya quien discuta esta afirmación—; pero el contenido, por múltiples conceptos, ha desmejorado.

El veterano de los periodistas es don Fed —don Federico Henríquez y Carvajal, “Hermano de Martí”—. A los noventa años cumplidos dirige y redacta *Clío*. Los demás son Juan José Llovet, a quien podemos considerar dominicano por su larga permanencia en el país; Francisco Prats-Ramírez, mantenedor, hasta donde puede, de las ideas de izquierda, y Ángel Rafael Lamarche, derechista a ultranza.

Llovet —castellano, poeta bien conocido— escribe un idioma limpio y centelleante, a veces matizado de una carga mínima y justa de ironía. Es el más constante comentador de lo literario y artístico y por tanto un factor de gran peso en la vida cultural dominicana. De amplísima cultura, desenvuelto —castizo de arriba abajo—, aborda con maestría todos los temas.

Prats-Ramírez se distingue por la contundencia con que maneja el adjetivo. Suele ironizar y es entonces, si se trata de dar con alguna idea en tierra, cruel y demoledor. Se le nota su divorcio de los clásicos de no importa qué idioma. Es un periodista moderno en todos los sentidos.

Un notable periodista, inactivo por el momento, es Manuel A. Amiama, quizá el más completo de cuantos ha dado el país. Su estilo es seco y desapasionado. Posee el don de traducir con gran sencillez el pensamiento y el de convencer mediante el uso de su gran cultura sin hacerla sentir.

Periodista de combate, el primero sigue siendo Fabio Fiallo. Nadie ha sabido en Santo Domingo usar la pluma para anotar al adversario con más maestría y elegancia que el poeta de *Cantaba el ruiseñor*. Su estilo es, en estos menesteres, pulido, preciso y agresivo; pero jamás insultante.

Historiadores

El empeño en clarificar las fuentes de la historia ha entusiasmado a sus cultivadores y ha dado lugar a un movimiento de ritmo acelerado. En tal sentido se trabaja mucho. Los jóvenes llevan la dirección con obra nutrida y muy bien orientada. Cuatro, por lo menos, merecen especial atención: Rodríguez Demorizi, Nolasco, Mejía y Coiscou.

Emilio Rodríguez Demorizi es el camino obligado de toda información. Trabajador incansable, investigador tenaz, escritor de stirpe, es el modelo del historiador actual, comedido, culto.

Sócrates Nolasco, a quien cabría clasificar también como cuentista —y de los mejores— acaba de publicar un libro sobre Pedro Florentino, general restaurador dominicano, a quien se le atribuye la entrada de Máximo Gómez en la reserva española. Entre otras virtudes, esta obra de Nolasco tiene la de estar admirablemente bien escrita y desenvuelta. Su prosa es un modelo de claridad y buen gusto.

Gustavo Adolfo Mejía es un infatigable removedor de nuestra historia. Trabaja mucho y tiene certería en la investigación; pero su estilo poco diáfano —muy apegado a reglas— desfavorece su obra, notable en otros sentidos.

Máximo Coiscou prefiere el estudio de fuentes históricas. Posee amplísima cultura y su manera de decir es correcta, precisa, bella.

Ensayistas

La República Dominicana puede ufanarse de tener entre estos algunos de los más sobresalientes del idioma, como lo son los hermanos Henríquez Ureña —Pedro, Max y Camila— a quienes debemos incluir aquí, a pesar de que han probado su capacidad en diversos aspectos: los dos primeros son también cuentistas muy distinguidos, poetas, historiadores. Conviene advertir que la influencia de esta ilustre familia en la literatura dominicana es determinante y que en el actual renacimiento de las letras del país la presencia de Max y Pedro Henríquez Ureña en aquel medio es insoslayable. Ahora bien, con la excepción de los mencionados, poco más podemos ofrecer, sobre todo en cuanto a ensayistas literarios. Obedece esta desafortunada escasez a la falta de un centro de cultura donde el entendimiento literario se discipline. La Imperial y Pontificia Universidad de Santo Tomás de Aquino lo es, en este sentido, solamente de nombre, puesto que en realidad no pasa de ser un instituto profesional donde no más de trescientos alumnos estudian Medicina, Farmacia, Derecho, Ingeniería de caminos, Notaría y Agrimensura. La ausencia de una Facultad de Filosofía y Letras ha malogrado muchas capacidades.

Como ensayistas, sin embargo, es preciso clasificar a Flérida de Nolasco, a Andrés Avelino y a Luis Valdés. De la primera hablaremos al referirnos a la mujer.

Andrés Avelino, campeón de la enseñanza de las matemáticas como recurso insuperable para disciplinar mentalmente a la juventud, empezó como poeta y fue, con Moreno Jimenes y Zorrilla, fundador del “postumismo”. Escritor de raza, su prosa es limpia y discreta. Entre sus trabajos recientes tiene una *Nueva teoría de los valores* que ha llamado poderosamente la atención.

Luis Valdés es el caso de un profesional —médico— de vasta cultura, fundamentalmente escritor, que extrae de sus conocimientos todos los jugos encaminados a la superación de sus facultades literarias. Sus ensayos sobre las razas y las regiones dominicanas son, a un tiempo, exposiciones audaces de teorías personalísimas y obras de arte. Un estilo conciso, delicioso y enérgico a la vez, distingue la manera de este ensayista.

El concurso femenino

Desde Salomé Ureña de Henríquez, la mujer no había vuelto a tomar parte en la vida cultural dominicana. Acaso una que otra escribía de tarde en tarde. En general nuestra mujer interviene muy poco en cuanto rebasa la puerta del hogar.

De cuatro se debe hablar aquí: Abigaíl Mejía, Flérida de Nolasco, Delia Weber y de Hilma Contreras.

Abigaíl Mejía es autora de numerosos libros de índole diversa. Suyo es el primer intento de ligar la dominicanidad al mundo europeo: como tal hay que ver su novela *Sueña Pilarín*. Su *Historia de la literatura castellana* está considerada como una de las más completas escritas hasta ahora. La Mejía es un modelo de mujer laboriosa, disciplinada, honradísima en su profesión.

Flérida de Nolasco, estilista afortunada, investigadora de nuestra música, escribe, según Pedro Henríquez Ureña, “con natural visión clásica, en sentido que nada tiene que ver con

clasicismo, ni con reglas, sino con el amor a la perfección”. No cabe definir mejor a esta singularísima escritora, a menos que se afirme que está por encima del medio en que actúa.

Delia Weber se ha dedicado al poema en prosa. Eleva la prosa a las mayores alturas posibles y le extrae la más pura esencia imaginable.

Hilma Contreras, recientemente incorporada a las letras, cuentista y novelista, es dueña del español más vivaz que pueda darse. Sus temas son simples, de la realidad que le circunda. Tiene el don de describir muy bien lo tumultuario. Generalmente esboza sus personajes y situaciones con un solo trazo, lo que comunica a su expresión ese sentido dinámico que tiene.

Los cuentistas

He aquí el grupo más numeroso y trabajador de los escritores dominicanos. Hace diez años no se conocía el cuento nacional. Sólo Fabio Fiallo detentaba el título de cuentista. Con el nacimiento de la nueva escuela se descubrió que aquella era una cantera rica y de fácil explotación. En menos de tres años surgió un grupo de cuentistas que tenía en común el deseo de contar lo propio, de exaltar al campesino olvidado o al hombre de arrabal despreciado. Esa actitud se hizo contagiosa y recorrió todos los sectores literarios del país. De ella nació, pues, el actual empeño de superación de lo nacional.

Ramón Marrero Aristy, procedente de los campos de caña, describe especialmente a la gente de o al obrero de los ingenios. Su obra se caracteriza por el amor con que ve a sus personajes. Ha escrito una notable novela de la caña. De estilo llano, honradísimo, muy joven como es, tiene un amplio porvenir en las letras americanas, quizás más que la mayoría de los escritores de su generación en el Continente.

Héctor Incháustegui Cabral trabaja sobre el pequeño burgués y el burócrata de los pueblos del sur. Generalmente trata

a sus personajes con una sutil y a la vez morbosa ironía. Defiende con firmeza a “los de abajo”. Su peculiar manera de describir las reacciones de los personajes a quienes ridiculiza, lo hace el cuentista psicológico por excelencia. Muy joven también, su empecinada modestia no logrará sustraerlo al aplauso de América. Es, como Marrero Aristy, un escritor nato.

José Rijo se ha dedicado al campesino de su región, especialmente al que todavía no ha caído en la zona de absorción de los ingenios. Sus cuentos, de una gran simplicidad y gracia, descansan por lo general en un detalle de valor psicológico. Le interesa más el hombre que la masa.

Hilma Contreras, ya comentada, maneja para sus cuentos el tema de la gente rural que orilla los pueblos del interior.

Tomás Hernández Franco explota el sentido heroico del hombre cibaño. Es menos sustancialmente criollo que sus compañeros; pero su experiencia de escritor —poeta, periodista, *croniqueur*— le permite salir airoso en la presentación de lo nacional. Algunos de sus cuentos son de marcado tipo social. Su estilo es brillante y elocuente.

Julio Vega Batlle es un admirable cuentista de lo subconsciente. En ocasiones recuerda a los rusos. Muchos de sus cuentos son verdaderas obras maestras del género. Su *Espejo ustorio* es simplemente inolvidable.

Un escritor de cuentos a quien no cabe clasificar como cuentista es Pedro Contín Aybar, porque aunque ha escrito numerosos cuentos dignos de figurar entre los mejores, su diversidad de producción lo sitúa en un lugar único. Novelista, poeta, crítico, autor teatral, Contín Aybar es, entre los escritores de su generación, el mejor preparado y más completo.

Panorama sintético y resumen

Dos grupos se destacan hoy en la República Dominicana: los historiadores y los cuentistas. Casi todos estos son a la

vez novelistas; pero todavía no es tiempo de hablar con amplitud sobre la novela.

El periodismo, debido a múltiples causas, es pobrísimo, mucho más de lo que relativamente debería serlo. Comparada con las islas hermanas, la Prensa dominicana produce muy penosa impresión. Igual ocurre con la preparación de los comentaristas, ensayistas y críticos; ya se ha dicho por qué. En cambio la obra de los cuentistas es realmente notable, quizá de las más dignas de atención que haya hoy en América.

En términos generales, la literatura dominicana adolece de la precisión, de la serenidad, de la finura que comunica a la de otros países del Continente la cultura general de sus escritores. La fuerza creadora existe y logra alturas insospechadas allí donde no reclama el esfuerzo cultural. Debido al poco contacto que tiene con el exterior, la juventud dominicana cae en la simplicidad de sobreestimar su obra, lo cual perjudica su progreso.

Renovada con el entusiasmo de los jóvenes, la clase intelectual no ha perdido la fe en su destino y espera realizar un día su sueño de lograr en su obra un conjunto armónico, gloriosamente puesto al servicio de un pueblo trabajador, generoso y sufrido.

PROSISTAS PUERTORRIQUEÑOS*

Es curioso observar cómo estas islas, tan idénticas en materiales geológicos y humanos, en economía y en orígenes históricos, no lo son en su desenvolvimiento y, sobre todo, en sus proyecciones artísticas. Quizá en el fondo de la danza, del son y del merengue, no haya sino un mismo germen, diferenciado en función del medio; pero, ¿no son los medios casi iguales? Quizá en la honda trama de la palabra haya una misma razón para explicar el lenguaje de Martí, de Hostos y de Galván; sin embargo, esa palabra, la española del trópico, toma acentos muy distintos al encarnarse en los tres máximos escritores antillanos.

Se dijo, en un artículo sobre la poesía dominicana, que ésta era, y lo había sido siempre, inferior a la prosa; ahora, en Puerto Rico, notamos que los poetas han sido, generalmente, superiores a los prosistas. ¿Por qué? Difícil de contestar. Quizá la tradicional pasividad puertorriqueña haya restado temas a su prosa, y quizá la también tradicional inquietud dominicana haya dado razones a sus escritores. La diferencia en calidad y cantidad de producción poética puede explicarse por la mayor riqueza de Puerto Rico, causa de la mejor cultura de sus poetas. A menos que se tenga como fenómeno, ningún pueblo pobre da grandes poetas.

* *Carteles*, La Habana, 18 de junio de 1939, p.60.

Los ensayistas

Precisamente, es el poderío económico de Puerto Rico, mucho mayor de lo que se sospecha, lo que le permite disfrutar hoy de cuatro o cinco ensayistas notables: el auge de su Universidad, donde estudian varios miles de jóvenes, le da margen para llevar a sus aulas lo más selecto en cuanto a profesores y métodos. La Universidad tiene un Instituto de Español que nada puede envidiarle a los mejores de su tipo. Ese Instituto es el horno donde se cuece la juventud de letras del país. Equivale a una Facultad de Filosofía y Letras y tiene a su cargo la conservación de la hispanidad en sus mejores esencias.

Allí trabaja, como director, Antonio S. Pedreira, el más laborioso de todos los escritores puertorriqueños del momento. Pedreira es una firma bien conocida en América, por sus numerosas obras y por la gallardía de su lenguaje. Su libro *Insularismo*, aplaudido y combatido, carga con la responsabilidad de haber sacudido el alma puertorriqueña. A partir de *Insularismo* se produjo en Puerto Rico un movimiento hacia lo propio que está dando jugosos frutos en todos los sectores de las letras. Pedreira fue también quien trajo a primer plano la figura y la obra de Hostos, punto menos que ignorado en su país. En todo lo que emprende, Pedreira es un pionero, y Puerto Rico no puede explicarse, ni el forastero entenderlo, sin las obras de este joven maestro. Su laboriosidad promete mucho. Su estilo es vigoroso y cuidado.

Concha Meléndez, también ventajosamente conocida en toda América, es la más constante sostenedora de lo hispanoamericano en Puerto Rico. Sus numerosos ensayos sobre poetas y escritores del continente son el mejor exponente de esa labor. Escritores de vasta cultura, que ella afirma con frecuentes viajes por América, de estilo limpio y brillante, Concha Meléndez, también profesora en la Universidad, tiene un preponderante papel en el desarrollo de la cultura puertorriqueña.

Tomás Blanco, ensayista como Pedreira muy difundido, es quizá el más sereno de los escritores puertorriqueños y el que posee un estilo más discreto. Su don de síntesis y la certería con que ve los problemas de su país hacen de él un orientador consciente, de opiniones firmes y medidas.

Otra joven ensayista, crítica de arte y, sobre todo, de pintura, es Margot Arce. Dueña de un estilo conciso y claro, y de un admirable sentido analítico, Margot Arce tiene el privilegio de saber comunicar con simplicidad y gracia sus observaciones y conocimientos. Enseña Literatura española en la Universidad.

Tal vez pueda considerarse como ensayista a Ana María O'Neill, aunque su campo es más bien el de la sociología. Ana María O'Neill es un caso de excepción entre las mujeres antillanas. Profundamente preocupada por el desarrollo de la humanidad, ha dedicado sus energías y su gran cultura a elaborar un sistema de pensamiento que ligue en un fin común todas las tendencias sociales. Recientemente se llevó, en Estados Unidos, el premio de un concurso universal en el que tomaron parte sociólogos y filósofos de todo el mundo.

La novela y el cuento

La novela y el cuento puertorriqueño, como en general la obra de creación de este tipo, tiene pocos cultivadores, destacados por lo menos. El prosista isleño parece tener preferencia por el teatro.

Enrique Laguerre, autor de *La Lllamarada*, acertó a escoger el tema más angustioso de la isla: el de la caña. La novela produjo un revuelo estrepitoso y llegó hasta a determinar mejores condiciones para el obrero cuya vida desesperada contó el joven escritor. Por su contenido social y por la agilidad moderna con que está escrita, *La Lllamarada* es, según el criterio de algunos, la novela puertorriqueña por excelencia. Su autor trabaja ahora en otra novela, la de los cafetales.

Manuel Méndez Ballester escribió *Isla Cerrera*, novela de la colonización de su isla. Muy bien escrita, con real belleza y desenvoltura fácil, esta obra merece atención. Su autor se ha dedicado con notable éxito al teatro.

Los cuentistas son contados en Puerto Rico y cuentista de lo suyo, sólo uno debe mencionarse: Emilio S. Belaval. Los restantes, algunos de tan copiosa producción como Antonio Cruz y Nieves, no pertenecen realmente a su país, puesto que su obra es más bien cosmopolita. Conviene advertir de paso que Cruz y Nieves domina a su antojo la técnica del cuento y que ha escrito muchos admirables.

Emilio S. Belaval se ha dirigido, en los últimos tiempos, al descubrimiento del alma *jíbara*. Esta labor, profundamente seria, no ha sido estimada en sus justas proporciones. Los *Cuentos para fomentar el turismo*, de Belaval, poseen todos los atributos necesarios a creaciones de su género: expresan con propiedad el alma fatalista de su pueblo y están escritos con estilo novísimo, lleno de fuerza y color. Una generosa ironía divaga por él, y en ocasiones nos sorprende el valor simbólico de ciertos personajes que pasan, con cruda energía, por el fondo de sus cuentos.

Periodistas

La prensa puertorriqueña nada tiene que envidiarle a la de cualquiera otro país. Sus periódicos y revistas no están solamente presentados con el buen gusto y con la eficiencia que proporciona la técnica moderna, sino que dan, además, las mejores colaboraciones posibles y sus fuentes de información son serias.

Periodistas destacados los ha habido siempre en la isla. Algunos están hoy inactivos en cuanto a producción, porque dirigen o administran periódicos, pero gozan de reputación bien ganada a fuerza de talento y laboriosidad. Entre estos

están José Coll y Vidal, José Alegría, Pablo V. Badillo, Luis Muñoz Marín. Los periódicos activos, jóvenes todos, mantienen en buen nivel la tradición del gremio.

Vicente Géigel Polanco, editorialista, a ratos historiador y a ratos sociólogo, es un escritor de envidiable honradez de principios, de singular agilidad, de hondo pensamiento. Su estilo sencillo y enérgico se nutre en sólida cultura.

Fernando Sierra Berdecia es un joven escritor de tal personalidad, de tan propio estilo, que ha podido mantenerlo sin restas en medio de una labor periodística vertiginosa. Eso baste para decir quién es Sierra Berdecia. Fuera del periódico hace teatro. En este nuevo aspecto tardará en triunfar lo que tarde en dar al pueblo su obra. Tiene todas las condiciones del comediógrafo moderno. Jorge Font Saldaña, cubano de nacimiento, *croniqueur* de gracia discreta y de firme cultura, escribe con acento inconfundible. Es el periodista que suma el dinamismo norteamericano y finura latina.

Hay numerosos periodistas destacados, pero en temas que se limitan a lo isleño: política, deportes y secciones de parecida naturaleza.

Resumen

El grupo más destacado de los escritores puertorriqueños es el de ensayistas, lo cual se explica por la obra de cuidadosa preparación que sostiene el Instituto de Español de la Universidad. Este hecho determina, por sí solo, cierta limitación en el surgimiento de nuevos escritores, porque el temor al juicio bien preparado y el natural sentido de emulación acobardan a los que no se sienten con verdaderas condiciones para lanzarse a la liza.

La obra de creación —novela, cuento— aparece escasa, y sólo en el teatro se trabaja con asiduidad y halagüeños aciertos.

Los periodistas son cultos y valiosos como escritores. La práctica de la libertad de expresión que, debido sin duda a la

abundancia de intereses creados, no es tan absoluta como parecería en un país filial de Estados Unidos, ha facilitado la formación de buenos periodistas; y el vigor económico de la isla, superior a lo que se cree aún allí mismo, hace posible el mantenimiento de una prensa que disfruta de todas las ventajas de la técnica moderna.

Un empeño meritorio de los intelectuales puertorriqueños, que se cumple con entusiasmo, es el de entregarle su mensaje a la masa. La honradez con que casi todos sirven a sus principios facilita ese empeño, porque la fe del hombre de la calle establece un cauce que va del intelectual a él y a través del cual han de recibir el obrero y el *jíbaro* desnutrido y fatalista la palabra de amor y de verdad que enciende en sus espíritus la llama de la esperanza.

27 DE FEBRERO DE 1844.
FUNDACIÓN DE LA REPÚBLICA DOMINICANA *

Cuando José Núñez de Cáceres proclamó de manera solemne que la parte española de la isla dominicana quedaba libre de la Metrópoli y bajo la protección de la naciente Gran Colombia —cosa que, para más señas, ocurrió en diciembre de 1821—, Haití era ya una nación con salsa histórica picante; había hecho en 1800 la más completa revolución que recuerda la historia, había combatido contra franceses, españoles, ingleses; había sido república, imperio y ambas cosas a un tiempo; estaba en plena fuerza expansiva. Además, desde los tiempos heroicos de Toussaint L'Ouverture Haití proclamaba la indivisibilidad de la isla. Así, pues, fue paso natural que, no teniendo al este el peligroso enemigo español, decidiera tomar para su exceso de población la inmensidad de tierras que apenas poblaban sesenta mil dominicanos. Tal paso lo dio en febrero de 1822, y hasta 1844 no habría de verse forzada a desandar lo andado.

Veintidós años de sujeción a una cultura, a un idioma, a un pueblo radicalmente diferente del dominicano, fueron un precipitante activo para la formación de la conciencia nacional en los descendientes de los sesenta mil agricultores y ganaderos que habitaban la antigua parte española de la isla de

* *Carteles*, La Habana, 3 de marzo de 1940, p.68.

Santo Domingo. El gobierno haitiano nunca trató a los dominicanos —hay que advertirlo— como dependientes coloniales, sino como ciudadanos de la república —o el imperio, porque Soulouque era emperador— *legal, igual y fraternal* que fundaron los antiguos esclavos; y ese trato permitió que, al amparo de una relativa libertad individual, los dominicanos se unieran en un ideal de libertad republicana.

En la vieja y blasonada ciudad de Santo Domingo, un grupo de jóvenes estudiantes fue calentando el proyecto, y de entre ellos surgió el puro y abnegado Juan Pablo Duarte, que había pasado su primera juventud en España y que había bebido en Europa el vino, en aquella feliz época de moda, de la libertad de cada hombre y de cada pueblo como justificación del progreso moral de la especie.

Juan Pablo Duarte es un héroe dulce, de esa pasta seráfica poco común en América, casi un precedente de Martí, cuya figura recuerda en la leve luz de amor que parece rodear sus contornos. Era hijo de familia acomodada, culto, reposado; era enérgico y abnegado, cauteloso y valiente. Su historia, acaso de las más tristes que puede darse entre sus pares americanos, es una dolorosa historia de servicios sin brillo, de generosidad sin gestos ampulosos. Mucho de su vida transcurre en sombras de desconsuelo.

Cuando retornó, a eso de veinte años, a su tierra y la halló en manos ajenas, se puso a trabajar, reunió en su entorno a los mejores e ideó una organización secreta y democrática que llamó “La Trinitaria”, por medio de la cual, y bajo el riguroso sistema celular, alió a todos los dominicanos en la gran empresa. Joven como era, tuvo claro talento político. Así, cuando en Haití estalló la revolución llamada de “La Reforma”, Duarte la apoyó; pero fue perseguido y debió huir del país. Dos de sus jóvenes compañeros, Francisco del Rosario Sánchez y Ramón Mella, el primero tipo del americano heroico, arriesgado,

bravío; y el segundo, hombre de gran carácter, reposado y seguro, eludieron la persecución y dispusieron fundar por sorpresa la República en esencia por las enseñanzas de Duarte.

La vieja Santo Domingo de Guzmán era entonces una ciudad de tan señorial reposo, que más parecía aldea. Estaba rodeada de murallas, totalmente cercada, y algunos bastiones abrían de día paso a la gente rural y se cerraban con las primeras sombras de la noche. Entre esos bastiones, uno, el llamado “del Conde”, fue escogido por los mozos trinitarios para el golpe. Desde su exilio animaba Duarte a los compañeros y escribía a su familia: “Que vendan nuestra casa y nuestro comercio; que se disponga de todo, aunque quedemos en la miseria. Hay que sacrificarse por la República”.

Para fines de febrero de 1844, las células, aun las más remotas, perdidas en los confines del país, esperaban el golpe. La noche del 27 bajaron de las poblaciones vecinas a la Capital grupos armados, se prepararon los de adentro, Ramón Mella dio la señal del alzamiento. Embriagado de entusiasmo, Francisco del Rosario Sánchez hizo flotar sobre las viejas piedras del bastión la bandera que su hermana había hecho según el acuerdo de los trinitarios —cuadros azules y rojos alternados, cruz blanca al centro, escudo con banderas, un evangelio abierto y una cruz sobre el evangelio—, y, como el incendio voraz que consume los bosques de resacos pinos, la rebelión fue extendiéndose, rápida y formidable, de poblado en poblado, de campo en campo, hasta que todo el país estuvo en menos de un mes con las toscas armas —arcabuz y machete— en las manos entusiastas y el grito unánime de “¡Viva la República Dominicana!”, resonando en los cuatro puntos cardinales.

Nació, pues, la noche del 27 de febrero de 1844 el nuevo Estado, y como el agudo sentido político de Duarte había arreglado previamente, con los representantes de grupos hostiles a Haití, el aspecto difícil del reconocimiento, la república tuvo

beligerancia internacional desde su primer vagido. Pero no fue fácil sostener lo creado: los haitianos respondieron a la sorpresa organizando ejércitos formidables, y durante once años se combatió sin tregua en la frontera. En una de las innumerables batallas de esa guerra, la de Santomé, tuvo su bautismo de fuego un hombre que después había de ser pasmo del mundo: Máximo Gómez.

Se hicieron en la vida dura de los combates muchos prestigios militares, entre ellos, el más rotundo, el que fue mientras vivió, terror de haitianos y de sus enemigos dominicanos, Pedro Santana, antiguo hatero de las llanuras del este, a quien la Naturaleza dotó con los atributos de un gran jefe y la tozudez y el valor de un gigante. Él fue la encarnación del espíritu militar que se desarrolló a todo pasto en los vivaques de la frontera, representante cabal del caudillismo que iba a malograr a la República. Desterró a Duarte, a Sánchez; fusiló a muchos trinitarios, entre ellos a la mujer que había cosido la bandera del 27 de febrero; y, por fin, viendo cercano el final de su vida; acaso temeroso de que tronchado su fuerte brazo por la muerte no hubiera machete capaz de contener en la frontera a Haití; quizás porque nunca sintió realmente el ideal republicano; tal vez por causas tan íntimas que él mismo no pudo explicar, llamó a las Cortes españolas y les entregó el país.

Cuando Francisco del Rosario Sánchez supo, en el exilio, que la bandera de febrero había caído, organizó una expedición y corrió a enastarla de nuevo. “¡Yo soy la bandera dominicana!” —proclamaba el paladín. Cayó en manos de Santana, y un piquete acabó con su vida heroica. Sobre su sangre ardió el país. Desatada ya la guerra, Duarte, viejo, triste, salió de su destierro de Venezuela, y paseó su gran sombra noble por entre el humo de los combates, pidiendo con doliente acento un lugar donde servir a su República. Pasada la hora brava, volvió al exilio, y murió ignorado, pobre, sin una queja, en la

sombra terrible de las selvas de Río Negro. Ramón Mella, que parecía también olvidado, desenfundó el sable con que ayudó a forjar la República, y recorrió otra vez los remotos poblados reclamando ayuda para la renaciente patria. Así murió, como había vivido. Andando los años, un nieto suyo, Julio Antonio Mella, sería glorificado en Cuba. El mismo Pedro Santana, hecho marqués de Las Carreras por Isabel II, se entregaría a la muerte, en el Palacio de la Capitanía General, amargado y adolorido por haber dado paso tan tuerto.

La República Dominicana ha pervivido a otros tropiezos funestos. Dentro de cuatro años tendrá un siglo. Al final de la a un tiempo antigua y moderna calle del Conde, en la plácida capital, el viajero puede ver todavía el centenario bastión al pie del cual se reunieron, aquella lejana noche memorable, los mozos trinitarios que iban a fundar una república. Flota sobre él la bandera de cuadros azules y rojos y cruz blanca. Y en la Capilla de los Inmortales, bajo las severas bóvedas de la Catedral, reposan en muerte los fundadores de la República; disfrutaban de la paz que no tuvieron en vida. Los insultos y la persecución que se ganaron por querer ser hombres libres se han trocado ahora en respeto y amor. Ahora, demasiado tarde para que puedan disfrutarlos.

27 DE FEBRERO DE 1844.
CENTENARIO DE LA REPÚBLICA DOMINICANA*

El 27 de febrero de este año de 1944 cumple su primer centenario la República Dominicana. Fue la primera república en las Antillas de origen español. A lo largo de la centuria transcurrida desde su fundación, se ha forjado allí la más dramática, a despecho de su poca trascendencia, historia imaginable. Pues hace cien años, aquel pueblo apenas existía; no llegaban sus habitantes a dos por kilómetro cuadrado, la comunicación con el mundo era prácticamente nula, el aislamiento de las regiones del país era total, casi ninguna la explotación de sus riquezas; se había perdido la vieja y rica tradición cultural española que diera al antiguo establecimiento hispano prestigio continental. Y en esas condiciones, el Pueblo hizo su república, la vio caer, la restauró con enormes sacrificios; la vio desaparecer de nuevo y de nuevo la reconstruyó. Mientras tanto, él mismo se esculpió, se multiplicó, pobló el abrupto territorio, exigió sus bienes a la tierra... De esa manera, por entre tenebrosas noches y padeciendo dolores cuya magnitud es difícil apreciar, el antiguo solar que sirvió de estribo para la empresa conquistadora ha sobrevivido, y aun sobrevivirá, pese a los obstáculos que la separan del porvenir.

* *Carteles*, La Habana, 27 de febrero de 1944, p.6 / p.9.

Un poco de historia

Durante más de tres siglos, Santo Domingo —la Española, como la llamó Colón— fue para la Metrópoli la prenda que se lleva, en toda ocasión, al prestamista. Cuantas veces España perdía una guerra en Europa, cedía toda la isla, o parte de ella, a la nación vencedora. Así llegó a ocurrir que entre los siglos XVI y XVII la isla tuvo dos dueños: Francia, que ocupó la parte occidental, y España, que se quedó con la oriental. Esto no fue, sin embargo, definitivo, pues entre fines del siglo XVIII y principios del XIX, Francia tuvo el dominio total de la zarandeada Santo Domingo o Saint-Domingue.

En ese ir y traer, la isla acabó teniendo dos pueblos distintos: el de origen español, que tradicionalmente ocupó más de 50,000 kilómetros de los 74,000 que tiene toda la ínsula, y el de origen francés. Este último acabó llamándose Haití, y aquel Santo Domingo. Haití fue explotado a conciencia por su Metrópoli; a fines del siglo XVIII había allí 600,000 esclavos negros y menos de 30,000 blancos, incluyendo mujeres y niños. Por esa época, la colonia-factoría de Francia producía a sus amos más riquezas, a pesar de que en el territorio no había una mina, que lo que daban a España todas sus colonias continentales. Santo Domingo, en cambio, no tenía 60,000 habitantes en total; apenas había esclavos, se contaban tres o cuatro ingenios tan sólo y la mayor riqueza se sacaba del comercio. En general, la población era ganadera y a la crianza del ganado se destinaban los terrenos menos hirsutos, pues la inmensa mayoría del territorio, abundante en montañas, estaba abandonada a la naturaleza.

En esas condiciones, y a consecuencia de la Revolución Francesa, se produjeron los sucesos que culminaron en el establecimiento de la República de Haití, hecho que se dio el primero de enero de 1804. La sangrienta rebelión de los esclavos de Haití se inició a raíz de la Revolución Francesa, lo

cual quiere decir que las guerras haitianas duraron más de diez años. La parte española sufrió esas guerras, porque, cedida a Francia, los revolucionarios haitianos se consideraron en el deber de combatir a sus enemigos para no dejarlos tomar fuerza en la misma isla. Las marchas de Dessalines y de Christophe, así como las de Toussaint —aunque en menor grado las de este último— a través del territorio dominicano, estuvieron marcadas por el terror y por holocaustos inútiles y brutales. Esos holocaustos no tenían por víctimas a los franceses, sino a la gente del pueblo de la antigua parte española.

Las cosas siguieron así, objeto los colonos de Santo Domingo de tragedias insuperables desatadas por elementos ajenos a su voluntad, hasta que después de 1805 pareció normalizarse la vida en la isla. Los haitianos no atacaron más y los franceses, adueñados de la parte dominicana, se limitaban a tenerla como un establecimiento militar. Pero los dominicanos no estaban conformes con la dominación francesa, razón por la cual promovieron en 1808 una revolución que tenía como fin la reincorporación a España. Tal revolución tuvo éxito. Los generales de Napoleón fueron derrotados por los montaraces, duros guardadores de ganado y campesinos dominicanos, a quienes capitaneó un hombre de excepcionales condiciones militares y políticas, llamado Juan Sánchez Ramírez, verdadero producto de su pueblo y de su época, autor intelectual y líder material de aquel movimiento, que se conoce en Santo Domingo con el nombre de la Reconquista. La Corte española reconoció el papel de Juan Sánchez Ramírez en esos sucesos y lo designó capitán general. A los que le aconsejaron convertir la colonia en una República independiente, Sánchez Ramírez les contestaba señalando la vecindad de Haití, muchas veces más poderosa que la parte española y deseosa de hacer real el postulado de

Toussaint L'Ouverture, el caudillo haitiano que había proclamado que "la isla era una e indivisible". Los haitianos querían adueñarse de toda la isla porque así evitaban que se asentara en la mayor parte de ella una nación esclavista, y el terror a caer de nuevo en la esclavitud era el móvil principal en las acciones de un pueblo compuesto en su totalidad por antiguos esclavos que habían roto sus cadenas con enormes sacrificios. El poder español, fuertemente establecido en Cuba y Puerto Rico, podía evitar a Santo Domingo una acometida de Haití, según Sánchez Ramírez. El error de este notable caudillo fue no comprender que lo necesario era crear el poder propio y no atenerse al de España.

Independencia de España

El error iba a dar malos frutos. Sánchez Ramírez, como todo mortal, rindió su vida un día. España se olvidó de su colonia; demasiado ocupada en las guerras continentales y en la rápida industrialización de Cuba, que se iniciaba entonces, no se ocupó ni para mal ni para bien de Santo Domingo. Esa época se conoce en la historia dominicana con el nombre de "la España Boba". La gobernación del país fue puesta en manos de peninsulares, que pasaban por allí con la conciencia de su provisionalidad y el deseo de enriquecerse. De mar a mar, Santo Domingo dormitaba.

Visto ese estado de cosas y contemplando lo que ocurría en América del Sur, dominicanos prestigiosos pensaron hacer independiente al país y cobijarse bajo el prestigio de Bolívar, para con él evitar una acometida haitiana. El Lic. José Núñez de Cáceres, alto funcionario judicial, fue el autor de tal proyecto, que no tardó en hacer realidad. Proclamó la independencia de lo que él llamo Haití Español y puso el país bajo el amparo de la Gran Colombia, a la cual quedaba incorporado. No creó una república. Cometió ese error y otros más, entre

ellos, el más importante, no haberse puesto de acuerdo con Bolívar antes de actuar; pues fue después de haber proclamado la independencia de la colonia cuando despachó una comisión al Libertador para darle cuenta de los sucesos ocurridos en la antigua parte española de la isla de Santo Domingo. Antes de que esa comisión hubiera llegado a entrevistarse con Bolívar, Haití había invadido el flamante protectorado de Colombia y había hecho buena la doctrina de que “la isla era una e indivisible”.

El dominio haitiano

La independencia de España se había llevado a cabo, a fines de 1821; la invasión haitiana tuvo lugar a principios de 1822. Entre 1804 y 1822, Haití había sufrido notables cambios. Muerto Jean-Jacques Dessalines, padre de la república negra, sus dos principales oficiales, Christophe y Pétion, habían establecido dos Estados distintos, uno al norte y otro al sur del pequeño y montañoso territorio haitiano. El del norte, gobernado por Christophe, se convirtió en reinado; su jefe se hizo llamar Henri-Christophe Primero, creó una nobleza que salió de antiguos esclavos y gobernó como señor absoluto hasta el día de su muerte. El del Sur se mantuvo como república; su presidente fue el mulato Alexandre Pétion, hombre de principios republicanos, girondino como en los mejores tiempos de la Revolución Francesa, gran amigo de Bolívar, a quien ayudó de tal manera que, gracias a él, pudo el caudillo venezolano reiniciar la campaña libertadora, después del primer desastre de La Puerta y del fracaso de Cartagena. Haití no tardó en quedar unificado y fue república, reinado de nuevo para acabar siendo, al fin, lo que debió ser desde el principio, una república unida. Así, el 1822, cuando se produjo el derrame de Haití sobre la antigua parte española, Haití era un Estado relativamente fuerte.

La invasión haitiana sobre Santo Domingo fue tan súbita que el pueblo no tuvo tiempo de reaccionar; al principio fue presa del terror, pues estaba viva todavía la memoria de las matanzas provocadas a principios de siglo por Dessalines y Christophe. Y una vez dado el hecho, no hubo razones para reaccionar porque Haití entró en el país barriendo, con sus instituciones republicanas —aunque era imperio— adaptadas de la Revolución Francesa, todo el viejo edificio colonial que el efímero gobierno del Lic. José Núñez de Cáceres no se atrevió a tocar. Los haitianos abolieron la esclavitud y la mano muerta, desconocieron los títulos de propiedad de la colonia sobre las tierras y entregaron éstas a los campesinos, separaron, en la práctica, la Iglesia del Estado y establecieron un régimen de verdadera autonomía para los pueblos de interior. Esa política renovadora, que liberó la naciente economía dominicana de las mil y una restricciones con que la asfixiaba España, fue la razón por la cual los dominicanos no se rebelaron contra Haití. Algunos historiadores han querido explicar la pasividad del pueblo de la antigua parte española con la razón de que era muy pequeño comparado con el invasor. Olvidan que lo era más —60,000 habitantes en 60,000 kilómetros cuadrados— cuando luchó contra Francia, a despecho de que Francia, napoleónica por esos días, era un poder incontrastablemente superior a Haití.

Los dominicanos no iban a rebelarse contra Haití sino 22 años más tarde, cuando formada ya al amparo de la legislación revolucionaria francesa sobre la cual se organizó —mala o buenamente— el Estado haitiano, la nueva burguesía dominicana fuera lo suficientemente fuerte para luchar con la haitiana y vencerla. Esto no tardaría en ocurrir porque, a medida que la burguesía dominicana se formaba y se aliaba con los que podríamos llamar restos feudales —grandes hacendados, ganaderos, etc.— del país, la burguesía haitiana,

corrompida por la política ridículamente imperial, abandonaba su deber histórico y se debilitaba rápidamente.

1838: Nacimiento de la Trinitaria

La gestación de la República Dominicana es obra exclusiva de la naciente burguesía nacional. En 1838, dieciséis años después de iniciada la ocupación, un grupo de jóvenes dirigido por Juan Pablo Duarte funda La Trinitaria, sociedad secreta cuyos miembros se agrupan de tres en tres con el fin de luchar contra los dominadores haitianos y fundar una república. El lema que tiene por divisa, “Dios, Patria y Libertad”, es típico del pensamiento burgués de la época. Juan Pablo Duarte es hijo de comerciantes ferreteros; sus compañeros han sido reclutados entre comerciantes, empleados de la Administración pública, abogados, dueños de pequeñas industrias. Duarte se educó en España y retornó al país cuando acababa de cumplir veintidós años. Figura de escaso brillo pero de notable mesura, energía y honestidad, demostró poseer una capacidad política solo comparable a su apostólico y casi increíble desprendimiento.

Duarte fue el que diseminó entre los jóvenes dominicanos de su tiempo la idea de que para lograr los fines políticos que estaban el ambiente, era necesario organizar un grupo que fuera el instrumento encargado de poner en práctica tales deseos. Esos deseos eran más vivos en la juvenil burguesía, porque ya el Estado haitiano había dejado de ser revolucionario y sus directores estorbaban el desarrollo de la burguesía dominicana, enriqueciéndose a su costa; también el pueblo los sentía porque el dieciséis años de paz la población se había casi doblado sin que la riqueza, sustraída por los haitianos, creciera en igual proporción, lo cual hacía la condición del pueblo peor que durante los primeros años de la invasión. Sobre esta base de disgusto, se amontonaban las

lógicas diferencias de idioma, cultura, religión y, en general, concepción de la vida social.

Duarte fue el creador de La Trinitaria, así como de su lema y su doctrina —muy corta, pero bastante a expresar el fin perseguido—: creó también la bandera de la que había de ser República Dominicana, cuyo nombre él mismo formuló. Los jóvenes trinitarios celebraban sesiones secretas. Es de observar que el dominicano fue uno de los pocos movimientos republicanos del siglo XIX que no se acogió a la sombra de la masonería.

Con exquisito cuidado para evitar los males del caudillismo, Duarte distribuyó siempre la responsabilidad de la jefatura de La Trinitaria entre él y sus dos compañeros, Francisco del Rosario Sánchez, abogado, impetuoso, audaz y valiente, y Ramón Mella, regidor del ayuntamiento de la Capital, hombre sereno y de gran carácter, cuyas virtudes de revolucionario iba a florecer más tarde en su nieto Julio Antonio Mella, el malogrado líder cubano. Otros muchos excelentes arquetipos de su pueblo y de su clase ayudaban a los tres directores del movimiento. La historia dominicana conserva con veneración sus nombres.

27 de febrero de 1844: Nacimiento de la República Dominicana

Durante seis años de sigiloso y tozudo trabajo, los trinitarios fueron preparando todo lo necesario para no fracasar cuando se presentara la oportunidad del golpe. Esa lenta y segura labor es una de las más importantes enseñanzas de la época y una prueba de la firmeza de Duarte y sus amigos. Conspiraban dentro del mismo corazón enemigo sin que una sola indiscreción pusiera en peligro su obra, por lo menos durante años. La estrecha vigilancia haitiana no los amilanó ni tuvo resultado alguno.

De la capacidad política de los trinitarios hablan los hechos. El 1843 se produjo en Haití la llamada Revolución de la Reforma, Duarte y sus amigos comprendieron inmediatamente que de aquel movimiento podían sacar mucho y se aliaron a los revolucionarios. No les interesaba a ellos aparecer ante los ojos de los dominadores, y ni siquiera del pueblo dominicano, como enemigos de cuanto fuera haitiano; querían, al amparo de su título de amigos de los revolucionarios, tomar posiciones que facilitarían su empresa.

Previendo que los sucesos iban a precipitarse, Duarte se preparó a todo y gestionó, con los cónsules extranjeros, un rápido reconocimiento de la nueva república para en caso de que ésta naciera inesperadamente; asimismo, él y sus compañeros, resolvieron establecer de inmediato los contactos nacionales necesarios, a fin de que el movimiento tuviera, si se veía forzado a estallar de improviso, el apoyo de los más influyentes personajes en las más apartadas regiones del país.

Anduvo muy oportuno Duarte, porque los haitianos no se dejaban engañar por los falsos cómplices dominicanos y, oliendo la verdad, ordenaron la prisión de Duarte, Sánchez y otros. Duarte escapó hacia Curazao y Sánchez se quedó en el país, bien escondido, para dirigir la insurrección. Hubo cierta ocasión en que, para ir a una reunión secreta, Sánchez tuvo que pasar por encima de un centinela haitiano, de los que tenían orden de vigilar los lugares por donde se suponía hubiera dominicanos escondidos, que se había dormido en su puesto. Para facilitar la labor de Sánchez, se hizo correr la voz de que había huido del país y hasta la de que había muerto.

Desde Curazao, donde recibía noticias constantes de lo que pasaba en Santo Domingo —gracias a que sus familiares, comerciantes ferreteros, tenían nexos estrechos con los hombres de mar que traficaban entre el país y la colonia holandesa—, Duarte aconsejó que se llevara a efecto el golpe. Fue entonces

cuando escribió su famosa carta a sus hermanos, en la que les aconsejaba vender el comercio y poner el producto de esa venta, así como todas sus economías, al servicio de la patria. Como hermano mayor, él tenía autoridad para pedir tanto.

Así llegó el mes de febrero de 1844. Correos despachados a todas partes señalaron la última semana del mes para el estallido del movimiento; los directores ocultos recibieron orden de salir de sus escondrijos, los responsables en las vecindades de la Capital quedaron apercebidos de que en la noche del 27 debían marchar con sus hombres hacia la Puerta del Conde, en la muralla que rodeaba la ciudad, por donde se entraba a ésta y donde había un destacamento haitiano que debía ser sorprendido el primero. El plan del golpe era ocupar la Puerta del Conde, proclamar allí la República y, a favor del desconcierto que se produjera, ocupar los distintos fuertes de la ciudad, mientras en el interior se organizaban las columnas que deberían marchar hacia la Capital, para ayudar a los trinitarios en caso de que la lucha se prolongara en la ciudad de Santo Domingo.

A la media noche del veintisiete se reunían en las cercanías de la Puerta del Conde, Sánchez, Mella, los demás trinitarios y los que acudían desde los lugares circunvecinos. Allí tenían la bandera dominicana, no estrenada todavía; ésa había sido hecha por María Trinidad Sánchez, hermana del audaz luchador; tenían el escudo y la patria en el corazón. Faltaba sin embargo, una cosa: la Constitución de la nueva República, que los trinitarios no hicieron pensando, con un peligroso respeto por la voluntad democrática, que su formulación tocaba al pueblo.

La Puerta del Conde fue asaltada y ganada. Para iniciar el ataque a los otros fuertes, hubo titubeos; Ramón Mella tomó una tea y la pegó a un cañón. Así, a un tiempo comprometía a los que dudaban y proclamaba estruendosamente el nacimiento de la República Dominicana, cuya bandera subía a poco, entre las sombras de la histórica noche, por el asta que

coronaba el antiguo bastión. El cañonazo fue la señal para que se iniciara un tiroteo que confundió a los jefes militares haitianos. Al amanecer siguiente, la plaza estaba dominada por los dominicanos, cuyas dos primeras medidas fueron organizar una Junta Gubernativa y enviar un buque para que, con todos los honores, condujera a la patria naciente a su más esforzado creador, Juan Pablo Duarte.

Consolidación de la República

A causa del fino trabajo de los trinitarios, el nacimiento de la República fue rápido y de poco costo en sangre; su consolidación, sin embargo, no pudo ser más cara. Pues la reafirmación de la República Dominicana se hizo en once años de guerra ya al precio de una suplantación de principios y hombre en su gobierno, que habría de conducir al país a dolores enormes y a errores de difícil rectificación.

Tan pronto Haití recibió el golpe del 27 de febrero, reaccionó y se preparó a luchar. De Port-au-Prince, la capital haitiana, salió un poderoso ejército para atacar por el sur, a la capital de la flamante república; de Cap-Haïtien salió otro para embestir, por el norte, a la ciudad dominicana más importante del interior, Santiago de los Caballeros. Esto se hizo con tal rapidez, que el 19 de marzo —escasamente tres semanas después del movimiento— se presentaban las tropas haitianas del sur a la vista de Azua, en territorio dominicano; y el día 30 los ejércitos que marchaban por el norte llegaban a los arrabales de Santiago de los Caballeros.

La actividad de los haitianos fue mucha; pero no fue mayor que la de la Junta Gubernativa dominicana. De la nada, si es posible decirlo, ésta había sacado fuerzas —y esa es otra de las enseñanzas de aquellos sucesos. Cuando las columnas haitianas del sur llegaron a Azua, ya estaba allí esperándoles un ejército dominicano al mando de Pedro Santana. Improvisado,

sus cuadros de mando hechos con antiguos oficiales de las milicias coloniales de tiempos de España; formado en su mayor parte por macheteros de a caballo, campesinos aguerridos y guardadores de ganado, reclutados sobre todo por Pedro Santana en sus grandes hatos de la región oriental, ese ejército tuvo dirección eficaz y coraje necesarios para derrotar, de manera definitiva, a las columnas haitianas. Otro tanto ocurrió once días más tarde en Santiago de los Caballeros, donde la población de la ciudad dio el pecho a los invasores que fueron lamentablemente deshechos por una carga oportuna de andulleros, campesinos torcedores de tabaco que bajaron de las montañas para defender su naciente república y atacaron impetuosamente, haciendo buen uso de sus machetes de trabajo y de las cabalgaduras en que, poco antes llevaban sus andullos a la ciudad.

Esas dos batallas decidieron el curso de los futuros acontecimientos militares y políticos del nuevo Estado. Pues a partir de ellas la guerra se mantuvo en las antiguas fronteras, favorable siempre a las armas dominicanas —aunque duró hasta 1855— y el caudillo militar sobresaliente de esas jornadas pasó a ser, también, el caudillo político. Este fue Pedro Santana, a quien sus contemporáneos llamaron el León del Seybo, región donde vivió antes de la guerra dedicado a sus hatos de ganado. Hombre de un carácter de hierro, honesto pero con ideas atrasadas, quiso que la nueva república estuviera regida por el criterio de la antigua colonia española. Nunca llegó él a comprender el ideal republicano, a despecho de que combatió tan bravíamente en los primeros tiempos, que la historia le reconoce el título de Libertador con que le bautizaron los dominicanos.

Hostil a los ideales republicanos, Pedro Santana se adueñó del Poder desde los primeros días y expulsó del país a los trinitarios. Sánchez, criatura del trópico, vibrante y ardoroso como el sol de su tierra, fue a dar a Irlanda; Duarte se internó en Venezuela. Muchos de sus compañeros fueron fusilados, la

primera entre ellos fue María Trinidad Sánchez, que cayó ante el piquete en la propia Puerta del Conde, donde ondeó la bandera de la patria que ella había cosido. La Constitución republicana estuvo fuertemente influenciada por Santana, a tal extremo, que en ella se coartaron los derechos inherentes a la verdadera democracia.

Andando el tiempo, la política colonialista de Santana sería coronada por la reincorporación a España, acontecimiento que tuvo lugar en 1861, por petición expresa del gobierno dominicano, encabezado por el antiguo Libertador; y la política republicana de los trinitarios tendría su culminación en la sangrienta guerra a que dio lugar ese paso. Tal guerra barrió con Santana, no sin que antes éste fusilara a Francisco del Rosario Sánchez, que volvió del destierro a tremolar la bandera de la cruz contra los nuevos amos.

Sánchez cayó, y con él, poco después, en las soledades de la selva de Río Negro, el Padre de la Patria, Juan Pablo Duarte. Pero hijos espirituales suyos prosiguieron su obra y la república quedó restaurada tres años más tarde... Para fenecer de nuevo en 1916, a causa de la ocupación norteamericana, y resucitar una vez más en 1924.

Dramática historia la suya, dramática aunque aparentemente sin importancia, la República Dominicana puede mostrarla a sus hijos, con una enseñanza en cada suceso y como un símbolo de lo que puede conquistar el deseo de pervivir. Aquellos de sus hijos que le hicieron mal han pasado, han pasado también los que le hicieron bien. De los unos y de los otros se acuerda la república, de los primeros para mostrarlos como ejemplos repudiables; de los segundos, como sus mejores títulos de nación, pues lo que más justifica a una patria es dar hijos generosos y de almas brillantes.

Mientras ellos pasan, la república permanece, a despecho de todos los embates y de todas las vicisitudes.

EL PRIMER LIBERTADOR AMERICANO*

El día mismo que pisaba tierra americana al volver en su segundo viaje, iba a encontrarse Cristóbal Colón, por vez primera, con la sombra de un jefe que estaba llamado a llenarle de graves preocupaciones durante largo tiempo. El primer mensaje de Caonabó —“Señor de la Casa de Oro”— fue terrible: se trataba de los cadáveres de dos soldados españoles; los siguientes serían más fieros y tendrían todos el sello de altivez única que distinguió al cacique indígena, el primero que luchó en América por la libertad, el primero, también, que venció a los europeos en este hemisferio y el primero que produjo —hasta donde lo sepa la historia— una huelga de hambre en el Nuevo Mundo.

Señor de la montaña, majestuoso, altivo como el más poderoso de los reyes del mundo, parco en palabras y heroico en todos los momentos de su vida, Caonabó, que no era un salvaje cruel ni mucho menos, combatió en defensa de indios que no pertenecían a su cacicato y mostró agudeza y señorío bastante para poner en peligro el poder español en sus recién conquistadas tierras, aun inutilizado por la prisión. Mientras él vivió, Colón no se atrevió a imponer tributos a los pueblos indígenas. Aun teniéndolo encerrado en una estrecha celda, el Almirante jamás consiguió de él la

* *Carteles*, La Habana, 6 de febrero de 1944, pp.14-15.

menor muestra de sumisión o de debilidad y ni siquiera de respeto. Su sola presencia imponía admiración.

Propiamente, la primera escaramuza habida entre indios y españoles ocurrió sin la intervención de Caonabó; esa escaramuza tuvo lugar en lo que Colón llamó, debido a las muchas que se le lanzaron, Golfo de las Flechas, actualmente la hermosa bahía de Samaná, en el oriente de la República Dominicana. Pero del cambio de flechas y arcabuzazos que hicieron ese día indios y españoles apenas salió un hombre de Colón con un ligero rasguño y un indio con una herida de espada en la región glútea. Combate propiamente, con bajas de muerte por ambas partes —de la española, todos—, no lo hubo sino en 1493, hace ahora 450 años, por cierto nadie sabe en qué día de qué mes, aunque debió ocurrir entre septiembre y octubre. Ese combate estuvo dirigido por Caonabó, del lado indígena, y Diego de Arana, del español.

Diego de Arana, escribano real, se había enrolado en el viaje del Descubrimiento —o lo habían enrolado, pues tenía cierta autoridad en virtud de su cargo de escribano del Rey— y fue escogido por Colón para capitanear el primer destacamento de puesto en el Nuevo Mundo, formado por 39 hombres a quienes el Almirante dejó en la Española cuando retornó a Europa para dar cuenta de los resultados de su primer viaje. Costeando la gran isla antillana a la que llamó la Española por su parecido con la Metrópoli, Colón perdió la nao *Santa María*, una de las tres que componían la pequeña y audaz flota descubridora; la pérdida se debió a un choque con arrecifes y ocurrió el día de Navidad de 1492.

Con la madera de esa nao construyó Colón el fuerte que llamó de la Navidad, el cual situó cerca de donde hoy está la ciudad de Cabo Haitiano (Cap-Haïtien), y a su cuidado dejó a Diego de Arana. Colón emprendió su viaje de retorno a España pocos días después, el 4 de enero de 1493 y, apoyado

en la alianza tácita que había formado con el cacique Guacanagarix, pidió a éste que atendiera debidamente a los españoles mientras él volvía, cosa que pensaba hacer en cuatro o cinco meses.

Pero el Almirante iba a tardar casi un año en verse de nuevo en la Española, y a su regreso, que sucedió en noviembre de 1493, iba a ser sorprendido por noticias bien extrañas. Habiendo llegado a la desembocadura del río Yaque, doce leguas más al este del fuerte de la Navidad, los españoles dieron con un espectáculo bastante macabro: restos de dos cadáveres, uno con una soga al cuello y otro amarrado a un tronco.

Eso desconcertó a Colón y le hizo caer en sospechas, pues durante su anterior viaje tuvo ocasión de observar la índole generosa y nada bélica de los naturales del lugar, quienes, desde el cacique Guacanagarix hasta el último, festejaron su presencia con visibles muestras de alegría y obsequiaron al extranjero con cuanto llamó su atención, especialmente oro.

Sorprendido por el mensaje que le llevaban esos restos de cadáveres, Colón hizo registrar el lugar. Al día siguiente sus hombres dieron con otros dos, esta vez de personas que en vida llevaron barbas. A partir de ese momento, a nadie cupo duda de que los muertos eran españoles, pues hasta donde habían visto un año antes, no había indios barbados. El extraño silencio de los indígenas sobre tales cadáveres comprobaba la suposición. Puesto en sospechas, Colón hizo interrogar a unos cuantos y oyó por primera vez ese nombre que tanto iba a preocuparlo por algún tiempo: Caonabó. Confundido por la prosodia taína, el Almirante escribió tal nombre así: Cahonaboá. Otros historiadores le llamarían Caonabó, pero Las Casas especifica: “La última fuerte”, queriendo significar que sobre la última sílaba debía caer un acento. Caonabó, pues, parece haber sido propiamente su nombre. En fin de cuentas, Caonabó, Cahonaboá y Caonabó eran una misma

cosa, designaban a un mismo ejemplar de la desdichada raza llamada a sucumbir ante los conquistadores; por cierto, a un ejemplar impresionante, de hermosa y heroica altivez, moralmente un rey nato, ante quienes los hombres comunes, y hasta el propio Colón, parecían vasallos.

Caonabó, posiblemente extranjero o hijo de algún extranjero, era cacique de la región del Cibao cuando los españoles llegaron por primera vez a la isla. El Cibao —“Tierra de piedras y montañas”— quedaba distante de la costa norte, donde Colón estableció su base de operaciones y donde había dejado el fuerte de la Navidad. La zona donde este fuerte había sido establecido estaba bajo el cacicazgo de Guacanagarix, un típico señor taíno, amable y pacífico.

Tan pronto el Almirante puso proa a España, para dar cuenta de sus primeros descubrimientos, los españoles de la Navidad comenzaron una era de depredaciones que tenía por objetos principales el oro y las mujeres indígenas. Con su poderosa vitalidad sujeta durante el largo tiempo que medió entre agosto de 1492, cuando iniciaron la aventura del Descubrimiento, hasta enero de 1493, cuando quedaron dueños y señores de esa nueva tierra; y con su enorme codicia estimulada por hechos tan fantásticos como los que les habían ocurrido desde que salieron de Palos hasta que quedaron destacados en la Navidad, nada extraño fue que tales hombres padecieran una explosión de todos sus instintos y que se las arreglaran para disfrutar de placeres. Así, pues, los indios de la Española tuvieron que sufrir el despojo de sus mujeres y de su oro, el saqueo de sus alimentos y el despotismo de aquellos desaforados ex presidiarios y tahúres de la costa sur hispánica. Fiel a la promesa que le hiciera a Colón, y temeroso de las espingardas que había visto causar destrozos y hacer tremendas explosiones desde las naos de Colón, Guacanagarix hizo todo lo posible porque no hubiera ruptura entre los españoles y sus indios.

Pero Guacanagarix no pudo evitar que la noticia de los atropellos se internara en las montañas y llegara a oídos de Caonabó, señor del Cibao. Este altivo y poderoso cacique oyó las historias que le hacían y envió hombres de su confianza a comprobar las denuncias. Cuando esos hombres volvieron y le confirmaron los rumores, Caonabó puso en pie de guerra a los suyos y marchó hacia el Noroeste, en dirección de la Navidad. Hacía mover sus ejércitos sólo de noche. Ya en las cercanías del Fuerte organizó un sistema de espionaje en el que él era parte principal; vigiló estrechamente a los extranjeros, que no se apercibieron de la amenaza, y una noche cayó con toda su gente sobre los españoles. Guacanagarix salió a combatir en defensa de los que habían sido puestos bajo su protección y en medio de la lucha se dio con Caonabó. El fiero cacique del Cibao hirió gravemente a Guacanagarix, que hubiera muerto allí a no salvarlo los suyos. Los españoles quedaron dominados por el número y la impetuosidad de los atacantes; los que pudieron escapar fueron concienzudamente buscados en toda la región, encontrados y muertos, entre ellos, aquellos cuyos cadáveres encontró, meses después, el Almirante a varias leguas del lugar en que estuvo la Navidad. El Fuerte fue incendiado y borrada así la última huella del primer destacamento europeo en tierras de América. El vencedor, verdadero padre de los libertadores del hemisferio, retornó a su cacicato. Llevaba la satisfacción de la victoria. Ignoraba que la lucha sólo había empezado.

Cuando Colón volvió a ver a Guacanagarix, al dar término a su segundo viaje, le halló herido. Puestos a sospechar, los españoles creyeron que el propio Guacanagarix había sido el autor de la matanza habida en la Navidad. El Dr. Chanca, "físico" y cronista de la expedición, fue a examinarle para ver si la herida que le achacaba al legendario Caonabó era obra de sus propias manos. Al fin el Guamiquina —nombre que le

dieron los indígenas a Colón— juzgó que era cierto cuanto decía el cacique taíno y que era de rigor hacer preso a Caonabó. Registrando los restos del Fuerte, Colón halló a algunos españoles enterrados, que lo fueron por disposición de Guacanagarix. El poblado de éste había sido también incendiado durante el combate. No había duda, pues, respecto a la buena fe de Guacanagarix.

Pasaron en bojeos y descanso los últimos días de 1493, y entró el 1494. El Almirante decidió fundar la primera ciudad española del Nuevo Mundo y lo hizo más hacia el este de donde había estado el Fuerte de la Navidad, en la desembocadura de un río llamado hoy Bajabonico. Allí fue establecida La Isabela, en homenaje de Isabel II, reina de España y factor principal en la empresa descubridora. Desde la Isabela se despacharon varias columnas hacia el interior y carabelas para bojear la costa de la isla.

Sobre esas columnas que marchaban hacia las montañas se cernía la sombra de Caonabó, el poderoso cacique que con tanta ferocidad había atacado a Diego de Arana y los suyos y de quien se hablaba entre los españoles como de un rey invencible y fiero. Todos esperaban constantemente el ataque del implacable señor indio. Impresionado también, como cualquiera de los suyos, Colón pensaba en Caonabó y cavilaba cómo inutilizarlo. El día 9 de abril de 1494 escribió, en el pliego de instrucciones que entregó a Mosén Pedro Margarit—encargado de conducir una de las columnas que iba al interior— estos párrafos significativos: “Desto de Cahonaboa, mucho querría que con buena diligencia se toviese tal manera que lo pudiésemos haber en nuestro poder”. Inmediatamente pasaba a explicar que era necesario crear confianza en el cacique, para, llegado el momento, abusar de esa confianza echándole mano. Ordenaba que se le enviase con diez hombres un regalo “y que él nos envíe del oro, haciéndole memoria como

estáis vos ahí y que os vais holgando por esa tierra con mucha gente, y que tenemos infinita gente y que cada día vendrá mucha más, y que siempre yo le enviaré de las cosas que trairán de Castilla, y tratallo así de palabra fasta que tengáis amistad con él, para podelle mejor haber”.

Estas expresivas instrucciones, que demuestran como la mentalidad de los conquistadores ha sido más o menos la misma desde Colón hasta Hitler, terminaban señalando el mejor medio de apresar a Caonabó: “Hacedle dar una camisa —dice el almirante, dando por seguro que el cacique acabaría haciéndose amigo de los españoles y que estos podrían tratarle— y vestírsela luego, y un capuz, y ceñirle un cinto, y ponerle una toca, por donde le podáis tener e no se vos suelte”.

Pero no era fácil “ponerle la camisa y el capuz y la toca” al jefe indígena. Incitados por él, según aseguraban los españoles, los naturales se rebelaban. A principios de 1495 el propio Colón salió a campaña, al frente de 200 infantes y 20 hombres de a caballo. Iba a apresar a Caonabó. Dominó el alzamiento de Maniocatex y ganó la enconada batalla de La Vega Real, donde, según afirmaron en graves documentos, obtuvieron la victoria gracias a que en el momento más álgido de la pelea la Virgen de las Mercedes hizo acto de presencia sobre una cruz plantada por Colón y a la que los indios se empeñaban en destruir. Actualmente hay en el lugar —el Santo Cerro— un santuario donde se venera a la Virgen de las Mercedes. Después de la batalla de La Vega Real y tras haber fundado algunos fuertes para guarnecer la ruta, Colón se retiró a La Isabela sin haber logrado su propósito principal, el apresamiento de Caonabó. La sombra trágica y vengativa de este altivo señor de las montañas dominaba el escenario en los primeros tiempos de la Conquista y cubría de arrugas la frente del Almirante cuando entró de nuevo en La Isabela, vencedor sin haber logrado su fin. Como un fantasma, Caonabó,

cuyo espíritu parecía animar todas las rebeliones, seguía siendo un ser terrible y desconocido, casi una imponente leyenda, inencontrable, inaprensible, con su amenazador prestigio creciendo cada vez más.

Un día era atacado determinado fuerte español; a Caonabó se achacaba la empresa. O algunos soldados hispanos que se aventuraban a alejarse de sus compañeros aparecían muertos y mutilados; Caonabó era el autor de esas muertes. O las imágenes de santos católicos eran destruidas; Caonabó lo había ordenado. Caonabó era ya el dios del mal en la Española, el espíritu implacable, el perseguidor incansable. Colón, más sagaz político de lo que se ha querido ver, sabía que mientras viviera Caonabó su dominio de la isla sería insuficiente, porque los españoles no dejarían de temerle y los indios no se sentirían desamparados en tanto supieran que él podía aparecer un día para acabar con los invasores, como lo hizo la primera vez.

Estudiando a sus capitanes, el Almirante resolvió poner el apresamiento de Caonabó en manos del osado y terrible Alonso de Ojeda, un hombre que iba a dar que hablar en la conquista de varios países y que a la hora de su muerte iba a pedir ser enterrado de pie en la entrada de la iglesia de San Francisco, erigida en la ciudad de Santo Domingo, porque quería purgar todos sus pecados haciendo que cuantos entraran en la iglesia pisaran sobre su cabeza. Alonso de Ojeda, ambicioso de gloria y de oro, era asaz atrevido como para internarse en las montañas tras el fiero cacique. Lo mismo que a Mosén Pedro Margarit. Colón lo instruyó de lo que, según él, era la mejor manera de hacer preso a Caonabó, y le dio despacho para la arriesgada misión.

Recién llegado a la Española, Ojeda comprendió que los indígenas tenían un lado flaco: su falta de doblez. Eran hombres tan respetuosos de sus promesas y tan rectos al proceder,

que se presentaban como enemigos al que consideraban su enemigo y que no podían admitir que quien se introducía como amigo fuera otra cosa. Este descubrimiento, que lo había hecho ya Colón en su primer viaje, le llevó a la conclusión de que el plan del Almirante para apresar a Caonabó era excelente si se podía poner en práctica. Y él, Alonso de Ojeda, se sentía capaz de hacerlo.

Como la mayor parte de los conquistadores, Alonso de Ojeda fue lo bastante iletrado para no comprender la importancia histórica de escribir o hacer escribir los lances de aquella época, y esa es la razón por la cual se ignora de qué artes se valió para internarse, sin correr peligro, en los dominios de Caonabó. El caso es que se internó y que acabó haciéndose amigo del cacique. Se había presentado ante éste como hombre de bien, y Caonabó, que no odiaba a los hombres por ser españoles y que sólo procedía a atacar a los que se comportaban como criaturas perversas, no tuvo inconveniente en tratarle e incluso en quedarse a solas con él muchas veces. Alonso de Ojeda era un hombre, y el altivo señor de las montañas no temía a hombre alguno, no importaran su color, sus armas o su vestimenta.

En paz el país desde que, atendiendo a la demanda de miles de indios que se congregaron en el Fuerte de la Concepción para pedir al Almirante la libertad del cacique Maniocatex, Colón dejó a éste libre, y tranquilo Caonabó porque los invasores respetaron sus dominios, todo indicaba que un capitán de Sus Majestades Católicas y un cacique indio podían ser amigos. Lo fueron. Al cabo de algún tiempo de estarse tratando, una mañana Alonso de Ojeda acompañó a Caonabó al baño, que el cacique realizaba en un río cercano a su vivienda. Cuando el señor indígena se preparaba a entrar en el agua, Ojeda le dijo que llevaba para él un notable regalo, envió especial de la reina doña Isabel II al poderoso cacique; y le mostró el presente, que el indio tomó en sus manos y observó detenidamente.

—Es para llevar en los pies —dijo Ojeda—. Permitidme que os lo ponga yo mismo.

Se inclinó el español ante Caonabó y cerró los tobillos del cacique con dos aros de hierro. ¡El regalo era un grillete!

Cumplida la primera parte de su traición, Alonso de Ojeda llamó a gritos, y entonces vio Caonabó que de la espesura salían varios hombres de a caballo, escondidos allí por Ojeda para dar feliz término a su obra. En un santiamén Caonabó fue atado de manos y puesto al anca de uno de los caballos, sobre el que montó Ojeda; inmediatamente amarraron al cacique a Ojeda y partieron los españoles a todo el paso de sus bestias. Dos días después llegaban a La Isabela.

La indignación del cacique por la celada de que había sido víctima fue indescriptible. Le encerraron y pasaron por su celda todos los españoles, deseosos de contemplar a aquel cuyo solo nombre les infundía espanto. Entonces pudieron apreciar el temple de Caonabó. Orgulloso y sensible como un rey cautivo, jamás se dignaba volver los ojos a los curiosos ni respondía a preguntas. Ni una queja salía de su boca. A pesar de que recibió órdenes expresas de ponerse en pie cuando el Almirante entrara en su celda, nunca lo hizo ni le miró siquiera; en cambio, se incorporaba si era Alonso de Ojeda el que entraba. Interrogado por qué hacía eso, siendo así que a quien debía respeto era a Colón, jefe de Ojeda, respondió: —Sólo debo ponerme en pie ante el español que tuvo la audacia de hacer preso a Caonabó. Los demás son unos cobardes.

Pasaba las horas mirando a través de las rejas de una ventana, contemplando el lejano horizonte con una expresión de gran señor preocupado, sin mostrar jamás una debilidad. Sus guardianes tuvieron siempre la impresión de que aquel prisionero tenía un alma más grande que las suyas. En todo momento exigió el trato que su posición requería y siempre se sintió, en la prisión, un rey absoluto. Al fin, acabó imponiéndose. Un

día dijo que deseaba tener servidores indios, y se los dieron. Al cabo de largos meses, Caonabó pidió hablar con el Almirante. Explicó a éste que a causa de su prisión, caciques enemigos estaban atacando sus territorios y que lo menos que podían hacer los españoles era defender los hombres y las tierras de un rey que no podía hacerlo por sí mismo a causa de que ellos lo retenían en cautiverio. Con su acostumbrado señorío, mandaba a Colón como si fuera su subordinado. El Almirante respondió que era razonable la petición del cacique, y éste le pidió entonces que fuera él mismo al frente de las tropas españolas que habían de atacar a sus enemigos. Según explicó, la presencia de Colón haría más fácil la empresa. Prometió el Almirante que así se haría y ordenó investigaciones para saber quién atacaba los dominios de Caonabó. Por esas investigaciones se supo qué había de verdad en el fondo de la petición de Caonabó: mediante sus servidores indígenas, el gran guerrero había urdido un plan de vastas proporciones, capaz de dar la medida de lo que era su autor. Según ese plan, Caonabó debía obtener de Colón que éste saliera hacia el interior, al frente de un ejército español suficientemente fuerte para que formaran en él los más numerosos y mejores de los hombres apostados en La Isabela; de esa manera, la plaza quedaría casi desguarnecida, situación ideal para que Maniocatex atacara al frente de millares de indios, y libertara a Caonabó, quien inmediatamente se pondría al frente de la indiada para iniciar una guerra de exterminio sobre los conquistadores.

Descubierta la conspiración, Colón se mostró indignado. Nada logró sacar de Caonabó. Ordenó entonces que se le iniciara proceso por los hechos de la Navidad. Aunque hasta ahora no ha aparecido copia alguna de ese proceso, se sabe que Caonabó no negó los cargos y que justificó su conducta con las tropelías que cometieron los españoles mandados por

Diego de Arana. En todo momento seguía siendo de tan notable altivez, que impresionaba favorablemente a sus enemigos. Temeroso de que su muerte provocara una sublevación de grandes proporciones y, sobre todo, movido a respeto por el temple de aquel ser extraordinario, el Almirante no se atrevió a darle muerte. Un hombre así no podía ser tratado como un salvaje cualquiera. Ello habla bien de Colón, que tan falaz fue siempre.

Cabe sólo la sospecha de que Colón creyera que podía sacar más provecho de Caonabó vivo que de Caonabó muerto. ¿De qué manera? Pues enviándolo a España, a fin de que los Reyes Católicos vieran por sus ojos qué clase de enemigos eran los que su Almirante tenía que enfrentar en la Española. Mentiría con ello, puesto que no todos los indios eran iguales a Caonabó y ni siquiera era fácil hallar un corazón tan extraordinario entre los europeos. Pero la mentira le vendría bien.

Un día el cacique Caonabó, el “Señor de la Casa de Oro”, fue sacado de su celda y llevado al embarcadero. A distancia se mecían en las aguas las naos que iban a España. Caonabó fue metido en un bote y conducido a una de esas naos.

—¿A dónde me lleváis? —preguntó altivo el dueño de las montañas, mostrando por primera vez aprensión, bien justa porque jamás había embarcado.

—Vais a España, donde seréis presentado a Sus Majestades— le respondieron.

¿A España? ¿De manera que iban a alejarlo de sus tierras, a él, el señor de tantas y de tantos indefensos indios?

—Yo no puedo dejar abandonados a los míos —reclamó.

Pero no le hicieron caso. A la fuerza le metieron en la nao. Habían resuelto que iría a España y tendría que ir. Caonabó, en cambio, había resuelto que no iría a España, y no iría.

Contemplando ansiosamente las costas de la isla y las lejanas cimas de la Cordillera, el cacique pasó horas y horas mientras

las naves emprendían el camino. A la hora de comer dijo que no quería y todos respetaron su voluntad, pensando que iba demasiado apenado y que ya reclamaría comida cuando sintiera hambre. ¡Desdichados españoles que así pensaban que se doblaría aquel poderoso espíritu a los reclamos del cuerpo!

Caonabó no comió más. Se negó a hacerlo y ninguna fuerza humana pudo lograr de él que desistiera de su empeño.

Cuando las naos llegaron a España hacía semanas que Caonabó, el señor de las montañas, no iba en la suya. Había quedado sepultado en las aguas del océano, donde tuvieron que lanzarlo después de su muerte. Se había suicidado lentamente, de hambre, sin haber mostrado flaqueza ni una sola vez.

Cuando supo el fin de Caonabó, Colón dispuso que todos los indios de la Española debían pagar un tributo anual en oro a los Reyes de España. Mientras él vivió, el Almirante no se hubiera atrevido a imponer esa ley arbitraria. Aún preso, Caonabó bastaba para evitar males a su raza.

FRANCISCO MARTÍN, SALVAJE POR VOCACIÓN*

Que los hombres forzados por las circunstancias a despojarse de todo principio de civilización pueden acabar amando una vida primitiva, lo demuestra la historia de Francisco Martín, un europeo de arraigado sentimiento religioso, como lo eran los españoles del siglo XVI, que acabó siendo antropófago y jefe guerrero de una tribu de indios venezolanos, y a quien sólo por la fuerza pudieron obligar a ser cristiano y digno súbdito de Su Majestad Imperial, pues tantas veces como fue apresado para hacerle abandonar su vocación por la vida salvaje, otras tantas huyó en pos de los indígenas, entre los que vivía desnudo, hacía de hechicero y tenía títulos de jefe.

La casi increíble historia de Francisco Martín se inicia cuando entra a formar parte de la expedición que organizó en 1528 la compañía alemana de Belzares o Welseres, autorizada por Carlos V para ocupar la región de Tierra Firme comprendida entre el Cabo del Este y Maracapana, por el Norte, sin límites hacia el sur; extraer todas las riquezas que allí hubiera, esclavizar a sus moradores y venderlos. Las tierras comprendidas entre el Cabo del Este y Maracapana alcanzaban a más de 300 leguas marítimas y correspondían a todo el actual litoral Norte de Venezuela. De acuerdo con las capitulaciones firmadas entre el Emperador y la Casa Welseres —radicada en Hamburgo—,

* *Carteles*, La Habana, 6 de noviembre de 1944, pp.8-9 / p.12 / pp.16-17 / p.66.

los jefes de la nueva colonia serían alemanes, incluyendo entre ellos a 50 “maestros en minas”. Para gobernador general se escogió a Ambrosio Alfínger o Einger, y para teniente general o segundo en mando, a Bartolomé Sayller o Sailler.

Eran obligaciones de la compañía fundar por lo menos dos ciudades y tres fortalezas, aviar cuatro navíos y llevar en la expedición a 300 españoles. Entre ellos fueron muchos de alcurnia, hidalgos y segundones empobrecidos; allí iba también Francisco Martín, cuyo dramático destino ni él mismo sospechaba. La expedición llegó a Vela de Coro, punto de partida de la conquista de Venezuela, pocos meses después de haberse firmado las capitulaciones. En 1529 salió Ambrosio Alfínger hacia la región de Maracaibo, de donde se extrae actualmente la mayor parte del petróleo venezolano. Llevaba el propósito de esclavizar indios y recoger oro; en su columna iba Francisco Martín.

Han pasado más de cuatro siglos desde que Alfínger puso su planta en Tierra Firme y todavía se le recuerda como a un trasunto de Atila. Durante un año se entretuvo en talar, a hierro y fuego, las orillas del enorme lago de Maracaibo. Cuando, en 1530, salió hacia el Oeste, lo hizo tras haber esclavizado o muerto a cuantos indios encontró a su paso y destruido sus viviendas y labranzas. Envió los indios a Coro para que fueran vendidos y se organizara, con el producto de esa venta, una columna de 180 hombres con la cual reponer las deserciones y bajas sufridas. Tan pronto se le unió ese refuerzo marchó hacia el Oeste, atravesó la sierra de Itoto y descendió al valle Upar, zona que estaba fuera de los límites de su mandato, en tierras de Santa Marta, como se llamó en los primeros días de la conquista a la actual Colombia. Durante ese recorrido Alfínger quemó toda vivienda de naturales y esclavizó a cuantos de estos pudo echar mano. Sus crueldades eran tan sonadas que cuando llegó a las pobladas orillas del lago

Tamalameque halló las casas deshabitadas. Los indios habían huido a las islas del lago, llevándose las canoas. Los hombres de Alfínger acamparon en las orillas. Cuando, pasados unos días, los indios vieron que no eran atacados, resolvieron burlarse de los blancos, lo cual hacían paseándose por las playas de las islas cargados de adornos de oro. Aquello era demasiado para Alfínger y sus soldados, que se morían de rabia contemplando tanto oro en cuellos y orejas de idólatras.

La nerviosidad de los invasores, a quienes el oro excitaba en sus más feroces instintos, fue creciendo hasta causar un general estado de ánimo cercano a la locura. Insistían los indios en hacer sufrir a los codiciosos blancos, y tanto lograron, que cuatro soldados de Alfínger se lanzaron, a caballo, a las aguas, exponiendo la vida en un esfuerzo desesperado por apoderarse del objeto de sus ansias. Ni siquiera podían esperar a que se construyeran canoas, tanta era la codicia que quemaba su sangre. Los compañeros expedicionarios observaron con estupor el acto descabellado de los cuatro ambiciosos.

Pero hete aquí que, fiel a su tradición de ser fácil para los audaces, la fortuna les sonrió a los cuatro. Nadando para salvar sus vidas, los caballos salvaron la parte más peligrosa de la travesía, visto lo cual por los que esperaban en la orilla sus muertes, se originó un tumulto enorme, pues nadie quería que aquellos fueran los únicos en recoger todo el oro que desde allí se veía. Veintiséis más montaron a caballo y se metieron en el agua, al tiempo que los primeros cuatro llegaban a las islas.

En los primeros momentos el estupor de los indios fue tal que no pudieron moverse; después reaccionaron y quisieron echar los adornos del buscado metal en el lago. Tarde lo hicieron, sin embargo, porque los blancos habían empezado ya a matar y más mataban cuanto más oro veían caer al agua. La carnicería fue espantosa y el pillaje sin límites. A Alfínger le

tocaron cerca de 100,000 castellanos y se calcula que otro tanto tomaron para sí sus soldados. Tamalameque, el cacique de la región, cuyo nombre llevó el lago, fue hecho prisionero y más tarde sus vasallos pagaron por su rescate una subida cantidad. A pesar de eso, Alfínger ordenó su muerte. Vivos sólo quedaron los indios que el feroz germano separó para enviar a Coro.

Cuántos eran estos no se sabe a ciencia cierta; algunos historiadores aseguran que setenta, otros que más de cien. Todo indica que la razón la tienen los que dicen lo último, pues Alfínger no hacía esas cosas sino en grande. Encadenados por el pescuezo y por los pies, unos con otros hasta hacer una gran fila, esos indios debían llevar a Coro una carga de oro valorada en 60,000 castellanos, con los cuales se pagaría otra columna que debía unirse al jefe alemán en Tamalameque. Allí iba a permanecer Alfínger un año más, y allí le dejaremos, puesto que nuestra historia no es la suya, sino la de Francisco Martín.

Francisco Martín formó entre los veinticinco soldados que debían escoltar la cadena de indios. El destacamento fue puesto bajo el mando de Iñigo de Vasconia, hombre de confianza de Alfínger. Aquella columna, cuyo rumbo debía ser hacia la costa hasta llegar a Maracaibo, para desde allí ir en derechura, por el Este, a Vela de Coro, estaba llamada a un destino horrendo, que empezó a cumplirse cuando Iñigo de Vasconia resolvió ganar tiempo y emprender directamente el camino a Coro, internándose en la selva y abandonando la ruta que había seguido Alfínger para llegar a Tamalameque.

La marcha por una selva intrincada, que a ninguna hora dejaba paso al Sol, se hacía sin referencias de orientación; de manera que ninguno de aquellos hombres se percató, al principio, de que la columna iba perdiendo el rumbo. Había que ir haciendo el camino, abriendo trocha en la densa vegetación, evadiendo pantanos y pasos difíciles. Mientras tanto, seguros

de salir pronto a lugares menos inhóspitos, se disponía holgadamente de las vituallas de boca que se llevaban.

Pasaron dos semanas sin que la selva mostrara su fin y sin mayor alarma por parte de los europeos. Una semana más de marcha no los llevó a sitio alguno. La temporada de las lluvias se inició; muchos hombres sintieron las primeras embestidas de la fiebre tropical. A medida que los días pasaban, más eran los enfermos a ser cuidados, más densa la selva, menos la comida, más silenciosa la marcha y más difícil el andar. Iñigo de Vasconia y los suyos empezaron a preocuparse. Interrogar a los indios a nada conducía, porque a todo contestaban que no sabían; se parapetaban en un tétrico y ominoso silencio que la preocupación, hizo extensivo a los europeos. Al final del primer mes los españoles iban casi desnudos, muchos de ellos enfermos, llevados a rastras por sus compañeros, y en medio de la selva sólo se oía el golpe de la cadena que unía a los desdichados esclavos de Alfínger.

Al cumplirse el mes, los españoles vieron con terror que sólo había comida para dos jornadas más. Iñigo de Vasconia resolvió que los indios no comerían hasta no salir de la selva; en cuanto a los españoles, quedaría racionada la escasa comida que restaba, a fin de que se prolongara dos o tres días más.

Los indios empezaron a debilitarse y a enfermar. A los que caían se les obligaba a seguir a punta de espada; los que no podían continuar la marcha eran decapitados allí mismo, para no perder tiempo en recomponer la cadena que unía la larga fila. Aquello era una trailla de mártires escoltada por un hatajo de demonios empavorecidos.

A mediados de la quinta semana la comida se acabó del todo. Iñigo de Vasconia comunicó a sus hombres lo que, a su juicio, era la única salida: visto que los indios no tardarían en desaparecer, y que los soldados, desmedrados como estaban, no podrían cargar el oro, éste sería guardado al pie de un

tronco al cual se le haría una señal especial; la columna seguiría su marcha y se alimentaría con los indios. Una vez en Coro, se repondrían para volver por el oro. Nadie se opuso al macabro plan, que fue puesto en práctica al día siguiente.

Muchos de aquellos europeos, educados religiosamente, se negaron, al principio, a comer carne humana; mas tuvieron que ceder al hambre y al ejemplo de los compañeros menos escrupulosos. En los primeros días se sacrificaban dos indios en cada jornada. Pero como la terrible odisea se prolongaba sin advertírsele fin a la selva, y como, a causa de no ser alimentados, los indios se morían con alarmante facilidad, hubo que racionarlos y darles el mejor trato posible. Lo cual a nada condujo, en fin de cuentas, porque llegó el día en que, tan perdidos como antes, se vieron ante un solo indio, el último de aquella fila con que emprendieron la trágica caminata.

Nada, absolutamente nada, indicaba que hubiera esperanzas de salir de la terrible, silenciosa e inmensa selva. Los indomables conquistadores no habían perdido el valor, pero sí la esperanza. Iban a morir abandonados, consumidos por el hambre y las fiebres. Fue pensando eso, quizás, que el soldado encargado de descuartizar al último indio consideró que, puesto que en nada mejoraba la situación un poco más de carne, debía comportarse como siempre; y lanzó lejos de sí las partes genitales de la víctima, tal como se había hecho en todas las ocasiones. Pero Francisco Martín no estuvo conforme con esa idea. Corrió en pos del pedazo tirado, lo limpió, lo asó él mismo y se lo comió, arguyendo de esta guisa:

—¿Cómo tiráis, voto a Dios, manjar tan exquisito?

Con lo cual dejaba dicho que había retrocedido, durante esas trágicas semanas, a la más completa barbarie; y de ello iba a dar abundantes pruebas.

Decididos a luchar contra la adversidad, los españoles siguieron su marcha, a despecho del débil estado en que se hallaban los sanos y de los muchos enfermos a quienes tenían que cargar. Pasaron dos, tres días de hambre, sin que sus voluntades flaquearan. Pero en la tercera noche empezó a diseminarse por entre ellos un temor que acabó apoderándose de todos: el de ser muertos, mientras dormían, por sus compañeros, para servir de alimento como ocurrió con los indios. Esta idea casi enloqueció a la columna. Nadie confiaba en nadie; ninguno quería dormir; el menor movimiento provocaba espantosos estallidos de terror, más graves en mentes alucinadas por el hambre. La situación llegó a tal extremo que hubo que formular un plan para salir de ella. El plan consistió en el desbande de la columna; los hombres se separarían, solos o por grupos, y el que primero encontrara un camino buscaría socorro y volvería por los demás. Así se hizo. Sin ánimos para despedirse, unos y otros fueron apartándose. Jamás volverían a verse.

Francisco Martín y tres más acordaron irse juntos. Durante la macabra marcha a través de la selva, los sentimientos de hombre civilizado de Francisco Martín se habían esfumado y en su ánimo sólo privaban ya los instintos. De esa manera, en el soldado de la conquista se fue operando un cambio necesario, que lo hizo apto para luchar con la desventura. Un hombre de hierro, listo a imponer su derecho a vivir a cualquier precio, fue cuanto quedó en él... Descalzo, débil, enflaquecido, casi desnudo, se erigió en capitán del pequeño grupo y mantuvo viva su fe en un destino mejor. Tropezó y se hirió en una pierna; la herida no tardó en infectarse, de tal manera que Francisco Martín apenas podía andar. ¡No importaba! Había que seguir, si era necesario, arrastrándose... El caso era no rendirse a un hado adverso. Alimentándose y alimentando a sus compañeros con yerbas y raíces, mantuvo al grupo caminando sin cesar cuatro días.

Al quinto de aquella fantástica aventura, los españoles dieron con un río. El instinto, que se había desarrollado en él sobremanera, le dijo a Francisco Martín que aquel río sería su salvación. Además, no podía ya andar; su pierna se pudría y los otros no podían soportar el mal olor que de ella se desprendía.

—Aquí descansaremos. Por aqueste río, ¡vive Dios!, algo nos vendrá —afirmaba el indomable y maltrecho Francisco Martín.

Y ese “algo” que él esperaba, no sabía por qué les llegó al cabo de unas horas de sueño. Un rumor de voces despertó a los esqueléticos soldados de Alfínger. Acudieron con los ojos al lugar de donde procedían las voces y vieron descender por el río una canoa tripulada por cuatro indios. ¡Estaban salvados, puesto que esa corriente llevaba, sin duda, a lugares donde había seres humanos! La canoa estaba llena de maíz y otras vituallas. Mediante gestos desesperados, poniéndose de rodillas en la arena para implorar compasión o alzando los brazos al cielo para indicar su desdicha, los españoles procuraron atraer la atención de los indios, porque necesitaban comer y sólo esos salvajes podían proporcionarles con qué hacerlo.

Tanto afán pusieron en sus movimientos, que lograron interesar a los indios, los cuales dirigieron la canoa hacia la orilla en que estaban los blancos y parecieron dispuestos a ayudarlos. Sin duda no conocían las fechorías de los extranjeros ni habían oído hablar de ellos, pues no les temieron. Se acercaron y desembarcaron. Entonces ocurrió lo increíble. A la vista de indios bien alimentados y jóvenes, el demonio de la especie apareció en todo su primitivo carácter.

—¡A ellos, que son carne! —gritó Francisco Martín.

Procedían igual que las más convencidas tribus antropófagas. Allí, en la canoa, había vituallas, y no las veían; veían sólo a los hombres, “que eran carne”. Súbitamente dominados por

el salvaje que la lucha había despertado en ellos, los cuatro españoles acometieron a uno de los indios, mientras sus tres compañeros huían, despavoridos, río abajo. El que no pudo escapar fue muerto en el acto y descuartizado en seguida.

Sin perder un minuto —pues temían la vuelta de los que huyeron, acompañados de amigos vengadores—, los españoles prepararon, a la manera primitiva, fuego y se dieron un banquete con los pies, las manos y las asaduras —hígado y pulmones— del indio; el resto fue dividido en cuatro pedazos, uno para cada blanco, y debidamente ahumado para que durara algún tiempo. Inmediatamente después, seguros de que los escapados reunirían a los suyos para perseguirlos, los españoles resolvieron internarse de nuevo en la selva. A ese proyecto no se avino Francisco Martín. Con su pierna casi podrida no podría caminar largo trecho.

—Idos vosotros, pues que Dios ha dispuesto que debo morir y mejor que en la selva prefiero hacerlo aquí, matando idólatras y sin daros tormento —arguyó.

Ante tan llano lenguaje, los otros deliberaron un poco y acordaron hacerlo así. Se fueron y jamás se supo de ellos. Aunque estuvieron a punto de escapar, el sino con que fue marcada la columna les alcanzó igual que a sus compañeros.

Francisco Martín iba, según sus mejores cálculos, a morir en la arena de la orilla, sin duda a manos de los indios vengadores. Allí esperó una hora, dos horas, al cabo de las cuales vio venir río abajo algo que al principio le pareció una canoa. Se preparó a lo peor. Pero poco después observó que lo que tenía aspecto de canoa era un grueso tronco al que la corriente arrastraba. Por hacer algo, Francisco Martín se acercó —con gran dificultad, pues su pierna enferma no le dejaba andar— a la orilla, se echó al agua y se sujetó al tronco; pudo trepar en él y se dejó conducir río abajo, como quien se deja llevar por un ciego destino.

Mientras tanto, en el áureo Tamalameque se entretuvo Ambrosio Alfínger un año más, y como viera que al cabo de tanto tiempo Iñigo de Vasconia no volvía con los recursos que esperaba, decidió mover su columna, cosa que hizo a mediados de 1531; se internó por la ribera del Magdalena y remontó la Sierra (los Andes). No llegó a cruzarla, porque la gente se le moría a grupos. Las penalidades de aquella tropa fueron indescriptibles. Durante más de un mes debió alimentarse con caracoles de la tierra. Al cabo de trabajos sin cuento, Alfínger decidió conducir a su gente otra vez a Maracaibo, lugar que él no volvería a pisar, por suerte para la indiada. Tantas crueldades había cometido aquel alemán por donde pasara, que los indios de una tribu establecida en el valle de Micer Ambrosio (llamado así a causa de que en él halló la muerte el bárbaro gobernador) se aprovecharon de una oportunidad en que él hablaba a solas con su segundo en mando, Pedro de San Martín, y acabaron con la vida del feroz germano. Esto ocurrió a fines de 1531, es decir, poco más de año y medio después que la columna de Iñigo de Vasconia salió de Tamalameque hacia Coro.

Muerto Alfínger, se hizo cargo del mando Pedro de San Martín, quien llevó la columna a cruzar los Andes por donde hoy se halla la ruta Cúcuta-Pamplona-Bucaramanga. Cruzó y descendió a territorio de la actual Venezuela.

Y he aquí que, a causa de la fama de crueles que precedía a los conquistadores, los indígenas de las regiones por donde había de pasar San Martín se las arreglaban para conocer con anticipación su ruta, razón por la cual un viejo y poderoso cacique, cuyo pueblo estaba establecido cerca de los contrafuertes andinos, organizó en pie de guerra a sus hombres, llamó a su jefe guerrero y le confió la misión de no dejar vivo a un extranjero de aquellos que se acercaban. Este jefe guerrero había probado en muy corto tiempo su habilidad

en tales lides; había vencido en todas las guerras intertribales que se habían promovido en el último año, era mohán o curandero sin igual —lo cual quiere decir que sabía más hechicerías que ningún otro indio en todo el territorio—, estaba unido a una hija del cacique, con la cual acababa de tener un hijo, y tenía ganada la voluntad de todos los hombres de la tribu, a pesar de que no había nacido en ella. Enterado de la ruta que seguiría Pedro de San Martín, el hábil jefe guerrero estableció a su gente en un desfiladero y esperó. Cuando se vio la cabeza de la columna conquistadora, el jefe guerrero habló a sus hombres y les pidió que nadie se moviera; él iba a salir solo al paso de los extranjeros. La fe que merecía por sus repetidas victorias contra los enemigos de esos indios, fue lo que le valió no ser estorbado en tan descabellado intento.

Así, Pedro de San Martín y su gente vieron salir ante su paso a un magnífico tipo de guerrero indígena, armado de arco, flechas y macana, la cabeza adornada con plumas, apenas vestido con un taparrabo; y le vieron hacer señas de que quería hablar con ellos. El asombro de aquellos soldados no tuvo límites cuando le oyeron expresarse en correcto español. ¿Dónde y cómo lo había aprendido aquel salvaje? ¡Lo que menos podían soñar ellos era que tenían en frente a su viejo camarada de aventuras, Francisco Martín! Al cabo de un rato, algunos de los veteranos que habían hecho con él la travesía de España a Tierra Firme y la marcha de Vela de Coro hasta Tamalameque, reconocieron, bajo el bronceado color, al antiguo compañero de empresa y correrías. Hubo abrazos, lamentaciones por el estado de todos; resolvieron vestir, como debía estarlo un europeo, al falso indio, y allí mismo, sobre la tierra, se sentaron a contarse sus historias. Francisco Martín relató entonces el desdichado fin que tuvo la gente de Iñigo de Vasconia y contó su increíble aventura.

Dejándose llevar corriente abajo, bogó toda la tarde y toda la noche sujeto al tronco que, discurriendo por el río en cuyas orillas se sentó a esperar la muerte, le deparó el destino aquel día. Al siguiente se dio con que el tal río atravesaba un poblado indígena. Admirados de la estampa del que tan inesperadamente llegaba allí, los indios le sacaron del agua y le llevaron ante su cacique, quien resolvió que fuera bien atendido, seguro de que los dioses le deparaban algo bueno en hombre que de tan rara manera entraba en su pueblo y que tan distinto de los suyos era. Una vez en salud, Francisco Martín se las arregló de manera que se granjeó el respeto del cacique y de todos los hombres del poblado. Según relata Oviedo y Banes, “se hizo dueño de la voluntad de todos, porque imitando sus bárbaras costumbres, aprendió a comer el jayo; aplicóse a ser mohán y curandero; dióse a hechicerías y a pactos, en que salió tan aprovechado, que aventajaba a todos; resignóse a andar desnudo y, finalmente, perdiendo la vergüenza para el mundo y para Dios el temor, quedó consumado idólatra, adquiriendo tantas habilidades que le eligieron capitán para las guerras que tenían con sus vecinos, en que logró tan felices sucesos que, agradecido el cacique al crédito en que se hallaban sus armas con la dirección de tal caudillo, le dio por mujer una hija suya y el absoluto dominio sobre sus vasallos”.

Que esto era así pudieron comprobarlo los españoles que le encontraron, pues Francisco Martín condujo la columna hasta el pueblo de su cacique y suegro, donde, debido a la recomendación del antiguo conquistador, fueron tratados a cuerpo de reyes. Francisco Martín, según llegaron a advertir sus viejos compañeros, hablaba el lenguaje indígena tan bien como cualquiera de los naturales. En su compañía y en el pueblo donde él había sido salvado, pasaron Pedro de San Martín y los suyos muy buenos días de descanso y alimentación; después resolvieron seguir marcha a Coro y llevarse con

ellos a Francisco Martín. Entraron en Vela de Coro en 1532, dos años y medio después de haber salido con Alfínger hacia el saqueo y la muerte.

En la buena lógica de los sucesos —que la tienen, sin duda—, con la vuelta a Coro debió terminar la historia de un hombre cuya vida había sido tan agitada en tan corto tiempo. Pocos más podían relatar las cosas que él, como actor principal, había vivido. Pero la lógica de los sucesos nada regía en aquellos tiempos bravíos y desorbitados, y Francisco Martín estaba llamado todavía a dar qué decir.

Una vez en Coro, Pedro de San Martín —que no se resignaba a la pérdida de los 60,000 castellanos enterrados en la selva por Iñigo de Vasconia— resolvió organizar una expedición para rescatar el oro que tantas vidas costara; y como es lógico, llevó a Francisco Martín de práctico. Él, único superviviente de aquella jornada, era, por tanto, el único que podía localizar el lugar donde había sido guardada la enorme suma. Con mayor rapidez, pues, que la usada para convertirse de español en indio, volvió Francisco Martín a ser español aventurero y buscador de oro. A poco de su vuelta a Coro, salió para la selva en la expedición rescatadora.

Durante un mes, la vasta y tenebrosa selva fue recorrida y minuciosamente registrada, sin que arrojara resultado alguno la búsqueda. Vengativa y burlona, la selva se rió de los exploradores extranjeros, que sufrieron en su seno hambre, desnudez, enfermedades, y que debieron retornar, agobiados y maltrechos, a la expectante Coro, donde todos los que esperaban verlos volver cargados de riquezas les consideraron inútiles o mentirosos. Francisco Martín, que no podía explicar por que no había ido antes, con sus indios, en busca de los 60,000 castellanos, debió sufrir más que todos. Ilusionado durante un corto tiempo, quiso ser rico, como sus compañeros. Pero cuando comprobó que el oro no aparecería comprendió que

ya a él no le interesaba la fortuna. Él, Francisco Martín, no era el mismo hombre que entró en la selva con Iñigo de Vasconia, el que salió de España para las Indias en pos de riquezas, el que acuchilló indios para robarles en Maracaibo, el valle de Upar y Tamalameque. No, él no era el mismo. Él había hallado lo que todo hombre busca a través del oro, es decir, la felicidad, en el seno de aquellos salvajes que le hicieron jefe guerrero y le rindieron toda su confianza.

Eso pensaba Francisco Martín, y tanto meditó sobre ello y tan convencido se hallaba de que así ocurría, que un buen día, agobiado por la nostalgia de sus tiempos de indio, por la de la mujer y el hijo a quienes dejara en medio de la cruda naturaleza, en el lejano poblado indígena, arregló sus cosas, tomó el camino y se fue en derechura de aquellos parajes, en los que su vida se reanudó y tornó a dar con la perdida tranquilidad de conciencia.

Pero una cosa piensa el hombre aislado y otra la sociedad en que vive. El Estado imperialista —aunque feudal— no podía tolerar la idea de que un español desacreditara los principios en que se basaba ese Estado, y los cambiara por aquellos que él estaba combatiendo. Los graves representantes del rey resolvieron actuar para salvar el principio de que ser español y cristiano, y vivir como tal era lo que el Señor ordenaba, y que cuanto se le opusiera era imperdonable. Así, un día salió de Coro todo un destacamento encargado de ir al poblado donde hacía de jefe guerrero Francisco Martín, quien debía ser apresado y conducido de nuevo a Coro. Y así se hizo preso, vestido a la fuerza, obligado a rezar de nuevo a un Dios que él había olvidado y a hablar en un idioma que había cambiado por el primitivo y cadencioso del pueblo que escogió como suyo. Francisco Martín debió resignarse a vivir en Coro, cada vez más triste, más nostálgico cada día, más apesadumbrado cada hora por la civilización que le imponían,

separado de su mujer y de sus hijos —pues los tuvo nuevos en su segunda estancia entre los salvajes—, del escenario de sus triunfos de guerra y del paisaje grandioso y melancólico donde hallara la felicidad.

Divagando por Coro, no perdía oportunidad de hablar con los indios esclavos, de comentar con ellos la libre vida de sus pueblos, de evocar sus días de lucha. Hasta que no pudo más y volvió a huir... De nuevo le vieron llegar al poblado de la tribu que había elegido como propia. Otra vez volvió a su jefatura guerrera, al amor de los suyos, al favor del viejo cacique. Persistía valientemente en ser un salvaje. No se doblaba, así como así, aquel empecinado conquistador que acabó siendo conquistado.

Pero tampoco se doblaba el férreo Estado español. A poco de haberse huido el indomable Francisco Martín por segunda vez, salió de allí un destacamento más fuerte que el anterior, que llevaba la orden de destruir el poblado, apresarse al atrevido prófugo y llevarlo a Coro, donde se tomarían las providencias oportunas para evitar tanta vergüenza al “mundo y a Dios”, a quienes así despreciaba aquel desconsiderado.

Tal se hizo, y Francisco Martín fue conducido a Vela de Coro, desde donde, debidamente asegurado para evitar nuevas fugas, se le despachó hacia Santa Fe, la naciente ciudad del valle de Bogotá, que habría de ser, andando el tiempo, capital de la República de Colombia. De allí era muy difícil que huyese, porque no era humanamente posible que hallara el camino del poblado al cual llegó un día arrastrado por la corriente de un río. Ese poblado estaba del lado acá de los Andes, en tierras de lo que hoy es Venezuela, a más de mil millas de selvas de Santa Fe.

Francisco Martín comprendió cuán inútil hubiera sido cualquier esfuerzo por volver a ser indio. Pero puesto que no quería ser español de nuevo, por lo menos en la parte de buscador de

fortuna y acuchillador de indios que tenía todo europeo, se negó a salir en expediciones y se dio a rezar día y noche. Pedía a Dios —al Dios cristiano de su infancia y de su juventud, al cual retornó a la fuerza— paz, ventura y libertad para los hijos de esas tierras en que él había sido dichoso.

Fue complacido; sólo que trescientos años más tarde, cuando Simón Bolívar, como un pájaro de fuego libertador, cruzó clamando independencia aquellos abruptos Andes que se interpusieron entre Francisco Martín y el poblado indio, los mismos que cruzara, sembrando espantos, Micer Ambrosio Alfínger, el primer alemán que derramó sangre en América.

BOHEMIA

EL ACUERDO TRUMAN-PERÓN EN EL PANORAMA POLÍTICO MUNDIAL*

El entendimiento Truman-Perón —del cual nunca es tarde para hablar—, no es sino el punto final de una etapa política norteamericana destinada a formar un bloque continental que sirva de retaguardia definitiva en la sorda y peligrosa batalla de la paz. Con tal entendimiento se inaugura una época distinta a la del Buen Vecino y distinta, sin embargo, a la del Big Stick; pues a partir de ahora el bastón que Teodoro Roosevelt —y sus sucesores hasta Hoover— descargaba sobre los pueblos américolatinos, será en lo adelante usado por jefes criollos, y a nadie queda duda de que estos lo manejarán con más saña que los propios hombres de Washington.

Muchos comentaristas de nuestra lengua han visto con satisfacción la salida de Spruille Braden de la Secretaría de Estado. La verdad es que Braden y Messersmith, personeros de dos concepciones extremas de la política continental, han sido sacrificados por parte de Mr. Truman como prenda del entendimiento con Perón; éste, por su parte, sacrificó al jefe de su policía, conocido agente fascista en Buenos Aires. Pero en el fondo del asunto los hombres puestos a un lado no lo han sido sino por razones de procedimiento. Con o sin Braden y Messersmith, con o sin Velazco, Perón y Truman, es decir, los gobiernos de la Casa Rosada y de la Casa Blanca, estaban fraternalmente

* *Bohemia*, Año 39, N° 25, La Habana, 22 de junio de 1947, p.23 / p.74.

vinculados por la fuerza de las circunstancias y por similitud de intereses políticos. En el régimen de Truman sobraba Messersmith, diplomático de la vieja escuela, criatura híbrida del liberalismo imperialista y la democracia nortea; y sobraba Spruille Braden, partidario de gobiernos populares en nuestros países como premisa indispensable para la industrialización del Sur, es decir, para nuestra capacitación como mejores clientes de su patria. En el régimen de Perón sobraba un jefe de policía ultranacionalista, y, por tanto antiamericano, pues el momento no es de odios sino de acuerdos entre los dueños de la mayor reserva mundial de trigo, maíz y carne, y los de la mayor reserva industrial del mundo. Unir la proteína del Sur con las maquinarias del Norte para manejar ambas cosas como armas con que ganar la paz, es un negocio para los argentinos y los norteamericanos. Las sutilezas ideológicas están de más ante argumento tan contundente en sociedades capitalistas. Pero si es posible llegar a tal fin aduciendo que ello se hace en nombre de la Política del Buen Vecino o con vistas a la amenaza comunista, mejor que mejor; así habrá siempre un motivo para poner a favor del acuerdo ciertos núcleos de la opinión continental.

Este “paso adelante” simultáneo de Truman y de Perón —y con el último, de sus numerosos peones en América, llámense Trujillo, Somoza, Carías o López Contreras— era fácilmente previsible aún en los días más agrios de la disputa entre Washington y Buenos Aires. Pues con la derrota del fascismo tenía necesariamente que iniciarse una era de confusión política en el mundo y, sobre todo, en nuestras tierras; la confusión obligada en la batalla de la paz. La posición de Spruille Braden, la única realmente justa, pecaba por inoportuna. Días, y no muy tardíos, vendrán en que se enjuiciará como merece el valor con que defendió sus ideas. Esos días serán aquellos en que su consigna de una gran unión democrática americana empezará a tener vigencia.

En plena guerra, muchos estudiosos previeron la gran expansión industrial norteamericana que seguiría a la contienda. La maquinaria fabril estadounidense sería enormemente mejorada por exigencias del conflicto, y saldría de él lista a producir más, mejor y más barato que antes. Al mismo tiempo se daría igual fenómeno en Canadá, en Inglaterra, en Europa. Como resultado lógico, los imperios industriales capitalistas tendrían que dar facilidades nunca soñadas a los países pobres del mundo para convertirlos en consumidores de la mercancía sobrante. Esa era la tesis de Spruille Braden, y a menudo le oímos defender el argumento de que cuanto más industrializado estaba un pueblo mejor cliente de Estados Unidos era. Pero Braden, y los que habían llegado a conclusiones parecidas, olvidaron que entre la guerra y la época que ellos anunciaban habría un paréntesis de miseria ocasionado por la monstruosa destrucción que provocaría la guerra en Europa y en Asia, y que ese paréntesis no podría ser llenado de golpe porque sería materialmente imposible transformar de un día para otro la industria de guerra en industria civil. Además, con la miseria sería simultánea la batalla de la paz. Los Estados Unidos no tendrían comida suficiente para atraer a su órbita a todos los pueblos hambrientos, y ponerlos de su lado en esa batalla; por tanto, tendrían que aliarse a los que pudieran aportar alimentos. Si Hitler viviera y gobernara con régimen nazi sobre un pueblo de producción abundante, Truman le hubiera tendido la mano a Adolfo Hitler. Esta es la verdad cruda, y tal verdad ha costado su cargo a Spruille Braden.

Ahora bien, ¿contra quién desea Washington ganar la paz? Necesariamente contra la Unión Soviética. Levantar la bandera anticomunista para unir a los posibles aliados en esa lucha, era, desde luego, una necesidad; como fue necesidad levantar la bandera antifascista en la guerra contra Hitler, no

importaba que el pabellón cubriera a gobernantes como Trujillo, Carías y Somoza, especímenes nada democráticos, por cierto.

¿Y por qué hay que ganar la paz contra la Unión Soviética? Porque como resultado de esta guerra se ha dado un fenómeno que nadie previó: la hegemonía circunstancial del mundo capitalista por parte de los Estados Unidos. El día que cayó en manos aliadas la Cancillería de Berlín, fue el último de los imperios capitalistas en pugna. Hoy, hasta Inglaterra es un país dependiente de Norteamérica. La tierra ha quedado por ahora dividida entre la sociedad socialista dirigida por Moscú, y la sociedad capitalista dirigida por Washington. Del lado norteamericano caben todos los regímenes anticomunistas, incluso el de Franco. Esa es la razón, y no otra, de la confusión política que estamos viviendo. He ahí la causa que explica la permanencia de Franco en el poder, la reelección de Trujillo, el golpe de Estado de Somoza, la seguridad de Carías, la indecisión de la revolución paraguaya, el fortalecimiento de Perón, la persecución a comunistas en el Brasil, el viraje de González Videla en Chile, la salida de los apristas del poder en el Perú.

Los emperadores industriales necesitan, sin embargo, aclarar el horizonte, porque una situación tan inestable como la actual les impide ganar fortuna al servicio de la guerra o al servicio de la paz. La esperanza de convertir a su sistema a todo el mundo les hace contemplar como mejor remedio el de una guerra que, a su juicio, ganarían rápidamente. Pero la guerra luce imposible, porque no están en condiciones de hacerla los aliados indispensables. A despecho de que así es, toman posiciones, entre otras razones, porque el fantasma de la guerra ha sido siempre arma eficaz en la discusión de una paz.

No habrá guerra. La perspectiva, a cinco o seis años vista, será la de la conversión de la industria bélica en industria de paz. Llegará entonces la era de Spruille Braden. Pues para

esos días la producción norteamericana, la canadiense, la francesa, la inglesa, desbordarán en miles de millones de dólares, y habrá que crear el arriendo-préstamo pacífico para China y la India, para la América Latina y para los pueblos del Pacífico. Dispuestos a ganar, aunque sea lo menos posible, los hombres de Washington recordarán su consigna de que “es mal negocio negociar con dictadores”. Pero tendrán en su “debe” una cuenta más que saldar: la del sostenimiento que están dando ahora a regímenes odiados por estos pueblos, a los cuales respaldan bajo el pretexto oportunista de una lucha ideológica mendaz; porque no son los tiranos de América Latina los que pueden levantar con limpieza la bandera anticomunista, sino los que por estricta demanda histórica queremos para nuestros países gobiernos democráticos que sustenten como principio insoslayable el derecho de estos pueblos a disfrutar de justicia social sin mengua de la libertad.

¿QUÉ OCURRE, POR FIN, EN VENEZUELA?*

A las redacciones de los periódicos, a los despachos de los políticos, a las manos de diplomáticos, industriales, jefes de la iglesia y oficiales de gobierno de estos países está llegando una ola de folletos, artículos, cartas y periódicos que tiene como único fin la de confundir a la opinión pública continental en relación con el régimen gubernamental de Venezuela. La pregunta que da título a estas líneas le ha sido formulada al autor por las gentes más diversas, muchas de ellas obligadas a saber, por su posición en el campo político internacional o por su oficio de comentaristas de la actualidad, qué es lo que en realidad está ocurriendo en la tierra de Bolívar.

La acusación más difundida entre las muchas que se lanzan a la Junta Revolucionaria de Gobierno de Caracas, y especialmente a su presidente Rómulo Betancourt, es la de comunista; el más activo de los vehículos de esa acusación es un llamado *Libro Rojo*, que inunda los lugares más distantes y que, aunque sin pie de imprenta, está sin duda editado por los talleres de un periódico que publica Rafael L. Trujillo en la capital de la desventurada República Dominicana. El libro es enviado a través del correo de Santo Domingo, está prologado por un periodista venezolano que es huésped del Nerón del Caribe y, sobre todo, tiene el sello específico de la

* *Bohemia*, Año 39, N° 32, La Habana, 10 de agosto de 1947, p.27 / pp.75-76.

propaganda que ordena y difunde Trujillo: la grosería en la calumnia y la falsedad en las supuestas pruebas que elabora su policía.

Con tal adefesio se está haciendo creer a muchos timoratos que el Partido Acción Democrática, organización mayoritaria entre las que respaldan al gobierno revolucionario de Venezuela, no es sino un partido comunista disfrazado. Algunas frases de Rómulo Betancourt, escritas cuando el fundador de Acción Democrática tenía menos de veinte años y vivía en exilio, se utilizan, mezcladas a otras falsas, para atribuirle el llamado “plan de Barranquilla”, una especie de tenebrosa maniobra moscovita, tan legendaria como el célebre “Protocolo de los Sabios de Sión”, encaminada a disimular bajo otros nombres la conquista del poder en toda América por los partidos comunistas.

La verdad del caso es que fuera de Venezuela se conoce poco la Revolución de octubre de 1945 en su real significación para el pueblo de aquel país y para la consolidación de la democracia en nuestras tierras y la verdad también es que cuando era un jovenzuelo exiliado, en lucha contra Gómez, Betancourt vio claramente que el día de esa revolución llegaría y que para entonces había que tener un ideario político claro y una organización que lo pusiera en vigor. Por aquellos días, la muchachada que llevó a efecto la fracasada intentona revolucionaria de 1929 —docenas de estudiantes caraqueños, muchos de ellos caídos para siempre en las cárceles de Gómez— admiraba como modelos de luchadores a los militantes comunistas internacionales. El propio Betancourt, guarecido en Costa Rica, ingresó como miembro en las células rojas del pequeño país bananero. Cuando poco después abandonó esas filas, fue acusado de trotskista y tuvo que enfrentarse, en una pelea sin cuartel, al Partido Comunista de Venezuela, al cual estuvo combatiendo sin cesar, primero en el

exilio y más tarde en el país. Pero antes de dejar las filas rojas, Betancourt, imbuido ya de la idea de que su patria desembarcaría más tarde o más temprano en una revolución democrática de vasto contenido social, trató de ganar para su tesis a los que habían sido sus compañeros en la asonada de 1929 y se habían afiliado al Partido Comunista Venezolano. Su correspondencia de aquella época expone, a la vez que los lineamientos fundamentales de la Revolución de octubre, la habilidad política del que andando los años iba a ser el dirigente indiscutido de su país; pues sin decirles que era necesario que rompieran con su partido, les señalaba la necesidad de que fueran abandonando su férrea doctrina y acomodaran su pensamiento a la idea de que en Venezuela tenía que producirse un movimiento venezolano, acorde con las necesidades del medio y con el desarrollo político del hombre que lo habitaba. Es decir, Betancourt estaba transitando el camino que lleva de la revolución comunista a la que Enrique Cotubanamá Henríquez denominó muy justamente, “nacionalista-revolucionaria”. Su presencia, durante corto tiempo por cierto, en las células rojas de Costa Rica, y sus cartas de los días en que empezaba a elaborar la doctrina y la táctica del que tres lustros después sería el partido mayor de su país —esas cartas hábilmente deformadas por la policía de López Contreras y por los falsificadores de Trujillo—, son las bases en que descansa hoy la sorda y mendaz propaganda con que el dictador dominicano y sus secuaces de otros países tratan de confundir a la opinión pública continental.

El gobierno de Venezuela no sólo no es comunista, sino que fue duramente atacado por estos en sus primeros tiempos; y el ataque lo producía por cierto la presencia de Betancourt en él. Betancourt había sido el fundador y secretario general de Acción Democrática, único partido de oposición al gobierno de Medina Angarita; había sido la cabeza de

turco de las embestidas comunistas, había llevado el mayor peso en la lucha contra estos, aliados circunstanciales de Medina, bajo cuyo régimen su organización fue legalizada. Al saltar el 18 de octubre de 1945 de concejal electo por Acción Democrática en la capital a jefe de la Junta Revolucionaria de Gobierno, Rómulo Betancourt llevó a su nuevo cargo la misma personalidad combatida y combativa con que se había acostado el día 17; los comunistas consideraron que el hombre a quienes ellos habían atacado tanto y que tanto los había atacado, no iba a convertirse súbitamente en su amigo. Durante algunos meses, las relaciones entre los centros comunistas y el Palacio de Miraflores no pudieron ser más hostiles; y eso, a pesar de que los comunistas habían declarado repetidas veces que apoyarían al Gobierno revolucionario en la medida en que éste pusiera en práctica un programa de alcance social. Ese programa se ha satisfecho con creces y el respaldo ofrecido por los comunistas no ha llegado, entre otras razones, porque la Junta que gobierna cree suficiente el que les ofrecen, en el ejército, la oficialidad joven, las clases y los soldados, y en el campo político, Acción Democrática, partido que para las elecciones de constituyentes echó en las urnas más de un millón doscientos mil votos en un país cuyos electores no llegan a millón y medio.

¿Cuáles son, entonces, las causas de esa propaganda que venimos denunciando; en qué se origina el deseo de presentar al régimen de gobierno de Venezuela como comunista? En el deseo de debilitarlo internacionalmente para poder derribarlo desde afuera. Esa propaganda ha sido urdida y está siendo pagada y difundida por el señor Trujillo. Hace pocos días —a mediados de mayo, para ser exactos— el señor Trujillo dijo en un discurso lo siguiente: “Me ofrezco al gobierno de Estados Unidos para combatir al comunismo, no sólo en mi país, sino en cualquier lugar de América”. Y

cuando decía eso estaba apuntando directamente hacia Caracas: más aún, hacia el Palacio de Miraflores y hacia Rómulo Betancourt en tal palacio.

Pues el dictador dominicano, cachorro bien domesticado por las fuerzas reaccionarias que moran en Washington, tiene un juicio arbitrario de su posición en América y cree que la ruptura de relaciones que con su régimen tuvo el de Venezuela es producto de la animosidad personal de Rómulo Betancourt. Ignora que esa ruptura, así como la que separó a Venezuela de la dictadura franquista y la sumó a los países que han reconocido al gobierno exiliado de la República española, fue una demanda unánime del pueblo venezolano; un pueblo al cual la Junta Revolucionaria que ocupó el poder en octubre de 1945 ha venido satisfaciendo en sus justas demandas de más pan, más libertad, más dignidad en su vida nacional y en sus relaciones internacionales.

Lo que ocurre en Venezuela no puede ser deformado por propagandas interesadas. Hay allí un gobierno cuyo fin primordial es el más amplio desarrollo económico —y por tanto cultural, político, sanitario— sin que tal desarrollo se obtenga a expensas de las clases tradicionalmente más sufridas. En lugar del capital imperialista foráneo, hay que facilitar el crecimiento del capital nacional, en una palabra, suplantarlo con una burguesía criolla apta para las fuerzas extranjeras en la economía del país. Eso debe hacerse sin que se explote a trabajadores y campesinos, pues el progreso de estas clases debe ser simultáneo con el de la burguesía si en realidad se quiere echar sobre bases sólidas el edificio de la democracia venezolana. Para que se produzca esa simultaneidad, ha habido necesidad de tomar medidas más drásticas y espectaculares en favor de campesinos y proletarios, clases mucho más atrasadas que las otras; de ahí la baja de alquileres, el reparto de tierras, el gigantesco plan de construcciones obreras. El capital para

esas medidas tenía que salir de quienes lo tienen, es decir, las grandes empresas industriales, a las que se les aplicó un impuesto crecido sobre ganancias que excedieran de cierta cantidad; y tenía que salir de quienes antes lo habían tomado del Pueblo, los antiguos funcionarios de gobierno que se habían hecho millonarios al favor de sus posiciones oficiales.

Muchos cientos de millones fueron recaudados por el fisco venezolano gracias al impuesto sobre las ganancias exorbitantes y gracias a las condenas con que un tribunal especial despojó de lo mal habido a personeros de regímenes anteriores. Los industriales y los políticos que tuvieron que desembolsar tales cientos de millones pensarán y dirán que es comunista el gobierno que lo recibió. Pero que les pregunten si están de acuerdo con tal acusación a los industriales que han expandido sus empresas o creado otras con ayuda de la Junta Revolucionaria.

Pues es el caso que muchos más millones que los recibidos por aquel concepto son los que ha puesto en manos de empresarios capaces esa Junta Revolucionaria a través del Instituto de Fomento de la Industria Nacional, un organismo que ha dado a la revolución venezolana su verdadero perfil; el perfil de la revolución democrática-burguesa que requieren nuestros pueblos, complemento económico y social de la mera revolución política con que nuestros abuelos nos hicieron independientes en la apariencia y esclavos en los hechos, de los grandes financistas de Londres y Wall Street.

EL TURCO SE LLAMABA...*

Barahona, capital de la provincia de su nombre en el ángulo Suroeste de la República Dominicana, es hoy una respetable ciudad, con hermosos edificios de ladrillos, parque, aeródromo, muelles capaces de recibir grandes buques. Para los días de esta historia no había nadie allí, sin embargo, que pudiera soñar con la Barahona actual. Cogida entre el Bahoruco altanero y las aguas de la bahía de Neyba, una pequeña lengua de tierra llana, cubierta de cocoteros, daba albergue a cuatro o cinco docenas de bohíos. Sólo una casa había, la de don Carlos Alberto Mota, grande, de madera, con acera alta de ladrillos. Allí estaba el único comercio del lugar, atendido por el

* “Aunque parezca cuento, lo que en estas páginas se relata es historia. Sin embargo, el autor deja a los eruditos en la materia el trabajo de situarla en el tiempo. De acuerdo con la edad de quien fue testigo, debió suceder poco después de 1890. Ese testigo, hombre veraz, se llamó don Jaime Sánchez; durante años mantuvo la jefatura política de su provincia, y abandonó su tierra —la República Dominicana— a poco de haber llegado al poder Rafael L. Trujillo. Don Jaime Sánchez era entonces senador; un hijo de igual nombre, diputado; y a pesar de sus títulos pudo salvar la vida gracias a una fuga dramática en que le acompañó toda su familia. Don Jaime relató tantas veces a hijos y amigos la historia que aquí se cuenta, que su primogénito, Buenaventura Sánchez, de quien la he oído, llegó a repetirla con lujo de detalles. Tal como él la ha dicho —copiando las palabras de su padre, fallecido en el exilio hacia 1940—, se escribe ahora, sin añadir una coma, sin inventar siquiera en el terreno de lo pintoresco, pues hasta las cotorras a que se alude existieron y actuaron como aquí se asegura” (Nota de JB).

En *Bohemia*, Año 39, N° 51, La Habana, 21 de diciembre de 1947, pp.74-75.

propio dueño, hombre austero, morigerado, cuyo prestigio no se discutía entre el Yaque del Sur y la frontera con Haití. Desde la acera de don Carlos Alberto podía verse, a doscientas varas, el pequeño muellecito, una cuantas tablas sobre pivotes de madera que el mecer del mar iba conmoviendo; desde la parte de atrás, dormitorio de la familia, se veía caer sobre la casa la mole del Batoruco, la vieja montaña cargada de historia y de riquezas, hasta cuyos propios pies llegaban los bohíos que se enfilaban más allá del caserón de los Mota.

Ocurría que por entonces el Batoruco estaba poblado de cotorras, razón por la cual en cada vivienda de Barahona había una. Así, cuando alguno de los muchachos del lugar, tras otear el horizonte, gritaba volviendo la cara al poblado: “¡Vela, vela!”, se oía en cada bohío la voz chillona de las cotorras repetir, como un eco: “¡Vela, vela!”... hasta que el grito se perdía en las oquedades de la montaña. Al grito, las mujeres, los niños y los viejos que demoraban en las casas se asomaban a las puertas o buscaban un sitio adecuado para mirar hacia el mar, pues por allí llegaba el único lazo que unía a Barahona con el resto del país y con el extranjero. El camino de tierra hasta la capital, por la costa del Sur, era endemoniado; y en cuanto a la ruta hacia Haití, por el Suroeste, ésa sólo se usaba para negocios, porque la gente de Barahona tuvo en menos siempre volverse hacia Haití, excepto cuando las revoluciones requerían el resguardo de la frontera.

Aquel día, cuando la cotorra de la tienda, removiéndose en el aro, repitió la voz de “¡Vela, vela!”, don Carlos Alberto llamó al pequeño Jaime. Jaime era sobrino suyo y sobrino de su esposa, y con el tiempo iba a heredar el prestigio de su tío y padre de crianza. Se trataba de un muchacho inteligente, pero tranquilo y bondadoso, cuyos azules ojos lucían serenos en el peor de los momentos. Metido tras el mostrador, atendía a los vecinos del lugar, a los campesinos que traían café del

Bahoruco y compraban telas o jabón, y en las horas tranquilas leía las revistas que don Carlos Alberto recibía de lejanos países o se entretenía escribiendo, en el papel de envolver, con un lápiz de punta tosca que mojaba en la lengua.

Pues bien, don Carlos Alberto llamó a Jaime. Entonces le decían Jaimito, Jaimito Sánchez. Don Carlos Alberto esperaba la *Onelia*, goleta que hacía la travesía regular entre Barahona y la capital del país, y en ella debían llegar cartas de la señora, a quien la enfermedad de uno de los niños había hecho ir, con todos los muchachos, hacia la lejana y vieja ciudad del Ozama.

—Debe ser la *Onelia*, Jaimito. Vete allá, pregúntale al capitán si trajo correspondencia —pidió don Carlos Alberto.

Con efecto, era la *Onelia*. Desde el muelle se veían su conocido velamen y su casco gris.

Jaime esperó. Cuando el barco se arrimaba, el muchacho preguntó a gritos:

—¿Hay cartas para tío, capitán?

El capitán dijo que no; pero como tenía que explicar al muchacho las razones de la negativa, le pidió con una señal de la mano que esperara. Entonces Jaimito vio en cubierta al hombre, un sujeto pequeño, más bien delgado, vestido con paño negro y tocado con gorra. El extraño era ligeramente cetrino, de bigote abundante y ojos y pelo oscuros; estaba cruzado de brazos, esperando quizá que dieran fin a las maniobras de atracar, y las pupilas le relampagueaban con una pesada carga de gravedad.

Antes de que la *Onelia* estuviera amarrada, el capitán saltó al muelle para enviar con Jaimito un recado a don Carlos Alberto. Le mandó a decir que no había tenido tiempo de ver a la doña, porque el señor que venía a bordo se había presentado en la goleta, allá; en la Capital, la había fletado y había demandado salida inmediata...

— ...Sin darme tiempo para nada —explicó el capitán.

Jaimito vio al hombre saltar. Parecía muy amigo de mandar, pues empezó a dar órdenes en el acto, y la tripulación tuvo que ocuparse en sacarle la impedimenta, por cierto bastante numerosa para un viajero común.

Por aquellos años empezaban a visitar los puertos pequeños y los poblados mediterráneos del Caribe buhoneros sirios. Iban de casa en casa vendiendo cintas, telas, cadenas y baratijas; llegaban en goletas o a lomo de caballo, siempre rodeados de innúmeros bultos y baúles, y se hacían acompañar por uno o dos muchachos del lugar en cuyos hombros amontonaban el equipaje, que abrían ostentosamente para mostrar sus mercancías. En la República Dominicana les llamaban “turcos”, como les llaman todavía a los naturales de los países árabes. Para Jaimito, el hombre que acababa de bajar de la *Onelia* era un turco.

Tras una rápida ojeada a los rapazuelos y a los pescadores que contemplaban en silencio la escena, el recién llegado se dirigió a Jaimito.

—¿Puedes indicarme dónde vive don Carlos Alberto Mota? —le preguntó.

Jaimito le señaló la casa, cuyo techo de cinc podía verse por entre los cocoteros; después dejó al extraño ocupado con su equipaje y se fue a sus obligaciones.

—Sólo ha venido un turco, y no hay cartas —dijo al tío. Y después pasó a explicarle las causas por las que el capitán no había podido recoger correspondencia ni llevar noticias directas de la familia. Apenas había acabado de hablar, cuando tocaban a la puerta de la sala, una habitación contigua al gran salón donde estaban el mostrador y los paraderos de la tienda. Don Carlos Alberto abrió y Jaimito atisbó un poco: era el turco. Seguramente saldría de allí sin haber logrado nada, porque don Carlos Alberto no iba a hacer el mal negocio de comprarle a un competidor como él.

Pero he aquí que el tiempo empezó a transcurrir y el pequeño Jaime, ocupado en atender a los parroquianos, advertía allá en la sala el murmullo de la al parecer entretenida charla que libran su tío y el turco. Después oyó que don Carlos Alberto ordenaba a la cocinera platos especiales, mandaba arreglar con todo esmero la habitación de los huéspedes y parecía muy orgulloso de tener en su casa al visitante; incluso dirigió él mismo la operación de subir a los altos en que se alojaría el turco —desde los cuales vería a su gusto la montaña donde durante trece años combatió al conquistador el cacique Enriquillo— las numerosas maletas en que, a juicio de Jaimito, había telas multicolores, cadenas, anillos y baratijas.

A media tarde la casa era un hervidero. Los jornaleros y los peones que moraban en el pueblo, los agricultores acomodados, el barbero, los escasos funcionarios del Estado y algunos mozalbetes que devoraban durante horas interminables las revistas y los libros que recibía don Carlos Alberto, pasaban por la acera de la tienda y entraban en la sala. Al parecer iban en pos del turco; y al parecer éste escribía velozmente, acomodado en un rincón, ya que Jaimito oyó a su tío pedir a los visitantes que no interrumpieran a su huésped con tantas preguntas, pues las cartas que iba despachando eran muy importantes y debían salir hacia sus destinos cuanto antes.

—No, señor Mota, de ninguna manera —atajó el extraño—. Que me hagan cuantas preguntas quieran, aunque esté escribiendo, que puedo contestarlas sin perder el hilo y me complace mucho atender a estos buenos amigos.

Al cabo de tres días, el hombre se marchó. No había salido el Sol. En dirección del poniente, bordeando la enhiesta montaña, iba el extraño personaje, jinete en el caballo preferido de don Carlos Alberto, seguido por un mulo que llevaba la impedimenta y por un peón de confianza que cerraba la marcha montado en una bestia alazana. Mientras la escasa visibilidad

se lo permitió, don Carlos Alberto estuvo contemplando a los viajeros; y durante algunos minutos más oyó el ligero trote de las bestias, que debían ir pisando ya el polvo de la salida del pueblo. Aquel a quien Jaimito llamaba para sí el turco, iba camino de Haití; pero excepto don Carlos Alberto y el peón que le serviría de práctico en el laberinto de la sierra, nadie debía saberlo. Pues resultaba que el raro sujeto tenía cosas misteriosas que hacer, y lo mejor era que la gente ignorara su destino.

Cuatro días más tarde —acaso cinco o seis— don Carlos Alberto pudo decir que el viajero llevaba buen dinero, una suma bastante gruesa que él mismo le había dado. Pero el pequeño Jaime no comprendía cómo hubo de ser así, si el extranjero no dió en cambio sus telas ni sus relojes ni sus cintajos.

—Lo que llevaba en las maletas eran documentos —explicó su tío a alguien que le hacía preguntas.

Pues daba el caso de que la gente del lugar seguía hablando de él, y lo hacían con animación y afecto; y don Carlos Alberto, con su rostro serio y bondadoso, explicaba una y otra vez que el personaje había conocido en la travesía New York-Santo Domingo a su hermano Antonio Mota; que la gorra con que había llegado a Barahona era de Antonio, quien se la había dado a raíz de haber perdido su sombrero el recién conocido; que Antonio le había dado una carta de presentación para él, para don Carlos Alberto, y que....

—...¡Cosa curiosa! —comentaba, con los ojos puestos en la lejanía— ...En el momento en que tocaron a la puerta yo estaba leyendo un artículo en esa revista que acababa de recibir —y señalaba la revista—. Justamente, aquí está el artículo —decía tomando el mensuario y doblándolo— ¡Figúrense mi sorpresa cuando empecé a leer la carta de presentación de mi hermano Antonio y vi que quien me la traía era justamente él, el autor de esas páginas admirables!

Don Carlos Alberto dejó la revista sobre el mostrador. Entonces, el pequeño Jaime, que después contaría infinidad de veces esta historia, acudió a la revista, y como ya sabía leer “de corrido”, aprendió, viéndolo allí, que el turco se llamaba... Se llamaba, simplemente, José Martí...

ERRORES DE LA POLÍTICA NORTEAMERICANA EN EL CARIBE*

La Comisión Interamericana de la Paz y el señor Dean Acheson tienen ahora razones abundantes para no hallarse satisfechos de sus recientes manifestaciones sobre la América Latina. El día catorce de septiembre próximo pasado, la Comisión —organismo decisivo dentro de la Organización de Estados Americanos— produjo su famoso documento de “los catorce puntos”, y el 19 habló el señor Acheson apoyando en ese documento las enérgicas palabras con que anunció al Continente que “los Estados Unidos usarán todos sus poderosos medios para evitar que sean atacados los gobiernos constituidos del Caribe”.

La primera respuesta oficial —y con la mayor categoría prevista por el protocolo— a la Comisión y al señor Acheson la ha dado, bien cumplida por cierto, el presidente Prío Socarrás en su discurso del diez de octubre. De hecho, al afirmar que Cuba no cumplirá recomendaciones internacionales que desconozcan la opinión popular, el presidente cubano le ha negado autoridad a la Comisión Interamericana de la Paz para llegar a acuerdos elaborados de espaldas al sentimiento de los pueblos americanos. La Comisión quiso aplacar a Trujillo y a Somoza recomendando, entre otras cosas, que cada país de América “elimine de su territorio a las personas

* *Bohemia*, Año 41, N° 42, La Habana, 16 de octubre de 1949, p.57 / p.62.

hostiles a gobiernos constituidos”. Cuando el señor Acheson vio que una Comisión en la cual hay delegados de cuatro países latinoamericanos llegaba a recomendar tan inconcebible medida, creyó que él interpretaría el deseo de las masas del Caribe al declarar que su país no estaba dispuesto a seguir tolerando disturbios en esta área.

Los errores norteamericanos de apreciación

Si el Departamento de Estado hubiera tenido una información justa sobre los sucesos que de un tiempo a esta parte vienen dándose en nuestra zona, y en esa información hubiera recogido en su real intensidad el vibrante y activo deseo de nuestros pueblos en relación con el estado de esclavitud que padecen Santo Domingo y Nicaragua, el señor Acheson hubiera hablado dirigiéndose a Trujillo y Somoza, que son los verdaderos y únicos responsables de que no haya unidad cabal en el Caribe; a ellos, a los dictadores y no a los demócratas que los combaten, les hubiera caído bien oír decir que los Estados Unidos “usarán todos sus poderosos medios” para demandar de los gobiernos que cumplan los pactos internacionales en que se han comprometido a mantener la democracia representativa como sistema de gobierno. Los desterrados jamás hemos firmado acuerdos para obligarnos a no actuar contra los tiranos; Trujillo y Somoza sí han firmado algunos, como la Carta Constitutiva de la Organización de Estados Americanos, en que convienen mantener en sus regímenes los métodos universalmente reconocidos como democráticos. Ni a Trujillo ni a Somoza se les exige el cumplimiento de lo que pactaron con el resto de América; pero a nosotros se nos amenaza con “todos los poderosos medios” de los Estados Unidos y se nos trata de clavar en la inactividad con la recomendación de que seamos expulsados de los países donde nos hemos refugiado, porque somos “hostiles a gobiernos constituidos”.

El señor Acheson no estaba bien informado, y consideró que los pueblos del Caribe desean el exterminio de los antitrujillistas y antisomocistas, en la misma medida en que los ciudadanos de cuarenta y siete Estados de la Unión hubieran reaccionado contra aquellos de sus compatriotas —y vaya el ejemplo— que hubieran hecho armas contra un gobernador tipo Henry Huey P. Long. El señor Acheson no comprende que para las grandes masas de nuestra América lo que importa no es la paz a costa de la libertad, sino la libertad, aunque sea a costa de la paz. De una manera instintiva, nuestros pueblos saben que los innúmeros males que nos agobian sólo pueden ser resueltos mediante el uso —y en ocasiones hasta el abuso— de la libertad de opinar, de la de elegir equipos humanos apropiados, de la de educar mediante la organización dinámica a todas las capas de la población. Y en el Caribe nadie ignora que nada de eso puede hacerse en Santo Domingo o en Nicaragua, donde dos dictadores implacables mantienen a sus pueblos paralizados por el terror a fin de explotarlos a sus anchas.

Ese es el sentimiento general en el Caribe; y si los delegados latinoamericanos a la Comisión Interamericana de la Paz no quisieron tomarlo en cuenta, porque les impresionó la violencia con que el representante de los Estados Unidos demandó un acuerdo como el que redactaron o porque simplemente viven a distancia de la voluntad popular, sepa el señor Acheson que muy a menudo los diplomáticos americanos de nuestra habla caen en errores de tal naturaleza, debido a que es frecuente en América que los pueblos tengan mayor estatura que sus líderes. Mientras esta circunstancia no se aprecie en toda su dramática intensidad, los norteamericanos seguirán cometiendo errores de apreciación como el de ahora.

La reacción popular contra dos ex oficiales del Marine Corps

El señor Acheson creyó interpretar a nuestras masas cuando habló como lo hizo; y ha resultado todo lo contrario. Sólo en los estrechos círculos manejados por Trujillo y por Somoza fue bien recibida su declaración; las grandes zonas humanas del Caribe han reaccionado contra ellas, y esa reacción es la que ha expresado el presidente Prío, en lo que respecta a Cuba, en el largo párrafo que dedicó el día diez de octubre a las relaciones de su patria con los países donde gobiernan dictadores. Es penoso, en verdad, que el señor Acheson tenga entre nosotros esa aura de simpatía que confiere el instinto a favor de aquellos a quienes vemos animados del deseo de conocernos. Para la gente de la calle en la América Latina, el señor Acheson es un demócrata. Entendemos que lo es, a despecho del error cometido.

El error consistió en olvidar que el señor Paul C. Daniels, embajador de su país ante la Organización de Estados Americanos, no es el hombre indicado para enjuiciar de manera correcta el hecho latinoamericano, y mucho menos los fenómenos sociales y políticos del Caribe. El señor Daniels está señalado como un amigo demasiado bueno de Trujillo y de Somoza, y estos dos autócratas lo están a su vez como representantes del antiguo imperialismo militar norteamericano en nuestra zona; ese imperialismo que tan duramente padecieron México y Panamá, Nicaragua y Cuba, Santo Domingo y Haití, y que tantas simpatías a favor de los Estados Unidos mutiló en flor veinticinco años atrás.

Trujillo y Somoza son dos ex oficiales del Marine Corps. Con abandono de la lealtad que le debía a la bandera de su patria, el primero juró defender con su sangre la de las barras y las estrellas, no para ir a combatir bajo el pabellón de Washington a los enemigos de la democracia en Europa o en Asia, sino para salir a matar dominicanos, triste tarea en la cual fue ganando galones

desde el de subteniente hasta el de coronel. Somoza, oficial también, como Trujillo en Santo Domingo, de las tropas norteamericanas de ocupación que se habían establecido en Nicaragua por la fuerza, no salió a dar o a recibir balas, seguramente porque le temía más que su compañero dominicano, pero tuvo la cobarde energía necesaria para ordenar el asesinato de Sandino cuando éste confiadamente iba del Palacio Presidencial de la Curva a su hotel de Managua.

La presencia de estos dos ex oficiales del Marine Corps al frente de las dos tiranías que en el Caribe ensangrientan, explotan y humillan a sus pueblos e insultan a los demás y mantienen en constante perturbación política a los gobiernos y a las instituciones populares de esta área, es ingrata al sentimiento de las masas. Pues estos dos ex oficiales del Marine Corps están siempre recordándoles a nuestros pueblos los días aciagos del imperialismo militar norteamericano, los días del régimen castrense de ocupación, los del hierro candente en el vientre de los patriotas, los del arrastre de los rebeldes en las colas de los caballos, los de las concentraciones tipo Weyler efectuadas en la región Este de Santo Domingo y en las Segovias en Nicaragua.

Trujillo y Somoza gobiernan en sus países respectivos con los mismos métodos de crueldad con que lo hicieron sus ex compañeros del Marine Corps. No son presidentes de repúblicas sino jefes de ejércitos extranjeros de ocupación. Y por eso los odian ancianos y mujeres y niños del Caribe. Un conocido amigo de hombres así odiados, como es el caso del señor Paul C. Daniels, no es el indicado para manejar asuntos en que va envuelta la médula misma del problema político del Caribe. No extrañe, pues, al señor Acheson, la reacción contra su discurso; porque es la que necesariamente tenía que provocar la conjunción del señor Daniels con los dos ex oficiales del Marine Corps.

La “no intervención”, disfraz de la intervención

Trujillo en Santo Domingo y Somoza en Nicaragua son dos obsequios del Marine Corps, son dos flores de la siembra imperialista. Sin embargo, ningún revolucionario verdadero, dominicano o nicaragüense, se ha acercado jamás al Departamento de Estado en Washington para pedirle que intervenga a favor de los movimientos libertadores que se han fraguado varias veces contra Trujillo y Somoza. Los revolucionarios que lo son detestan la intervención. La detestan entre otras razones porque la padecen. Los regímenes que encabezan Trujillo y Somoza son dos productos netos de la intervención armada y se mantienen en el poder gracias a la intervención política en su favor. Ahora mismo, al pedir que la Organización de Estados Americanos acuerde la expulsión de cada país en perjuicio de quienes sean hostiles a gobiernos constituidos, el Embajador norteamericano ante la OEA, Paul C. Daniels, ha intervenido de hecho a favor de Trujillo y de Somoza; pues sólo estos dos dictadores encabezan gobiernos constituidos que son combatidos por revolucionarios del Caribe.

Esa política intervencionista, realizada a través de maniobras aparentemente no intervencionistas, acabará necesariamente dando malos resultados en América. El Departamento de Estado debe atenerse a los acuerdos internacionales y no meter baza en los problemas domésticos de cada país. Nosotros los desterrados de hoy, podemos ser los gobernantes de mañana; esto, por lo menos, ha ocurrido con frecuencia en América. Un gobierno pasa y el pueblo queda. Hasta Trujillo, aunque él y quienes de él reciben beneficios lo pongan en duda, desaparecerá un día. Para tal día es necesario sembrar desde ahora. Pues podría ocurrir que al abrirse la tierra que ha de recibir los despojos del tirano —si es que la misma tierra no le niega su abrigo— se abran también las fuentes

de un resentimiento nacional alimentado en veinte años de sufrimientos sin ejemplo en la historia de América.

Y los pueblos son propensos a personificar lo que sienten, aunque quienes los dirijan sepan que la política intervencionista o francamente expuesta, no es la de la gran nación norteamericana, sino la de los núcleos reaccionarios de capitalistas y soldados que ven en el Caribe la zona propicia para levantar un imperio económico organizado sobre un imperio militar.

JOSÉ FIGUERES, UNA SEMBLANZA AL VUELO*

El hombre que acaba de abandonar el poder en Costa Rica es una de las figuras más sugestivas y de los talentos más sutiles que ha dado el Caribe. Revolviendo libros un día, en la casa donde vivió mientras fue Presidente de su país, hallé *La Iliada* marcada con la letra de adolescente que tenía cuando la compró. La había adquirido en Baltimore, donde trabajó en lo que pudo y como pudo mientras estudiaba electromecánica. Hablando de *La Iliada* y de Baltimore me contaba él poco después, cuán difícil le fue encontrar trabajo en la añeja ciudad norteamericana. Estaban en su apogeo los días de la crisis que siguió a la primera guerra, y nadie quería empleados. Metódicamente, José Figueres fue recorriendo cada calle, puerta por puerta, hasta hallar qué hacer.

Un hombre que va adonde quiere

El método es la clave del buen éxito en José Figueres. Es claro que vino al mundo dotado de esas cualidades de excepción que fuerzan a la gente al afecto, la lealtad o la admiración. Sus hermanos me contaron que desde niño todos en la casa presentían que “Pepe haría algo en la vida”. Estando en Baltimore recibió un anagrama redactado por la madre

* *Bohemia*, Año 41, N° 46, La Habana, 13 de noviembre de 1949, p.3 / pp.148-149 / pp.152-153.

sobre su nombre completo. “Surgiré y enmendaré a los jefes”, rezaba. En ese anagrama está de cuerpo entero la fe sin horizontes de madre. Yo vi el original, metido en un viejo libro, con su papel amarillento y la tinta descolorada por los años, y vi con él un infantil compromiso de escolares que terminaban su segunda enseñanza y firmaron un solemne documento en que aseguraban que “jamás los separaría la vida” y que en prueba de tal decisión se reunirían cada año para reavivar la amistad. Allí está la firma de Figueres, el primero en no cumplir el acuerdo porque se fue al legendario Norte a trabajar y estudiar. De vuelta en Costa Rica iba a meterse en “La Lucha” —“La Lucha hasta el fin”, que es como en verdad se llama la finca de henequén desde donde organizó la revolución de 1948— y no saldría de ella sino cuando lo expulsara el gobierno de Calderón Guardia, en 1944.

“La Lucha hasta el fin” —“porque la vida es eso”, me explicaba cierta vez— progresó gracias al método. Nadie hubiera querido esas tierras metidas en el corazón de la montaña, de terrenos pedregosos, ríspidos y tan inclinados que el agua iba raspándolos día tras día. Figueres se metió en tal lugar. Trabajó durante veinte años, como un peón primero, como un capataz después, como un técnico más tarde. Se hizo agrónomo, creó, mejorando los conocidos, un sistema antierosión; introdujo en la zona el “compost” para fertilizar el suelo con medios naturales; logró, mediante cruces innumerables, un tipo de henequén más suave, más resistente y de mayor producción que los conocidos; y de aquel hoyo entre montañas hizo una plantación modelo, con sus maquinarias para transformar el producto, sus tiendas cooperativas para los peones, casas limpias y cómodas para el trabajador, escuela, club deportivo, asistencia médica, caminos en las pendientes de las enhiestas lomas.

Antes de que grupos armados comunistas quemaran “La Lucha” y dejaran sólo cenizas donde hubo un vivaz y rico centro de trabajo, podía verse la casa de Figueres junto a un pequeño y rumoroso río, que baja cantando las pendientes y en cuyas claras aguas todavía hoy nadan sin cesar algunos patos. Allí estaba todo cuanto Figueres amaba en la vida; allí estaba el resultado de su esfuerzo, lo que él había logrado con método y perseverancia. Se había propuesto ser un agricultor modelo, y lo había conseguido. Porque siempre fue hombre capaz de llegar adonde quiere.

Plutarco, José Martí y el exilio

Allí en “La Lucha”, entre sus libros de economía, de agronomía, de política, de filosofía, de historia, de literatura, los preferidos eran Plutarco y José Martí. Actualmente, en su casa de San José, José Martí está presente dondequiera; ya en una litografía, ya en un busto, ya en el hijo. Pues ese centroamericano tiene tan profunda y seria devoción por el Apóstol de Cuba, que a su primer hijo lo bautizó con el nombre del Mártir de Dos Ríos. Al niño le llaman Martí a secas, lo cual hace crecer la emoción del martiano que por primera vez oye nombrarlo.

José Martí Figueres también estaba en “La Lucha”, con su madre norteamericana —una gringa que ya lo es menos que del lado de acá de América—, de poco más de un año, cuando Calderón Guardia exiló al padre. Eso ocurrió en 1944. El hombre que había de derrocar su régimen era el primer expulsado costarricense en más de medio siglo. Figueres fue a El Salvador, fue a Guatemala, fue a México, fue a los Estados Unidos. En el destierro escribió *Palabras gastadas*, un ensayo sobre la democracia, la libertad y la justicia social; y sorprende hallar de improviso en las páginas de ese ensayo el anuncio de que su autor irá un día a poner en acción su pensamiento. Sorprende, porque Costa Rica venía siendo desde antiguo

tierra de instituciones, donde la violencia no tenía asiento, y porque es frecuente hallar en los verdaderos líderes de América la convicción de sí mismos en el destino de sus pueblos. Figueres era ya, en lo profundo de su conciencia, un líder; y Costa Rica lo ignoraba.

El exilio maduró a Figueres. A miles de millas de distancia fue planeando, acción por acción, la guerra que había de encabezar. Conocía al dedillo las tierras donde habrían de moverse las fuerzas revolucionarias; estudió lo que años después serían el audaz asalto a Puerto Limón y la toma de Cartago, esta última realizada partiendo del peligroso cruce de sus batallones por entre las líneas enemigas, después de haber reunido, en operación relampagueante, el grueso de sus efectivos a la vista de los observadores del Gobierno.

Pero no sólo planeó la campaña militar; planeó también la acción política, el programa a ejecutar desde el poder, uno de los más genuinamente revolucionarios realizados en América; un programa simple y directo, que ha removido las raíces mismas del hecho económico y social en Costa Rica.

La revolución en marcha

Teodoro Picado era Presidente; comandaba la oposición Otilio Ulate, un periodista manejado por los opulentos caficultores, pero seguido por las grandes mayorías campesinas y de clase media, que clamaban por un régimen honesto, o menos corrompido, si acaso, que el de Calderón Guardia y el de Teodoro Picado. Calderón había llevado al poder a Picado; y no había diferencia entre el gobierno de éste y el de aquel. Al celebrarse elecciones en febrero de 1948, el ulatismo venció la candidatura de Calderón Guardia que se había lanzado al campo electoral con el apoyo de Picado. Pero el gobierno no sólo se negó a entregar el poder, sino que reunió al Congreso, lo llevó a declarar que la oposición había trampeado en las elecciones, y

que la victoria le correspondía al perdedor, esto es, a Calderón Guardia. Acto seguido, y para que nadie pusiera en duda que tras las palabras irían los hechos, los tanques y las ametralladoras cercaron la casa de un recién electo diputado ulatista donde se suponía que se hallaba Otilio Ulate, y abrieron fuego sobre ella. El diputado fue muerto. Pero esa muerte despertó al Pueblo.

El pueblo en este caso, estaba representado por un pequeño grupo de jóvenes profesionales encabezado por José Figueres. Propiamente, eran trece, armados de escopetas y rifles calibre 22; y estaban acampados en “La Lucha”. Lo supo el Gobierno, mandó hacerlos presos, y los encargados de tal misión fueron sorprendidos en plena carretera. La Revolución había empezado, y era el momento de desenvolver los planes del destierro. Para empezar, ochenta kilómetros hacia el Sur, cuatro o cinco conjurados le echaron mano a un avión Douglas; telefonaron a San José alegando que la nave había sufrido averías y pidiendo que enviaran otra con repuestos: vino ésa, y ya eran dos los aviones tomados. Todavía tuvieron sangre fría para pedir uno más, con lo que fueron tres. Esos transportes decidieron el destino del movimiento.

Pues escasas horas después, al mando de Miguel Ángel Ramírez, un dominicano que había abandonado sus negocios en New York para irse a Cayo Confites, llegaron en ellos siete oficiales dominicanos y hondureños, con rifles, balas y ametralladoras, las mismas armas que pocos meses antes habían estado listas para disparar en Santo Domingo contra la tiranía de Trujillo. Con tales oficiales, y los campesinos que se le iban sumando, Figueres libró la acción de San Cristóbal, la primera de importancia en el curso de la que el pueblo bautizó con el nombre de Guerra de Liberación. Una tras otra vinieron las sonadas y sangrientas batallas de San Isidro del General —donde Miguel Ángel Ramírez

lució sus extraordinarias dotes de valor y capacidad táctica—, las numerosas del Empalme, la toma de Puerto Limón, realizada por infantería aérea; la de Cartago, precedida de la audaz marcha a través de las filas enemigas; la batalla del Tejar, la de Ochomó. Mil doscientos muertos dejó la tropa gubernamental tras sí, mientras padecía derrota hoy y derrota mañana. A mediados de abril, entre los vítores de la multitud, el ejército revolucionario entró en San José, limpio, uniformado, marcial y alegre. Figueres habló al pueblo; y casi sollozaba cuando se refería a los costarricenses desconocidos que habían estado sembrando sus propios cadáveres, conducidos por un gobierno irresponsable, en los hermosos y fértiles cerros del país. La Revolución estaba en marcha. Rendida la tarea militar, iba a emprender la política; más larga, más lenta, más difícil.

El imposible salto histórico

En Costa Rica se había dado un fenómeno digno de observación. Corrompidos, cínicos y sin fuerza política, los gobiernos de Calderón Guardia y de Teodoro Picado sólo tenían respaldo en el Partido Comunista. A cambio de apoyo, esos regímenes iban concediendo una petición popular hoy, una demanda constreñida mañana. Pero al grueso del pueblo lo que le importaba era conservar su institucionalidad y su tradición de honestidad administrativa; que no se cometieran asesinatos políticos, que no se robara, que no hubiera favoritismos escandalosos. Otilio Ulate, director del periódico más leído en el país, encabezó ese deseo general. Ahora bien, en el ulatismo se refugiaron los que, bajo el antifaz de lo que pedía el pueblo, buscaban que bajaran los jornales, que no hubiera seguro social, que Costa Rica siguiera siendo el paraíso de los comerciantes —“tierra de fenicios”, dice Figueres riendo con ironía—, y de los grandes caficultores. Triunfó la Revolución, y todo el país pidió que se reconociera la victoria electoral de Ulate. El gobierno

revolucionario, encabezado por Figueres, así lo hizo; y acordó que en mayo de 1950 le entregaría el poder a Ulate. A partir de tal momento, el pequeño grupo de los señores del café rodeó al que entonces pasó a llamarse Presidente Electo, y éste comenzó a ser el jefe visible de la oposición a la Junta de Gobierno. Resultaba un mal chiste de la historia que el más beneficiado por el sacrificio a que se lanzaron Figueres y sus amigos comandara la corriente opuesta a un régimen formado por sus generosos benefactores.

Pero lo que se debatía —y se debate todavía— eran razones profundas. El régimen de Figueres nacionalizó los bancos, una medida que ningún país de América se ha atrevido a tomar; nacionalizó las fuentes de energía eléctrica; puso a funcionar un sistema de refacción y compra de granos que arrebató a los comerciantes el privilegio de encarecer los productos cuando ya habían salido de manos de los agricultores y abaratarlos cuando iban a cosecharse; levantó los jornales de los trabajadores de todos los tipos, incluyendo los campesinos; regó por todo el país millones de plantas nuevas de café; aumentó varias veces el presupuesto mediante cobro estricto de los impuestos a los beneficios; consolidó la deuda nacional y la puso al cuidado del Banco Central. En una palabra, el Gobierno Revolucionario se lanzó, calladamente, a realizar una serie de innovaciones que acababan con el monopolio del dinero por parte de unas cuantas familias privilegiadas, y con el mercado de la oferta para el trabajo que controlaban los potentados del café. Agrupados junto a Ulate, los perjudicados por el nuevo estado de cosas se adueñaron de los escaños en la Constituyente, manejaron a su arbitrio los medios de expresión y hostigaron a Figueres para que abandonara el poder antes del plazo convenido.

Figueres pudo haberles contestado enarbolando contra ellos las mismas armas con que derrotó a Calderón Guardia, a Picado, a los comunistas. Pero no lo hizo. Con fina sabiduría,

consciente de que la historia no da saltos, dejó hacer. La hora de la revolución económica, social, política, no había llegado aún. Llegaría cuando, gastados en el poder Ulate y la reacción, el pueblo llamara al capaz y honesto grupo que él encabezó. Y con la tranquilidad de un filósofo, abandonó la presidencia para volver a “La Lucha”, donde leerá de nuevo, con distinta emoción, a Plutarco y a Martí.

El torbellino de la calumnia

Es probable que Figueres venga a Cuba. Ya ha recorrido La Habana, donde estuvo varias veces cuando preparaba la revolución. Los cubanos conocerán entonces a este costarricense que bautizó a su primer hijo con el nombre del Apóstol. Verán que tiene un aire de bondadosa picardía diseminado, como un polvo sutil, en el rostro. Es humilde; sin embargo de pronto sorprende al observador con una súbita iluminación de todos sus rasgos que da la medida de su pétrea solidez interior. Pálido, de frente grande y mentón casi agudo, cejas negras y ojos azul pálido increíblemente vivaces, no delata su ascendencia europea sino en la larga nariz mediterránea. A ratos parece escéptico; regularmente manifiesta su buen humor en una risa ahogada o en un chiste oportuno, que hace con toda seriedad.

Culto, sagaz, rápido en la acción, ha sido un gobernante ejemplar, de honestidad absoluta. Mientras fue presidente recorrió todo el país solo, acaso acompañado por su esposa o por un amigo, vestido con chaqueta de trabajo, la mayor parte de las veces sin saco. “Por Dios, no me hagan poner cola de pato”, decía a voz baja cuando se arreglaba alguna función protocolar, aludiendo al chaqué. Repudia la violencia, y en ocasiones se detenía en algún pequeño predio para enseñarle al agricultor, él mismo con la pala en la mano, cómo se hacen huecos antierosionales. A menudo se detenía

en los pintorescos caminos que conducen a San José para recoger a un niño o a un campesino que marchaba a pie.

Eso lo sabe el pueblo de Costa Rica, pero no América. Sus enemigos políticos —los suyos a la fuerza, porque él no los toma en cuenta— le han llamado tirano sanguinario, asesino y encarcelador de mujeres; a él, respetuoso como nadie de la “dignidad plena del hombre”. Trujillo, Somoza y la reacción le han llamado agente del Kremlin; a él, que echó del poder a los comunistas y los venció en los campos de guerra. Los comunistas le han llamado agente de la Falange, español nativo e instrumento de la Iglesia; a él, que fue considerado “rojo” porque dirigió un periódico republicano y recogió fondos para las fuerzas legales; a él, que jamás ha estado en España, aunque hable la materna lengua catalana como un nativo de Lérida; a él, que condujo la lucha para arrancar la enseñanza de manos del clero. Los poderosos comerciantes del país le han llamado, *sotto voce*, ladrón empedernido, porque no les permitió que siguieran defraudando el fisco; a él, que jamás cobró un centavo de la República, porque hasta renunció a su sueldo de Presidente a favor de los burócratas. Los revolucionarios del café le han dicho reaccionario; a él, que transformó la economía costarricense a favor de las grandes masas y decretó beneficios para trabajadores y empleados, incluso con perjuicio de las empresas de su propiedad. La prensa ulatista le ha llamado demagogo; a él, que ha estado haciendo una verdadera revolución sin discursos rimbombantes y sin propaganda interior o exterior.

El torbellino de la calumnia ha pretendido arrebatarse a José Figueres el amor de su pueblo; ha querido desdibujar sus netas líneas de conductor. Pero no lo ha logrado. Él está ahí, con su historia de valor sereno, hecha cuando se lanzó a la guerra con hijos y mujer tras sí; con su natural humildad entre los humildes y su necesaria gallardía entre los soberbios.

Su pueblo lo conoce. Y será su pueblo el que vaya a buscarlo, para sacarlo del trabajo y de los libros, cuando el ulatismo haya probado hasta la saciedad que la reacción no puede gobernar largamente en Costa Rica.

PAZ PARA LA LUCHA AMERICANA *

La política exterior norteamericana está girando sobre dos hipótesis: que la guerra puede estallar de improviso y que las armas yanquis doblegarán el poderío ruso. Es a la luz de esas hipótesis como hay que medir la importancia de la Conferencia Interamericana Pro Democracia y Libertad que tuvo lugar en La Habana entre el 12 y el 14 de mayo.

Pues sin duda alguna, la concentración de un golpe de hombres que representan de veras el pensamiento político y la actitud sentimental de millones y millones de almas en las dos Américas, y el juicio de tales hombres sobre la democracia y la libertad, están tan vivamente ligados al futuro de la humanidad, como la piel al cuerpo. Los estadistas, pensadores y periodistas que dirigen al pueblo de los Estados Unidos en esta hora angustiosa, ignoran que no están jugándose exclusivamente su destino. Su suerte está ligada a la nuestra; o la nuestra a la suya, para ser exactos. Y he aquí que están disponiendo de nuestro porvenir sin tomar en cuenta qué pensamos.

La lectura de las conclusiones a que llegó la Conferencia, y sobre todo la observación de cuanto allí se trató en asambleas plenarias o en sesiones de trabajo, indica claramente que los portavoces del pensamiento político y social de la América Latina no comparten el criterio que predomina en Washington.

* *Bohemia*, Año 42, N° 23, La Habana, 4 de junio de 1950, p.29 / p.151.

Pueden admitir la hipótesis de que la guerra está llamada a irrumpir inesperadamente de los rescoldos de la candente situación actual; pero no es seguro que los soldados norteamericanos lleguen a plantar en Moscú el pabellón de Iwo Jima. Para esto haría falta que la suma de pueblos no sometidos al terror comunista estuvieran dispuestos a luchar contra las huestes de Stalin en todo el mundo. Y en las actuales circunstancias, eso parece más imposible que posible.

Europa, el Continente perdido

El presidente Truman dijo que Rusia tenía la bomba atómica; acreditados científicos norteamericanos han asegurado que Rusia va ganando terreno en la fabricación de la bomba "H". Si eso es así, Europa es un Continente perdido para la causa de las democracias, a pesar del Plan Marshall y del Pacto del Atlántico. Si en Francia hubo un Pétain que entregó el país al sólo tronido de los tanques germanos, y en Bélgica un Leopoldo que cedió el mando a coroneles nazis, y en la Italia fascista un Badoglio que se entendió con los aliados cuando las tropas de Clark comenzaban a irrumpir en Sicilia, y gobiernos de respetable tradición como el noruego y el holandés fueron a refugiarse a Londres, en la Europa actual, minada de quintas columnas comunistas y sometida a la violencia de los fanatismos de derecha y de izquierda, no quedará un solo país sin rendirse veinticuatro horas después que los rusos hayan hecho volar una ciudad cualquiera con la bomba nuclear o con la hidrógena. En una semana, si no es mucho tiempo, cada uno de los partidos comunistas que operan en el viejo solar de la cultura de Occidente, estará firmemente establecido en el poder, listo a desatar el terror contra quienquiera acusado del terrible delito de mantener ideales democráticos. España y Portugal, refugios del falangismo, serán en pocos días un infierno de fuego y destrucción, pues no es de esperar

que los comunistas de Europa las dejen indemnes para servir de puente al enemigo. Acaso Inglaterra use entonces su secular sabiduría para mantenerse neutral en esa contienda de colosos.

La compra de la conciencia europea es una estafa. Ni la multiplicación del Plan Marshall por mil podrá impedir que el viejo mundo, seco de fe, se rinda al poderoso. Nadie convencerá a los franceses de que es peor el comunismo que el nazismo; y ellos se rindieron a Hitler. Nadie convencerá a los italianos, que siendo fascistas se rindieron a las democracias, que sea un mal peor rendirse a los comunistas, ahora que son demócratas.

Para los cálculos de los políticos y de los militares norteamericanos, Europa debe ser un Continente perdido. Ingrata sorpresa se llevarán si piensan lo contrario.

Las tierras de la mala esperanza

No hay mayor equivocación en pensar que medio millón de yanquis o de canadienses o de australianos equipados con todas las de la ley podrían entrar casi a tambor batiente en el vasto subcontinente chino y dominarlo con las armas, o por lo menos inutilizarlo como aliado de Rusia. Pero de ahí a conseguir que la China de Mao Tse-Tung sirva de ayuda a las democracias hay larga distancia. La gigantesca cornucopia de las dos Américas es incapaz de calmar el hambre china; y mientras los hijos del cielo padezcan hambre, nadie los ganará a su causa.

Es de incautos confiar en Pandit Nehru y en medio centenar de sus amigos como garantía de que la India se mantendrá firmemente atada al carro democrático en una contienda universal entre las democracias y el stalinismo. Del lado que caiga, la India será una carga. Además, esas dramáticas contradicciones que florecen en la política del Potomac se resuelven ahí en una amnesia peligrosa: cuando se trataba de la China de Chiang Kai-shek o cuando se trata de la India de

Nehru, los grandes sacerdotes de Washington aseguran que la democracia es función de los líderes; pero cuando se trata de los países latinoamericanos, ese sistema de vida cuya persecución ha costado entre nosotros más sangre que a Estados Unidos todas sus guerras exteriores o internas, es función de pueblos.

En la contienda que se presume próxima, el Asia es la tierra de la mala esperanza. Tal vez no ayude a Rusia; pero con toda seguridad a las democracias va a restarles tremenda fuerza. Estados de organización primaria o incipiente, densamente poblados por masas empobrecidas hasta el horror, diseminados en la tierra más inhóspita del mundo o en un mar inmenso, con malas comunicaciones, industrias escasas, salubridad baja y sujetos de fanatismos religiosos sin sentido social, a la primera derrota que sufra alguno de ellos van a padecer el asalto de las multitudes necesitadas por lo menos de vengar la afrenta que les ha inferido un colonialismo sin entrañas. La lección de los indonesios lanzándose contra sus amos de Holanda tan pronto el imperio japonés doblegó a los señores delegados de La Haya, o la de los cochinchinos matando franceses en la jungla del Sur, se repetirá otra vez, tan pronto empiecen a llegar noticias de que París y Roma, Viena y Bruselas están agarrotadas por gobiernos comunistas.

América en la encrucijada

En un mundo con tales perspectivas, los americanos más responsables se han reunido en La Habana. ¿Y qué conclusiones han sacado? Que sin ser ni comunista ni fascista, América tampoco es democrática. Nada importa que millones de hombres hayan muerto en las al parecer estériles guerras civiles americanas, siempre iluminados los pueblos por la esperanza de tener libertad y justicia; nada importa que haya líderes capaces de hombrearse con los mejores de otros

lares. América yace hoy desgarrada, bien bajo el signo falangista en Argentina, Perú, Colombia y Venezuela; bien bajo las tiranías absurdas de Santo Domingo y Nicaragua, o con gobiernos inseguros en Honduras, Bolivia y Paraguay. Falangistas y comunistas coinciden en pretender desacreditar a los grandes movimientos verdaderamente americanos, como coincidieron durante la conferencia de La Habana en insultar a sus integrantes. Pasto de apetitos totalitarios de uno u otro signo. América está llamada a ser la mártir de la nueva guerra. Y esto es lo que tienen el deber de evitar los prohombres que celebraron la Conferencia de La Habana Pro-Democracia y Libertad.

Pues si la guerra estallara ahora, los Estados Unidos no podrían ganarla; y eso significa que al final de la contienda quedaríamos sometidos al terror stalinista. Los Estados Unidos no ganarían porque tendrían que enfrentarse con la más espantosa coalición de fanatismo político jamás vista en el mundo; una férrea asociación de gobiernos comunistas adueñados de Europa y Asia, que no será vencida ni siquiera con bombardeos atómicos de saturación: que las bombas de átomos y de hidrógenos podrán destruir las ciudades, pero no destruirán la fuerza infernal del fanatismo en los partidarios de Stalin. Y cuando los pueblos de América vean a los capitostes de Washington asociándose a Franco y a Salazar en Europa, a Perón, Odría, la Junta de Venezuela, Somoza y Trujillo en el Continente, bajo el pretexto de que lo primero es ganar la guerra, recordarán que antes, escasamente hace nueve años, se les pidió que aceptaran la alianza con los comunistas para vencer al fascismo. La nueva fórmula es aliarse al fascismo para vencer al comunismo. Así se explica que a cambio de la promesa de ratificar el Pacto de Mutua Ayuda de Río Janeiro, el Departamento de Estado haya resuelto prestar ciento 25 millones de dólares a Perón. La hora es la

de alinear a los gobernantes para la gran matanza. Lo que sientan y piensen los pueblos, no tiene importancia. Aunque para justificar tanta veleidad se diga que la democracia es función de pueblos, y que sólo estos tendrán que actuar para disfrutarla.

La paz: única esperanza americana

Si, como es muy probable, Estados Unidos salieran vencidos en la guerra que se teme, toda América quedaría sumida en el comunismo; si Estados Unidos surgiera victorioso, nuestros países quedarían en manos del neo-fascismo americano. Esto es claro como la luz del Sol. Con la abierta alianza norteamericana, los Perón, los Odría, los Delgado Chalbaud, los Trujillo y los Somoza se multiplicarían sobre la martirizada tierra del Continente. En consecuencia, los verdaderos líderes de las masas americanas están en el deber de predicar la paz y de luchar por ella. Tal vez en una paz larga podamos acogotar a nuestros tiranos. Por lo menos, nos queda a beneficio de inventario la obra del tiempo; y la historia enseña que en nuestra América la dictadura desaparece con el dictador; porque entre nosotros, lección elocuente y dramática que se opone al sofisma que con tanta frecuencia enarbolan los portavoces del Departamento de Estado, la libertad es un sentimiento de los pueblos y la tiranía es una imposición de malos gobernantes.

Paz es lo que deben predicar los líderes americanos. Paz ahora y mañana; paz mundial. Paz para nuestros hogares; paz para que podamos fortalecer en nuestro prolongado dolor la esperanza de la democracia. Paz para que nos dejen la única guerra que de verdad sería justa en estas tierras pobladas de injusticias: la guerra contra nuestros explotadores y verdugos y contra sus cómplices falangistas, imperialistas y comunistas.

LA INÚTIL SIEMBRA DEL ODIOS CONTRA STALIN*

Desde hace mes y medio, los tanques soviéticos y norteamericanos están cruzándose disparos en la abrupta tierra de Corea, y a esta hora ni para despertar la conciencia democrática ha servido el tronar de los cañones. Los estadistas y los generales, los fabricantes de opinión pública en Estados Unidos y los negociantes que medran a la espantosa sombra de la guerra, creen que la contienda mundial iniciada en Corea va a ganarse con los métodos y los instrumentos de la que perdieron hace cinco años japoneses e italianos y alemanes. Sordos y ciegos, ni oyen el cañón ni ven en la entraña de la historia. Parecen ignorar que los pueblos del Asia no son hoy los de 1941; y, desde luego, olvidan que entre Pearl Harbor y la caída de Seúl, toda la vida latinoamericana ha madurado al calor del sufrimiento y la experiencia. Y esta guerra de ahora no se ganará sin contar con el hombre común de los continentes y las islas pacíficas, y sin reconocer la nueva estatura del despreciado americano.

Hitler ofreció esclavitud

En Estados Unidos, políticos y militares, periodistas y comerciantes pretenden que las grandes masas del mundo sean movidas por una propaganda que presente a Josef Stalin

* *Bohemia*, Año 42, N° 34, La Habana, 20 de agosto de 1950, p.52 / p.103.

como una macabra encarnación de Hitler. Hasta la palabra “totalitario” ha sido dejada en uso para facilitar la confusión y, por tanto, la identidad entre el nefasto Führer y el astuto mariscal soviético. Craso error. Cuando Hitler elevó sobre una humanidad fatigada de crisis económicas el estandarte de la superioridad racial germana, definió como sus enemigos a los pobres del Asia y a los igualmente pobres mestizos de América. Si el Japón escapó del campo amarillo para caer en el germánico, fue porque en el mundo de los asiáticos los nipones figuraban, y creían firmemente en ello, como una raza tan superior cuanto lo era la de Wootan en Occidente. Así, chinos y coreanos, malayos y filipinos, tenían que ser sujetos de esclavitud por parte del Imperio del Sol Naciente, al tiempo que en nuestra América debíamos serlo los hijos de las islas, los nietos de los aztecas, el morador de las mesetas andinas y el dulce negro del Brasil. Ningún pueblo podía escapar al dramático destino que había trazado Hitler. Durante mil años, el anciano, la mujer, usted, yo, nuestros hijos, todos, en fin, seríamos sirvientes aterrorizados de los enhiestos oficiales prusianos. A nosotros, los pobres del mundo, ¿qué camino nos quedaba? El insultante y atroz aparato de guerra del nazismo no nos ofrecía bien alguno, sino sólo esclavitud. Entre ese porvenir sombrío y el presente que teníamos, no se podía dudar: era preferible el presente. De nuestras debilidades, de nuestras miserias, de nuestros dictadores podríamos salir al cabo de una lucha de diez, de quince, de veinte años; pero de un nazismo victorioso en toda la tierra, ¿quién nos liberaría y cuándo? Los líderes de la América Latina se hicieron la tremenda pregunta: y dieron la respuesta en las plazas públicas, apellidando guerra contra los doctrinarios de la opresión. Era muy fácil decirles al mulato, al indio, al mestizo —y aún al blanco americano, puesto que él también pertenecía a una supuesta raza inferior—

que sólo su propia acción en beneficio de los ejércitos antinazifacistas les salvaría de la milenaria esclavitud.

Stalin ofrece libertad

Pero el panorama es bien distinto ahora. Durante más de veinte años esos mulatos e indios y mestizos —y el blanco pobre, desde luego— han estado oyendo a los predicadores comunistas clamar por un mundo mejor, por una sociedad donde no haya desamparo para la criatura humana, donde no se padezca opresión a causa de raza o de clase. La voz que persistentemente ha esparcido el Kremlin en las Américas y en Asia —como en todos los rincones del globo— no ha sido de amenaza, sino de esperanza, no de hambre y explotación, sino de bienestar; no de opresión, sino de libertad. Que la prédica y la acción anden divorciadas, es otro cantar. Está bien que odien al stalinismo checoslovacos y húngaros, polacos y estonios, puesto que ellos han visto en propia carne cómo el grito de fe se ha tornado en maldición colérica en boca de los líderes soviéticos; cómo la promesa de bienestar quedó incumplida; cómo la oferta de libertad se trocó en furibundo régimen de terror. Pero los sometidos de nuestro continente y del mundo asiático no conocen la realidad; sólo han oído el fascinante canto de la sirena, y nadie podrá fácilmente modificar su justo deseo de que tanta belleza sea verdad, para convertirlo en la convicción de que las huestes rojas vienen ya en son de esclavizadores.

No; en absoluto puede ser fácil superponer en la mente de tantos millones de desgraciados la figura de Hitler a la de Stalin. Aquel empezó diciendo en tono solemne y terrible que iba a destruir hasta el recuerdo de nuestros huesos; éste ha afirmado siempre —y antes que él, Lenin, y antes aún los teóricos del comunismo— que su único propósito es garantizar al hombre del taller, del surco, del cuartel, de la oficina y del laboratorio, pan, justicia y libertad.

No es fácil transferir el odio

Lo que sucedió en América hace pocos años va a suceder ahora en el Asia, pero en sentido opuesto. El odio de esos pueblos hacia los que vivieron siglos explotándolos, les llevará a ver con buenos ojos al stalinismo, ya que éste ofrece arrasar con el régimen imperialista del cual apenas están ellos saliendo. Así como muchos antiimperialistas latinoamericanos hubieran preferido la victoria nazi, porque su ceguera política no les permitía comprender que el imperialismo hitlerista era más feroz, más rapaz, más brutal que el inglés y el norteamericano, los asiáticos preferirán cualquier doctrina opuesta a la que ejercieron contra ellos los opresores occidentales. Está patente esa decisión en la actitud de los ejércitos surcoreanos, que no combaten, porque no quieren defender el sumiso régimen de Rhee; en la de los soldados chinos, que se entregaron en masa a Mao Tse-Tung, porque con sistema alguno podía irles peor que con la podrida pseudodemocracia de Chiang Kai-shek.

Si es necesario crear odio en el corazón del presunto combatiente, los líderes políticos, militares y civiles de los Estados Unidos deben saber a tiempo que el odio está prefigurado ya, desde hace años, en el corazón de los que en América y en Asia tienen cuatro siglos, si no más, de hambre de pan y de hambre de justicia y libertad. Y ese odio no puede trasladarse, ni en un día ni en un año, para agobiar con él los hombros del amo del Kremlin.

Que prueba la Democracia su bondad

Esta guerra que ha empezado en Corea no va ser librada, por un pueblo contra otro, ni por una raza contra otra, ni por un gobierno contra otro. Se ha librado ya en la conciencia oscura y atormentada de millones de seres humanos. Para ganarla no basta con palabras; y desde luego, ni con cañones

ni con bombas. Hace falta algo más; hace falta poner ya, sin pérdida de tiempo, ante los adoloridos ojos de la humanidad, hechos concretos, acciones convincentes, mediante las cuales se vea sin duda alguna que la democracia, por justa, por creadora, por generosa, es superior a ese mundo de maravillas que ofrecen desde Moscú.

Más que millones gastados en propaganda, y que miles de tanques desfilando en los noticiosos cinematográficos camino de Corea, ganarán la voluntad de los pueblos latinoamericanos cien docenas de bulldozers abriendo las entrañas de las cordilleras para que crucen por ellas las carreteras que sean las alfombras del progreso; más efecto a favor de las democracias y en perjuicio del stalinismo harían en nuestros pueblos buques cargados de alimentos, que la publicación de las cifras destinadas a fabricar aviones de combate o la noticia de que el Cardenal Mindszenty está agonizando en su prisión de Budapest. Aquí, en nuestra América, mueren a diario decenas de luchadores democráticos; y no nos impresiona que un sacerdote, por venerable que sea, caiga en manos de la policía política soviética, cuando sabemos que Haya de La Torre está preso en una Embajada en pleno Lima y el líder venezolano Luis Augusto Dubuc padece tortura en San Juan de los Morros; ni se nos puede convencer de que la democracia es onerosa cuando al primer disparo ocurrido en Corea notamos cómo empiezan a subir la manteca y el arroz que compramos en Estados Unidos.

Para ganar esta guerra que se asoma a los abismos de la historia, hará falta la movilización total y entusiasta de americanos y asiáticos, dueños, en propiedad legal o moral, de los depósitos de materias primas y del potencial humano indispensable a una contienda como la que se presume. Y esa movilización entusiasta no se conseguirá pintando a Josef Stalin como heredero automático de la ferocidad de Hitler.

Se ganará solamente cuando aquende y allende el Pacífico, los pueblos estén convencidos de que a manos del stalinismo perderán bienestar y libertad.

Ahora bien, no tenemos ni bienestar ni libertad. Déenos eso antes; ahora mismo, sin que se nos haga esperar más. Que cuando disfrutemos ambas cosas, peharemos hasta morir por defenderlas.

LOS HERMANOS SIAMESES DEL ODIO*

En lamentables elecciones recientes del Perú, a las cuales fue como único candidato presidencial el jefe de la Junta Militar que asaltó el poder hace dos años, resultó “electo” diputado el líder comunista Juan Luna Pradoff, vicepresidente de la Confederación de Trabajadores de la América Latina, ese fantasma de central sindical del continente a la cual se hallan adscritos los organismos proletarios que en el Nuevo Mundo deben obediencia a los señores del Kremlin. Al tiempo que esto ocurre en Lima, Juan Bautista Fuenmayor, jefe stalinista de Venezuela, lanza a los cuatro vientos un titulado “informe confidencial” en que denuncia ante la policía política de Delgado Chalbaud cierto fantástico complot de Rómulo Betancourt y del partido que éste preside, para iniciar una revuelta en la tierra de Bolívar.

En la larga serie de noticias que evidencian la fraternidad con que en la América Latina actúan reaccionarios y comunistas, sólo queremos por ahora destacar esas dos. Pues este artículo no se escribe para hacer historia de las sospechosas coincidencias que se dan entre dictadores y stalinistas, por que pretende ser corto y no habría tamaño para él si reseñara una por una las señales de alianza que nos han prodigado los hijos de las sombras y los hijos de Stalin.

* *Bohemia*, Año 42, N° 34, La Habana, 20 de agosto de 1950, p.52 / p.103.

En el campo de la acción, es de viejo conocido que los apóstoles de la liberación proletaria y los ejecutores del asesinato de la democracia se entienden en América a las mil maravillas. Lo que queremos destacar ahora es el acuerdo con que ambas facciones vienen trabajando para lograr el desprestigio, y por tanto el debilitamiento de las grandes corrientes populares que de cierto tiempo a esta parte vienen ganando cada vez más el corazón de nuestros pueblos.

La democracia revolucionaria americana

Interrumpiendo, de manera beligerante y enérgica, por entre la selva de injusticias mantenida por la reacción y los espejismos oportunistas mantenidos por Moscú, en el Continente han logrado el poder movimientos de masas que han repartido el pan de cada día, la luz de la cultura, el bien de la salud, el don de la justicia —hasta hace poco privilegios de unos cuantos—, entre las grandes mayorías americanas. Esos movimientos alcanzaron el predominio político mediante revoluciones o gracias a su fuerza de votos en elecciones limpias; pero en uno o en otro caso, tuvieron a su frente, combatiéndolos, a reaccionarios y a stalinistas. Ejemplos típicos de gobiernos que ejercieron el nuevo sentido de la democracia revolucionaria americana, fueron el de Rómulo Betancourt —sucedido por el de Rómulo Gallegos— en Venezuela, y el de José Figueres en Costa Rica.

El Partido que organizó Rómulo Betancourt en su país, y con el cual llegó al poder, fue un ariete constante golpeado a la vez en la frente torva de la reacción más negra y en los desnudos colmillos de las huestes comunistas. José Figueres fue el jefe de la única revolución armada que se ha librado en el Hemisferio contra el stalinismo; y a la vez que enterraba cadáveres de rojos caídos en los cerros de su país fusil en mano, batía a la dura reacción cafetalera de Costa

Rica. Ambos definieron a las dos fuerzas extremas como los verdaderos obstáculos puestos en el camino de nuestra libertad económica, política y social; y ambos encontraron que bajo la simulación de una enemiga a muerte, reacción y stalinismo están de acuerdo en barrer a todo grupo que sea distinto a la una y al otro, pues la reacción necesita del stalinismo para agitar ante los ignorantes el fantasma de soviétización y el stalinismo necesita a la reacción en el poder para operar sobre las masas mostrándoles día a día las formas peores del mundo capitalista.

Manteniendo con medidas enérgicas el derecho de los pueblos a disfrutar de mejor vida, las democracias revolucionarias de América que encabezaron Betancourt y Figueres les impusieron a las extremas derechas las leyes de mejores jornales, de seguro social, de contratos colectivos; les sustrajeron más dinero para distribuirlo en hospitales, escuelas y caminos; y al hacer justicia a trabajadores y campesinos, le arrebataron a la extrema izquierda el dominio que ejercía sobre esos núcleos de población. Era de esperar que jamás fueran perdonados, ni por los voceros de la caverna ni por los agentes del Cominform. Pues ellos insurgieron iluminando aquella con la tea de la rendición y mostrando a los líderes de la remota Rusia que América era capaz de curar sus males por sí misma, sin entregarse sumisa al narigón moscovita. Estos pueblos habían hallado su camino; el de la democracia revolucionaria americana.

La conjura del odio

De la impotencia de las fuerzas derrotadas iba a surgir esta conjura del odio, mediante la cual el sargentón Manuel Odría aúpa hasta la Cámara de Diputados del Perú a un jefe comunista, el jefe stalinista venezolano hace el triste papel de confidente de la policía en servicio de los militares que asaltaron el poder en su país, y la prensa negra y roja de todo el continente se

pone de acuerdo para lanzar sobre los conductores de la democracia continental carretadas de fango día tras día.

La reacción gobernó en la tierra centuria tras centuria; y ve que va perdiendo el poder con veleidad impresionante. El stalinismo pretende gobernar sobre toda la faz del planeta, y se ve a sí mismo avanzar, como una ola incontenible, por los horizontes de Asia y de Europa. Aquella tiene la cólera salvaje de quien no se perdona a sí misma su derrota ni perdona a sus vencedores su victoria; éste tiene la monstruosa pasión de arrebatarse el cetro del mundo, no a la fuerza ya en decadencia, sino al atleta naciente cuyo brazo poderoso le impresiona. Un hambre insaciable y brutal de poder tortura y galvaniza a reaccionarios y comunistas. Separados por abismos de ideologías, unos con el rostro vuelto hacia el medioevo y otros hacia un porvenir regimentado por el terror, el prepotente deseo de dominar a todos los hombres los acerca, y la insatisfacción de ese apetito los hermana. Son los hermanos siameses del odio.

Eso es lo que explica que, volviendo sobre Rómulo Betancourt y José Figueres, a un mismo tiempo los ataque la reacción utilizando todas las calumnias que sobre ellos acumulan los comunistas, pero llamándoles agentes del Kremlin; y los ataque el comunismo, levantando sobre sus limpias figuras montañas de cieno, pero llamándoles agentes de la Casa Blanca. Golpeando cada uno con su mazo de oprobios, pretenden derribar esas dos estatuas de la conciencia americana. Mientras tanto, en Venezuela comen de un mismo plato los siervos de Stalin y los militares gomecistas de la Junta y en Costa Rica acaban de ser sorprendidos conspirando los rojos de Manuel Mora y los señores del café.

La santa alianza del odio está en marcha. Con la típica dureza de los fanáticos, reaccionarios y comunistas sostienen en alto sus banderas, una misma la mirada feroz, uno mismo

el gesto epiléptico de las manos crispadas, una misma la vociferación procaz y repugnante. Serán distintos los estandartes, pero para ellos no hay sino un enemigo a quien destruir: el porvenir de libertad de los hombres.

La sombra de Torquemada

En las páginas inmortales de *Los hermanos Kharamazov*, el anciano Torquemada habla a Cristo resurrecto, en la noche española perfumada de limoneros en flor, y describe los sueños de dominio mundial sobre las almas a que se ha lanzado su institución. Poco a poco, la voz del nonagenario implacable va describiendo un mundo sumiso, gobernado por el terror y la miseria, en el que no hay libertad y pan sino para los fieles. En la escalofriante escena no hay diálogo; tan sólo habla el gran inquisidor, mientras el Cristo le mira con sus ojos de amor. Da frío en el alma lo que el viejo va diciendo. Un pequeño ejército de fanáticos esclaviza a los hijos de Dios; y esos fanáticos no piensan, no sienten; actúan nada más. La doctrina del odio crece, con pavorosa fascinación, adueñándose del mundo. Jesús oye en silencio. Había sido preso poco antes porque quiso resucitar a una niña, que yacía en la puerta de una iglesia sevillana, en un ataúd del cual sobresalían los claveles y las rosas. De súbito, el anciano Torquemada siente que el silencio y la dulce mirada del Cristo le ofenden como un insulto; y cuando va a reaccionar, el Hijo del Hombre avanza lentamente sobre él y le besa en la boca, una boca arrugada por noventa años de espantosa hambre de dominio. Así sorprendido, enloquecido por la cólera, el gran inquisidor escupe su odio, mientras con el trémulo señala la puerta de la prisión: “¡Vete y no vuelvas más!”, dice.

“¡Vete, y no vuelvas más!”, se le ordenó al Cristo porque quería liberar a los hijos de la esclavitud y de la necesidad.

Y esa frase cargada de maldad, sólo que traducida al lenguaje grosero que hoy se estila, es el lema que han colocado sobre su templo de horrores los hermanos siameses del odio.

Pues cada uno de ellos quiere gobernar sin rivales sobre la tierra; pero mientras llega el día en que la reacción exterminie al comunismo o éste exterminie a aquella, ambos tronarán al unísono, cuando aparezca en el horizonte un leal y honesto abanderado de la libertad humana: “¡Vete, y no vuelvas más!”.

EL PARAÍSO DE LOS TRAIADORES*

De esta América podrida de reaccionarios y stalinistas, ¿qué ayuda espera Washington? Asomados al espectáculo de su impresionante poder, los capitostes del Potomac olvidan que antes que el Capitolio en que algunos señores tronitantes piden ahora ayuda a Franco, hubo un Capitolio salvado por los míseros graznidos de unos gansos. Y puesto que esos graznidos han tenido resonancia en la historia, mal puede explicarse que no la tenga la voz de nuestros pueblos, con los cuales se está contando para una guerra universal, pero a los que no se les ha consultado ni al parecer se les piensa consultar.

Si hay actualmente algo impresionante en nuestra América, no es la altura del Aconcagua ni el vigor del Amazonas ni el esplendor de las grandes capitales; es la falta de dignidad con que afrontamos el hecho americano. Dispersos por ahí, los grupos reaccionarios buscan afanosos un santo menor a quien levantarle capillita, sea Franco, sea Perón, sea Trujillo, Odría, Delgado Chalbaud o Somoza, mientras las organizaciones stalinistas pagan tributo a su señor del Kremlin. Pero las grandes masas realmente americanas, porque están identificadas con este Continente del tercer día gracias al hambre, a la incultura, a la enfermedad; esos millones

* *Bohemia*, Año 42, N° 36, La Habana, 3 de septiembre de 1950, p.68 / p.97.

de seres analfabetos y sufridos que siembran el maíz y apenas pueden comerlo, que dan hijos y los entierran en silencio; esas criaturas del dolor hasta ahora irredentas, esperan el alumbramiento del líder que hable por ellos y por ellos padezca, el gran líder que proclame, de una vez por todas, que estos pueblos no pueden ir a una guerra universal para salvar a los demás del comunismo, porque primero hay que salvarnos a nosotros de la esclavitud, de la ignorancia, de la enfermedad y la desnutrición.

El paraíso de los traidores

Desde que se cerró la gran epopeya libertadora, salvo honrosos, pero bien cortos momentos, nuestra América ha venido siendo el paraíso de los traidores. En el costal de nuestra historia, los gobiernos traidores pueden ser cogidos a puñados. Hasta hace cincuenta años, las libras esterlinas pesaban más que el amor a los pueblos; después, los dólares desalojaron a la moneda inglesa; ahora, los gobernantes que no están comprando una sonrisa en Washington, le están vendiendo el alma al recuerdo atormentado de Hitler y de Mussolini.

El señor Somoza ofreció a las Naciones Unidas, y a Washington, desde luego, diez mil nicaragüenses para la lucha en Corea. Ese mismo señor Somoza cerró hace dos años las escuelas de su país por razones de economía gubernamental; y como para lanzarlos en las selvas de la Tierra de la Luz Matinal no va a escoger probablemente a los bachilleres y licenciados que figuran entre sus partidarios, los “Diez Mil de Somoza”, ridícula caricatura de los “Diez Mil de Xenofonte”, tendrán que ser analfabetos cogidos a lazo en los cerros de Chontales o en los bosques cerrados de las Segovias, a quienes los oficiales gringos tendrán que enseñar a comer, porque no sabrán comer laterías ni vitaminas, y enseñar a leer, para que digieran las instrucciones sobre manejo y cuidado de armas. Porque en

un país donde el gobernante cierra escuelas, no puede haber masas aptas para luchar contra la tropa comunista.

El señor Trujillo también hizo ofertas. Dijo recientemente que él fabricaba la mejor ametralladora del mundo, y que cuando Washington necesitara esa arma, él podría servir los millares que hicieran falta. Silenció, desde luego, el trámite comercial; el precio, la forma de pago, el lugar donde deben serle depositados los dólares. Cualquier cantidad que se le pague a ese dictador que ha entrado ahora en el grupo de los empresarios de la guerra, habrá de ser beneficio líquido, puesto que en su fábrica la jornada es de esclavitud y el jornal es de hambre; y se calló la noticia de que el inventor de esa ametralladora, un checoslovaco refugiado, fue asesinado en la ciudad de San Cristóbal por un oficial de Trujillo después de haberse probado la bondad del arma. Sería una monstruosidad espantosa que sirvieran para liberar a los coreanos las ametralladoras del tirano del Caribe que se han utilizado para asesinar demócratas dominicanos.

Revueltos con los traidores que buscan, desde el poder que han deshonrado, aumentar sus ingresos, están los traidores que buscan aumentar nuestra esclavitud; los agentes de la implacable tiranía moscovita o los hijos dispersos del difunto de Berlín.

Los fanáticos traidores

Las huestes stalinistas de América no sirven, por ahora, otro fin que la defensa del Estado ruso. En las elecciones donde figuran comunistas, hasta los candidatos de tal partido a concejales encabezan su propaganda con este lema remoto: "Por la paz mundial". Es de figurarse a los adustos indios de un pequeño pueblo de los Andes, llevados a votar por las bayonetas de Odría, haciendo la cruz en una boleta para defender la paz mundial, sin que puedan proclamar junto a la urna, a

toda voz, que lo que necesitan son caminos buenos del campo en que trabajan al poblado donde votan; que lo que reclaman son medicinas para que sus hijos no se mueran, pan para su hambre y libertad para todos los peruanos.

Ciegos en su papel de agentes complacidos de un estado extranjero, los stalinistas de América pasan por alto el hecho de que jamás la Unión Soviética ha planteado en una conferencia internacional la situación de la República Dominicana, nunca ha denunciado lo que sucede en Nicaragua. De un extremo al otro del continente se les oye acusar de tiranos sanguinarios a González Videla y a Prío Socarrás, para que se rían de ellos todos los hombres conscientes del hemisferio, que saben hacer comparaciones entre lo que pasa en Chile y en Cuba y lo que está sucediendo donde realmente hay tiranos.

Mientras el stalinismo confunde a las masas, o pretende confundirlas, los núcleos reaccionarios claman angustiados, a voces de patíbulo, que en Guatemala hay bases de submarinos y de aviones soviéticos; que los partidarios de la libertad en Venezuela y en Costa Rica son en realidad agentes del Politburó moscovita; que la cultura occidental sólo se salvará si Washington pone cien millones o doscientos millones de dólares en manos de Francisco Franco. Saben a ciencia cierta que es una infame mentira mostrar a Guatemala como base de operaciones rusas, que los partidos comandados en Venezuela por Rómulo Betancourt y en Costa Rica por José Figueres tienen una clara definición anticomunista, que con 100 millones, o con 200 millones en manos de Franco no se trocará en marcha victoriosa la deleznable derrota que la Legión Azul sufrió en las nieves rusas hace seis años, porque el interés personal de Francisco Franco no tiene nada que ver con la voluntad española de vivir libremente. Bajo la bandera roja del comunismo y bajo la negra de la reacción falangista marchan en número abrumador dos

grandes grupos de los traidores a América. No es entre ellos donde se hallará la ardiente lengua del profeta de la verdad americana, porque unos y otros llevan en el corazón el veneno de la mentira y en su sangre sólo crece la sombra maldita del fanático.

Antiimperialismo y democracia

Todos nuestros pueblos son antiimperialistas, entre otras razones, porque los traidores de América han sido siempre amigos muy mimados de los imperios que nos han sometido. Pero la bandera antiimperialista no puede ser tenida en alto si no es por los demócratas probados. Sólo la democracia puede combatir con dignidad y con buen suceso al imperialismo. El imperialismo es un fenómeno económico, que se vale de agentes políticos opresores para lograr beneficios mercuriales. Y no se puede combatir una opresión con otra. El partidario de Hitler, como Perón, no tiene papel ninguno que jugar en la lucha por la total liberación americana; el partidario del terror regimentado en Rusia, no puede enarbolar el estandarte antiimperialista.

Ese pendón yace sobre América, cubriéndola de uno a otro confín, esperando que lo levante un auténtico líder de la libertad; un líder sin miedo y sin intereses inconfesables que defender; un hombre de la estatura de Bolívar, de la talla de Juárez, del tamaño de Antonio Maceo; un varón que pudiera alzar la voz ahora, por encima de las montañas y de los mares, para hacerse oír en Washington con este mensaje angustioso, que traduciría el pensamiento y la esperanza de más de cien millones de americanos del Sur:

—Nosotros les ayudaremos a destruir la tiranía en el Asia. Pero ayúdennos ustedes a destruir la tiranía en América, y a levantar en este Nuevo Mundo un verdadero mundo nuevo sin esclavos, sin hambre y sin terror.

RÓMULO BETANCOURT, AUTOR DE SÍ MISMO
Y LÍDER DE SU PUEBLO*

A las dos de la tarde del día 18 de octubre de 1945, Rómulo Betancourt, Secretario General del Partido Acción Democrática de Venezuela y periodista de la plantilla de *El País*, era Concejal del Ayuntamiento de Caracas; a las 12 de la noche de ese día, era jefe de la Junta Revolucionaria de Gobierno. Cuando recibió el poder, todo su capital era un viejo y estrepitoso automóvil; al entregar la banda presidencial a Rómulo Gallegos, libremente escogido para sucederle en las primeras elecciones auténticas celebradas en su país, no tenía más haber que el respeto de un pueblo y la infatigable calumnia con que todavía lo persiguen —aunque no lo manchan— los enemigos jurados que tienen en América la justicia social y las libertades públicas. Su vida, de la cual fue arquitecto él mismo, es una de las más fascinantes y aleccionadoras entre las muchas realmente notables que se han dado en la cuenca del Caribe. Pues a menudo nuestros héroes se han cansado o han cambiado y este hombre todavía joven, cuyos negros ojos lucen saltones a través de los lentes con que pretende mejorar su ingénita miopía, y cuya sonrisa entre sardónica y sutil estalla a menudo en risas bajo una nariz roma que confiere a su casi cuadrado rostro un aire de bondadosa y estimulante picardía,

* *Bohemia*, Año 42, N° 37, La Habana, 10 de septiembre de 1950, pp.72-73 / p.96.

ha conservado incólumes, a través del combate, del poder y del fracaso, la pureza de alma, la bondad, la ternura, la delicadeza, la sensibilidad y la honestidad con que se lanzó a la lucha cuando apenas era un muchacho. Ni verlos desde la barricada, cuando lo perseguían y maltrataban, ni verlos desde el poder, cuando lo solicitaban, y le pedían, varió en Betancourt su natural fe en los hombres. No le amargaron con la persecución ni le causaron desprecio con la sumisión. Aceptó a título de inventario la calumnia del enemigo, y responsablemente las obligaciones del poder. Manejó en dos años más de mil doscientos millones de dólares; y hoy no podría comer si no escribiera. Los hombres que ahora gobiernan en su país pagan fortunas para desacreditarle, pero ni con todo el oro del mundo podrán hacer olvidar a los venezolanos que fueron sus subalternos y que mientras lo tuvieron por jefe lo colmaron de públicos elogios. Vida forjada a pulso, en un incesante trabajo de más de veinte años, es bueno presentarla como ejemplo fecundo. Quede ella aquí, como homenaje a Venezuela, a cuyo mejor destino la ha dedicado íntegra, y para cuya mayor gloria la labró, con voluntad de hierro, el joven paladín.

La patria en el mundo

Podría parecer fácil hoy —y acaso lo piensen así en su recóndita intimidad algunos de los que en sus mocedades fueron sus compañeros de lucha o de destierro— labrarse una figura parecida a la de Rómulo Betancourt. Oyéndole arengar a las masas venezolanas en las grandes concentraciones que su partido realizaba en la oposición o en el poder, parecía que se transformaba en un demagogo vulgar. Su ceceante prosodia, y la baja y cálida voz con que va produciendo sutiles y a menudo chistosas observaciones en la conversación privada, se convierten en un agudo chillido colérico que pone en pie a las

multitudes. Tomado taquigráficamente, un discurso suyo parece la pieza más opuesta a la que se le oyera. Pues en letra de molde —sin que se le haya cambiado una sílaba— se advierte que mientras parecía oficiar en el cómodo y provechoso altar de la demagogia, este escultor de historia iba simplemente exponiendo hechos concretos, con un lenguaje que por momentos cobra el mejor acento clásico. Su voz, que parece hacerse trizas en la oración popular, es el vehículo de un mundo de ideas y de una montaña de conocimientos. Y es eso, precisamente, lo que arrebató a sus oyentes. Habla de la miseria venezolana mencionando números; pero al mencionarlos él, tales números, cuando son de pobreza parecen, más que cantidades, la cifra misma de la indignación.

Claramente situado en el panorama filosófico político, se colocó entre reaccionarios y comunistas y comenzó a castigarlos a los dos con la elocuencia de la doctrina. Es curioso que, como en el caso de otros dirigentes americanos leales al destino de nuestros pueblos, reaccionarios y comunistas le persigan por igual; los primeros llamándole agente del Kremlin, y los segundos lacayo del imperialismo norteamericano. A veces, leyendo las encontradas servidumbres que le atribuyen a hombre como Betancourt, tan a cabalidad conocido de las masas como franco adversario del comunismo y digno reparador de las injusticias inferidas a América por los magnates de Wall Street, se pregunta uno si fascio-falangistas y stalinistas no se habrán puesto de acuerdo para estorbar el progreso político de las hambreadas masas del hemisferio.

“Yo me reía de él —contaba cierta vez un conocido escritor venezolano hablando de Betancourt— porque madrugaba todos los días y empezaba a leer con la mayor seriedad a un mismo tiempo la *Historia de Venezuela* de Gil Fortul y *El Capital* de Marx. Y lo peor es que iba llenando cuartillas de notas, como quien se prepara para una clase”.

Para este escritor, compañero del futuro presidente de su país en los juveniles días del primer exilio, no tenía sentido estudiar una historia que todos ellos habían leído en el Liceo. Además, ¿qué relación podía haber entre la batalla de La Victoria, las bravatas de Bermúdez o la proclama federalista del general Zamora, y la dialéctica materialista de Carlos Marx?

Sin embargo, el joven desterrado creía que sí había relación; y afanosamente prendido a la raíz de la patria, buscaba el destino de Venezuela en el vasto mar de las ideas universales.

El líder de sí mismo

Fue así, luchando a brazo partido en el maremágnum ideológico de su tiempo, como guatireño se fue forjando una tesis política para ser fiel, a la cual resolvió después tallar en sí propio el carácter que requería la misión de imponer aquella tesis. El espectáculo de ese frustrado jurisconsulto labrando su personalidad íntima, es uno de los más apasionantes y ejemplares que pueden darse. Pocas personas, y acaso ni el autor de esa tenaz obra de un hombre en sí mismo, podrían seguir paso a paso el proceso. Los escasos biógrafos de Betancourt anotan sólo los hechos aparentes. Pero esos hechos visibles tienen la fácil elocuencia de lo anecdótico; y nada más.

Cuando el tirano de los Andes falleció, en 1935, Betancourt andaba cumpliendo veintiocho años. El autor de estas líneas lo había conocido a los veintidós; otros, antes; otros, después. Aunque desde muy joven tuvo el don de bien impresionar, cada quien se quedó con la imagen fija del Betancourt visto en un momento dado de su trayectoria vital. Pocos fueron a advertir las posibles transformaciones, a pesar de que aun en corto trato, es fácil ver en él el cambio absoluto que se da en su interior cuando pasa de la charla a la meditación, a la cual es propenso aun en los lugares y en las circunstancias más inverosímiles. El crecimiento de estudiante rebelde a gran

líder se operó en Betancourt de manera tan natural que él mismo no supo apreciarlo. No resulta extraño, pues, que tampoco lo apreciaran sus compañeros. Sólo el Pueblo lo vio. El Pueblo tiene sin duda un ojo profundo y sabio; es un ojo lívidamente clareado por hambres seculares.

Betancourt retornó a Venezuela a raíz de la muerte de Gómez y fundó un partido, el mismo que al andar del tiempo se llamaría Acción Democrática. Declarado a poco ilegal, el nuevo organismo político se sumergió en la clandestinidad y su líder padeció una persecución que demoró tres años. Afanosamente buscado, fue cercado cien veces y otras tantas escapó, en ocasiones valiéndose de astucia, otras batiéndose a tiros con la policía política. En el esplendor de los treinta años, se convirtió en una leyenda matizada de heroísmo, capacidad y picardía. Pues mientras desde las sombras de su escondite dirigía a su partido y enfrentaba valientemente la persecución, escribía sobre problemas económicos de su país, al extremo de que cierta comisión financiera norteamericana llamada a consulta para el establecimiento del Banco Central de la Nación, solicitó del Gobierno una entrevista con el autor de los artículos que sobre la materia aparecían sin firma en un diario de Caracas, ya que a juicio de los comisionados ese era el hombre mejor preparado en Venezuela para opinar en el asunto. “Les damos lo que nos pidan si nos dicen dónde está ese señor”, respondió un Ministro del Gobierno cuando recibió la solicitud. Y este episodio, que recorrió en breve todos los rincones de Caracas, hacía reír gozosamente a los hijos del Ávila; como los hizo reír la noticia, publicada a bombo y platillo en la prensa oficial, de que un agente del orden público había arrancado a mordisco una oreja del prófugo. La oreja lució en grabados, metida en un frasco, desde las primeras páginas de los periódicos caraqueños. Para infortunio del pobre hombre

del Pueblo que la donó, malogrado, a la picaresca política de Venezuela, Rómulo Betancourt tiene, todavía hoy, dos flamantes pabellones auditivos.

De todo eso surgió el líder popular. Pero lo que afloraba había sido labrado por él en sí mismo, paciente y férreamente, dirigiéndose sin cesar, fabricándose para ser el instrumento adecuado en la tarea de libertar a su pueblo.

Pues antes que líder de masas, Betancourt había sido líder de sí mismo.

La revolución acelerada

Juan Vicente Gómez murió a fines de 1935; la Revolución que debió derrocarlo en vida, estalló al fin en octubre de 1945. La prolongada demora en la acción que estaba destinada a reformar el país, obligó su aceleramiento. De ahí que necesariamente, sólo Rómulo Betancourt podía encabezar el nuevo régimen, porque sólo él había acumulado conocimientos bastantes para gobernar a alta velocidad; esto es, para ganarle al tiempo la batalla de Venezuela.

Ese tan simple, tan claro mandato de la historia no fue admitido por el rampante gomecismo, que se había mantenido en el poder alimentándose con las pútridas entrañas del tirano muerto. Ni fue, desde luego, admitido por los stalinistas, los más ignorantes intérpretes del fenómeno histórico que padecemos en América, a despecho de Marx, de Lenin y del maestro Stalin. El gomecismo, pues, se lanzó a socavar las bases del nuevo estado de cosas. Rápido y certero, Betancourt lo atacó en todas partes. Estableció el Tribunal de Sanciones, y arrebató a sus ilegítimos usufructuarios los millones que habían robado al pueblo en más de treinta años de bandolerismo gubernamental; puso al desnudo la infame política fiscal petrolera de los gobiernos gomecistas, recaudando de una sola vez, sin titubeo alguno, más de doscientos millones de

bolívares de las empresas extranjeras; desmintió el fementido progreso técnico del país bajo la dictadura, abriendo caminos en toda Venezuela, construyendo casas baratas, llenando de plantas eléctricas los confines de la patria, higienizando ese paraíso del paludismo que eran los Llanos. El Gobierno Revolucionario creó la marina mercante de la Gran Colombia, aumentó la población escolar a límites de asombro; celebró, por vez primera en la historia, elecciones generales mediante voto secreto y obligatorio; creó el Instituto de Fomento de la Producción, que repartió centenares de millones entre incipientes y necesitados industriales; amplió varias veces los créditos agrícolas, convirtió en útiles extensas porciones de tierras estériles.

Un gobernante sin arrogancias

Durante los dos años del Gobierno Revolucionario, el espectáculo de Venezuela daba vértigos. Se trabajaba aquí, allá; en Caracas y en la más remota aldea, sin que un solo conflicto entre patronos y trabajadores perturbara la paz social. Se veía y se palpaba la transformación del país. Sin embargo, el líder que dirigía esa enorme tarea seguía siendo sencillo; paseaba a pie, con la única compañía de su mujer, de su hijita y de un ayudante militar, las calles de la capital o las playas del litoral; iba a la pelota, y aplaudía o protestaba como cualquier hijo del Pueblo: “Ven a desayunar conmigo”, decía por teléfono, a la primera claridad del Sol, a un amigo extranjero; y desayunaba sobriamente, a la manera venezolana, arepas, queso de la tierra y café con leche; tomaba asiento en platea para oír el recital de un poeta cubano o pronunciaba en la Universidad conferencias sobre asuntos económicos.

Rómulo Betancourt lograba acelerar la revolución y él permanecía plácido. Un nuevo tipo de jefe de Estado americano aparecía con él; un jefe de Estado que no ordenaba, sino que

decidía; cuya autoridad no descansaba en la espalda, sino en el conocimiento; que saldría del poder tan pobre como cuando lo recibió, tan bondadoso como entró en él, tan sensible a la justicia como cuando se inició en la lucha a los veinte años.

Ese hombre está hoy de nuevo en el destierro, y su pueblo espera confiado que retorne. Con cada persecución lo hacen crecer. De la infamia y del dolor, él sale agigantado, y sale robustecida la fe de Juan Bimba en aquel que le mostró de par en par abiertas, durante dos años, las puertas del bienestar, de la democracia, de la justicia social. Desde los feroces gomecistas de hace veinte años hasta los lamentables oficiales que hoy gobiernan en Venezuela, sus adversarios le están forjando una biografía fascinante.

Otro que la escriba. Yo sólo he querido dejar aquí esbozado un retrato interior del verdadero Rómulo Betancourt, autor de sí mismo y ejecutor de historia americana.

LA TRAMPA DEL MONSTRUO*

Lo primero es lo primero; y en la incesante batalla que libramos día a día los hombres de América por levantar sobre este continente una teoría de pueblos libres, la palabra inicial y el plomo de vanguardia están destinados a la dictadura de Rafael L. Trujillo, por lo mismo que él encabeza a los cruzados de las sombras en todo el hemisferio y hasta en la remota península de Iberia.

La prensa franquista de La Habana, agradecida al impagable servicio que Trujillo le está dando al falangismo en las Naciones Unidas, afirma ahora, a titulares anchos, que el tirano de Santo Domingo ha reiterado ante la Organización de Estados Americanos “garantías a los exilados”. Ni esa prensa ni el señor Trujillo se atreven a decir que el César del Caribe ha ofrecido garantías al pueblo dominicano, sino “a los exiliados”. Es ésta una grosera finta de propaganda, porque los exiliados dejarían de serlo tan pronto regresaran al país, y ya allí tendrían que padecer el clima de bárbaro terror con que Trujillo tiene sometidos a dos millones de criaturas de Dios.

Con una osadía digna de mejor causa, los portavoces del tirano afirman que los problemas del Caribe empezaron a manifestarse después que, el 14 de junio de 1947, el régimen que

* *Bohemia*, Año 42, N° 40, La Habana, 1 de octubre de 1950, p.51 / p.102.

gobierna en Santo Domingo declaró ilegal al partido comunista de aquel país, argumento que aducen para probar que es comunista la cruzada por la liberación dominicana. Esos portavoces olvidan que ellos mismos han achacado la concentración de Cayo Confites a la Legión del Caribe, y que esa supuesta Legión combatió en Costa Rica contra el Partido Comunista, que participaba en el derrocado gobierno de Teodoro Picado; olvidan que desde hace veinte años, los exiliados dominicanos truenan por toda América sus denuncias de la bárbara situación de explotación y crímenes impuesta por Trujillo; olvidan que en Santo Domingo vino a conocerse el partido comunista después que en el año de 1946 Trujillo negoció con los comunistas cubanos el establecimiento de un partido stalinista en Santo Domingo, y fue el propio Trujillo quien en un mensaje enviado a su Congreso, primero, y en una carta pública dirigida al Procurador General de la Nación, después —ambos documentos plagados de repugnantes elogios a Josef Stalin— pidió, solicitó, reclamó que se reconociera al partido comunista dominicano. Lo hizo, claro está, para poder enrolar después a todos sus adversarios bajo la etiqueta de rojos, y matarlos sin misericordia, aunque estuvieran tan distanciados de los stalinistas como lo puede estar Marte de Venus; lo hizo para comprar con sangre dominicana, y con una persecución implacable a quienes lo combaten, el título de campeón anticomunista de América, y con él la benevolencia del Departamento de Estado, en esa ocasión mal encarado con su régimen por razones no políticas.

La trampa del monstruo

Ese monstruo que no se sacia de dólares, de humillaciones, de terror, ha organizado su trampa. Textualmente afirman sus propagandistas que “el gobierno dominicano hace formal

ratificación de respetar y hacer respetar, en beneficio de todos los dominicanos que se encuentran actualmente fuera del país, y que deseen reintegrarse a su patria, las disposiciones constitucionales y legales que protegen a todos los nacionales en la plenitud de sus derechos políticos y civiles”. “Se ha subrayado, por parte de la exposición dominicana a la Comisión Especial, que al referirse a la oferta de respetarles a todos los dominicanos que se encuentran fuera del país se refiere a este repertorio de derechos, vigentes en la República de Santo Domingo al amparo de su Constitución, y considerados como inherentes a la personalidad humana: inviolabilidad de la vida, libertad del trabajo, quedando prohibido, en consecuencia, el establecimiento de monopolios en beneficio de particulares, derecho a expresar el pensamiento sin sujeción a censura previa; libertad de asociaciones y reuniones para fines pacíficos... inviolabilidad de la correspondencia y demás documentos privados...”.

Es imposible pasar con sangre fría por alto ese descaro “vigentes en la República de Santo Domingo”. Es imposible leer esa relación de derechos y quedarse en silencio. La vida es inviolable en la tierra de Trujillo, salvo para Porfirio Ramírez Alcántara y los peones asesinados por el general Federico Fiallo y un grupo de oficiales y soldados en Nizao y en El Número, hace sólo tres meses, el primero de junio de este año.

Ante el propio Trujillo y ante el Procurador General de la Nación, denunciaron los familiares de la más notoria de esas víctimas al general Fiallo, y ese salvaje fue retirado del Ejército, pero designado a segundas Ministro de Obras Públicas. “Queda prohibido el establecimiento de monopolios en beneficio de particulares”, excepto desde luego los que disfruta Trujillo, que son el de grasas, fósforo, sal, maderas, navegación, transporte aéreo, préstamos, azúcar, estaciones de radio

y periódicos, carne, queso, exportación de frutos menores, cigarrillos y algunos más que harían la lista muy pesada. Se consagra el “derecho a expresar el pensamiento sin sujeción a censura previa”, y el que ahora mismo, hoy, esta noche, es sorprendido oyendo una estación de radio extranjera, o deja la vida frente al aparato en que la escucha, o va a dejarla en una de las innúmeras ergástulas de la tiranía. Se afirma que hay “libertad de asociaciones y reuniones para fines pacíficos”, y hasta sectas religiosas como los “Testigos de Jehová” han sido disueltas a bayonetazos, no hace un año, ni hace dos sino escasamente dos meses atrás. Se asegura que está vigente la “inviolabilidad de la correspondencia y demás documentos privados”, y el familiar de un exiliado, el padre, la madre, el hermano de un desterrado que le escriba carta suya, es un condenado a muerte sin remedio.

Con pasmosa tranquilidad, los portavoces del tirano dicen que el Gobierno dominicano ha ofrecido “libertad de tránsito”. Será fuera del país, porque allí no. Cuatro meses atrás, un chofer de Santiago de los Caballeros fue asesinado porque llevó desde esa ciudad hasta la capital a un grupo de jóvenes a quienes se les había concedido pasaportes para dejar el país. Familiares del general Juan Rodríguez, que viven en La Vega, no pueden procurar sus documentos, porque tendrían que trasladarse a la capital, y todos los choferes de alquiler saben que si los conducen pagarán con la vida su osadía.

Las palabras, las ofertas, la propaganda, son la trampa del monstruo, en el fondo de la cual están los dientes de acero afilado con que la dictadura triza a sus adversarios. Pero los luchadores democráticos dominicanos saben a que atenerse. Lo que diga Trujillo y lo que corren sus portavoces carece de autoridad. Lo importante es lo que haga el tirano; y lo que hace es asesinar sin piedad, y explotar, y humillar a quienquiera que lo haya combatido alguna vez.

La ausencia de masculinidad de los dictadores

Lo que gana para los dictadores de América el desprecio de estos pueblos, es la falta de hombría con que comparecen ante el juicio de los hombres. Matan, despojan, calumnian; pero ninguno se atreve a afirmar categóricamente, a la faz del continente, que es tirano. Mediante una propaganda bien o mal pagada, disimulada o abierta, se empeñan en mostrarse a los ojos americanos como abanderados de la democracia. No son másculos, ni cosa parecida. Desde su crueldad hasta su miedo a la verdad, todo en ello es femenino. Por miedo asesinan; por miedo a perder las ventajas del poder, establecen tiranías; por miedo a ganarse la vida trabajando, roban sin piedad; por miedo a ser juzgados como son, gastan millones en hacerse pasar por demócratas.

El señor Trujillo contaría, tal vez, partidarios sinceros, no pagados, si tuviera el valor masculino de proclamar la verdad, de afirmar ante América que es tirano porque quiere, que retiene el poder porque no podría vivir sin él, que despoja a sus connacionales de sus bienes, porque su ambición no conoce fronteras, y que ni la OEA, ni la ONU ni fuerza alguna podrá echarlo del país, por lo menos mientras en la Cancillería del Potomac tenga servidores por tanto al mes de la talla de un Joseph David o de un Paul C. Daniels.

Pero el señor Trujillo no se atreve a tanto. Le falta la hombría necesaria para encararse con la opinión pública continental y con la verdad solitaria en su conciencia. Le falta el valor que da a los verdaderos conductores de pueblos la fuerza de sus convicciones. No es más que un farsante, un farsante siniestro, sanguinario; pero farsante al fin.

Y de tal farsante no es raro que salga esta farsa con que ahora quiere sorprender a América para montar impunemente la trampa en que piensa aniquilar de una sola vez a todos sus adversarios.

Trujillo hace correr por ahí la voz de que los exilados no retornan al país porque viven mejor en el exterior; y si es así, él mismo confirma que en cualquier otra parte la vida es más llevadera que en Santo Domingo. O asegura que los que no vuelven temen las leyes dominicanas, debido a que son delinquentes; con lo cual, o insulta a los pueblos que nos dan asilo, o confiesa que las leyes de su régimen no son para sufrirlas por seres humanos.

Los exiliados no retornamos porque conocemos el terror trujillista; y si nos hemos librado de tal terror, y gracias a tal liberación hemos podido denunciar al mundo los sufrimientos del pueblo dominicano, sería una tontería mayúscula caer en él de nuevo e inutilizarnos para servir a nuestro país. No hay un exiliado dispuesto a regresar a Santo Domingo mientras el señor Trujillo siga allí; y si alguno volviere, los suyos comprarán el luto con que habrán de honrar su memoria, porque un día u otro caerá bajo el puñal de la tiranía.

Eso es lo que debe saber la Organización de Estados Americanos, y dejar para mejores ocasiones el derroche de tiempo y de energía que viene dando al caso dominicano. El problema de Santo Domingo no se resuelve con palabras. Para ganarse un puesto en la historia de la diplomacia americana, los señores embajadores de la OEA no tienen que trabajar más. Han hecho cuanto estaba en sus manos hacer. Pero si prosiguen en sus largas discusiones, y logran mediante la difusión de ofertas trujillistas convencer a algún desterrado incauto de que regrese a esa ergástula de la tiranía que es Santo Domingo, bajo el nombre con que lo definan en el nicho histórico de la diplomacia continental, tendrá que estar esta dura leyenda: "Gracias a sus actividades, hubo una víctima más en la República Dominicana".

Porque Trujillo no va a cambiar ahora. Y mal que les pese a los señores embajadores de la OEA, destruirá física y moralmente a los exiliados que se atengan a sus garantías, aunque vengan con el respaldo de esa Comisión Especial del Caribe ante la cual el tirano hace su fementida oferta.

CAZANDO LA ACTUALIDAD EN EL CARIBE: RUMBO SUR PARA VIAJAR AL NORTE*

Centro América sigue siendo los Balcanes del Hemisferio Occidental. Esa gigantesca lengua poblada de montañas, de cráteres y lagos, en las que conviven los auténticos hijos de los mayas, los herederos de sus conquistadores y los descendientes del negro traído para reafirmar con la explotación de la tierra el gran despojo con que se inició la moderna historia americana, tiene en la entraña social una carga explosiva tan potente como la que en el corazón de sus volcanes estalla de tarde en tarde para destruir una ciudad o cubrir de espanto un valle.

Desde Guatemala hasta Panamá —aunque esta joven república parezca pertenecer a otro mundo—, la violencia engendrada por las desigualdades económicas y sociales cubre todo el horizonte centroamericano; cuando no está aflorada a la superficie, se concentra abajo, como los gases en las minas. La lucha para atenuarla se ha iniciado hace poco; pero de Washington a Buenos Aires, ese esfuerzo levanta un mar de protestas que se sintetiza en esta palabra: “Comunismo”. Los portavoces de quienes todavía representan al implacable y voraz conquistador, no quieren doblar la frente ante la justicia, y la desafían, llenos de una cólera infamante para el

* *Bohemia*, Año 42, N° 43, La Habana, 22 de octubre de 1950, pp.66-67 / pp.90-91.

género humano, ignorantes de que el “juicio de residencia” americano va a cumplirse un día, inevitablemente, con los tremendos requisitos que la historia pone en sus mandatos.

Costa Rica, la hija virtuosa

Costa Rica es la meseta central, un jardín de montañas de leves tonos verdes y azules, donde los cafetos empiezan a madurar ahora y donde las típicas pequeñas carretas, pintadas con primor y brillantes de buen cuidado, cubren los tortuosos caminos que corren de valle en valle. Fuera de la meseta están las costas del Caribe y del Pacífico y está el Guanacaste, la región llana que media entre el país y Nicaragua. Originalmente poblada por cuarenta o cincuenta familias españolas que se dedicaron al pastoreo, la meseta se halla hoy habitada por gente que a conciencia o no, son parientes; y como en los lejanos días de la vida dispersa, se tratan entre sí con respeto. El peón y el amo se llaman de “usted” y de “don”. Pero el peón anda descalzo y el amo usa automóvil. En el fondo del odio cerril que toda cabeza feudal americana siente por los Estados Unidos, está el hecho de que allí el patrón tiene refrigerador y radio, pero el obrero también. Esas son las bases de la institucionalidad y de la paz de Norteamérica; y ésa es la causa de que tal país sea el único en el mundo donde se multiplican los millonarios. En un pueblo de ricos se explican los muchos ricos; en un pueblo de pobres, los escasos afortunados lo son por corto tiempo. En Costa Rica, el peón anda descalzo, no importa a cómo se esté vendiendo el café; luego, la fina y amable democracia cuyo perfume impregna la meseta central y se convierte en un tenue resplandor de esperanza para los esclavizadores nicaragüenses, pero para los sufridos hondureños, para los que en El Salvador y en Guatemala sueñan con una fuerte y justa y próspera confederación centroamericana, está llamada a disolverse un día o a cuajar de súbito en un

estallido bárbaro. Sólo José Figueres y su grupo ve esto claramente; de ahí que a medida que los meses transcurren el que llevó las fuerzas de la reciente revolución de La Lucha a San José va convirtiéndose en una especie de ídolo popular. En las casitas de las fincas los peones cuentan de noche a sus hijos los episodios de la contienda, mientras los señores del café cuentan los millones de colones que van acumulando. La clase media empieza a comprender ahora que Figueres tenía razón cuando reclamaba del gobierno actual, llevado por él al poder, que respetara la escala de salarios que el régimen revolucionario había impuesto, pues sólo cuando ganen más dinero los que hacen mayoría, ganarán más los médicos, los dentistas, los abogados, los pequeños comerciantes, los productores medianos. La creciente consolidación del prestigio de Figueres promueve, como es lógico, una creciente actividad de sus adversarios, la alianza comunista-calderonista. Es de advertir que aunque el gobierno de Ulate esté formado por una cla- que antifiguerista, no puede considerarse en el campo de la acción, opuesto al movimiento de liberación nacional que aclama en Figueres a su líder natural; los ulatistas tienen conciencia clara de que están en el poder porque Figueres encabezó al pueblo en una revolución brillantemente planeada, dirigida y realizada, y aunque traten de minar el prestigio del paladín con especies y rumores malignos —con el confeso propósito de heredarlo o de suplantarlo en el corazón de Costa Rica—, saben bien que entre ellos, que tienen el poder, y el Cincinato de La Lucha, que tiene tras sí la voluntad popular, ellos son los más débiles. Los enemigos peligrosos son el calderonismo y el comunismo, aliados desde hace largos años, a quienes Figueres venció en el campo de batalla entre febrero y abril de 1948. Aprovechando la ausencia de Figueres, que viaja ahora por Europa y el Cercano Oriente, comunistas y calderonistas planearon un golpe. El Gobierno atinó a frustrarlo;

pero la conspiración sigue su marcha en las sombras, y está buscando amparo en el exterior. El autor de estas líneas halló evidentes rastros de ello en México, donde los agentes de Anastasio Somoza tratan de comprar fusiles y cañones con que armar otra vez a las huestes contrarrevolucionarias de Costa Rica. En diciembre de 1949, Calderón Guardia encabezó una invasión que se organizó bajo la protección de Somoza en Nicaragua y penetró en Costa Rica por el Guanacaste. Calderón Guardia vive en México, aparentemente dedicado a ejercer su profesión de médico; en verdad, dedicado a conspirar para volver al poder. Con una ignorancia de lo que sucede en Costa Rica buena para políticos aventureros del siglo XIX, los comunistas de México le dan estímulos y propalan como artículo de fe la consigna de que Figueres es un traidor de la clase obrera, a quien todo su pueblo odia a muerte. De puerta en puerta, los jefes stalinistas del Anáhuac tocan en busca de armas; y en alguna lo hacen al mismo tiempo que los agentes de Somoza, también en pos de ellas y con igual propósito. Sin embargo, en Costa Rica hay todo género de libertades, buenas para ser usadas en conquistar al Pueblo; buenas para propagar cualquier género de ataque a Figueres y a sus seguidores. Pero los tenebrosos planes de calderonistas, somocistas y comunistas no pueden engendrarse a la luz pública, porque en ellos no cuenta el pueblo. Cuenta el poder y aspiran a conquistarlo a tiros. Sólo que en la tarea de dispararlos, la buena y cortés gente de la meseta central cree que nadie sabe hacerlo mejor que José Figueres y sus aguerridos "medallitas".

Costa Rica es la hija virtuosa de Centro América. Pero, como en cualquier honesto corazón de doncella, en el suyo crecen de momento ímpetus y deseos, inesperadas vehemencias y sueños descabellados. La hija virtuosa tendrá el pleno dominio de sí misma cuando llegue el día jubiloso en que el

peón y el amo puedan tratarse de “usted” y de “don” de automóvil a automóvil, no como ahora, uno sentado sobre muelles cojines, el otro con el desnudo pie clavado en el lodo del cafetal.

Panamá, la ciudad y la selva

Volando de Norte a Sur, hacia Tocumén, nuevo aeropuerto de Panamá, se domina un paisaje cerrado de selva y mar, árboles de copas entrelazadas, y al lado, sin solución de continuidad, el lento, pero constante vaivén de las olas en el Pacífico. El istmo fue siempre la tierra más estrecha del continente, y la más ancha, sin embargo, a la hora de cruzarlo. Pues es ahí, precisamente, donde se da el mejor ejemplo de lo que los profanos en botánica consideran una verdadera vegetación tropical. En la tierra panameña llueve siempre, cada día, y cada día hay Sol abundante; y ambos trabajando de continuo sobre un suelo orgánicamente abonado en siglos por los árboles que mueren, estallan en ese rico caos vegetal que reclamó, para ser vencido, un Vasco Núñez de Balboa.

En la capital de la joven república hay agitación política. Está reunida ahora la Asamblea Nacional, ante la cual el presidente Arias leyó un mensaje de agria beligerancia contra sus adversarios; y mientras los periódicos del Partido Liberal muestran cintillos en que acusan a Arnulfo de toda suerte de crímenes, especialmente en perjuicio de la hacienda pública, un diputado de sonoro apellido italiano —Barletta— la emprende contra el ya lejano recuerdo de la “Legión del Caribe”, amenazante fantasma que jamás pasó de tal, y asegura que se está reorganizando en Panamá. La resurrección es una obra burda de paleontología política y tiene sus explicaciones. Según el rumor que se oye en cualquier esquina de la ciudad, los días del Dr. Arias están contados; se afirma que el coronel Remón va a echarlo del poder con tanta rapidez y tan

buenas razones como las que usó al colocarlo en la presidencia de la nación. Y se dice que los “auténticos”, esto es, los arnulfistas, que en tiempos ya al parecer muy remotos tuvieron contacto con los hombres de la “Legión”, están llevando armas al país y escondiéndolas en el corazón de las selvas para acudir a ellas si Remón los desplaza.

En Panamá, como en todo el Caribe, como en toda esta América nuestra “que reza en español” y que alimenta con cuidadosa atención los vicios de la desigualdad, la sorda lucha de los hombres, unos por conquistar mejor vida y otros por conservar sus privilegios, horada incesantemente el subsuelo social y político y hace rodar por los sombríos pasadizos que va cavando, el trueno sordo de la revolución. O de la contrarrevolución, si es el caso. Mientras tanto, la juvenil capital se ve aislada en medio de la selva. Hasta en las aceras mismas de las primeras casas se ve crecer el pasto, en ocasiones a más de dos metros de altura. Ni una res pace en él; ni siguiera una cabra mece las ricas hojas de la yerba “Paraná”. Panamá es así: ciudad y selva. Por las hermosas calles del nuevo reparto obrero, alegre y lleno de luz, cruza la selva encarnada en peligrosas serpientes. Como cruza por el civilizado ámbito de una asamblea que es la mayor representación política del país, en los siniestros rumores de aviones misteriosos cargados de armas que aterrizan en propiedades de arnulfistas.

Grandemente influida por el ejemplo cubano, Panamá tiene su Partido Revolucionario Auténtico, cuyo jefe es el actual Presidente; su Partido del Pueblo; su prensa de bizarros cintillos. Como Cuba un Guantánamo, Panamá tiene una Zona del Canal. En la pequeña pero activa capital, de limpias calles y cómodos ómnibus, todas las razas se mezclan, y el negro y el chino dialogan en las aceras, mientras el mestizo señorea en casi toda la actividad privada y pública. Pero en la Zona no;

en la Zona, apenas perceptiblemente separada de la ciudad, el negro es negro, y por tanto, inferior, y por lo mismo, debe estar separado del blanco. Por donde se ve que Panamá está encerrada en un círculo selvático. Selva y ciudad, o ciudad y selva. A despecho del Canal, que mueve del Pacífico al Caribe, de un mundo a otro mundo, eso que los sociólogos y los filósofos han dado en llamar cultura; bien la oriental, bien la de Occidente.

Nicaragua, propiedad privada

Habíamos volado a Panamá para retornar a Cuba, pues ya en Costa Rica supimos que el viaje hacia el Norte —Honduras, El Salvador, Guatemala— no podía hacerse sin tocar en Managua. Poco más de un año atrás, cuando por última vez estuvimos en Centro América, la Panamerican tenía un vuelo diario de ida, y otro de vuelta, que pasaban a millares de pies sobre Nicaragua. Pero ocurrió el escándalo del profesor Torres, pasajero con destino a la capital costarricense, sacado del avión a viva fuerza por la Guardia Nacional de Somoza, que esperaba en el aeropuerto de Managua el aterrizaje de aquel Douglas, a pesar de que la oficina de la Panamerican en Guatemala había asegurado a Torres que el avión no tocaría en el predio de Somoza, y meses más tarde tuvieron los pilotos de otro Douglas de la misma empresa la tremenda experiencia de ver a un desterrado “nica” sacar de los pliegues de la cintura una sombría pistola y asegurarles, pálido de ira, que iba a dejarlos secos sobre los mandos de la nave si no cambiaban en vuelo firme el descenso que a la vista del aeródromo de Managua estaban imprimiendo a su aparato, que tampoco estaba señalado para hacer escala allí. En el último caso, hubo pasajeras desmayadas y la vehemente protesta de una de ellas, que resultó esposa de cierto conocido diplomático. Dicen sus gerentes que a fin de evitar situaciones parecidas, la Panamerican

resolvió que todos sus aviones tocarían en Managua. Lo extraño es que ninguna compañía deja de hacerlo ahora. Con tales truenos ¿quién duerme? En diez minutos cambiamos de ruta, Sur franco en vez del Norte directo, pues en los sagrados compromisos con que han sellado su santa alianza los dictadores del Caribe, *Bohemia* y quien la sirva o represente tienen la marca indeleble del hereje, y un hereje —cierto es, un hombre libre— es para señores de horca y cuchillo como Somoza y Trujillo, algo cuya presencia resulta infamante e imperdonable.

Nicaragua es propiedad privada de Anastacio Somoza, electo presidente una vez más, en mayo de este año, si bien ahora por decisión de cierta extraña Asamblea Constituyente cuyos miembros fueron seleccionados entre el dictador y su último socio, el viejo caudillo conservador Emiliano Chamorro. Tierra de volcanes y de lagos en cráteres apagados de volcanes, va descendiendo desde las altas montañas y los frescos valles del Norte, hasta las llanuras cálidas del Sur. En las orillas del Caribe se hallan los espesos bosques madereros y las minas de oro, que llenan la costa desde las selvas de Las Segovias, todavía henchidas con la leyenda heroica de Sandino, hasta la tierra de la Mosquitia, medio siglo atrás un reino de mestizos negroidios bajo el protectorado de la Gran Bretaña; en la vertiente del Pacífico están los sembradíos de café al Norte, y al Sur las ricas haciendas de Somoza y las tierras ganaderas. En la hermosa Nicaragua, un pueblo de sorprendente vitalidad, cuya contagiosa alegría lo acerca al cubano como a un hermano gemelo, evoca sus días de gloria, cuando parió a Rubén Darío, y los de lucha, cuando levantó a Augusto César Sandino a la altura de un símbolo de América, y lamenta la torva noche en que se posesionaron de su suelo las tropas yanquis, que le dejaron en herencia al voraz tirano que hoy padece.

La implacable dictadura no basta, empero, a mantener en Nicaragua el imperio de un orden absurdo sobre una sociedad conmovida por la injusticia. Volando hacia Panamá tuvimos la fortuna de conocer, de labios perfectamente autorizados, la noticia de que poco antes Somoza había sorprendido una potente bomba en su propio escritorio. Según la limpia fuente que nos informó, ocho oficiales de la Guardia Nacional, la máquina de terror con que el amo del país somete al Pueblo, fueron hallados culpables, y por lo tanto autores y ejecutores del complot. Las propias garras de la fiera se vuelven contra ella. Y si en sociología, como en medicina, hay síntomas de un mal desenlace, una bomba frustrada, cuyo estampido no llegó a oírse, indica que la propiedad privada de Somoza está a punto de pasar a ser propiedad legítima y general del pueblo nicaragüense. Ese será el día en que podremos volar de San José a Tegucigalpa, o de Tegucigalpa a San José, sin que nos asuste ver el avión maniobrar, tumbando un ala, para rodar sobre las asfaltadas pistas del aeropuerto de Managua.

Jamaica, o la respuesta encontrada

Para evadir a Somoza, un periodista democrático tiene que trazar un cerco gigantesco, a ciento ochenta millas por hora, en el ámbito del Caribe; y da risa leer los innumerables cables con que las agencias norteamericanas proclaman, en esta América nuestra curada ya de espantos, la violencia y la indignidad de una cortina de hierro cerrada sobre la Europa Oriental; da risa cuando la irónica vida nos lleva a leerlo en ciertos diarios de New Orleans a bordo de una nave aérea que ha sido tomada precisamente para rehuir una cortina de fuego y sangre y tortura a pocas horas de Miami. Camino de Jamaica, entre chubascos y amagos de ciclones, el enorme DC-4 en que volábamos nos llevaba directamente hacia el inesperado

encuentro de una respuesta que habíamos dejado de buscar. Tal vez esa respuesta carezca de importancia; pero acaso ella rompa un velo tras el cual se esconde la repugnante tramoya que sirve de sostén a los imperios. De golpe y porrazo, de pie bajo la fina lluvia en el puerto aéreo de Kingston, vimos temblar la biblia que en las tardes de los domingos lee con sobria fruición el honesto mercader londinense, oímos el tumulto de los apetitos tras la voz del digno diputado ante la Cámara de los Comunes. Pues allí, en Palisades, junto a un potente tetramotor, estaba el ventrudo y anfibio Catalina que día tras día, de noche y de tarde, dos veces cada veinticuatro horas, volaba sobre Cayo Confites, en agosto y septiembre de 1947, tomando películas de nuestros hombres y acumulando informes que iban luego a dar a manos de Trujillo. Era sin duda alguna el mismo avión. Durante mucho tiempo creímos que pertenecía a las patrullas costeras de la base de Caimanera; pero cuando, cosa de un año después tuvimos ocasión de tener a la vista una flota de Catalinas norteamericanas, recordamos las barras rojas y blancas semirodeando la estrella insignia y el color carmelitoso del anfibio que tanto interés puso en volar sobre Cayo Confites. No; los Catalinas de Guantánamo, y los de toda la armada yanqui, eran grises y con su gran estrella blanca limpia de adornos. ¿Sería que nos observaba un avión de Trujillo disfrazado?

Pero allí, en el aeropuerto de Kingston, estaba él; él y no otro. Y era inglés. Inglaterra, casualmente, vendió a Trujillo caza “mosquitos” y algunos “destroyers”. La pingüe venta se trató en los días de Cayo Confites. Al cabo de tres años, la respuesta vino a encontrarnos, como nos encuentra a veces, inesperadamente, la deuda que habíamos olvidado cobrar.

CAZANDO LA ACTUALIDAD EN EL CARIBE:
TRES PAÍSES CONQUISTADOS AL MIEDO*

Ahora ya nadie tiembla al volar sobre Toncontín, el aeropuerto de Tegucigalpa; como nadie teme aterrizar en La Aurora, la entrada aérea de Guatemala, seis años atrás esclava del terror de un tirano. Tegucigalpa, la capital de Honduras, se ve allá abajo, protegida por rojos techos, partida por un riachuelo y rodeada de pelados cerros. Es la Capital y no merece serlo, pues el verdadero centro de vida industrial, agrícola y comercial no está en la zona de Tegucigalpa, sino hacia el Este, en lo que los hondureños llaman Costa Norte, en realidad, la costa del Caribe. Eso no resulta nada extraño, sin embargo, porque cuando el viajero se adentra por el país, y desde luego por su historia, advierte que en Honduras todo es así: hay dos Estados, el de la nación y la United Fruit; hay dos capitales, la política y la económica; hay dos gobernantes, el presidente Gálvez, que se ve y actúa, y el ex dictador Tiburcio Carías, que no se ve ni actúa, pero amenaza y gravita sobre el gobierno; hay dos historias, la que cuentan los relatistas gubernamentales y la que cuenta el Pueblo; hay un pasado y un porvenir revueltos. De donde se infiere que en Honduras hay dos Honduras; la que fue y la que pugna por ser, la última naciendo con evidentes bríos y valor del fondo atormentado de la primera.

* *Bohemia*, Año 42, N° 44, La Habana, 29 de octubre de 1950, pp.68-69 / pp.92-94.

Desde 1933, Honduras estuvo bajo el régimen dictatorial de Tiburcio Carías, el llamado “hombrón de Zambrano”, porque es grande como un elefante y tenía un feudo político y económico en el lugar que le da nombre. Abogado y General, surgió al fin como el jefe indiscutido del partido nacionalista, esto es el antiguo conglomerado conservador; frente a él y a sus huestes estaban los liberales, comandados por Ángel Zúñiga Huete, hoy desterrado en México. Tiburcio Carías gobernó como quiso: despojó, mató, se entregó a la United Fruit. Sus partidarios tenían todos los derechos, hasta los del crimen; sus adversarios no tenían ni el de respirar el aire hondureño. Pero la dictadura de Carías no debe ser confundida con las que rigen en otros países del Caribe, la dominicana y la nicaragüense, por ejemplo. La de Carías fue una dictadura de partido, a diferencia de las otras mencionadas, que lo han sido de hombres asistidos por los institutos armados, convertidos de la noche a la mañana, sin tradición y sin causa, en partidos armados adueñados del poder. Tiburcio Carías gobernó con los nacionalistas y para ellos; y ellos le fueron —y en gran medida le son— tan leales cuanto él lo fue para el partido. En cuanto al ejército opresor, eso no existía en Honduras. Cada jefezuelo nacionalista tenía a su cuidado armas, y bajo su mando hombres; la suma de esas “comandancias”, repartidas a lo largo y lo ancho del país, era lo que con mucho optimismo podía llamarse la fuerza armada del cariato o del cariísimo, como decían sus partidarios.

Al final de la guerra, Carías convocó a elecciones. El líder liberal Ángel Zúñiga Huete —cuyos seguidores son los “changelistas”, ya que su nombre resulta cambiado por el habla popular en Changel— entró al país y movilizó sus cuadros; Carías nominó candidato a un abogado que lo había sido de la United Fruit y que desempeñó durante su gobierno la cartera de la Guerra, el Dr. Juan M. Gálvez.

Como era de esperarse, Gálvez triunfó; Zúñiga Huete se asiló en la Legación de Cuba. Gálvez comenzó a gobernar el día de año nuevo de 1949.

Viraje y complot en Tegucigalpa

Pero Gálvez no fue, ni lo es hoy, un sumiso testaferro de Carías. Maniobrando con envidiable habilidad y con sutileza en la que se advierten el amor a su pueblo, aunque desde luego a su manera y concepción, y el respeto a ciertas tradiciones de la democracia americana, Gálvez empezó a ir poniendo en libertad, uno tras otro, a los presos políticos; a ir permitiendo, con sistemático avance, la crítica pública; a ir reforzando, pulgada a pulgada, la economía del Estado con la creación o el aumento de impuestos, especialmente en las ramas de la producción que se exporta; a ir recibiendo, si bien cautelosamente contados, a los hondureños que se habían acogido al exilio. Y ya parecía Gálvez firme sobre una base legal y política para abrir del todo las puertas del país a las impetuosas corrientes democráticas que estuvieron concentrándose sobre Honduras año tras año, desde los días del “hombrón de Zambrano”, cuando se vio cogido entre las tenazas del caríismo y de la revolución. Eso ocurrió en el mes de mayo de este año. La revolución representada en su parte mejor y más capaz por el Partido Democrático Revolucionario, con voceros como *Vanguardia* publicándose en San Pedro Sula y activistas trabajando en los campos bananeros y en todos los centros poblados del país, quería más libertad; el caríismo, con asiento en el Congreso, quería menos, y al ataque de los jóvenes luchadores del nuevo partido, casi todos formados en el exilio durante el gobierno de Carías, contestó con una maniobra sórdida y peligrosa: reclamó la destitución de Gálvez, que podía tramitarse mediante una licencia pedida por el Presidente, y su inmediata sustitución por el Vicepresidente caríista conocido. En mayo

y en junio, pues, la puerta histórica de la Honduras de ayer a la mañana, que es en esencia el régimen de Gálvez, estuvo batiendo de afuera adentro, sin cerrar y sin abrir y a punto de saltar con los goznes hechos trizas. La ya probada habilidad de Gálvez quedó reafirmada ahí. Pues no cedió ni a unos ni a otros, y se mantuvo en el poder.

Pero la resquebrajadura hecha en el régimen por el forcejeo de las fuerzas del pasado y las del porvenir, que se revuelven en la propia persona del Presidente, fue propicia al crecimiento de esa venenosa planta latinoamericana que es el complot. Algunos oficiales, convenidos con políticos liberales, según el decir del gobierno, acordaron dar muerte a Gálvez; y cuando el complot fue descubierto, el carriísmo que opera en el seno del régimen aprovechó la circunstancia de que dos de los conjurados se refugiaron en la Embajada de Guatemala para acusar al presidente Arévalo de haber permitido que en el territorio de su país se organizara un grupo que, en complicidad con los conspiradores de Honduras, iba a entrar a Honduras adentro en son de guerra. Hizo más el carriísmo: acusó a jóvenes redactores de *Vanguardia*, el órgano del Partido Democrático Revolucionario, de estar en la conjura, y dio con ellos en la cárcel.

Cuando el autor de estas líneas pasó por Guatemala supo de buena fuente que, una vez sacados de Honduras, los que habían recurrido al asilo de la Embajada guatemalteca en Tegucigalpa habían sido detenidos en Guatemala. En cuanto a la supuesta invasión, ni rastro. Se trataba de una invención destinada a envenenar las buenas relaciones de los dos países para justificar el retorno de Carías, a través de un testaferro, al poder que añora. Por lo que toca a los periodistas detenidos en San Pedro Sula, nada se sabe. Es de esperar, sin embargo, que Gálvez los devuelva a sus hogares tan pronto haya calmado al carriísmo.

El presidente Gálvez se mantiene en la cúspide del poder, realizando un viraje que requiere un constante esfuerzo casi heroico, y minado de complots. Su conducta no merece reprobación. Pero es de rigor sacudir su vieja concepción de político al uso demo-liberal con una cuantas verdades simples, entre las que deben destacarse éstas: un pueblo pobre no puede ser ni culto ni generoso, y si a pesar de ser pobre, se advierte en el hondureño un encomiable afán de cultura y una actitud generosa hacia cuanto le rodea, resulta evidente que cuando sea menos pobre, ese pueblo será más digno. De la riqueza que puede tener Honduras da idea la riqueza de la United Fruit. Arrebátele el Presidente a la United Fruit parte de lo que inmerecidamente acumula, y ponga con ello las bases del bienestar hondureño. Que haga eso sin ahogar los rudimentos de libertad que ahora florecen en la patria de Morazán. Y el viraje que viene dando desde que granjeó el poder, tendrá categoría histórica, y los complots con que ahora lo amenazan, se volverán contra sus autores. Pues en el fondo de todos los vaivenes y tropiezos que se dan día tras día en el Caribe, no hay sino una lección: que la democracia política no puede mantenerse sin democracia económica y social; esto es, sin mejor vida para las grandes mayorías y libertades para todos.

Volcanes de lava y oro

En El Salvador abundan los volcanes, y volando sobre la pequeña franja de tierra centroamericana que es el país —un cuadrilongo asomado al Pacífico—, se ven las pequeñas casas de adobe trepando hasta el borde mismo de los cráteres apagados, o en su defecto, los cafetales cubriendo las laderas de alguno de esos monstruos impresionantes. El Salvador se parece mucho a su geografía. Está la llanura empobrecida, los incontables peones de las fincas o trabajadores de las ciudades; y

dominando sobre ellos, los grandes señores del café, los amos de la República. Volcanes de lava y oro señorean sobre el horizonte de la antigua Cuscatlán.

Resulta curioso observar que San Salvador, la Capital, sea una síntesis de la patria a la cual encabeza. Se agachan a millares, sobre las torvas callejuelas, las pequeñas casas de gente pobre; y de pronto ve uno levantarse un edificio majestuoso, rico, solemne; y otro poco más adelante, y otro más al doblar, y otro, y otro. Son los clubs, las señoriales catedrales del café, donde los dueños del rico grano se reúnen en la noche a discutir sobre esos miserables “comunistas” que pasean a pie por los parques de la ciudad en pos del fresco nocturno. O inesperadamente, sin saber uno cuándo ni cómo, al salir de una calleja de escuálidas cuarterías, cuyo pavimento es la tierra, entra en una avenida que parece extraída del centro de una gran capital europea, orillada de lujosas viviendas, llena de luz, todo el borde, a lado y lado, cubierto de rica jardinería.

Es una tierra de duros e insospechados contrastes esta de El Salvador. Se halla uno abajo, en el corazón de la ciudad, ahogándose de calor; y media hora después, trepando faldas de viejos volcanes apagados, hay fresco, casi frío, y a los pies un paisaje de pequeños valles, así como poco antes tenía desde abajo, hacia arriba, uno de picachos truncados por olvidadas erupciones.

Estos contrastes se dan también en otros campos. Por ejemplo, parece que hay libertad en El Salvador. Pero de pronto, a un demócrata conocido, a un dirigente obrero americano del prestigio y de la limpia conducta de Arturo Jáuregui se le toma en el aeropuerto, cuando va entrando al país, y se le detiene y amenaza de muerte y se le conduce, como a un delincuente vulgar, hasta la frontera de Honduras, por el solo delito de ser aprista. Sin embargo, el periodista no se descorazona. El Salvador no es hoy el paisaje sombrío de los tiempos

de Hernández Martínez, seis años atrás. Acaso haya una policía con abundante ignorancia, que desea ayudar a Odría desde ese cuadrilongo de volcanes y diminutos valles sembrados de café, y cree que la mejor manera de servir al militarote peruano es impidiendo que el Secretario de Organización de la Confederación Interamericana de Trabajadores entre en su tierra. Acaso ese policía sea potentado del café disfrazado de agente del orden público, resuelto a evitar que los peones de su plantación sean agitados para que reclamen mayor sueldo. Si resulta así, poco habrá logrado. Porque esos volcanes de oro que son los suntuosos clubs de los cafetaleros están llamados a ser barridos un día por la lava del volcán popular, pues es mandato histórico, mal que les pese a los potentados y a sus servidores en los institutos de orden público, que la riqueza ha de ser mejor distribuida en América o los países arderán, de un extremo al otro de este mundo organizado por explotadores sin entrañas.

Guatemala, la mentira del Caribe

Eso, una distribución de la riqueza, sin dictadura y sin reclamo, es lo que ha venido haciendo en Guatemala el régimen de Juan José Arévalo. En la hermosa tierra del quetzal, que aparece poblada de altivos picachos volcánicos hacia el Noroeste, de vastas llanuras cubiertas de árboles hacia el Nordeste, y de suaves eminencias acariciadas por una brisa de tiernos fríos hacia el Sur, la injusticia tradicional en nuestros pueblos pareció siempre más monstruosa, porque colocó en la base de la sociedad al que fuera el mejor hombre americano; al inteligente, emprendedor y bondadoso indio maya. El gobierno de Arévalo se ha propuesto enmendar ese desafuero histórico, y aunque no lo conseguirá, porque en seis años no puede deshacerse un crimen de cuatro siglos, ha venido avanzando sin cesar en la conquista del bienestar para las grandes masas

de su pueblo. De una tierra de oscurantismo, esclavitud y miseria, Guatemala se ha convertido en asiento de libertad, empresa y trabajo. Han brotado a raudales los hospitales, los caminos, las escuelas; el Instituto de Fomento de la Producción ha creado, de hecho, nuevos centros de población; y todo eso ha sido construido a plena luz, en libertad, sin sangre de infelices, sin ergástulas, sin un solo fusilamiento, a despecho de que el régimen de Arévalo ha tenido que hacer frente a veinticuatro conspiraciones.

Guatemala es la gran mentira del Caribe. Pues aunque los pueblos intuyen que algo hermoso para ellos ocurre allí, la prensa democrática apenas loa la obra de Arévalo; en cambio, la otra prensa vive pregonando día tras día que Guatemala es una base soviética en el Continente, que Arévalo es un tirano bárbaro; y a menudo se oye a la radio dominicana escenificando sangrientas persecuciones de católicos o salvajes asesinatos en masa de los opositores. Hasta periodistas de tanto nombre como Dorothy Thompson se han hecho eco de esa propaganda absurda. La gran hermandad reaccionaria de las Américas pretende barrer con un gobierno que se ha propuesto hacer justicia, allí donde jamás la hubo. Esa gran hermandad no abrió la boca cuando, hace poco más de cinco años, en abril de 1945, para ser exacto, Ubico hizo votar una ley autorizando a los dueños de finca a dar muerte a quienes fueran sorprendidos en sus tierras; lo cual traducido en buen romance, quería decir que se legalizaba el asesinato del indio, por esos días aterrado y enloquecido a causa del hambre, ya que las sequías habían muerto en flor el maíz de que se alimentaba.

Este redactor de *Bobemia* llegó a Guatemala precisamente una hora antes de que fuera interpelado el Ministro de lo Interior. Como en cualquier país civilizado, padeció la interpelación y recibió un voto de censura. Respetuoso de las leyes, Arévalo puso otro en su lugar. Hay elecciones a mediados

de noviembre, y se acusaba al Ministro de estar estorbando la campaña electoral de uno de los candidatos. Desde el sirviente de hotel hasta el banquero, toda Guatemala estaba interesada en el asunto, porque se trataba de un espectáculo de democracia viva, en un país que hasta la llegada de Juan José Arévalo al poder padeció cien años de tiranía. Al anoecer, la prensa de oposición afirmaba: "Recibió un voto de censura el Poder Ejecutivo". Con lo cual se aseguraba que Guatemala es la gran mentira del Caribe, pues debieron decir: "Recibió la Democracia guatemalteca un voto de afirmación". Y hubieran dicho la verdad.

Arbenz, García Granados y Arévalo

Para las próximas elecciones pululan los candidatos; pero en realidad, sólo tres nombres cuentan; y de ellos, uno no es aspirante. Los primeros son Jacobo Arbenz, coronel, jefe con otros dos de la revolución de octubre en 1944, miembro de la Junta Revolucionaria que gobernó hasta el ascenso de Arévalo a la presidencia, ministro de la Guerra de este último durante varios años; y Jorge García Granados, constituyente, antiguo embajador de Arévalo en Washington y en la ONU, brillante defensor de los israelitas en Lake Success.

García Granados encabeza de hecho la oposición. Hay algún que otro candidato de la extrema derecha que no mueven fuerzas apreciables. En cambio García Granados está pesando ahora en el inmediato porvenir de Guatemala. Activo, móvil, buen orador, con abuelos ilustres en la historia política del país, el ex embajador pega duro. Corto de estatura, más bien lleno que delgado, ligeramente encalvecido, fumador sin tregua, hombre a menudo comunicativo pero a menudo también abstraído, nada propenso al miedo pero menos propenso aún al disparate, resulta el tipo de opositor que un aspirante revolucionario no desearía tener enfrente. Pues sucede que,

además, García Granados fue revolucionario, tan antiubiquista como el que más, desterrado de muchos años. Y en su programa de gobierno no asoma su espantosa cabeza de serpiente de la reacción. Recorriendo sin cesar el país, García Granados se ha convertido en el adalid visible de las masas que desean un cambio de régimen en Guatemala, siempre desde luego que el cambio no signifique un retorno a los negros años de la dictadura.

En cambio, Jacobo Arbenz es el abanderado del arevalismo; y el arevalismo quiere decir, antes que nada, justicia social. El arevalismo no es un partido, sino un sentimiento. Es más: hay varios partidos arevalistas y no todos llevan de candidato a Jacobo Arbenz. Pues así como en la oposición figuran por lo menos tres aspirantes, en lo que podríamos llamar fuerzas gubernamentales hay tres. Pero de estos, el que cuenta es Arbenz, joven, de rubicundo aspecto, finos los rasgos y fino todo él como una espada. Jacobo Arbenz es un caso de fascinante personalidad sin ser locuaz; antes bien, resulta en extremo reservado. Tiene un concepto social y económico del hecho político, más definido, si cabe, que el del propio Arévalo. Para él, su deber histórico está en encabezar al indio, al trabajador, al humilde, hacia la conquista de mejores niveles de vida, de más salud, de mayor cultura, sin agredir, sin embargo, a otros grupos y sin poner en peligro las libertades públicas de todos los guatemaltecos.

Haciendo fondo a García Granados y a Arbenz, y desde luego a las masas que se mueven con ellos, está la figura sólida de Juan José Arévalo. Él es la garantía de ambas fuerzas. Una y otra saben que Arévalo entregará la presidencia a quien gane limpiamente. Ni las ventajas del poder servirán para favorecer a Arbenz, ni sus limitaciones beneficiarán a García Granados. Arévalo es imparcial como un dios antiguo. No ha pronunciado una palabra a favor del candidato arevalista ni

ha dicho una en perjuicio del candidato de la oposición. Los empleados públicos pueden ser partidarios de García Granados tanto como de Arbenz. Arévalo entiende que un guatemalteco que trabaje para el Estado no le ha vendido su alma al régimen. La mejor respuesta a los que acusan a Arévalo de ser agente de Moscú está en su conducta preelectoral, pues en Moscú no se concibe libertad para votar.

En los círculos arbencistas se espera que a última hora Galich y Giordani, candidatos de pequeños núcleos arevalistas, se unan a la fuerza de Arbenz; en los de García Granados se espera que los diminutos grupos que siguen a aspirantes de la extrema derecha, pasen a sus filas. Arbenz entiende que perderá las elecciones en la ciudad de Guatemala y las ganará en el interior. García Granados está dando la batalla en el interior, porque se considera ganador en la capital. Pero el redactor de estas líneas anduvo interrogando a mucha gente. Y a su juicio, Arbenz perderá la capital en la lista de diputados y la ganará presidencialmente. Dondequiera que habló sin reserva un hombre que dependiera de otro, así ganara buen jornal y tuviera una faena ligera, el voto era para Jacobo Arbenz. Porque el nombre de este hijo de suizo significa para los sometidos de su patria una esperanza de justicia social. Y la justicia social resplandece como un faro, si bien sólo alumbra para los que secularmente han venido padeciendo la injusticia.

Desde el fondo de los siglos

En Honduras, en El Salvador y en Guatemala —aunque desde luego más claramente en Guatemala—, el observador advierte que la democracia va ganando terreno. Cautamente, las libertades públicas se afirman; solapadamente, la justicia social se va imponiendo. Desde el fondo de los siglos asciende pie a pie la conciencia americana en esos tres países. Por de pronto, han quedado ya atrás los días tenebrosos del miedo,

aquellos en que un periodista libre veía con pavor acercarse allá abajo, mientras volaba, las fronteras de la tiranía, fuera la de Carías de Honduras, la de Maximiliano Hernández Martínez en El Salvador, la de Jorge Ubico en Guatemala. Evidentemente, mucho se ha ganado. Por de pronto, y aunque sólo eso se hubiera logrado —que se ha logrado mucho más— tres países de la América Central han sido conquistados al terror. El fantasma del miedo ha sido expulsado ya, y ojalá lo haya sido para siempre, en Honduras, El Salvador y Guatemala.

CAZANDO LA ACTUALIDAD EN EL CARIBE: MÉXICO, EL DE LOS GRANDES DESTINOS*

De grupo en grupo y de esquina en esquina, por México rueda un chiste. Se cuenta que preguntando cómo ve sus posibilidades presidenciales, el general Henríquez Guzmán, que ya aspiró a la primera magistratura del país cuando iba a seleccionarse el sucesor de Ávila Camacho, contestó con desalentada voz: “Es... Casas, señor”. Lo cual, en puritito lenguaje mexicano, quiere decir que el elegido es Casas; más propiamente, Casas Alemán, actual regente del Distrito Federal. Rompiendo todos los precedentes en la historia política de México, que es movida, fecunda y apasionada, el presidente Alemán designó al regente Casas para que lo representara en la toma de posesión del nuevo gobernador de Michoacán, un hermano de Lázaro Cárdenas. Con lo que el ágil pueblo de la capital entendió que se había llegado a un acuerdo entre las fuerzas cardenistas y las alemanistas, y que de tal acuerdo surgiría candidato presidencial el señor Casas; Casas Alemán, para dar sus dos apellidos, aunque él haya dejado de usar el segundo desde que sus valores políticos empezaron a cotizarse en la bolsa presidencial, sin duda para no aparecer a los ojos del Pueblo y de América como familiar del actual mandatario azteca.

* *Bohemia*, Año 42, N° 47, La Habana, 19 de noviembre de 1950, pp.8-9 / pp.156-157.

El camino expedito

El camino de la sucesión presidencial parece expedito, pues, en México; y eso quiere decir que la situación ha cambiado mucho para Miguel Alemán de dos años a esta parte. Dos años atrás, las fuerzas dominantes eran cuatro, reducibles a tres en última instancia; y las encabezaban Lázaro Cárdenas, jefe nato de un gran número de generales divisionarios de comando activo en el Ejército; Manuel Ávila Camacho, cuyo prestigio en los predios centristas de las Fuerzas Armadas y de la economía nacional es sólido; el general Amaro, cabeza visible de militares del callismo; anticlericales a ultranza, masones y antiguos capitostes políticos; y el propio presidente Alemán. Lo de reducibles a tres se explica porque los más sagaces observadores de la vida mexicana opinaban que de presentarse una crisis, los sectores cardenistas y camachistas acabarían uniéndose. Para entonces se les apreciaba separados, aunque no en rivalidad. Pues en el México post-Cárdenas no se dan, entre los líderes de verdadera responsabilidad, esas pugnas que asoman a la superficie. Allí parece viva aún hoy la trágica lección de los días de sangre cuando las rivalidades se resolvían en patíbulo monstruosos, en el asesinato de Madero, en el de Carranza, en las muertes de Zapata o de Villa, de Serrano y de Gómez. Las corrientes se deslizan ahora en el subsuelo, y braman o se arremansan allá abajo, porque el bien del país manda que por encima de toda pasión se ponga la intangibilidad institucional. Así, cuando más distanciados parecían los sectores, Lázaro Cárdenas agasajó al presidente Alemán en Michoacán, y le presentó a treinta divisionarios, esto es, a treinta generales, afirmándoles que esos hombres serían leales al régimen; con lo cual quería decir que él, Lázaro Cárdenas, respondía de su lealtad, que fue tanto como asegurar que en esa fuerza se apoyaba el valeroso nacionalizador del petróleo.

Lázaro Cárdenas sigue siendo el gran enigma y el viejo ídolo callado de la política mexicana. En las horas oscuras el pueblo vuelve instintivamente los ojos a él.

Poco antes de que empezara a perfilarse Casas Alemán como el candidato mejor visto en los predios presidenciales, alguien alegó que debiera reformarse la Constitución para que Alemán se reeligiera. De las fronteras del Norte a las del Sur, y del Golfo al Pacífico; las bocas callaron y los oídos se pusieron en tensión. De los Pinos —residencia del presidente— salió la primera opinión disidente. Pero el propio Alemán no se conformó con eso y se fue a Michoacán, aparentemente para visitar las obras de regadío que el gobierno ha confiado al cuidado de Cárdenas; la gente asegura que en verdad fue a cambiar impresiones con el hombre que pulverizó a Calles. Con monótona insistencia, Cárdenas dijo entonces y repite ahora que nadie tiene derecho a mencionar su nombre en política interior. Pero es el caso que, sin duda para que el pueblo supiera a qué atenerse sobre las buenas relaciones del que ahora preside y el que una vez presidió, un hermano de Cárdenas resultó designado presidente del estado michoacano y Casas Alemán, el favorito, estuvo en su toma de posesión representando a Miguel Alemán. El fantasma reeleccionista quedaba aventado; quedaba liquidada la versión de que Cárdenas y el presidente andaban distanciados, y los pescadores de la política podían lanzar sus anzuelos en las aguas seguras del regente Casas. De un golpe se aclaraba el porvenir, esto es, lo que los mexicanos llaman, en jerga pictórico-electoral, el “futurismo”.

El tributo de Alemán al ausente

En estos rejugos de altura, el pueblo mexicano no interviene. Pues el pueblo es allí el gran ausente, y sólo se le toma en cuenta, como a los familiares difuntos, para recordarlos, no

para darle vigencia en la actividad política. Una y otra vez, desde que la Revolución puso en pie a la calladamente colérica masa del hombre de abajo, los gobiernos han venido tratando de complacerlo; y cada turno de poder ha dejado su obra hecha o encaminada. Antes de que le fuera posible seleccionar un sucesor —aunque no lo ha hecho de manera pública todavía, acaso porque él permanecerá en Los Pinos hasta 1952— Miguel Alemán procedió a ejecutar su parte en esa especie de compromiso táctico que los gobernantes de la Revolución tienen con México; así, inició una serie de obras de gran envergadura, entre las cuales se destacan una cadena de grandes plantas de regadío, otra de electrificación y otra de edificios para que el Seguro Social dé albergue a millares y millares de familias pobres. Con tal crédito, se ha dedicado a la difícil tarea de organizar su sucesión. Rendido el tributo al ausente, es hora de luchar por uno mismo.

En la lenta y profunda mecánica de la política mexicana, el tributo de Alemán al gran ausente tiene su estatura señorial. No es obra mezquina. Pues los beneficios que la amplitud del regadío, la de la electrificación y la del Seguro Social han de rendir a México —o están rindiendo ya, especialmente en el último renglón— habrán de ser largos, generosos y de categoría histórica. El regadío está llamado a transformar la superficie productora del país; y lo hará en grande, ya que por dondequiera truenan los bulldozers y las excavadoras; en cuanto a usinas eléctricas, hay una, la del valle de Papoalapan, que tardará veinte años en estar terminada, tan vasta es su concepción. El redactor especial de *Bohemia* no pudo asomarse por allí porque las autoridades mexicanas encargadas de facilitar a los periodistas extranjeros el acceso a las fuentes oficiales son desaprensivas; pero nos fue dado oír opiniones en círculos no alemanistas, y a juzgar por ellas no hay duda de que el régimen está librando

una lucha de proporciones heroicas para que su parte de homenaje al ausente sea visible, a gran distancia, en la parda llanura de la historia.

El de los grandes destinos

Desde los días más lejanos, en México ha habido voluntad de hacer las cosas en proporciones gigantescas; no resulta extraño, pues que Alemán haya abordado los problemas descritos con criterio tan amplio. Se va uno a Teotihuacan, por ejemplo, y allí lo advierte de manera definitiva. Surgen de improviso, sobre el polvo ocre y los rojos pedregales que cubren el pequeño valle, las macizas pirámides del Sol y de la Luna, reales montañas hechas a pulso, piedra sobre piedra, centenares de años atrás; o nos impresionan como un grito en la soledad las graderías en que, durante los sangrientos festivales en honor de Huichilobos, el pueblo se sentaba, en silencio, a ver cómo los sacerdotes ofrendaban al dios los corazones de millares de prisioneros. Sin duda alguna con mayor solidez y magnitud que las ruinas egipcias, éstas de México son un canto majestuoso y enérgico a la grandeza aborigen de nuestras tierras; y uno siente contemplándolas que en la médula misma de los huesos se aposenta, como dueño imperial, el orgullo de ser americano. O lo advierte en la ciudad que señorea, magnífica, en el valle del Anáhuac, parida, en medio de las señoriales construcciones, de bosques y de avenidas que parecen tan antiguos como la tierra y a la vez tan vigorosos y acogedores como si hubieran nacido y crecido en una noche. La gran ciudad es sin disputa única. En el conocido Paseo de la Reforma, orillado de jardines y de estatuas que aún siendo de tamaño natural se ven reducidas a la sombra de los poderosos troncos que las protegen, los más atrevidos y vistosos edificios se asientan en su marco natural. Y día tras día, con esa concepción de lo grandioso y noble, México crece; se adueña de

las llanuras grises del valle, trepa a las ligeras eminencias desde la cual se la ve, en las noches, como un jardín de piedra y luz.

No es absurdo asegurar que México es tierra de grandes destinos, porque cada mexicano tiene el concepto de lo grande. Hasta la odiosa necesidad del Pueblo fue y es allí grande. Acaso de esa necesidad, padecida ya en los días en que las sequías hacían a los pueblos huir de las pétreas y vastas ciudades que se quedaban solas con el ominoso canto del aire cruzando por los vanos de las puertas abandonadas, le venga al mexicano su orgullosa sobriedad y la idolátrica actitud con que enfrenta los cataclismos de su historia.

Así enfrenta su ausencia en la lucha política. Al verdadero mexicano de la masa no le importa quién haya de presidirlo. Allá los de arriba, que escojan bien. Porque si no lo hacen, el Pueblo podría actuar. Y siempre el Pueblo actúa con la fiereza que comunican siglos sobre siglos de dolor. Para el mexicano del último estrato, que es el más abundante, “un hombre como Diego —me decía un chofer refiriéndose al asombroso maestro de la pintura moderna— puede decir lo que quiera, pues para eso es un genio, ¿no?”. Diego es genio, vale decir, está tocado por la gracia creadora. Y bien: los gobernantes tienen una función que los acerca a las lindes en que viven los hombres geniales. De ahí que el propio chofer me aseguraba que “al presidente le toca elegir sucesor”, pues para eso es presidente, ¿no? Y yo lo único que pido es que resulte bueno.

De mano a mano, la historia se va haciendo allí. El Pueblo deja que la esculpan. Él es la arcilla, o el mármol; material para grandes escultores, porque es material para grandes estatuas.

¿Acertará Alemán?

Si el candidato de Alemán es Casas Alemán, Casas Alemán será presidente de México entre 1952 y 1958; como Alemán, candidato de Ávila Camacho, lo es desde 1946, y Ávila Camacho,

candidato de Cárdenas, lo fue de 1940 a 1946. Diremos, de paso, que esa mecánica según la cual el mandatario de turno resulta por fuerza el gran elector, no implica ausencia total de democracia, si bien es en el acto de elegir cuando el Pueblo asume de veras la plena soberanía que habitualmente le reconocen las constituciones americanas. Hay algo especial, *sui generis*, para decirlo en lenguaje cursi, en el mantenimiento de la democracia mexicana, que hace su procedimiento diferente al consagrado y da, sin embargo, resultados dignos. La evolución histórica hacia la cabal conquista del horizonte político por la burguesía nacional no se ha completado; y en la vasta extensión del país hay numerosas regiones pobladas por gente que todavía no conciben ni conocen a fondo el mecanismo de la democracia. Para los que a sí mismos se consideran responsables del fluir natural en la vida de México, lo importante es que el primer mandatario tenga conciencia de qué cosas puede hacer y cuáles no puede hacer. No importa qué lentamente se disponga, cómo lo ha logrado, una política internacional que ha dejado hueco para la tierra de Obregón el primer lugar como abanderada de las causas populares en América. Lo que más importa es ir conquistando palmo a palmo el predominio económico para el mexicano y la estabilidad institucional. Como afirmaba cierto funcionario una tarde, “tenemos las manos clavadas en la puerta del Norte, a fin de que no la abran a empujones”, si bien tal funcionario no respondió a la observación con que un periodista hondureño le hizo saber que aún teniendo las manos allí, con los pies podían abrir de un golpe la puerta del Sur.

Le toca ahora a M. Alemán, hombre fino de maneras, según el decir de sus adversarios, y, como buen jarocho, abierto hasta parecer más cubano que de México, escoger, o acaso mejor dicho, señalar al candidato presidencial que ha de gobernar a partir de 1952. Tal vez los leves gestos con que va

dibujando en el paisaje político el perfil del regente Casas Alemán sean sólo una maniobra diversionista; tal vez no. No es fácil vaticinar si acertará. En 1948, y hasta en 1949, Casas Alemán no era santo de la devoción mexicana; su figura aparecía en los cines, y lo silbaban. Todavía hoy, “¿qui’ha hecho, señor, si no que levantar nomasito el Paseo de la Reforma?”, me preguntaba un trasnochador, mientras lo interrogaba en la iluminada Avenida de Juárez...

Por el bien de América, ojalá esté equivocado ese noctámbulo de tan maliciosa pregunta. Pues esa tierra de intensa vibración, patria de los grandes destinos, le debe una hora de responsabilidad todavía al Continente. Todos los americanos tenemos el derecho moral de votar en México, aunque a los mexicanos no les preocupe tanto quién salga de las urnas ungido con la fuerza del poder.

EL ASESINATO DE LA “QUINTA MARITZA”*

A través de los ciegos muros con que los supervivientes de la Junta Militar cercaron a Venezuela inmediatamente después del monstruoso asesinato de la Quinta Maritza, han pasado, uno a uno, todos los informes verídicos necesarios para reconstruir los hechos. De tales informes resulta claro que tuvieron razón *The New York Times* y *La Nación* de Buenos Aires cuando aseguraron que Carlos Delgado Chalbaud fue víctima de sus propios compañeros. En el nido de víboras que era la Junta Militar, Pérez Jiménez mordió primero, si bien no entraba en sus cálculos que los acontecimientos rebasaran, con tan espeluznante aspecto, las lindes de la tragedia.

Rafael Simón Urbina había recibido órdenes de apresar a Delgado Chalbaud y de obligarlo a renunciar. A las nueve de la mañana del día 13 de noviembre, Marcos Pérez Jiménez y Luis Felipe Llovera Páez esperaban que Urbina les llevara la renuncia de su compañero; lo que recibieron fue la noticia del crimen. A partir de ese momento, la obsesión de los dos ex triunviros fue convencer al mundo de que el asesinato había obedecido a móviles puramente personales. Con la velocidad de un rayo se inició la persecución de todos los que participaron en el secuestro y en la muerte de Delgado Chalbaud. Pérez Jiménez los conocía; tenía en su poder el nombre de

* *Bohemia*, Año 42, Nº 49, La Habana, 3 de diciembre de 1950, pp.84-85 / p.91.

cada uno; sabía que habían dormido la noche del doce en la Quinta Maritza. A través de Rafael Simón Urbina, que trabajaba a sus órdenes como miembro de la policía política, Marcos Pérez Jiménez estaba enterado, del “pe” al “pa”, de todos los detalles referentes al complot; en una palabra, él era su oculto, pero todopoderoso director.

Los bechos

A la entrada del Puente de Chapellín, Rafael Simón Urbina, que montaba en un automóvil manejado por su esposa, se atravesó en el camino justamente cuando habían acabado de pasar las motocicletas de la Policía Militar que precedían a Delgado Chalbaud. Disimulados por entre los matorrales del lugar, grupos conjurados esperaban una orden de su terrible jefe. Urbina se dirigió hacia su víctima, quien le saludó con un “buenos días, General”, del todo impropio, pues Urbina no tenía tal grado. Dos hombres más cercaron el auto del jefe de la Junta; uno apuntó con revolver al ayudante de Delgado Chalbaud, otro al chofer. Delgado apenas preguntó qué ocurría. “Que ya usted no es presidente”, explicó Urbina. El chofer fue obligado a salir y sustituido por uno de la banda; forzaron el traslado del ayudante al asiento delantero donde tomó plaza un amigo de Urbina. Así, cuando partieron en dirección de la Quinta Maritza, sólo Urbina y Delgado Chalbaud se sentaban atrás. En el trayecto, mientras lo amenazaba con el cañón de su pistola, el asaltante arrancó las charreteras al teniente coronel y le mostró el texto de la renuncia que debía firmar. Hasta ahí, el plan iba cumpliéndose.

Pero ocurrió que, ya llegando a la Quinta Maritza, cuartel general de los secuestradores, el jefe de la Junta Militar resolvió escapar y al detener el automóvil huyó en demanda de un escondrijo entre la alta yerba que rodeaba la casa: visto lo cual los conjurados empezaron a disparar, Urbina el

primero. De ahí que Delgado Chalbaud recibiera los tiros por la espalda y que, en la confusión, Urbina mismo resultara herido por una bala que, habiéndole cogido por el pie izquierdo desde atrás, mientras corría en pos de Delgado Chalbaud, le cruzó también el muslo. El teniente coronel dio unos pasos más, ahora en dirección de la casa, y cayó abatido en las escaleras que daban acceso a la Quinta. Su ayudante resultó igualmente herido; pero no lo remataron porque al darse un final tan inesperado los conjurados desbandaron, presas del miedo. Urbina se hizo llevar hasta la casa del Dr. Franco Quijano, de quien a su tiempo se hablará, y de ahí a la Legación de Nicaragua. Manando sangre en abundancia, casi desfallecido, pidió y obtuvo asilo. Allí fue a visitarlo horas después un alto oficial de la Policía, a quien Urbina se entregó.

Casi inconsciente, el jefe de la banda secuestradora cruzó las puertas de la cárcel después del mediodía, y a las tres de la tarde recibió una impresionante visita: el teniente coronel Marcos Pérez Jiménez y el mayor Luis Felipe Llovera Páez querían hablar con él. Nadie más presenció la entrevista; nadie oyó qué se dijeron aquellos hombres a quienes un crimen inesperado y espantoso vinculaba para siempre.

Tendido sobre el piso de su celda, quejándose por el dolor de la herida que comenzaba a gangrenarse, Rafael Simón Urbina, el trágico e impetuoso aventurero, habló con los dos militares en cuyas manos quedaba sellada la suerte de Venezuela. Al caer de la tarde, en esa misma celda fue acribillado a balazos. Oficialmente se dijo que había querido fugarse; pero cientos de personas que lo vieron en los primeros momentos sabían que el asesino de Delgado Chalbaud no hubiera podido huir, simplemente porque no podía tenerse en pie. En los días que siguieron, otros dos compañeros de Urbina fueron muertos en forma parecida.

Los antecedentes

Los hechos anteriores al suceso en sí y los que le siguieron, han dado lugar a conjeturas que hoy circulan en Venezuela de casa en casa y de ciudad en ciudad. Desde hace más de un año se sabía que las fricciones eran fuertes en la Junta Militar; que Pérez Jiménez aspiraba al cargo de presidente y que en tal aspiración resultaba apoyado por Llovera Páez, Delgado Chalbaud no se opondría a que Pérez Jiménez usara el poder para salir electo presidente si había elecciones, pero se negaba a abandonar su posición para que la ocupara el ministro de Defensa. A fin de hallarse salida a esa pugna, los triunviros encomendaron a un grupo de abogados la redacción de un estatuto electoral, y Pérez Jiménez llamó al Dr. Franco Quijano, humanista, latinista, pero sobre todo experto en fraudes electorales, una figura bien conocida en los círculos políticos de Venezuela, a quien había importado de Colombia el general Eleazar López Contreras y a quien usó generosamente el general Isaías Medina, sucesor de López Contreras en la presidencia de la República. En manos de Franco Quijano puso Pérez Jiménez la tarea de organizar un partido que sirviera sus fines. Ahora bien, parece que una vez redactado el proyecto de estatuto para las elecciones, los triunviros advirtieron que no había posibilidad legal de impedir que Acción Democrática, el partido por ellos echado del poder y declarado ilegal, participara en los comicios. El propio Delgado Chalbaud dijo en más de una ocasión que si había elecciones con la presencia de Acción Democrática en la lucha, nadie podía arrebatarse el triunfo a las huestes de Rómulo Betancourt. Convencido de que Delgado Chalbaud tenía razón, Pérez Jiménez redobló sus maniobras para sacarlo de la Junta. Él quería y debía ser jefe del gobierno, aunque lo fuera temporalmente y como presidente de una Junta Militar. Con el voto favorable de Llovera Páez, le

propuso a Delgado Chalbaud que fuera a Europa en misión especial. Delgado Chalbaud se negó en redondo.

La situación descrita arriba era de conocimiento público en Venezuela cuando, como una bomba de profundidad, estalló la siniestra noticia de que habían asesinado a Carlos Delgado Chalbaud. Jamás el crimen había sido arma política en la patria de Bolívar. Aún en los trágicos días de Gómez, cuando la tortura era el plato perenne en las cárceles de la tiranía, se eludía el crimen. Gómez no tenía escrúpulos en que, a consecuencia de los maltratos sufridos en prisión, muriera un adversario suyo. Pero se cuidó mucho de ordenar asesinatos. Hubo pues un movimiento de amarga sorpresa cuando se corrió la voz de lo que había ocurrido en la Quinta Maritza. No importa debido a qué causa ni qué posición ocupara la víctima, se había dado en Caracas un crimen político; y eso llenó de estupor a la ciudad del Ávila. Pasado el estupor, cuando empezaron a conocerse detalles, comenzaron a formularse las conjeturas.

Las conjeturas

El primer detalle sospechoso estuvo en la rapidez con que la Junta, o lo que de ella restaba, supo quiénes eran y dónde estaban los conjurados. Se hizo público, además, que los miembros de la banda eran unos treinta, que habían pasado la noche del 12 al 13 en la Quinta Maritza, bebiendo y festejando a gritos algún extraño acontecimiento. No se concibe que en un régimen policial como el que padece Venezuela puedan reunirse treinta personas en una casa de las afueras sin que algún agente del orden o de investigación trate de saber qué ocurre. Además, cerca de allí vivía Franco Quijano, hombre clave en los planes de Pérez Jiménez, y ese hombre debía tener alguna protección; poco más allí vivía Antonio Aranguren, comerciante de gran fortuna, dueño de la propia Quinta Maritza donde estaban los bacantes de la conjura, compadre él

de Rafael Simón Urbina; y no era posible que en una casa suya su compadre reuniera tanta gente sin que él supiera qué razón la convocaba.

Otros puntos confusos que dieron margen a más conjeturas, hasta coordinar con ellas el cuadro general de los acontecimientos, fueron la entrevista secreta de los dos ex triunviros con Urbina, mientras éste yacía en el piso de su celda, el fulminante asesinato del aventurero, la muerte de dos de sus compañeros de prisión, más tarde, de Franco Quijano y de Aranguren. De todos estos hechos se desprende que Pérez Jiménez y Llovera Páez fueron a la cárcel del Obispo para ofrecer a Urbina toda suerte de garantías, pero sobre todo para saber quiénes, además de él, estaban enterados del verdadero origen del complot. Incauto por vez primera en su vida, Urbina habló, habló y contó que al salir herido de Quinta Maritza se dirigió hacia la casa de Franco Quijano y le explicó lo que acababa de suceder y cómo los hechos se habían producido en sentido distinto al acordado; habló y contó que él había tenido que confiar su secreto al compadre Aranguren, porque un hombre que daba su casa para la conjura no podía ignorar los detalles; habló y contó que dos de sus hombres estaban al tanto de cada ángulo del complot. Si Urbina hubiera dicho que sólo él y nadie más, conocía las intimidades del sombrío acuerdo, probablemente hubiera seguido viviendo, porque los supervivientes de la Junta Militar hubieran podido descansar en la seguridad de que Urbina no iba a delatarlos. Pero cuando supieron que otros estaban en el secreto temieron al escándalo sin paralelo que se produciría, una vez ventilado, el crimen en juicio público ante los tribunales de Venezuela. De los cinco que habían participado, tres debían morir; y murieron. En cuanto a Franco Quijano y a Aranguren, a quienes no era fácil hacer desaparecer sin que el Pueblo oliera el origen político del asesinato, se resolvió detenerlos,

convencerlos de que jamás debían hablar, y soltarlos luego; pero la tesis, desde el primer momento sostenida por Pérez Jiménez y Llovera Páez, de que el crimen fue obra puramente personal y debido a razones privadas, no podía caerse sin que su caída arrastrara a los Ministros de la Defensa y del Interior, es decir, los dos supervivientes de la Junta Militar, cimientos mismos del andamiaje que sostiene el extraño sistema de gobierno que viene rigiendo en Venezuela desde hace dos años.

La última palabra

Todo lo dicho arriba procede de Venezuela; son informes tomados de diversos centros y conjeturas recibidas directamente de allá. En un acontecimiento que tanto le atañe, el Pueblo hurga y se da cuantas explicaciones le sirvan para esclarecer su juicio. Nadie dice en Caracas que Pérez Jiménez ordenó la muerte de Delgado Chalbaud; ni aún en los círculos de Acción Democrática, el partido que más razones tiene para combatir a Pérez Jiménez, se admite esa hipótesis. Pérez Jiménez quería la renuncia de su compañero de Junta y confió a Urbina el encargo de obtenerla. Urbina era violento, torpe, audaz y los hechos rebasaron sus cálculos. La banda que él usó en la trágica mañana del 13 de noviembre estaba formada por forajidos beodos. Por encima de la voluntad de Pérez Jiménez y aún de la voluntad de Urbina, estaba la de la violencia desatada. Tal como dijo el editorialista de *La Nación* de Buenos Aires el 16 de noviembre, “se trata de un episodio típico de los regímenes de fuerza, en los que los procesos se desenvuelven obscuramente, y así como se conoce quién dio el primer golpe feliz, nunca se sabe a la audacia de quién estará reservada la última palabra”.

La última palabra no estaba reservada a Pérez Jiménez, a quien pueden caberle todas las acusaciones que merece su filiación fascistoide y su papel preponderante en los sucesos

que han dado al traste en Venezuela con el estado institucional que el país se había dado, pero a quien no sería de ley llamar asesino, a pesar de todo cuanto por culpa de su desorbitada ambición ha ocurrido en Caracas durante las últimas semanas. A tal extremo puede asegurarse que no estaba reservada a él la última palabra, que lo que él buscaba, esto es, la presidencia del país, ha caído en las manos que más lejos parecían del Palacio de Miraflores. Dividido el Ejército en por lo menos tres facciones, Pérez Jiménez no podía llevar a la presidencia ni a un militar adicto a Delgado Chalbaud ni a uno de su propio grupo. En cuanto a él mismo, ni soñarlo. Hubo quien se lo dijera claramente, dos días después de la muerte de Delgado Chalbaud; y hasta se afirma en Caracas que un embajador de cierta potencia le aclaró que en la calle se le acusaba de ser instigador de la tragedia, y que él haría buenas esas acusaciones si ocupaba el puesto del desaparecido presidente de la Junta.

Marcos Pérez Jiménez es un abanderado de la Internacional de las Espadas. Sirve, con la fe de los cortos de sensibilidad, el torvo ideal de una América gobernada por los sables. Antes de acaudillar el golpe que derribó a Gallegos hace dos años, anduvo por Ecuador, Bolivia y Haití concertando con los soldados de esos países una alianza secreta para establecer dictaduras militares en todo el Continente. Fue discípulo de Odría en el Perú, y de allí ha llamado al embajador venezolano para hacerlo presidente de la Junta. Cree en la fuerza como ideal de gobierno. Es un hijo legítimo de la violencia. La desató contra el Gobierno constitucional que le había confiado la jefatura del Estado Mayor del Ejército; la desató ahora contra su compañero de Junta, y sin quererlo se ha manchado de sangre. Desde hace dos años, su pasión presidencial ha mantenido en Venezuela un estado insostenible, puesto que la legalidad no puede alimentarse en fuente tan exclusiva como la de los institutos armados.

Pero el Ministro de la Defensa de Venezuela ignora que quien empieza sirviéndose de la violencia termina siendo su esclavo. Si mediara sobre su posición, él mismo comprendería que esa diosa de las tinieblas a la que invocó tantas veces se ha hecho dueña de su patria. En el diálogo de la violencia, la última palabra es la del Pueblo. En la historia de América la voz del pueblo de Bolívar es demasiado resonante para que puedan ahogarla los Pérez Jiménez o los Llovera Páez. Ojalá comprendiera esa verdad. Ojalá tuvieran todavía el valor necesario para liberar a Venezuela de dramas tan repugnantes como el que se nos dio, la mañana del 13 de noviembre en el trágico recinto de la Quinta Maritza.

ADEFESIO JURÍDICO Y MONSTRUOSIDAD MORAL EN VENEZUELA*

El Dr. Germán Suárez Flamerich, Presidente de la Junta que gobierna en Venezuela, es abogado y fue profesor de Derecho en la Universidad de Caracas. Sin embargo, tal hombre acaba de poner su firma al pie de un decreto que jurídicamente es un adefesio y que fue concebido para encubrir a un criminal.

La ley procesal venezolana manda que treinta días después de haberse cerrado la actuación sumarial en un delito de sangre, el sumario quede abierto al examen de quien desee conocerlo. Una ley no puede ser enmendada por decreto; y cuando la ley haya de ser revocada, o lo sea, la que la sustituya debe ser, entre otras cosas, general, pues no se legisla, y no se puede legislar, para casos particulares. La Junta de Caracas ha expedido el decreto enmendando, para un caso concreto y en una única ocasión, la ley procesal de su país.

¿Cómo, sin faltar gravemente a su ética profesional, puede un gobernante que es abogado atropellar de tal manera los principios inconvencibles del Derecho? Sólo después que se haya atropellado los todavía más inconvencibles principios de la moral social en que aquellos se fundamentan. Y eso es lo que ha ocurrido en Venezuela. Pues el decreto de marras ha sido elaborado con peregrina y lamentable habilidad

* *Bohemia*, Año 43, N° 27, La Habana, 8 de julio de 1951, pp.26-27 / p.115 / pp.127-128.

leguleyesca, para encubrir al verdadero autor del crimen más sonado de cuantos ha padecido aquel país. El decreto pretende ser un muro ciego que esconda a la mirada del pueblo, y de una América interesada en que se sepa la verdad, a la repulsiva figura de aquel que planeó y ordenó el asesinato de Carlos Delgado Chalbaud, teniente coronel y presidente que era de la Junta Militar venezolana.

Las agencias de cables difundieron por el mundo un cúmulo de acusaciones hechas oficialmente en Lima, en Panamá, en Washington y en Santo Domingo, achacando el crimen a una conjura de varios gobernantes y líderes democráticos de América, el Presidente actual de Cuba entre ellos. Un alto interés americano demanda por eso, que denunciemos sin vacilaciones cuanto se haga con malicia en relación con aquel suceso infortunado.

El asesinato y otros asesinatos

Delgado Chalbaud fue hecho preso por una banda de forajidos cuyo jefe era su compañero y confidente, Rafael Simón Urbina. Lo apresaron en las primeras horas de la mañana, cuando iba de su casa, en las afueras de Caracas, al Palacio de Miraflores; lo condujeron a la Quinta Maritza y allí lo mataron a balazos. La macabra escena fue presenciada por el teniente Bacalao Lara, edecán del Presidente de la Junta, quien resultó herido. Fue presenciada también por Pedro Emilio Aponte, acompañante de Delgado Chalbaud y miembro de la sección motorizada de la policía de Caracas. Los hechos se produjeron el día 13 de noviembre de 1950.

Ese mismo día fue muerto a tiros Rafael Simón Urbina, antes de que pudiera declarar palabra alguna en relación con los sucesos en que fue parte principal; en los días que siguieron, tres o cuatro de los compañeros de Urbina corrieron su suerte. Oficialmente se declaró que Urbina se había

rebelado contra sus guardianes y que había sido necesario reducirlo por la fuerza; pero no lo redujeron a la obediencia, sino al silencio.

Ahora bien, era físicamente imposible que Urbina se rebelase. Cuando el automóvil en que era llevado preso a la Quinta Maritza el teniente coronel Delgado Chalbaud, cruzaba la rampa de entrada a esa Quinta, del revólver de uno de los conjurados, el llamado Pedro Díaz, salió un disparo que destrozó la tibia y el peroné de Urbina. Éste iba sentado atrás, con Delgado Chalbaud y con el motorizado —Pablo Emilio Aponte—; y esos datos los ofreció al juez, en su declaración, el teniente Bacalao Lara. La herida de Urbina era de tal gravedad que cuando poco después se refugió en la embajada de Nicaragua, cayó en inconsciencia a causa de esa herida. Oficialmente lo dijo así el gobierno nicaragüense en la nota que ofreció desde Managua la cancillería de aquel país. Un largo cable transmitido por la United Press y publicado en el diario *Últimas Noticias* de Caracas el día 17 de noviembre, cuatro después del crimen, afirma que “en esos momentos el señor Urbina se encontraba en estado casi inconsciente en la parte posterior del local que ocupa la embajada, herido y sin responder claramente las preguntas que se le hicieron”; y más adelante: “A ruego de su familia, dos médicos bien conocidos, llamados Julián Morales Rocha y Luis Gutiérrez Burgos, examinaron a Urbina y diagnosticaron la gravedad de su caso”.

Se mató a Urbina para que no delatara al autor intelectual del crimen, como ahora se ha expedido un decreto redactado expresamente para dejar en las sombras a ese autor intelectual.

La voz de los muertos

Porque es el caso que en el curso de la sumaria abierta por un juez especial, los muertos han hablado desde el fondo de la tumba y dos, por los menos, de los que supervivieron han

hecho coro a esa voz de los caídos. La viuda de Delgado Chalbaud declaró a la revista *Elite*, de Caracas, según aparece en la edición número 1313 del 2 de diciembre, que cuando desde el Palacio presidencial la llamaron por teléfono, diez minutos después de haber salido su esposo hacia allá, para informarle que algo grave estaba ocurriéndole al teniente coronel, ella ordenó a la guardia que cuidaba la casa que se dirigiera de inmediato al aeropuerto militar de la Carlota, porque “pueden haberle secuestrado y obligarle a abandonar el país”.

El curso del proceso demuestra que ese plan, el de secuestrar a Delgado Chalbaud y hacerle abandonar el país, era el que se había concebido y el que debía ejecutarse. “Delgado quedó mal herido, aunque yo no quería que le mataran como le consta al motorizado”, escribió desde la embajada de Nicaragua el jefe de los conjurados, Rafael Simón Urbina, al teniente coronel Marcos Pérez Jiménez, ministro de Defensa, hombre fuerte del régimen militar y aspirante a ocupar el puesto de Delgado Chalbaud. El “motorizado” de que habla Urbina en esa esquila es Pablo Emilio Aponte, probablemente el único de los guardianes de Delgado que formaba en la conspiración, pues a su testimonio se atiene él para que Pérez Jiménez sepa que Urbina “no quería que le mataran”. La orden de la viuda, cuando sabe que algo está pasándole a su esposo; esa perentoria petición a la guardia personal de Delgado de que salieran hacia el aeropuerto porque “pueden haberle secuestrado y obligarle a abandonar el país”, indica que Delgado Chalbaud tenía conocimiento de la trama y había hablado de ella con su mujer.

Pero Delgado Chalbaud sabía más de lo que pensaban los autores intelectuales del crimen. Urbina había sido confidente a sueldo de Delgado; era además su compadre. Si Urbina rompió con su antiguo amigo es porque alguien le ofreció, o le dio, mucho más que Delgado. Hay dos tarjetas de Urbina

a Delgado que fueron enviadas por la viuda al teniente coronel Pérez Jiménez para que éste las pasara al juez; y esas dos tarjetas no aparecen ahora en el sumario, como la propia viuda alega en escrito dirigido al juez que lo instruyó. Según el diario *Últimas Noticias* —sábado, 9 de junio de 1951, página 19— la que fue esposa de Delgado Chalbaud declara que “es una falla grave en el sumario” la falta de esas tarjetas. El mismo periódico informa que el teniente coronel Pérez Jiménez “las pasó a su Secretario, el comandante Alberto Paoli”; y ahora resulta que Alberto Paoli ha sido designado, nadie sabe en premio de qué servicios, presidente del Estado Mérida, lo cual es un cargo codiciado en Venezuela.

El decreto encubridor

Urbina tenía la violencia ciega y la ambición insensata de los hombres de su tipo. Quería posiciones destacadas como las había tenido en el gobierno del general López Contreras. Probablemente alguien le ofreció puestos altos si entraba en una conjura contra Delgado; quiso impresionar a Delgado delatando el plan. No era nada extraño. Ya antes Delgado había pagado a Urbina por confidencias. Puede conjeturarse, sin temor a errores, que en esas tarjetas Urbina aludió a la conspiración; de ahí se explica que Delgado Chalbaud tuviera sospechas y se las hiciera saber a su mujer. En las declaraciones del teniente Bacalao Lara se advierte que entre espantosas y coléricas interjecciones, Urbina le reclamó a su víctima porque trató de verlo “cuatro veces y Ud. no lo aceptó”.

Hasta este momento, nadie conoce oficialmente el sumario en totalidad, y a que no se conozca va encaminado el decreto de que hablamos al iniciar estos comentarios.

Textualmente, en su parte resolutive tal decreto dice: “Mientras no se haya dictado sentencia definitivamente firme toda publicación, de las actuaciones del sumario por la prensa o

por cualquier otro medio de publicidad, deberá comprender el texto íntegro de aquél”. El 19 de mayo de este año, con lujo de fotos y de números, *Últimas Noticias*, que es un diario semioficial, informa que el expediente contiene ocho piezas con un total de mil doscientas cuarenta y cinco páginas. El decreto demanda que “toda publicación de las actuaciones del sumario por la prensa o por cualquier otro medio de publicidad, deberá comprender el texto íntegro de aquel”. Ni en Venezuela ni en parte alguna hay periódico o revista que pueda publicar, de un golpe, mil doscientas cuarenticinco páginas escritas a maquinilla. La ley procesal venezolana ha sido enmendada, pues, para que el Pueblo no conozca los tramos del sumario que puedan interesar a la opinión nacional o americana; y como a la opinión nacional y a la americana lo que les interesa es saber por qué mataron a Delgado Chalbaud, y como la respuesta a ese por qué necesariamente señalará hacia la persona a quien el crimen beneficiaría, el propósito del decreto es encubrir a un criminal. Por eso la medida es jurídicamente un adefesio y moralmente una monstruosidad.

Una noticia siniestra

Tres puntos quieren ocultarse en el sumario; las declaraciones de la viuda de Delgado Chalbaud, que no se conocen pero que a juzgar por lo que dijo a la revista *Elite* y por su recusación del sumario debido a la falta de las tarjetas a que se refiere en la recusación, pueden apreciarse como de máximo interés en la búsqueda del móvil que condujo al crimen; las declaraciones del teniente Bacalao Lara, un resumen de las cuales fue audazmente copiado por alguien y distribuido clandestinamente en Caracas; y la esquila enviada por Rafael Simón Urbina al teniente coronel Pérez Jiménez, a cuyas manos jamás llegó. Esa esquila fue la voz de ultratumba del violento

cabecilla; la escribió en la embajada de Nicaragua y allí la dejó; de allí, no se sabe cómo, fue a dar a manos del juez que instruyó el sumario.

El teniente Bacalao Lara escribió un memorial de los sucesos y lo tuvo a sus ojos mientras declaraba. No quería olvidar nada de lo ocurrido aquel trágico trece de noviembre. Él afirma que Urbina dijo: “Tengo tres meses cazándolo y ahora no será más presidente de la Junta Militar”. “Pérez Jiménez está en cuenta de todo esto”. Él afirma también que los asaltantes “no prestaban atención al motorizado”. Recuérdese que Urbina iba a invocar el testimonio del motorizado (Pablo Emilio Aponte) en su escuela a Pérez Jiménez.

Inesperadamente, el 19 de mayo de este año apareció en *El Nacional* de Caracas un suelto que parecía dictado en Miraflores. “Urbina trató de comprometer a altas personalidades con un papel que escribió en la embajada”, era el título de la nota. Y a lo largo del texto explicaba que “Rafael Simón Urbina, en un desesperado intento de sembrar la confusión y la anarquía en el país, trató de mezclar en el crimen a altas personalidades de la nación” mediante “un papel en el que se hacía una supuesta complicidad que con él se había pactado”. Con suma habilidad, el suelto afirma que “el próximo lunes se permitirá a los periodistas hacer copia fotostática del papel”.

La redacción de la nota estaba tan cautelosamente hecha que el censor la dejó pasar. Pero no la dejó pasar el teniente coronel Marcos Pérez Jiménez, ministro de Defensa y cabeza real del régimen dictatorial de Venezuela. A su despacho fue llamado el juez que instruyó el sumario, a quien ásperamente se le pidió cuenta por haber dejado filtrar noticia tan importante y tan siniestra. El juez probó su inocencia y demandó de *El Nacional* que aclarara su posición. En *El Nacional* informaron que el autor del suelto era un periodista de su *staff*, apellidado Montes de Oca. Días después la casa de Montes de Oca

fue allanada y los agentes policiales “tuvieron la fortuna de hallar” propaganda de Acción Democrática, partido ilegalizado por la Junta, bajo el colchón de la sirvienta.

El mensaje de Urbina

Montes de Oca es filocomunista; por tanto, irreconciliable adversario de Acción Democrática, y eso lo saben en Caracas hasta los niños; de ahí que la “propaganda subversiva” apareciera bajo el colchón de su criada, pues hubiera sido demasiado cinismo poner en la cama de un “compañero de ruta” de los stalinistas, impresos del partido al cual ellos combaten sin piedad en Venezuela. Montes de Oca fue hecho preso. No importaba que la responsabilidad del “delito” que significa tener propaganda de Acción Democrática fuera de la sirvienta; según los nuevos métodos puestos en vigor por la Junta de Miraflores, los patronos pagan por sus empleados. Sobre todo, cuando se trata de un patrono capaz de dar con tanta habilidad noticia tan peligrosa como la que dio Montes de Oca.

Tras la prisión de Montes de Oca, que llevó a las redacciones de periódicos y revistas de Caracas la convicción de que era mejor no mencionar nada relacionado con el crimen, vino el decreto exigiendo que cuando haya de darse publicidad al sumario deberá ser en conjunto, comprendiendo “el texto íntegro de aquel”.

El decreto, sin embargo, no ha podido evitar que el pueblo de Venezuela conozca esa misteriosa esquila que con la temblorosa mano de quien traspasa el umbral de la vida escribió al teniente coronel Marcos Pérez Jiménez, Rafael Simón Urbina. Las organizaciones clandestinas que en Venezuela luchan día y noche para devolver a la patria de Bolívar el clima de libertades públicas que disfrutó hasta el 24 de noviembre de 1848, lograron copiarla, la imprimieron a docenas de millares y la han distribuido por todo el país. En mi mesa de trabajo tengo un

ejemplar de esa edición subterránea. Dice así: “Comandante Pérez Jiménez, mi muy apreciado amigo: en estos momentos tengo movilizado al pueblo de Venezuela. Como le dije cuando llegué al país, no quiero más presidente que usted. Delgado quedó mal herido, aunque yo no quería que le mataran como le consta al motorizado. Ojalá usted me respalde en la embajada de Nicaragua, donde me encuentro mal herido”.

Al pie de esas pocas, pero espeluznantes palabras, Urbina puso su firma. Su viuda dijo al juez que sí, que era letra de su marido la de tal firma ya que a ella misma le había dictado el mensaje. Es lástima que el juez no haya interrogado a la señora de Urbina sobre el dramático valor de ese “ojalá” con que el muerto inició la última oración. Pues tal palabra ilumina el concepto que del destinatario de ese mensaje póstumo tenía el autor e indica que los hechos fueron más allá de lo que se había planeado. “Yo no quería que le mataran... Ojalá usted me respalde”.

El revólver cargado

Evidentemente, el plan no era matar a Delgado Chalbaud, sino hacerlo renunciar o, en última instancia, sacarlo del país tras secuestrarlo. Uno de los compañeros de Urbina declaró, y así fue publicado en *Últimas Noticias*, que antes de que la embriagada cuadrilla de asaltantes saliera hacia el lugar donde debían prender a Delgado, Urbina tremoló un pliego ante ellos y dijo: “Si el hombre me firma este papel nos acomodamos todos”. De todas las evidencias del proceso se desprende que tal papel era la renuncia de Delgado, que estaba redactada con anticipación. ¿Quién la redactó; quién se la entregó a Urbina; en qué maquinilla se escribió; dónde ha ido a dar tal papel; estaba o no encabezado con el escudo de armas que llevan los impresos de Miraflores? He aquí una cuantas preguntas que se han quedado sin respuesta.

El teniente coronel Carlos Delgado Chalbaud molestaba en la Junta Militar, no sólo porque la presidiera y alguno de sus compañeros de Junta ambicionaba sentarse en la silla presidencial de Venezuela, sino además porque como era más alto y más comedido que otros, a su alrededor iban lentamente agrupándose los militares serios y los que aspiran a que su patria no se deshonre ante América con actos de gobierno indignos de la pulcritud moral a que se debe una república. Sería lamentable error pensar que el golpe que derribó al régimen constitucional de Gallegos fue obra del ejército venezolano o siquiera de toda su alta oficialidad. Aunque de tal golpe insurgió hecho presidente, ni aún Delgado Chalbaud trabajó para darlo. Lo aprovechó, simplemente. Le faltó entereza para irse al destierro con el Presidente a quien había jurado lealtad o a las sombras con la Constitución que había ofrecido cumplir, hacer cumplir y mantener. Pero él no fue el centro de la conspiración.

El *coup de état* de noviembre de 1948 no se dio por razones políticas, sino para acabar con un régimen de estricta honradez administrativa en el cual no se concebían esos enriquecimientos que se habían visto en Venezuela desde los días de Páez. De los pocos altos oficiales que idearon, prepararon y dieron el golpe, ninguno tenía un plan político, ninguno iba allí porque le parecía que Venezuela debía ser gobernada con tal o cual programa o ideología. Ni siquiera tienen la excusa de que eran más izquierdistas que los gobernantes, o más derechistas o menos radicales. Querían el poder por la vanidad del poder y por los placeres que pueden proporcionar a los espíritus pedestres.

De todas maneras, el crimen estalló. Urbina era un revólver cargado en manos irresponsables; y el revólver disparó. Ahora se están haciendo esfuerzos para que ni Venezuela ni América sepan de quién eran esas manos. Y como el niño que

cierra los ojos creyendo que así no pueden verle, en Miraflores redactan un decreto para evitar que de las incidencias del proceso surja la verdad. Lo inconcebible es que un abogado y profesor de Derecho haya firmado ese decreto. ¿O es que el Dr. Germán Suárez Flamerich ignora que un día, cuando en su patria pueda ejercerse libremente la justicia, él puede ser llevado ante los tribunales bajo la acusación de haber conspirado para que un crimen de tal naturaleza quede en las tinieblas?

Tarde más o tarde menos, ese día llegará. Y entonces tendrá el Dr. Suárez Flamerich que explicar a sus jueces y a su pueblo por qué razón, debido a qué misteriosa causa y en beneficio de quién emitió, con su firma, el decreto que inexplicablemente enmienda, por una sola vez y para un caso único, la ley procesal de Venezuela.

CÓMO HUBIERA HABLADO AL CAPONE*

Con toda la ceremonia del caso, el señor embajador de la República Dominicana ante las Naciones Unidas comunicó la pasada semana al secretario general de tal organización, el honorable Trigvie Lye, que su gobierno no puede facilitar tropas para engrosar las fuerzas que en las montañas de Corea combaten al comunismo internacional. Según aseguró el señor embajador, el ejército dominicano sólo ha sido adiestrado para servir en el territorio nacional y su actual preparación no tiene otro fin que el de hacer frente a las amenazas de guerra que están dándose en la zona del Caribe.

El Embajador dominicano se habría visto en grave aprieto si el honorable Trigvie Lye hubiera olvidado por un momento las limitaciones que le impone el estatuto de la ONU y se hubiera dedicado a hacerle algunas preguntas; tales, por ejemplo, éstas:

—¿No ha asegurado el señor Rafael L. Trujillo, repetidas veces, que él es el campeón anticomunista de América; no reglamentó el reconocimiento de los gobiernos de facto en el Continente, diciendo en decreto que reconocería a cualquier gobierno surgido de un movimiento armado siempre que el nuevo régimen se declarara anticomunista; y no acusa sin cesar

* *Bohemia*, Año 43, N° 42, La Habana, 21 de octubre de 1951, p.47 / p.100.

a los gobiernos de Cuba, de Guatemala y de otros países, de ser agencias del stalinismo? Si ello es así, ¿cómo se explica que no quiera combatir al stalinismo en el frente de Corea?

¿No afirma cada día el señor Rafael L. Trujillo que en la República Dominicana se vive bajo las normas de la perfecta democracia, que él no tiene enemigos políticos porque todo el pueblo de su país respalda su gestión gobernante, que ha asegurado para siempre la paz interna, que hay buena situación económica y orden institucional? Y habiendo dicho oficialmente el Centro de Información Dominicano de New York en más de una ocasión que el Ejército del señor Trujillo es una poderosa máquina de guerra, con más de setenta mil soldados, aviación numerosa, la mejor Marina de Guerra del Caribe y una potente fábrica de armas, ¿cómo es que si no necesita de tantos efectivos militares en el país, porque el propio señor Trujillo dice que todo el pueblo lo respalda, ahora resulta que tales fuerzas no pueden abandonar el territorio nacional “porque hacen falta para garantizar la paz allí y en el Caribe”?

Y si es que el señor Rafael L. Trujillo cree, de verdad, que debe estar tan poderosamente armado porque hay amenaza de que lo ataquen otros gobiernos del Caribe, ¿cómo es que no trata de evitar esos ataques planteando el problema que tal amenaza significa ante los organismos internacionales encargados de evitar las guerras, como la Organización de Estados Americanos y las Naciones Unidas, a las cuales pertenece la República Dominicana? ¿No sería esa la manera más correcta de diafanizar la situación internacional en la zona del Caribe, la de evitar tantos gastos como supone el mantenimiento de un ejército tan numeroso como afirman los voceros oficiales dominicanos, o la de facilitar el cumplimiento de los deberes internacionales del gobierno dominicano, uno de los cuales es contribuir con fuerzas militares al ejército de las Naciones Unidas?

Las respuestas del Pueblo

El Embajador dominicano no hubiera podido responder a esas preguntas. Nosotros sí hubiéramos podido contestarlas. Y como es probable que el honorable Trigvie Lye se las haya hecho en la soledad de su conciencia, territorio moral en el cual no tienen validez los estatutos de la ONU, desde la claridad de este artículo va a oír las respuestas que daría el Pueblo dominicano.

En primer lugar, jamás ha sido el señor Rafael L. Trujillo anticomunista, como no fue antinazista. Él ignora qué es el comunismo ni en qué consiste esa defraudación del marxismo que es la ortodoxia stalinista. Hace política internacional con el anticomunismo porque sabe bien que de tiempo en tiempo las potencias mundiales levantan un estandarte de guerra con el cual desvían a los pueblos sometidos de las sendas que pueden llevarlos a su redención. Ahora se acusa a Stalin de pretender esclavizar al mundo, como si el mundo no viviera esclavizado desde hace siglos: y el señor Trujillo, que tiene esclavizado a su pueblo mil veces más de lo que pueden estarlo los rusos o los húngaros, clama también que el peligro de la humanidad está en Stalin y que él, el señor Trujillo, combate a tan abominable tirano porque él tiene que defender al pueblo dominicano de tan terrible amenaza. Esa actitud del señor Trujillo lo hace grato a los ojos de los poderes internacionales que gritan contra Stalin; y con el apoyo de esos poderes, el señor Trujillo está seguro de que ni en el seno de la Organización de Estados Americanos ni en el seno de la ONU se permitirá jamás que alguien diga que él es un vulgar asesino, un desvergonzado ladrón que ha acumulado millones y millones de dólares extraídos a su pueblo; un tirano sin entrañas, grosero, ignorante y ridículo. Pues aunque tales poderes internacionales sepan que ésa es la verdad, necesitan afirmar que su socio, el hombre que facilita a los capitalistas extranjeros

el aumento de sus beneficios mediante la imposición de un régimen de esclavitud insufrible, es digno de sentarse al lado de los campeones de la democracia mundial. Y para merecer un asiento entre Mr. Truman, Mr. Attlee y Mr. MacKenzie, lo único que necesita el señor Trujillo es disfrazarse de anticomunista. Mate a cuantos dominicanos quiera, róbeles lo que desee, explótelos para el provecho de unos cuantos capitalistas foráneos, asesínelos en el extranjero; nada de eso impide que sea demócrata. El crimen imperdonable es que no se proclame anticomunista. El señor Trujillo, ignorante pero realista se proclamó campeón anticomunista de América. Ahora bien, combatir al comunismo internacional en Corea es otro cantar; y de lo que sobre ello piensa Trujillo hablaremos después, al final. El honorable Triggvie Lye conocerá entonces, si es que nos lee, qué piensa el “democrático miembro de las Naciones Unidas” sobre materia tan compleja y por qué no acude a cumplir sus compromisos con tal organización mundial.

El señor Trujillo dice verdad al afirmar que tiene setenta mil soldados, la mayor marina de guerra del Caribe, una numerosa aviación y una moderna fábrica de armas; y resulta que dice verdad también si asegura que necesita toda esa fuerza militar en el territorio de su país. Cuando miente es al declarar que en la República Dominicana hay paz y democracia, que el pueblo entero lo respalda y que la paz del Caribe está amenazada. Ningún gobierno del Caribe pretende atacar a la República Dominicana, entre otras razones porque todos juntos son militarmente más débiles que Trujillo. El señor Trujillo mantiene viva la propaganda sobre los peligros de guerra en el Caribe para justificar su poderío militar. Pues si no los justificara con tal fantasma tendría que acabar admitiendo que están en lo cierto la prensa y los luchadores democráticos del Continente cuando afirman que él tiene esclavizado a

su pueblo mediante el terror. Y eso no puede admitirlo él, porque entonces, ¿cómo explica que sea antistalinista, siendo así que Stalin es combatido por las sedicentes democracias con el argumento de que ha impuesto en Rusia y pretende imponer en el mundo un régimen de terror? No hay amenazas de guerra en el Caribe; pero manteniendo la mentira de que las hay, el señor Trujillo cree que engaña al mundo, y que el mundo ignora que ese poderoso ejército suyo está destinado únicamente a mantener sumiso al pueblo dominicano.

En cuanto a diafanizar la situación del Caribe mediante un planteamiento de la situación que según Trujillo enfrenta su país, él no hará tal cosa. Ya lo hizo una vez; y el resultado fue que la Organización de Estados Americanos, incapaz de hablar claro, se atrevió a decir que no había tal amenaza y que la mejor manera de evitar violencias en esta zona era garantizando los derechos democráticos de los ciudadanos de cada país. Sintiéndose aludido, el señor Trujillo no ha querido llevar otra vez el asunto al seno de una organización internacional.

Las razones secretas

Ahora bien, hay unas cuantas razones secretas en el fondo de la solemne declaración hecha la pasada semana por el embajador de la República Dominicana ante la ONU; y es en ellas donde está la clave para explicar la actitud de Trujillo. Vamos a exponer dos; nada más que dos, y empezaremos por la de menor importancia.

El señor Trujillo mantiene en su país una cortina de hierro. Ni el mundo se asoma a su territorio ni él permite que los dominicanos se asomen al mundo. El envío de una fuerza militar a Corea rompería tal estado de cosas. Los soldados dominicanos verían allí que sus colegas norteamericanos, franceses, ingleses, colombianos, son tratados como seres humanos; que tienen derechos y se les reconocen que no son autómatas;

que no admiten ser enviados a cometer crímenes contra sus compatriotas; que no se les paga un sueldo de miseria; que sus oficiales los tratan con respeto y consideración, que sus vidas se aprecian muy alto. En una palabra, tendrían ante sus ojos la prueba constante de que cuanto les dice la propaganda trujillista es mentira; verían por sí mismos que Trujillo los esclaviza, los explota y los usa como meros instrumentos de sus crímenes y de su afán de lucro. Además, podría darse el caso de que algún oficial dominicano adquiriera renombre y autoridad sobre sus soldados en Corea, y sería una amenaza para el régimen unipersonal que mantiene el señor Trujillo en la tierra que lo sufre.

La razón más importante ahora, en este mismo momento, es otra; y acaso sólo en los meandros de ese duro cerebro del señor Trujillo podría albergarse un cálculo tan audaz como el que ha dado pie para esa razón. Pues el señor Trujillo no quiere enviar fuerzas a Corea porque él, autoproclamado campeón anticomunista de América, necesita que los comunistas le hagan un servicio que él estimará grandemente: no quiere, pues, disgustarlos; no quiere que lo acusen de “lacayo del imperialismo guerrerista”. He aquí el caso: los pocos comunistas dominicanos que se hallan actualmente en Guatemala han levantado la sospechosa consigna de que Guatemala debe establecer relaciones “con todos los países del mundo”. Es claro que los comunistas dominicanos que están en Guatemala sirven un propósito muy suyo, cual es el de justificar, con medida tan amplia como la que piden, que Guatemala y Rusia tengan relaciones diplomáticas normales. No hay actualmente relaciones entre Guatemala y la República Dominicana. La consigna de los comunistas dominicanos en Guatemala sirve a Trujillo su deseo de tener, pues, un embajador en la tierra del quetzal. Ahora bien, Trujillo ha aprendido últimamente que una embajada es útil no sólo como centro

de espías, sino además para albergar una maquinaria de asesinatos; y desde hace algún tiempo toda la energía del señor Trujillo, todo su dinero, toda su voluntad de animal primitivo están dirigidos al fin de asesinar a los adversarios políticos que han logrado refugiarse en países democráticos. Cree él que cuando haya dado muerte a esos adversarios habrá consolidado su régimen. Si enviara fuerzas a Corea podría disgustar a los comunistas que allí están pidiendo relaciones diplomáticas de Guatemala con todos los países; por tanto, la oportunidad de tener en Guatemala una agencia de asesinatos se le va de las manos.

Y lo que le interesa al señor Rafael L. Trujillo no es salvar a la humanidad de la amenaza stalinista, sino eliminar físicamente a sus adversarios. Si Al Capone hubiera sido presidente de un país, hubiera procedido igual. Hágase cargo el honorable Trigvie Lye de que exactamente las mismas razones que ha oído la semana pasada del embajador dominicano ante la ONU las hubiera oído del representante de Al Capone en el caso de haber tenido fronteras políticas el imperio del crimen que fundó el rey sin corona del hampa chicogoense.

EN VENEZUELA GOBIERNA EL MIEDO*

Según cable publicado en la prensa del último domingo, la policía política venezolana ha hecho un descubrimiento sensacional, tan inusitadamente importante, de tan extraordinaria trascendencia, que el corresponsal de Internacional News Service se apresuró a esparcirlo por el mundo, muy seguro de que la humanidad creyera la impresionante noticia. De ahí que no se atreva a señalar la fuente donde abrevó, sino que comience diciendo: “Se informa que la policía ha recogido...”. “... ¿Quién informa, qué autoridad responsable ha hablado, de qué centro oficial parte la noticia? Profundo misterio, un misterio tan profundo y vasto como es de importante el descubrimiento a que se refiere el cable.

Ahora bien, ¿qué descubrió la policía política venezolana? Aun a riesgo de que el lector se impresione, voy a decirlo copiando palabras del corresponsal de la INS: “Circulares enviadas desde Cuba y firmadas por el líder de Acción Democrática Braulio Jatar Dotti, así como documentos fechados en La Habana el 19 de octubre que se refieren a los hechos políticos ocurridos recientemente en Venezuela y anuncian próximos mensajes similares del político Rómulo Betancourt sobre la labor propagandística para neutralizar el fracaso del

* *Bohemia*, Año 43, N° 44, La Habana, 4 de noviembre de 1951, pp.55-56 / pp.82-83.

complot". Como comprenderá todo el que haya leído tan trascendental noticia, después del importante descubrimiento de la policía política de Venezuela, la Junta Militar y su afortunado jefe, Marcos Pérez Jiménez, pueden dormir tranquilos, pues todo peligro de que sean derrocados ha desaparecido, se ha disipado, ha sido neutralizado por la admirable labor de los sabuesos de la dictadura.

El miedo paraliza a la Junta Militar

La verdad es que en Venezuela no hay gobierno por ahora. El régimen dictatorial está paralizado por el miedo y los dedos se le vuelven huéspedes. Entre el día 4 de octubre, cuando se inició una huelga de estudiantes en la Universidad caraqueña, y la madrugada del 22, cuando un centenar de civiles penetró en un cuartel dispuestos a arrebatar las armas que pudieran hallar en manos de los aspirantes a oficiales de la Guardia Nacional, la Junta, empavorecida, llenó las prisiones con millares de adversarios cogidos al tun tún, lo mismo millonarios como don Carlos Morales que escritores como José Nucete Sardi, médicos y abogados conocidos que desconocidos trabajadores y campesinos. Desde Caracas hasta la más remota localidad se actuó a impulsos del miedo. El Castillo de San Carlos, construcción colonial usada en los días de los capitanes generales para defender la entrada de Maracaibo, fue rápidamente habilitado para prisión; en Caracas fueron dejados presos en sus propias casas u oficinas algunas personas porque ya no había más gente en la cárcel Modelo o en el Obispo. Los soldados montan guardia en bufetes de jurisconsultos demócratas, en las universidades del país, en los Institutos de Segunda Enseñanza; patrullan las calles, engrosan las prevenciones de los cuarteles, forman legión alrededor de las cárceles. Sin embargo, la Junta no habla, no dice esta boca es mía, no tiene coraje ni siquiera para declarar legalmente

una ley marcial que mantiene de hecho. Los inquilinos de Miraflores no se atreven a reconocer públicamente dentro de Venezuela la gravedad de la situación, por miedo a que se les desgrane la pequeña fuerza militar en que se apoyan; y no se atreven a negar esa situación en el exterior porque saben que no pueden ocultarla a los ojos del mundo. Están como los condenados a pena capital en la tétrica noche última, esperando el terrible momento en que lleguen a buscarlos para que protagonicen el acto final. De ahí que hagan publicar, en un largo cable que ocupa casi media columna, noticia tan intrascendente como la “captura” de circulares enviadas desde La Habana, acaso con la vaga esperanza de hacer creer a la gente que cuanto está pasando en Venezuela es una superficial agitación sin importancia provocada por instrucciones de los exiliados.

Desde el primer momento la Junta Militar puso empeño en que no se conociera la verdad. Trató de que no saliera al exterior la noticia de la huelga estudiantil universitaria; no dejó que los corresponsales extranjeros informaran sobre la real insubordinación de esos estudiantes, los cuales apalearon al rector nombrado por la Junta; no permitió que se difundiera el ataque a tiros de que fue víctima Leonardo Ruiz Pineda, el jefe de la resistencia, ni que se comentara la orden, dada por el propio Marcos Pérez Jiménez, de que no se hicieran presos a Ruiz Pineda ni a Alberto Carnevali, sino que se les cazara a tiros donde se les hallara. Sobre los recientes presos, a los corresponsales extranjeros sólo se les ha dejado decir que son “algunos centenares”, cuando lo cierto es que son varios millares.

La encubierta ayuda de los comunistas a la Junta

Fieles a la ya conocida costumbre de gobernantes sin imaginación y además sin escrúpulos, Pérez Jiménez y Llovera Páez —pues el titulado “presidente” civil que tienen en Miraflores

para contentar a los protocolares diplomáticos acreditados en Caracas ha perdido el habla en los últimos tiempos— dijeron que los sucesos de Venezuela son obra de Acción Democrática y de los comunistas. Hubieran dicho que de Acción Democrática y del pueblo, y habrían acertado. Pero era necesario meter en la danza a los comunistas. No se concibe que haya en América dictadores que no aprovechen toda oportunidad de congraciarse con los círculos reaccionarios de los Estados Unidos presentándose siempre como víctimas de los “infames comunistas”. Pues bien, los comunistas no han tenido nada que ver en los sucesos de Venezuela; de actuar, lo hubieran hecho defendiendo a la Junta Militar, como defendieron con los fusiles a Medina Angarita en 1945. Pues los stalinistas venezolanos son acérrimos enemigos de Acción Democrática, y ellos saben que, venga por donde vinieren los acontecimientos, todo cambio de situación en el país va a traducirse en beneficios políticos para el partido que preside Rómulo Betancourt. Por otra parte, es mentira que los comunistas tengan arrestos para dirigir al pueblo en una lucha violenta contra la dictadura; y los que individualmente tengan tales arrestos no pueden ponerlos en acción, porque el trabajo a que están dedicados ahora los devotos de San Stalin es el de buscar firmas para documentos pro paz; y esa transcendental tarea, con la cual van a librar de la injusticia, de la miseria y de la opresión a los obreros de toda la Tierra, les lleva veinticuatro horas de cada día.

Los comunistas aparecen en el campo político venezolano como aliados encubiertos de la Junta Militar, puesto que una gran parte de su propaganda se dedica a atacar a Rómulo Betancourt llamándole “agente del imperialismo yanqui”. Tengo a la vista, por ejemplo, el número cinco de *Noticias de Venezuela*, una publicación quincenal de los comunistas de aquel país. De sus ocho páginas, cinco están ocupadas por un

artículo dirigido exclusivamente a difundir la especie de que Rómulo Betancourt se prepara para tomar el poder para servir a los intereses petroleros guerreristas. Hay que recordar que ese número de *Noticias de Venezuela* es del mes de septiembre; hay que recordar que los sucesos de Venezuela empezaron el día cuatro de octubre, con la huelga universitaria. Si la Junta les hubiera pagado a los comunistas para que adelantaran una propaganda llamada a confundir al Pueblo en las vísperas de los acontecimientos que ya la Junta esperaba —puesto que la huelga estudiantil, por ejemplo, fue anunciada con mucha anticipación por los muchachos de la Universidad de Caracas— los comunistas no hubieran hecho mejor papel.

La sospechosa coincidencia de comunistas y peronistas

Las coincidencias no paran ahí, sin embargo. Toda la prensa democrática del Continente se alarmó ante los sucesos de Venezuela; y en inglés y en español los diarios de los más variados matices protestaron por los atropellos de la Junta o afirmaron que lo que estaba ocurriendo en la patria de Bolívar era la lógica consecuencia de un estado de cosas impopular. “La Junta —llegó a decir alguno— está sentada sobre un barril de pólvora”. Los periódicos adictos a Pérez Jiménez y a su reducida camarilla olieron algo podrido en Dinamarca; las contadas plumas que cobran soldada del llamado “hombre fuerte” de Caracas guardaron un ladino silencio. Así, mientras las cámaras legisladoras de muchos países americanos protestaban por las torturas y las prisiones que estaban dándose en Venezuela, y las estaciones de radio dejaban oír su clamor indignado por tal situación y los editorialistas pedían respeto por las vidas de los presos, en Venezuela enmudecían sus conocidos alabarderos. Hubo un país —uno solo—, sin embargo, donde los periódicos se mostraron partidarios de la Junta y por tanto denostadores del pueblo venezolano que estaba

—como lo está todavía— en lucha contra sus opresores; ese país fue Argentina. Y resulta curioso que la prensa argentina habló de los sucesos exactamente con el mismo lenguaje con que ya en el mes de septiembre hablaban los comunistas.

El diario *Crítica* encabezó la información de los hechos, el día 14 de octubre, con este cintillo: “Se produjo en Venezuela el ‘golpe bajo’ de Wall Street que se pronosticara en *Crítica*”; *El Laborista* —cuyo lema es un pensamiento de Perón—, a pura tinta roja, dijo: “El gobierno venezolano domina la situación; fracasó el motín. Otro zarpazo de la garra imperialista”. *Democracia* —cuyo lema es otro pensamiento de Perón— aseguró a cinco columnas: “Se fraguó en el exterior el complot de Venezuela. Dominan a los rebeldes. Intereses extraños detrás de las riquezas del país”. *La Época* —cuyo lema, por casualidad, es otro pensamiento de Perón— dedica una larga nota editorial, en su edición del día 15 de octubre, a insinuar que la rebelión del pueblo venezolano ha sido organizada por Rómulo Betancourt y Nelson Rockefeller y asegura que “ya fueron reveladas las vinculaciones activas entre ciertos políticos e intelectuales izquierdizantes de Venezuela y los grandes intereses de Wall Street”. ¿No recuerda esa frase, como una gota de agua a otra, a esa de *Noticias de Venezuela* en que se afirma que Rómulo Betancourt procura “retornar al poder por la vía del entendimiento con determinados trusts del petróleo y los favores del gobierno de Washington”, a esta otra del mismo periodiquillo: “... la política betancourista de servil apaciguamiento hacia los militares y de claudicaciones y capitulación ante los intereses de los *trusts* petroleros, especialmente de la Creole y de Rockefeller”?

(Algún día —pues no es ésta ocasión propicia para hacerlo— explicaremos que esa política de “claudicación y de capitulación ante los intereses petroleros de la Creole y de Rockefeller”

consistió simplemente en imponerles a las compañías petroleras impuestos y contratos de trabajo y jornales muchas, pero muchas veces más altos y más beneficiosos para el pueblo de Venezuela que los que respaldaban los comunistas bajo el régimen de Medina Angarita, del cual eran socios políticos; y entonces América sabrá por qué razón, disfrutando de todas las libertades públicas, entre octubre de 1945 y noviembre de 1948 no pudieron los comunistas venezolanos aumentar sus efectivos y perdieron el control de todos los sindicatos. Los pueblos no están formados por manadas estúpidas y saben reaccionar cuando se les quiere convencer de que es malo un gobierno que ellos, en su propia carne, conocen y estiman como su abanderado y defensor).

La paradoja que está viviendo Venezuela

El pavor de los comunistas a lo que ellos llaman “tendencia betancourista en Acción Democrática”, el de la pobrecita prensa argentina, que tiembla ante esa siniestra conjura formada por Rómulo Betancourt, Nelson Rockefeller y Spruille Braden, son reflejos del miedo que está padeciendo la Junta Militar de Caracas. Adonde habrá llegado ese terror lo indican casos como estos: la cuadra en que vive Marcos Pérez Jiménez está cerrada por dos perseguidoras —radiopatrullas, les llaman en Venezuela—, ambas atravesadas en cada esquina, y 25 soldados cuidan la casa del heroico coronel; ninguna persona, ni siquiera los vecinos de la cuadra, sin duda alguna bien conocidos de Pérez Jiménez y de sus familiares y criados, puede cruzar por allí sin identificarse previamente y sin explicar a satisfacción qué la lleva a tal lugar. La viuda de Mario Vargas, a quien la voz anónima del venezolano sufrido bautizó, mientras vivía, con el apelativo de “soldado del Pueblo”, fue expulsada del país con cinco hijitos, todos menores de diez años. Hace pocos días esa viuda de

una gran figura pasó por La Habana, camino del destierro. ¿Qué daño podía hacerle a la Junta ella, mujer desamparada entregada al cuidado de sus tiernos retoños? Durante dos semanas se le negó permiso para salir de Venezuela a reunirse con su esposo, el poeta de Venezuela, Andrés Eloy Blanco, a Lilina de Blanco. Dulce mujercita de un bardo, agobiada por la atención que demandan sus dos pequeños hijos, era vista por los despavoridos ojos de los inquilinos de Miraflores como un peligroso guerrero, que habría de volver armada de tremendos cañones para echarlos del poder. Evidentemente, la Junta Militar venezolana está viviendo la paralizante hora del terror. Parece absurdo, pero es así. La lógica primaria en el juicio político indicaría que, habiendo ella desatado el terror sobre el Pueblo, debería ser éste el acobardado. Pero es al revés. Con sus varios millares presos, con sus centenares de muertos y heridos, con la gran mayoría de sus hogares allanados a la media noche y sus pasos vigilados por una multitud de espiones y confidentes, con el culateo de los fusiles resonando en las escuelas, en las aulas universitarias y en el cemento de las calles a toda hora, el Pueblo es quien impone miedo a sus gobernantes. En el desesperado acarreo de gentes hacia las cárceles no han podido dar con los líderes de Acción Democrática que dirigen desde la clandestinidad la lucha popular; las torturas medioevales, el descuntamiento de brazos y piernas, el apaleo feroz y sistemático, no han logrado ni amedrentar al Pueblo ni devolver la tranquilidad a Pérez Jiménez y Llovera Páez; no han servido siquiera para devolver la palabra al burocrático “presidente” Germán Suárez Flamerich. En medio de la ola de persecuciones y atropellos, en su cúspide, mejor dicho, han empezado a renunciar profesores de la Universidad y de los Institutos, y a la hora en que se escribe este artículo más de doscientos han firmado una renuncia conjunta.

Los profesores no tienen miedo a renunciar; pero Marcos Pérez Jiménez y “Lipín” Llovera Páez tienen pavor a renunciar y más pavor todavía a quedarse. Esa es la extraña situación de Venezuela, un país de valientes gobernado por el miedo.

TREINTA AÑOS DE TRABAJOS PÚBLICOS*

En la oscura jerga trujillista, “trabajos públicos” quiere decir condena a servir esclavitud en las fincas de Trujillo o en las de sus cómplices y familiares. Así pues, los cubanos, guatemaltecos y dominicanos que tripulaban el *Quetzal* sobre quienes el pasado sábado recayó sentencia de treinta años de trabajos públicos, deberían rendir la mitad de su vida acarreado vacas, desmontando bosques, picando tierra o cortando leña en las innúmeras propiedades del bajá dominicano. Decimos que deberían porque tres causas, cada una por sí, hacen de tal sentencia una macabra teoría y solo eso; hélas aquí: primero, el señor Trujillo no durará treinta años en el poder, y quienquiera que le suceda, aun su hermano Héctor, se verá forzado a transformar las características de su régimen y por tanto a ofrecer por lo menos libertad para los presos políticos; segundo, la monstruosidad jurídica de la sentencia no se mantendrá firme una vez hayan Cuba y Guatemala planteado el caso ante los organismos internacionales; tercero, el señor Trujillo, que no ha tenido en el lance del *Quetzal* más fin que satisfacer su vanidad de hombre primitivo demostrando ante el mundo que él es el guapo del Caribe, y que aquí manda él sobre tierras, mares y aire, está satisfecho ya y no tiene interés mayor en los presos —o en todos, por lo menos—; así, dentro de

* *Bohemia*, Año 43, Nº 47, La Habana, 2 de diciembre de 1951, pp.60-61 / p.92.

pocos días, si la lógica con que ha procedido siempre no se quiebra, indultará a cubanos y guatemaltecos con gran alharaca de publicidad encaminada a mostrarlo como el más generoso, elevado y cristiano de los gobernantes que ha conocido el mundo.

El Día de la Caridad en Cayo Confites

El *Quetzal* se llamó en Cayo Confites *Máximo Gómez*, pero los mil y tantos hombres que se unieron en el inolvidable peñón le habían bautizado, mucho antes de que llegara, con el elusivo mote de *Fantasma*. El nombre surgió del ansia de la tropa. Durante mes y medio, y acaso por más tiempo, la salida hacia Santo Domingo estuvo pendiente de que llegara ese barco. La gente había sido reclutada para que su agrupamiento coincidiera con la llegada de un buque que se había comprado en Baltimore, ya que en el *Berta* y el *Aurora* —nombres falsos, que llegaron a ser los legítimos al cabo de tanto decirlos— no cabía toda la expedición.

De golpe nos llegó la noticia de que el barco que se hallaba en Baltimore no saldría; la Embajada dominicana en Washington lo había denunciado y el Departamento de Comercio norteamericano no permitiría su despacho. Todos los viajes, todas las gestiones, todos los esfuerzos por convencer a un señor apellidado Walter, jefe o algo así de la sección de permisos marítimos, resultaron baldíos. Al fin surgió una idea; la de comprar otro barco tan parecido como fuera posible, situarlo allí mismo, en Baltimore, trasladar a él de noche hombres, pertrechos y materiales, y salir ilegalmente de aguas americanas en derechura hacia Cuba. Manolo Castro habló con José Manuel Alemán y éste le dio veinte mil dólares; esa misma noche embarcó para Baltimore el incansable luchador; y a partir de tal gestión comenzó a avivarse en Cayo Confites la esperanza de la tropa de una rápida salida.

Pero día tras día la gente esperó ver el barco en el horizonte; y el buque no aparecía. Un grupo pequeño sabíamos sin embargo que llegaría. No era fácil hallar una embarcación adecuada, lista ya para zarpar, parecida a la denunciada y, además, situada en Baltimore. Miguel Ángel Ramírez, a cuyo nombre se compró, al fin, uno, tenía que disimular sus propósitos. En los últimos días de agosto lo tuvo todo listo, metió a su gente en el nuevo buque, trasladó materiales y pertrechos y de noche abandonó los muelles de Baltimore. Mientras tanto, el desconocido barco era ya, en Cayo Confites, el *Fantasma*. El siete de septiembre comenzaron a verse imágenes de la Caridad del Cobre. Toscos soldados limpiaban la tierra, la adornaban con piedras de colores y ramas de uva caleta mientras otros grupos hacían velas o preparaban luces con latas vacías de leche condensada. En la noche, nueve o diez altares rústicos congregaban a su alrededor a la tropa y los muchachos, de uniforme completo, casco y fusil, rendían guardia a la patrona de Cuba; junto a cada altar, docenas de hombres rezaban en voz baja. Yo recorrí todos los altares y oí los ruegos, de cada diez, nueve eran pidiendo que el *Fantasma* llegara pronto. La gente del Cayo ignoraba lo que algunos sabíamos: que el barco estaba en aguas cubanas y que desde el día anterior navegaba hacia el peñón. En la mañana del día de la Caridad un clamor ganó el escaso cielo que nos cubría. Por entre los canalizos de la cayería se acercaba el casco gris del *Fantasma*. Atacados de súbito frenesí, los hombres corrían por las arenas, agitando los rifles, saltando, abrazándose; y a lo lejos se oía el ronco grito: “¡Ya nos vamos, ya vamos a Santo Domingo!”.

El abordaje a un barco de Trujillo

El *Máximo Gómez* no fue a Santo Domingo, aunque participó en una acción contra el *Angelita*, barco nevera propiedad del señor Trujillo. Desde entonces quedó condenado en la

voluntad del dictador, alma de satánica energía para la venganza, incansable, feroz, primitiva. El *Angelita* transportaba carne del señor Trujillo desde Santo Domingo a Puerto Rico; hubo que hacerle reparaciones y fue enviado a Miami. Acaso con instrucciones de que observara cuanto pudiera, la nave trazó su ruta de manera que debía pasar cerca de Cayo Confites. Entre nuestras fuerzas, formando en el batallón “Guiteras” estaba el capitán Pichirilo Mejía, marino capaz y buen conocedor de todas las embarcaciones dominicanas; y Mejía vio a lo lejos el casco del *Angelita*. De inmediato lo identificó. El *Angelita* navegaba lentamente, rumbo Este franco, y a ratos quedaba cubierto por la neblinosa atmósfera de la mañana.

En menos de media hora se preparó un pelotón de abordaje, válido de armas automáticas, todos los hombres uniformados de pies a cabeza; el *Fantasma* calentó sus motores y enfiló hacia el Norte. A poco andar se le puso a popa bandera norteamericana. La Revolución podía hacer eso y aun hacer peores cosas, pues en buena ley nosotros éramos unos perseguidos; estábamos al margen de la legalidad; no representábamos fuerzas legítimas al servicio de gobierno alguno. Si caíamos en delito de piratería no causaríamos perjuicio a nadie sino a Trujillo; y para derrocar su régimen estábamos allí.

A toda marcha el *Fantasma* se acercó al *Angelita* y lo abordó. Como diablos de carne y hueso, los hombres del pelotón de abordaje cayeron en cubierta disparando sus armas y pidiendo rendición a gritos. La tripulación se rindió. Cuando, a eso de mediodía, la presa llegaba a las orillas de Cayo Confites, ya traía otro nombre; con gruesa brocha y toscas letras, le habían escrito en las planchas de proa este apellido ilustre “Maceo”. Era una unidad más para la flota revolucionaria, que iba ya por cuatro barcos. Se puso al mando del entonces teniente Alfredo Brito, el mismo que ahora acaba de ser

sentenciado a treinta años de trabajos públicos en la República Dominicana. Cuando llegó la hora de dejar el Cayo, sus averiadas máquinas y su sucio casco le imponían tan lenta marcha que hubo que dejarlo como barco hospital, encargado de llevar enfermos a Nuevitas. Allí fue apresado y amarrado junto al *Berta* que había caído en manos de la Marina cubana poco antes.

Pero no estamos haciendo historia del *Angelita*, sino del *Máximo Gómez*, a quien nadie llamó por otro nombre que el de *Fantasma* hasta que las unidades de guerra dominicanas lo secuestraron y pusieron de moda su nuevo apelativo: el de *Quetzal*, sonora palabra maya con que se conoce en Guatemala un lindo pájaro de verde azul plumaje, que vive libremente en las altas montañas de la hermosa tierra de los lagos.

Santa María, Guincho y Antilla

Cuando abandonamos Cayo Confites con el acuerdo de navegar hacia el Este era ya noche cerrada. Según nuestros cálculos, debíamos hacer tarde, al siguiente día, en los bajíos que quedan al Oeste de Turku Islands. En el *Fantasma* iban los batallones “Guiteras” y “Sandino”. Lógicamente, el Sol debía salirnos por proa y a estribor; cuando desperté lo vi, sin embargo, a popa y de inmediato subí a hablar con el capitán Mejía. “Mis instrucciones son navegar hacia el Oeste y tirar el ancla en Cayo Anguila”, me dijo. Aquello me pareció demasiado peligroso. Cayo Anguila queda en las inmediaciones de Cayo Sal, esto es, en aguas vigiladas por los guardacostas norteamericanos. En el acto pedí reunión de oficiales y expuse mi criterio. Se acordó establecer comunicaciones con el *Fantasma* y supimos entonces que estaba en Cayo Santa María, en la costa de Las Villas; esto es, el *Fantasma* había navegado costeano la Isla de Cuba, a pesar de que sabíamos que había órdenes de apresarnos. No sólo nos habíamos alejado de nuestro objetivo sino

que además estábamos dando la sensación de que nuestras intenciones eran actuar en Cuba, con lo cual se agravaba nuestra situación. Al anclar junto al *Fantasma* supimos que ocho hombres, una escuadra completa, se había internado en el Cayo abandonando las armas. Sin sentido alguno se consumieron víveres y petróleo. La moral de la gente comenzó a bajar.

De Santa María pusimos proa al Este. Anclamos en Cayo Guincho, donde más de trescientos hombres decidieron quedarse. Del *Fantasma* partían órdenes que a nada conducían y la gente iba desmoralizándose. Rumbo a Santo Domingo, dos días después, el malhadado *Fantasma* entró en Antilla; allí, al salir, estaba esperándolo la fragata cubana *José Martí*, que le intimó la entrega. Entonces el *Fantasma* hizo contacto con nosotros para decirnos que estaba a trece millas al Este del Cayo Moa en “grave situación”. Con dos de sus motores inútiles, el *Aurora* navegó en pos de Cayo Moa, teniendo a su frente el macizo de las montañas baracoesas; y al cabo de las horas, mucho antes de que entráramos en aguas territoriales cubanas, nos abordó la *Máximo Gómez*. Por extraña coincidencia, esa fragata cubana tenía el mismo nombre que oficialmente llevaba el *Fantasma*; tenía el nombre del dominicano que encabezó al Ejército libertador de Cuba.

El *Fantasma* quedó preso. Pasó largo tiempo en los astilleros de la Marina de Guerra, en la bahía habanera; después lo pasaron al *Mariel*. El gobierno cubano no quiso ponerlo en uso. Y cuando, tras gestiones realizadas por el propio embajador norteamericano Robert Butler, Cuba devolvió el *Angelita* a Trujillo, se pensó que sería inhumano no devolver también el *Fantasma*. El barco tornó a manos del general Miguel Ángel Ramírez; se le bautizó *Quetzal*, fue provisionalmente abandonado guatemalteco y un buen día, en el mes de junio, salió del Mariel tripulado por cubanos, guatemaltecos y dominicanos bajo el mando del capitán Alfredo Brito. A ocho horas de

navegación, el *Quetzal* anunció que dos unidades dominicanas de guerra se encaminaban sobre él. La próxima noticia llegó de Santo Domingo. Trujillo aseguraba que el capitán Brito había llevado el buque hasta la capital dominicana para entregarlo a las autoridades de aquel país.

Las contradicciones de Trujillo

Con su acostumbrado descaro, el gobierno dominicano mintió esta vez como ha mentido tantas. El capitán Brito no condujo al *Quetzal* hasta Santo Domingo. Sometido al terror de la dictadura, que escasos extranjeros son capaces de explicarse pero que en Santo Domingo se vive con terrible profundidad, Brito declaró eso. Es más, Trujillo hizo que se le retratará vestido de oficial de su Marina y dio al mundo esa fotografía, publicada en periódicos de La Habana, con la nota oficial de que tras haber estado dos años rindiendo “servicios especiales y secretos” el capitán Brito se había reintegrado a su puesto en la Armada dominicana. Sin embargo, he aquí que el capitán Brito figura ahora a la cabeza de los condenados a treinta años de trabajos públicos. Si el capitán Brito estaba a las órdenes del gobierno dominicano, ¿cómo y por qué se explica esa condena? ¿Se le había o no se le había restituido a su cargo? La agencia de noticias que trasmitió la nota oficial, la que difundió por toda América la fotografía de Brito vestido de oficial de la Marina, ¿no tiene nada que decir sobre la burla de que ha sido instrumento? Los periódicos que publicaron noticias y fotos, ¿son serios o están al servicio de las locuras de Trujillo; es acaso su papel ser utilizados para confundir a la opinión pública americana por un dictador que miente con tan repugnante claridad?

El respetado gobierno de Uruguay se hizo cargo de representar al gobierno guatemalteco, que no mantiene relaciones con Trujillo, en la defensa de los dos guatemaltecos

secuestrados en el *Quetzal*. Uruguay envió un alto funcionario de su Cancillería a Santo Domingo y ese enviado se entrevistó con Trujillo. El señor Trujillo le ofreció que el 26 de octubre estarían en libertad los recomendados de su Cancillería. Cuando el 26 de octubre pasó y nada ocurrió, Montevideo dijo oficialmente que la situación había sido resuelta y que pronto se hallarían libres los guatemaltecos secuestrados. Un mes después, aparecen sentenciados a treinta años de trabajos públicos por delitos contra la seguridad del Estado dominicano. La bien prestigiada Cancillería uruguaya ha sido burlada también, y por cierto de manera bastante efectiva y cruda. Es probable que el ministro Rodríguez Cámpora no se sienta muy halagado en su despacho de Montevideo, por la marcha de los acontecimientos. Es probable que tampoco se sienta a gusto el coronel Jacobo Arbenz, con quien Uruguay tenía un compromiso sagrado.

Un grupo de cubanos, guatemaltecos y dominicanos va en busca de trabajo, a más de mil millas de distancia de Santo Domingo, camino de Guatemala; cinco meses después son condenados a trabajos públicos —y treinta años— por “atentar contra la seguridad del Estado dominicano”. No se ha encontrado ni un rifle en el *Quetzal*; no han aparecido en él ni siguiera volantes impresos contra el régimen del señor Trujillo. No importa. Según Trujillo, “tenían intención de derrocar” su gobierno. Y para eso ha ordenado él su tremendo poderío armado; para castigar hasta la intención en su contra.

La verdad es que ya el guapo del Caribe está satisfecho. Ha probado que él puede humillar a Cuba, a Guatemala y a Uruguay y no pasa nada. Ha probado que puede matar en Cuba a Mauricio Báez y que no pasa nada. Ha probado que en pleno siglo XX, a despecho de las Naciones Unidas y de todas las Actas de Navegación y del poderío marítimo de

quienquiera, él ejerce la piratería en el Caribe. Y él sabe que el título de pirata, cuando está respaldado por los millones que él tiene, puede usarse impunemente en América. Aunque ignora geografía, sabe bien que el Caribe está muy lejos de Corea.

Mientras estas cosas ocurran, no es fácil convencer a los pueblos del Hemisferio de que hay diferencia entre la Cortina de Hierro Soviética y la Cortina del Silencio americana. Ahora, cuando el señor Trujillo proceda a amnistiar a los secuestrados del *Quetzal* y Cuba y Guatemala y el Uruguay se vean impedidos de hacer reclamación alguna, habrá que pedir permiso a Ciudad Trujillo para navegar por el Caribe. Dentro de poco habrá que pedirlo también para tomar aviones en viaje de La Habana a Miami, porque no sería extraño que un buen día el señor Trujillo lanzara su flota aérea a los cielos de este desamparado rincón del mundo para detener cuanto aeroplano esté volando. Porque es posible que algún pasajero lleve bajo el cráneo la "intención de derrocar" su régimen.

La venganza del bárbaro

Pero dejando a un lado esas siniestras posibilidades, en las que nadie cree porque escasa gente sabe de qué es capaz Trujillo, y haciendo abstracción de la cólera que produce la suerte de los secuestrados a bordo del *Quetzal*, a ratos no puede uno sustraerse a la idea de que el *Quetzal* ha sido un buque extraño, de rara historia. Ilegalmente salió de Estados Unidos; ilegalmente ha caído en manos de un dictador que es un admirable ejemplar de audacia, cinismo y barbarie. Mientras fue buque sin ley fue y vino sin más tropiezo que caer en prisión a su salida de Antilla. Cuando se legalizó su situación y se le dedicó al tráfico comercial, se le persiguió hasta su triste fin actual.

El *Quetzal* hubiera seguido navegando acaso tranquilamente si no hubiera participado en el abordaje a un barco de Trujillo. Pues si Cuba y Guatemala y Uruguay olvidan y perdonan, Trujillo ni perdona ni olvida. Él encarna la venganza. Y aunque vive humillando a amigos y adversarios, no tolera humillaciones. De ahí que se le tema y se le admire. Le temen los cobardes y lo admiran los feminoides.

ESTÁ DESTINADA A DESAPARECER PRONTO
LA NACIENTE MONARQUÍA DOMINICANA*

A mediados de agosto de este año —el día 16, para ser más precisos— treinta y ocho delegaciones diplomáticas llegadas de los más apartados lugares de la tierra vieron nacer en suelo americano una nueva monarquía. El hecho sucedió en una esquina del mar Caribe, y en su apariencia fue un cambio de poderes presidenciales, autorizado por los usos y las leyes republicanas. En síntesis, Rafael L. Trujillo Molina se despojó ante su Congreso Nacional de la banda tricolor que es en la República Dominicana símbolo de la jefatura del Estado, para que el presidente de tal Congreso la cruzara sobre el pecho de Héctor B. Trujillo Molina. La ceremonia, espantosamente rígida, fue presenciada por unos cuantos Trujillo, además de los dos actores; y entre ellos el más afectado debió ser sin duda Rafael L. Trujillo Martínez, ahora de veintidós años, y ya jefe de la aviación militar con rango tan alto como el de ese tío carnal suyo a quien su padre, el Generalísimo, había hecho general antes de designarlo primer heredero de una monarquía sin corona en la que él tiene ahora categoría de Delfín. Mientras el poder absoluto que tan a fondo ha sabido usar Rafael L. el mayor no pasó a otro de la familia, el régimen gobernante de Santo Domingo fue, con más o menos acentuado tinte de

* *Bohemia*, Año 44, N° 36, La Habana, 7 de septiembre de 1952, pp.58-59 / pp.94-95.

tiranía brutalmente modernizada, un sistema presidencial; pero al resultar traspasado de manera tan fácil y con tan lúgubre solemnidad, al hermano más joven, quedó en los hechos consagrado como una monarquía. Y una monarquía que espera perpetuarse. Rafael L. el segundo, apodado Ramfis, a quien su padre hizo coronel cuando tenía cuatro años, general de brigada cuando cumplió ocho, embajador con rango de ministro de gobierno cuando tenía 18 y a los 21 otra vez general, y además jefe de la aviación militar, tiene razones para alimentar la angustiosa esperanza de encabezar el Estado dominicano cuando tenga 27 años. Para el caso, su benévolo padre hizo enmendar por enésima vez la Constitución, de manera tal que el país pueda ser presidido por un joven de 25 años.

Pero una cosa piensa el burro...

Con su lenguaje agro-pastoril, cargado de metáforas de la tierra, el pueblo dominicano alude a las fallas de ciertos planes diciendo que “una cosa piensa el burro y otra el que lo está aparejando”. En el momento en que la nueva familia real del Hemisferio calienta sus esperanzas al calor de los fastuosos, aunque en cierto modo sombríos festejos con que celebraron los círculos oficiales la exaltación de Héctor B. a la presidencia de la república —con lo cual celebraban el nacimiento de la monarquía—, el observador sagaz puede advertir en el horizonte el lento, pero impresionante bamboleo del edificio que durante 22 años ha estado levantando Rafael L. el mayor. No se trata de un movimiento en la superficie, que pueda apreciarse atendiendo tan sólo a lo que han significado, como demostración de fuerza y fe de poderío nacional e internacional, esos actos en que estuvieron presentes 38 delegaciones diplomáticas, una de ellas encabezada por un presidente en funciones; esos actos deslumbrantes, amenizados con desfiles de centenares de aviones de guerra, millares de soldados de

todas las armas y 32 navíos erizados de cañones. No. Quien haya presenciado tales desfiles, y quien haya sido testigo de la concienzuda ceremonia realizada en el salón de actos del Congreso, o quien visitó la fábrica de San Cristóbal donde se elaboran todas las armas que usan las tropas dominicanas, debe haber despertado, el día 17 ó el día 18 de agosto —o cuando haya quedado libre del peligroso efecto del champagne— convencido del extraordinario poder con que cuenta Trujillo, suficiente para eternizar, por los siglos de los siglos, la herencia de su sangre en la jefatura del Estado dominicano.

Pero eso “piensa el burro”... Porque debajo de esos desfiles, sacudiendo la base misma que sustenta a esos millares de soldados, a esa aviación impresionante, a esa marina de guerra, a esa armería prodigiosa, está la voluntad de la historia, más fuerte que Trujillo, más poderosa que sus ejércitos y sus naves y sus ametralladoras. Y la voluntad de la historia es distinta de la voluntad del dictador. Esos propios actos celebrados en la vieja ciudad que fue nido de la conquista lo demuestran. Pues no era deseo de Rafael L. el mayor entregar el poder a su hermano Héctor B. ni a persona alguna. Si acaso, en sus planes entraba dejarlo un día a su vástago, Rafael L. el menor. Y a nadie más. Sin embargo, lo ha rendido en Héctor B., primera gran quiebra de sus propósitos.

El cambio en lo profundo

El cambio que viene operándose en lo profundo de la vida dominicana comenzó a notarse cuando a mediados de 1950 el dictador paró en seco la campaña a favor de su reelección, que él mismo había desatado con la espantosa energía que pone en cuanto realiza. En todas las ciudades del país, semana tras semana, inducidos por los jefes de su organización política —pues Trujillo tiene una organización política férreamente centralizada, otra económica y otra militar, y mantiene a las

tres marchando armónicamente, estimuladas por la espuela del terror—, hombres y mujeres de todas las clases sociales desfilaban pidiendo a gritos la reelección de Trujillo. El que no figurara en esas peticiones, y hasta el que figurara y no gritara a voz en cuello, desaparecía o amanecía muerto en un cruce de caminos. Eso prueba que Trujillo había resuelto reelegirse. Sin embargo, la campaña fue detenida inesperadamente. Poco después, el Generalísimo benefactor sorprendió a los observadores retirándose temporalmente del ejercicio de la presidencia; en su lugar, como encargado del Poder Ejecutivo dejó a su hermano Héctor B.

En los círculos trujillistas se pensó que aquello duraría un mes; que el dictador necesitaba descansar, o, como se dijo en Santo Domingo, quería dedicar algún tiempo a atender personalmente sus numerosos y fabulosos negocios. Por aquellos días, Trujillo parecía entusiasmado con su papel de azucarero: había decidido convertirse en el más fuerte productor individual de azúcar del mundo y comenzó a instalar dos ingenios enormes. Fue entonces cuando, con vistas a la conquista de un mercado estable para su dulce, puso al país entero a girar alrededor del azúcar, y mientras creaba las fiestas de la caña y hacía designar reinas a tales fiestas y escribir merengues para popularizarlas, mantenía en Washington una fiera acometida para que se le diera a Santo Domingo una cuota de vendedor en el mercado norteamericano que cubriera precisamente las doscientas cincuenta mil toneladas que él pensaba producir en sus ingenios.

Sin embargo, su apartamiento de los menesteres del Gobierno no duró un mes ni fue para dedicarse a sus negocios privados. No tardó en abandonar el del azúcar. Vendió, o puso a nombre de ella, sus ingenios a una compañía norteamericana; hizo cosa parecida con otras empresas. Y se mantuvo aislado en el castillo que se hizo fabricar a dos mil metros

de altura, en el Valle de Constanza, donde el aire regenerador, cargado de olores de pinos y de hierbabuena, tiene fama de rehacer la salud más averiada.

Desde aquel elevado retiro, aislado pero vigilante, mientras observaba con atención a cada hombre, el dictador oía a sus amigos proclamar su próxima vuelta. Volvió; pero no para reelegirse. Reunió a los jefes de su organización política y les señaló al hermano menor como al elegido. Sin perder un segundo, se puso a trabajar para atender al factor militar. Ya había puesto su maquinaria económica a salvo y había colocado la política a las órdenes de Héctor B.

Donde el cambio es peligroso

Esos cambios en lo económico y en lo político, realizados paulatina y sigilosamente, no estaban ya a la vista de las delegaciones diplomáticas que presenciaron el “cambio” de poderes en la República Dominicana el 16 de agosto. Ni siquiera estaban a la vista de la gran mayoría de los dominicanos. Venían operándose desde hacía más de un año, sin fanfarria alguna. Pero habían ocurrido, se habían dado con extraordinaria facilidad. ¿Por qué? Porque el fundamento del régimen, que es el poderío armado, permanecía igual; igual en número de hombres, en cantidad de navíos de guerra y de aviones de combate, en efectividad para producir armas. Ese cambio era —y es hoy— el realmente difícil, el casi irrealizable. Pero tendrá que darse. Y al producirse, la nueva monarquía se hallará a pique de desaparecer de manera estrepitosa y sangrienta.

Media hora después de haber sido consagrado oficialmente como presidente de la República, Héctor B. firmó su primer decreto; por él, designaba a su hermano mayor, el generalísimo Rafael L., jefe supremo de las Fuerzas Armadas del país. Durante dos meses antes de ese momento, las peticiones para que tal cargo se le diera a Rafael L. llovían de

todos los rincones de Santo Domingo, pues una ley del Congreso había creado el cargo sin designar a su beneficiario. Y los dominicanos sabemos que cuando hay esos temporales de peticiones, la orden para que caigan ha partido del dictador.

Ahora bien, ¿por qué ordenar esas peticiones para disfrutar de un cargo que Trujillo pudo tomar sin cubrir trámites? Simplemente, porque es necesario que esa jefatura suprema aparezca ante los militares y ante el pueblo con categoría especial. Apareciendo como un resultado de la voluntad popular, se impresiona a los soldados, e impresionando a los soldados, se evitan conjeturas y se demoran los posibles florecimientos de ambiciones peligrosas en algunas cabezas castrenses. Trujillo necesita ganar tiempo para terminar la delicada tarea de poner su organización militar en manos de su hermano, como durante su retiro en el Valle de Constanza lo ganó para poner a salvo la económica y para colocar la política a la disposición de Héctor B.

Con diabólica habilidad, el dictador comenzó la obra de ir “traspasando” el Ejército. Echó generales a la calle, movió otros, reformó el servicio de inteligencia militar, designó a su hijo jefe de la Aviación. Pero no se atrevió a llegar más lejos. Él sabe bien que esas fuerzas armadas a quienes con atroz persistencia ha enseñado a temer y respetar sólo su jefatura, necesitan digerir muy despaciosa y seguramente un cambio en su dirección. Por eso se hizo nombrar jefe supremo, aun sabiendo que de hecho él no ejercerá tales funciones.

Burocracia con fusiles

Para mantenerse en el poder, Trujillo creó una burocracia con fusiles, no un ejército propiamente dicho. Pues las tropas dominicanas no son una institución militar; no se rigen por ley ni por tradición. Un parcial del dictador puede pasar en Santo Domingo de civil a general sin haber llenado requisito

previo alguno, de la misma manera que un coronel con veinticinco años de vida de cuartel puede quedar despedido sin beneficio de retiro o pensión. Rafael L. el menor era coronel a los cuatro años y general de brigada a los ocho, y un buen día dejó de ser lo último, así como al cabo de los años, otro buen día saltó de la calle a general y jefe de la Aviación. Los empleados civiles pasan a la alta oficialidad del Ejército y los altos oficiales del ejército pasan a ser empleados civiles. Con tal régimen, la estabilidad en un cargo militar, como la estabilidad en un cargo civil, ha estado dependiendo, durante veintidós años, únicamente de Trujillo. Y sin duda eso era necesario, a fin de que el soldado de cualquier categoría se sintiera obligado sólo a Trujillo y con él. Pero esa situación, excelente para los intereses privados del dictador, resulta preñada de peligros ahora. Héctor B. no es Rafael L.; y éste lo sabe. El pavor que infundía el último no será jamás igualado por el primero. Y sin estar sometidos al terror, los coroneles y los generales no verán pacientemente que se les suplante con civiles o que se les despoje del uniforme para sentarlos detrás de escritorios en la burocracia del Estado. Por eso, se hace imprescindible que Rafael L. aparezca a ojos de unos y otros como “jefe supremo de las Fuerzas Armadas”.

Pero Rafael L. no va a desempeñar ese cargo. ¿Por qué?, se preguntará algún lector familiarizado con la tragedia dominicana. ¿Qué le impide a él, que es el amo absoluto del país, ser el “jefe supremo” de los ejércitos? Y nosotros respondemos: lo mismo que le ha impedido reelegirse. Dentro de la terrible lógica del trujillato, la renuncia de Rafael L. a la reelección es un acontecimiento de insospechada magnitud. Para él, mandar no resulta una satisfacción si además no disfruta de la apariencia del poder. La personalidad de Trujillo está determinada por pasiones de espantosa fuerza, a las que él no puede dominar. Y una de ellas es el amor desenfrenado, fisiológico,

incontenible, a la apariencia del poder. Sólo tal vez, ver a su hijo disfrutando de esa apariencia le consolaría de no disfrutarla él. Para el desatado frenesí de su pasión, su hermano representa tanto como cualquier otro, y algunos momentos tanto como un enemigo.

Sucede, sin embargo, que con igual fuerza que a sí mismo Trujillo ama a su hijo. Y es por ese hijo por quien, con método y frialdad, quiere garantizar la perduración del régimen que él fundó y que ahora preside su hermano menor. Ese hermano, Héctor B., es un puente, el puente necesario, para que el poder vaya un día a manos de Rafael L. el menor. Por alguna razón que nosotros desconocemos, pero que la cautelosa retirada de Trujillo viene denunciando, el dictador teme que él no vivirá lo suficiente, o si vive no podrá estar dominando la escena política dominicana todo el tiempo que hace falta para dejar instalado en el poder, y seguro de mantenerlo, a su hijo Rafael L. el menor. De ahí su empeño en dar al régimen que ahora encabeza su hermano la estabilidad que a su sistema de gobierno como el fundado por él le confiere solamente el control absoluto de las fuerzas armadas como base firme para el control de las fuerzas políticas y de las económicas.

El punto débil del régimen

Y bien, las dos últimas han resultado “traspasables”; la otra no. Trujillo ha querido establecer una monarquía con usos y leyes republicanas. Y el fundamento de las monarquías es la participación del pueblo en su sostenimiento. Los ejércitos reales de Carlos V no se rebelaron contra su hijo Felipe II cuando aquel, antes de morir, le hizo entrega de la corona, como no se rebelaron los ejércitos británicos contra Jorge VI cuando éste recibió el poder de manos de Eduardo VIII sin que el monarca hubiera muerto, porque no había en todo el imperio español ni lo había en el inglés, el más pequeño núcleo

político que impugnara ese traspaso. Toda la población de las Españas y toda la de Gran Bretaña eran monárquicas. No había un solo jefe de tropas, en los dos casos, capaz de pensar que los poderes de Felipe II o Jorge VI carecían de fuerza legal.

Pero eso no ocurre en la República Dominicana. Un viejo refrán asegura que “bueno es el miedo donde no hay vergüenza”; sustitúyase la palabra “vergüenza” por la legalidad y se tendrá una síntesis del sistema establecido por Trujillo para mantener al Ejército unido bajo su mando. Ahora bien, él organizó su régimen sobre la base del miedo a él y sólo a él. El terror que él infunde es intransferible. La monarquía trujillista no podrá, por tanto, perdurar. Su raíz es el pavor, y esa raíz no tiene fuerza para alimentar el tronco.

Sin duda, Trujillo teme eso. Hombre de sagacidad extraordinaria, ni su ilimitada crueldad ni su voracidad insaciable bastan para deformarle el don de realismo con que ve una situación. Ha esclavizado a su pueblo y ha insultado a otros países, pero siempre ha sabido hasta dónde podía llevarle su ímpetu. Ahora, por primera vez, teme. Él sabe bien que la única salida para su régimen es ir ofreciendo lentamente estabilidad política al país; no el tipo de estabilidad que le han dado hasta hoy, basado en el terror, sino el que se fundamenta en el libre juego de las corrientes de ideas y de intereses. Pero, ¿hasta qué momento podrá él mantener el equilibrio sobre ese libre juego? No lo sabe. Por otra parte, tan frenético es en él el impulso homicida que la sola presencia de un adversario levanta en su alma, que sus adversarios no podrían llegar con él a un acuerdo mediante el cual pudiera garantizarse en Santo Domingo el tránsito pacífico de la situación actual a un sistema democrático. Esa, que sería la única solución beneficiosa para el Pueblo y aceptable para el propio Trujillo, quedó planteada cuando el Partido Revolucionario Dominicano acordó que si en la República Dominicana se establecían garantías

mínimas de vida, irían a Santo Domingo delegados del Comité Político del PRD para ayudar al Pueblo en su lucha por el establecimiento de las libertades públicas.

Esas garantías mínimas vendrán, inevitablemente, y con mucha probabilidad antes de que transcurra largo tiempo. Esa es la perspectiva con que ha nacido, ante treinta y ocho delegaciones diplomáticas, la reciente monarquía que ha pretendido fundar en tierras de América el voluntarioso y prepotente dictador dominicano.

EL ASESINATO DE ANDRÉS REQUENA EN NEW YORK ES UN TÍPICO CRIMEN TRUJILLISTA*

A las once de la noche del jueves 2 de octubre, un hombre entraba en el pasillo central del edificio número 234, Calle Madison, en East Side New York; un minuto después caía abatido a balazos... Se trataba de Andrés Requena, novelista, periodista, ex diplomático dominicano, quien desde hacía diez años, trabajando en lo que apareciera, en lucha contra la miseria y contra el régimen dictatorial de los Trujillo, vivía en la trepidante ciudad llamada a ser escenario de su muerte. Doce horas después de haber sido asesinado, los teletipos de toda América zumbaban dando los pormenores de su sangriento fin.

Las contradicciones iniciales

El chofer que había conducido a Requena hasta la calle Madison oyó los disparos que segaron su vida y avisó a la policía; cuando ésta registró el cadáver halló una nota que decía: "Avísele a Juan M. Díaz, en el número 69 Oeste de la calle 97". Sin demorar un segundo, la policía localizó a Juan M. Díaz y comenzó a interrogarlo. Díaz contó que en horas de la tarde había sido amenazado de muerte por teléfono y explicó que había hecho la denuncia de tal amenaza en la estación policial situada en el número 124 Oeste de la Calle

* *Bohemia*, Año 44, N° 41, La Habana, 12 de octubre de 1952, pp.68-70 / p.72 / pp.92-93.

100. Se preguntó a tal estación, y contestaron que no había constancia de la denuncia. Inmediatamente, con su habitual falta de agilidad mental, los sabuesos comenzaron a sospechar de Díaz; las sospechas aumentaron cuando supieron que Díaz había sido codirector, con Requena, del periódico antitrujillista *Patria* que se editaba en New York; y tales sospechas llegaron a su clímax al “descubrir” que Díaz tenía un taller de maniqués cerca de la calle donde se cometió el crimen.

Una elemental investigación hubiera sin duda aclarado que la denuncia de Díaz en la estación de policía del 124 Oeste de la Calle 100 no fue tomada en cuenta; no se dejó constancia de ella. La honorabilidad de Juan M. Díaz podía ser certificada por todos los círculos latinoamericanos de New York, pues es figura harto conocida en esos círculos, y hasta los niños de los hogares latinoamericanos en la gran ciudad saben que Díaz es hombre recto, de una sola línea, que jamás miente, que jamás falta a su palabra y a su deber. Pero era más cómodo sospechar de Díaz sobre todo cuando éste dijo, al ser interrogado, que hacía más de un mes que no veía a Requena porque le había disgustado la actitud de Requena quien le advirtió que vería al Cónsul dominicano en New York, Félix W. Bernardino, para que se le enviara de Santo Domingo a su familia. Con su rígida conformación mental y política, bien conocida por cuantos le hemos tratado, Juan M. Díaz era incapaz de comprender a Requena, alma típica de artista, hombre siempre atormentado por algo, muy inclinado a decir entre sus amigos lo contrario de lo que estaba haciendo o iba a hacer, y muy dado sobre todo a descargar en sus íntimos sus propias angustias anunciándoles actuaciones descabelladas que jamás pasaban de las palabras.

La Policía averiguó que Requena había recibido una llamada telefónica dándole una cita; averiguó también que la víctima había comentado que tal llamada era “muy rara”; supo

que Díaz había recibido otra llamada, con todo lo cual elaboró una teoría pensando que Díaz había estado organizando la coartada. Pero no se fijó en que Requena llevaba en el bolsillo una nota en la que decía que se le avisara a Díaz. Luego, para Requena, que tuvo sospechas de que iba a una trampa, Díaz era su amigo; y a él pedía que se dirigieran en caso de que algo le pasara.

Siguen las contradicciones

En el Consulado dominicano de New York se desconocía lo que Díaz estaba diciendo a los investigadores. El día 3, esto es, doce horas después del crimen, la Oficina de Información Dominicana de la gran ciudad —que es una dependencia real del Consulado— declaró “en nombre del Cónsul General de la República Dominicana, Félix W. Bernardino” (cable de la Associated Press publicado en La Habana) que “había oído hablar de ese Requena y de su periódico”, que el Consulado “cooperaría por todos los medios al esclarecimiento del crimen” y que “el Gobierno dominicano está hondamente preocupado y desconcertado por el crimen”.

Pero he aquí que poco después de haberse dado a los periodistas esas declaraciones, aparecieron en los diarios de New York las de Juan M. Díaz diciendo que se había disgustado con Requena porque éste le dijo que iría a ver a Bernardino para obtener que se les permitiera a su madre y a su hermana salir de Santo Domingo. Instantáneamente, la nueva línea de defensa fue rechazada desde la capital dominicana. Esa tarde, el jefe del Ejército trujillista, general Félix Hermida, declaró a la United Press que “Requena no tiene ninguna significación política, social o intelectual en Santo Domingo, y que por tanto resulta extraña la importancia que la prensa de New York ha dado al asunto, máximamente cuando esa misma prensa pasó por alto el hecho notable de la acogida que le dio

el gobierno dominicano a un grupo de antiguos revolucionarios residentes en New York, a quienes se invitó para que constataran por su propia cuenta la obra excelsa del Generalísimo y Benefactor”. El general Hermida y el jefe de la Policía dominicana aseguraron además que Requena “se mantuvo en contacto con el SIM (Servicio Secreto del Ejército) en calidad de informador de las actividades que en el extranjero desarrollaban los comunistas dominicanos”.

Estas declaraciones de los jefes militares dominicanos se parecen, como una gota de agua a otra, a las que se les hicieron producir a los prisioneros del *Quetzal*, el barco apresado por unidades de guerra trujillistas cuando iba en viaje de Cuba a Guatemala. Recuérdese que al capitán Brito se le obligó a “confesarse” espía, a pesar de lo cual fue condenado a treinta años de cárcel. Obsérvese que en ninguna parte del mundo ningún jefe militar confiesa quiénes son sus agentes secretos: adviértase que se lanza la acusación, pero no se da prueba alguna. Más tarde, el día 4 de octubre, el propio general Hermida dirá que recibió una carta de Requena fechada el primero de octubre diciéndole que tenía miedo de que sus amigos lo mataran por haber entrado en contacto con Bernardino. Sin embargo, según Bernardino, “había oído hablar de ese Requena”, lo cual indica que personalmente no lo conocía. El general Hermida no ofrece esa carta —el original, no una supuesta copia fotostática, cosa muy fácil de fabricar— a los investigadores norteamericanos. Dice que la tiene, como si por el peso de sus palabras debiera de creerle todo un Continente estremecido por el asesinato de Requena.

Además, el general Hermida declaró que Requena “se mantuvo en contacto con el SIM en calidad de informador de las actividades que en el extranjero desarrollan los comunistas dominicanos”, mientras desde New York Bernardino acusaba a Requena, según transmitió la Associated Press, de ser

comunista. El Cónsul General de Trujillo explicó los ataques de *Patria*, el periódico editado por Requena, porque según él “es un axioma de los comunistas el atacar y denostar el nombre del presidente Rafael L. Trujillo (que ya no es presidente, aunque lo siga siendo para Bernardino) y de su hermano, el general Héctor B. Trujillo...”.

Persona sin importancia social

Todo aquel que conozca los métodos del régimen trujillista sabe que las declaraciones del general Hermida y las del jefe de la Policía dominicana fueron dictadas por Trujillo. Esa frase de “persona sin importancia social, política o literaria” se parece mucho a la frase “es una persona sin importancia social alguna en la República Dominicana” estampada por el propio Trujillo en un cable firmado por él mismo que dirigió a Cuba, hace algunos años, contestando a otro cable en que se le pedía la libertad de mi padre, José Bosch. Trujillo hizo enmendar la Constitución dominicana para impedir que un hijo de extranjeros fuera presidente de la República Dominicana, y como sólo yo, entre los dirigentes adversos a su régimen, me hallaba en ese caso, es de presumir que reunió una Asamblea Constituyente exclusivamente para establecer en perjuicio mío una norma constitucional. Trujillo estaba cometiendo en esa ocasión dos equivocaciones: la primera, pensar que yo lucho contra su dictadura sólo porque aspiro a gobernar mi país —sin darse cuenta de que, igual que la mayoría de sus adversarios, estoy frente a su régimen por razones de principios políticos, no de aspiraciones personales—; la segunda, creer que barrido él del poder “su” Constitución va a seguir rigiendo la vida del país. Es el caso que actuó así; ¡y afirma que el padre del hombre por quien él promovió una reforma constitucional es un hombre sin importancia social en la República Dominicana!

Requena tampoco tenía importancia social en el país, y el jefe del Ejército no se explica que se le dé importancia al crimen de un hombre sin importancia. Si ese crimen fue cometido por enemigos de Trujillo, y la víctima fue un servidor de Trujillo, un agente secreto del SIM, ¿no sería lo lógico esperar que el gobierno dominicano pusiera todo su empeño en dar con los criminales? ¿Por qué le disgusta al general Hermida que la prensa de New York haya hecho tal escándalo con el asesinato de un agente suyo? ¿Por qué, después de sus declaraciones, el cónsul Bernardino desautorizó “enfáticamente” la anterior declaración donde afirmaba que “el Gobierno dominicano está hondamente preocupado y desconcertado por el crimen” y que el Consulado “cooperaría por todos los medios al esclarecimiento del crimen”?

Para Trujillo, los seres humanos se dividen en dos grandes grupos: los que tienen importancia social o política y los que no la tienen. Andrés Requena era de origen humilde; luego, no tenía importancia social. Pero ocurre que para la prensa de Estados Unidos como para toda la gente culta, un hombre tiene importancia por el solo hecho de ser hombre, y no hay nada más importante sobre la faz de la tierra que una vida humana. Eso no lo ha aprendido Trujillo todavía; pero va a aprenderlo ahora a causa del asesinato de Andrés Requena.

Si Trujillo conociera la historia literaria de su país

Andrés Requena había nacido con el don de novelista. Creo que fue Luis Alberto Sánchez quien dijo de sus novelas que el lector no las abandonaba, una vez empezadas, sino en la palabra “fin”; tal era la habilidad de Requena en exponer la intriga novelística y en mantener el interés en su obra. Podía escribir una novela sobre cualquier tema. Que yo recuerde, había publicado *Los enemigos de la tierra*, con dos ediciones, *Caminos de fuego* y *Cementerio sin cruces*, sin que en ninguna se repitieran

los personajes, la trama o las ideas. La última, *Cementerio sin cruces*, exponía al desnudo la espantosa intimidación de la tiranía dominicana. Cuando leí en uno de sus capítulos la descripción que hace de la vida privada del dictador —una escena en que aparece discutiendo con su esposa— “sentí” que Requena estaba condenado a muerte. Él mismo era consciente de ello. Decía a menudo que ese capítulo le costaría la vida; pero afirmaba que moriría contento si su muerte ayudaba al derrocamiento del trujillato. Mucha gente le oyó esa frase, especialmente en el último año. Yo conocía bien a Requena, y no dudo que al dirigirse a la calle Madison, Requena fuera pensando que iban a darle muerte. Sólo así se explica que llevara en el bolsillo un papel pidiendo que si le ocurría algo, se le avisara a Juan M. Díaz. Era casado, tenía una hija; pero quería que se le avisara a Díaz, conocido luchador antitrujillista radicado en New York, tal vez para que su cadáver pudiera ser usado, sin pérdida de un minuto, como un estandarte contra la tiranía.

Requena era sastre cuando yo lo conocí. Me lo presentó su patrón, que me cosía en Santo Domingo. Poco después Requena comenzó a publicar cuentos; y un día me pidió que lo ayudara, porque quería dejar su oficio y dedicarse a escribir. Ocurrió que un mes más tarde en el diario *La Opinión* me dijeron que necesitaban un repórter y me preguntaron si conocía alguno. Yo recomendé a Requena. Así entró en el periodismo, ejercicio en el cual hallaría la muerte a manos de un asesino.

Los textos literarios dominicanos, y los de historia de la literatura nacional, mencionan hoy a Requena como el más hábil novelista que ha conocido el país en los últimos treinta años. Para lograr ese título trabajó mucho, leyó día y noche, estudió la técnica de la novela. En su mesa de noche, la policía halló un ejemplar de *Escaleras hacia la muerte*, el libro que estaba leyendo el mismo día de su muerte. Yo, que lo conocía, sé que

estaba “estudiándolo”. Había entrado en el mundo de las letras sin cultura ninguna; y a fin de obtenerla logró un cargo diplomático, con el cual viajó por toda Europa y por gran parte de la América del Sur. Su personalidad de escritor maduró tanto que llegó a ver su nombre en esos textos y en esas historias de literatura dominicana que Trujillo no ha leído. Si las hubiera leído, comprendería que Requena no era “una persona sin importancia social, política o intelectual en la República Dominicana”.

La superación política de Requena

Los viajes y la guerra produjeron en Requena un despertar de la conciencia política, cosa que hasta entonces no había tenido. Estando en Chile, actuando como canciller y secretario de la Legación dominicana, tuvo pruebas de que Trujillo hacía doble juego; se presentaba ante la América como antinazi y se entendía secretamente con el movimiento subterráneo nazista de América del Sur. Después de pensarlo mucho, sustrajo los documentos comprobatorios de esa traición y se lanzó a buscarlos. Por los informes secretos que llegaban desde Santo Domingo a la Legación de Chile, sabía que yo estaba en La Habana. Un buen día se presentó en mi casa. Los documentos fueron a dar a las manos del servicio secreto norteamericano; y desde Washington se temió por la vida de Requena, razón por la cual se le envió a Estados Unidos en un avión militar. Un alto diplomático extranjero lo llevó en su automóvil a San Antonio de los Baños. Yo mismo vi allí a un coronel metiendo en la nave las maletas del escritor. Grandes cajones con sus libros se quedaron aquí, en La Habana, guardados por un amigo cubano, en cuyas manos creo que están todavía.

Entre los documentos que sustrajo Requena de la Legación dominicana en Chile estaba un cable cifrado del hoy presidente electo general Carlos Ibáñez al “generalísimo”

Trujillo dándole las gracias por el aporte de setenta y cinco mil dólares que a través de Carlos Dávila había hecho el dictador dominicano a los fondos políticos de Ibáñez durante la campaña electoral de 1941, en que Ibáñez fue derrotado, tal como lo afirmó recientemente el periodista cubano Adolfo G. Meriño en las páginas de *El Mundo*. Las claves usadas entre nazis y trujillistas aparecían entre los papeles que Requena entregó, así como numerosos informes altamente comprometedores. Requena había actuado lleno de indignación por la deslealtad del trujillato. No quiso aceptar nada a cambio de esos documentos; su conducta era su contribución en la lucha contra el nazismo. Leyendo y viviendo en medios políticamente desarrollados, su conciencia política había despertado. A partir de entonces, sería un combatiente perpetuo contra la dictadura de su país. Diplomático hasta días antes, al llegar a New York buscó trabajo en una sastrería; después, suplicó que se le aceptara en el Ejército, a pesar de sus imperfecciones físicas, en los ojos y en los pies. Lo que él deseaba era acabar con la tiranía, en Alemania o Santo Domingo.

Fango sobre su cadáver

El día 4 de octubre, en la prensa habanera, transmitidas por la United Press, aparecen unas amplias declaraciones del cónsul Bernardino. Decía en ellas que él y Requena habían “llegado a un acuerdo en julio pasado (recuérdese que dice en julio), cuando dejó de publicar su hoja suelta calumniosa y antitrujillista, y que por mi mediación personal el gobierno dominicano le había concedido el perdón absoluto y estaba enviando este mes a su hermana y a su madre a los Estados Unidos”.

El último número de *Patria* salido a la calle lo fue en el mes de agosto; correspondía a los meses de junio y julio, y en ese número hay tan fuertes ataques a Bernardino como en todos los anteriores. Pero además, el número de *Patria*

correspondiente a los meses de agosto y septiembre, que iba a distribuirse en los primeros días de octubre, fue localizado en la imprenta por la policía neoyorquina, la cual halló en él también fuertes ataques a Bernardino. Requena fue asesinado la misma noche que su periódico entraba en prensa, según afirmó a la Associated Press y a la United Press el inspector de la policía Thomas A. Nielsen, quien agregó las siguientes palabras: “Estas pruebas contienen un fuerte ataque al cónsul dominicano en New York, Félix Bernardino”.

En el número de *Patria* aparecido en agosto hay dos notas, una en negritas y otra en cursivas, sobre Bernardino, ambas enmarcadas en cuadro, una en inglés y otra en español; las dos fueron escritas por Requena. La redactada en inglés dice así: “¿Sabía Ud. que Félix W. Bernardino, el llamado cónsul general del régimen de Trujillo en New York, antiguo músico y abrepuestas en una casa de prostitución, es *gangster* con un largo récord de asesinatos, entre los cuales tiene uno de primer grado en la República Dominicana?”. Suponemos que lo que se dice en el ejemplar de *Patria* que estaba en prensa la noche en que Requena fue asesinado, no será más suave. ¿Hay explicación posible para esos ataques si en verdad Requena y Bernardino habían “llegado a un acuerdo”? No la hay, porque no hubo tal acuerdo. Bernardino, y sus jefes de Santo Domingo, han querido aprovechar la declaración de Juan M. Díaz para confundir a la opinión pública y presentar el asesinato de Requena como una venganza de sus compañeros por haberse entendido con el representante de Trujillo en New York.

Pero sucede que el propio Bernardino declara que 19 antiguos miembros de la Legión del Caribe fueron con él a Santo Domingo. Es el grupo a que se refiere el general Hermida cuando se indigna de que la prensa de New York no diera al viaje de esos señores la importancia que dio a la muerte de

Requena. Todos aquellos 19 volvieron a New York, y nadie los ha amenazado de muerte; ninguno de ellos ha sido asesinado. Si los antitrujillistas de New York matan a los traidores, lo lógico hubiera sido que mataran a alguno de esos 19, no a Requena, cuyos supuestos contactos con Bernardino eran menos graves —de ser verdad— que la conducta de los otros.

El Consulado dominicano en New York y los jefes del ejército y de la policía de Santo Domingo, están echando fango sobre el cadáver de Andrés Requena con el objeto de que el crimen quede impune. Es lo mismo que se hizo cuando se asesinó a Sergio Bencosme en la propia ciudad de New York y cuando se secuestró y se asesinó a Mauricio Báez en La Habana. Ni más ni menos.

Los casos de Bencosme y de Báez

Sergio Bencosme fue asesinado en 1936 por equivocación, pues quien debía ser muerto era el Lic. Ángel Morales, acusado por Trujillo de supuestos ataques a su esposa. Obsérvese que Trujillo ordenó matar a Morales por el mismo “delito” que cometió Requena en un capítulo de su novela *Cementerio sin cruces*. Un pistolero dominicano contratado para cometer el crimen llegó a la casa en que vivía Morales y preguntó por él; el hombre que salió a su llamado fue acribillado a balazos; pero no se trataba de Morales, sino del Lic. Sergio Bencosme. A un mismo tiempo, el consulado dominicano lanzó dos versiones: que se trataba de un crimen pasional, por cuanto Morales parecía ser enamorado, y que era un acto de venganza política entre los grupos de exiliados. Cuando la Policía pudo aclarar los hechos, ya el autor estaba en Santo Domingo, promovido a teniente del Ejército. Siguiendo la pista de la presunta venganza, un exiliado fue sometido al tercer grado. Los investigadores lograron al cabo del tiempo averiguar que Porfirio Rubirosa, yerno de Trujillo, y Paíno

Pichardo, entonces ministro de Hacienda, habían llegado a New York con dinero y con instrucciones para el asesinato; Rubirosa contrató a un familiar suyo, Chichí Fuentes Rubirosa, que fue el asesino directo. Dos *Gmen* se trasladaron a Santo Domingo y dieron con “Chichí” trajeado de oficial de las armas dominicanas; en el acto pidieron la extradición. Tujillo contestó que tal señor no se conocía y que no estaba en Santo Domingo. Era verdad, por lo menos lo último, porque tan pronto había llegado al Ministerio de Relaciones Exteriores la petición de extradición, Fuentes Rubirosa había sido conducido a la cárcel de Nigua y muerto allí a tiros; y puesto que ya no vivía, no “estaba”, simplemente porque no podía ser localizado. En el caso actuó como Fiscal Prosecutor el actual gobernador del estado de New York, después candidato presidencial de los republicanos, Thomas A. Dewey. Se afirma que todavía Dewey recuerda indignado ese crimen.

También en el caso de Mauricio Báez afirmó Bernardino, en carta al *Washington Post*, que Báez era su amigo; que lo visitó varias veces poco antes de morir, y que por eso le dieron muerte sus compañeros de exilio; y eso era una infame mentira, porque Báez jamás visitó a Bernardino. Al contrario, lo atacaba sin cesar en sus emisiones radiales de la R. H. C. Hace cortas semanas la Policía Judicial de Cuba se dejó sorprender con una falsa acusación en que se afirmaba que Báez había sido muerto por amigos suyos. Esa falsa acusación fue reproducida en periódicos de New York, sin duda con el objeto de ir preparando a la opinión pública para convencerla de que los exiliados dominicanos matan a sus compañeros. Pero en la historia del exilio, que lleva ya más de 22 años, no ha podido comprobarse un caso de terrorismo realizado por los desterrados dominicanos. En cambio, se sabe que Trujillo mata sin piedad a sus adversarios, dentro y fuera de la República Dominicana.

Si mi muerte es útil...

Requena repetía a menudo que iban a darle muerte, pero que moriría contento si ello era útil a la democracia dominicana. Nosotros tenemos la seguridad de que sí; de que será útil. Los criminales del trujillato ignoraban que el Partido Revolucionario Dominicano les estaba siguiendo los pasos desde hacía mucho tiempo. El día 7 de diciembre de 1951, a bordo de un automóvil, el agente J.T. Genco del FBI se entrevistó con un prominente miembro del Partido Revolucionario Dominicano en New York y con otra persona cuyo nombre está en poder del FBI. Esa otra persona contó a Mr. Genco, con lujo de detalles, cómo había organizado el cónsul Bernardino el asesinato de Andrés Requena en New York y el de otras personas fuera de Estados Unidos. Explicó el informante que era tanta la cólera de Bernardino por los ataques de que le hacía objeto Requena, que si no hallaba quien le diera muerte por cinco mil pesos lo mataría por su propia mano.

Los ataques prosiguieron; y la amenaza de Bernardino ha quedado satisfecha. Andrés Requena ha caído cruzado a tiros, en el pasillo de una casa de vecindad en New York. La policía neoyorquina movilizó a 27 detectives para buscar al criminal. Pero el FBI tenía antecedentes; además, Bernardino dijo que se trataba de un crimen cometido por comunistas, lo cual merece especial atención en estos momentos. El FBI resolvió hacerse cargo del asunto; y a partir de entonces la prensa dejó de hablar. El FBI no es partidario de publicidad cuando él actúa.

La muerte de Requena debe ser el último crimen del trujillato en el extranjero. O lo es porque la justicia norteamericana, que tiene datos concretos facilitados por el Partido Revolucionario Dominicano, corta en seco la carrera de sangre del gangsterismo trujillista; o lo es porque los exiliados,

amenazados de muerte donde se hallen, tienen necesariamente que aprestarse a defender sus vidas. Andrés Requena puede estar seguro de que se cumplirá su deseo.

Su muerte será útil al pueblo dominicano.

LA GUERRA DE INDOCHINA TIENE MÁS IMPORTANCIA QUE LA DE COREA*

Desde que comenzó el otoño, y con él las temporadas de lluvias y de huracanes en el lejano Mar de la China, las agencias noticiosas han vuelto a repetir el estribillo de todos los años, desde hace por lo menos seis: fuerzas del Viet Minh están atacando puestos avanzados del Viet Nam: o bien han sorprendido una columna franco-vietnamita o han tiroteado los suburbios de Saigón o han hecho estallar bombas en Hanoi. ¿Qué significa todo eso? ¿Qué es el Viet Nam, qué es el Viet Minh, y por qué unos y otros se matan de manera continua y feroz? ¿Qué papel está jugando ahí Francia? ¿Quién es Bao-Dai, el de la cara redonda y la nariz mogola; quién Ho Chi Minh, el de los largos dientes y la barbilla flotante, cuya vestimenta hace evocar los tiempos muertos de los mandarines?

La remota Indochina

Aquellas noticias y esos personajes son parte del gran drama que está dándose en Asia, el misterioso Continente de los explotados. Viet Nam es el nombre nuevo de una colonia vieja, la de Indochina, en cuyas portentosas junglas comenzó a tomar pie Francia hace casi un siglo; aunque más valdría decir que Viet Nam es una parte de la antigua Indochina, convertida desde hace algunos años en la Federación de Indochina, regida

* *Bohemia*, Año 44, N° 50, La Habana, 14 de diciembre de 1952, pp.52-54 / p.89.

por dos reyes y un emperador. Es en el territorio de esa Federación, que tiene 740 mil kilómetros cuadrados —vez y media el tamaño de Francia— y casi treinta millones de habitantes, donde están produciéndose los acontecimientos a que se refieren las agencias noticiosas, y moviéndose ejércitos de cientos de miles de hombres en una guerra llamada a tener consecuencias para Asia y para la Humanidad.

Indochina es el contrafuerte sudoriental de China, país con el cual linda por el Norte. Por el Oeste linda con Tailandia, la antigua Siam; por el Este y por el Sur, con el Mar de la China. Originalmente, los franceses establecieron allí varios protectorados, y el vasto territorio quedó dividido en cinco grandes porciones: la de Tonkín, al Norte, cuya capital fue Hanoi; la de Anam, a todo lo largo de la costa, cuya capital era Hue; la de Cochinchina, al Sur, con su capital Saigón —que hoy tiene más de dos millones de habitantes—, la de Laos, metida entre las fronteras de Tonkín, Anam y Siam; y la de Cambodgia, que ocupa el extremo Sudoeste del país. Fue en Cambodgia, y precisamente casi junto a las lindes de Siam, donde floreció la impresionante cultura de los “khmer”, cuya capital —Angkor—, abandonada desde hace siglos, es el asombro de los viajeros y el encanto de los exploradores. Esto quiere decir que en esas selváticas soledades de Indochina hubo naciones altamente civilizadas, a pesar de lo cual es posible hallar en sus dominios pueblos tan primitivos como los “phitom-luang”, “espíritus de las hojas amarillas”, que ignoran lo que es sembrar y cosechar, no saben fabricar una vivienda ni tienen idea de lo que es la más elemental división del tiempo; o bien viven allí las tribus “mois” o los salvajes guerreros “viet”, que se liman los dientes hasta dejarlos en la pura raíz.

Mientras en la costa del Este la mayor influencia cultural en remotos tiempos fue de origen chino, en las regiones del Oeste fue hindú. De ahí que el hombre de Indochina sea

apropiado al país. En razas, como en lenguas como en religión, la mezcla es enorme, como es enorme su riqueza potencial en productos agrícolas y mineros. Desde la cobra real hasta el imponente elefante, no hay fiera que no habite sus selvas. Ni las fieras ni los hombres evitaron que Francia penetrara allí, lo cual ocurrió en 1858. Treinta y cinco años después, en 1893, toda la Indochina se gobernaba desde París, si bien, a la manera de lo que hizo la sabia Inglaterra, cada uno de los varios protectorados indochinos mantuvo sus aparentes autoridades nativas. Uno de ellos era Bao-Dai, emperador de Anam, por muerte de su padre, el emperador Khai-Dinh.

La remota Indochina era el sueño de los jóvenes funcionarios coloniales de Francia, la hermosa y lejana tierra de los arrozales y las bellas anamitas semivestidas. Hasta que la última gran guerra puso a Francia en tal trance de debilidad que no pudo defender su vasto imperio, e Indochina fue ocupada “preventivamente” por el Japón, como base para operar en la Malasia, en Java, Sumatra, Borneo, Filipinas y los millares de islas que pueblan los mares del Sur. En tal momento se inició un nuevo capítulo en la historia de Indochina.

Nacimiento de Viet Nam

Al comenzar el mes de marzo de 1945, las defensas japonesas iban cayendo una a una en todo el teatro del Pacífico. El día nueve de ese mes se produjo en Indochina un golpe de estado del Viet Minh contra las autoridades nativas que habían sido sostenidas por los franceses, antes de la ocupación japonesa, y por los nipones después. El Viet Minh era una liga de partidarios de la independencia, formada en 1941 al conjuro de la caída de Francia, en cuyas filas figuraban, a la cabeza, los comunistas indochinos. El jefe de ese partido era —y es todavía— Ho Chi Minh.

Ho Chi Minh es anamita, y su nombre verdadero es Nguyen Ai Quoc. Tiene ahora 62 años. Es de pocas carnes, de carácter duro, político sagaz, comunista de una pieza. Con suma habilidad —como hicieron otros líderes en varios lugares de Asia Meridional— aprovechó las contradicciones entre los grandes imperios en pugna y se apoyó en los japoneses para declarar la independencia indochina. Tan pronto se produjo en Tonkín el golpe de Estado nipón contra las autoridades nativas, Bao-Dai, el emperador de Anam, declaró a Anam independiente. Pero cuando el Japón capituló en agosto de 1945, Ho Chi Minh, apoyado en el Viet Minh, hizo abdicar a Bao-Dai, y estableció la República del Viet Nam. Como se ve, Viet Nam fue originalmente una república compuesta por los protectorados de Anam y del Tonkín. El nuevo nombre significa “Lejano Sur”.

Pero mientras esos acontecimientos se daban en Indochina, en Francia surgía un apasionado defensor de la grandeza imperial que el país mantuvo durante siglos; era Charles de Gaulle, el jefe de la resistencia. Tenazmente, De Gaulle se negó a abandonar la posición gala en el Asia. Los aliados habían encargado a la China nacionalista de Chiang Kai-Shek y a la Inglaterra de Winston Churchill la ocupación militar de Indochina, una vez abandonada por los japoneses; China ocuparía la parte Norte, hasta el paralelo 16, e Inglaterra la parte Sur. Era de esperar que ni Pekín ni Londres apoyaran al comunista Ho Chi Minh, si bien Moscú, parte importante en la alianza antijaponesa, defendería la posición del flamante presidente de la nueva república. El resultado fue que el gobierno de Ho Chi Minh tuvo que cruzarse de brazos. Las especialísimas circunstancias mundiales le impedían extender su dominio hacia todo el resto del país. Eso explica que en marzo de 1946, un año después del golpe de Estado que lo llevó al poder, negociara con Francia sobre la base de que “el

gobierno francés reconoce a la República del Viet Nam como estado libre, con soberanía sobre su gobierno, su ejército, sus finanzas, si bien se conserva como parte de la Federación Indochina y de la Unión Francesa”. El segundo punto del acuerdo establecía que “el Viet Nam tratará amigablemente al ejército francés mientras éste releve a las tropas chinas”. (Es claro que cuando se llegó a ese acuerdo, ya las tropas inglesas habían evacuado la parte Sur de Indochina, la cual había sido reocupada por los franceses).

Presidente de reyes

Ahora bien, ¿qué quería decir eso de “se conservara como parte de la Federación Indochina y de la Unión Francesa”? Antes de 1945 no existían ni tal Federación ni tal Unión. Las dos surgieron como signos de los nuevos tiempos. Al pueblo francés, y especialmente a las fuerzas subterráneas que habían llevado el peso de la batalla contra el nazifacismo, les sonaban muy mal las antiguas voces de “imperio colonial” y “protectorado”. En vez de la primera se creó la Unión Francesa; en lugar de lo segundo, los “estados libres asociados”. Los franceses determinaron agregar la Conchinchina a la República del Viet Nam y establecer la capital del nuevo estado en Saigón, que había progresado desmedidamente, al extremo de que en quince años aumentó su población de 110 mil habitantes a más de dos millones. Pero no se conformaron con eso; además de la República de Viet Nam, había otros dos “protectorados” indochinos, el de Cambodgia y el de Laos, cada uno de los cuales pasó a ser “estado libre asociado”. Laos y Cambodgia eran países monárquicos, el primero regido por Su Majestad Sisavang Vong, entrado ya en años; y el segundo por Su Majestad Norodom Sihanouk, joven heredero de lo que fuera el fastuoso reinado de los “khmer”. Uniendo las dos monarquías y la naciente república, Francia creó la Federación de Indochina.

A los ojos del estudioso más superficial estaba claro que en el seno de una organización capitalista como Francia no podía subsistir un régimen encabezado por comunistas; y mucho menos podía subsistir en la Federación Indochina ese régimen de jefes comunistas si debía mantener relaciones fraternales con dos monarcas. Ho Chi Minh no pretendió establecer en Viet Nam un estado soviético; es demasiado inteligente para cometer ese error. Pero su república era una república de franca izquierda comunizante, y sus aliados naturales en los vecinos gobiernos de Laos y de Cambodgia eran los grupos republicanos o comunistas. La ruptura tenía que producirse. Aunque el pretexto para el estallido de la guerra entre el Viet Nam y los franceses hayan sido los sucesos de Haiphong, donde hubo varios miles de bajas en noviembre de 1946, y aunque los partidarios del Viet Nam culpen a las tropas francesas mientras París culpaba al gobierno de Viet Nam de estar introduciendo armas de contrabando para equipar a los comunistas, lo cierto es que la lucha venía determinada por la mecánica política, que inevitablemente colocaba en bandos contendientes al Viet Minh y a los franceses. Esa propia mecánica hacía aliados de los franceses a los monarcas de Laos y de Cambodgia y a los partidarios del depuesto emperador Bao-Dai. Ello explica que al cabo de luchas, combates, intrigas, acuerdos y pactos, la República de Viet Nam quedara convertida en estado monárquico y el otrora desterrado Bao-Dai volviera a reinar, no ya sobre el territorio de Anam, sino sobre Anam, Tonkín y Conchinchina reunidos. Actualmente, pues la Federación Indochina es un conglomerado de tres monarquías, llamado “estados asociados”, parte a su vez de la Unión Francesa, cuya más alta cabeza es un presidente. De donde ha venido a ocurrir lo que hace cincuenta años nadie hubiera sospechado: que bajo la bandera de una república se cobijen varios reyes.

Derrotado, pero no vencido

Ho Chi Minh fue derrotado y su gobierno transformado en real y entregado a Bao-Dai; pero ni Ho Chi Minh ni su partido, el Viet Minh, fueron vencidos. La guerra siguió, proliferó, se hizo líquida y terrible. Surgieron las guerrillas, las explosiones de bombas, el ataque a los pobladores franceses aislados en las plantaciones de maíz o de arroz. En los extremos más opuestos del país comenzaron a aparecer partidarios armados del Viet Minh. Al principio la Federación Indochina apenas tenía ejército; por otra parte, las zonas más afectadas por el estado de guerra eran en el Viet Nam. Francia comenzó entonces a preparar fuerzas vietnamitas, a instruir oficiales, Estados Unidos envió armas, aviones, tanques. Antes de que los ejércitos de Mao Tse-Tung derrotaran a los de Chiang Kai-Shek en la China continental, los partidarios del Viet Minh sólo disponían de armas cortas; y a las tropas franco-vietnamitas les era fácil establecer fortines de madera y tierra en parajes aislados para desde ahí dominar regiones enteras. Pero después de la victoria comunista en China, los hombres de Ho Chi Minh han conseguido morteros y en general equipo pesado; de manera que los fortines vuelan ahora al impacto de las granadas del 81 y del 120.

En agosto de este año, antes de que comenzara la campaña de otoño, las fuerzas expedicionarias francesas en Indochina llegaban a 257 mil hombres; las de Viet Nam, a 130 mil. En total, contando con 12 mil regulares de Cambodgia y 11 mil regulares de Laos, el ejército activo usado contra el Viet Minh en Indochina llegaba a 410 mil hombres. Es de presumir que esa cantidad ha crecido al aumentar el rango de las operaciones en los últimos meses. No es posible saber qué número de partidarios del Viet Minh está en armas; pero es significativo que un escritor francés

haya dicho que “durante el curso de este año, los combates de guerrilla llevados a cabo por el Viet Minh habían adquirido una amplitud mayor”.

Ahora bien, los cientos de miles de hombres que combaten de lado a lado en Indochina no están librando una guerra meramente nacional. La victoria del Viet Minh sobre el Viet Nam no significaría sólo que un nuevo país —en este caso, tres— se incorporarían a la teoría de estados independientes tal como se concibe la independencia, por ejemplo, en América. Hay en juego algo mucho más amplio. Indochina en manos del Viet Minh significaría una nueva ampliación del poderío comunista en Asia. Esa guerra tiene, pues, un aspecto trascendental, que le da categoría de suceso de gran importancia mundial.

Desde un punto de vista meramente militar, viendo las operaciones de Asia desde el ángulo de una guerra general, lo que haya de suceder en Indochina es mucho más importante que lo que a la postre ocurra en Corea. Porque la victoria comunista en Corea no conllevaría la automática incorporación de los japoneses a la órbita soviética; en cambio, la derrota franco-vietnamita en Indochina significa la rápida incorporación de Malasia e Indonesia al mundo comunista. En términos estrictamente militares, puede asegurarse que Java, Sumatra, Borneo, Célebes y la Península de Malaca “cuelgan” de Indochina. Entre la Isla Luzón y las costas de Viet Nam sólo hay 600 millas, distancia ínfima para una escuadra y para aviones de bombardeo o de transporte. Pero Indonesia está más cerca de Indochina, dado que los acerca la ideología. Pues los indonesios, como los indochinos, no son comunistas; pero han sido demasiado salvajemente explotados por el imperialismo occidental para que no se sientan llenos de odio contra el hombre blanco; y lo que tienen que pedirle a la vida es mucho más de lo que hoy reciben, y menos de lo que les ofrece la teoría comunista.

Apabullados por la propaganda que la prensa norteamericana da a la guerra de Corea, nuestros pueblos apenas si se enteran de que en las montañosas islas filipinas hay bandas comunistas combatiendo; que en las intrincadas selvas indonesias se pelea casi a diario. Si Indochina acabara siendo base de operaciones del comunismo asiático —y eso lo sabe muy bien Mao Tse-Tung—, los sampanes cruzarían día y noche el Mar de la China llevando armas a los indonesios y a los filipinos que mantienen la bandera roja en los antros de sus montañas.

Francia, pues, está defendiendo con sangre de sus jóvenes a la alianza occidental en las selvas de Viet Nam. Pero es lo que uno se pregunta: ¿pueden los pueblos del mundo sentirse atraídos por un estandarte en que figuran, a esta altura de la historia, Sus Serenísimas Majestades Bao-Dai, Sisavang Vong y Norodom Sihanouk?

GUATEMALA A LA OFENSIVA*

Al cabo de estar padeciendo durante años una propaganda hostil de amplias resonancias, el gobierno de Guatemala ha resuelto colocarse a la ofensiva y responder golpe con golpe. Esto tiene mayor importancia de la que le concede a primera vista el gran público, pues una Guatemala vejada, maltratada y lanzada sobre las sogas en el campo internacional no es lo mismo, para el tablero político de América, que una Guatemala pegando donde duele. La principal fuente de esa propaganda contra los regímenes de Juan José Arévalo y Jacobo Arbenz ha venido siendo Estados Unidos, donde desde columnistas de poca monta hasta Dorothy Thompson han estado difundiendo la especie de que la hermosa tierra del quetzal es una avanzada soviética en el costado del Continente. En los días en que tomaba posesión de su cargo, el actual secretario de Estado de la Unión, Mr. John Foster Dulles, aseguró ante el Senado de su país que en América había dos graves amenazas para la estabilidad de los Estados Unidos: la corriente fascista, afincada en la Argentina, y la comunista, con base en Guatemala. Pocas semanas después aseguraba algo parecido Mr. Spruille Braden, lo cual dio pie para que *Bohemia* recordara que la realidad es bien distinta de ese simple esquema que pintan el canciller y el ex vicecanciller norteamericanos.

* *Bohemia*, Año 45, N° 18, La Habana, 3 de mayo de 1953, p.26 / p.113.

Teología, no; intereses, sí

Hay muchos acontecimientos de gran valor histórico en el fondo de toda esta agitación que se mueve en torno a Guatemala; y nosotros vamos a hablar de algunos. Pero antes que-rríamos dejar aclarados ciertos extremos. Por ejemplo, los señores Foster Dulles y Braden se callan ante América, cuando se refieren al fascismo en Argentina y al comunismo en Guatemala; que su gobierno está manteniendo, aumentando y estrechando sus relaciones de todo tipo con el régimen comunista de Tito, en Yugoslavia, y con el fascista (falangista) de Franco, en España; de donde resulta que no todos los gobiernos comunistas o fascistas son repudiados por Washington. En consecuencia, ambos distinguidos políticos hubieran hecho mejor si hubieran dicho, con palabras abiertas, que los gobiernos de Argentina y Guatemala “ponen en peligro” los intereses de norteamericanos (empresas, ciudadanos, capitales), puesto que la conducta de Norteamérica con Tito y con Franco prueba que no es el tipo de régimen, en sí, lo que ofende las buenas relaciones con la Casa Blanca, sino el hecho de que determinados gobiernos ponen en vigor medidas o leyes más o menos perjudiciales para los intereses norteamericanos.

Y eso es precisamente lo que viene ocurriendo en Guatemala. Al cabo de un siglo de dictaduras, las primeras apoyadas política y económicamente por Inglaterra, las últimas por Washington, Guatemala ha resuelto gobernar para los guatemaltecos. Y eso no puede hacerse allí sin chocar con la United Fruit Company, gran estado metido dentro de los estados centroamericanos; dueña de las mejores tierras, de los ferrocarriles, de las líneas de comunicaciones telegráficas, de las líneas de vapores, de bancos y de centenares de comercios. Ha sido la United Fruit Company la que ha movido, paciente y costosamente, durante años, esa terrible propaganda que ha venido abrumando a Guatemala. El objetivo de tal campaña

ha estado en promover golpes contrarrevolucionarios dentro del país, el último de los cuales estalló hace dos semanas en Salama, con participación de varios cientos de hombres. Está hablando un escritor y un militante demócrata abusivamente calumniado y perseguido por los comunistas; de manera que nadie puede llamarse a engaño con esta afirmación que hago: la etiqueta anticomunista ha sido usada para meter en Guatemala la mercancía podrida, fétida y despreciada de la peor reacción. Toda esa campaña, que parece haber ganado hasta la opinión de Mr. Foster Dulles, para convencer al Continente de que el gobierno guatemalteco es comunista no ha tenido otro fin que propiciar el retorno al poder de déspotas como Ubico, que concedió por ley derecho a los finqueros para asesinar a sus peones —y esto en abril de 1944, no en el pasado siglo—, que pagaba a los maestros siete dólares y medio mensuales y asesinaba sin piedad al pobre trabajador de la United Fruit que se atrevía a pronunciar la palabra sindicato.

Un viaje trascendental

Yo no puedo recordar con precisión si ocurrió en agosto de 1951 ó antes. Es el caso que por entonces recibí un día una llamada del Dr. Carlos Prío Socarrás, y él mismo me habló para decirme que quería verme en el Palacio presidencial. El Dr. Prío estaba preocupado. De manera irregular, guardando el incógnito, sin pedir el reglamentario permiso al Senado que demandaba la Constitución, había volado a Guatemala para hablar con el Dr. Arévalo. Carlos Prío, como muchos otros amigos sinceros de la Revolución Guatemalteca, consideraba que la campaña hostil al gobierno de Arévalo que venía desatándose en los Estados Unidos —oportuna y exageradamente coreada por las peores vulgaridades en la prensa y en la radio de Santo Domingo y de Nicaragua— estaba destinada a justificar contragolpes que impidieran

las elecciones en aquel país que tanto había amado Martí y que tan gentilmente lo había recibido en 1946. Acordándose entonces de que en su visita a Washington el propio Truman le había pedido que le dijera la verdad en cuanto se relacionara con la América Latina —porque él quería ser un buen vecino para los pueblos de esta parte del continente— resolvió ir a Guatemala, en viaje de ida y vuelta; hablar con Arévalo y con Arbenz y mediar en la lucha con ánimo de servir a Guatemala. En aquella entrevista, Prío Socarrás me mostró la copia de la carta que le había enviado a Truman. Hablando con encomiable entereza, el Presidente cubano le decía al Presidente norteamericano que él había visto pruebas de que tanto la United Fruit como funcionarios diplomáticos de los Estados Unidos actuaban en la política interna de Guatemala, con el objeto de propiciar la instalación de un gobierno que fuera dócil a sus intereses. Prío entendía que esa carta no había llegado a manos de Truman.

El embajador de Cuba en Washington había recibido instrucciones de pedir una entrevista con el primer magistrado de la Unión para hacerle entrega de la carta; pero cuando ciertos funcionarios del Departamento de Estado conocieron el texto del documento, maniobraron de tal manera que el resultado fue opuesto al perseguido.

Eso pasó en Washington. En Guatemala ocurrió algo parecido. En Guatemala hay comunistas; no tantos como hacen creer los enemigos de Arbenz, ni tan influyentes como se dice. Pero los hay. Los comunistas habían resuelto que Prío Socarrás era “lacayo de Washington”; y lo peor es que lo creían. Y si lo era, no cabía duda de que había ido a Guatemala como enviado del Departamento de Estado para distanciar a Arévalo y a Arbenz de las “fuerzas populares” e impedir así la victoria del último. Parece que Arbenz llegó a admitir esa intriga o por lo menos círculos estrechamente ligados a él la adoptaron. Por

donde vino a suceder que la gestión del gobernante cubano, hecha de buena fe y con los ojos puestos en la unidad democrática de las Américas, pero, a la vez, en la defensa de la revolución en nuestros países, fue tan mal vista en Washington como en Guatemala; y si no le creó una difícil situación en Cuba fue porque ningún cubano era capaz de echarle en cara su determinación de ignorar la Constitución para rendir beneficios a un pueblo hermano.

“Corta, pero sangrienta”

De manera que esta campaña, a la cual ha respondido ahora —por vez primera, pero con notable energía— el gobierno guatemalteco, ha tenido su historia, una dramática historia de la que puede entresacarse ahora el episodio del viaje de Carlos Prío Socarrás porque ya no se le causa daño haciéndolo público. Toda suerte de intrigas y toda clases de coacciones se han manejado en ella. Por ejemplo, recuerdo que cierta vez quiso hablar conmigo el Lic. Manuel Galich, ministro de Relaciones Exteriores que fuera del gobierno de Arbenz, y candidato presidencial derrotado en las última elecciones generales de Guatemala. Arévalo había enviado a Galich a Cuba con la misión de obtener uno o dos barcos, o por lo menos que buques de la Naviera hicieran la ruta Puerto Barrios-New Orleans, porque en respuesta a una medida legal favorable a los trabajadores de los campos de plátanos, la United Fruit había resuelto cancelar los viajes de su vapores, única línea regular que había entre Guatemala y los Estados Unidos. Galich quería que todos los amigos de Guatemala le ayudáramos en eso.

Para la gran prensa y la gran radio de Norteamérica, cada una de esas medidas era obra del comunismo guatemalteco. Sin embargo, Arévalo —y Arbenz, su ministro de la Guerra— fueron personajes de primera línea en la revolución de

Costa Rica, acaudillada por José Figueres; y esa revolución se hizo, sobre todo, para sacar del poder en la pequeña y brillante república centroamericana al partido comunista, que apoyaba sin reservas al gobierno de Calderón Guardia y Teodoro Picado. Sin la decisión de Arévalo, no habría habido movimiento liberador en Costa Rica. Fue de Guatemala de donde salieron las armas que le dieron la victoria a Figueres y a sus tropas. Esta es otra historia de la que algún día hablaremos largamente, cuando el contarla no cause daño a sus protagonistas. Por ahora, sólo apuntamos el tema para preguntar: ¿cómo es posible que Arévalo fuera partidario de los comunistas en Guatemala y su adversario en Costa Rica? ¿No se han preguntado esto alguna vez los promotores de que en Guatemala acaben a tiros con el “régimen comunista” de Arévalo y de Arbenz?

No; no se lo han preguntado porque desean seguir engañando al mundo; y nadie que pretenda engañar puede dudar públicamente de la calumnia que propaga. Con esa calumnia se promovieron más de veinte golpes contrarrevolucionarios al régimen del eminente educador y demócrata notable que se llama Juan José Arévalo; con ella están promoviéndose acciones de armas contra el gobierno de Arbenz. La última fue de envergadura. Hay que impedir a toda costa que en Guatemala sigan repartiéndose tierras entre trabajadores del campo. Y la manera de conseguirlo es echando del poder al coronel-presidente.

Mientras gobernó Arévalo era una fiesta, más o menos, calumniar y conspirar. Si no se moría en la acción, los conjurados tenían seguras la vida y la libertad. Arévalo era incapaz de responder con el filo al filo.

Pero Arbenz es otra cosa. Arbenz dijo, en ocasión memorable, que si la reacción de Guatemala y sus aliados del extranjero querían una guerra civil, iban a tenerla, “corta pero

sangrienta". Ya está dándose el vaticinio. Dentro del país han muerto varios conspiradores; y en el exterior se ha respondido a los ataques de una denuncia franca y enérgica contra los agentes de la propaganda hostil a Guatemala. Si los tragahombres del Caribe quieren entender el mensaje que va envuelto en la retirada guatemalteca de la Organización de Estados de Centro América, ya estarán temblando. Pues hasta ahora la OEA ha sido el escenario en que esos tragahombres han urdido sus vastas y tenebrosas intrigas; y la retirada de la ODECA es el prólogo para la retirada de la OEA. La OEA (Organización de Estados Americanos) fue la madre legítima de la ODECA.

Con que ya deben saberlo la OEA y los funcionarios norteamericanos: Guatemala ha resuelto dar la batalla y se ha lanzado a la ofensiva. Con la irritación que sacude los fondos del Continente, nadie sabe hasta dónde puede contar Guatemala y su gobierno con la simpatía de las grandes masas de este hemisferio del terror.

ULTRA

CIUDADES DOMINICANAS*

Don Mariano Azaña dijo cierta vez que a su juicio era imposible conocer un lugar si se ignoraba su historia; y por “historia” no entendía él, hombre de talento, esas reseñas que se hacen en obediencia a la clásica definición del vocablo, según la cual es “historia la narración y exposición verdadera de los acontecimientos pasados y cosas memorables”. Nosotros, que vamos a emprender esta noche un viaje a las ciudades de mi país, haremos, para conocerla mejor, una rápida travesía por el tiempo; veremos en un vuelo la ciudad del conquistador, la ciudad del mestizo, la ciudad de los dones; y como allá, igual que en todas partes, las ciudades no son un parche arbitrariamente pegado, sino producto de las actividades del pueblo, pasaremos también sobre algunas de la causas de evolución o retrogradación del país que afecten las ciudades y veremos su decadencia, su sin razón, para acabar con un paseo por las dos ciudades representativas.

* “Conferencia pronunciada por Juan Bosch en la Institución Hispano-Cubana de Cultura el 22 de diciembre de 1939. En esa ocasión fue presentado por el Presidente de la Institución como uno de los más aquilatados valores de la nación dominicana. Autor de buenos libros: *Camino real*, *Indios*, *La Mañosa*; *Hostos, el sembrador*; *Mujeres en la vida de Hostos*. Es también autor de varios cuentos traducidos al inglés, al francés y al alemán, siendo el primer escritor dominicano que escribió cuentos vernáculos y que utilizó el tema nacional. Actualmente está en Cuba para editar las obras completas de Hostos, por encargo de la Comisión Pro Centenario de Hostos de Puerto Rico” (Nota de la redacción).

En *Ultra*, Vol. VIII, Nº 44, La Habana, Marzo de 1940, pp.175-177.

[*Ya estamos todos en una ciudad dominicana del interior... Después de describirnos los pormenores de la ciudad, nos dice:*]** Si, realmente, se asombra el viajero, y por mucho que cale el ambiente no conseguirá otro resultado que el de saber que la vida de la ciudad está ajustada a la lenta dinámica de su expansión vegetativa. El visitante concluye admitiendo una inecuación entre el aspecto —las calles, los edificios, los jardines— y la gente. “Hay cuerpo, pero no hay espíritu”, dirá valiéndose de la gastada fórmula dualista.

La ciudad del conquistador

[*Entre otras cosas nos dice:*] Aunque no intervinieran los terremotos, el destino de las ciudades de la conquista era desaparecer, porque la misma Colonia iba a perder pronto toda atracción. El conquistador confundió la causa con el efecto, o mejor, el medio con el fin, y creyó que la riqueza residía en el oro, no en el trabajo; y como la isla no era todo lo aurífera que se pensó al principio, y como, además, se estaban descubriendo tierras donde había plata, esmeraldas, oro en cantidades fabulosas, el poblador de las ciudades de la Conquista comenzó a emigrar. Colón sí supo ver la verdadera importancia de la isla: “Puede dar de comer a toda Castilla” — dijo. Dos o dos y medio siglos más tarde se confirmó su visión: Francia creó en la parte occidental, en menos de un tercio de la isla y en las tierras menos fértiles, la colonia más rica del mundo en su época.

La ciudad del mestizo

Hay en la historia de América un acontecimiento que no ha sido enjuiciado en todo su valor, y me parece que ni siquiera se ha detenido en él la fugaz atención de nuestros estudiosos.

** Los comentarios de la revista *Ultra*, (*Ibid.*), aparecen entre corchetes y en itálicas [N. del E.].

Me refiero al nacimiento del primer mestizo, punto de partida biológico de un nuevo mundo.

El primer hijo de español y de india nace en la Española, entre yaguas de un bohío de alcurnia, porque es hijo de una caciquesa. Con él nace, en verdad, la raza que será en definitiva la dueña de América.

El negro traído para suplantar al indio es tan sólo material eugenésico: no aporta nada a la cultura hispánica relajada del mestizo. Por otra parte, es escaso en número; nada más en dos o tres lugares de la costa hay esclavos, y allí mismo, desde la primera entrega, empieza la negra a tener hijos de su amo. Igual que el mestizo, el mulato hereda la cultura española. Puestos en una balanza, ambos se equilibran. No se odian, quizá porque ninguno es privilegiado. Cuando se ayuntan dan el criollo, y el criollo no tendrá preferencias ni por mulatos ni por negros ni por blancos. Es un tipo nuevo, que aparece sobre la tierra totalmente desamparado cuando apenas quedan españoles y acaso algún poblado de indios... No hay brazos con que lavar oro ni esclavos para sembrar la yuca. El español y el criollo vuelven la vista en torno y hallan el campo virgen rodeando la ciudad. Es así como, incongruentemente, el campo dominicano comienza a nacer en la ciudad, cuando según las leyes económicas más elementales, la ciudad debía ser producto del campo.

La ciudad de los dones

Las leyes históricas son ineludibles. Las ciudades de la Conquista y del mestizo habían nacido y se habían mantenido a contrapelo de esas leyes. Pues bien, las mató la pobreza y las borraron los terremotos. Los siglos XVI, XVII y XVIII sólo eso traen: muerte lenta por hambre o violenta por sismos. En la parte occidental los bucaneros y los filibusteros se hacen fuertes y acaban estableciendo una colonia al amparo de Francia. Nace

Haití... Al empezar la tercera década del siglo XIX los dominicanos echan bonitamente a España; pero Haití, espoleado por la necesidad expansionista que le da su poderío económico, logrado por el emperador Christophe, y por su fuerza ideológica triunfante, rebasa sus fronteras y se mete en el nuevo Estado, al cual gobierna durante 22 años... Con los principios libertarios que lleva, la invasión haitiana completa la pueril independencia dominicana de España; tras los terremotos y la miseria que destruyeron el cuerpo, los haitianos avientan el espíritu colonial. Vuelve a nacer el país, esta vez normalmente, de adentro a afuera. Se inician entonces las ciudades de los “dones”... Se dice el “don” y se quiere decir “el dueño”, el señor de muchas tierras y ganados o de algún comercio importante.

La herencia del don

Hacia los inicios del último cuarto de siglo se establecen en la República Dominicana los primeros centrales. Nace la industria del azúcar. Nace después la escuela nacional, fundada por Hostos... la riqueza del Estado coincide con el florecimiento de la que había conquistado el trabajo del “don” y con la extensión de la agricultura. Se inició la exportación de cacao y de plátanos dulces y el comercio creó relaciones que llevaron a los “dones” o a sus hijos con más frecuencia a Europa... En párrafos sucesivos el conferenciante nos habla de los problemas políticos interiores y los relacionados con el Imperialismo Yanqui.

La decadencia de las ciudades

[Pasa el conferenciante a tratar el punto hablándonos en párrafos siguientes de la “sinrazón de las ciudades”. Sobre esto último nos dice:] Se ha llegado a no comprender que una ciudad no tiene razón de ser cuando no es un centro distribuidor o creador de riqueza, un centro de trabajo, en fin; que esos antros de burocracia sin moral alguna, descendencia bastarda de los

“dones” laboriosos y enérgicos, están consumiendo los medios de progreso que deberían ponerse al servicio del campesino, mayoría enorme del país.

Las dos ciudades

Vamos, pues, a ver como viajeros, los dos centros urbanos con categoría de ciudad que hay en la República Dominicana, Santo Domingo de Guzmán y Santiago de los Caballeros. La primera es la capital política y mental del país; la otra es la capital espiritual. Ambas representan dos mundos opuestos, y son, cada una, el resultado de las dos corrientes históricas que han formado al país.

Santiago está más cerca de la médula dominicana, que es rural y laboriosa; por eso se mantiene de fábricas que transforman el producto de la tierra. La Capital vive de la República; sus únicas fuentes de ingresos son el tráfico de lo que el país produce y compra, y el presupuesto, éste mayormente, causa, sin duda, de que sea tan inasible, porque obligada a transigir con quien mantenga el poder, se defiende guardando su corazón de puertas adentro silenciosa y huraña, como una gran dama venida a menos.

[*Después de terminar de describir los dos aspectos diferentes de esas dos ciudades nos dijo:*] Yo, cicerone en este viaje por el tiempo y el espacio que hemos hecho hoy, no soy santiagués ni capitaliño [*sic*] —valga la aclaración—; pero la adulta ciudad que guarda las cenizas del Descubridor me contagió con su incurable tristeza. De ahí que esta noche les haya aburrido soberanamente. Mi intención no era ésa, señoras y señores; mi intención era ser un guía divertido, jovial...

LA UNIDAD ANTILLANA*

Inicia su conferencia el Sr. Bosch refiriéndose a cómo los antillanos de habla española, al pensar en las Antillas, hacemos abstracción de aquellas en que se hablan otros idiomas. Y lo mismo hacen los ingleses, los franceses y los holandeses al referirse a sus posesiones insulares del Caribe. Esta actitud viene de muy lejos.

La unidad antillana, refiriéndonos al presente, es exclusivamente geográfica y, a causa de esto, económica en cuanto a su producción. Fuera de esto no hay unidad real y actual en las Antillas, donde hoy se hablan cuatro idiomas oficiales y varios dialectos. Somos un abigarrado mundillo, resultado directo de los diversos orígenes históricos, causados a su vez por las pugnas imperialistas de las metrópolis que nos formaron en la cultura occidental. Somos, pues, la consecuencia de consecuencias remotas, y de todas ellas, la postrera y, en este momento, más triste es la situación política del conglomerado antillano. La mayor cantidad de las islas está en el grupo de factorías europeas y americanas, de hecho muy por debajo del concepto verdadero de colonia.

* Conferencia pronunciada por Juan Bosch en la Institución Hispano-Cubana de Cultura el 16 de febrero de 1944. En *Ultra*, Vol. XV, N° 91, La Habana, marzo de 1944, pp.161-163. Los comentarios de la revista *Ultra* aparecen entre corchetes y en itálicas [N. del E.].

Se refiere al concepto de colonia y factoría, y pasa a estudiar los caracteres de la colonización de España, que “no descubrió ni colonizó, ni en general hizo nada a lo largo de su vida nacional, que no fuera desatar su genio aventurero y enfrentar con él, improvisando ante la necesidad, todo su papel histórico”. El genio español ha sido eminentemente aventurero y, por tanto, no planeador; ha sido una actitud creadora, no adaptadora ni calculadora; afectiva, por tanto, no mental. España no previó en momento alguno, ni por medio de sus intelectuales, ni por medio de sus estadistas, ni por medio de su pueblo, el destino a que estaban llamados los pueblos americanos.

Durante tres siglos las Antillas no tuvieron importancia para España sino como bases militares y de aclimatación, dejando que en estas islas se estableciese quien quisiera. El resultado es el mundo abigarrado que tenemos, y con él, muchos males que debemos encarar valientemente. Se refiere a las consecuencias que tuvo para Cuba y Santo Domingo el injerto francés en una parte de la Española y anota de paso que, gracias a que Cuba no se movía en torno al eje español, alcanzó un progreso superior, teniendo ferrocarriles mucho antes que la metrópoli y produciendo una clase dirigente, especie de burguesía de la tierra, mucho más avanzada que su congénere española.

Estudia la repercusión que la revolución haitiana tuvo en la economía y la historia de Cuba. Repasa la política exclusivista de las naciones colonizadoras y el aislamiento en que han vivido siempre las islas respecto unas de otras. Nada de extraño, pues, que los habitantes de estas islas vivieran sin concebir a las Antillas como un todo de gran importancia en el futuro desenvolvimiento de esta parte del mundo. Hoy estamos más separados que nunca y, a causa de la guerra, el concepto de islas bastiones, fortalezas militares de avanzada, prima sobre todos los demás.

¿Y por qué esta división? —pregunta el conferenciante. Su respuesta es: por ignorancia. Examina la importancia geográfica y económica de las Antillas y su necesaria unidad; necesaria porque al haberla geográfica, debe haberla en todos los demás sentidos. Expone seguidamente la pugna de distintas potencias por establecer su hegemonía en las Antillas, y sienta punto seguido la tesis de que importa mucho que nosotros, los antillanos, intervengamos en la política de las Antillas, pues las Antillas son una unidad, aun cuando no lo hayamos contemplado hasta ahora. Son una unidad natural y de producción, base de la economía, y esto nos afecta en todos los órdenes. Importa, por ejemplo, que los obreros de las distintas islas ganen igual jornal, o proporcionalmente igual; y como quiera que para que eso ocurra los obreros necesitan poder organizarse libremente, en todas las islas, nos interesa que se mantenga en todas el sistema democrático, llevado, si es posible, a sus últimas consecuencias, que es la república soberana, con su gobierno representativo popular. La presencia de colonias-factorías en las Antillas es perjudicial para la totalidad de sus habitantes, como lo es la presencia de dictaduras reaccionarias en cualquiera de las tres repúblicas que hay en ellas. El retraso de cualquiera de los pueblos antillanos se refleja en daño para los demás, sin acudir al mal que difunden los peores ejemplos.

Es, pues, necesario establecer la unidad de las Antillas, en el orden económico, político y social, aunque no lo sea en lo cultural. Debe llegar a establecerse de tal manera, que algún día el archipiélago antillano se presente al mundo como una confederación de pueblos insulares, o una federación o parte de una mayor confederación americana hemisférica. Pero esto último es una meta lejana, aunque no debe abandonarse. Lo primordial ahora, es fundir en un mismo interés el interés de todos los antillanos, y empezar a trabajar con vistas a un porvenir

previamente establecido; cercenar, de un tajo hábil, la torpe política de aislamiento y de la improvisación heredada de España, fundando desde ahora una política de meta fija, que debe ser la de la unidad antillana total.

En la última parte de su conferencia expone el Sr. Bosch lo que a su juicio debemos hacer inmediatamente los antillanos con miras a esa unidad, enumerando los principales puntos: establecimiento de comités populares en las islas y en los propios Estados Unidos, para persuadir al pueblo americano de la justicia que asiste a las Antillas en esta campaña por su unidad y su soberanía. Se refiere a la política de buena vecindad, y las beneficiosas consecuencias que habrá de tener para la libertad de los países antillanos y su inteligencia con el pueblo de los Estados Unidos, y dice que Cuba, por su gran desarrollo económico, por su elevado desenvolvimiento cultural, es la llamada a encabezar este movimiento unitario. Con la libertad de Puerto Rico, que parece en camino, serán ya cuatro las repúblicas antillanas cuyas voces, bien armonizadas, habría que oír, por tratarse de cuatro y de las únicas autorizadas en la zona insular del Caribe. Habría que adelantarse, además, para encontrar en el propio Puerto Rico la atención necesaria a una política común.

Y concluye:

“Creo que ésta es la oportunidad de empezar esa política. Si los medios que anoto no son los mejores, propongo que estudiemos la manera de buscar otros más eficaces. Lo que no puede ocurrir es que sigamos como hasta ahora, improvisando y vegetando, haciendo una edición moderna de la política de irresponsabilidad que caracterizó a España”.

INFORMACIÓN

LA MAYOR AVENTURA AMERICANA*

El día 27 de este mes cumple su primer siglo de vida la República Dominicana. Su gestación, su nacimiento y su perdurabilidad a lo largo de cien años son los tres puntos salientes de la mayor aventura americana. Pues ni cuando empezó a actuar por sí mismo en 1808, ni cuando guardó de nuevo las armas con que la defendió por más de un decenio; en ningún momento, durante su dramática etapa formativa, pudo el pueblo dominicano abrigar, en buena lógica, razones para creer que pudiera pervivir. Lo hizo, sin embargo. Lo hizo gracias a que tuvo una fe inconcebible en sí mismo y unos líderes extraordinarios, de heroísmo ejemplar y abnegación conmovedora. Lo que esos líderes y su pueblo construyeron está en pie y cumple ahora cien años. Si su obra no hubiera perdurado podríamos dudar de cuanto hicieron. Porque lo que hicieron fue, en verdad, increíble.

* *Información*, La Habana, 24 de febrero de 1944, p.15. Este artículo, al ser publicado, llevaba el encabezado siguiente: "El domingo se conmemora el primer centenario de la fundación de la República Dominicana. Como un homenaje a ese pueblo hermano, tan vinculado a Cuba, *Información* ha pedido a Juan Bosch, el conocido escritor dominicano exiliado entre nosotros, una narración de los sucesos que culminaron en la Independencia de aquel país. Ofrecemos una extracción a nuestros lectores, a la vez que hacemos votos por el progresivo engrandecimiento de la patria que nos diera a Máximo Gómez" (nota de *Información*).

Una historia distinta

La historia dominicana no se parece a la de ningún otro país del Nuevo Mundo. Cuando en América se inicia la lucha contra España, Santo Domingo libra una guerra para ser otra vez colonia española; mientras todos los pueblos de habla hispana del Hemisferio establecen sus repúblicas guerreando contra España, Santo Domingo la funda combatiendo contra otro país americano. Sólo los dominicanos erigen su república el propio día en que se sublevan y sólo ellos, en América, la defienden durante once años batiéndose en la frontera. Entre todos los países del Nuevo Mundo él es el único que se adhiere a Colombia espontáneamente, sin que el Libertador Simón Bolívar hubiera intervenido en ello e incluso sin que él lo supiera. Para colmo de sucesos extraños, la República Dominicana nace como producto del trabajo de una organización celular secreta, sin que la masonería, ligada a todos los movimientos emancipadores americanos, tuviera parte en el suyo.

Esa historia distinta tiene un origen: la existencia de dos pueblos diferentes en la isla cuya porción oriental sirve de asiento a los dominicanos. La República de Haití, establecida en el Occidente, determina el curso de los acontecimientos en la que fue la primera colonia europea en el Nuevo Mundo; y empieza a determinarlos desde que Haití, establecimiento francés, inicia su sangrienta revolución libertadora. Debido a esa revolución, los franceses, que necesitaban una base para llevar la guerra, obtuvieron de España la cesión de la antigua colonia del Este más de mil kilómetros cuadrados de una isla de 75,000.

La cesión fue acordada en 1795, en el Tratado de Basilea; sin embargo, Francia, demasiado embarcada en la tarea de someter a los 600,000 esclavos de Haití que se habían rebelado, no ocupó entonces la parte española. La ocupación demora hasta 1801, cuando Toussaint L'Ouverture, el caudillo haitiano que decía actuar en nombre de Francia, lanzó sus

ejércitos de ex esclavos sobre el Este y declaró que la isla era “una e indivisible”. Trece meses después los franceses iniciaron la reconquista, pero no pudieron llevar a los haitianos más allá de las viejas fronteras. En 1803, pues, la que un día fue colonia francesa de Haití estaba sublevada contra Francia y la que un día fue colonia española de Santo Domingo se hallaba bajo el poder francés. Así, con una contradicción histórica, se iniciaba en la isla que Colón llamó Española el siglo de la emancipación americana.

El 1º de enero de 1804 Jean-Jacques Dessalines proclamaba la instauración de la República de Haití y un año más tarde disponía la marcha de sus tropas hacia el Este. Era necesario destruir el poderío francés en la isla si se quería asegurar la vida de la nueva república. Dessalines entró por el Sur, hacia la capital de Santo Domingo; su lugarteniente Christophe hizo su entrada por la región septentrional, en dirección de Santiago de los Caballeros. Cuando los ejércitos franceses los obligaron a retirarse, lo hicieron incendiando las ciudades, degollando a los pobladores, sembrando el terror a su paso. Al final de aquella orgía de sangre y ruina, el panorama de lo que una vez fuera colonia española de Santo Domingo era desolador y sombrío.

Debido a tantos desdichados sucesos las familias acomodadas habían huido del país, en un largo éxodo que se inició con la invasión de Toussaint: las industrias quedaron demolidas, el comercio empobrecido, la cultura deshecha. Abandonado a la naturaleza, a la selva que campeaba en sus abruptas montañas, el territorio apenas contenía 50,000 habitantes —menos de uno por kilómetro cuadrado—, entre los que no pasaban de 10,000 los varones adultos. Apenas había caminos de mulos para conectar unas con otras las míseras ciudades; la escuadra inglesa, encargada de mantener en los mares la lucha contra Francia, aislaba a la colonia de todo contacto con el mundo.

¿Quién, en sus cabales, se hubiera atrevido a esperar de tan pobre país una acción capaz de enmendar el curso de los acontecimientos?

Sin embargo, hubo quien lo pensara y, lo que es más asombroso, quien se pusiera a hacerlo. Dos años más tarde, en 1808, surgía el primero de la larga serie de Quijotes dominicanos que iban a lanzar, unas veces con éxito y otras con fracasos, a ese pueblo inerme, desparramado en su selvático territorio, sin comunicaciones, sin industria, a la forja de su propia historia, llamada a culminar en el establecimiento de una república. Actuando por sí solos, los dominicanos irrumpían aplastando para siempre el poderío francés en la isla, mediante la campaña que se conoce con el nombre de la Reconquista.

La Reconquista

En agosto de 1808 llegaron a Santo Domingo las primeras noticias de la sublevación española contra Napoleón. Al recibirlas, Juan Sánchez Ramírez, dueño de cortés de madera, criollo emprendedor y de gran carácter, advirtió que había llegado el momento de poner en acción el sentimiento antifrancés que prevalecía en el país; y en un rápido recorrido que a lomo de mula hizo por todo el territorio, organizó la rebelión contra Francia. Obtuvo que las autoridades españolas de Puerto Rico le enviaran armas con que hacer frente a la fantástica tarea de derrotar a las tropas de Napoleón con unos cientos de campesinos y guardadores de ganado sin preparación militar. Él mismo carecía de ella. Pero cuando encaró a las águilas imperiales comandadas por el gobernador militar de la colonia, la mañana del 7 de noviembre de 1808 en la sabana de Palo Hincado, él, entre cuyas fuerzas no había un extranjero, un experto de las guerras que pudiera medirse con los franceses, tenía fe en una victoria que parecía imposible. Al parlamento que la noche anterior le había enviado el jefe

francés intimándole la vuelta a sus hogares, había respondido así: “Dígale al general Ferrand que Juan Sánchez Ramírez no acostumbra a negociar con los enemigos”; y esa mañana de noviembre se había dirigido a sus tropas con una arenga digna de los mejores capitanes de la historia: “Pena de la vida al soldado que volviere la cara atrás, pena de la vida al tambor que tocare retirada, y pena de la vida al oficial que la mandare, aunque fuere yo mismo”, había dicho.

La férrea orden no tuvo que ser impuesta. Deshechos por las cargas dominicanas, los escuadrones franceses fueron perseguidos y aniquilados y el general Ferrand acudió al suicidio para no sobrevivir a la deshonra de la derrota. Sánchez Ramírez marchó sobre la capital de la colonia, a la que la escuadra inglesa bloqueó por mar.

Una asamblea de representantes de todo el país eligió al vencedor de Palo Hincado Intendente General, Jefe del Ejército, con atribuciones de Capitán General de la que volvía a ser provincia ultramarina de España. Sánchez Ramírez se había sublevado al grito de “¡Viva Fernando Séptimo!”, y a los que le insinuaron proclamar la independencia del país contestó siempre que, si a pesar de hallarse bajo el poder español una vez y de Francia otra, los haitianos habían invadido, cuando Santo Domingo quedara liberado a sus propias fuerzas sería pasto de las ambiciones haitianas, sin esperanzas de salir bien de otra embestida, pues Haití era muchas veces más poderoso, tenía un ejército armado con exceso y necesitaba las tierras del Este. Por esa causa, y convencido de que su pueblo sentía tanta aversión por los haitianos como la que tuvo por los franceses, él prefería que los dominicanos volvieran a ser colonos españoles; de ahí que él gobernara “a nombre de las Cortes españolas y en representación del Rey”. A la hora de morir sus últimas palabras fueron de admonición: “Pido a los dominicanos que permanezcan unidos a España, porque el

día que no lo estén, Haití se adueñará de nuestra patria”, dijo. Hombre excepcional, su visión de profeta penetraba el misterio del porvenir y anunciaba los males.

Independencia Efímera y la ocupación haitiana

Sánchez Ramírez había muerto, pero no tardaría de sucederle otro hombre capaz de creer que su país podría enfrentarse a la adversidad que tenía por delante, y vencerla. Un nuevo Quijote iba a aparecer; sería desdichado, como el caballero manchego ante los molinos de viento, pero su fe no sería menor ni su fracaso disminuirá el repostero que su figura le merece a la historia.

Hacia 1820 la colonia de Santo Domingo languidecía de costa a costa. Ocupada en las guerras americanas, España la dejaba entregada a su suerte. Los capitanes generales pasaban por allí fugazmente, sin amor por aquella escuálida provincia de ultramar. Los dominicanos llegaron a sentirse alarmados. Ese período se conoce con el nombre de “la España boba”.

En Haití, mientras tanto, habían ocurrido notables sucesos. Muerto Dessalines, su lugarteniente Christophe se proclamó Rey de la región Norte, creó un poderoso ejército y amontonó miles de cañones, de los cuales había novecientos en su fantástico palacio de Sans-Souci. La parte Sur siguió siendo república y fue gobernada por Alexandre Pétion, gran amigo de Bolívar, a quien gracias a esa ayuda pudo Bolívar emprender la guerra otra vez, después del primer desastre de la Puerta y el sitio de Cartagena. Al morir Christophe, el Norte y el Sur se unificaron bajo el régimen republicano. Pétion no tardó en morir también y su teniente Jean-Pierre Boyer quedó colocado a la cabeza de un Haití unido que poseía, a la vez que una fuerte organización como Estado, los ejércitos y las armas que había acumulado Henri-Christophe Primero.

Boyer ascendía a la presidencia de Haití en 1819; en diciembre de 1821 los dominicanos proclamaban su independencia de España. Nunca como entonces corrieron ellos el peligro de ser absorbidos por sus vecinos; pero José Núñez de Cáceres, el hombre que dirigió el golpe de Estado contra el poder español, abrigaba una fe ilimitada en su pueblo y no temió al porvenir. Santo Domingo no podía seguir bajo la tutela de España si deseaba progresar; no había más remedio, pues, que declarar su independencia.

La medida fue tardía. Antes de que los comisionados arribaran a Bogotá, llegaba a las murallas de la capital dominicana Jean-Pierre Boyer, cuyos ejércitos habían irrumpido, a un tiempo, por el Sur y por el Norte. El propio Núñez de Cáceres debió entregar al presidente haitiano las llaves de la secular ciudad. Su obra moría al nacer. Don Quijote había tropezado con los molinos; pero de sus restos saldrían otros numerosos iluminados Quijotes que encenderían la apagada llama de la fe en el Pueblo y reemprenderían la aventura. La larga teoría de ilusos crecería mientras don José Núñez de Cáceres, a quien la historia llama el Autor de la Independencia Efímera, vagaba por América y moría en México, siempre confiado en que el porvenir sería benévolo con su país, que le reverencia hoy como a un gran patriota infortunado.

La ocupación haitiana, que se inició el 22 de febrero de 1822, duraría 22 años.

Fundación de la República Dominicana

En las primeras horas del 27 de febrero de 1844 —todavía durante la noche del 26 al 27—, el vecindario de la vieja Santo Domingo de Guzmán despertó alarmado. Se había oído un trabucazo hacia la Puerta del Conde, en las seculares murallas; poco después sonaban estampidos por otros lugares, discurrían a todo paso grupos de hombres y de caballos. Al

amanecer, la ciudad vio una bandera de cruz blanca, de cuarteles azules y rojos, coronando los edificios públicos; supo que se había formado una Junta Gubernativa, que en el interior del país se batían en retirada los haitianos, que ejércitos criollos marchaban, organizándose en los caminos, hacia la capital de lo que era ya, en esa misma hora, la República Dominicana. Una loca, ardiente ola de júbilo ganó a hombres y mujeres. Lanzados a la calle, unos y otros lloraban, abrazándose, mientras sus voces ahogadas repetían sin cesar: “¡Duarte, Duarte, Duarte!”.

Juan Pablo Duarte había sido el creador de aquella gesta. Hombre de una vida tan hermosa, tan abnegada, tan austera y tan dramática que no puede evocarse sin lágrimas, tuvo el coraje de creer en su pueblo cuando todo parecía perdido, la habilidad de aliarse a jóvenes de excepcionales cualidades, la capacidad de crear una organización celular secreta que trabajó durante seis años sin sosiego en pos de sus fines. Actuó tan concienzudamente, que antes de que se produjera la proclamación de la república había obtenido promesa de reconocimiento de los cónsules acreditados en Santo Domingo. Con la dirección de Duarte, que fundó La Trinitaria cuando sólo tenía 25 años, los conjurados pudieron salvar obstáculos que parecían insuperables. Ese hombre excepcional creó incluso el nombre del nuevo Estado, creó su bandera y su escudo: tan honda fe en la victoria de su pueblo albergaba aquel alto corazón.

La Trinitaria, asociación celular secreta, formada por grupos de tres, creada con el objeto de establecer en la parte Este de la isla de Santo Domingo la República Dominicana, fue formada inicialmente por Juan Pablo Duarte, Francisco del Rosario Sánchez y Ramón Mella. Este último disparó el primer trabucazo republicano en la Puerta del Conde; años más tarde su sangre de libertador se renovarían en su nieto Julio Antonio Mella, el malogrado líder cubano. Esa primera

célula de La Trinitaria se ha convertido en un símbolo de unidad; hoy, al cabo de cien años, la patria que crearon Duarte, Sánchez y Mella los reverencia juntos y los llama los Fundadores. Entre ellos, Duarte representa la idea, el espíritu y la dirección; Sánchez, el ímpetu patriótico, el coraje encendido; Mella, la serenidad resuelta, la decisión fría. Los tres organizaron su célula en 1838; durante seis años fueron ampliando la organización, sumándose a los mejores hombres del país. Cuando la hora de la acción llegó, la victoria coronó sus esfuerzos; una victoria bien triste para ellos, que tuvieron que pagarla con largos destierros, con muertes en patíbulo, con tribulaciones conmovedoras. Pero sus dolientes destinos los engrandece más, puesto que a despecho de esos destinos, la obra que crearon ha pervivido.

La historia de La Trinitaria no puede hacerse en un artículo de periódico. La cautela con que obraron sus hombres para no ser descubiertos, la sangre fría de que hicieron gala cuando el Gobierno haitiano empezó a perseguirlos y la habilidad con que organizaron la rebelión, para que triunfara en todo el país en el momento mismo de estallar, hablan por los que la formaban. A pesar de que lo temían, los haitianos fueron cogidos por sorpresa. Ni ellos ni nadie, excepto los conjurados, podían creer que hubiera gente capaz de abrigar la esperanza de que un pueblo pequeño, pobre, luchara contra sus opresores y los venciera. Además, contaban con lo que todos los dominadores consideran “el buen juicio” de las masas.

Cuando Boyer invadió la parte del Este, Haití tenía más de 600 mil habitantes —cantidad enorme, por esa época, en un país de este Hemisferio— y en Santo Domingo apenas había unas cuantas unidades de milicia criolla. Aunque no tan alta como la que Francia creó en su suelo con el trabajo de los esclavos, la riqueza haitiana resultaba imponente comparada con la de otras naciones americanas: sus exportaciones de

café, azúcar, índigo, relacionaban al haitiano con el mundo y le daban confianza en sí mismo. Esa notable diferencia de poderes, a la que se sumaban el prestigio guerrero de los haitianos, que habían vencido al mejor ejército del mundo, y el recuerdo aterrador de las invasiones anteriores, inmovilizó al pueblo dominicano y creó en los gobernantes de Haití un ilimitado sentimiento de seguridad. De ahí el largo tiempo de dominio que sufrieron los dominicanos; de ahí que nunca temiera Haití la rebelión. Viéndolo con ojos lógicos, en la parte española no había, en verdad, elementos con que fundar una república independiente y mantenerla.

Sin embargo, fue fundada y mantenida. Iluminados, por el ideal, surgieron los líderes que tuvieron fe en el Pueblo y fe en sí mismos. No evocaron el fracaso de Núñez de Cáceres, sino el acierto de Sánchez Ramírez. Don Quijote no cejó nunca. Los Quijotes dominicanos llevarían hasta el fin la gran aventura que es la historia de su país.

Las guerras republicanas

Convencido de su poder, el gobierno haitiano quiso rescatar lo perdido. Tres semanas después del 27 de febrero los ejércitos de Haití entraban en tierra dominicana, uno por el Sur, hacia la Capital de la nueva república; otro por el Norte, hacia la principal ciudad dominicana del interior, Santiago de los Caballeros. Como a Hércules en su cuna, dos serpientes poderosas iban a ahogar la obra de los trinitarios.

Pero el pueblo que lloraba el 27 de febrero estaba dispuesto a defender su república. Tras su flamante bandera, hombres de las villas y de las selvas corrían por todos los caminos del país, organizándose en la marcha, clamando guerra. Pedro Santana, hatero de la región oriental, surgió entonces al frente de sus guardadores de ganado y se dirigió a la frontera. El 19 de marzo los haitianos eran vencidos frente a Azua; el

día 30 quedaban destrozadas las columnas invasoras del Norte en los arrabales de Santiago de los Caballeros. En sus caballos de labor, abandonándolo todo, los campesinos corrían, día y noche, hacia la frontera que defenderían, durante once años, sin más amparo que sus pechos. Fue voluntad de la historia que los dominicanos, hijos de los hombres que 36 años antes habían combatido para ser españoles, no desmintieran a sus padres derramando la sangre que llevaban en las venas. Lucharon sin ayuda del mundo, solos, confiados a sus propias fuerzas y a la fe en su causa.

Once años más tarde se libraría la última gran batalla de aquella guerra feroz. Fue la de Santomé. Pedro Santana, a quien la posteridad reconoce, a pesar de sus errores, el título de Libertador que le dieron sus contemporáneos, debió enfrentarse a la postrera tentativa de reconquista haitiana, tal como el 19 de marzo de 1844 se enfrentó a la primera. “Ay de usted, general Cabral, si los caballos haitianos beben el agua de los ejércitos del río San Juan!”, dijo el jefe de los ejércitos del Sur, a manera de arenga, aquel hombre de hierro, honesto y terrible, que se expresaba como los romanos de los primeros tiempos.

Los caballos haitianos no bebieron el agua de San Juan. Los ejércitos de Soulouque, que se había proclamado en 1849 emperador de Haití, quedaron batidos definitivamente. En la acción, y a manos del propio general Cabral, perdió la vida el jefe haitiano, Duque de Tiburón, decapitado por el machete del héroe dominicano, mientras los escuadrones que él llevó a la invasión huían despavoridos, le vio allí Máximo Gómez, que hizo sus primeras armas en Santomé. Cuando contemplaba aquel cuadro final de esa epopeya, grandiosa a despecho de ser desconocida del mundo, el joven guerrero dominicano ignoraba que él iba a ser también un Quijote, el último de los Quijotes nacidos en el país que tantos diera. Para serlo más, él evocaría al hijodalgo manchego en la estampa, y como

aquel sobre Rocinante, él viviría a caballo, “deshaciendo entuertos” en la historia, blandiendo el machete de su lar nativo en Cuba.

Los pajonales de la sabana de Santomé ardieron fragorosamente ese día 22 de diciembre de 1855. El resplandor del incendio, provocado por las descargas, parecía un símbolo de la determinación dominicana e iluminó el final de la guerra. Pues desde aquella memorable fecha iba a iniciarse una larga era de paz entre los dos pueblos de la isla.

VENEZUELA A LA VANGUARDIA.
EL MENTÍS DE AMÉRICA. ¿SE EQUIVOCÓ BOLÍVAR?*

La Cámara de Diputados de Venezuela —equivalente a la de Representantes en Cuba— ha enviado al gobierno salvadoreño un mensaje que honra a toda América; en él se pide clemencia para los líderes de la revolución de abril que han caído presos, y especialmente para el Dr. Arturo Romero, caudillo civil del movimiento. Antes de que cayera en manos de Martínez, Romero había sido condenado a muerte y muchos de sus compañeros fueron fusilados cuando todavía no se había disipado el humo de los combates en los cuarteles de San Salvador. El primer pedido oficial de clemencia es ese de los diputados venezolanos.

Una nueva era se ha abierto a todas luces, en la actitud de Venezuela ante los problemas americanos; y así como en los días funestos de Gómez la patria de Bolívar no contaba en el mapa de la sensibilidad continental, hoy se ve a la hermosa tierra de los llanos acometiendo, sin ridículas precipitaciones, para situarse a la vanguardia de un frente de humanidad, donde pueda servir con eficacia a los sentimientos que más arraigados están en el hombre americano: los de clemencia, generosidad, amor al prójimo.

Hace muy pocos años que Gómez bajó, conmoviendo el substrato social venezolano, a la tumba que en el deseo de los

* *Información*, La Habana, 6 de mayo de 1944, p.14.

liberales del continente le esperó durante todo el cuarto de siglo en que se mantuvo, como un jinete bárbaro, insultando a la historia. Mientras él vivió, y aún a raíz de su muerte, los hijos descastados de América vociferaron que sólo Gómez podía gobernar a Venezuela y que sus métodos eran los únicos idóneos para tener frenado a un mundo en formación, caótico por la misma fuerza de su proceso de integración. Hubo hasta un escritor que inventó la teoría de la “democracia cesárea” para justificar a Juan Vicente. La ciencia y el arte de escribir fueron puestos al servicio de la regresión, a cambio, desde luego, de millares y aún millones de bolívares, llamados a pagar la “inteligencia” de esos pseudo pensadores que aterraron a Venezuela con la idea de que la desaparición de su amo conllevaría la del país. Tales ideas y tales métodos de propaganda se exportaron a muchos países del continente, el propio Salvador de Martínez entre ellos.

Sin embargo, murió Gómez y de los hombres que le rodeaban más estrechamente surgieron los que iban a probar que Venezuela podía vivir, y vivir mejor, sin el “benemérito” de Maracay y sin su sistema de gobernar. Hoy, ocho años después, Venezuela está a la vanguardia de todos nuestros países, poniendo en práctica justamente los principios opuestos a los que manejaba Gómez y elogiaban sus servidores. En vida de Gómez no se hubiera pedido clemencia para Arturo Romero e incluso se hubiera considerado peligroso antecedente no ponerle ante un pelotón de fusilamiento. De haberse visto obligado a decir algo en caso parecido, Juan Vicente hubiera dicho esto: “Espero que lo fusile cuanto antes, compadre Martínez”.

El Libertador dijo un día que Venezuela era un cuartel. La frase de aquel grande fue utilizada hasta el abuso por los partidarios de la “democracia cesárea” en el país “¡Venezuela es un cuartel y debe ser gobernada como tal, con rigor y disciplina! ¡Lo dijo Bolívar, que fue un profeta!”.

Pero bajo el régimen de Medina Angarita, y aún antes, en el de López Contreras, la patria que Pérez cosió a lanzazos demuestra a ojos vista, que es un pueblo de hombres que tienen, como todos, el ideal de una humanidad mejor y la aspiración de una América en que florezcan sin estorbos esos tan americanos sentimientos de amor al prójimo, de generosidad, de clemencia que no pueden cosecharse hoy en El Salvador de Martínez.

El mensaje de la Cámara de Diputados venezolana al gobierno salvadoreño es el mentís de América a los que justifican la existencia de tiranías en nuestros países con la peregrina tesis de que así hay que gobernar en estas tierras.

En cuanto a la frase de Bolívar ahí está aún. Bolívar dijo que Venezuela era un cuartel, pero no pretendió con ello divorciar al soldado y al hombre; pues él, soldado y hombre, sabía que se puede ser lo primero sin dejar de perseguir un mundo de paz y de amor, e incluso que se debe ser lo primero sin dejar de ser lo segundo para poder lograr ese hermoso fin. Ahora, por ejemplo, los venezolanos están siendo soldados de la América libre y humana. Los militares de Martínez, en El Salvador, ¡esos deshonran el nombre de soldados y el título de americanos!

CAMBIOS EN HAITÍ. MR. LESCOT Y SUS IDEAS. LA LECCIÓN DE LA HISTORIA*

En medio de un silencio que puede ser generoso tanto como ignorante, se han producido cambios fundamentales en las bases jurídicas del Estado haitiano; la Constitución ha sido reformada y Mr. Lescot, el sonriente gobernante que visitó La Habana meses atrás, prolongará su mandato por siete años más de aquellos que inicialmente debió durar en el poder. Ha habido otros cambios serios, que sería prolijo enumerar, en la Carta Magna de la vecina república antillana.

A principios de este año Mr. Ellie Lescot habló a su pueblo con un lenguaje claro y tajante, para advertirle que Haití necesitaba “el sacrificio de su élite”, en el sentido de que ésta debía dedicarse a producir en el país las condiciones que faciliten el desenvolvimiento de la democracia; en su expresión mínima, esas condiciones son cultura, salud y cierto bienestar. El pueblo haitiano es en gran proporción analfabeto, con un idioma intrasmisible para los fines de la cultura (el *créole*, que no se escribe**), vive azotado por enfermedades cruelísimas y es sumamente pobre; la mayoría de las enfermedades se deben a desnutrición o parasitismo. Mr. Lescot dijo que había que luchar para mejorar tal estado y que él

* *Información*, La Habana, 9 de mayo de 1944, p.14.

** En esa época no se escribía ni era aún lengua oficial en Haití (N. del E.).

encabezaría la columna de los “sacrificados”; más aún, aseguró que no toleraría que nadie le discutiera el derecho de ser el jefe de esos “mártires” de la patria.

Mr. Lescot es, no hay quien deba dudarle, un hombre honrado que dice lo que siente y que ama a su pueblo. Pero Mr. Lescot puede ser también, sobre todo en este momento, un señor olvidadizo, que no recuerda la lección de la Historia.

Pues la Historia dice, con mayor claridad que la que tuvo Mr. Lescot en el discurso a que hemos aludido, que no ha habido durante los ciento cuarenta años de vida republicana en Haití ninguna élite dispuesta a realizar sacrificios por el bien del Pueblo. No la ha habido en Haití, ni en parte alguna del mundo, ¡por desgracia! La élite haitiana, con la cual hay que contar como cuerpo técnico y servidor para establecer una dictadura, acaba secando los mejores sueños de esa dictadura y dejando vivo nada más el cuerpo hambriento, la garra poderosa y el corazón cruel. Esa élite a la cual quiere encabezar Mr. Lescot no se sacrifica por nadie, porque lo que ella hace es vivir a expensas del Pueblo, succionar siempre en su exclusivo beneficio.

Una ojeada certera hacia la Historia le demostraría a Mr. Lescot que su pueblo no necesita “el sacrificio” de su cebada élite. Haití era más pobre, más enfermo, más inculto que hoy y estaba sometido al riguroso despotismo de los plantadores franceses siglo y medio atrás, y ello no fue obstáculo para que de su entraña esclava pariera caudillos extraordinarios, que guiaron a su pueblo en la revolución más completa que recuerdan los anales del género humano, la única revolución que fue a un tiempo guerra política de liberación nacional, guerra económica, social y racial. No había élite que se “sacrificara” entonces; los líderes que dirigieron al Pueblo en ese trance portentoso salieron de entre los esclavos.

Los pueblos dan de sí, de sus masas más oprimidas, a los que en verdad han de sacrificarse por ellos. ¿Por qué ha de considerarse Mr. Lescot el único capacitado para dirigir a Haití en su búsqueda de la cultura, la salud y el bienestar?

Mr. Lescot es honrado al pensar como piensa, de ello no hay duda. Pero los honrados también se equivocan y a nuestro juicio Mr. Lescot está padeciendo un error. A la hora del recuento histórico la equivocación equivale a traición y es tan funesta como el mal premeditado. Con honradez o sin ella las dictaduras jamás se justifican, porque en último extremo son el resultado de un falso enjuiciamiento de la verdad histórica y se basan en la ignorancia de lo que es capaz de hacer un pueblo.

Y lo que hace el Pueblo es forjar la Historia misma. La forja luchando por lograr lo que persiguen todas las asociaciones humanas: libertad, justicia, bienestar... el mínimo de dicha indispensable para que la vida no sea una carga irresistible.

MARTÍNEZ EL TEÓSOFO. HORA DE LIQUIDAR.
EL PUEBLO ES INVENCIBLE*

Martínez, el teósofo dictador salvadoreño, que no come carne pero derrama sangre humana sin tasa, acaba de oír la voz de los “seres astrales” que le ordenaban resignar el mando. Durante trece años estuvo, contra todas las leyes de su país y los mandatos de la conciencia americana, pisoteando a su pueblo. Hace dos meses una de esas Asambleas Constituyentes que fabrican para su uso los déspotas criollos prolongó su mandato, que debía terminar el 1° de enero del próximo año, hasta 1955. Los asambleístas y Martínez ignoraban que había sonado ya la hora de liquidar cuentas ante El Salvador y ante América.

La deuda del dictador centroamericano alcanzó su mayor altura hace unos días, cuando ordenó fríamente el fusilamiento del coronel Tito Calvo y de 24 líderes de la revolución de abril. Asesinatos como esos no pueden hacerse ya en esta parte del mundo. Pero ciertos gobernantes no se dan cuenta de que, a pesar de ellos, los pueblos y el mundo están cambiando perpetuamente. Martínez no advirtió que el salvadoreño de hoy no es el salvadoreño de trece años antes; creyó que podía derramar sangre con la misma impunidad con que la derramó cuando masacró a sus enemigos a raíz del golpe de Estado con que, a un tiempo, depuso a su amigo el Dr. Araújo y trepó a la Presidencia de la República.

* *Información*, La Habana, 11 de mayo de 1944, p.14.

La rebelión contra Martínez estalló el 2 de abril y fue rápidamente vencida; pero sólo en la superficie. Nadie creyó que esa revolución vencida, como los moribundos que en el postrer instante de su vida aciertan a disparar sobre el corazón del enemigo, pasaría a la historia llevándose consigo a Martínez. Al ahogarla con su típica implacabilidad de indio fanático, el dictador se ahogó a sí mismo.

Acaso todavía no sea hora de cantar victoria en definitiva. Hay que temer siempre a los hombres como Martínez, capaces de simular una retirada que se parezca, sino en la intención ni en el contenido heroico, sí en la táctica, al “vuelvan caras” con que Páez violó hermosamente a la Historia. Pero de todas maneras, es un triunfo del Pueblo que Martínez amague, siquiera, con retirarse, porque al hacerlo está reconociendo el poder de los principios que él maltrató durante trece años, y los derechos del Pueblo, secuestrados tan salvajemente.

Jamás han sido inteligentes los dictadores; si lo fueran empezarían por no erigirse en amos, pues su pretensión de gobernar sobre un país como si no existiera la continuidad relativamente eterna de los pueblos, y con ella la historia que juzga y endereza, resulta estúpida desde que ignoran que “el César puede destruir a todos sus enemigos, menos al que habrá de ser su sucesor”.

Con efecto, jamás podrá el tirano decapitar al que un día le sucederá. Y es irremediable que alguien le suceda, pues un pueblo sobrevive a su déspota, y ahí está el secreto de su invencibilidad. Podrá sufrir el sometimiento un año, dos, diez, veinte; pero su voluntad de ser libre jamás se secará, su deseo de mejores épocas no se agotará, su ambición de vivir con mayor desahogo perdurará siempre.

Abatido por una rebelión nacional en forma de huelga general, prolongación de la revuelta armada tan trágicamente sellada por él, Martínez sale ahora de la presidencia de El

Salvador. En sí mismo ha aprendido que los pueblos nunca resultan vencidos, porque cuentan con el tiempo para fortalecerse en él y en él aprender a combatir y a triunfar. Si en el fondo de la conciencia teósofa de Martínez quedara una sombra de amor a los seres de carne y hueso, no a los “astrales”, su deber de hombre sería irse a Nicaragua, a Guatemala, a Honduras; presentarse allí a Somoza, a Ubico y a Carías, que se discutieron con él durante años el título de Opressor Mayor, y convencerlos con su estampa de vencido de que, como el salvadoreño, los pueblos nicaragüense, guatemalteco y hondureño son invencibles.

Porque son casi inmortales y, mientras viven, los pueblos aspiran a ser libres y felices y luchan sin cesar para merecer y alcanzar esas metas.

LA CAÍDA DE MARTÍNEZ. SUS CAUSAS.
LOS PERTURBADORES DE LA PAZ*

Un cable de San Salvador afirmaba que el dictador Hernández Martínez —Martínez, le llamaban dondequiera— presentó su renuncia apenado por la muerte de un estudiante a quien asesinó un oficial del Ejército. Esa noticia no puede ser más pueril. Para saber por qué cayó Martínez hay que saber por qué subió al poder y cómo se sostuvo en él.

Desde luego, hay múltiples fuerzas, visibles unas y ocultas las otras, en todo fenómeno social político, y no pretendemos referirnos, en un breve comentario de periódico sobre los sucesos de El Salvador, a todas esas fuerzas; mencionaremos sólo las principales.

La economía salvadoreña descansa en el café, como la de Cuba se basa en el azúcar. La región oriental del pequeño país centroamericano está fundamentalmente destinada a la producción cafetalera: allí ha ido desarrollándose una especie de núcleo feudal, manejado por los plantadores y sus descendientes italianos de nacimiento o de corazón, alemanes algunos, algún que otro norteamericano; no son muchos estos últimos porque no son muchos los señores de horca y cuchillo en el Oriente de El Salvador: serán cincuenta, sesenta familias. Pero que sean cincuenta u ochenta poco importa para los fines políticos que persiguen; ellas son, de hecho, las dueñas

* *Información*, La Habana, 13 de mayo de 1944, p.14.

de los destinos salvadoreños, la república de aquellas célebres “doscientas” que entregaron a Francia, maniatada y deshonrada, en manos de Adolfo Hitler. Desde que establecieron su hegemonía política en El Salvador, por el camino de la hegemonía económica que habían alcanzado al controlar la producción del grano que alimenta fundamentalmente el presupuesto salvadoreño, esas familias de la región oriental han quitado y puesto presidentes. A Martínez lo llevaron ellas al poder, lanzándolo contra el Dr. Araújo. Para defender los intereses de esos señores del café, Martínez asesinó a millares de indios agricultores, de peones misérrimos, que habían declarado una huelga en busca de mejores salarios a raíz de hacerse presidente el dictador ahora depuesto. Durante trece años lo sostuvieron en el poder, y fue en su beneficio que Martínez mantuvo sus estrechas relaciones con Hitler, Mussolini y el Japón; pues esas familias, por educación y por espíritu de clase, son fascistas hasta los tuétanos.

Pero la guerra le dañó el baile a Martínez. Obligado a virar a favor de las democracias, tuvo que incautarse de las propiedades cafetaleras de italianos y germanos, con lo cual perdió el único apoyo que tenía. Con extraordinaria habilidad, el movimiento dirigido por Arturo Romero, médico y profesor, se aprovechó de esa circunstancia. A un tiempo, pues, los señores orientales y los demócratas honestos tuvieron un mismo interés. Los orientales jugaron sus piezas en el Ejército, y eso explica que al frente de la revuelta militar estuviera el coronel Tito Calvo, hombre de confianza de los cafetaleros, su perro de presa, que dirigió las horrendas matanzas de indios y peones realizadas hace trece años. El sector civil acaudillado por Romero y por otros hombres limpios de El Salvador aceptó la alianza con Tito Calvo y los suyos porque comprendió que lo urgentemente necesario era romper el frente de la dictadura; después llegaría el momento de arreglar

cuentas con los soldados ensangrentados. La rebelión castrense fracasó y Tito Calvo fue fusilado. Pero el Pueblo reaccionó cuando llegó la hora del sacrificio de Arturo Romero, hecho preso en la frontera nicaragüense y destinado al patíbulo por el dictador. Por eso estalló la huelga, que además de ser popular estaba respaldada, bajo cuerda, por los cafetaleros orientales; y fue esta participación de los cafetaleros lo que hizo que el Gabinete de Martínez le pidiera la renuncia. Ese Gabinete era también hechura de los señores del café. El presidente elegido para suceder a Martínez representa a las familias de Oriente. El Pueblo lo sabe; de ahí que la huelga haya proseguido a pesar de la renuncia de Martínez.

Esas son, en trazos escuetos, las causas de que Martínez saliera del poder, no el cuento de que el dictador viera con amargura la muerte de un estudiante. ¿Cómo iba a importarle la sangre de un jovencuelo a un hombre que había derramado días atrás la de varios líderes y se preparaba a regar el suelo con la de Romero y muchos otros?

Esas, y otra de gran importancia: la paz de América es ahora necesaria para la vida de esta parte del mundo, como el aire que respiran las criaturas mortales lo es para todos. Y en alguna parte están comprendiendo ya que los dictadores, apoyados antes porque era imprescindible “sostener la paz” en estos países, son los únicos, los verdaderos perturbadores de la paz de los pueblos.

Pues ellos viven elaborando, con sus atropellos a todo principio de convivencia, climas de guerra que no permiten el desarrollo y el sostenimiento de la única paz duradera, la que crece alimentada por la tranquilidad de todos, por la esperanza de todos y por el asentimiento de todos.

EL CASO DE PUERTO RICO.
DECLARACIONES INSÓLITAS. ALGO DE HISTORIA*

En los últimos tiempos el nombre de Puerto Rico está apareciendo con bastante frecuencia en los periódicos norteamericanos, unas veces, como en el caso de la Revista *Life*, para recordar al Pueblo de la Unión que en la pequeña isla del Caribe hay cerca de dos millones de seres que son legalmente americanos y que están sufriendo toda suerte de privaciones; otras veces para denostar al gobernador Rexford Tugwell, nombrado por Mr. Roosevelt ejecutivo de la diminuta Borinquen. Para esto último dio días atrás, acogida en sus columnas a unas declaraciones de Bolívar Pagán el *Journal of Commerce* de New York.

Bolívar Pagán es el comisionado puertorriqueño residente en Washington, es decir, el hombre que representa ante el Congreso de la Unión a los vecinos de la antilla del cordero. Bolívar Pagán, enemigo político del gobernador Tugwell, trinó contra éste y lo acusó de estar llevando la isla hacia el socialismo. Jamás se hicieron acusaciones más demagógicas y, por lo mismo, menos dignas de atención.

Pues este Bolívar Pagán que así truena denunciando lo que él llama “costoso experimento socialista puertorriqueño” es el jefe del Partido Socialista de la isla, y por esa razón el que menos derecho tendría a proteger de que en su país se estableciera

* *Información*, La Habana, 16 de mayo de 1944, p.14.

algo parecido a la doctrina que él dijo defender cuando aspiraba a que el pueblo borinqueño lo mantuviera en un cargo de representante, primero, de senador después y de comisionado residente ahora.

El Partido Socialista fue fundado en Puerto Rico por un español, gallego por más señas, llamado Santiago Iglesias, que llegó a la isla casi tras los ejércitos americanos, al finalizar el siglo pasado. (Puerto Rico, como se recordará, pasó de colonia española a posesión de Estados Unidos a raíz de la guerra hispanoamericana). Iglesias había residido en Norteamérica, y se había naturalizado allí. Tras algunos años de lucha, fundó el Partido Socialista puertorriqueño. Andando el tiempo Bolívar Pagán, joven político de la isla, se casaría con una hija de Iglesias y heredaría de éste la jefatura del Partido. Antes de morir, Iglesias hizo una de esas cosas que sólo ocurren, sin pena de la vida, en nuestros infantiles países: alió a su partido con el llamado Republicano, compuesto de capitalistas, patronos y azucareros. En una palabra, metió a la oveja en la cueva del lobo. Al dejar el sucio mundo donde así podía actuar, Santiago Iglesias dejó también a su yerno como rector de las masas obreras y socio de los prepotentes señores de la isla. A Bolívar Pagán le gustó más la opípara mesa de sus nuevos compañeros que la sobria de sus antiguos "camaradas", y mudó la dirección del Partido para los palacetes de los azucareros.

Mas he aquí que, inesperadamente, a principios de 1939, se formó en Puerto Rico un partido nuevo, compuesto de campesinos, jóvenes estudiantes, antiguos socialistas disgustados y viejos liberales que habían sobrevivido a la muerte de hecho de su partido; toda la masa, en fin, opuesta a los republicanos y asqueada de sus recientes compañeros socialistas. Ese partido nuevo fue el Popular, que al cabo de un año de nacimiento conquistaba el poder. (El poder es, en Puerto Rico, el Legislativo, formado por las dos Cámaras coloniales, pues

el Ejecutivo es designado por el Presidente de los Estados Unidos y el Judicial mantiene relativamente su independencia). Las elecciones que llevaron a los populares al poder llevaron también a Bolívar Pagán, gracias a su alianza con los republicanos, al puesto de comisionado residente en Washington.

El jefe del Partido Popular, un escritor llamado Luis Muñoz Marín, es gran amigo de Roosevelt y consiguió de éste que le nombrara para gobernador de la isla a Rexford Tugwell, un hombre capaz y honesto, de esa juventud izquierdista norteamericana tan candorosa y tan admirable. Con un gobernador así, que no iba a vetar las leyes sociales que él pretendía hacer votar por las Cámaras, Luis Muñoz Marín empezó a crear la legislación popular que los socialistas habían prometido, durante años, sin cumplir jamás. Tal legislación ha impuesto en Puerto Rico el reparto de tierras, mejores condiciones para el obrero, aprobación de ferrocarriles y plantas de energía eléctrica.

Eso mismo pedía a voz en cuello Bolívar Pagán cuando reclamaba los votos de los trabajadores y campesinos puertorriqueños ocho años atrás. Ahora se alarma de ver realizados los sueños que él ayudó a alentar.

¿No es para considerar demagógica la actitud del comisionado residente de Puerto Rico en Washington, y no es lamentable que los periódicos de la Unión den albergue a clamores tan interesados? Pues aunque el *Journal of Commerce* sólo lo haga por defender los bonos de sus amigos, los dueños de ingenios en Puerto Rico, debió tener en cuenta que un abogado malo no es lo más indicado para defender una causa mala.

INDUSTRIALIZACIÓN DEL CONTINENTE. AMÉRICA, LA RESERVA DEL MUNDO*

Parece que la idea dominante en la Conferencia Interamericana de Fomento, reunida ahora en New York, es la de la próxima industrialización de la parte Sur del hemisferio. El desarrollo industrial de América Latina conviene, según los líderes de la economía estadounidense, a los fines de ambas porciones del Nuevo Mundo y a los de todo el planeta.

Resulta doloroso comprobar que se ha necesitado de una guerra monstruosa, como la presente, para que los hombres de empresa norteamericanos hayan abierto los ojos sobre las perspectivas que una América Latina industrializada presenta al porvenir de la humanidad. La lección de la historia fue muda para los controladores de la riqueza mundial, a pesar de que tal lección tiene siglos y es contundente; con ella no caben interpretaciones ni confusiones. Lo que ella dice es una sola cosa.

Pues a los ojos de cuantos hayan recorrido, siquiera superficialmente, la crónica de los acontecimientos mundiales, está claro que el descubrimiento de América —y nos referimos escuetamente al de la América Latina, ya que la porción septentrional del hemisferio no entró en el torrente de la economía universal sino mucho más tarde— significó un aumento fantástico en la riqueza del mundo occidental. Insurgiendo, brutalmente, por entre la organización de la

* *Información*, La Habana, 18 de mayo de 1944, p.14.

sociedad europea, el descubrimiento trastornó cuantas concepciones del Universo habían privado hasta entonces: la geografía, la etnología, la cosmografía, la botánica, y todas las artes derivadas de las ciencias organizadas y de los conocimientos empíricos —excepto las matemáticas, si acaso, y sus artes derivadas—, sufrieron una dislocación equivalente a la que sufría el mundo, en el cual aparecía de pronto una porción ignorada y vasta, como hubieran podido aparecer en los cuerpos de los hombres piernas y brazos nuevos. En cuanto a la economía, el enriquecimiento que suponían los metales y los nuevos productos de consumo llevados de América fue de tal magnitud que dislocó las relaciones y los valores, de la misma manera que un volcán súbitamente nacido en una llanura disloca toda la región en que ha aparecido, desplaza la producción, trastorna el tradicional orden geográfico u orográfico.

Desde la aparición del cristianismo, con sus secuelas políticas y económicas, ningún acontecimiento fue tan profundamente revolucionario en todos los aspectos y, especialmente, en el económico. Pero durante siglos los hombres no comprenderían que la riqueza americana estaba más en su capacidad latente que en su producción real. Pues respecto de nuestro continente no cabe preguntar qué hay, sino qué falta. Y no falta nada. Cuanto la criatura humana pueda necesitar para una vida abundante y cómoda, tanto puede dar América. No hay un mineral, no hay un vegetal de los que puedan ser transformados en bienes para el hombre, que no figure aquí, de México a la Argentina. Hemos aturrido al mundo con nuevas fuentes de nutrición, de vicio o de materiales industriales, desde el maíz y la papa y el tabaco hasta el caucho. ¿Qué no podremos hacer para la mejor vida del género humano si se nos ayuda a industrializar cuanto poseemos? La riqueza que hemos dado a los hombres no

será nada comparada con la que podremos darles. Lo que estamos en condición de hacer en beneficio de la humanidad es simplemente incalculable.

Pero ha sido menester que se diera una guerra como la actual para que se comprendiera cuánto ha estado perdiendo el mundo a causa de la mezquina política que se siguió con nosotros. Como fuente de materias primas que enriquecieron industrias foráneas, hemos sido una colonia de Europa y de América del Norte, no un factor consciente del bienestar universal. Ahora, al darse cuenta de que un imperio industrial necesita estar en condiciones de defenderse cuando es agredido, y que para defenderse le es preciso contar con una retaguardia industrial dentro de sus límites de movimiento normal, los norteamericanos comprenden que sin una América Latina desarrollada a toda capacidad ellos no podrán subsistir, porque América Latina es esa retaguardia en su vecindad. Al inutilizar el Pacífico y poner en peligro las rutas comerciales entre los continentes, la guerra ha hecho que los líderes estadounidenses se den cuenta de que han tenido a las puertas del país todo un mundo cegado por la mezquindad de sus políticos, banqueros e industriales. Han despertado al estampido de los cañones.

El resultado de ese despertar será que, si los planes que se estudian no quedan arrinconados al final de la contienda, la América Latina podrá completar el fantástico enriquecimiento de la humanidad que se inició a raíz del descubrimiento. A un mismo tiempo ganaremos nosotros y ganará el mundo. Esta América es, en verdad, la reserva del género humano y de sus tierras saldrá cuanto se requiera para que todos los hombres coman, vistan, disfruten del placer de vivir bien. Todos los hombres, incluyendo a los latinoamericanos.

DERECHO DE ASILO. NEGATIVAS Y HÉROES EN EL SALVADOR *

El embajador mexicano en San Salvador fue llamado a México para que respondiera a la acusación de haber negado asilo en la embajada a numerosos revolucionarios perseguidos por Martínez a raíz del fracaso de la revuelta de abril. Se sabe que las legaciones de Costa Rica y del Perú abrieron sus puertas a muchos cuyas vidas peligraban; se sabe que lo hizo también la de Guatemala, a pesar de que representa a un régimen peor, tal vez, que lo era el de Martínez, incluso se sabe que los salvadoreños que lograron cruzar la frontera guatemalteca fueron bien acogidos y recibieron dinero de parte de Ubico, quien los ayudó a seguir viaje hacia México. ¡Hasta la legación española abrió sus puertas a los que tocaron en ella demandando asilo!

La que no las abrió fue la norteamericana. A cal y canto, las suyas permanecieron cerradas para los rebeldes. Al darse cuenta de que la revolución iba al fracaso, su líder militar, el coronel Tito Calvo, se metió en un tanque y se dirigió a la embajada de Estados Unidos. Mr. Walter Thurston, el embajador, le explicó que no podía asilarlo porque su país no había firmado el Tratado de Montevideo de 1933, por el cual se regula el derecho de asilo en América. Tito Calvo fue fusilado. Acaso viviría a estas horas si en vez de tocar en la

* *Información*, La Habana, 20 de mayo de 1944, p.14.

puerta de la embajada del poderoso país vecino hubiera llamado a la de los humildes costarricenses.

Mr. Thurston no creyó que Martínez iba a responder tan criminalmente al ataque de los revolucionarios. Americano del Norte, hecho a otras concepciones del hecho social, pensó que el dictador era capaz de tener entraña. Así, cuando la madre y la hermana de un rebelde preso fueron a suplicarle que interviniera para salvarle la vida a éste, el embajador contestó que su mediación no sería necesaria porque ninguno de los presos corría peligro. “Martínez no fusilará a nadie”, dijo. “¡Pero si en este momento están fusilando a muchos en el cementerio!”, gritó la hermana de aquel por cuya vida rogaba. Y lo terriblemente amargo es que estaba diciendo la verdad. El embajador había confiado demasiado en una generosidad de Martínez que nadie, excepto él, creía posible. A causa de esta confianza murieron hombres que pudieron haberse salvado; a causa de ella ha podido decir una revista americana (*Times*) que entre las bajas que produjo la reacción de Martínez hubo una que no figura en las listas: la popularidad de los Estados Unidos entre los salvadoreños.

Una intervención oportuna del cuerpo diplomático, que en casos como ese se justifica siempre, habría podido evitar la muerte de Víctor Marín, cuyos últimos momentos lo han colocado, de golpe, a la altura de un Cuauhtémoc. Marín no era militar, pero participó en la revuelta. Fue hecho preso y en él se cebó la crueldad de los martinistas. Sufrió torturas tan atroces, que narrarlas u oír las da espanto. Querían que dijera los nombres de los civiles complicados en el movimiento, y no pudieron sacarle palabra. Cuando lo pegaron contra una pared del cementerio de San Salvador para fusilarlo, tenía un ojo bailándole sobre la mejilla, un hombro dislocado, los dos brazos rotos, una rodilla astillada y una mano tan destrozada que era un sanguinolento montón de carne y huesos. “¿Tienes

miedo a la muerte, Víctor?” le preguntó, viéndolo temblar, el sacerdote que lo auxiliaba en su postrer momento. Y Víctor Marín respondió, como lo hacían los héroes de otros días: “No, padre; lo que tiembla es mi cuerpo, no mi espíritu”.

Hombres así murieron a manos de Martínez sin que trataran de evitarlo los diplomáticos que representaban en San Salvador a naciones civilizadas y poderosas; hombres así padecen, a millares, los desafueros de las tiranías americanas en este continente que se autodenomina democrático. Menos mal que México —¡siempre México señalando la ruta!— llama a su embajador en el que fuera feudo de Martínez para tomarle cuentas por no haber actuado como todo hombre, y mucho más el representante de un país, debe hacerlo en horas de dolor.

¡Qué distinto sería el panorama del hemisferio si hubiera seis gobiernos con una política exterior tan definida, tan al servicio de la humanidad como lo es la mexicana!

EL RETORNO DE LÓPEZ. BANQUERO Y LÍDER. DEMOCRACIA COLOMBIANA*

Reclamado por el pueblo, el Dr. Alfonso López ha asumido de nuevo la presidencia de Colombia, a la cual había renunciado tras una licencia de seis meses que consumió viajando por Estados Unidos. Su renuncia, presentada al Congreso hace pocos días provocó una reacción popular enérgica y amenazante para los enemigos del presidente.

Desde hace más de veinte años, el Dr. López, banquero e hijo de banquero, es el caudillo máximo del liberalismo colombiano. Sin embargo, ese líder no fue llevado al poder sino en 1938, a pesar de que el Partido Liberal derrotó al Conservador en 1930; fue entonces cuando éste perdió el control de la administración pública, que había estado en sus manos durante casi medio siglo. El propio Dr. López eligió en aquella época como candidato liberal a Olaya Herrera, que representaba a la facción menos radical del liberalismo, pues pensó que Colombia no podía cruzar el abismo que separaba al conservadorismo cerrado del liberalismo abierto, sin correr peligros graves como nación organizada sobre bases democráticas y de prolongada historia institucional. Olaya Herrera fue el término medio, sólo que al principio, pues no tardó en irse pasando al campo conservador, hasta culminar en representar al país ante El Vaticano, cargo que era de los más codiciados por

* *Información*, La Habana, 23 de mayo de 1944, p.14.

los hombres del partido derrotado, cuyo fuerte mayor era la Iglesia. Olaya Herrera murió en ese puesto, el más lejano del camino que tomó al iniciarse en la vida pública.

En 1934, el Dr. López fue llevado a la presidencia del país; pero ya no era el caudillo indiscutido de todos los liberales; estos se habían dividido en liberales “ortodoxos” y liberales a secas. Cuando en 1938 Eduardo Santos, periodista de renombre, aspiró al poder, López le negó su apoyo y con él se le negó la facción ortodoxa del liberalismo, partido al cual pertenecía también Santos. Eduardo Santos no se amilanó y dio la batalla. La ganó. Cuando cuatro años después, en 1942, López volvió a presentarse candidato, Santos le devolvió la moneda que López había acuñado en 1938: no quiso apoyar sus pretensiones. E igual que ocurrió con Santos entonces, ocurrió con López en 1942: obtuvo la presidencia, esta vez apoyado por organizaciones populares, sindicatos, obreros y grupos antifascistas, elementos nuevos que apenas se esbozaban en los días de Olaya Herrera y que se oponían frenéticamente a los conservadores.

López fue, pues, al poder de nuevo; pero surgió a la superficie pública el escándalo de la concesión de La Monja, un negocio petrolero que suponía varios millones de pesos, y en el escándalo se vio envuelto un hijo del Dr. López. Acaudillados por Laureano Gómez, jefe del Partido Conservador y falangista declarado, los legisladores se insubordinaron contra el Presidente, quien respondió al terrible ataque amenazando con abandonar el Palacio de la Carrera —mansión del Ejecutivo colombiano— y pidiendo, por lo pronto, una licencia de seis meses. Al terminarse ésta regresó a Bogotá y presentó su renuncia. Los sindicatos obreros, los grupos antifascistas y los liberales ortodoxos se lanzaron a la calle, en monumentales manifestaciones públicas que pedían la no aceptación de la renuncia.

Treintitrés senadores de la facción ortodoxa del Partido Liberal la rechazaron, treintiuno —veintidós conservadores y nueve liberales— se abstuvieron de votar y abandonaron el hemiciclo. López sigue siendo pues, presidente de Colombia. Pero su victoria ha sido ganada por tan estrecho margen —dos senadores—, que en el fondo supone una derrota.

Una derrota aunque no una amenaza de revueltas. Colombia es un país eminentemente libre y democrático, acaso el único en toda América donde los oradores políticos acostumbran a invitar, después que hablan en un mitin, a los oradores del partido rival; suben estos a la misma tribuna desde la cual hablaron los otros, impugnan sus argumentos, discuten sus razones. El público que está oyendo es el mismo, y no protesta si está compuesto por liberales y son conservadores los que están batiendo la tesis liberal, ni si es conservador y quienes hablan liberales. Al final del mitin, cada quien juzga libremente y con su juicio se va a su casa. Si el que ha hecho es favorable a liberales o a conservadores, lo dirá en la urna. Apelará a su voto y no a un fusil. Por eso no hay peligro para la estabilidad del régimen del Dr. Alfonso López.

EL TECHO DEL MUNDO *

Si hay un país situado en el techo del mundo, ese es Bolivia. La región del altiplano, donde viven dos y medio de los tres y medio millones de habitantes que pueblan el territorio del antiguo Alto Perú, se encuentra en ocasiones a más de cuatro mil metros sobre el nivel del mar. De hecho, esa zona es Bolivia, pues en los valles tórridos que están al pie de los Andes no hay sino indios enfermos, tribus embrutecidas por la lepra y el hambre, o desdichados sometidos a esclavitud por las empresas siringueras. Esos valles ocupan cerca de 900,000 kilómetros cuadrados de un país cuya superficie total no pasa de 1,200,000.

Bolivia es el altiplano, con sus dunas pardas, estériles, amplias hasta el cansancio, tierras yermas y secas, sólo paseadas por los remolinos de polvo que el enrarecido aire arrastra de un lado a otro de la elevada planicie, o por las sensibles e inteligentes llamas que conducen, guiadas por algún indio adormecido con la coca, cargas de su propio excremento para ser utilizado como combustible en La Paz. En ese escenario, que ha trepado tal si hubiera querido llegar al infierno, se halla el corazón de la economía boliviana, la poderosa industria minera, con la explotación del estaño a la cabeza de todos. El 78% de las exportaciones de Bolivia lo cubre el estaño; del 22% restante, 16 unidades están representadas por metales de la región altiplana.

* *Información*, La Habana, 28 de mayo de 1944, p.14.

Las luchas sociales, originadas en la explotación medioeval que han estado sufriendo desde la Conquista hasta hoy los obreros metalúrgicos bolivianos, han tenido lugar o nacimiento ahí, en el altiplano. Allí está Potosí, el cerro de plata cuyo nombre se hizo sinónimo de riqueza en todo el mundo; y ahí están los indios sometidos al mismo sistema de trabajo y explotación que implantaron los primeros blancos llegados a la región. Nada ha variado fundamentalmente en cuatro siglos. La Colonia esclavizó a los indios para que extrajeran plata, oro, estaño de los cerros; Bolívar fundó la república y le dio una constitución escrita de su puño y letra, en la cual se establecía, a ejemplo de la república haitiana de Pétion, que el presidente era vitalicio; Sucre la gobernó por vez primera y salió de aquella tierra amargado por el intento de asesinato de que fue víctima; la guerra chileno-peruana le arrebató la oportunidad de tener salida al mar Pacífico... Nada ha cambiado allí de fondo, a despecho de tantos sucesos. País mediterráneo, alejado de los mares y hasta del nivel terrestre normal en América, está situado en el techo del mundo. Sufre, y su vagido de dolor, agobiante y monótono como el quejido de la “quena” que tocan sus indios, se pierde en la altura, se diluye en el aire suave y enrarecido del altiplano. Está solo, desamparado del Continente.

En cuanto a la zona de los valles, donde tierras ubérrimas alimentan una vegetación tropical que crece desordenadamente —pero también a insectos, epidemias, lugares todo el año bajo el agua— ...ahí hacen su agosto los exploradores. En *El problema social de Bolivia*, dos funcionarios gubernamentales encargados de investigar la situación de sus compatriotas en los valles, copiaron un contrato de trabajo, llamado allí de “freguecia” que dice así:

“Entre nosotros, Hugo González, mayor de edad..., y Seiler and Co., hemos celebrado un contrato de freguecia del tenor siguiente: 1ro: Yo, Hugo González, en mi calidad de trabajador

almendrero y siringuero, me comprometo en lo siguiente: ...Entregar a los señores de Seiler and Co. todos los productos que llegue a explotar, no pudiendo venderlos a terceros. El precio será fijado por los propietarios... teniendo en cuenta las fluctuaciones del mercado... Las mejoras que llegue a efectuar en el centro, durante la vigencia del presente contrato, como casas, chacarismos, plantaciones de toda índole, quedarán en beneficio de los propietarios, sin compensación alguna al tiempo de retirarme... En lo administrativo, disciplinario y técnico de las labores almendreras, gomeras, agrícolas, estaré sujeto al administrador de la barraca y al capataz del centro, a quienes prometo obediencia y subordinación. En caso de fuga o abandono del centro que se me haya destinado, correrán por mi cuenta los gastos que demanden mi búsqueda y mi captura.

A la tierra donde en pleno siglo XX se firman tales contratos fue Mr. Avra Warren, embajador especial de los Estados Unidos, para investigar si el gobierno de tal país merecía el reconocimiento de la gran potencia del Norte. Fue y está ahora en Washington.

Pero de Mr. Avra Warren y de lo que vio en Bolivia hablaremos en nuestro próximo artículo.

HEBREOS EN NUESTRA AMÉRICA*

Oigo en mi “vecindad” periodística al cuidadoso somatén que llama a prevención en cuanto al problema hebreo en Cuba, y salgo a pasearme por la historia americana, tan ancha en lo que a los problemas raciales se refiere. ¿Qué hace el hebreo que no lo hayan hecho antes otras razas? Españoles o germanos, los europeos que han llegado a esta América adultos ya, han traído de aquel mundo el espanto de la miseria metido en los huesos. El Asia, con sus hambrunas descomunales, no mella tanto al hombre de su tierra como Europa al suyo. Pues en Europa no basta con comer a diario ni con vestir más o menos bien; jamás tendrá allí poder o fuerza intelectual o prestigio quien carezca de dinero. Los hebreos, apátridas, lo saben mejor que nadie, pues sólo la posesión de dinero, cuanto más abundante mejor, les garantiza un techo moral. Aventados de Europa por una persecución feroz, llegan a América y no ven el horizonte de abundancia, de desperdicio casi, que rodea a esta parte del mundo. Pero sus hijos no serán así, y aún muchos de ellos pierden ese miedo a la miseria cuando algunos años les ha borrado el espanto que trajeron. Sin ser hebreos, ¿no venían los españoles, todavía a principios de este siglo, con igual terror a verse desamparados?; ¿no se metían por decenios y decenios en las bodegas o en los almacenes, sin

* *Información*, La Habana, 25 de mayo de 1944, p.14.

salir de allí para nada?; ¿no se aislaban también, y formaban casinos para ellos solos?; ¿no vivían aquí con el alma puesta en la aldea española?

El mal que se les achaca a los hebreos no es de su raza, sino de todas las que hayan padecido la miseria europea, una miseria que no tiene nada que ver con el hambre física, sino con otras clases de hambre.

Europa tiene ciudades gigantescas, países con industrias y museos y caminos hermosos. Eso es cierto. Pero lo es también que todo lo que hoy parece allá riqueza es el resultado de una prolongada acumulación. Desde que cayó Roma viene amontonándose cuanto allí se ve, si no desde antes. En cambio, tres siglos, cuatro cuando mucho, nos han bastado en América para levantar esos emporios industriales y esos monumentos de la civilización que son New York, Chicago, Buenos Aires, Río de Janeiro, México. Generación tras generación, los europeos han visto a sus padres reuniendo piedra a piedra y centavo a centavo las fortunas en propiedades o en dinero que allí hay. La sensación de estrechez, de miseria, tiene carta de naturaleza en Europa.

Si los españoles que aquí venían a levantar caudales se aislaban, a pesar de que eran de nuestra propia lengua, ¿qué les hemos de pedir a los hebreos? ¿Y por qué dudar de que, igual que los de aquellos, sus hijos no sean tan americanos como nosotros?

El mal de que se acusa a los hebreos tiene su raíz en el sistema social que rige al mundo, el cual ha sido mucho más estricto y duro en Europa que en otros lugares de la tierra. Ese mal se embota aquí al paso de una generación, porque los americanos tenemos ante los problemas económicos una actitud mental cuya base es la sensación que viene de la abundancia.

Muchos hebreos se han fundido con nosotros. Recuerdo ahora en la República Dominicana a los Henríquez, que

tantos nombres ilustres dieron a la cultura nacional, a las ciencias, a la política: eran hebreos portugueses en su origen, como lo fueron muchas otras familias distinguidas en la vida del país. Recuerdo en Colombia a Jorge Isaac, el autor de *María*, esa novela adorable que ha paseado el paisaje colombiano por todos los rincones donde se habla español.

Ninguna raza tiene el monopolio de las virtudes, pero ninguna tiene el monopolio de los defectos. Prejuizar en asuntos raciales puede ser fuente de males graves, sobre todo en América, donde los únicos que podrían estar autorizados a llamarse americanos serían los pieles rojas, los yanquis, los araucanos...

Allí donde se enseñe al pueblo a considerar a una raza consustanciada con un mal o con una inferioridad, se está creando el prejuicio contra todas, pues todas tienen pecados.

En cuanto a la América Latina, su deber y su conveniencia está en recibirlas a todas y a todas fundirlas en un mismo sentimiento de abundancia y generosidad, que vale decir tanto como fraternidad y paz.

EL EXTRAORDINARIO EMBAJADOR *

A la vez que un embajador extraordinario, cuya misión en Bolivia era investigar qué pasaba allí Mr. Avra Warren es un extraordinario embajador, en nada parecido a sus colegas norteamericanos. Nadie como Mr. Warren para ganarse rápidamente la amistad de los dictadores latinoamericanos. Entre los diplomáticos de su país, Mr. Warren es el único —hasta donde se sepa— que ha hecho de su hijo soldado de un ejército de Hispanoamérica cuyo “supremo jefe” es un tirano. Warren obtuvo de su gran amigo Rafael L. Trujillo que le nombrara segundo teniente del ejército dominicano a su hijo. En solemne acto público que tuvo lugar el 11 de abril de este año en la capital dominicana, el propio dictador puso sobre los hombros del vástago de su amigo las barras de oficial de las tropas privadas del tirano. El joven Warren, que había estudiado en West Point y a quien sus compañeros de estudio hubieran visto con placer defendiendo en los frentes del Pacífico la bandera de las barras y las estrellas, es ahora, pues, un soldado de ese ejército cuya misión es defender a sangre y fuego los privilegios de su jefe y cuyo oficio es mantener al pueblo dominicano sumido en el terror.

Mr. Warren había sido embajador en Santo Domingo hasta marzo de este año, cuando fue sustituido por un hombre

* *Información*, La Habana, 30 de mayo de 1944, p.14.

excelente, Mr. Ellis O. Briggs, consejero que fue, durante largo tiempo, de la embajada de su país en La Habana. Nombrado con igual cargo en Panamá, Mr. Warren no pasó, sin embargo, a su nuevo puesto, sino que salió hacia Bolivia para cumplir la misión especial que se le había asignado. Mr. Warren conocía Bolivia; había sido ministro en La Paz, donde se había ganado la amistad del dictador —entonces Peñaranda— y la antipatía popular. Gracias a sus nexos con Peñaranda obtuvo que en su viaje de los Estados Unidos a Bolivia el “generalísimo” del altiplano visitara al “generalísimo” de las Antillas. Esa visita era interesante para ambos dictadores. La Paz es un punto neurálgico para Chile, Argentina y Brasil, tres países en los cuales Trujillo ha hecho cuantiosas inversiones. Setenta y cinco mil dólares envió Trujillo al candidato fascista a la presidencia de Chile, Carlos Ibáñez, para ayudarlo a ser electo. Si Ibáñez hubiera salido de las elecciones de 1942 convertido en presidente, Trujillo hubiera contado con un amigo incondicional en el Sur; pero Ibáñez fue derrotado. El hombre a conquistar parecía Peñaranda. Mas Peñaranda no resistió un tiroteo de tres horas y perdió el poder. Mr. Warren tenía que buscar nuevos amigos en La Paz al ir allí en misión especial de Washington.

Eso no era cosa difícil para Mr. Warren, pues en La Paz está Roberto Hinojosa, y no es difícil ganarse a Roberto Hinojosa; al menos, no lo fue para el último embajador alemán en México.

Roberto Hinojosa, por muchos años exiliado en México y por largo tiempo líder de izquierda, derivó hacia las ideas nazistas cuando, necesitado de fondos para mantener la fastuosa vida a que lo inclinaron sus amoríos con una bailarina austriaca, los halló en la embajada alemana. Los círculos izquierdistas de México se alarmaron con el veloz cambio que

iba operándose en los principios de Hinojosa; después el exiliado boliviano, cuya actividad había sido siempre digna de admiración, se hundió en el silencio y desapareció de los centros políticos e intelectuales. Ha reaparecido ahora en La Paz como candidato de Villarroel a la presidencia de la República y ha pronunciado discursos en los que ha dicho, de manera tajante, que si alcanza la primera magistratura de la nación no quedará un judío en territorio boliviano. Los cables de Washington hacen suponer que el informe de Mr. Warren será favorable a los hombres que apoyan la candidatura de Hinojosa.

En Bolivia no hay más que dos partidos fuertes, el de Izquierda Revolucionaria (PIR), en cuyas filas está la gran mayoría del Pueblo, y el Nacional Revolucionario, en el que figuran los hombres del actual régimen. Operando contra ambos está el poderoso “grupo del estaño”, respaldado por la misérrima “aristocracia” de La Paz —una aristocracia cuyas entradas económicas habituales son las que produce el alquiler de los indios, como antes en Cuba se alquilaban negros esclavos—; el jefe de tal grupo es Maurice Hoschild, “Señor del Potosí”, que se halla en prisión por intentar derrocar al gobierno de Villarroel. Junto con Hoschild están presos muchos líderes del Partido de Izquierda Revolucionaria, a pesar de que no hay ni ha habido contactos políticos entre estos y aquel. Los hombres del PIR odian a Hoschild, a Aramayo y a Patiño, dueño del país.

Mr. Avra Warren “tiene” que haber visto eso, aunque su informe diga otras cosas. Ese informe será utilizado por Washington para “ilustrar” a los demás países latinoamericanos en el problema del reconocimiento del gobierno boliviano. Así, pues, la política exterior de la parte americana que habla español se basará sobre el juicio de un solo hombre. Y, precisamente, del hombre a quien algunos pueblos

latinoamericanos consideran el mayor enemigo de las masas sometidas porque es el mejor amigo de los explotadores de esas masas. Tan amigo, que al peor de ellos le entrega a su hijo, se lo deja como subordinado; se lo ofrenda, casi, en prueba de amistad.

LA REVOLUCIÓN ECUATORIANA *

El Dr. Carlos Arroyo del Río fue presidente del Ecuador hasta el 29 de mayo de 1944. Tenía cuatro años gobernando y había convocado a elecciones para mañana, viernes 2 de junio. Abandonó el poder asustado ante el brote revolucionario de Guayaquil, a pesar de que la revolución hubiera tardado acaso meses en trepar desde la costa del Pacífico hasta las laderas del Pinchincha, en la falda de los Andes, donde se halla la capital de la República, la fina y antigua y hermosa Quito, cuyas viejas casas oyeron el primer grito de independencia dado en América. Tras haber gobernado el país de una manera sórdida y dictatorial, el demagogo guayaquileño se portó como si las mujeres ecuatorianas lo hubieran hecho, pues en la tierra de Marieta Veintimilla, la “mayasquera” hermosa y bravía, hay tradición de lucha, se sabe combatir y morir por los ideales.

Verdad es que Carlos Arroyo del Río no tenía ideales que defender. Liberal de toda su vida, orador magnífico a la hora de hablar de los derechos populares, gobernó como el peor de los conservadores y se empeñó en dar el poder a un favorito, el Dr. Miguel Ángel Albornoz, abogado y banquero. Arroyo del Río había dicho una vez que “la opresión nada crea y... la violencia sobre la conciencia de los pueblos es como el viento

* *Información*, La Habana, 1º de junio de 1944, p.14.

sobre las llamas que parece que las extingue y las abate, pero en realidad las agita y agiganta”. Lo dijo y lo olvidó pronto. Ahora sabe que la verdad estaba en aquellas palabras, no en sus hechos de gobernante. Su opresión ha agigantado la figura del Dr. José María Velasco Ibarra, un líder popular como pocas veces lo han dado estos pueblos americanos.

Por una ironía del destino, Velasco Ibarra era de extracción conservadora así como Arroyo del Río era de extracción liberal. Pero cuando llegaron al poder el primero giró hacia el liberalismo y el segundo hacia el conservadorismo; aquél hizo un gobierno de izquierdas, que apenas duró un año —de 1934 a 1935— y que se recuerda como una segunda edición de la obra de Eloy Alfaro; Arroyo del Río mantuvo uno de extrema derecha, comprándose a diario el odio de las masas.

Velasco Ibarra es el heredero legítimo de Eloy Alfaro, el fundador del Partido Liberal ecuatoriano, que yergue su pequeña cabeza de hombre de acción, vaciada en bronce, en un parquecito de La Habana. Alfaro se había lanzado a la pelea por los derechos de su pueblo desde que cumpliera 22 años, cuando dispuso del caudal de su padre para financiar una revolución contra García Moreno, el fundador del Partido Conservador. García Moreno, cerebro de estadista y corazón de tigre, que gobernaba con la Iglesia Católica y con la mentalidad de un inquisidor, fue asesinado el 6 de agosto de 1875. Tras su muerte, en el Ecuador no habría más caudillos que Eloy Alfaro, caído hace ahora 32 años, y Velasco Ibarra, en este momento a pique de ser electo presidente de la República.

Las fuerzas que hacen y deshacen la historia ecuatoriana son, primordialmente dos: el poder económico-comercial liberal de la costa, y la voluntad semifeudal y reaccionaria de la sierra. En la sierra se apoyó García Moreno para establecer un Estado inquisitorial; en la costa se apoyó Eloy Alfaro para

fundar, sobre las ruinas de aquel, un Estado liberal. Pero Quito, la Capital, está en la sierra, donde la falta de caminos ha imposibilitado que la industrialización moderna quebrara el antiguo ritmo social y lo suplantara por una mecánica más veloz y más amplia. La sombra de García Moreno ha seguido, por largos años, velando por la obra que dejó a medias; la sombra de García Moreno estaba presente allí, en la hermosa ciudad del Pichincha, el aciago día en que un grupo acaudillado por dos frailes entró en el presidio y asesinó a Eloy Alfaro y a sus compañeros; estaba presente cuando decapitaron el cuerpo inerte del grande hombre, pasearon su cabeza por las calles de la ciudad y dieron fuego como en los días de la Inquisición, a su cuerpo y al de los que le acompañaron en esa jornada de odio y sangre.

La muerte de Alfaro no significó, sin embargo, la del Partido Liberal. Los propios jefes intelectuales del crimen tuvieron que seguir fungiendo de liberales. Pero el Partido degeneró y muchos de los gobiernos que se formaron con su prestigio acabaron siendo más conservadores que los verdaderos conservadores. De ahí que llegara el día en que los ecuatorianos, tan indomables luchadores por su progreso y su libertad, acabaran llevando al poder a un conservador honesto. Era éste José María Velasco Ibarra. Las elecciones en que fue electo se recuerdan como las más libres que se dieron en el país. Velasco Ibarra resultó presidente por una mayoría abrumadora. Antes de tomar posesión de su cargo, el profesor Velasco Ibarra viajó por muchos países de América. Al volver a su patria en 1934, llevaba una mentalidad nueva y un conocimiento serio de cómo habían de ser resueltos los problemas sociales, económicos y políticos del Ecuador.

De esos problemas, y de cómo los encaró Velasco Ibarra y de lo que provocó su enérgica acción, hablaremos en el próximo artículo.

LOS PROBLEMAS DEL ECUADOR*

Cuando Velasco Ibarra fue al poder en 1934, los problemas del Ecuador eran, con ligeras variantes, los mismos que había encontrado Eloy Alfaro casi cincuenta años atrás; aislamiento de las diversas regiones del país y, por tanto, diferencias sensibles en el desarrollo económico-social de las varias zonas nacionales; corrupción política en los cuadros dirigentes de la vida civil y militar; sometimiento de las masas indígenas, de los obreros y los campesinos, a un régimen de miseria, explotación e ignorancia, y de los cuerpos gobernantes al poderío económico de banqueros, empresarios y productores. Eso, en cuanto al orden interno, que en el exterior el país tenía un viejo problema que resolver: el que supone la agresividad del Perú, desde hace más de un siglo empeñado en una política voraz y agresiva contra el Ecuador.

Velasco Ibarra fue a la presidencia apoyado por los conservadores, de cuyo partido era líder; pero tan pronto como se enfrentó, con visión patriótica y corazón sin miedo, a los problemas que debía resolver en beneficio de su patria, tuvo que herir los intereses conservadores, representados por las grandes empresas petroleras y los intereses cacaoteros de la Costa, por la Iglesia, por los señores feudales de la sierra. Los conservadores se volvieron, pues, contra su líder. Los liberales y todos sus

* *Información*, La Habana. 3 de junio de 1944, p.14.

afines de las izquierdas, que combatían a Velasco Ibarra por su origen conservador, no acertaron a ver que el Presidente había pasado a ser, de hecho, uno de los suyos y siguieron atacándole. El resultado fue que Velasco Ibarra se encontró, antes de haber cumplido un año en el poder, con la enemistad feroz de los cuadros dirigentes de todos los partidos. Quiso resolver la situación dando un golpe de Estado contra el Congreso, al cual disolvió. Pero la corrupción política no estaba sólo en el Congreso sino también —y ello tradicionalmente, aunque se iniciaba ya un movimiento en la oficialidad joven para conservar a los institutos armados fuera de la lucha política— en los comandos del Ejército. Puestos de acuerdo, dirigentes civiles y comandantes militares echaron a Velasco Ibarra de la presidencia, apoyándose en una cuestión legal tan importante como su protesta de que la disolución del Congreso era una medida dictatorial. Velasco Ibarra tuvo que salir del país. El Dr. Carlos Arroyo del Río, abogado guayaquileño, servidor de los intereses plutocráticos de la costa, liberal, gran orador, demagogo peligroso, pasó a ser el centro de la reacción antivelasquita. Cinco años después, Arroyo del Río sería electo presidente.

Pero en esos cinco años mucho cambió la mentalidad del pueblo ecuatoriano, que comprendió, sufriendo, cuán liberal era Velasco Ibarra a despecho de haber surgido a la vida política como conservador. La popularidad del líder derrocado fue expandiéndose día tras día, los motines velasquitas empezaron a estallar en la propia Quito, el caudillo exiliado se erigió en la esperanza de indios, de obreros, de campesinos, de intelectuales honestos. Se daba otra vez el fenómeno de Eloy Alfaro, más peligroso para los gobiernos conservadores cuando se hallaba exiliado en Panamá, en Colombia o en el Perú, que cuando estaba en el poder en Quito. A tanto llegó la pasión de las masas por Velasco Ibarra, que fue imposible

disolver la Alianza Democrática, una organización multipartidista formada hace pocos años por liberales izquierdistas, socialistas, comunistas y conservadores, cuya bandera era el nombre de Velasco Ibarra. Arroyo del Río temía a la ira del Pueblo, a pesar de que lo sometía con medidas absurdas, y no levantó el destierro al líder popular. Candidato a la presidencia por la Alianza Democrática, el Dr. Velasco Ibarra tenía que dirigir su campaña política desde el extranjero, desde Colombia, y no se les permitía a sus partidarios cruzar la frontera para ver al líder. ¿Era eso posible en esta era? ¿Cómo calificar tal medida? ¡Lo menos que se merecía Arroyo del Río, por retrógrado e imbécil, era que lo echaran del poder, como lo han hecho, ignominiosamente! Quería hacer creer que en el Ecuador había suficiente libertad para que se celebraran elecciones y no tenía el valor necesario ni para enfrentar la decisión del Pueblo ni para declararse, abiertamente, lo que era en verdad: un dictadorzuelo de mala ley.

Si en América hay un pueblo que merezca ser gobernado justamente, ése es el ecuatoriano. Sometido desde el origen de su república a los Flores, a los García Moreno, a los Veintimilla, a los Arroyo del Río; gobernado por camarillas civiles y militares corruptas, vendidas al mejor postor; entorpecido por una Iglesia fanática, que se acostumbró a los Autos de Fe en los días de la Colonia, ese pueblo ha luchado sin descanso, por más de 130 años, en pos de su libertad, de justicia social, de paz moral alimentada en los derechos de todos. Dos grandes caudillos, capaces de llevarlo al fin que él ha buscado entre sangre y dolor, ha dado el Ecuador; uno fue don Eloy Alfaro, el otro es José María Velasco Ibarra. Por la voluntad del Pueblo escaló aquél el poder varias veces; por esa misma voluntad Velasco Ibarra es Presidente de la República desde el último día de mayo. Encarnación de los anhelos de las masas y respaldado por éstas, Velasco Ibarra

tiene ante sí una tarea enorme, al final de la cual encontrará la gratitud de la historia americana, esa misma gratitud que conquistó don Eloy Alfaro, decapitado por sus enemigos, entero hoy en la estatua que se labró con sus ejecutorias de patriota.

EL CASO DE BOLIVIA*

Un cable de Washington afirma que el informe elaborado por Mr. Avra Warren, embajador extraordinario encargado de investigar en La Paz la situación real del régimen boliviano, es favorable al gobierno de Villarroel, entre otras razones, “porque la prisión y expulsión de agentes enemigos conviene a los intereses americanos”.

A nosotros no nos ha tomado de sorpresa la simpatía de Mr. Warren por Villarroel; la habíamos pronosticado en esta misma columna. Ni nos sorprende que Mr. Warren base esa simpatía en una acción que “conviene a los intereses americanos”. De Mr. Warren, en verdad, lo único que nos hubiera sorprendido es que hubiera pensado en términos menos “convenientes” para un interés exclusivamente actual y de orden práctico. Pues si, a consecuencia de su informe, el régimen de Villarroel es reconocido ahora, antes de que unas elecciones libres entreguen el poder en Bolivia a quien el Pueblo elija, y ese reconocimiento fortalece a Villarroel hasta el extremo de facilitarle que entorpezca la voluntad popular el día de las elecciones, eso no le importa un bledo a Mr. Warren. Tampoco le importaría a Mr. Warren que de tales elecciones resultara presidente Roberto Hinojosa, candidato de Villarroel y hombre de peligrosas tendencias pro-nazis; pues la amplia y generosa concepción de un

* *Información*, La Habana, 8 de junio de 1944, p.14.

Hemisferio unido en un mismo ideal democrático en lo doméstico y en lo externo —de la que es paladín Mr. Roosevelt— no va con Mr. Warren, a quien sólo le importa “su” interés y, cuando mucho, el interés de los Estados Unidos.

Viene bien que aclaremos que en ningún orden prejuzgamos al mayor Villarroel ni lo consideramos pro-nazi; pero sabemos quién es el candidato que tiene su apoyo, y ése sí es pro-nazi de los más peligrosos. Villarroel parece un hombre de buenas cualidades morales; lo que no sabemos es que sea lo bastante capaz para comprender hasta dónde puede Roberto Hinojosa desviar la revolución boliviana e inclinarla hacia el punto de atracción nazista que es actualmente Buenos Aires. Y en cuanto a la mayor o menor participación que haya tenido Hinojosa —o que haya tenido Villarroel— en la prisión y expulsión de agentes nazis a los Estados Unidos, ¿nos asegura tal acción el establecimiento de un régimen democrático en Bolivia? ¿No expulsaron también a los agentes nazis Trujillo y Ubico, Carías y Martínez, Morinigo y Somoza, y ha significado ello acaso algún alivio para el sufrimiento de los dominicanos, los guatemaltecos, los hondureños, los nicaragüenses? Puede que a Mr. Warren le importe nada más que el gobierno boliviano ayude a los Estados Unidos en la guerra; a nosotros nos importa, tanto como eso, que el pueblo de Bolivia disfrute de los derechos democráticos que le corresponden. Expulsar agentes nazis y mantener en lo doméstico un régimen nazi es una barbaridad que puede no preocuparle a Mr. Warren, pero que nos duele a nosotros. Y nos tememos mucho que Bolivia padezca un pequeño Hitler si Roberto Hinojosa va al poder en el antiguo Alto Perú.

El interés de los latinoamericanos no es siempre el mismo de los norteamericanos. Estos viven democráticamente; muchos de nosotros no. De ahí que hayamos considerado absurdo que la política latinoamericana dependa del juicio de un

norteamericano. Está bien que cambiemos impresiones, pero no que obedezcamos al interés exclusivo de Washington. Lo último no es lógico ni digno.

De ahí que tengamos que encomiar la actitud de las cancillerías de México y Cuba que han decidido investigar en Bolivia. El día 30 de mayo un cable de México decía que había salido hacia La Paz un agente oficioso del gobierno mexicano, y en esta semana la prensa habanera ha dado la noticia de que el Ministro cubano en Chile ha recibido orden de trasladarse a Bolivia para ver, sobre el terreno, qué ocurre en el país del altiplano. México tuvo siempre fama de mantener la más brillante política exterior de América Latina; Cuba se ha colocado, en el caso de Bolivia, a la altura de México, y merece que el hecho se destaque.

Claro que lo ideal hubiera sido que, mediante un acuerdo previo para elegir al embajador extraordinario encargado de investigar la situación boliviana, se hubiera escogido a uno solo o a un grupo de diplomáticos norte y latinoamericanos. Pensamos que si Washington hubiera enviado a La Paz a un hombre como Spruille Braden, conocedor de nuestros problemas y persona limpia de la menor sospecha en todos los órdenes, México y Cuba y cualesquiera otro de nuestros países, hubieran considerado ocioso destacar agentes propios. Con esto se hubiera dado una impresión de unidad que necesitamos dar, no sólo ante Europa, sino ante esta América en la cual hay un régimen como el de Farrell, que se aprovecha de cualquier indicio de desacuerdos para fortalecerse en su criterio aislacionista.

Comprendemos que ni siquiera en los Estados Unidos hay abundancia de hombres tan idóneos, para el tratamiento de los problemas interamericanos, como Spruille Braden. ¡Pero por Dios, cualquiera hubiera sido mejor que ese Mr. Avra Warren que tan magníficamente se entiende con un dictador desacreditado e inmoral como Trujillo!

LA INFLACIÓN EN VENEZUELA*

El Gobierno y el Banco Central venezolanos están dando a conocer en los Estados Unidos las medidas adoptadas por la república del Sur para evitar el progreso de la inflación. Hay dinero y crédito exterior, pero no pueden emplearse en artículos de consumo. Ese desnivel entre la capacidad adquisitiva y lo que puede obtenerse desemboca en inflación, por más que en Venezuela no debería explicarse tal problema, ya que es un país de moneda cara.

Actualmente el bolívar —unidad monetaria venezolana— vale más de 33 centavos de dólar; su precio nominal es 20 centavos. Ese sobreprecio de 70% se debe a que el mayor renglón de los impuestos nacionales, cubierto por el petróleo, es pagado en dólares sobre el mercado de New York; y como a menor cantidad de bolívares por cada dólar más dólares deben ser pagados en relación con los bolívares a que ascienda el impuesto anual del petróleo; una baja en el precio del bolívar supondría una baja en los dólares que deben situar en New York las empresas petroleras.

Antes de la guerra, Venezuela utilizaba esos dólares en comprar libras, francos, marcos, liras, pesetas... El mercado de compra de Venezuela era Europa. Ahora, con Europa cerrada por el bloqueo y con los Estados Unidos produciendo

* *Información*, La Habana, 10 de junio de 1944, p.14.

primordialmente artículos de guerra, Venezuela se encuentra casi del todo incapacitada para adquirir, con los dólares que tiene en New York, los productos que le hacen falta a su pueblo. El momento no es propicio para solucionar la falta de suministros exteriores con sustitutos nacionales, pues para ello habría que crear la industria vernácula, y los países que podrían facilitar la maquinaria que hace falta están ocupados en la fabricación de equipos de guerra. Por otra parte, la carestía del bolívar dificulta el establecimiento de la industria nacional, puesto que supone una mano de obra de alto costo.

Aún en tiempos normales Venezuela hallaría dos graves obstáculos para industrializarse: la extensión del país, que encarece el transporte, y la escasez de población. El último censo arroja 4 millones 200 mil habitantes, diseminados en un millón de kilómetros cuadrados. Entre esos habitantes están el campesinado y los sectores pobres de las ciudades, cuyo bajo nivel de vida serviría para mantener sólo una industria que cubriera las necesidades más elementales.

Durante la dictadura de Gómez, Venezuela tuvo mentalidad de petróleo, es decir, descansaba en la riqueza del Estado, adquirida a base de impuestos sobre el petróleo; así, la producción se descuidó incluso en el orden agrícola. Si esa situación no hubiera sido mejorada por los gobiernos de López Contreras y de Medina Angarita, la inflación estaría castigando ahora terriblemente a las masas más sufridas del Pueblo. Recordamos haber pagado en Caracas, por los días de Gómez, tres "lochas" (siete y medio centavos) por un mísero "cambur", es decir, un plátano guineo. Ahora el país se basta a sí mismo en arroz, maíz, frutas y otros renglones agrícolas; y gracias a ello la inflación no es todavía un mal grave.

Pero es un mal que amenaza. Debido a la reforma que en el régimen impositivo del petróleo propició y obtuvo hace poco el presidente Medina Angarita, los fondos de Venezuela

en New York han crecido mucho, pues las rentas del Estado han aumentado en casi 90 millones de bolívares durante el año de 1943. Por medio de esa reforma no sólo se hizo mayor el impuesto en la producción de aceite crudo, sino que se creó un tributo por superficie de tierra utilizada en la explotación de petróleo, medida acertadísima, ya que esas tierras no daban provecho al país, porque nada se cosechaba en ellas. Habla muy bien del régimen que tiene hoy Venezuela el hecho de que el aumento en los impuestos fue acordado en discusiones mantenidas entre las empresas petroleras y el Gobierno.

Al aumentar los fondos en el extranjero, ha aumentado el crédito de Venezuela. Pero con ese crédito, que significa capacidad adquisitiva, muy poco puede comprar en los días que corren. Hay, pues, un grave desnivel que se traduce en inflación. Si la guerra terminara de golpe, la amenaza se disiparía. Una razón más que justifica la posición de aquel pueblo y de su gobierno en el lado de las democracias.

¿POR QUÉ RENUNCIA COLÓN ELOY ALFARO?*

Un cable de Washington informa que Colón Eloy Alfaro, embajador ecuatoriano ante el gobierno de los Estados Unidos, ha presentado renuncia de su cargo y ha insistido ante el presidente Velasco Ibarra, que no la aceptó, para que considere terminadas sus funciones.

La renuncia de Alfaro debe estar causando sensación en Quito. Por más de diez años el hijo de don Eloy ha representado a su país en Washington, y el hecho de que haya resuelto no seguir sirviendo al Ecuador en esa posición, justamente a raíz de haber subido al poder Velasco Ibarra, supone desacuerdos radicales con el nuevo régimen.

Colón Eloy Alfaro nació en Panamá, el día de año nuevo de 1891. Su padre, exiliado entonces en la ciudad del istmo, lo conoció una hora después de haber nacido. Era el último de sus hijos y el único que llevaría su nombre, aunque agregado al del Descubridor, por voluntad expresa del viejo caudillo. Menos de veintiún años después, ese hijo salvaría la vida de su padre, amenazado de muerte por el complot del 11 de agosto de 1911. Desdichadamente, la salvó por poco tiempo; don Eloy iba a morir pocos meses más tarde, a manos de una turba enloquecida que había sido envenenada por los peores enemigos del pueblo ecuatoriano.

* *Información*, La Habana, 13 de junio de 1944, p.14.

Durante el complot del 11 de agosto, el hijo del presidente Alfaro, capitán de su guardia, tuvo una actuación heroica y se jugó la vida para salvar la del padre. Se vio obligado a dar muerte a un soldado, y gracias a su intervención se hubiera evitado el derrocamiento del régimen liberal si el Presidente no hubiera dado una orden desdichada. Cuando, dominado el complot en el palacio presidencial, telefonearon de los cuarteles preguntando qué hacer; el presidente ordenó que respondieran esto: "Que siga el orden constitucional". Y, por mala suerte, esa frase era la consigna de la revolución. Al oír la dicha desde palacio, las tropas comprometidas en el golpe creyeron que éste iba bien y se lanzaron a las calles al grito de "abajo Eloy Alfaro". El viejo caudillo del liberalismo tuvo que aceptar la protección que le brindaba el ministro de Chile, quien interpuso su propio cuerpo entre don Eloy y un soldado que pretendió disparar sobre el Presidente cuando iba a pie hacia la Legación chilena.

Con tan brillante iniciación en la vida pública, Colón Eloy Alfaro, el buen hijo y buen ecuatoriano, heredó el respeto que debió merecer su padre, y sus servicios han sido bien estimados por todos los gobiernos del Ecuador. Dedicado a la diplomacia, alcanzó el rango de jefe de misión en Washington. ¿Por qué renuncia ahora?

No puede, ni debe ser porque le disguste la ideología velasquita. Colón Eloy Alfaro es un liberal, amamantado en esa doctrina por su benemérito padre, y Velasco Ibarra representa la esperanza liberal del Ecuador. Es más, Velasco Ibarra es el verdadero heredero político de don Eloy. No siendo de tipo político, las causas de la renuncia de Colón Eloy Alfaro tienen que ser personales, y eso nos tememos.

Aunque liberal en sus actos, Velasco Ibarra proviene de una familia conservadora y él mismo empezó siendo conservador. ¿Intervendrían algunos de los parientes de Velasco Ibarra en

la caída o en la muerte de don Eloy? Tal vez; pero no podemos asegurarlo, porque no conocemos hasta tan íntimo grado la política interna del Ecuador.

La causa podía estar, no en Velasco Ibarra en sí, sino en sus amigos y actuales auxiliares. Por ejemplo, el capitán Leonidas Plaza es hijo del general Leonidas Plaza, alfarista en sus primeros tiempos y, después de la muerte de Alfaro, presidente de la República. Se acusa a Leonidas Plaza, padre, de haber instigado para lograr la muerte de don Eloy, a quien él consideraba opuesto a sus aspiraciones presidenciales. Leonidas Plaza, hijo, es ahora jefe del cuerpo de Ayudantes del presidente Velasco Ibarra. Por delicadeza personal, tal vez, Colón Eloy Alfaro no querrá formar parte de la plana mayor de un gobierno asistido por los hijos de los que tuvieron que ver con la muerte de su padre.

Pero puede haber otra razón: si volviera al Ecuador y estableciera allí los nexos que él puede establecer, Colón Eloy Alfaro podría ser, dentro de cuatro o cinco años, un candidato idóneo a la presidencia del país. Estimado y respetado, hombre de excelentes cualidades, sólo le falta arraigo en las masas ecuatorianas, ese arraigo que tuvo en gran medida su padre. Y es muy probable que Colón Eloy Alfaro haya decidido volver al Ecuador, para ir sembrando ahora la popularidad que necesita.

De todas maneras, obedezca a la causa que obedezca, su renuncia debe estar causando serios dolores de cabeza al régimen de Velasco Ibarra, que todavía no se ha asentado resueltamente en el poder y que merecería unos días de calma, durante los cuales pudiera dedicarse a plantar firmemente los pies en la tierra de la antigua Capitanía General de Quito.

HONDURAS AL BORDE DE LA REVOLUCIÓN*

Noticias de absoluta confianza, llegadas a La Habana, en las últimas 24 horas, hacen presumir que va a estallar un movimiento revolucionario en Honduras, si es que no está iniciado en el momento en que escribimos este comentario. La agitación ha llegado a tales extremos en el interior del país, que Tiburcio Carías, el dictador de la hermosa república centroamericana, creyó necesario establecer la Ley Marcial, si es que aspiraba a mantener su dominio sobre las vidas, las voluntades, las haciendas y la honra de sus compatriotas.

Los primeros rumores sobre la implantación de la Ley Marcial salieron de Honduras con los delegados a una convención de Clubs de Leones de Centroamérica que tuvo lugar en Tegucigalpa —la ciudad de los cerros de plata— hace dos semanas. Al volver a sus países, los leones contaron que su presencia en la capital de Honduras fue aprovechada por el Pueblo, sometido desde hace más de diez años a una dictadura aborrecible, para hacer patente su disgusto por la opresión a que lo tiene sujeto el régimen de Carías. Más de mil quinientas mujeres recorrieron las calles de Tegucigalpa, pidiendo libertad para los reos políticos, amnistía general y elecciones libres. Jamás, hasta ese momento, habían

* *Información*, La Habana, 15 de junio de 1944, p.14.

intervenido, así en masa, las mujeres hondureñas en los problemas políticos. La manifestación se dirigió al palacio presidencial y pidió ser recibida. Tiburcio Carías, el gigantesco y huracán señor de Honduras, se vio acorralado; al fin accedió a que una comisión, compuesta de tres damas escogidas entre las manifestantes, pasara a hablarle. Su actitud ante esa comisión empezó siendo colérica; fuera de sí, amenazó a las señoras y pretendió asustarlas. Pero la comisión se mostró firme e insistió en las demandas. Carías las despidió diciéndole que no podía hacer nada por sí mismo, pero que deliberaría con su gabinete. Cuando el último león de los reunidos en la capital salió del país, Carías dio su respuesta: implantación de la Ley Marcial, prohibición absoluta de los grupos mayores de tres personas, prisión de centenares de ciudadanos sospechosos de ser opuestos al dictador, acuartelamiento del Ejército en las fronteras y vigilancia estricta de todos los caminos.

El amo de Honduras creyó dominar con esas medidas a un pueblo que en vano ha tratado de ejercer sus derechos democráticos y que ha visto todas sus libertades conculcadas, a sus mejores hijos asesinados, presos o desterrados, a su prensa amordazada o simplemente destruida. Pero, fiel a la ley que rige el destino de los gobernantes de su tipo, Carías olvidó que con tales procedimientos iba a provocar una reacción de igual fuerza que la que él utilizó al imponer su voluntad al Pueblo. Los agentes de esa reacción libertadora serían los desterrados hondureños.

Bajo la jefatura del líder del Partido Liberal de Honduras, el Dr. Ángel Zúñiga Huete, los desterrados de Honduras, que se hallaban dispersos por todos los países de la América Central, México, Estados Unidos y Colombia, están recibiendo órdenes urgentes, cablegráficas y radiográficas, de trasladarse a determinado lugar de Centroamérica. Noticias que merecen entero crédito aseguran que centenares de

ellos están ya en el sitio que se les ha señalado y que a su frente se encuentra el líder de la oposición a Carías que es el propio Dr. Zúñiga Huete.

Tal concentración de hombres de prestigio nacional e internacional, entre los que están algunos que han sido presidentes, vicepresidentes, ministros y altos funcionarios de anteriores gobiernos hondureños, indica que se espera, de momento, el estallido de la revolución. Que esa revolución esté organizada para iniciarse dentro del país, es cosa que no se sabe, como no se sabe si estará hecha y dirigida desde afuera, desde cualquiera de los tres países que tienen fronteras con Honduras.

Pero lo que sí puede asegurarse es que Carías no tardará en verse frente a ella. Los hombres que dirigen la oposición hondureña son demasiado conscientes para ordenar, abruptamente, la inmediata presencia de los desterrados en un lugar determinado, sin estar convencidos de que dentro de pocas semanas esos desterrados, algunos de los cuales tendrán que abandonar intereses y afectos cultivados a miles de kilómetros de distancia, estarán pisando la tierra de Honduras, que se hallará para entonces libre de su esclavizador.

A fin de que los lectores de *Información* estén al tanto, cuando los hechos se sucedan, de la verdad sobre Honduras, explicaremos en próximos artículos cuál es el actual estado del país, y a qué causas se debe que se halle hoy agobiado por un régimen que se cuenta entre los más oprobiosos de los que ha padecido América.

LA ASCENSIÓN DE TIBURCIO CARÍAS*

Tiburcio Carías ganó la presidencia de Honduras en las elecciones de 1932. Hasta entonces había sido presidente el Dr. Mejía Colindres, liberal, médico notable y hombre honesto, que había subido al poder en 1929. El gobierno nacionalista y democrático de Mejía Colindres provocó una grave reacción en los intereses extranjeros determinantes en la vida hondureña, y el resultado de esa reacción fue Tiburcio Carías en la jefatura del Estado.

Pues Tiburcio Carías, candidato presidencial, numerosas veces, del Partido Conservador, garantizó a la United Fruit Company —el poder detrás del trono en Honduras— cuantas medidas creyó necesarias la omnipotente compañía para reconquistar el terreno perdido por ella durante el mandato de Mejía Colindres. Y así fue, como, siendo éste liberal y habiendo hecho un buen gobierno, y siendo candidato presidencial de los liberales un hombre que tenía el apoyo de las masas conscientes —Ángel Zúñiga Huete—, a la hora de las elecciones el liberalismo fue derrotado. Mejía Colindres se declaró neutral y negó toda ayuda a sus correligionarios; pero había un poder incontrastable en Honduras —la United Fruit Company— que colocó su peso del lado de Tiburcio Carías. Los campesinos recibían cinco lempiras, una manta y una

* *Información*, La Habana, 17 de junio de 1944, p.14.

botella de coñac por sus votos. De parte de los conservadores, no había límite en los gastos: la United Fruit pagaba. Para la poderosa compañía era cuestión de vida o muerte la derrota de los liberales.

El rescate de los fueros nacionales, maltrechos por la United Fruit, se había iniciado bajo el gobierno de Mejía Colindres y era notorio que proseguiría bajo el gobierno de Zúñiga Huete, si resultaba electo. Hasta que llegó Mejía Colindres al poder, ningún gobierno se había enfrentado a la United Fruit. Rafael Medina Raudales, abogado rural, hombre casi desconocido en Tegucigalpa, fue el adalid de la marcha sobre los desafueros de la United Fruit. Designado ministro de Fomento y Obras Públicas, empezó por negarse a visitar al gerente de la gigantesca compañía para presentarle sus saludos, como era de rigor para todo titular de la cartera. Después, el nuevo ministro empezó a revisar concesiones de ferrocarriles, de enormes áreas de terreno, de puertos, de carreteras; y con la energía de un patriota convencido, rescató cuanto estaba ilegalmente en manos de la empresa bananera.

Por su parte, Zúñiga Huete propició y obtuvo la implantación de leyes sociales; jornada de ocho horas, pagos en efectivo, salubridad en los campamentos obreros, sueldos mínimos. Se convirtió en el campeón de las reformas sociales, así como Medina Raudales lo había sido del rescate de la soberanía. Y cuando Zúñiga Huete surgió como posible candidato liberal a la presidencia de la república, Medina Raudales hizo declaraciones advirtiéndole que lo respaldaría. El binomio reformador asustó a la United Fruit, cuyos hombres claves se encaminaron hacia Zamorano, la finca donde vivía el tantas veces derrotado aspirante conservador. Desde el fondo de su terca ambición, Tiburcio Carías aceptó todas las condiciones. Él sabía que la United Fruit era incomparablemente más fuerte que el Gobierno; que disponía de cuanto dinero hiciera falta,

que manejaba a cientos de millares de trabajadores, que su voluntad era ley en toda la orilla del Atlántico, que no había persona en Puerto Cortés, en Tela, en Trujillo, en ninguna de las principales ciudades del país, en fin, que no dependiera de la compañía. Vendió su conciencia y con ella a Honduras. Él quería el poder, costara lo que costara.

En vano la gente capaz de Honduras advirtió al Pueblo lo que le esperaba; en vano un periodista cáustico y arrojado, Miguel A. Navarro, profetizó que el programa de Carías se sintetizaba en tres palabras: “Encierro, destierro, y entierro...”. El pueblo hondureño no podía librarse de dos hados malignos: la United Fruit y la ignorancia; una parte de la población iría a votar forzada por la compañía, la otra parte, que no sabía leer, no conocería la admonición de Miguel A. Navarro, Tiburcio Carías fue electo.

Las elecciones fueron en noviembre de 1932; Carías se hizo cargo de la presidencia en febrero de 1933. Ese día se hizo retratar —recordamos todavía la ridícula foto— bajo un frondoso árbol de su finca de Zamorano. Llevaba chaqué y sombrero de copa. Hombre gigantesco, con turbia mirada y estrecha frente, mostraba en la fotografía sus poderosas manos de campesino obstinado. Ya estaban manchadas de sangre, pues los crímenes de Carías habían empezado desde antes de febrero de 1933.

De esos crímenes hablaremos más tarde.

LLANTO EN LAS ISLAS*

El tema hondureño debe esperar. Cualquier tema tendría que esperar ahora, porque un gran poeta ha muerto y hay que saludar con el silencio de las congojas el paso de un poeta hacia la eternidad. Debería ser siempre así, pero debe serlo sobre todo cuando una voz que canta enmudece de pronto en medio del estruendo de un mundo que está ahogando con el tronar de los cañones la melodía del hombre.

Luis Llorens Torres ha muerto, dice un cable de Puerto Rico. Duerme ahora bajo su tierra el que la pobló de música. Se niega uno a admitir que el suelo borinqueño se haya abierto para recibir, y callar por los siglos de los siglos, a quien fue la más excelsa de sus justificaciones. Ya no oirá más la isla huérfana aquella voz viril y tierna, que cobraba tan conmovedores acentos cuando en las tardes de Santurce empezaba a recitar la hermosa “Cuesta del Asomante”, ni los corrillos de San Juan volverán a iluminarse con la sonrisa de niño que fulgía bajo la nariz hebraica del extraordinario poeta. Ojos como los suyos, de tan lúbrico fulgor, no verán otra vez, con forma de mujeres, las palmeras de Escambrón. Lo que Puerto Rico ha perdido ha sido su propia voz.

Poco o casi nada se conoce aquí, y en el resto de América, a Luis Llorens Torres. Pero a nadie quepa duda de que era

* *Información*, La Habana, 20 de junio de 1944, p.14.

uno de los escasos grandes poetas del idioma. Podía resistir gallardamente todas las comparaciones. Superior a Rubén Darío por la densidad de su pensamiento, a Lugones por su americanismo integral, a Chocano por su ternura infinita y por la multiplicidad de sus temas, sólo le faltó, para que cada poema suyo se saludara con salvas de emoción de México a la Argentina, haber vivido en una tierra más socorrida por la atención de nuestro continente. Puerto Rico era un pedestal demasiado pequeño para su estatua de cantor; y, sobre todo, Puerto Rico ha vivido durante el último medio siglo demasiado apartado de la América española. El gran poeta se quedaba preso entre los límites de la isla, como un ruiseñor en su estrecha jaula.

Llorens Torres ha muerto cuando tenía 66 años. Sin embargo, era tan joven al morir como al nacer. Nacía siempre. Su extraordinario sentido poético se renovaba sin cesar. Y era, sin embargo, fiel a sí mismo y a su destino poético. Leyendo el último de sus poemas se le reconoce tanto como leyendo su impresionante “Canción de las Antillas” que fue escrita hace más de 30 años. Especie de Lope de Vega americano por la fecundidad de su obra, dejaba en cada verso la impronta de su ingenio, y cuanto hizo es hermoso, grande, conmovedor. “Es un dios este hombre”, me decía cierta noche, oyéndole recitar, una escultora americana. Y en efecto era un dios; un extraño dios pagano, de perfil rapaz y sonrisa de niño, cuyos ojos relumbraban tras los quevedos inseguros, cuyos cortos brazos se movían con sobrio y viril aleteo mientras iba recitando su postrer poema. Y cuando callaba seguía sonriendo, mientras los que le oíamos nos sentíamos vagar por un bosque de músicas.

Fue el alma de Puerto Rico hecha melodía en palabras. Fue, además, para nuestro gusto y para el de cuantos conocieron su obra, el más americano de nuestros poetas modernos, más, incluso, que Andrés Eloy Blanco. Su americanismo no

estaba, como en Chocano, en la descripción de la flora, de la fauna o de sucesos históricos. Surgía del poema como la luz del Sol. Él no tenía que mencionar el bohío antillano para que el bohío nos agobiara con su miseria, ni que hablar del menudo río borinqueño, con sus bambúes en las orillas, para que oyéramos el discurrir del agua entre las piedras. Puerto Rico, y todas las antillas, temblaban en sus versos. Por eso el pueblo de Borinquen hacía suyos sus cantos, y los batía en su voz como una bandera o como una afirmación de su personalidad popular.

Quiso morir en Puerto Rico y pidió ser llevado allá. Había sido operado en New York. Calló para siempre al pisar su tierra. Ahora yace en la menuda isla desamparada, sobre la cual está cayendo el llanto de un pueblo que ha perdido su propia voz.

El de su pueblo y el de los que aprendimos a admirarlo en su obra de gran poeta y de gran puertorriqueño.

EL REINADO DE LOS CARÍAS*

La desdichada patria hondureña empezó a sufrir el terror carísta antes de que el patriarca de la tribu llegara a la presidencia. Calixto Carías, el manco sobrino de don Tiburcio, mató de un balazo por la espalda a Abel García Cáliz, un periodista de esos que hacen época, y lo hizo durante el período de agitación que precedió a la elección del señor de Zamorano. Cuando su tío fue al poder amnistió a Calixto, y el primer acto de éste fue dar muerte a otro periodista, Gregorio A. Velásquez, a quien abatió de un tiro en la frente cuando, flanqueado por dos hijitas, el pobre Velásquez salía de una iglesia. En dos años el insaciable manco se echó en la conciencia cinco muertes más. Como aquel tristemente célebre Negro Funes, a quien Gómez entregó en feudo el territorio venezolano del Amazonas, y ese brutal feudo lo disfrutó hasta que cayó fusilado por Emilio Arévalo Cedeño. Calixto Carías, el sobrino del presidente de Honduras, necesita un cementerio privado para sí. Sin embargo, Calixto Carías es jefe del Ejército hondureño.

En la tierra de Morazán pululan, como los hongos en ciertos sitios, los Carías con poder. Marcos Carías es secretario de la Presidencia. Escribe unos infames libros que se publican a costa del Estado y que distribuye, sin pagar siquiera sellos de

* *Información*, La Habana, 22 de junio de 1944, p.14.

correos, por toda América. Ha tenido la osadía de enviarnos uno de esos libracos, en cuya portada figuraba un lobo hambriento, como si quisiera inconscientemente pintar la tragedia de su patria bajo la dictadura de su tío. Tiburcio Carías hijo es ministro en Londres, y Gonzalo cónsul en New York, y Víctor jefe de la Penitenciaría donde sepultan a los presos políticos y jefe, a la vez, de la policía secreta del tío. Hay más Carías: están Fernando y doña Ana Rosa, viuda de Carías, ambos en la jefatura de la enseñanza nacional. Elena Castillo de Carías, la esposa del dictador, es hoy propietaria de toda una sección de Tegucigalpa con más de 200 casas; once años atrás, la luchadora y excelente compañera de don Tiburcio, no tenía otros bienes que la fonda que regenteaba en Zamorano.

La tempestad de los Carías ha empobrecido económica, moral y mentalmente a Honduras. Los mejores hombres del país tuvieron que emigrar, entre ellos el Dr. Venancio Callejas, que durante años había sido el más íntimo de los amigos de Carías. El Dr. Callejas fue, incluso, candidato vicepresidente del hoy dictador; actualmente dirige el Partido Nacionalista Constitucional. Había sido conservador de toda su vida, y se quedó sin partido cuando, lo mismo que hizo con cuanto había en Honduras, Carías destruyó el tradicional Partido Conservador, que lo había llevado al poder, y fundó el ostentoso y oligárquico Partido Nacional. Salieron de Honduras el expresidente Mejía Colindres, el exministro de Fomento y Obras Públicas Dr. Medina Raudales; Rafael Heliodoro Valle, Alfonso Guillén Zelaya, Ricardo D. Alduvin, José R. Castro, escritores conocidos todos; salieron los coroneles Cubas Turcios, Luis Alonso López, Moisés Gómez, Jesús Chinchilla, Santos Chinchilla; salieron Moisés Herrera, Luis Suárez, José Socapa. Mencionamos sólo unos cuantos, conocidos todos en el ámbito centroamericano por sus talentos, su carácter, su honestidad, hombres necesarios al

progreso de Honduras. Los que no salían iban a las cárceles, como el Dr. Ochoa Velásquez, que fue vicepresidente de la República, los exministros Dr. Centeno y general Cisneros; la ilustre doña Emma Vda. de Bonilla, cuyo esposo, Policarpo Bonilla, había sido presidente de la República. Y los que no caían en prisión ni salvaban la vida en el destierro eran asesinados fríamente, como Martínez Galindo, gran escritor, esperanza de la juventud hondureña, o como el Dr. Luis Melara, cuyo delito consistió en ser abogado de la Cuyamel Fruit Company, competidora de la United Fruit.

La profecía de Miguel A. Navarro, acogido también al exilio, se había cumplido antes de que el primer período presidencial de Tiburcio Carías tuviera fin. El programa del señor de Zamorano, “encierro, destierro y entierro”, había sido satisfecho.

Pero Carías no estaba conforme, ya diremos después por qué.

DESVENTURAS DE UNA CONSTITUCIÓN*

Para todo dictador americano la Constitución ha sido siempre un traje hecho a la medida. Ocurre que el señor dictador ha engordado; pues se convoca de dedo a los sastres jurídicos y se arregla la Constitución a voluntad del amo. Ninguno de nuestros menguados “beneméritos” ha tenido el coraje necesario para romper la monótona tradición. Carías Primero de Honduras no había de tenerlo, aunque, dado que es un dictador de escasa inteligencia, iba a remendar de extraña manera la Carta Fundamental de su país.

La Ley de leyes hondureñas consignó siempre que ningún gobernante podría reelegirse. El presidente Bertrand se sintió a disgusto por tal prohibición y decidió quitar de en medio el estorbo legal. Eso ocurrió hacia 1921. Servía entonces de camarero en el hotel “Balderach” de Tela, puerto atlántico, un cubano dicharachero, hombre de más de seis pies, que tenía a todas horas un chiste entre los labios. Este cubano, “hijo de canarios y nacido en Palma Soriano” como decía él mismo, se llamaba Manuel Darías. Cuando el presidente Bertrand empezó a mostrar la oreja reeleccionista, los clientes del “Balderach” oían a Manuel Darías decir, entre bisté y bisté servido, que él no estaba acostumbrado a que se violara la Constitución en un país donde él vivía, y que si Bertrand se

* *Información*, La Habana, 24 de junio de 1944, p.14.

ponía majadero iba a tener que verse la cara con él, con Manuel Darías. La gente reía la gracia del cubano mientras el prepotente gobernante hondureño lo organizaba todo, en la remota Tegucigalpa, para que le ampliaran a su gusto el traje constitucional. Se lo ampliaron; se dispararon los 21 cañonazos de rigor en la capital del país y el nuevo adefesio fue jurado por el gobierno en pleno. Cuando Manuel Darías lo supo le pidió cien “lempiras” —“lempira”, moneda nacional de Honduras, a 50 centavos de dólar cada uno— al dueño del hotel, se acordó con un sirio y un chino y salió de Tela. En las afueras de la población los tres extranjeros asaltaron a unos traficantes de tabaco, a quienes despojaron de las cabalgaduras y de unos cientos de “lempiras”; asaltaron después un puesto militar de cuatro o cinco miembros y se llevaron las armas. Una semana más tarde Darías tenía a su lado 25 hombres; 50 a poco, 200 a los quince días. Al mes le seguían más de 500 campesinos y a los dos meses tenía bajo su mando a cinco mil hondureños y se había proclamado “Jefe Supremo de la Revolución Reivindicadora”. Tras muchas peripecias y 27 fieros combates, Manuel Darías entró victorioso en Tegucigalpa y la antigua Constitución fue proclamada por un pueblo delirante de entusiasmo democrático. El Estatuto Nacional hondureño fue respetado desde entonces hasta 1936, año en que Carías resolvió remendarlo a su gusto, sólo que por medios insólitos, que jamás habían sido utilizados en América. El hecho ocurrió de la siguiente manera: el Congreso se declaró disuelto y pasó de inmediato a declararse, *motu proprio*, Asamblea Constituyente. Su único trabajo como tal fue agregar a la Carta Fundamental una transitoria por la cual el mandato de Tiburcio Carías quedaba prolongado hasta 1943. El artículo que prohibía la reelección —no se desmaye ningún jurista— seguía vigente.

Todavía lo sigue, aunque Carías esté aún en el poder. No se fue en 1943, porque en tal año se repitió la escena. Otra

vez convirtiéndose el Congreso en Asamblea Constituyente y mediante el cambio de una cifra —el 3 de 1943 por 9— la transitoria prolongó hasta 1949 el mandato del dictador. Inmediatamente después de la extraña transformación de los congresistas en constituyentes, Carías exigió que todo hondureño firmara un mensaje respaldando el cambio del malhadado y jorobado tres por el armonioso nueve. Los que se negaron a firmar el mensaje fueron zampados en el Castillo de Omoa, donde la humedad y la falta de luz propicia la tuberculosis y el beri-beri.

Ningún Manuel Darías quedaba en Honduras. Los que hubieran podido enarbolar la bandera de la Constitución para encabezar la rebeldía nacional contra el déspota estaban muertos, encarcelados o desterrados. El general presidente podía estar tranquilo.

Pero Tiburcio Carías Andino olvidaba todavía que los pueblos están formados por hombres, y la criatura humana no es siempre dócil. La propia Constitución que él ha convertido en un papelucho de su uso privado reconoció, durante mucho tiempo, el derecho del pueblo hondureño a levantarse en armas contra cualquier gobierno que lo tiranizara o que burlara la Carta Nacional. La revolución estaba, pues, constitucionalmente consagrada en Honduras.

Esperamos que la que ahora está a punto de estallar en la patria de Morazán se cuide, antes que nada, de restablecer en toda su dignidad la Constitución que Tiburcio Carías ha ultrajado. Y que con su restablecimiento acaben de una vez y para siempre las desventuras de esa Constitución.

LA HORA CERO DE UBICO*

Parece que está a punto de sonar la hora cero de Jorge Ubico, el omnipotente dictador guatemalteco. Es tiempo ya, pues desde hace cerca de quince años, la bellísima tierra del quetzal, antiguo solar de la cultura maya, está padeciendo una tiranía sólo comparable a la que bajo Rafael L. Trujillo sufre la antillana República de Santo Domingo. Cuan inquietante se habrá tornado la situación en Guatemala, lo dice el hecho de que el propio gobierno haya creído oportuno anunciar al mundo que han quedado restringidas “ciertas garantías constitucionales” en vista de que “elementos disociadores y de tendencias nazifascistas tratan de perturbar gravemente la paz”.

Como toda declaración de una dictadura, ésta de Ubico es fementida. Nunca, bajo su régimen, ha habido garantía constitucional alguna en Guatemala; y en cuanto a tendencias nazifascistas, el único que las mantuvo en el hechicero país centroamericano fue el propio dictador, primero en reconocer el régimen de Franco, primero en amparar a la Quinta Columna alemana, cómplice de Cedillo en aquella loca aventura con que el antiguo Ministro de Agricultura de México quiso iniciar en el Anáhuac una era nazista. En esa ocasión las armas para el levantamiento de Cedillo, que fueron enviadas desde Alemania, pasaron a México a través de la Cordillera de los

* *Información*, La Habana, 27 de junio de 1944, p.14.

Cuchumatanes, después de haber entrado en Guatemala por Puerto Barrios, en el Atlántico; y en Puerto Barrios fueron desembarcadas con la aprobación de Jorge Ubico.

¿Qué habrá dicho el discreto pueblo guatemalteco cuando el 22 de junio oyó a los soldados de Ubico leer en las esquinas de la fascinante y fría capital un bando asegurando que quedaban suspendidas las garantías constitucionales en lo referente a reuniones públicas, libertad de palabra y de prensa, inviolabilidad de la correspondencia y la detención sin mandamiento de prisión? Habrá creído que Ubico había enloquecido, puesto que ningún joven de 20 a 25 años recuerda que haya habido allí libertad de palabra hablada o escrita, sagrado de la correspondencia o libre circulación. Por hacer chistes incoloros sobre Ubico mató hace poco la "Maciste" en un parque guatemalteco, a un pobre desequilibrado cuyo cuerpo yació horas y horas en el lugar en que lo dejó acribillado a balazos la encargada del Abasto en la Secretaría de Educación, una mujer monstruosa, de más de seis pies de estatura, que fuma tabacos, usa zapatos de hombre y a menudo pantalones y en ocasiones maneja el automóvil del dictador. En cuanto a libertad de prensa, baste mencionar este hecho: ni siquiera puede enjuiciarse en Guatemala la figura del general Justo Rufino Barrios, a pesar de que éste murió hace casi sesenta años. Barrios fue padrino de Ubico y el dictador no tolera que se mencione a la víctima del combate de Chalchuapa, a menos que su nombre se escriba sucedido o antedicho de elogios. Cuando se erigió en amo de la conciencia guatemalteca Ubico se acordó de que Wilde Ospina, el notable escritor nacional, había publicado años atrás un estudio sobre Barrios cuyo título era *El Autócrata*; una de las primeras disposiciones del dictador fue ordenar que se recogieran cuantos ejemplares quedaran del libro de Ospina, y que se les destruyera. ¿Libertad de tránsito y reunión? Sí, cuando

no se le antoja a Ubico ir a bañarse al lago de Amatitlán, pues entonces se tiende desde la capital hasta el lago un cordón de policías, a uno por cada 100 metros en todo el trayecto de 32 kilómetros que hay entre la ciudad y el hermoso paraje, ¡y ay de quien ose transitar por entre los feroces guardadores de la tranquilidad de Ubico! Y en lo que se refiere a detención sin mandamiento de prisión, los guatemaltecos habrán creído que se trataba de una ironía sangrienta; pues ellos no recuerdan que se haya estilado en Guatemala, desde 1930, hacerlo de otra manera. Allí no sólo se detiene a una persona sin mandamiento de juez competente, sino que incluso se le fusila o se le mata en plena calle, como mataron al Dr. Carlos Pacheco Marroquín, hermano de leche de Ubico, cuyo delito fue echar a éste en cara lo salvaje que era su régimen. Cazado a balazos en el techo de la casa donde se había refugiado, el Dr. Pacheco Marroquín, ilustre figura del foro y de la política del país, tuvo que defenderse de la feroz agresión de que fue objeto y se fue de este mundo llevándose por delante a siete policías. A la hora de oír la lectura de un bando que tiene mucho de cruel burla, los amables, los gentiles y discretos “chapines” habrán evocado la cacería del Dr. Pacheco Marroquín, y los centenares de fusilamientos con que Jorge Ubico ha sembrado el terror en Guatemala.

EL DERECHO DE ASESINAR*

El 30 de junio conmemora Guatemala el aniversario de la revolución liberal de 1871. Por extrañas leyes del destino Cuba está indirectamente vinculada a esa revolución, pues a una hija de Miguel García Granados, tribuno y acaso jefe real de aquel movimiento restaurador —presidente de la República por imposición revolucionaria— iba a tocarle ser inmortalizada por José Martí. Fue ella María García Granados, “la Niña de Guatemala, la que se murió de amor”. Con el jefe de la revolución, retirado ya del poder, cuando le conoció el Apóstol cubano, jugaba éste ajedrez en las frescas y calladas primanoches guatemaltecas.

Los estudiantes que promovieron el alzamiento popular contra Ubico habían planeado la iniciación de una huelga general para el día 30. Ubico se les adelantó restringiendo las “garantías constitucionales”, y los jóvenes líderes de la revuelta tuvieron entonces un pretexto ideal para generalizar un disgusto que estaba desde hace años latente en todo el pueblo, pero que pretendía manifestarse a causa de ciertas caprichosas medidas tomadas por el dictador en relación con la Universidad.

Hacía tiempo que el descontento guatemalteco iba tomando formas. Meses atrás los “chapines” se enteraron de que en el parque zoológico de la capital había un quetzal, el

* *Información*, La Habana, 29 de junio de 1944, p.14.

ave nacional, casi sagrada para el pueblo. Según la creencia popular el quetzal muere cuando se le encierra en jaulas; y el de Guatemala murió. El sentimiento de que algo grave iba a pasar en el país, por culpa de un gobierno que enjaulaba a un quetzal, se extendió entre los más de tres millones de guatemaltecos, muchos de los cuales son indios, respetuosos de añejas tradiciones. Hábilmente los líderes del movimiento clandestino, que no se apreciaba pero que estaba formándose, se aprovecharon de tan nimio, pero tan importante incidente. Ubico, según ellos hicieron creer a la indiada, llamaba grandes males sobre la patria. Los indios creyeron en la profecía. Por eso cuando el estudiantado salió por las calles de la capital a reclamar que se cerraran las tiendas, indios descalzos iban con ellos, armados de garrotes con los que atacaban a la feroz policía de Ubico.

Sin embargo no habían hallado causa de alzamiento en medidas realmente crueles del dictador. Cuando éste ahogó en sangre la conspiración de Aguilar Fuentes declaró a todo pulmón: “Yo soy como Hitler; ejecuto primero y después purgo”. El Pueblo consciente le oyó y quedó paralizado de terror; la indiada, que tal vez pase de los dos y medio millones, se quedó tranquila, como si nada le alcanzara a ella de esa disputa entre los políticos. Ni siquiera se alteró cuando, en abril de este año, Jorge Ubico promulgó la ley más inconcebible que jamás se haya producido en país alguno de América desde que estos se proclamaron repúblicas independientes, una ley que autorizaba a todos los dueños de fincas o predios de Guatemala a asesinar, sin consecuencia penal alguna, a los míseros indios. Contra estos iba el salvaje engendro de la Asamblea Legislativa guatemalteca, puesto que son indios, en su casi totalidad, los campesinos y los trabajadores campesinos del país. Con la firma de Ubico y de su secretario de Gobernación y Justicia —¡de Justicia, señor!—, con las del presidente y los

secretarios de la Asamblea Legislativa, se consagraba en Guatemala, el 27 de abril de 1944, el derecho de asesinato, el mismo derecho feudal sobre la vida que fue destruido y borrado con sangre durante la Revolución Francesa.

El caso es tan inconcebible que podría dudarse de él. Por eso copiamos al pie de la letra el decreto-ley a que nos referimos:

“Decreto N° 2795. La Asamblea Legislativa de la República de Guatemala. Considerando: Que para el desarrollo de la producción agrícola es indispensable poner fin a los delitos contra la propiedad que se cometen en los predios rústicos por personas ajenas a ellos, facultando a sus dueños para emplear contra estos los medios adecuados para la protección de sus intereses... Por tanto, Decreta: Estarán exentos de responsabilidad criminal los propietarios de fincas rústicas cercadas o sus legítimos representantes, por los delitos que cometan contra los individuos que, habiendo penetrado sin autorización al interior de aquellas, fueren hallados in fraganti, cogiendo o llevándose los animales, frutos, productos forestales o instrumentos de labranza pertenecientes a los mismos”.

Hace apenas dos semanas Ricardo Peralta, el director de *El Liberal Progresista*, periódico guatemalteco, declaraba en New York que Ubico había instituido en su país una “era de progreso político”. Peralta estaba en los Estados Unidos como invitado oficial del Gobierno americano y aprovechaba esa tribuna para mentir en provecho del dictador. Él conocía, puesto que se había promulgado antes de su salida de Guatemala, esa inhumana ley que hemos copiado. Su deber era denunciarla y pedir a todos los gobiernos de América que rompieran relaciones con el de su país, pues no es posible que se trate de igual a igual, con respeto internacional, a quien hace lo que ni Hitler se ha atrevido a hacer: consagrar legalmente el asesinato.

Ricardo Peralta se hizo el sordo: los indios también. Pero los indios comprendieron la lección del quetzal, que murió al perder su libertad. Por lo menos, conservaron intacta la vieja sensibilidad de su raza, para desdicha de Jorge Ubico.

GUATEMALA, BOTÍN DE TIRANOS.
TIRANÍAS GUATEMALTECAS *

Ubico anuncia que ha dominado la revuelta popular que se inició en Guatemala el 22 de junio y lanza una amenaza ante la cual deben ponerse en pie todos los hombres liberales de América. “Es lógico que los líderes de esta revuelta deben pagar sus culpas”, dice el dictador guatemalteco; lo cual supone matanzas en grueso, como las que siguieron a la fracasada conspiración de Efraín Aguilar Fuentes y las que durante casi quince años ha estado ordenando con implacabilidad escalofriante el amo del bello país centroamericano.

Las noticias que han salido de Ubiolandia son las que él y los suyos han dado al mundo. Todos los medios de comunicación están en Guatemala, como en cualquier feudo de un dictador americano, en las manos del régimen. Según esas noticias, el Pueblo que recorrió durante varios días las calles de Guatemala pidiendo libertad no era tal pueblo, sino turbas de ladrones y borrachos, cuyo único fin era el saqueo. Ubico no ha parado mientes en el hecho de que tales aseveraciones lo acusan de mantener a los guatemaltecos padeciendo hambre, lo cual, por lo demás, es cierto, pues bajo la “benefactora” rectoría de Ubico los obreros de la capital ganan, cuando trabajan, 50 centavos diarios; un trabajador del campo percibe de 12 a 20 centavos como salario. El dictador ha

* *Información*, La Habana, 1º de julio de 1944, p.14.

dicho varias veces que si el pueblo disfrutara de prosperidad económica lo tumbaría, peregrino razonamiento que sólo puede albergarse en la testa del hombre que prohibió la entrada en Guatemala a compañías teatrales, artistas aislados, circos y espectáculos de género parecido, “porque contagian con su inmoralidad al Pueblo y se llevan a otra parte el dinero nacional”.

La rebelión popular parece controlada por ahora. Si no toma fuerza en la sangre de los centenares de estudiantes que han caído al plomo de la policía ubiquista, Guatemala va a tener Ubico por largo tiempo.

Larga historia de tiranías es la que ha padecido Guatemala, país digno de mejor suerte, hermosa y rica tierra llamada a grandes destinos cuando pueda desarrollar en libertad las artes de la paz, cuyos frutos son estériles y amargos si tienen que darse en un clima de opresión como el que ahora agobia a los “chapines”.

El primer dictador de Guatemala fue Rafael Carrera, “el indio Carrera”, llamado “el porquerizo de Mita” porque fue de niño, como Francisco Pizarro en su Extremadura natal, cuidador de cerdos en Asunción Mita, población de Guatemala aletargada por el espíritu de la colonia. Carrera fue ultraconservador y cruel. Hacía desfilar al Ejército con uniforme de luto tras el Santo Sepulcro en las procesiones del Jueves Santo, y fusilaba a sus enemigos con la tranquilidad de quien cumple una necesidad fisiológica. Como todo dictador era un mal patriota, y buscó apoyo en las tropas mexicanas que lanzó sobre Centroamérica Agustín Iturbide Primero, emperador de México, cuando este antiguo héroe de su país quiso anexionar toda la América Central al flamante imperio. Carrera fue echado del poder por Francisco Morazán, hijo de corso, cadete de la Escuela de Cabos y Sargentos de Tegucigalpa, una figura tan ilustre y tan hermosa que resiste toda comparación con los más grandes hombres de la América. Al dar principio

a su titánica tarea de unir de nuevo a Centroamérica —“Han roto la República Mayor; yo voy a restaurarla”, dijo al cumplir sus 21 años—, Morazán pensó que debía empezar por Guatemala, el más grande, más rico y más poblado de los cinco países en que había quedado dividida la porción central de América, la vieja República Mayor en que se habían confundido, al independizarse, todos los territorios que bajo la Colonia formaron la Capitanía General de Guatemala. Morazán entró en Guatemala tras haber vencido gallardamente al régimen conservador que asfixiaba a su tierra natal, Honduras. Su carrera fue de sangre y dolor, pero a su paso florecía la libertad. Comayagua, la ciudad hondureña de las 22 catedrales, quedó destruida por el incendio que desató en ella José Millá, nombre que es hoy en Honduras símbolo de traición y de maldad, quien prefirió ver arder la ciudad antes que entregada a Morazán. Ese incendio iluminó la figura del juvenil y poderoso caudillo, cuya bandera de unión centroamericana iba a ser el espanto de los dictadores y la gloria eterna de los que cayeron luchando por tan hermoso ideal. Al andar de los años, curioso fenómeno, todos los dictadores guatemaltecos, incluyendo a Ubico, tremolarían también, aunque por miedo al laudo histórico, la bandera de Francisco Morazán. El único que merece respeto entre todos esos pseudos unionistas es Justo Rufino Barrios.

De él, y de otros que han hecho de Guatemala un botín de tiranos, hablaremos en ocasiones próximas.

AHORA, HONDURAS Y NICARAGUA*

Mientras en Guatemala —ironías inexplicables— los legisladores que tan sumisos se comportaron con Ubico pretenden ser altivos ante la voluntad popular, única soberana en cualquier país democrático, el vórtice de los acontecimientos que están sacudiendo el árbol dictatorial centroamericano y echando al lodo sus podridos frutos, se mueve velozmente sobre Honduras y Nicaragua.

De Honduras hablamos en días pasados y predijimos que una revolución derrumbaría a don Tiburcio. Pero don Tiburcio, que tan impetuoso ha sido a la hora de imponer su capricho al Pueblo, no se siente con ánimos para enfrentar la terrible ley revolucionaria: “Dejaré el poder si el verdadero pueblo de Honduras me lo pide”, ha dicho. De esa manera se protege sólo con el adjetivo “verdadero”; tras él se ampara por lo que pudiera suceder. Si hay posibilidad de burlar el mandato histórico, que es actualmente contrario a los dictadores, alegará que no eran “verdaderos” hondureños los que le pedían abandonar la Presidencia.

Los hechos parecen indicar que sí, que don Tiburcio reconocerá al fin la nacionalidad hondureña a los que le reclaman irse. Aterrorizado por los sucesos que dieron en tierra con el amo de Guatemala, ha dispuesto la libertad de los

* *Información*, La Habana, 6 de julio de 1944, p.14.

presos políticos y la salida de su familia, que ha tomado las de Villadiego —la de los Estados Unidos, en este caso— por la vía más rápida, que es la aérea. Don Tiburcio debe haber lamentado que no hubiera vía radiográfica para sacar por ella a sus hijos y a su señora de la hoy agitada, y llena de malos presagios, Tegucigalpa. Tras ellos, antes de lo que acaso él mismo piense, se irá don Tiburcio, que a la hora en que escribimos esta crónica debe hallarse en trabajos buscando compradores para las enormes propiedades de que se ha hecho en los últimos años. Hay negocio ahora para los agiotistas y geófagos que quieran ir a Honduras. Pueden comprar a precios ruinosos la hermosa finca de Zamorano y las ciento y pico de casas que doña Elena Castillo de Carías tiene en Tegucigalpa.

Carías se irá y no dejará tras sí nada que perpetúe su era de oprobios. A diferencia de Ubico, que era un organizador y un dictador empeñado en hacer carreteras y monumentos —a la manera de todos los de su calaña—, Tiburcio Carías se ha pasado doce años contemplándose, con una abismática impudicia de Buda asiático, el crecido vientre que tan bien ha alimentado desde que es presidente de Honduras. No se ha construido en el país, en todo ese tiempo, ni un kilómetro de caminos; no se ha arreglado una vía férrea, no se ha levantado una escuela, no se ha restaurado un muelle. Ni siquiera las cárceles —ese Castillo de Omoa, tan caro al dictador— han sido pintadas. Ni aun para el Ejército ha habido intendencia, cuarteles, zapatos. Los soldados hondureños andan, en gran cantidad, descalzos y mostrando desnudas las barrigas. Los dineros destinados a la soldadesca han pasado a engrosar la fortuna privada del jefe del Ejército, el siniestro Calixto Carías.

Para justificar su permanencia en el poder, todo dictador pretende hacer algo. Muchos de ellos —como Ubico, como Trujillo— quieren convencer al mundo de que la falta de

libertad, el hambre, el atropello a la dignidad y a la vida y a la hacienda de sus pueblos es el precio que esos pueblos deben pagar por las carreteras que ellos presentan como sus ejecutorias.

Carías ni siquiera ha pensado así. Carías ha creído que Honduras es su feudo porque sí, por voluntad divina, y que él no tiene por qué cuidar de que ese feudo progrese en algún sentido. El deber de los hondureños es enriquecer y halagar a su amo. Nada más.

La hora de rendir cuentas a la historia le ha llegado y le ha sorprendido. Ahora se va. No puede, un tirano de su mentalidad, enfrentar la acometida de la libertad que ha salido a barrer Centroamérica.

Tras él, sino antes, le tocará el turno a Anastasio Somoza, el expoliador de Nicaragua.

Pero de Anastasio Somoza hablaremos otro día.

LA SANGRE DE SANDINO*

La sangre de Sandino tiene un precio que deben pagar ahora, Anastasio Somoza por haberla derramado y Nicaragua por haber presenciado impávida el asesinato de su héroe.

El altivo señor de las Segovias fue muerto por veinte miembros de la Guardia Nacional nicaragüense, que le asaltaron armados de ametralladoras cuando él abandonaba el Palacio de La Loma de Tiscapa, en la negrura de la noche, después de haber tenido una entrevista con el presidente Sacasa. Lo asesinaron por la espalda, como a un traidor, él, que había sido la encarnación de la dignidad continental. No podía ser de otra manera: los cobardes matan siempre así, y esos cobardes eran, además, unos judas de la conciencia nacional nicaragüense. Junto con Sandino cayeron esa noche su hermano Sócrates y sus ayudantes, los generales Estrada y Umanzor, que le acompañaban; el ministro del Trabajo de Nicaragua, Dr. Sofonías Salvatierra, que iba con ellos, salvó la vida porque atinó a guarecerse bajo el automóvil.

El asombro continental siguió al asesinato. En muchos países se pusieron a media asta las banderas, y el sentimiento americano cayó de bruces, hundiéndose en la sombra de la desesperación. Se repetía, a los cien años, el caso de Sucre, muerto villanamente por orden del general Flores. Y como

* *Información*, La Habana, 8 de julio de 1944, p.14.

entonces, el asesino del héroe nicaragüense no tardaría en escalar la presidencia de la República, igual que Flores la del Ecuador. Pues el hombre que ordenó el crimen de Managua fue Anastasio Somoza, actual jefe del Ejecutivo de Nicaragua. Lo dijo él mismo poco tiempo después, cuando, ebrio a causa de las numerosas libaciones con que se había festejado a sí mismo en un banquete, proclamó que había dispuesto la muerte de Sandino porque éste representaba un peligro para la paz de su país. Hubiera dicho que era un peligro para las ambiciones de Somoza, y hubiera acertado.

Anastasio Somoza, como Trujillo, se hizo militar sirviendo a la bandera norteamericana en la Guardia Nacional, organización militar constabularia fundada por los norteamericanos en Nicaragua sobre el modelo de la que habían dejado en la República Dominicana y en Haití. Hasta la jefatura de esa Guardia Nacional, muy bien nutrida y vestida mientras los verdaderos nicaragüenses padecían hambre y desnudez en las montañas de las Segovias, combatiendo a los invasores, trepó Anastasio Somoza gracias a su figura de galán de cine y a su falta de escrúpulos para todo. Una dama lo aupó; tal dama era castellana en la embajada del país que entonces tenía en sus manos el destino de Nicaragua y de todos los nicaragüenses.

Anastasio Somoza —“Tacho”, le llaman los “nicas”— era primo del presidente Sacasa y, una vez libre el país de las fuerzas norteamericanas, consideró que era tiempo de que él se sentara en la silla presidencial. Había un obstáculo grave en su camino. César Augusto Sandino, liberal, héroe nacional, hombre de carácter, iba a presentarse candidato presidencial en las elecciones próximas. Somoza resolvió quitarlo de en medio y después quitar de en medio también a su primo, el presidente Sacasa. Mató a Sandino y enfangó su sangre; pagó libros para demostrar que el infatigable luchador había sido un bandolero; ordenó y manejó una campaña de

difamación con la cual quiso cubrir la tumba de su víctima. El pueblo de Nicaragua no reaccionó y América contempló con dolorosa indiferencia toda la infame actuación de Somoza. Al fin, el jefe de la Guardia Nacional dio su postrer golpe; derrocó a Sacasa y se proclamó más tarde presidente del país.

Esto ocurría en 1936. De entonces acá Somoza se ha reelegido dos veces y se preparaba a reelegirse una tercera vez. Sin embargo, inesperadamente el dictador de Nicaragua encuentra que la reelección es un mal negocio y proclama que no se reelegirá más, que es contrario a la reelección, que dentro de dos años se retirará a la vida privada.

¿A qué esta “patriótica” resolución del dictador de Nicaragua? ¿Cómo se explica que quien no titubeó en ordenar el asesinato de Sandino, y se confesó su responsable, haya descubierto de súbito sentimientos civilistas y generosos en las profundas simas de su conciencia?

Nosotros creemos saberlo, y a su tiempo lo diremos.

POR SEGUIR CABALGANDO...*

Reelecto presidente en 1939 mediante el expediente de transformar el Congreso en Asamblea Constituyente y agregar a la Constitución una transitoria prolongando el mandato presidencial del titular —expediente que pusieron en práctica los cuatro dictadores de la América Central—, Anastasio Somoza pensó que le convenía reafirmar su posición dando un paseo por Estados Unidos. Fue el primero en la teoría de mandamás americanos que ha pasado por Washington desde que la guerra estalló en Europa. Recibió toda suerte de honores. Filas de tanques desfilaron ante él, recorrió las academias militares, habló su amado inglés a pasto y paseó su estampa hollywoodense por los cabarets elegantes de New York. En Estados Unidos cometieron el error de agasajar demasiado al hombre que se había manchado con la sangre de Sandino. Los nicaragüenses —los “nicas”, les llaman en Centroamérica— consideraron que Washington convalidaba la política de Somoza, y abandonaron sus esperanzas de verse algún día libres del dictador. Somoza volvió a reelegirse en 1943. Los que entonces hicieron algunas manifestaciones contrarias a la reelección fueron acusados por el propio Somoza de ser “unos nazistas redomados, que tenían puestas sus esperanzas en la victoria de Hitler”. Con un cinismo sólo comparable al que

* *Información*, La Habana, 11 de julio de 1944, p.14.

gasta su cofrade Trujillo, Somoza dijo que “todos los vagos nicaragüenses se refugiaban en la política”, y que eran esos vagos los que se oponían a su reelección.

Sin embargo, ahora él mismo declara que no quiere otra prolongación de su mandato. Ha visto arder las barbas de sus vecinos Hernández Martínez y Ubico, y pone a buen recaudo las suyas. O pretende ponerlas, porque es el caso que todavía Somoza tiene por delante dos años de gobierno, según la última enmienda padecida por la Constitución de Nicaragua; y lo que busca Tacho es mantenerse en el poder esos dos años. Después que pasen... después ya encontrará él la fórmula para prolongar su estancia en el Palacio de la Loma de Tiscapa.

Pero el pueblo nicaragüense ha dicho que no, que Somoza debe dejar el poder ahora mismo. Como todos los americanos, el de Nicaragua es un pueblo-mulo. Nos parecemos al infecundo solípedo en nuestra paciencia para sufrirlo todo, en nuestra fortaleza para transitar por los peores caminos y en nuestra inigualable sobriedad: pero también en lo voluntarioso. Como el mulo, decimos un día que no damos un paso más, y no lo damos. Cuando suena en nuestro reloj interior la hora de resistir ponemos en negarnos a seguir sufriendo toda la voluntad que antes no habíamos usado.

Nicaragua es así; es así cualquiera de nuestros países. Pasada la primera mitad del siglo XIX el hermoso país del Motobombo —el volcán que cantara Víctor Hugo— tuvo que padecer las correrías de William Walker, el filibustero californiano que se proclamó a sí mismo, por la soberana voluntad de sus fusiles y de los cuchillos que con tan peligrosa eficiencia manejaban los indios negros de Mosquito, jefe absoluto y vitalicio del Ejército nicaragüense. Nicaragua padeció el atropello; sufrió la muerte de los mejores entre sus hijos de ambos sexos, sufrió el saqueo, el incendio de sus ciudades. El presidente Castellón era sólo una figura decorativa, odiado

por todo el Pueblo. Walker se puso en trato con los esclavistas del Sur de los Estados Unidos y les pidió ayuda para llevar la guerra a los demás países de Centroamérica; el precio de esa ayuda sería la incorporación de la América Central, una vez unida por Walker, a la Confederación esclavista del Sur. Acordado el plan, Walker atacó hacia Costa Rica, por Santa Rosa. Fue derrotado. Los costarricenses —los “ticos”, les llaman sus vecinos— entraron en Nicaragua, tomaron el puerto de San Juan del Sur, el puerto de la Virgen y la ciudad de Rivas, donde habría de morir heroicamente, haciendo saltar el polvorín y saltando él mismo, el soldado Juan Santamaría. Eso sucedía en abril de 1856.

El pueblo nicaragüense, que había sufrido pacientemente a Walker y a sus tropas de aventureros reclutados en las minas de California, entre los feroces nativos de Mosquito y en los bajos fondos de los puertos centroamericanos, se levantó contra el audaz filibustero. Se había cansado de padecerlo. Walker tuvo que huir. Retornó más tarde, con ánimos de repetir sus hazañas, a las tierras donde fue amo y señor; pero los hondureños le echaron mano y lo pusieron ante un pelotón de fusileros. En Costa Rica empezó a nublarse su buena estrella; en Honduras se hundió para siempre en el no ser.

La ley de la unidad centroamericana se cumplía ante el peligro y el dolor común como se cumplió para la gloria bajo la bandera unitaria de Francisco Morazán. Ochenta y cuatro años después, en 1944, abatida por un concierto de tiranos, el alma centroamericana iba a unirse de nuevo en un magno propósito de libertad general. El paciente mulo se resistía a seguir recibiendo atropellos. Y, como el jinete inglés que llevaba siempre un voluminoso libro para leerlo echado a la vera del camino cuando su mula se negaba a seguir caminando, esperanzado en que la rabieta de su cabalgadura pasaría pronto, así Anastasio Somoza —como el tambaleante Tiburcio Carías en

Honduras— quiere dejar pasar la tormenta popular que contra su régimen se ha desatado en Nicaragua, proclamándose frescamente el primero de los antirreeleccionistas.

Que de todo hace un jinete, con tal de no quedarse a pie.

EL ORDEN SIN RELAJO*

Ahora viene bien poner al revés ese notable dicho cubano de “el relajo con orden, caballeros”. Para que la cosecha revolucionaria que está recogiendo América no se eche a perder, habría que imponer esta consigna: “El orden sin relajo”.

Hablo del orden revolucionario y del ordenamiento de la revolución, y lo digo refiriéndome a los acontecimientos de Colombia. No hay razón que justifique la actitud del coronel Diógenes Gil, apresador del Dr. Alfonso López y auto proclamado nuevo presidente colombiano. Es cierto que ha llegado la hora de ajustar cuentas a los dictadores de esta porción del mundo; pero ni López es dictador ni Diógenes Gil tiene crédito de revolucionario ni Colombia es país desordenado por el orden de la fuerza al que haya que imponer el orden de la voluntad ciudadana. Hasta el momento en que se escriben estas líneas —martes al mediodía— no se sabe con claridad qué ocurre en Pasto ni qué desea Diógenes Gil. Ha apresado al presidente López y se ha proclamado presidente porque sí. ¿Pero cuál es o cuáles son las causas de ese descabellado comportamiento?

Pasto se halla en un extremo de Colombia, lindando con el Ecuador; las fuerzas que allí haya no tienen ni pueden tener control sobre el resto del país, sobre todo cuando es en las

* *Información*, La Habana, 13 de julio de 1944, p.14.

regiones central y septentrional donde está la mayor población y casi toda la riqueza nacional. En Bogotá, a varios cientos de kilómetros de Pasto, se encuentra el asiento de los tres poderes constitucionales, el Legislativo, el Judicial y el Ejecutivo; y no porque se aprese al personero del Ejecutivo, a tal distancia de su sede, se tiene el control del país. Preso López, le ha sucedido el Dr. Darío Echandía, su sustituto legal. ¿No sabía Diógenes Gil que eso iba a suceder? ¿Y qué pensó el coronel rebelde hacer del Congreso y del Poder Judicial? ¿O acarició por un momento la injustificada esperanza de marchar con tropas sobre Bogotá y tomarla? Porque cosas semejantes no pueden hacerse en Colombia, país institucional, altamente civilizado; y sin hacer todo eso no podía Diógenes Gil soñar en erigirse, seriamente, presidente de la República... Para colmo de errores el alzado coronel acertó a dar su golpe cuando el Ejército nacional estaba en maniobras, es decir, en pie de guerra; y las maniobras van ahora a ser reales, sólo que sobre la remota tierra de Pasto.

Esa gente de Pasto —los pastusos— es peligrosa. Contra ella se mellaron durante años las armas republicanas en los días de la gran guerra libertadora; en sus predios fue asesinado el Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre, muerto en la montaña de Berruecos cuando volvía del Ecuador a Venezuela. ¡Y pensar que el Estado lleva el nombre de Antonio Nariño...!

Nariño fue uno de esos ilustres precursores de la independencia americana que lo dieron todo a cambio de libertad para sus pueblos. Estudioso de cuanto pudiera interesar al ser humano, Nariño fue un liberal de pensamiento y de acción, que se había ganado el odio de los ultramontanos de Bogotá antes aun de que terminara el siglo XVIII. Tradujo la Declaración de los Derechos del Hombre, la hizo imprimir en una imprenta que compró para el caso y la distribuyó para toda Colombia y por toda la América del Sur. Había sustraído el

documento de la propia biblioteca del Virrey, y como era personaje de alta categoría el Intendente General del Reino tuvo que ir, en persona, a investigar si era cierto que en su casa se había impreso la “herejía” de los franceses. Hallado culpable fue condenado a un año de prisión por cada artículo de la Declaración. ¡Y eran diecisiete! ¡Diecisiete años en las cárceles de Ceuta! Además, sus bienes fueron confiscados y su familia perseguida.

Don Antonio Nariño se fugó del presidio africano y huyó a Madrid, donde visitó, con increíble audacia, al Valido del Rey, es decir, el Primer Ministro, para solicitarle ayuda. No pudo hacer nada por él el Valido y don Antonio se fue a Francia, de Francia a Inglaterra, de ahí a Bogotá. Estaba ya pobre y viejo. Fue hecho preso en Bogotá y enviado, con pesados grillos en los pies, al Castillo de Cartagena, del cual lo sacaría años después la revolución libertadora que él había iniciado con su imprenta. Ahora lleva su nombre la región de su patria más reaccionaria a las ideas que él encarnó.

El coronel Diógenes Gil no tiene relación alguna con Antonio Nariño, aunque sea de una tierra que se ilustra con el apellido del patricio. Diógenes Gil no puede ser un liberal ni un patriota, que si lo fuera no procuraría angustias a Colombia.

Me huelo que cuando caiga en manos leales y se le haga observar por alienistas, los colombianos van a enterarse de que el coronel Gil no tiene salud bajo el cráneo. Su acto ha sido el de un loco.

Lástima que la historia apadrine esos disparates. Pues donde debió surgir un coronel Gil apresador de presidentes fue en Honduras, en Nicaragua o en Santo Domingo. Así el orden revolucionario proseguiría sin relajo.

DE MORAZÁN A UBICO. GUATEMALA*

Lectores de esta columna que leyeron la bárbara ley con que Ubico autorizaba el asesinato de los desheredados guatemaltecos, me preguntan cómo pudo Guatemala vivir quince años bajo el régimen que promulgaba leyes semejantes y cómo pudo América mantener relaciones con tal gobierno. Yo no podría explicar lo último aunque por propia experiencia me explico lo primero.

El largo calvario del pueblo de Guatemala no se debió, como pensaron algunos, a costumbre de sometimiento. Guatemala ha padecido muchos dictadores, es cierto; pero ningún pueblo se acostumbra a la opresión. Por lo demás, ése, como todos los países centroamericanos, tiene su tradición liberal, establecida por Francisco Morazán. Es verdad que Ubico, como Martínez, el de El Salvador, ha salido del poder con vida y dineros, mientras que Morazán murió fusilado, como si se hubiera tratado de un malhechor político.

El hombre que reconstruyó la República Mayor, fue un liberal de gran estatura; desde que tuvo que dejar el poder en 1836, nada nuevo se ha hecho en beneficio de los desposeídos de Centro América. La separación de la Iglesia y del Estado, la ley del divorcio, el voto universal, la organización de la enseñanza, la institución general de la democracia... todo eso

* *Información*, La Habana, 4 de julio de 1944, p.14.

fue obra del Unificador; todo eso y, además, la unión de los cinco países. Los gobiernos dictatoriales que se han dado en cuatro de ellos —pues Costa Rica se ha conservado democráticamente gobernada—, se han empeñado en hacer correr hacia atrás el río de la historia deshaciendo cuanto hizo Morazán, aunque ninguno de los personeros de esos regímenes se ha atrevido a condenar la obra del héroe de la Unión. Al contrario, todos se han llamado cínicamente herederos de Morazán.

De ellos merece trato especial Justo Rufino Barrios, antiguo notario de San Marcos, población guatemalteca. Llevado al poder por la revolución liberal de 1871, que encabezó Miguel García Granados, Barrios empezó actuando como un autócrata y acabó muriendo en el empeño de restaurar la República Mayor de Morazán.

Justo Rufino Barrios fue un dictador implacable, pero honesto y digno de respeto hasta en sus errores. Fusiló al padre del poeta Ismael Serna, sólo porque éste escribía desde el destierro versos contra la tiranía. Fanático de Morazán, predicaba la unión de Centro América y esto hacía que los cinco pueblos vieran en él a un futuro redentor, a pesar de su mano de hierro. Los centroamericanos identificaban la Unión con el régimen liberal de Morazán, y creían que el que la restaurara sería igual que el fundador. Por eso tenían su esperanza puesta en Barrios. El terrible señor de Guatemala no rehuyó la cita con la historia y con la fe de las masas; en 1885 puso en pie de guerra sus armas, renunció a la Presidencia de la República y se nombró a sí mismo Jefe del Ejército Unionista, al frente del cual marchó hacia la frontera salvadoreña, murió en el primer combate, librado en Chalcuapa, el 2 de abril de ese año. Siendo presidente había bautizado a un niño llamado Jorge Ubico, futuro opresor de Guatemala.

En 1900 el país cayó bajo el dominio de un enfermo mental. Se trataba de Estrada Cabrera, que iba a gobernar hasta

1921 en una perenne orgía de sangre y locura. A los veintiún años de su régimen el estudiantado guatemalteco se sublevó, como ha hecho el de ahora ante Ubico, y Estrada Cabrera huyó, aterrorizado por el espectáculo de la multitud que marchaba, clamando venganza, sobre el Palacio de la Paloma. Hecho preso, el dictador murió de cólera. Durante tres o cuatro meses la entrada hasta las rejas de su celda era libre, y los que tanto padecieron bajo el rigor de su fanática y feroz tiranía se acercaban a contemplar el monstruo. Allí, ante él, indios silenciosos, llegados de lejanos parajes, veían sin cesar, durante horas, al que fue su más salvaje enemigo y perseguidor. Santos Chocano, el gran poeta del Perú, amigo y consejero de Estrada Cabrera, estuvo a punto de morir fusilado por los enardecidos guatemaltecos, que no podían perdonarle su adhesión al dictador. Vargas Vila cablegrafió en tal ocasión al presidente Orellana, sucesor de Estrada Cabrera: "Ruego no fusilar a Santos Chocano, para que no se deshonre el cadalso".

Nueve años después de la muerte de Estrada Cabrera, Guatemala pasó a ser gobernada por Ubico, en quien se reunieron la crueldad del porquerizo de Mita, la dureza de Barrios y la locura de Estrada Cabrera. En un siglo, la patria de María Granados había caído desde esa montaña que fue Francisco Morazán hasta ese pantano que se llama Jorge Ubico.

Por no seguir sufriendo tal afrenta Guatemala se lanzó a combatir sin más armas que la desesperación de los que no pueden sufrir más. Hombres y mujeres dieron el pecho, y nada más, a la policía ubiquista. Desde el 22 de junio, y durante diez días, la muerte segaba a los guatemaltecos. Pero el primero de julio el pueblo ganó la victoria que merecía. Ubico ha caído. Tras él queda una montaña de cadáveres y el desprecio de todo el continente.

TRUJILLO EN LA PICOTA AMERICANA*

El Congreso Federal de Venezuela ha puesto a Trujillo en la picota americana. A unanimidad, los padres conscriptos venezolanos han fulminado, desde el Capitolio caraqueño, al dictador de Santo Domingo. “Denunciamos la naturaleza nazifascista de su régimen”, han dicho. Y todos los hombres libres de América han vuelto sus manos, para batir palmas, hacia la tierra de Bolívar.

Congresos así son los que reclama este momento continental; así fueron los representantes del pueblo en los días primeros de nuestra vida republicana. Tenían sesudo reposo para estudiar los problemas del Estado, y juvenil coraje para arremeter contra los déspotas. La tradición se perdió a principios de este siglo. Ahora está renaciendo en Venezuela, patria que dio lecciones de libertad a todo un continente y de cuyas entrañas salieron cinco naciones y su creador. Fue el Congreso venezolano el primero que se lanzó a pedir justicia para las víctimas salvadoreñas de la revolución de abril. Entonces comentamos el sentido de responsabilidad por la vida americana que se respira entre los representantes del pueblo de Sucre. Pero no dijimos lo que decimos ahora, que la voz de los congresistas de Venezuela no es sino un eco de la voz nacional. Al acusar a Trujillo, ellos no han hecho otra cosa que sintetizar en una frase todo lo que están sintiendo los venezolanos.

* *Información*, La Habana, 15 de julio de 1944, p.14.

El país donde más se odia a Trujillo es, desde luego, la República Dominicana; donde más se le ataca, Venezuela. No hay día de Dios en que la prensa caraqueña no fustigue al dictador de Santo Domingo. Porque no podía resistir ya más aquello, Trujillo tomó por los pelos un incidente ocurrido aquí, cuando se celebraba el Campeonato Mundial Amateur de Base-Ball en 1942, entre el equipo pelotero dominicano y el de Venezuela, y con él en la mano, como quien maneja un rayo (no hay que olvidar que a Trujillo se le ha comparado con Júpiter), se lanzó sobre Venezuela en una *blitzkrieg* de insultos radiados y escritos que acabó en la ruptura de relaciones entre los dos países. Tiempos después el dictador de Santo Domingo tuvo que doblar la cerviz y dar a Venezuela toda clase de disculpas. Washington reclamaba reanudación de relaciones y había que complacer esa demanda hecha en nombre de la unidad continental. Trujillo envió a Caracas a monseñor Pittini, un cura uruguayo que es el jefe de la Iglesia dominicana. Monseñor se entrevistó con el canciller de Venezuela, utilizó los buenos servicios del presidente López de Colombia y hasta —según se dijo entonces— los de dos cubanos, uno de los cuales era miembro del cuerpo diplomático de este país... Las relaciones se establecieron de nuevo.

Pero la prensa venezolana clamó al cielo asegurando que el Pueblo no quería esa especie de unidad. Un hombre decente y un forajido no pueden ser amigos ni andar juntos sin que se perjudique el decente. Desde las revistas sesudas hasta los semanarios humorísticos, todas las publicaciones de Venezuela protestaron de un paso que a su juicio ningún beneficio podía reportar para el país. Para esa prensa —y no cabe duda de que estaba en lo cierto—, la unidad continental no podía ni debía hacerse sobre las bases exclusivamente formales, sino sobre todo morales y no hay vestigio moral alguno en contactos [*ilegible en el original*, N. del E.] crimen

como el de Trujillo, el más cruel, grotesco e incivil, el más desacreditado de cuantos gobiernan tierras americanas.

En Venezuela está el mayor grupo de exiliados dominicanos distinguidos. Los hay que han sido Rectores de la Universidad de Santo Tomás de Aquino —la más vieja de América en la más antigua ciudad del Nuevo Mundo, ésa que ahora lleva el nombre del dictador—; y los hay que fueron profesores de esa misma Universidad; médicos prestigiosos, abogados de talla, antiguos legisladores, jóvenes de valía y de nombres bien ganados en la lucha contra el dictador. Muchos de ellos están rindiendo ahora en Venezuela el servicio que no han podido rendirle a su país; algunos médicos están atendiendo a la salud del Pueblo en villas remotas, hacia los dilatados llanos, ingenieros y agrimensores trabajan en carreteras; varios periodistas escriben columnas en los periódicos del país. Otros trabajan en las empresas [*ilegible en el original*, N. del E.] en el comercio, en las industrias nacionales. La emigración dominicana en Venezuela honra a Santo Domingo, es útil para el país que le dio acogida y es, por su sola presencia fuera de la República Dominicana, una formidable acusación contra Trujillo. Aunque no hablaran, esos desterrados están diciendo con sólo hallarse en Venezuela, que ninguna persona decente puede vivir en Santo Domingo. Bajo la autoridad de los delincuentes habituales no prospera ni pervive siquiera la decencia.

Que haya emigración dominicana allá y aquí, y en Puerto Rico, y en México, y en Estados Unidos, y en Colombia y Perú y Chile —¡que hasta allá han llegado los que han querido huir cada vez más de un régimen que ha corrompido toda la vida del país!— bastaría para justificar lo que ha hecho el Congreso de Venezuela al poner a Trujillo en la picota americana. Pero los hombres no abandonan la tierra propia así, en grupo, sino cuando se han convencido de que no puede darse en ella ni el más diminuto germen de dignidad ciudadana.

¡CUIDADO COMUNISTAS!*

Trujillo no sabe lo que es comunismo ni podría distinguir entre un comunista y un anarquista. Tampoco lo sabe ninguno de sus consejeros. En un folleto de los muchos que edita la tiranía dominicana con el propósito de desacreditar, mediante calumnias, a los que la combaten en el destierro, decían del autor de éstas líneas y de dos compañeros que habían estado con él en cierto congreso celebrado en México, que éramos “ácratas, comunistas y anarquistas”,...¡todo en una pieza! Además, por si eso era poco, agregaban que éramos unos “apátridas y unos traidores a la patria”,...¡todo también en una pieza!

Pues bien, a pesar de que no sepa qué es comunismo, y tal vez por eso mismo, Trujillo está pensando que el rótulo de comunista puede convenirle en estos momentos. Hace algunos días su secretario de lo Interior y Policía —que lo era de lo Exterior, pero que pasó de afuera adentro con esa taumatúrgica facilidad con que los dictadores lo resuelven todo— llamó a un abogado y le espetó el siguiente discurso:

—El presidente Trujillo —el “jefe”, dicen allá— me ha ordenado hablar con Ud. Él tiene interés en que Ud. le sirva en un asunto delicado.

—Ud. dirá —indicó cortésmente el abogado.

* *Información*, La Habana, 18 de julio de 1944, p.14.

—Se trata de que el Presidente desea que en el país haya un partido comunista, él mismo me ha dicho que Ud. es el hombre idóneo para encabezarlo.

—¿Yo, señor? —preguntó casi a punto de morir de asombro el abogado.

— Si, usted. El “Jefe” quiere que Ud. aparezca como su director. El Partido constará de pocos miembros, amigos de confianza, y sacará un periódico que el Presidente pagará. Desde luego, nada de propaganda comunista, ni de asuntos de huelgas o salarios altos... ¡Ni de juego! Pero podrá decir lo que quiera de Stalin... y del “Jefe”, claro. Además, podrá elogiar al ejército rojo.

El abogado se quedó sin resuello. Dijo que él no entendía ni papa de comunismo, que lo sentía mucho, que... Total, no aceptó. Fue preso. No doblarse a una sugestión de Trujillo equivale a rebelarse, y los rebeldes están mejor en prisión o en el cementerio.

Lo que aquí se relata es absolutamente verídico. Ya sabemos que ni los comunistas ni los que no lo son comprenderán qué persigue Trujillo con esa absurda idea de fundar en la República Dominicana un partido comunista, él, que tan ferozmente ha perseguido toda libertad y toda idea que no sea la del abyecto sometimiento. Pero nosotros lo sabemos.

Tres fines persigue Trujillo con su plan, que no es tan absurdo como parece si se mide por los propósitos que él procura alcanzar. El primero es hacer creer al mundo que en Santo Domingo hay un régimen tan democrático y liberal que incluso acepta y proclama la existencia de un partido comunista allí. Trujillo ignora que eso no es ya ningún título de democracia, pues hasta algunos gobiernos semidictatoriales han dejado de perseguir a los comunistas desde que se han convencido de que estos no son los terribles lanzabombas que se pensara en un tiempo.

El segundo fin es detener la propaganda que se le hace en el exterior. Ignorante como es, Trujillo cree que cuantos le atacan son comunistas. “Al tolerar aquí un partido rojo”, se ha dicho, “los del resto de América no me harán más acusaciones e incluso me defenderán de esos desgraciados desterrados que andan por ahí calumniándome miserablemente”.

El tercer fin es conocer a sus enemigos. Sospecha el tirano que si se deja funcionar a un partido comunista en el país, todos sus enemigos se agruparán alrededor de ese partido. Para él, los que no son trujillistas son agentes de Stalin y fervorosos de Lenin. Así, agrupándolos, puede descabezarlos juntos con un solo golpe.

Visto el juego de Trujillo parece que no hay peligro. Pero lo hay. Pudiera muy bien ocurrir que, por no conocer los métodos de Trujillo, algunos comunistas de América calcularan que en esa disposición del tirano, aunque sea interesada, hay una oportunidad aprovechable. Y no la hay. Otro día diremos por qué. Hoy, con el espacio agotado, sólo podemos adelantarnos a gritar:

—¡Cuidado, comunistas, que con Trujillo no hay negocio bueno!

ASÍ ES TRUJILLO, COMUNISTAS*

Con Trujillo no hay negocio bueno, porque carece de esa elemental dignidad que hace que todo hombre se respete a sí mismo o respete, por lo menos, la categoría de la función que está desempeñando; porque carece de la inteligencia necesaria para hallar soluciones que no sean violentas; porque debido a su ignorancia y a la mala calidad de su naturaleza íntima no ha llegado a comprender que el crimen no puede ser norma de relación entre gobernantes y gobernados.

Cada una de estas afirmaciones es hija legítima de actos realizados por Trujillo a lo largo de quince años. Por lo demás, su manera de proceder no varía. Trujillo es siempre igual a sí mismo.

Veamos la primera afirmación. El dictador dominicano es el único tirano de América que no tiene respeto por sus promesas. Norma suya es amnistiar a los presos políticos o invitar a los desterrados para que retornen al país con garantías de toda clase. Y también lo es asesinar fríamente a unos y a otros tan pronto los tiene a su alcance. Si alguien lo reclama podemos ofrecer nombres de docenas de víctimas de Trujillo a quienes éste ofreció la Luna y el mar para atraparlos indefensos.

* *Información*, La Habana, 20 de julio de 1944, p.14.

Nuestra segunda afirmación está a la vista en la historia misma de la tiranía. En numerosas ocasiones Trujillo pudo haber hallado soluciones políticas para problemas suyos o nacionales; ejemplo: las relaciones dominico-haitianas. Aplicando a ese caso la inteligencia —atributo excelso del hombre— hubieran aparecido muchas maneras de llegar a entendidos amistosos. Trujillo prefirió ordenar una matanza sin paralelo en la vida americana. Un hermano suyo estaba convirtiéndose en cacique de cierta región del país; Trujillo mandó que lo mataran, y aunque el hermano salvó la vida por intervención de la madre, no la salvaron algunos de sus amigos, que fueron muertos e incinerados en el automóvil que ocupaban cuando sucedió el asalto. El dictador dominicano pretende que quitando de en medio a quien le mortifique ha resuelto el problema. El desdichado no comprende que mientras haya seres humanos habrá diferencias de opiniones y de intereses, y que al hombre le ha sido dada la facultad de pensar para que la utilice en la pacífica resolución de los conflictos que se le presentan a diario. El sistema de suprimir a quien origine problemas supone una eterna vigilancia y un eterno sacrificio de vidas, pues mientras haya hombres habrá conflictos.

Lo que afirmamos en tercer lugar es también el resultado de las ejecutorias trujillistas. En su abismática y pétrea ignorancia, Trujillo no acierta a darse cuenta de que los regímenes de sangre no pueden perdurar como normas de relación social, porque las sociedades hacen lo que les enseñan y aquellas que ven el crimen establecido como ley, acaban cometiéndolo. Lo único que se necesita para que una sociedad gobernada a hierro y fuego decida ser ella quien aplique el método de que ha sido víctima, es que se rompa la parálisis del terror, y como podría verlo Trujillo en los recientes casos de El Salvador y de Guatemala, el terror colectivo, desaparece súbitamente, a efectos de agentes insospechados, externos a veces,

internos otros. En cuanto a la naturaleza íntima del dictador, su mala calidad está patente en su crueldad. Son muchas las pruebas que de esa crueldad ha dado Trujillo para ponerla en duda. ¿No ordena a cada rato la prisión y el escarnio en sus mejores amigos? ¿No hace matar, sólo por satisfacer resentimientos antiguos a personas ya inútiles para combatirlo? ¿No ha vengado siendo presidente, ínfimas ofensas recibidas en su remota juventud, palabras duras o desdenes; y no las ha vengado como si hubieran sido heridas imperdonables? ¿No tiene por costumbre perseguir con su odio y con la calumnia, sin que consideración alguna ponga a ésta límites, a los que por razones exclusivamente políticas le han combatido? ¿No vive pendiente de la vida privada de los hombres, y no se complace en enlodar el sagrado del hogar de aquel a quien considera su enemigo?

Porque él carece de dignidad, nada hay en el mundo que le merezca respeto; porque no tiene inteligencia, responde a todo lo que le irrite derramando sangre; porque no alberga sentimientos, ni delicados ni de otro tipo, está lleno de los peores instintos, entre ellos el de la crueldad.

Así es Trujillo, comunistas. No piensen que con él podrán, como con otros dictadores o gobernantes fuertes, disfrutar de libertades que les permitan actuar. Trujillo es una hiena encarnada en un cerdo.

LA FALSA HONRADEZ DE UBICO*

En México y en New York tuvimos contacto, dos o tres años atrás, con exiliados de Guatemala, hombres que habían salido a buscar campos extraños para desenvolver sus capacidades porque en los predios de Jorge Ubico no podía ni respirarse siquiera sin permiso del dictador. Y siempre que hablamos con un desterrado guatemalteco hacíamos la misma pregunta:

—¿Roba Ubico?

Invariablemente se nos decía que no: y acaso para explicarse el insólito fenómeno de un dictador latinoamericano que no robaba, alguno de los interrogados agregaba:

—No lo necesita; es muy rico.

Con efecto, Ubico es rico desde su nacimiento. Las mejores fincas de Guatemala, las mejores haciendas de café eran de Ubico, o porque las había heredado o porque cayeron en poder suyo gracias a su matrimonio con una dama de la alta burguesía del país. Lo que no es cierto es esa aseveración de que Ubico manejaba con honestidad los bienes del Estado. Igual que cualquiera de sus colegas, Jorge Ubico tenía negocios inconfesables y dilapidaba el dinero de la nación.

Esto último ha venido a saberse claramente ahora, después de su derrocamiento. A pesar de que el sueldo mensual del presidente de Guatemala es de mil quetzales (mil dólares), el

* *Información*, La Habana, 22 de julio de 1944, p.14.

dictador tenía entradas mínimas de cinco mil quinientos cada mes y además cien mil quetzales al año para disponer de ellos a voluntad, sin que tuviera que dar cuenta de cómo los invertía: en total, ciento sesenta y seis mil quetzales por año, es decir, ciento cincuenta y cuatro mil más de los que en buena ley le correspondían.

Para hacerse de tal sumita (y la cuenta no termina aquí), el general se las arregló de la siguiente manera: como presidente debía recibir mil quetzales de sueldo; como gran canciller de la Orden del Quetzal, quinientos; como Gran Canciller de la Orden Justo Rufino Barrios, quinientos; como general del Ejército, trescientos setenta y cinco; para gastos de representación, mil; para forraje de los caballos que utilizaba toda esa gente —es decir, el presidente, el Gran Canciller de la Orden del Quetzal, el Gran Canciller de la Orden Justo Rufino Barrios y el general— ciento setenta y cinco. Y encima —¡oh manes de Morazán el héroe que murió endeudado!—, Ubico se hacía pagar ¡una pensión vitalicia de dos mil quetzales mensuales, por los servicios que había rendido a la patria tiranizándola!

Ahora bien, la pensión y los diversos oficios que tan ricamente cobraba el dictador no bastaban a demostrar la gratitud imperecedera de la nación que en un raptó de negro olvido lo echó del poder como a un mandatario perverso. Para estar satisfecha, la nación, por intermedio de sus legisladores, hizo a Ubico dos regalos en efectivo por un total de doscientos ochenta mil quetzales. De donde resulta que el “honrado” Ubico despojó al país, durante los años que duró su gobierno, de más de dos millones y medio de quetzales, valga decir dólares, sin contar aquí los más de ciento sesenta mil que le correspondían como presidente.

Pero no termina ahí el “estado de cuenta” de Jorge Ubico. Resulta que el muy “honesto” mandatario tenía, además, el monopolio de la exportación de carnes y de ganado en pie,

incluyendo el caballar; el monopolio de la exportación de maderas preciosas y el de la exportación de verduras para las fuerzas americanas establecidas en el Canal de Panamá. ¡Vaya con el niño! Si no llega a ser honrado se lleva hasta los altares de las iglesias guatemaltecas.

Como todo dictador, Ubico era demagogo e hipócrita, y resulta escarnecedor observar que su consigna permanente durante sus años de gobierno fue la de honradez a toda costa. El pobre empleado público cuyas cuentas no andaban claras por diez o doce quetzales, paraba en la cárcel. Un colector de rentas de cierto pueblecito guatemalteco se suicidó porque Ubico se presentó de improviso en su oficina y pidió ver los libros de contabilidad. El desdichado colector tenía un déficit de algunos cientos de quetzales, que esperaba cubrir ese mismo día con un préstamo. Nuestros lectores conocen ya la ley por la cual el muy bárbaro dictador de Guatemala autorizaba el asesinato de todo campesino que fuera sorprendido robando dentro de una finca. ¡Que hasta ahí llegaba su falso desvelo por la honradez de los guatemaltecos y su mentido interés por la propiedad de todos y cada uno!

EL BOOMERANG DE LA HISTORIA *

La noticia de que tropas brasileñas han desembarcado en Nápoles tiene una significación tan extraordinaria, que nos asombra no haber visto en la prensa cubana comentarios editoriales sobre ella.

Por primera vez una bandera latinoamericana pasea bajo el cielo europeo en son de guerra. Y como ocurre, que todavía Europa es el manantial de la Historia, tenemos que convenir en que nuestro atormentado mundo americano está a punto de entrar en la corriente histórica universal; para fundirse con ella, no para seguir siendo, en grandes trazos, una especie de objeto separado de la crónica mundial.

A nadie cabe duda de que América —hablamos de la América Latina— ha influido en los sucesos históricos. Desde su descubrimiento, que amplía la concepción general del Universo, viene influyendo, unas veces distendiendo las leyes económicas y científicas, otras atrayendo con su fastuosa riqueza y su hechizo grandes masas humanas del viejo continente, o provocando el desencadenamiento de sucesos de categoría.

Pero por sí, por obra de su acción directa, la América Latina poco ha hecho para enderezar la corriente histórica. Fue hasta hoy tierra para conquistadores, regalo de aventureros más o menos grandes. Que salgan de su seno para imponer

* *Información*, La Habana, 25 de julio de 1944, p.14.

su ley al mundo, es un hecho notable para los americanos; mucho más notable si se observa cuál es esa ley.

Nuestros hombres fueron a Europa, hasta hoy, en plan de quienes van a aprender y a recibir. Nadie hubiera dicho, todavía en 1939, que en 1944 irían a enseñar y a dar... aunque lo que se dé sea lo que en Cuba llamamos prosaicamente “leña”.

Al Brasil le ha tocado abrir ese ciclo histórico nuevo de nuestra vida, y es asombroso que le haya tocado hacerlo a uno de los dos únicos países latinoamericanos que no hablan español. Con nuestro orgullo de hidalgos españoles, debimos haber sido los que iniciáramos una etapa tan importante.

El Brasil fue descubierto en abril de 1500 por la flota portuguesa de don Pedro Álvares Cabral, que iba camino de la India con Vasco de Gama como piloto. En el terremoto de 1777 que destruyó a Lisboa se perdieron para siempre los archivos de la época heroica de Portugal, la era de “Os lusíadas”, la de los grandes descubrimientos y las conquistas increíbles; y es probable que con esos archivos desaparecieran documentos preciosos, capaces de aclarar si el descubrimiento del Brasil se debió a un error de Vasco de Gama o si fue, como lo parece, calculada al centímetro para poder arrebatarse a España la tierra que se considera hoy el mayor depósito de riquezas del mundo.

Desde que Álvares Cabral tomó posesión, en nombre del Rey portugués, de ese inmenso territorio ante el cual sólo estuvo diez días, hasta la mañana en que tropas del Brasil desembarcaron en Nápoles, han transcurrido cuatrocientos cuarenta y cuatro años. Todo ese tiempo necesitó el “boomerang” de la Historia para girar por los insondables espacios donde germinan y crecen los sucesos.

El descubrimiento del Brasil —el oficial, puesto que hay sospechas de que había habido un descubrimiento bien llamado—, pasó casi desapercibido en Europa. En el propio

Portugal no se le dio importancia al hecho, porque se pensó que el nuevo país carecía de oro, plata y otros metales preciosos.

Casi lo mismo ha ocurrido con el desembarco de tropas brasileñas en Italia. Nadie parece haber advertido que ese hecho supondrá en el porvenir el punto de partida de una nueva etapa en la concepción que la América Latina le merece al mundo europeo.

El “boomerang” de la Historia ha caído en el punto donde fue disparado hace casi cuatro siglos y medio. Y ha caído tan silenciosamente como partió de las manos que lo lanzaron. Lo cual no impedirá que un día la caída tenga tanta importancia como el lanzamiento.

LA CRUZ GAMADA EN EL SUR*

No se asombre nadie de que mientras la tempestad azota lo que más caro debería serme ahora, me ponga a hablar de lo que está ocurriendo en el Sur de nuestro continente, en esa esquina del mundo por la que parece haber entrado definitivamente en América el virus nazifascista. Soy hijo y además soy dominicano; pero ¿es que vale acaso la pena ser ambas cosas si hemos de serlas en un ambiente de asfixia, donde ni los mejores sentimientos filiales o patrios podrían prosperar?

Mientras llega la oportunidad de hablar de lo que me toca, actúo en ello y pienso en América. La vida americana está en peligro. Una diplomacia vacilante ha dado pie a la agresividad de los dirigentes reaccionarios argentinos, y tal agresividad va expandiéndose lentamente, bajo nuestros adormecidos ojos, sin que catemos el mal que nos amenaza. Más propiamente, la cruz gamada de Hitler ha sido sembrada en el Sur, y empezará pronto a dar sus sangrientos frutos si no sabemos impedirlo a tiempo.

A despecho de que los cables disimulan la verdad, se sabe que hay un estado de perpetua agitación en la Argentina, Paraguay, Uruguay, Bolivia y Chile. Con poco esfuerzo, la sombra maligna puede extenderse al Perú y al Brasil. Excepto en el Uruguay, que es un país resueltamente democrático,

* *Información*, La Habana, 27 de julio de 1944, p.14.

las clases directoras de los aquí mencionados son todas reaccionarias, falangistas o pronazis de corazón. Esa actitud cordial se va haciendo poco a poco una fuente de desagradables acontecimientos. El cuartel militar en que ha quedado convertida la Casa Rosada en Buenos Aires opera con audacia y cultiva la inquietud en el vecindario.

¿Por qué no se habla claro en este asunto? ¿Por qué Mr. Hull dice y no dice, acusa a medias y anuncia estudios que a nada han de conducir? ¿Por qué dos cancillerías que se han destacado últimamente tanto por su energía y resolución, como la cubana y la mexicana, no demandan un punto final para esa política de frases confusas que se está siguiendo con la Argentina?

Aunque perseguida y actuando en la clandestinidad, la Federación de Estudiantes Argentinos ha denunciado las maniobras de las clases dirigentes de su país en relación con el Paraguay, donde su franco apoyo sostiene a Morinigo, un dictador que se las trae, bajo cuya mano de hierro está sufriendo horrores el pueblo guaraní.

Sin libertad de prensa, de sindicalización y política, los paraguayos no pueden advertir a América de lo que está tramando Farrel & Co. Amenazada por el poderío rioplatense, Uruguay no se atreve a decir las cosas por su nombre, sobre todo desde que a su retaguardia está Getulio Vargas, un aliado efectivo de las democracias en la guerra, pero un dictador que protege y defiende los intereses de la clase que abraiga el sueño de una América totalitaria; y desde que en Bolivia ha quedado consagrado el régimen de Paz Estenssoro y Villaruel, altamente peligroso para las instituciones democráticas, aunque otra cosa haya dicho Mr. Avra Warren.

Por otra parte, las clases dirigentes de Chile siguen alimentando las mejores simpatías por el nazifascismo; e igual cosa ocurre en el Perú. Hasta ahora todo indica que la sombra

de la swástica sólo se detiene, viniendo del Sur, en las fronteras de Venezuela, Colombia y el Ecuador. Mientras haya ahí gobiernos como los de Medina Angarita, Alfonso López y Velasco Ibarra, no habrá qué temer.

La vacilante actitud de las cancillerías verdaderamente democráticas de América en relación con Francisco Franco acabará en males graves para todos nosotros, los miembros de la familia continental. Pues es desde España, y nadie lo dude, de donde reciben los muy capaces y muy audaces dirigentes de la gran conspiración totalitaria de Buenos Aires el impulso moral y las directrices para su actuación.

Mr. Cordell Hull es en este momento no sólo el titular del Departamento de Estado de los Estados Unidos, sino además el director de la orquesta diplomática de toda América. Y Mr. Hull parece haber olvidado una ley sanitaria a la que pusieron siempre mucho caso los grandes higienistas de su país: cualquier enfermedad contagiosa es inevitable si se deja en alguna parte un foco que la genere.

El foco del mal nazifascista es hoy España; pero en Buenos Aires están cultivando cuidadosamente el germen. Allí va fortaleciéndose día tras día la sombra de la cruz gamada a la sombra de la nada firme diplomacia que estamos desarrollando. Si no se actúa con energía, ¡ay de la paz y de la unidad del Hemisferio!**

** Emplanado ya este artículo, recibimos la noticia de que Washington había decidido no reconocer al gobierno argentino [Nota de JB].

GRACIAS CUBANOS: UNA CARTA A TRUJILLO*

Por tercera vez inicio este artículo. Nunca me había pasado antes; pero nunca antes había tenido que ser objeto periodístico de mí mismo, y espero no tener que serlo de nuevo en el porvenir. Por fuerza debo utilizar hoy esta columna para hacer llegar mi gratitud a todos los que hicieron cosa suya el empeño de librar a mi padre de la cárcel trujillista. Perdóneme el lector. Perdóneme el lector, sobre todo, que no sepa cómo manifestar esa gratitud. Hubiera querido mencionar aquí uno por uno, a todos los ejemplares compañeros que me ayudaron en la hora amarga, desde el Dr. Santiago Claret —cuyo hermoso editorial “Rehenes en nuestra propia América” será en lo sucesivo un escudo y a la vez un estímulo para mí— hasta los redactores de mesa y los reporteros de todos los periódicos que se interesaron por el caso. Quisiera mencionar una por una a todas las plantas de radio que trataron editorial o periodísticamente el incidente. Quisiera dar, sin que faltara uno solo, los nombres de los que enviaron cables al gobierno dominicano reclamando la libertad de mi padre. Quisiera referirme a los que me enviaron palabras de aliento y respaldo; a los desconocidos que me detenían en la calle para expresarme su disgusto y su asombro, a los amigos que acudieron al teléfono para ofrecerme lo que podían dar, a los que se apresuraron a escribirme.

* *Información*, La Habana, 29 de julio de 1944, p.14.

Pero no puedo hacerlo. Al público no le interesan los sentimientos privados del periodista, y como asunto periodístico la prisión de mi padre fue tratada ampliamente.

No puedo. Para decir todo lo que siento no me son suficientes las palabras, y sólo atino a musitar estas dos: “Gracias, cubanos”. Periodista acogido a esta generosa tierra, confieso que no hubiera tenido mejores compañeros en la mía. No los hubiera tenido ni en la prensa terrestre ni en la aérea. Gracias, cubanos.

Temeroso de que a mi padre pueda sobrevenirle más tarde algo —pues sé qué número calza el señor Trujillo— he dirigido a mi país la siguiente carta* que hago pública aquí:

La Habana,
26 de julio de 1944.

Señor Rafael L. Trujillo
Dictador de la República Dominicana

Señor Dictador:

He recibido hoy un cable de mi padre en el cual me dice que se halla en su hogar. Interpretando de la manera más benévola para Ud. el sentido de las palabras que pueden ser usadas en el país, las de mi padre significan que está ya en libertad.

Con ser buena, esa noticia no me tranquiliza del todo. Conozco sus métodos, señor Trujillo. Sé que Jesús María Patiño y Rigoberto Cerda —para mencionar sólo dos nombres— desaparecieron misteriosamente después de haber sido indultados

* Esta carta aparece también en el tomo XXXV de estas *Obras completas*, Santo Domingo, Ediciones de la Comisión Permanente de Efemérides Patrias, 2012, pp.47-48 (N. del E.).

por Ud. con bombos y platillos; sé que Tomás Ceballos Martínez, del mismo grupo, murió poco después apuñalado por un desconocido; sé que un pastor protestante norteamericano fue acuchillado en su casa por el delito de haber enviado al exterior un año antes las primeras noticias sobre la matanza de haitianos, y que hubo quien se declarara culpable de esa muerte, achacando el crimen a razones deshonrosas para la víctima; sé que igual método se puso en práctica con el general Tancredo Saviñón. Y paro de contar, por no hacer esta carta interminable.

Como todos mis compatriotas, tengo la convicción de que en la República Dominicana no se hace ni puede hacerse nada sin consentimiento suyo. Usted es el amo de la tierra, los árboles y los seres que la pueblan y el aire que le rodea. A Ud., pues, es a quien debo decir lo siguiente: lo consideraré responsable por cualquier perjuicio de índole económica, personal o moral que puedan sufrir mis familiares. Tenga la seguridad de que esta consideración será compartida por todas las instituciones y personalidades del Continente.

En un cable enviado aquí dice Ud., o hace decir a un servidor suyo, que “no ha habido represalias contra el señor José Bosch”. Eso es cierto porque las represalias no fueron contra mi padre, sino contra mí. Y quiero advertirle que ninguna especie de represalia me hará poner alto a una lucha que sólo cesará cuando mi país esté disfrutando del régimen democrático que consagra su Constitución. Ud. mismo puede comprobar este aserto convirtiendo su dictadura en un gobierno de hombres libres. El día que Ud. hiciera eso terminarían los ataques míos y de mis compañeros del Partido Revolucionario Dominicano, que no tenemos interés alguno en combatirlo a Ud. por Ud. mismo, sino porque Ud. ha instaurado una situación de terror que empobrece, corrompe y denigra a todos los dominicanos, que los hace desdichados y los esclaviza;

que les impide desarrollar su genio nacional y sus dotes individuales. Una situación, señor, propia de bestias, no de seres humanos en posesión de una conciencia.

De Ud. atentamente,
Juan Bosch

¡COSAS VEREDES, MIO CID!*

El ingeniero Manuel Prado, presidente del Perú, dijo que quería “garantizar una libre y tranquila emisión del sufragio” en las elecciones presidenciales que deberá celebrar el país de los incas en 1945.

Don Manuel Prado pertenece a esa especie de hombres que consideran la política como el arte de engañar a los demás, idea por cierto muy difundida entre los latinoamericanos de su generación. Pues no de otra manera hay que juzgar al ejecutivo que habla de “libre emisión del sufragio” cuando sabe a ciencia cierta y conciencia que en su país hay dos partidos, por lo menos, que no pueden asistir a las urnas. Uno de esos partidos tiene tras sí vastas masas populares, de campesinos, obreros y clase media; el otro goza de prestigio entre campesinos, obreros y hombres medios también. Son el “APRA” (Alianza Popular Revolucionaria Americana) y el Partido Comunista. Diga lo que diga el presidente Prado, mientras haya apristas y comunistas que no puedan votar por los candidatos de sus partidos, no habrá elecciones libres en el Perú. Los dos núcleos políticos —únicos de izquierda allá— han sido ilegalizados por “internacionalistas”. ¡Pecado el internacionalismo, hoy, cuando todas las corrientes políticas se dirigen hacia la búsqueda de una solución conjunta de los

* *Información*, La Habana, 1º de agosto de 1944, p.14.

problemas sociales, cuando los más elementales conocimientos señalan la pequeñez del mundo y la concatenación de los sucesos en toda la tierra!

Pero no es nada que don Manuel Prado —a quien no queremos ofender clasificándolo entre los que tienen una idea ligeramente atrasada de lo que es la política— diga mentira semejante a los peruanos y a los americanos. En el Perú están ocurriendo cosas más peregrinas todavía.

¿Recuerdan los lectores al bien cebado mariscal Oscar R. Benavides, el sucesor de Sánchez Cerro y el hombre que anuló unas elecciones ganadas por el APRA porque a su juicio los votos apristas no eran peruanos? Pues el mariscal Benavides, copiosamente silbado cuando pasó por aquí de paso para España —adonde iba como embajador del Perú ante Franco—; ese mismo mariscal que fue representante diplomático de su país hasta hace poco en Buenos Aires, ha retornado a Lima en plan de aspirante presidencial. ¡Y sucedió, señores, que los ultraderechistas de la Unión Revolucionaria se opusieron a que el mariscal regresara, por miedo a que su presencia en la capital del antiguo virreinato produjera desórdenes!

La Unión Revolucionaria —advertan como se disfrazan los muy ladinos— no apoya a Prado. Prado, sucesor y heredero de Benavides, se opone al ex presidente. Los editores de *El Comercio*, el más poderoso y antiguo periódico del Perú, tienen un candidato que no es el de Prado ni es Benavides: se trata del general Eloy G. Ureta, a quien debemos poner en remojo hasta tanto sepamos quién es. La circunstancia de que esté respaldado por los Miró Quesada, editores de *El Comercio* y furibundos falangistas, tiene que hacerlo altamente sospechoso para la conciencia democrática de América. Es posible que la Unión Revolucionaria determine respaldar a Ureta, lo cual es una señal mala más que acumular al deber del candidato de *El Comercio*.

¿A quién va a apoyar Manuel Prado en las próximas elecciones de su país? Eso es lo que nadie sabe. De todas maneras no escogerá nada bueno, ya que el almacén de figuras a que puede echar mano es el gastado y desprestigiado “civilismo”, cuna de él mismo, de Benavides, y de “cuantos tiranos han sido” en el Perú.

La situación luce bastante confusa en la tierra de Ricardo Palma, ¿verdad? Y bien, todavía hay una noticia más, una noticia que tumba espaldas: el mariscal Benavides está halagando a comunistas y apristas pretendiendo que lo lleven al poder con sus votos. Sin duda que fue para América, nonata todavía, para donde se escribió la expresiva exclamación:

“¡Cosas veredes, Mio Cid, que farán hablar las piedras!”.

ESO SE LLAMA “IMPERIALISMO”*

Han sido siempre razones económicas las que han determinado que una colonia o posesión se haga independiente. La metrópoli ha apretado hasta el exceso y la colonia no ha podido sufrir más. Eso es lo que está ocurriendo ahora con Puerto Rico.

Tan pronto los sucesos de la guerra han presentado una posibilidad de final, los intereses mercantiles han recuperado su ansia de beneficio, o mejor, su libertad de movimientos para adquirir beneficios —pues el ansia la tuvieron siempre—; y en el caso específico de los Estados Unidos esos intereses han vuelto los ojos a Puerto Rico, la pequeña, pero dadivosa isla caribe. “De acuerdo con las nuevas disposiciones del Departamento del Tesoro se reveló que las leyes sobre navegación de cabotaje, declaradas en suspenso durante el período de abastecimiento de emergencia a Puerto Rico, se encontraban nuevamente en vigor...”, se lee en un cable de Washington. Lo cual quiere decir que “buques de bandera extranjera no podrán transportar carga entre Puerto Rico y la zona occidental de los Estados Unidos”. ¿Por qué? Porque “las compañías navieras americanas se quejaron de que buques de bandera extranjera estaban realizando ese servicio, que ellos consideraban como zona de su exclusividad”.

* *Información*, La Habana, 3 de agosto de 1944, p.14.

Este punto de las relaciones boricuo-americanas es sumamente importante. De hecho, la pretensión de que la ruta Estados Unidos-Puerto Rico sea considerada como de cabotaje es una caprichosa distorsión legal, pues un buque de cabotaje no puede hacer viajes regulares de altura, a menos que se violen todas las leyes marítimas, se expongan los cargamentos, los navíos y los pasajeros; se juegue, en fin, con intereses cuantiosos. Hay que tomar en cuenta que la línea Estados Unidos-Puerto Rico mueve unas sesenta mil toneladas mensuales de carga, ciento veinte mil en ida y regreso; y que Puerto Rico compra a su metrópoli más de 50 millones de dólares cada año. Aplicar a una ruta de esa categoría las leyes de cabotaje elaboradas para favorecer a las empresas navieras americanas, es una violencia legal, que se ha establecido para no caer en un pecado que se roza con éste: el de la injusticia.

Según la legislación marítima norteamericana las cargas que sean movidas de un puerto a otro, dentro del país, es decir, la navegación de cabotaje, sólo pueden hacerse bajo bandera nacional. Esa ley es justa. ¿Pero por qué el leguleyismo de aplicarla a Puerto Rico? ¿Pueden acaso los buques de cabotaje hacer normalmente viajes de Estados Unidos a Puerto Rico? ¿Es qué no hay diferencia alguna entre un buque de cabotaje y uno de altura?

Ah... Pero justamente, es en el tráfico marítimo donde mayores beneficios tienen los intereses privados norteamericanos que operan en Puerto Rico. Con tal monopolio de transporte —que lo es de hecho, porque todas las compañías acuerdan precios iguales, y siempre exorbitantes— tienen una fuente de entradas que no quieren soltar ahora. Indirectamente, eso es un impuesto, aunque no haya sido oficialmente establecido. El sobreprecio que pagan los puertorriqueños por el transporte de las mercancías que consumen, equivale a un impuesto del que nadie puede aliviarlos. Y la base de la libertad

económica y política de los Estados Unidos es el principio de *taxation without representation is tyranny*; es decir, el impuesto establecido sin la voluntad del que lo paga es tiranía. No valen excusas formales de que los altos fletes pagados por los boricuas no van a las arcas del gobierno federal. El gobierno federal norteamericano entregó a los navieros de su país, sin consultar la voluntad de los puertorriqueños, un monopolio legal para que se beneficiaran de él; lo hizo el día que extendió a una isla que se halla a cinco días de distancia, más allá de mares de altura, las regulaciones atinentes a la navegación de cabotaje. Esas regulaciones son caprichosas, hemos dicho, con respecto a Puerto Rico, entre otras razones porque como los buques de costa no pueden hacer el viaje, los fletes son cobrados como carga trasatlántica.

La medida del Departamento del Tesoro de los Estados Unidos ha sido tomada en la oportunidad en que está agitada la conciencia puertorriqueña, primero por el Congreso de la Independencia, y segundo por la proximidad de las elecciones. Si el Partido Popular, que dirige Luis Muñoz Marín, va al poder el próximo año con mayoría suficiente para sentirse respaldado por el Pueblo, es seguro que se planteará el problema de la independencia, por primera vez desde que Puerto Rico es posesión americana. Hablamos de un planteamiento hecho con carácter oficial, de poder a poder. Por lo menos, del Poder Legislativo de la isla al Poder Federal de la metrópoli.

Los navieros norteamericanos no han podido elegir mejor oportunidad para dar a Muñoz Marín y a los suyos un argumento contundente, que ligue a todo el pueblo borinqueño en la voluntad de ser libre. Pues en Puerto Rico se creyó que una de las muchas cosas que esta guerra arrancararía de América sería el afán de obtener beneficios mediante el poder político, es decir, el imperialismo.

Y no lo parece, a juzgar por lo que ha hecho el Departamento del Tesoro de los Estados Unidos para complacer a los navieros de su país. En lenguaje llano, eso se llama “imperialismo”.

CON EL PUEBLO ARGENTINO*

Algunas naciones latinoamericanas se han mostrado reticentes a la hora de tomar una actitud enérgica frente a la Argentina. No vemos por qué. Las consideraciones económicas no son argumentos válidos para los pueblos, aunque lo sean para los gabinetes. A los cubanos nunca les agradó que Sarmiento dijera, cuando Eugenio María de Hostos le pidió el reconocimiento de la beligerancia cubana: “No podemos romper con el régimen español. La Habana nos compra mucho tasajo”.

Cuando los hombres renuncian a la vida en servicio de un ideal, ¿cómo no renunciar a los bienes que sólo en vida pueden ser disfrutados? Que Perón, Farrell y sus socios estén defendiendo la marina de su país, el trigo de sus pampas y la carne de sus vastas haciendas y que nosotros, sus hermanos de raza y tradición, debamos considerar esos intereses, no es razonamiento ecuánime. Los españoles también son nuestros hermanos, y nosotros nos pusimos del lado de la República contra otros españoles, cuando la nación madre se desgarró de 1936 a 1939.

¿Por qué lo hicimos? Porque pensamos que aquello era una revolución, no una guerra y que la justicia estaba del lado de los republicanos.

* *Información*, La Habana, 5 de agosto de 1944, p.14.

Pues ahora sucede algo muy parecido. Esta contienda mundial es, de fondo, una revolución. Hay alemanes luchando por la victoria aliada y hay ingleses y norteamericanos del lado nazi. No son muchos los que surgen a la superficie, porque los más entre los que trabajan por la derrota de su propio país lo hacen en la sombra, laborando como quintacolumnistas. Igual que todos los pueblos de la tierra, los latinoamericanos están hoy divididos en simpatizadores del nazismo —por suerte los menos—, inactivos o activos, y partidarios de la democracia. En la Argentina han tomado el poder los primeros. No advertirlo y no hacerse a remediar los males que esa circunstancia puede desatar, es actuar con el mismo criterio con que lo hicieron ingleses y franceses frente a Hitler y Mussolini, desde el ataque a Etiopía hasta el ataque a Polonia.

Lo mismo que esos dos señores y que su socio Francisco Franco, en Europa, Farrell, Perón y su camarilla están utilizando, para sus fines personales, las suspicacias y los sentimientos internacionales de la América Latina. La tradicional sensibilidad indoamericana frente al imperialismo es un argumento valioso en sus manos, mucho más valioso cuando nuestros aliados del Norte cometen algún error en relación con uno de nuestros países. Pero no hay que dejarse engañar. Debemos ser antiimperialistas sin ser nunca partidarios de los regímenes de fuerza que se erigen, para su provecho, en defensores de las víctimas del imperialismo. El gobierno argentino sólo podrá convencernos de que es campeón del antiimperialismo cuando se convierta en campeón del enemigo natural del imperialismo, la democracia. Y para ser adalid de la democracia tiene que empezar por establecerla en su propio país.

Las manifestaciones habidas hace poco en Buenos Aires no pueden ser tomadas en cuenta por nuestras cancillerías, porque en ellas no iba el pueblo argentino. Si a ese pueblo le estuviera permitido manifestar, lo haría contra Farrell, Perón,

no contra los Estados Unidos. A la cabeza de los que en la Plaza de Mayo gritaban “¡abajo el imperialismo!”, estaban los que desean la expansión del capital argentino en Paraguay y Bolivia, es decir, los partidarios de un imperialismo rioplatense.

Los latinoamericanos somos muy sensibles al sentimiento de fraternidad que liga a nuestros pueblos, y eso es señal de alta calidad humana. Pero debemos preguntarnos si queremos a nuestros hermanos de América indistintamente, al tun-tún y porque sí, o si los queremos porque nos vincula un ideal común, un sistema de vida que se extiende a toda la familia americana, una aspiración unánime.

Creemos que por lo último. Cuando Francia representaba la democracia, el derecho del hombre, la independencia nacional, la amamos más que a la España que significaba todo lo contrario, a despecho de cuanto nos ligaba a España. La influencia de Francia en nuestro siglo XIX fue más poderosa que la de España. ¿Por qué? Porque el ideal nos acercaba a París mucho más que a Madrid.

Así, ahora debemos distinguir entre los argentinos que comparten nuestros ideales y los que no. Los primeros son casi todo el pueblo de Rivadavia; los segundos, sus gobernantes. Demostrar nuestra repudiación por estos es dar fe de nuestro amor por aquellos.

De nuestro amor y de nuestra solidaridad.

LOS ANÓNIMOS, INEVITABLES ERRORES DE CONCEPTO*

Los periodistas desprecian, generalmente, el anónimo que reciben. Yo distingo. A lo largo de mi vida he recibido anónimos tremebundos. Pero también los he recibido generosos y delicados. Aquellos en los que se me calumnia o se enfanga la reputación de otra persona, y los que van dirigidos a enemistarme con alguien, tienen un destino: el cesto. Ante muchos lamento no poder tomar acción alguna. Tal el caso de uno recibido hace poco en que se me hablaba de la frescura con que muchos países latinoamericanos han resuelto enfrentar sus deudas nacionales, sin pagarlas, sin cubrir los intereses y sin decir oste ni moste a los acreedores. El desconocido autor de esa noticia no me daba dato alguno que me permitiera estudiar el asunto. Y lo sentí de veras. De haber firmado es seguro que me hubiera puesto en comunicación con él para reclamar su ayuda en una materia intrincadísima, de la que él parece saber algo. No lo hizo y lo siento. Sin estudio no toco tema alguno.

Decía que distingo entre los anónimos porque aprendí a hacerlo con cierto amigo, hombre responsable hasta el exceso, que escribía sin firmar a periodistas o funcionarios públicos. ¿Por qué? Debido a que sufría una enfermiza timidez ante la letra de imprenta. Ver su nombre en un periódico le causaba

* *Información*, La Habana, 8 de agosto de 1944, p.14.

vértigos. Su pasión era ser útil desde la sombra. Además, era veraz y ecuánime en lo que anónimamente señalaba. Desde que conocí esa especie de manía en persona tan responsable —cuando no había de por medio tipografía— como aquel mi amigo, hago selección en los anónimos que recibo.

En nuestra profesión el anónimo es inevitable. El último que he recibido está firmado por “un amigo de la Justicia”. Me llama en él “injusto” y a renglón seguido asegura que “la injusticia... Es una infamia cuando se comete a sabiendas y una estupidez cuando se comete por desconocimiento”. Es decir: “Ud. señor Bosch, es infame o es estúpido”. No parece tan justo mi ignorado corresponsal, ¿verdad? Sin apelación y sin oír a las partes, condena según código feroz. ¿Lo hace acaso por maldad, por gusto de lanzar sobre mí semejante bala rasa? Seguramente no. Me enjuicia con su mentalidad de lector adicto a determinada columna, a quien molesta ver que el columnista no tiene su mismo criterio sobre éste o aquel punto.

Pues en lo que mi anónimo amigo y yo nos hallamos distanciados es en apreciaciones relativas al caso de Puerto Rico. Por lo pronto, él dice que yo he injuriado a los Estados Unidos, acusándolos de ser imperialistas con los borinqueños. Es un error de mi corresponsal fantasma. Como muchos otros, él consustancia el fenómeno imperialismo con los Estados Unidos. El imperialismo no es un mal norteamericano, típico de nuestro aliado ni privativo de los ciudadanos estadounidenses; es un mal del sistema social, y consiste en obtener ventajas económicas mediante el uso de instrumentos políticos. En Norteamérica hay, con toda seguridad, más antiimperialistas que imperialistas; pero hay también poderosas empresas de todo tipo que utilizan el poder político de su nación para lograr ventajas económicas en territorios que están más allá de la frontera de su país. Específicamente en Puerto Rico, esas empresas abusaron del poder político, de la tutela político-militar

ejercida por el Estado norteamericano sobre la isla caribe. ¿Cómo lo hacían? Pues valiéndose de sus amigos y socios que ocuparan cargos estatales. Los navieros, por ejemplo, lograron que se extendieran a Puerto Rico las leyes del cabotaje de su país, a fin de no tener que enfrentarse a la competencia de otras marinas mercantes; los azucareros obtuvieron mano libre para tomar tierras puertorriqueñas y pagar los jornales que quisieran, sin cuidarse poco ni mucho de un territorio y de una población que sólo les interesaban como factores de producción. Esta situación de explotación era tan alarmante que Mr. Roosevelt resolvió ponerle coto, y para ir resarciendo a los puertorriqueños de cuanto habían sufrido y perdido empezó a echar sobre la isla chorros de millones, mientras buscaba manera de poner el poder político de la remota posesión en manos de personas refractarias a las influencias de los voraces empresarios.

Pero los empresarios no se rindieron fácilmente. De ahí la reposición de las leyes de cabotaje extensivas a Puerto Rico, que habían sido suspendidas cuando empezó la guerra. Es a esa medida a la que he llamado "imperialismo". ¿Por qué? Porque sólo hablando claro podremos ayudar al propio pueblo norteamericano, que en los últimos años luchó duramente, encabezado por Mr. Roosevelt, contra los abusos de las grandes empresas, a arrancar de raíz definitivamente el grave mal.

Pues mientras el método de utilizar los instrumentos políticos para obtener beneficios que no pueden obtenerse en competencia leal persista en alguna parte de América, estará perjudicando a los pueblos pequeños y débiles, pero también amenazando al propio pueblo norteamericano y poniendo en peligro las ventajas sociales que ha conquistado desde 1933.

MALOS DÍAS PARA HAITÍ*

Desde esta misma columna fue predicha la dura época que espera a Haití tras la conversión de su gobierno en una dictadura. Como se recordará, hace pocos meses que Mr. Elie Lescot, el presidente haitiano que tantas simpatías sembró a su paso por La Habana, se declaró dictador, autoprologó por decreto su período y prolongó, también por decreto, el de los legisladores de su país. Mr. Lescot dijo entonces que Haití reclamaba el sacrificio de sus mejores hijos y que no toleraría que se le discutiera a él el primer lugar entre los sacrificados. El “sacrificio” a que se refería Mr. Lescot era gobernar al país de Toussaint.

Dijimos por aquella época que no poníamos en duda la honradez de Mr. Lescot, aunque repudiábamos esa manera de considerarse a sí mismo el elegido de la historia. Los pueblos dan de sí sus mártires en el momento mismo en que los necesitan. Que Haití sea pobre e ignorante, en sentido general, no justifica la pretensión de Mr. Lescot. Más pobre y más ignorante era cuando se levantó, terriblemente dignificado por su voluntad de ser libre, y a puro brazo hizo la revolución más completa que se haya hecho hasta hoy en el mundo. En aquellos días halló sus conductores en Toussaint, en Pétion, en Dessalines. Era entonces un pueblo de esclavos, sometido a la dura ley del Código Negro Francés. Nadie pensó que Haití

* *Información*, La Habana, 10 de agosto de 1944, p.14.

podiera, ni vencer a los soldados de Francia ni mantenerse como nación soberana. Lo hizo, sin embargo. ¿Por qué no evocó Mr. Lescot esa portentosa lección de la historia haitiana antes de autodeclararse “salvador” de su patria?

No lo hizo y ha establecido en pocos meses una dictadura que va camino de convertirse en piedra de escándalo de América. Actualmente en Haití no se disfruta de libertad alguna. Hay rumores de que ha habido incluso fusilamientos de opositores a Lescot. Max Hudicourt, periodista y político haitiano que pasó por La Habana camino de Filadelfia —adonde fuera como delegado de su país a la reciente Conferencia del Trabajo— se ha declarado en exilio, como protesta por lo que está sucediendo en su tierra. Max Hudicourt era director de *La Nación*. Cuando le cablegrafió a Lescot haciéndole partícipe del disgusto que le causaban las noticias que sobre la situación de Haití estaba recibiendo en Filadelfia, obtuvo como respuesta una noticia más: su periódico había sido cerrado por orden gubernamental. Hudicourt cablegrafió entonces a una hermana suya diciéndole que entregara al gobierno una cantidad en efectivo igual a la que él había recibido para cubrir sus gastos en la misión que estaba desempeñando, y cablegrafió nuevamente a Lescot haciéndole saber que no volvería a Haití y que a partir de ese momento lo considerara desterrado en protesta por la situación que el Presidente había creado.

Como se advierte, Haití está entrando en una ruta peligrosa. Cuando Mr. Lescot vea que está perdiendo el apoyo de su pueblo y la popularidad internacional que le estaban ganando su discreción y su simpatía, no le quedará más remedio que fortalecerse con los malos hombres de Haití y los malos gobiernos de América. A nadie quepa duda que el primero, entre los últimos, que ofrecerá su respaldo a Lescot será su vecino Trujillo. No tardaremos así en ver unidos sobre la

desdichada Hispaniola a Lescot y Trujillo, los dos hermanos en un fin idéntico. Cuando eso ocurra Mr. Lescot, cogido en el vórtice de los acontecimientos, pasará a ser, con toda su energía y su celebrada capacidad política, un mero juguete de su vecino, más ducho, más ambicioso y menos escrupuloso que él. Y más fuerte, además.

Mr. Lescot está a tiempo de evitar que la historia lo pasee un día de brazos de Trujillo. Está a tiempo si es capaz de comprender todavía que si sigue por el mal camino que ha tomado, su último recurso será aliarse a su proverbial enemigo. Porque si no comprende eso ahora, Mr. Lescot está irremediablemente perdido.

Y con él Haití, aunque Haití tiene una ventaja sobre Mr. Lescot: es un pueblo, mientras que Mr. Lescot no es más que un hombre. Los hombres son los que desaparecen y sufren el fallo de la historia. Los pueblos siguen viviendo, libres de las condenas que la historia fulmina contra algunos de sus hijos.

“QUIEN TENGA TEJADO DE VIDRIO...
CONGRESO DE ABOGADOS DE MÉXICO”*

Que los dioses nos valgan... En el último lugar del mundo donde hubiéramos esperado una trifulca, se ha dado mayúscula. La sesión de clausura del Congreso de Abogados de ambas Américas, celebrado en México del 1° al 8 de agosto, ha terminado en escándalo.

Se supone que el abogado es persona ducha en desenredarlo todo —o enredarlo todo, según sea el titulado— con el solo instrumento de la palabra. ¿Por qué ha ocurrido en México lo contrario?

Esta pregunta no está hecha por el mero gusto de hablar. Es que la trifulca de México resulta ser un eco de lo que está pasando en América. Los congresistas estadounidenses plantearon allí una cuestión política al presentar una moción condenando la actitud aislacionista de Argentina. Eso alborotó el avispero. Pues los abogados de los Estados Unidos se presentaron en México demandando algo, considerando sólo su punto de vista, no el latinoamericano. Para nuestros aliados del Norte cuanto se refiera a la guerra y a la manera de ganarla más rápidamente es ahora vital; y puestos a contemplar los problemas del mundo desde ese ángulo, atribuyen a los demás pueblos igual interés. Desdichadamente, no es así. No es así en la América Latina ni puede serlo, porque aunque muchos

* *Información*, La Habana, 12 de agosto de 1944, p.14.

de nosotros comprendamos que la derrota del nazifascismo es asunto primordial para todos los hombres del globo —porque Hitler y sus cómplices son el mayor obstáculo puesto en la marcha hacia el progreso de la humanidad—, las grandes masas latinoamericanas tienen ante sus ojos problemas que les tocan en la propia carne, cuya solución reclaman insistentemente. El primero y más urgente se refiere a la extensión de la democracia a todos nuestros países. Infinidad de américohispanos, y hombres de prominencia entre ellos, creen que debemos ser demócratas de hecho antes de querer llevar la democracia a Europa. Y como la democracia implica libertad individual y libertad nacional, a las demandas norteamericanas de ayuda para ganar la guerra muchos de los nuestros responden pidiendo que los Estados Unidos hagan algo por ayudar al establecimiento de regímenes democráticos en los países latinoamericanos donde no los hay, y reclamando libertad nacional para los puertorriqueños.

La diplomacia norteamericana ha fallado por los dos extremos al presentar el caso argentino ante nosotros; en uno, el oficial, porque solicita el aislamiento de la Argentina basándose en que los rioplatenses no han cumplido sus compromisos internacionales; en el otro, sustentado por Mr. Sumner Welles, porque presenta esa petición de aislamiento como una intromisión en la política interior argentina y un foco de disgustos en la América Latina.

Si el problema hubiera sido planteado buscando el interés de los pueblos latinoamericanos, otro gallo hubiera cantado en este asunto. Debíó decírse nos, simple y llanamente: “Rompamos con la Argentina, pues allí se ha establecido un régimen de tipo peligrosamente nazifascista; reconoceremos al gobierno de aquel país y le extenderemos toda nuestra ayuda, cuando sea un gobierno democrático, libremente elegido por el Pueblo”. En una palabra, el Departamento de Estado debíó

presentarse ante nosotros como un defensor de los derechos populares argentinos, no de los intereses estadounidenses. Puede alegarse que eso es demagogia, pero una demagogia llamada a dar frutos magníficos, porque hubiera dejado definitivamente establecida la única política interamericana cuerda: la que tome en consideración a los pueblos, no a sus gobernantes.

Para manejarse bien en sus relaciones con nosotros, los norteamericanos han tenido en su mano el instrumento idóneo, forjado precisamente por Mr. Roosevelt. Nos referimos a la Política del Buen Vecino. Pero no han sabido manejar tal arma. Operando sobre el supremo interés de los latinoamericanos, que es su voluntad, su ardiente deseo de vivir democráticamente, la Política del Buen Vecino hubiera realizado de fondo, ligado a los hombres comunes de Estados Unidos y de América Latina, el ideal de la unidad continental, un ideal que reportará grandes ventajas el día que sea hecho patente.

Pero la Política del Buen Vecino ha sido aplicada a medias. Y ahora contemplamos los resultados. Con tejado de vidrio no es posible ponerse a lanzar piedras al vecino.

LA NECESARIA UNIDAD HEMISFÉRICA*

Las tejas de vidrio que tienen los norteamericanos —a las que nos referíamos en nuestro artículo anterior— deben ser removidas, cuanto más pronto mejor. La unidad continental no puede quedarse en ideal ni en esperanza. Se trata de una necesidad tan viva, que hasta los más obtusos en América Latina se duelen de que no haya sido lograda todavía. Esa necesidad irá siendo mayor con el transcurso de los días y su no satisfacción propiciará males muy graves cuando, como sin duda sucederá en la postguerra, la intensificación del comercio entre la parte Sur y la parte Norte del hemisferio cree puntos de irritación más sensibles que los que ha creado la guerra. El práctico dominio del mar y el aire hemisféricos por parte de nuestros vecinos traerá aparejados problemas que hoy no se conocen, por lo menos en grado avanzado; el dominio sobre la producción de casi todo el continente se notará en los años venideros. Si desde ahora no tratamos de lograr una unidad verdadera, basada no sólo en la confianza mutua, sino en la comprensión recíproca, vamos a hacer casi inhabitable esta porción de la tierra.

El primer paso para llegar a tal unidad es hablarnos con franqueza. Los latinoamericanos somos muy sensibles a cualquier crítica nacional. Pero los norteamericanos lo son mucho

* *Información*, La Habana, 15 de agosto de 1944, p.14.

más. En Estados Unidos se dice que el Departamento de Estado norteamericano es un elefante; jamás olvida el menor ataque. Y ocurre que muchos aquí criticamos al Departamento de Estado norteamericano sin ningún ánimo de atacarlo, ni en sí ni en sus personeros, sino porque consideramos útil y necesario que nos digamos la verdad. Somos nosotros, los que padecemos las consecuencias de sus errores, los más autorizados para señalarlos, y es mala política llamar “antiamericano” a todo el que habla con claridad. La claridad no implica odio; conlleva el deseo de la enmienda, y no odia quien quiere enderezar entuertos que le atañen en sus resultados.

Lo primero a hacer para rectificar es estudiarnos, no desde el punto de vista norteamericano, sino desde el nuestro. El latinoamericano no reacciona de la misma manera que sus vecinos del Norte, ni sus objetivos son iguales ni su moral la misma. Un virginiano o un bostoniano consideraría afrentoso que sus héroes nacionales tuvieran historias de amor. Nosotros no nos explicaríamos a un Bolívar o un Martí en carne de mortales fieles a sus esposas, y vaya eso como ejemplo.

Toda la concepción norteamericana de lo que es la América Latina tiene que cambiar de raíz, no la nuestra respecto de los Estados Unidos. Por la enorme difusión que el cine, la prensa, las agencias de noticias y la radio hacen de lo norteamericano entre nosotros, conocemos a nuestros vecinos casi tanto como pueden conocerse ellos mismos. Nuestros vecinos, en cambio, nos ignoran de manera punto menos que absoluta. Hace dos años una revista de gran venta en Norteamérica presentaba cierta historia gráfica de un marino cuyo buque fue torpedeado cerca de las costas de Cuba, ¡y había que ver como creían el dibujante, los editores y los lectores —puesto que estos no protestaron— de la tal revista que era Cuba! El Ejército estaba formado por indios descalzos y de taparrabos, tocados con enormes sombreros tejanos y armados de viejos “remingtones”;

para distinguirse, los oficiales llevaban camisetas de rayas rojas, aunque no zapatos, se peinaban al medio y gastaban bigotes rizados; las muchachas transitaban en coches por calles orilladas de viejos barracones coloniales, vestían de mantilla andaluza y sonreían tras los abanicos.

Partiendo de una base falsa semejante, tienen que considerarnos pueblos que no merecen atención. La masa norteamericana, que posee un alto sentido de justicia, no interviene para reclamar una política idónea con respecto a la América Latina, simplemente porque ignora qué es esa porción del mundo que así se llama. Carecemos de interés político para esa masa. El hombre de la fábrica de Newark o el de las praderas de Idaho no se preocupa por nosotros. Para colmo de errores, Washington crea una organización transamericana, la Oficina de Coordinación de Asuntos Interamericanos cuyo fin es hacer en la América Latina propaganda de Norteamérica, es decir, justamente lo contrario de lo que debió hacerse. Es al ciudadano de los Estados Unidos a quien hay que hacerle propaganda nuestra, enseñarle qué y quiénes somos, mostrarle con la evidencia de la película, de la revista, de la radio, que Buenos Aires es una ciudad tan hermosa como la mejor de Norteamérica, que nuestros periódicos no tienen nada que envidiar a los más afamados de su país, que vestimos ropa bien tejida, bien cortada y bien cosida, no taparrabos.

Se dirá que ésa debe ser tarea nuestra, no de los norteamericanos. Y eso es erróneo. La tarea de conocernos compete tanto a ellos como a nosotros. La unidad hemisférica aprovechará a los norteamericanos en igual medida que a los américo-latinos; la división, que puede ser el fruto natural de una política impropia, los perjudicará más que a nosotros. Porque en fin de cuenta, ¿qué mucho más podemos nosotros arrojar al repleto zafacón donde yacen tantos ensueños y donde se han podrido tantas esperanzas?

UNA FALSA VERSIÓN DEL FENÓMENO COLOMBIANO*

Se ha dado hace dos días una versión errónea del fenómeno colombiano; mejor dicho, una versión parcial, la conservadora. El periodista argentino que relató lo que está ocurriendo en Colombia hablaba como si fuera portavoz de don Laureano Gómez, el jefe del Partido Conservador, el idólatra de Francisco Franco y la Falange, alma de todas las intrigas que están royendo el corazón de la hermosa y respetable patria de Santander. Y de esa versión sombría no puede hacerse eco un pueblo como el cubano, aunque no reclamamos que se haga eco de la opuesta, es decir, la del Partido Liberal, actualmente en el poder.

Hasta que fue electo Olaya Herrera presidente de Colombia, catorce o quince años atrás, estuvo dominando el país el Partido Conservador. Durante cuarenta y seis años, casi medio siglo, los conservadores mantuvieron la hegemonía política en aquella tierra hermana. Monseñor Restrepo nombraba los ministros; la sombra de la mitra cubría todo el panorama nacional. El Ejército, especialmente, fue hechura del Partido Conservador; en su oficialidad no cabía un liberal. Procediendo criminalmente contra el país y sus instituciones, los conservadores están minando hoy el Ejército, utilizando los antiguos nexos de partido para lanzar a los soldados contra el poder civil. Esa es toda la médula del problema.

* *Información*, La Habana, 17 de agosto de 1944, p.14.

¿Por qué estalló una bomba hace poco en el cuartel de policía de Bogotá, dejando un saldo de varios agentes muertos y heridos? Pues porque la Policía colombiana, cuerpo reformado por los liberales a fin de contraponer la fuerza del Ejército, es leal al gobierno del Dr. López.

Pero es leal al presidente López también la masa pobre del país; lo son los sindicatos, que recorrieron las calles de todas las ciudades reclamando la permanencia del ejecutivo en la Presidencia, cuando hace poco el Dr. López insistió en mantener su renuncia a su alto cargo.

Laureano Gómez y sus comilitones del Partido Conservador no se han detenido ni siquiera ante la calumnia y la injuria en su empeño de desacreditar al Dr. López, que no es un santo, pero tampoco un hombre capaz de entrar en esas combinaciones que le atribuye el periodista argentino cuya información refutamos. Gómez y los suyos saben que el Partido Conservador no va a disfrutar del poder por ahora si es que tiene que ganarlo en las urnas, voto a voto. Las grandes mayorías colombianas, esas que pasan hambre como dice el periodista a quien nos referimos, son liberales. De ahí que don Laureano pretenda ganar el poder por medio de un golpe militar. Si los generales implicados en el atentado de Pasto no siguieron a Diógenes Gil, fue debido a que recibieron órdenes en contrario del jefe de la conspiración, Laureano Gómez, que desea la Presidencia para sí, no para un militar.

El trabajo de zapa en el Ejército, que está llevando a cabo desde hace un año o dos el líder conservador, se inició cuando fracasaron las gestiones para producir una revolución con la ayuda del falangismo. Laureano Gómez pidió armas a Franco, según consta en documentos de la Falange que están en manos de servicios de investigación internacionales, e incluso muchos publicados ya. La Falange de Colombia, ayudada por la alta jerarquía de la Iglesia, trabajaba en perfecto acuerdo

con los conservadores, especialmente con la fracción más fanática, de la cual es caudillo el señor Gómez. Ahora ha acudido al Ejército, y está sembrando una planta venenosa de la que él mismo será víctima, puesto que lo será todo el país. ¡Ay de Colombia, de los conservadores y de los liberales, el día que el Ejército nacional salga de los cuarteles a imponer la ley castrense en calles y hogares, el día que en el Palacio de la Carrera se sienta un general en vez de un civil!

En cuanto a las medidas rigurosas que ha tomado el Gobierno para impedir que los conservadores sigan sembrando su mala semilla, ¿a qué hablar? ¿Es dictadura lo que hay hoy en Colombia? Sea. En todo caso, se tratará de una dictadura pasajera, llamada a evitar la dictadura permanente que desean implantar los conservadores. El Dr. López y el Partido Liberal no están en el poder por lindas caras, sino porque el Pueblo los llevó a él con sus votos. Ellos tienen que responder ante el Pueblo de cuanto éste les entregó: la institucionalidad, la paz, el progreso social.

Eso, el progreso social alcanzado en Colombia bajo el gobierno del Partido Liberal es lo que ha enloquecido a los conservadores. Pues el progreso social significa siempre una mejor distribución de la riqueza y beneficios, y en Colombia riqueza y beneficios eran dones exclusivos de los que hacían filas en el Partido Conservador.

LA LECCIÓN DEL URUGUAY. AZÚCAR Y AGUARDIENTE CUBANOS*

La República Oriental del Uruguay acaba de dar una lección más a todo el mundo civilizado. Encabezado por el personero del ejecutivo nacional, el gobierno uruguayo ha resuelto recomendar que en la postguerra se mantengan relaciones económicas exclusivamente con aquellos países “en que rijan y se cumplan los principios jurídicos y éticos de protección y amparo a los trabajadores contra la explotación del Estado o de los particulares”.

Medida como ésa, mundialmente adoptada, es ya por sí sola la justificación de toda esta guerra, es decir, de lo que con la guerra debiera perseguirse. La política de la paz que va a mantener el Uruguay descansará en la resolución que aquí se comenta. Y si el Uruguay logra que el principio decretado por su gobierno se generalice y se cumpla, no se habrá perdido en vano tanta vida.

En su parte resolutive, el decreto, extendido en Montevideo el 26 de julio de este año, dice así: “El Presidente de la República, en Consejo de Ministros, acuerda y Decreta: Artículo 1º. Los delegados de la República sostendrán en todas las reuniones internacionales en que se estudien y diluciden problemas relacionados con la legislación internacional del trabajo y la organización económica, jurídica y social del mundo de la

* *Información*, La Habana, 19 de agosto de 1944, p.14.

postguerra, el principio de que —para contribuir a mejorar la situación económica y espiritual de los pueblos, prevenir el ejercicio perturbador del “dumping” en el comercio internacional, y estimular la adopción de la legislación del trabajo inspirada en ideales y móviles de reparación y justicia—, los gobiernos y los pueblos prefieran, en el intercambio comercial, las mercaderías y productos de los países en que rijan y se cumplan los principios jurídicos y éticos de protección y amparo a los trabajadores contra la explotación del Estado o de los particulares; desechen las mercaderías y productos de los países que obtienen el menor costo de los mismos a expensas del derecho, la salud y la libertad de las masas trabajadoras; y no concierten convenios comerciales con las naciones que mantengan organizaciones de trabajo opresivas para la persona humana”.

Desde luego, la adopción internacional de un criterio de este tipo requiere la creación de un Tribunal Internacional del Trabajo y el Salario, que señale con plena autoridad cuáles son los países cuyos productos no deben ser comprados; y requiere, de fondo, la desaparición del sistema colonial donde quiera que éste rija. Esas grandes porciones del globo que se llaman Asia y África tendrían que ser liberadas de sus actuales dueños, pues las metrópolis sólo se apoderan de territorios por dos razones: porque poseen en ellos tierras, hombres y materias primas más baratos, con los cuales pueden competir en el mercado mundial, o porque necesitan puntos estratégicos para defenderse de sus probables enemigos.

Pero eso no reza con América. América puede beneficiarse hasta el máximo de esa lección uruguaya, ponerla en práctica de mar a mar y sostenerla, para dicha y gloria de todos sus pueblos. Exceptuando el caso de Puerto Rico, las colonias que hay en nuestro hemisferio producen para Europa. Las colonias aquí no afectan, pues, nuestra economía global hasta

el grado de producir *dumpings*. En cambio, sí lo hacen algunos países americanos. En Santo Domingo, por ejemplo, se paga 25 centavos por tonelada de caña cortada, lo cual representa una competencia desleal para Cuba y Puerto Rico, tierras productoras de azúcar, y eso explica que los dominicanos puedan vender su grano dulce a \$2.65 y tengan beneficios mientras Cuba, con igual precio para su azúcar, asegura que no puede vender con ganancias relacionadas al costo. El jornal mínimo en Cuba es por lo menos tres veces mayor que el máximo en Santo Domingo.

Fenómeno parecido se da en otros renglones. No gana igual jornal el bananero costarricense que el hondureño. En Costa Rica se vive democráticamente, hay libertad de organización obrera; mientras que en Honduras el Gobierno es un capataz de la United Fruit y deja a ésta manga ancha en la fijación de los jornales. ¿Por qué razón han de ser igualmente tratados, para fines comerciales, los productos dominicanos y hondureños que los cubanos y costarricenses?

Uruguay ha dado una lección y la sigue por sí mismo. El país de la Banda Oriental está dispuesto a realizar un Tratado de Comercio con Cuba, según nuestras mejores informaciones. Quiere el aguardiente, el tabaco, el azúcar de la perla antillana, y ofrece a cambio de eso sus carnes y sus pieles. Sabemos que ahora mismo Montevideo está gestionando con la *Commodity Credit* la adquisición de un millón de litros de aguardiente cubano y de quince mil toneladas de azúcar blanco. Santo Domingo produce azúcar refino y aguardiente, pero los uruguayos no quieren negocios con un país donde el obrero está sometido a un régimen de esclavitud.

Uruguay actúa como habla. Sigue dando lecciones al mundo. Por sus llanuras grises cabalga todavía la sombra adusta de Artigas, el amigo de los desheredados, de los trabajadores y los campesinos.

MAÑANA, EN EL BRASIL...*

Brasil fue siempre la tierra de “mañana”. Desde el 22 de abril de 1500, día en que oficialmente viera por vez primera sus imponentes costas don Pedro Álvares Cabral, cuanto ha ocurrido en Europa —fuente de la historia occidental— ha resonado largamente en el Brasil. Y cada vez, en beneficio de esa enorme patria del caucho y del Amazonas. Cada nuevo capricho europeo ha removido, dentro de sus fronteras políticas y morales y económicas, al pueblo brasileño; lo ha llevado a recorrerse a sí mismo, a colonizarse él solo, a conocerse y estimarse y superarse. Desde los días de los “banderitantes”, cuando los caballeros paulistas salían en columnas que resucitaban América adentro las prácticas rapaces de los barones feudales, para cazar negros e indios que venderían o utilizarían como esclavos; o cuando recorrían en pos de oro y piedras preciosas las interioridades del gran país, practicando un bandolerismo consagrado por los campanudos apellidos de los que encabezaban las tropas privadas, cuanto en el Brasil se hizo, por influencia europea o para satisfacer las necesidades del mercado europeo, ha redundado al fin en provecho del país. Extraño destino el de los brasileños, llamados a ir construyendo una patria aunque quisieran secarla.

* *Información*, La Habana, 25 de agosto de 1944, p.14.

A Getulio Vargas —un hombre que debió llamarse Tulio G. Vargas, como dijera hacia 1930, festivamente, cierto periodista venezolano— le ha llegado la hora de aprender ese mandato de la historia brasileña. El también dictador férreo, ha comprendido que el Brasil es el fin común, y lo que contiene y puede dignificar a todos sus hijos. Herir una patria en el costado, por el puro afán de sentirse poderoso o rico, ¿a qué conduce, si pensamos a tiempo que más allá de nuestra muerte esa patria seguirá viviendo y libre de nuestra presencia, de nuestro poder y de nuestros favores podrá juzgarnos sin pasión y sin interés? “Más allá de la tumba”, habrá pensado Getulio Vargas, “lo único que puede hacerme grande, lo único que puede hacerme respetable, cuando ya carezca de fuerzas que impongan el respeto a mi persona, es el recuerdo de mi obra. Y si mi obra ha sido una siembra de dolor, de muerte, de odios, ¿qué otra cosa podrá cosechar mi sombra?”.

Por eso Getulio Vargas se ha adelantado a decir que una vez terminada la guerra, el Brasil podrá elegir libremente sus gobernantes. Habrá democracia en la vasta tierra del Sur. Ahora, antes de hacer mutis, Getulio Vargas desea llevar al máximo la industrialización del país y dejar colocado al Brasil en primer lugar como potencia militar de la América Latina. Suponemos también que querrá aprovechar el tiempo que medie entre hoy y el día de la paz en ir liquidando su dictadura, que no ha podido ser más dura.

Durante catorce años el Brasil ha estado férreamente gobernado por Vargas. La víctima más conocida de la dictadura varguista es Luis Carlos Prestes, el Caballero de la Esperanza, el hombre que cruzó, con su histórica “Columna Prestes”, el corazón de la patria impartiendo justicia en lugares que sufrían todavía la ley del “bandeirante”. En las abruptas serranías brasileñas viejos negros encienden velas ante el retrato de un joven barbudo, de ojos brillantes, a quien rezan como si

fuera un santo. Se trata del Caballero de la Esperanza, el que les devolvió la libertad o la tierra. Acaso muchos de esos idólatras de Prestes, que conservan adornado con cintas multicolores el rústico banco donde un día, a su paso por el “sertón”, estuvo sentado el legendario guerrero, ignoran que desde hace muchos años su ídolo está preso. Preso y de qué manera, al principio por lo menos. A fines de 1943 Luis Carlos Prestes fue trasladado a una habitación con cama y con radio; pero durante muchos años su prisión fue una celda estrecha, con el suelo de lecho, donde durante meses y meses no podía oír palabra, porque sus guardianes tenían órdenes estrictas de no hablarle. Para no olvidar el lenguaje de los hombres, Prestes se pasaba horas del día hablando en alta voz. ¿Leer? Imposible... ¿Bañarse? Tampoco... “Se han propuesto enloquecerme”, dijo cierta vez a su abogado, “pero mi cabeza sigue firme”...

Desde esa celda medieval, Luis Carlos Prestes dirigió el rumbo del Brasil. Fue él quien valiéndose de conductos desconocidos, dijo al Pueblo que olvidara a Vargas y pensara en la guerra, en la necesidad que tenía el país de concurrir a la derrota de Hitler.

El Pueblo oyó su voz y pidió la intervención del Brasil en la contienda. A Vargas no le quedó más remedio que obedecer ese mandato popular.

Hoy, al cabo de tres años, recorriendo el camino que señaló Luis Carlos Prestes desde su cautiverio, Getulio Vargas contempla la victoria de las democracias y, con ella, el necesario fin de su dictadura. De ahí que prometa régimen democrático a su pueblo. Ha visto hacia el mañana del Brasil y ha hallado allí la sombra iluminada de su prisionero.

Mañana, en el Brasil, los viejos negros podrán adorar la imagen de Luis Carlos Prestes sin cometer con ello delito alguno.

¡Qué hermoso sería poder decir cosa parecida de Honduras, Nicaragua y Santo Domingo!

EL DEDO EN LA LLAGA *

Algunos senadores norteamericanos han puesto el dedo en una llaga continental e intracontinental al tocar el destino de las islas que rodean a nuestro hemisferio por Oriente y Occidente. Excepto la infortunada alusión a las Galápagos, posesiones ecuatorianas perdidas en el inmenso Pacífico, lo que han propuesto, y específicamente lo que ha tratado el presidente del Comité de Relaciones Exteriores del Senado estadounidense, es digno de tomarse en cuenta y traerá cola. El senador Carl Hatch pidió que los Estados Unidos se hicieran cargo de cuantas islas de propiedad europea y japonesa hay en el Atlántico y en el Pacífico; metió a las Galápagos en la danza, pero las sacó pronto, porque eran harina de otro costal. Connally, presidente del comité ya mencionado, fue más cauto al pedir que tales posesiones fueran objeto de negociación con los aliados.

La proposición de Connally puede dar origen, si se sabe conducir, a un movimiento interamericano de gran trascendencia para los fines de la unidad hemisférica. Un rosario de islas e incluso importantes regiones de tierra firme americana están hoy, a un siglo o más del movimiento independentista continental, en manos europeas. Empezando por las Bermudas, para no referirnos a las que se encuentran frente a

* *Información*, La Habana, 26 de agosto de 1944, p.14.

las costas del Canadá, las posesiones inglesas se tienden frente a la orilla atlántica de los Estados Unidos y descienden en dirección Oeste-Este por las Bahamas hasta terminar frente a la costa Norte de Santo Domingo en las islas Turcas, Turks Islands o Turquilán. Las antiguas posesiones danesas de Islas Vírgenes y Saint Thomas, al oeste de Puerto Rico, se hallan en manos norteamericanas desde que finalizó la guerra anterior; pero más adelante están las islas francesas (Martinica y Guadalupe), y las inglesas otra vez, en St. Kitts, St. James, Barbados —¡y cuántas más!— hasta llegar a Trinidad. De Islas Vírgenes a Trinidad, el grupo es llamado de Barlovento; el de Sotavento, situado sobre la costa Norte de Venezuela, está formado por posesiones holandesas —Curazao, Aruba y Bonaire—. Además, entre las Antillas Mayores está Jamaica, al Sur de Cuba, con casi un millón trescientos mil habitantes ella sola.

No vamos a hablar hoy de otras regiones de América que son propiedad de países no americanos. Eso lo haremos otro día. Vamos a tratar ahora sólo el caso de estas islas.

Sobre la costa norte de Cuba y la oriental de la Florida hay varias ínsulas del archipiélago de las Bahamas. Estados Unidos y Cuba, tienen, pues, derecho a contemplar esas islas como cosas que se relacionan estrechamente con estadounidenses y cubanos. Directamente situadas sobre Santo Domingo están la Gran Inagua, las Turcas y las Caicos, cuya situación afecta a dominicanos y haitianos. Dentro del radio del interés venezolano se encuentran las tres islas holandesas de Sotavento, las inglesas de Trinidad, Tobago, Granada, San Vicente, Barbados y Santa Lucía y la francesa de Martinica. Las Vírgenes rodean a Puerto Rico por el Este y el Sureste. Pero Puerto Rico está demasiado atento a su propio destino para preocuparle ahora el de los peñones que tiene a su lado.

Ahora bien, cualquier solución que se le diera al *statu quo* de esas posesiones hallaría el respaldo de toda la América —y son

veintiún países a votar en la mesa de la paz— si para la solución se contara con las naciones americanas que pueden ser afectadas, en un porvenir más o menos lejano, por las islas antillanas; es decir, con Cuba, Haití, Santo Domingo y Venezuela primordialmente. Los que en Estados Unidos han propuesto la adquisición de las posesiones europeas que rodean a América deben saber esto y utilizar, a favor de sus fines, la fuerza que supone la simpatía latinoamericana.

Pues a la América Latina le interesa grandemente que sea resuelto este problema de tierras hemisféricas, insulares o continentales, que son hoy propiedades no americanas. Le interesa, aunque los graves problemas que confronta en sí misma no le den tiempo ni energías para atacar ese. ¿Pero quién dice que no será distinto el panorama dentro de cincuenta años?

Creo que por el momento cualquier latinoamericano preferiría que cuanto es hoy, dentro del circuito americano, inglés, francés u holandés, sea norteamericano si no hay otro remedio. Y además, cosa muy importante, si tenemos seguridades de que a despecho de cualquier contingencia nos ligará siempre la Política del Buen Vecino.

COLONIAS EN EL CONTINENTE*

Los territorios europeos en el continente americano del Sur son: Honduras Británica en la costa caribe de Guatemala; la Guayana inglesa en el costado oriental de Venezuela y septentrional del Brasil, con salida al Atlántico; e inmediatamente a su lado, la Guayana holandesa y la Guayana francesa. Los cuatro ocupan una superficie de más o menos ciento noventa mil millas cuadradas, pobladas por cerca de seiscientos cincuenta mil personas. A Inglaterra corresponden más o menos cien mil millas y más de cuatrocientos mil habitantes.

Para la conciencia americana esas colonias en su tierra continental son una vergüenza y, sobre todo, un estorbo. La Guayana francesa, por ejemplo, ha sido el bochorno de nuestra civilización. Región poblada con presidiarios de la peor calaña, su celebridad mundial es bien triste y nos ha manchado bastante. La capital de esta colonia penal es Cayena, trunfo de ciudad en medio de la más brutal vegetación del trópico. Negros que hablan dialectos africanos, indios semicivilizados, misérrimos y escuálidos, y delincuentes de la peor especie han poblado a Cayena, a la Isla del Diablo y a los dos o tres pequeños establecimientos donde vegetan los cuarentitres mil habitantes que hay en toda esta porción gala de las Guayanas. El resto de las casi treinticinco mil millas

* *Información*, La Habana, 29 de agosto de 1944, p.14.

cuadradas que ocupa la colonia está abandonado a la selva, a algunas tribunas feroces de indios y a mil o dos mil negros cimarrones, que sólo asoman los rostros a los lugares poblados cuando van en son de guerra a vengar las viejas afrentas de sus esclavizadores. Enormes pantanos poblados de serpientes, cocodrilos y masas de insectos se reparten el territorio.

La Guayana holandesa, llamada también Surinambia o Surinán, ha sido más hábilmente utilizada por su metrópoli. De sus ciento ochenticuatro mil habitantes, setenta mil son negros; cuarenticinco mil, indostanos; veintinueve mil, indonesios; el resto, indios y blancos holandeses, los primeros, desde luego, en gran mayoría. Holanda saca de Surinambia una cantidad enorme de bauxita, que utiliza ahora en la guerra enviándola a Estados Unidos, donde es transformada en aluminio; saca cacao, azúcar, tabaco. El Pueblo habla un dialecto de origen africano, más cargado de inglés que el papiamento de los curazoleños. Igual que en su vecina la Guayana francesa, en Surinambia hay negros e indios cimarrones, lo cual indica cuán elevado es allí el grado de explotación; sólo el miedo al maltrato mantiene ese estado de perenne rebeldía en masas primitivas. No hay negros cimarrones en Haití desde que el país es libre, ni hay indios cimarrones en México desde que la revolución se impuso en todo el cuerpo nacional. Paramaribo, la capital de la Guayana holandesa, es sin embargo una ciudad más hecha, más cuidada y más limpia que Cayena. Pero de lejos, en el "sarakoff" encorchado y el impecable traje blanco de los holandeses, se advierte el espíritu de la colonia pesando sobre esa tierra continental de un hemisferio que se autodetermina libre y democrático.

La Guayana inglesa es la mayor de las tres, más del doble que la francesa y casi el doble de la holandesa. Abundan en sus noventa mil millas cuadradas las minas de oro, carbón, petróleo, y las selvas enormes, bañadas por los ríos que acuden a la

cuenca del Orinoco. Su población es tan heterogénea como la de Surinambia, aunque en mayor proporción, pues la Guayana inglesa tiene casi trescientos cincuenta mil habitantes. Las tribus de indios salvajes merodean, indomables, por toda la región Sur de la colonia. Con motivo de la guerra, Inglaterra está aprovechando los recursos naturales de ese territorio que no “está en las rutas vitales del Imperio”, y por tanto, no es una posesión fundamental para Su Majestad, si hemos de justificar el imperio con los argumentos que ahora esgrimen sus beneficiarios.

Queda Honduras británica, llamada también Belice. Belice, con casi nueve mil millas cuadradas, es un establecimiento de contrabandistas, cuya población —sesentidós mil habitantes— está formada mayormente por guatemaltecos. Esta ilógica, inexplicable colonia inglesa enquistada en un país centroamericano, está llamada a tener el destino de Mosquitia, la colonia de Su Majestad en Nicaragua, que fue devuelta un día a la nación que la padecía por la acción arrojada del general Cabezas, un joven de menos de treinta años en cuyos sentimientos patrios no pudo hacer mella el respeto por el león británico. Si Belice no es ya parte de Guatemala, Su Majestad debe agradecersele a Jorge Ubico, que necesitaba una plácida y fructífera posición internacional para seguir explotando sin limitaciones al pueblo guatemalteco.

¡BUENA SUERTE COMPAÑERO!*

Cuando esta crónica esté leyéndose, se hallará en tierra salvadoreña un luchador de Honduras que estuvo acogido a la generosa hospitalidad cubana durante más de seis años. Se trata del abogado y escritor José R. Castro, subsecretario de Educación que fue en su país, antes de que se iniciaran allí los negros tiempos de la dictadura caríista. De Castro, decía hace poco Tiburcio Carías, a un visitante que tuvo la humorada de mencionar el nombre del infatigable francotirador liberal: “¿Castro? Ah sí... Buen muchacho. Vea, yo lo quiero mucho, no sé por qué se la pasa diciendo cosas malas de mí allá en La Habana... Ese Castro, ¿sabe?, y otros como él tendrían que venir aquí, que es su patria; pero pretenden vivir en Honduras escribiendo lo que les da la gana y desordenándome a la gente, ¡y eso sí que no lo aguanto yo! ¡Aquí hay que ser disciplinado, señor!”.

Ahora Castro va a El Salvador a engrosar el número de hondureños que desde Cuzcatlán entrarán en Honduras “a escribir lo que les da la gana”, a despecho de lo que opina el dictador del país. Más de tres mil liberales hondureños se han concentrado ya en El Salvador. La revolución contra Carías, que debió estallar dos meses atrás —según pronosticamos en esta columna— fue pospuesta debido a que en Washington

* *Información*, La Habana, 31 de agosto de 1944, p.14.

estaba una representación del Partido Liberal, encabezada por el Dr. Ángel Zúñiga Huete, llevando conversaciones con el ministro de Carías en Estados Unidos, uno y otro empeñados en buscar soluciones no sangrientas para la situación de Honduras. Parece que Carías admitió al fin que a sus intereses privados, a los del antiguo Partido Conservador —convertido en Nacional por el tirano— y a los del país convenía un acuerdo, y aceptó resignar la presidencia en la persona de Rafael Heliodoro Valle, ilustre escritor hondureño, de nombre continental. Rafael Heliodoro Valle está ya en El Salvador, esperando la hora “cero” de su patria para entrar en ella.

Esta solución del problema de Honduras ha aplacado al Pueblo, que estaba regando con sangre las ciudades del país. Se afirma que actualmente hay partidas rebeldes en las selvas hondureñas y que una de ellas, la mayor, está encabezada por un señor que era alto funcionario de las bananeras de la United Fruit, cuya hija —bella y joven criatura de democrático corazón— fue muerta de un tiro en la cara durante los sucesos de San Pedro Sula. En estos sucesos murieron más de 70 personas y fueron heridas unas 200 cuando una manifestación popular recorrió las calles de la ciudad pidiendo la destitución del dictador. La “massacre” de San Pedro Sula tuvo lugar poco después que en esta columna se anunciara que la revolución hondureña estaba a punto de estallar.

Tiburcio Carías ha sentido en su propia carne la ira del Pueblo que lo ha padecido durante catorce años. Su sobrino Calixto Carías, jefe del Ejército, delincuente de toda la vida, yace ahora bajo la tierra que insultó con su presencia; le dio muerte hace seis o siete semanas un joven estudiante que descargó en el pecho del bárbaro asesino el plomo de seis balas. Poco después de la muerte de ese tigre fue abatido a tiros otro, Carlos Sanabria, jefe de la Policía del dictador. Sanabria fue el hombre que organizó y ordenó el asesinato de Martínez Galindo, joven

escritor y orador, cuya popularidad era una amenaza para el régimen. La ira del Pueblo la estaba batiendo como se ve, el propio pedestal donde se asienta Carías.

Los hondureños liberales y anticariístas que están reuniéndose en El Salvador esperarán allí la resignación que del poder hará el señor de Zambrano, por lo menos durante un tiempo prudencial. El propósito es entrar de cualquier manera en la patria, si es que don Tiburcio no da cumplimiento a su promesa. Entre los que pisarán, tras largo destierro, la tierra madre, estará José R. Castro, que salió de ella en 1930. Un día antes de su partida de La Habana, amigos escritores y revolucionarios le dijimos adiós, en íntimo y cordial refrigerio, comida alegre y a la vez morosamente frente al mar del Golfo, en esta ciudad acogedora como mujer enamorada. De aquí se lleva Castro una compañera y una montaña de recuerdos y afectos. Si se va sin dejar mayores penas atrás, es porque cuantos hemos aprendido a quererle sabemos que va a cumplir un deber indeclinable e impostergradable. Porque es como es —luchador democrático, varón sin dobleces—, le hicimos amistad en nuestro corazón. Ahora, cuando va a poner en práctica aquello que nos hizo sus amigos, no podemos demorar su partida. Sólo pudimos estrecharlo en un abrazo y decirle en voz baja: “¡Buena suerte, compañero!”.

Lo cual significaba: “¡Buena suerte para Honduras y para la democracia americana!”.

SI MR. CONNALLY QUISIERA...*

Esto de las islas y de los territorios continentales que tienen en América algunas potencias europeas habrá de ser algún día fuente de disgustos y puede ser ahora, sin embargo, razón de unión hemisférica. Si Mr. Tom Connally, el presidente del Comité de Relaciones Exteriores en el Senado norteamericano, fuera hombre capaz de tomar el toro por los cuernos, o siquiera lo suficientemente ambicioso de gloria, así lo vería y actuaría en consecuencia.

La acción de Estados Unidos, por sí solos, pretendiendo quedarse con el dominio perpetuo de las islas inglesas, francesas y holandesas del Caribe, moverá a indignación en Inglaterra, Francia y Holanda, y el clamor contra el “voraz apetito” norteamericano, producido por los que ya no tienen apetito sino pesadas digestiones, va a oírse hasta el planeta Marte. Toda acción unilateral en tal sentido está llamada, si no al fracaso, sí a ardua lucha.

No ocurriría lo mismo si antes de decir una palabra Washington se pusiera al habla con los tres países continentales latinoamericanos que tienen la espina colonial europea clavada en sus costados; hablamos de Guatemala, Venezuela y el

* *Información*, La Habana, 2 de septiembre de 1944, p.14. Un error de diagramación puso este artículo de Bosch con el título “Don Ramón”, de Alejo Carpentier, que compartía la misma página de *Información* con el reconocido escritor dominicano y el de Carpentier con el de Bosch (N. del E.).

Brasil. Dar a guatemaltecos, venezolanos y brasileños la oportunidad de reclamar —con esperanzas de éxito puesto que se les ofrecería el respaldo norteamericano— que se solucionen los casos de Belice y las tres Guayanas, es dar la batalla con ochenta probabilidades, en cien, de tener una rápida victoria. Pues sucede que los brasileños, los venezolanos y los guatemaltecos sí pueden, con toda razón, clamar día y noche contra el imperialismo europeo en el territorio continental, y pueden alegar derechos naturales a la posesión de las Guayanas y Honduras Británica. La solución del problema de las islas tendría que empezar por el del problema de las colonias continentales.

Belice, por ejemplo, es propiedad guatemalteca desde todos los puntos de vista; y el día que Guatemala pida que se le dé lo que es suyo por derecho, México y todos los países de la América Central apoyarán la demanda de los “chapines”. Reforzada por las reclamaciones brasilo-venezolanas a las Guayanas, la de Guatemala se convertiría rápidamente en asunto de toda la América Latina; y ya tendríamos el clima necesario para que se provocara una reunión de potencias europeo-americanas interesadas en resolver todo lo referente a las colonias insulares y continentales que todavía quedan en nuestro hemisferio.

Las islas van, por sí solas, a una federación comercial. Ha pasado ya la época del límite nacional. Al final de esta guerra se expandirá, hasta un grado increíble, la fuerza industrial en todos los ramos de la producción. Unidas, las islas del Caribe son un respetable mercado productor y consumidor, con más de catorce millones de habitantes que pueden ser convertidos en masas de bastante buen nivel de vida. A la industria de la postguerra le interesará ese mercado en la medida en que pueda colocar en él sus objetos a precios asequibles, lo cual sólo será un hecho cuando el consumo en grandes cantidades compense los bajos beneficios tenidos por los bajos precios. Igual ley

será la de lo que produzcamos. La desaparición de las barreras legales y naturales —aduanas y fletes altos— será, pues, una necesidad; y para que esa necesidad sea atendida el mejor camino será el de la unificación de todas las islas, hasta donde la unificación no resulte perjudicial para los intereses ya establecidos. Para cubanos, haitianos y dominicanos —los tres únicos pueblos independientes en el archipiélago— resultaría, pues, beneficioso que las islas estuvieran en manos norteamericanas, regidas por una misma ley, siempre que nuestros vecinos no hicieran de ellas mercados productores cuya competencia arruinara nuestras industrias agrícolas y extractivas; siempre, en una palabra, que esas islas fueran consideradas como parte económica del archipiélago. Y, por tanto, no independientes de nosotros en resoluciones de tipo económico que puedan afectarnos. Pero esto no sería cosa nueva para los norteamericanos, ya que actualmente ellos han llegado a acuerdos con los ingleses, en lo que se refiere a las colonias antillanas. Lo que tendrían que hacer, cuando esas colonias pasaran a la bandera de Washington, sería dejar de entenderse con sus primos sajones y hacerlo con nosotros.

A la América Latina, pues, le interesa lo que pueda decidirse con respecto a las islas del Caribe y a las posesiones continentales, razón por la cual en lo que a tales puntos atañe, hay un gran trabajo unificador que realizar. Las circunstancias quieren que lo que se ha insinuado como deseo maloliente a expansionismo de ciertos sectores norteamericanos, pueda ser convertido en una acción hemisférica grata a todos y fructífera para unos y otros. Dedicarse a que tal acción marche cuanto antes sería una empresa que colocaría a quien la iniciara en un envidiable lugar de la historia americana.

Si Mr. Connally quisiera y fuera capaz de hacerlo, emprendería la ruta ahora mismo, empezando por interesar a guatemaltecos, venezolanos y brasileños y poniéndose al habla

con cubanos, haitianos y dominicanos. Al final de esa ruta, a Mr. Tom Connally, a pesar de su tufo a expansionista, le esperaba el reconocimiento unánime del Continente.

UNA POLÍTICA POST-BÉLICA*

Estamos asistiendo a las escenas finales de un drama gigantesco. De minuto en minuto, la sociedad parda que fundara Hitler va cayendo en una sima abismática. Los planes para la paz siguen a las hileras de tanques; el hosanna de la liberación resuena en los más apartados rincones de Europa.

¿Y de nosotros qué? Las grandes potencias van a organizar el mundo del futuro, protestemos o no de lo que acuerden. Si nos queda sentido de la justicia, no nos opondremos a que así sea. ¿Cómo discutir a Rusia su derecho a imponer condiciones, si tal derecho tiene por base veinte millones de sus hombres muertos o heridos, centenares de sus ciudades derruidas e incendiadas? ¿Cómo podríamos denostar a los Estados Unidos porque quieren sentarse en la pequeña mesa del gobierno mundial, si han comprado ese asiento con océanos de máquinas, con billones de dólares, con millares y millares de vidas de sus mejores hijos, con el trabajo de toda su nación? ¿Cómo disputarle a Inglaterra un lugar entre las potencias rectoras del globo, ella, que en gran parte evitó que la rectoría del mundo esté hoy en manos de Adolfo Hitler? ¿Y de China, qué podríamos decir? Pozo sin fondo de los ejércitos japoneses, al gigante del Asia debemos que el nipón no se hubiera adueñado en pocos meses de todo el Pacífico, Australia inclu-

* *Información*, La Habana, 5 de septiembre de 1944, p.14.

sive, de donde tenemos que admitir que cada soldado chino caído ha evitado la muerte de un infante o de un obrero norteamericano y, por tanto, ha facilitado la magna tarea rendida en Europa.

Sería ridículo o insensato que quisiéramos ser comensales en la mesa de la paz con igual categoría que aquellas naciones sobre cuyos hombros ha descansado el peso de la guerra. Pero sería fatal que no tratáramos de aprovechar la paz para mejorar la suerte de los países americanos del Sur.

Esto último sí podemos y debemos hacerlo, y acaso Cuba —que se ha ganado el respeto de sus vecinos en el Caribe sobre todo— sea la llamada a iniciar e incluso dirigir una etapa política latinoamericana totalmente nueva, provechosa para nuestros pueblos, mediante la cual, sin discutir a las naciones más poderosas su derecho, los resultados de la guerra no se pierdan para esta porción del mundo.

¿Cómo hacerlo? Simplemente, pues no es tan compleja la tarea de poner en función el sentimiento democrático de nuestros pueblos. El inicio de una nueva política interamericana podrá ser un tratado, promovido por Cuba y celebrado en La Habana, mediante el cual los países democráticos del Caribe se comprometerían a mantener vigentes por veinticinco años, cada cual en su territorio, todas y cada una de las libertades establecidas en la Carta del Atlántico. Pondrían sus firmas en dicho tratado, que debería ser plenamente ratificado por los Congresos respectivos, los delegados de aquellas naciones del Caribe a las cuales invitara Cuba, promotora del asunto y con autoridad suficiente para firmar convenios con quienes tenga a bien y no firmarlos con quienes no le merezcan confianza. Tales naciones podrían ser las que actualmente se consideran democráticas, a saber: Costa Rica, El Salvador, Guatemala y México. Nicaragua, Honduras, Haití y Santo Domingo tendrían que quedarse fuera.

Pero procurarían no quedarse. Porque la contraparte de ese tratado sería otro mediante el cual se acuerde que los países firmantes sólo mantendrán relaciones comerciales de compra con aquellos que, por disfrutar del régimen democrático en sus gobiernos, permiten a las organizaciones obreras y a los núcleos productores desenvolverse libremente, con derechos plenos para reclamar, y por tanto obtener, las mejores condiciones en precios de trabajo y de venta; en una palabra, con los países donde la libertad hace imposible el *dumping* logrado mediante la explotación o mediante el control de la producción por parte de algunos monopolios.

Acuerdos de esta naturaleza podrían ser fortalecidos por otros que establecieran determinados beneficios para los integrantes de tal especie de coalición democrática del Caribe; rebaja de aranceles en ciertos productos, facilidades para el intercambio de pasajeros, correspondencia y noticias, convenciones comerciales y otros instrumentos de unidad parecidos podrían figurar en los planes.

La interdependencia entre naciones será ley ineludible en el porvenir. Vayamos a ella, adelantándonos en el Caribe, y vaya Cuba a la cabeza de esa nueva era. Por no perder las ventajas que tal movimiento implicaría, ¿quién duda que los dictadores de Nicaragua, Honduras, Haití y Santo Domingo no pensarían dos veces antes de seguir procediendo como señores absolutos de sus pueblos? No figurar en la coalición es quedar señalados como lo que son, denunciados ante el mundo.

En cuanto a Washington, su respaldo a tal política sería una especie de compensación por las suspicacias que producirá entre nosotros la futura organización del mundo tal como los grandes planean.

Justa, por lo demás. Y que nos permite organizarnos a nosotros, en este pequeño universo del Caribe, a la sombra de la paz y de nuestra aprobación por lo que resuelvan los mayores.

GOBERNADOR ELECTIVO NO; SOBERANÍA NACIONAL*

El día mismo en que la prensa habanera da la noticia de que el presidente Roosevelt ha pedido a la Cámara de Representantes de su país una legislación concediendo a Puerto Rico la facultad de elegir su gobernador, ha recibido este columnista una carta del senador puertorriqueño Vicente Géigel Polanco, presidente del Congreso Pro Independencia de la isla borinqueña, en la cual, de entrada, con ruegos de que denuncie la maniobra, dice textualmente: “Se quiere dar la impresión pública de que nuestro pueblo se conforma con un proyecto de enmiendas al Acta Orgánica que esencialmente lo que provee es que el gobernador sea electivo. Portavoces de la Administración Federal hablan a diario en el sentido de que este proyecto nos satisface y de que con esto perdería el régimen su carácter colonial... Necesitamos que la prensa del continente tenga bien claro que el gobernador electivo no resuelve ningún problema fundamental; que lo que Puerto Rico quiere es la liquidación definitiva del sistema colonial y el establecimiento de su propia soberanía”.

Pocas horas antes de que el columnista diera principio a este comentario estuvo despidiendo a Gilberto Concepción de Gracia, delegado residente del Congreso Pro Independencia de Puerto Rico en Washington, que estuvo en La Habana de paso

* *Información*, La Habana, 7 de septiembre de 1944, p.14.

para su isla. En declaraciones a la prensa habanera Concepción de Gracia decía, más o menos, lo mismo que Géigel Polanco: los puertorriqueños no quieren un gobierno propio en el sentido a que alude Mr. Roosevelt, es decir, una autonomía que los tenga siempre a remolque, como cosa agregada a los Estados Unidos.

Actualmente, y en virtud del Hill Foraker —Carta Orgánica de la isla, según entendió el Congreso americano que debía ser— el gobernador de Puerto Rico es nombrado por el Presidente de la Metrópoli y ese gobernador tiene derecho a vetar la legislación de las cámaras puertorriqueñas. Hasta 1940 el gobernador era nombrado realmente, no por el ejecutivo norteamericano, sino por las empresas interesadas en Puerto Rico, que obtenían el cargo para alguno de sus recomendados. Esto significaba que cualquier ley favorable al pueblo de la isla era vetada por el gobernador si tal ley perjudicaba a las empresas norteamericanas radicadas allí. Cuando llegó al poder el Partido Popular, dirigido por Luis Muñoz Marín, éste obtuvo de Roosevelt, viejo amigo suyo, que designara gobernador a un hombre de izquierdas, Rexford Tugwell; y sólo así ha podido el Partido Popular legislar favoreciendo al Pueblo, poniendo en acción su ambicioso y fructífero plan agrario, el de impuestos directos al capital y el de mejores jornales y condiciones de vida para los trabajadores. Lo que el puertorriqueño pobre ha obtenido en los últimos cuatro años ha sido mucho y sin duda nada de eso estaría ahora en sus manos si el gobernador de la isla hubiera sido por ejemplo Blanton Winship, el hombre sobre quien cayó la sangre de la “massacre” de Ponce. Pero mientras Puerto Rico sea colonia las ventajas obtenidas por el Pueblo mediante la feliz conjunción del Partido Popular y Roosevelt, representado éste por Tugwell, corren grave peligro de caer estrepitosamente un día, hundiendo a Puerto Rico en un abismo social. El Congreso de la

Unión tiene autoridad para deshacer, con un solo acuerdo, cuanto se ha hecho; y algunos congresistas de Washington han tratado ya de actuar en tal sentido. ¿Quién garantiza que no logren sus fines de reacción cuando Roosevelt falte; quién que no lo haga si los retrógradas norteamericanos obtienen mayoría, como es probable, en las próximas elecciones?

Un gobernador electivo, es decir, un ejecutivo insular elegido por la isla no podrá evitarlo, ya que el Congreso de los Estados Unidos es una autoridad superior. Sin embargo, el gobernador electivo dará una apariencia de soberanía, de autodeterminación, que puede engañar a los incautos. Es más, los pueblos norte y latinoamericanos creerán que la medida reclamada por Roosevelt impediría tal acción de los legisladores estadounidenses, visto que el presidente Roosevelt habla de ella como de la “concesión del gobierno propio a Puerto Rico”.

La dramática lucha de los puertorriqueños por sobrevivir es desconocida de sus hermanos continentales. Con su territorio perfectamente delimitado, con su población heterogénea en raza, cultura, historia y tradición, lengua y costumbres, Puerto Rico es lo que en Derecho Público se llama propiamente una nación, sin que le falte un solo atributo para ser tal. Sin embargo, Puerto Rico no sólo no es un Estado, como de Derecho debe serlo toda nación, sino que ni siquiera sabe lo que es. “Puerto Rico belongs to, but it is not a part of The Unites States of America” [*Puerto Rico pertenece a, pero no es parte de los Estados Unidos*], dice una sentencia de la Suprema Corte norteamericana. Se trata pues de una “cosa”, una posesión.

Eso es en la conciencia de los mejores yanquis, incluso en la de Mr. Roosevelt, que pretende ahora conformar el destino de los puertorriqueños sin consultarlos. “Recomiendo vigorosamente la aprobación de esta legislación”, dice el gran

líder demócrata refiriéndose a su deseo de que Puerto Rico pueda elegir su gobernador.

¿Pero ha preguntado antes a los borinqueños qué desean? Porque nuestros hermanos no piden gobernador electivo, es decir, entretenimientos de más o menos alta categoría. Lo que quieren ellos, lo que demandan, es soberanía nacional, plena autoridad para salir a construir por sí mismos sus destinos.

APELACIÓN A LOS CUBANOS*

Cuba tiene una deuda con Martí, y es la de completar la tarea que éste dejó trunca cuando cayó en Dos Ríos. Martí organizó el Partido Revolucionario Cubano para libertar no sólo a su patria nativa, sino también a Puerto Rico. Los puertorriqueños que luchaban por las cuatro esquinas del mundo en procura de su independencia nacional pospusieron esa tarea y dieron a Cuba el esfuerzo que esperaban dedicar a su isla. Para ellos lo primero era Cuba, porque aquí estaba el eslabón más débil de la cadena imperialista española; o mejor, aquí estaba la fuerza mayor entre las llamadas a quebrar esa cadena. Pero todos vivieron y murieron en la confianza de que una vez liberados, los cubanos ayudarían a conquistar la libertad de Puerto Rico.

No pudo suceder eso debido a que los acontecimientos se precipitaron y Puerto Rico dejó de ser colonia española. Una Cuba débil, naciente y enfrentada a los problemas que la intervención norteamericana procuró, no podía reclamar de los Estados Unidos que retiraran sus fuerzas de la pequeña hermana caribe. La oportunidad de liberar a los puertorriqueños se perdió cuando una bala española tendió en los campos de Las Villas al general Serafín Sánchez. Enrique Loynaz del Castillo, seleccionado para mandar el cuerpo del ejército cubano

* *Información*, La Habana, 9 de septiembre de 1944, p.14.

que debía invadir las playas puertorriqueñas por los alrededores de Ponce, tuvo que utilizar esas tropas en tierra de Cuba, pues al morir Serafín Sánchez, única persona autorizada verbalmente por el Generalísimo para hacer las transacciones que debían permitir alijar a los hombres de Loynaz del Castillo, éste se vio incapacitado para armar debidamente la expedición. La historia les jugó una mala pasada a Loynaz del Castillo, al viejo Gómez y a Puerto Rico, y dejó al descubierto el pagaré moral que firmara el Apóstol.

Pero la hora de pagar toda deuda llega siempre, y la de cubrir la de Cuba con Martí es ésta. Han pasado ya los días de la acción guerrera, lo cual facilita la tarea. Cuba puede ayudar a la liberación puertorriqueña por medio de la presión de su voz puesta al servicio del derecho que tienen los borinqueños a elegir por sí mismos su forma de vida nacional. Eso pide a Cuba, por medio de este columnista, el Congreso Pro Independencia de Puerto Rico, y su patética llamada debe ser respondida.

Sin consultar la voluntad de los puertorriqueños, el presidente Roosevelt ha solicitado al Congreso norteamericano que legisle a fin de que los borinqueños puedan elegir su gobernador. Pero no es eso lo que nuestros hermanos quieren. Sobre Puerto Rico no puede decidirse nada sin contar con ellos, y Cuba debe concurrir a evitar que se resuelva algo acerca de la vida nacional de la pequeña Antilla sin intervención de su pueblo. Los puertorriqueños son seres humanos, no cosas; personas que deben tener la propiedad de su conciencia, no objetos que pueden ser manejados sin tomar en cuenta su voluntad.

Lo que Mr. Roosevelt debe pedir al Congreso de su país es una ley convocando a Asamblea Constituyente en Puerto Rico. Si en tal Asamblea los puertorriqueños acuerdan seguir siendo una posesión norteamericana, allá ellos; si lo han querido, con su pan se lo coman. Si resuelven ser un Estado de la Unión,

que soliciten su ingreso como tal Estado al Congreso Federal y éste dirá si acepta o no. Si resuelven ser una república independiente, que sea república, con todos los atributos de nación soberana en hecho y derecho. Cualquiera de las tres cosas puede suceder. Pero sucederá por deseo expreso de los puertorriqueños, y a todos nosotros no nos quedará más remedio que reconocer el estatus definitivo que ellos mismos se den.

La única medida justa que debe ser tomada por los norteamericanos en relación con Puerto Rico es ésta. Sólo así la Política del Buen Vecino se librá de una acusación que evidentemente la perjudica; sólo así la conciencia latinoamericana quedará impedida de seguir alimentando un rescoldo de dolor por la suerte de un pueblo que es suyo por historia, por cultura, por tradición, por raza, por fraternidad entrañable.

Puerto Rico apela al corazón generoso de los cubanos; les pide que demanden de ese líder indiscutible de la democracia continental que es Mr. Roosevelt, una acción justa, la convocatoria a Asamblea Constituyente en la Isla del Cordero. Estamos seguros de que Cuba responderá tal apelación. La sombra de Eugenio María de Hostos y de Betances, que tanto lucharon por la libertad cubana, se lo agradecerán desde sus tumbas de luz. Y desde su bello terrón caribe, se lo agradecerán los puertorriqueños de mañana.

LA DEMOCRACIA MEXICANA*

Hace poco se dio un incidente entre los diputados mexicanos —equivalentes a representantes a la Cámara en Cuba— con motivo del cual fue expulsado del cuerpo y del Partido de la Revolución el Lic. Vicente Ahumada. De tal incidente tuvieron los lectores cubanos la versión menos veraz y la de más fácil difusión. Se dijo que Ahumada había sido expulsado debido a que en un discurso que pronunció ante el presidente Ávila Camacho imploró el favor de Dios.

La verdad es otra. Aunque democracia de hecho y en guerra con el totalitarismo mundial, México no tiene sino un partido político, el Partido de la Revolución Mexicana. Ahumada arguyó en su discurso que mientras primara un solo instituto de opinión pública, México no sería una democracia y, por tanto, iría de mal en peor. Debido a eso sus compañeros de la Cámara y del partido cayeron sobre él, no debido a la invocación religiosa. La revolución mexicana se opone a la intervención clerical en la política; pero no es atea, y acusarla de tal es una peligrosa maniobra puesta en práctica por las fuerzas reaccionarias que pretenden implantar en México aquella especie de régimen democrático que les permita seguir explotando a la masa popular.

* *Información*, La Habana, 12 de septiembre de 1944, p.14.

En México hay libertad de palabra, amplia, escrita o hablada; hay libertad económica y de organización; hay libertad religiosa; hay dedicación oficial a la curación de los males sociales, el de la miseria, el de la enfermedad, el del analfabetismo, el del alcoholismo. Si eso no es democracia, ¿qué es entonces? No hay más que un partido, es cierto; pero los que se oponen a él pueden nominar candidato y votarlo, como hicieron con el general Almazán cuatro años atrás. Los obreros tienen sus sindicatos libres, los estudiantes sus asociaciones, los indios de los éjidos las suyas, los indigentes de las llamadas “colonias” —barrios pobres de la Capital—, sus grupos. Cada uno de esos núcleos defiende libremente sus intereses, sean o no sus miembros afiliados al Partido de la Revolución.

Pero los mexicanos sobre cuyos hombros pesa la responsabilidad de conducir el país hasta su más completo desarrollo en todos los aspectos no pueden consentir que los enemigos del Pueblo se organicen en un partido. Esto parecerá una arbitrariedad que linda con el nazifascismo; más es sólo una exigencia del fenómeno histórico mexicano, del hecho social mexicano, a la que no es posible desatender. Si los seculares explotadores de México tuvieran libertad para actuar, no podría haber régimen democrático en el país. Paradójico, ¿verdad? Paradójico pero cierto: he aquí por qué:

Cuando esas clases tuvieron facilidad de acción, dieron en tierra con la República, hecha a precio de mucha sangre en la guerra de independencia, y encumbraron sobre sus ruinas al imperio de Iturbide. Cuando más tarde volvieron a verse libres para operar, ahogaron la revolución liberal de don Benito Juárez —la de la Reforma— con la dictadura de Porfirio Díaz, tras haber tratado de matarla con la invasión francesa.

¿Por qué fue posible tan repetidas veces, la victoria de la reacción? Pues porque ni la de independencia, ni la de la Reforma fueron revoluciones que mejoraron la suerte del Pueblo en su sentido real, es decir, aumentando sus bienes, su cultura, su salud. Cuando estalló la Gran Revolución —la de 1910—, las mayores masas populares estaban sometidas a igual situación que como se hallaban cuando un siglo antes se inició la guerra independentista. Y con indios analfabetos, enfermos, esclavizados por los terratenientes rurales y la iglesia, no podía mantenerse un régimen democrático, porque para sostenerse la democracia requiere un mínimo de cultura, de salud, y de bienestar económico en los pueblos que han de sustentarla.

El Partido de la Revolución Mexicana ha procedido, sin anunciarlo con palabras, sabiamente al considerar que no podrá haber libertad de organización política para los explotadores del Pueblo mientras éste no tenga los medios de evitar que tal libertad sea utilizada en detrimento suyo. Esa hora no ha sonado en México todavía. Dígalo si no el “sinarquismo”, una mala copia enfurecida del falangismo, que proclama como ideal supremo de los mexicanos el retorno a los días coloniales, es decir, a la explotación salvaje de las grandes mayorías por minorías despiadadas cuyo sostén principal fue siempre el clero.

La grandeza de la Revolución Mexicana ha estado precisamente en advertir que la democracia no puede ser en México un régimen de plenas libertades formales, pero de escasas posibilidades de superación para las masas. En advertirlo y en ejecutar a cabalidad esa enseñanza de su historia, sin dejar por ello de ofrecer al Pueblo todas las ventajas que una democracia funcional y revolucionaria puede dar.

Vicente Ahumada no está sufriendo la sentencia de que fue objeto por parte de sus compañeros. Se la levantaron en la Cámara y en el Partido. Tal vez porque Vicente Ahumada

comprendió a tiempo que democracia no significa libertad para el desmán del reaccionario, sino libertad para la construcción del porvenir mexicano. Y ese provenir está en el Pueblo, en el trabajador, en el indio que siembra maíz y come tortillas; no en los palacios de los barrios residenciales que usufructúan las vecindades de Chapultepec.

UN PARTIDO EJEMPLAR*

A fines de 1938 un grupo pequeñísimo de intelectuales puertorriqueños encabezado por Luis Muñoz Marín y Vicente Géigel Polanco, inició la tarea de fundar en la pequeña y sobrepoblada isla un nuevo partido político. Los antiguos habían fracasado o desaparecido; el único de ellos que tuvo un aliento poderoso, el Nacionalista, se desintegraba rápidamente desde la prisión de su jefe, Pedro Albizu Campos.

El panorama político de Puerto Rico estaba entonces ocupado por los socialistas, que llegaron a ser numerosos; los liberales, de los que ya, muerto su último líder de arraigo —don Antonio Barceló—, iban quedando pocos, y los republicanos, anexionistas de toda la vida. Cada uno a su turno, socialistas, liberales y republicanos se habían corrompido en el poder. A fines de 1938 estaban envueltos, más o menos asociados en la tarea de seguir explotando al Pueblo a la sombra de los grandes intereses foráneos. Engañado por todas las banderas, el Pueblo iba volviéndose escéptico, y esto se advertía sobremanera en una descomposición social alarmante, que se manifestaba en las páginas policíacas de la prensa con noticias de crímenes de toda laya, contra la propiedad y contra la vida.

Fue en ese ambiente donde empezaron Muñoz Marín y sus amigos a echar las bases del Partido Popular, llamado a

* *Información*, La Habana, 14 de septiembre de 1944, p.14.

efectuar en cuatro años, sin haber logrado el poder completamente, una verdadera revolución, una tan profunda reversión de la realidad puertorriqueña, que merece ser estudiada por los que alimentan todavía —por suerte— la fe en los destinos de esta humanidad latinoamericana tan ligeramente calumniada.

Este columnista se encontraba entonces en Puerto Rico y recuerda la sonrisa con que algunos incrédulos comentaban las noticias que llegaban del interior: Muñoz Marín había sido recibido a tomatazos por los jíbaros de tal lugar... En tal sitio alguien había visto a Muñoz Marín hablando con seis o siete campesinos, a quienes había reunido a la sombra de un flamboyán y a quienes pretendía catequizar. “¿Habrás visto? Dizque formar un partido sin dinero y hablándoles a grupitos”, ironizaban los sabihondos de la capital.

A principios de 1939 Muñoz Marín editó un periodiquito semanal llamado *El Batey*, que hacía circular entre la gente del agro. Ya a fines de ese año el Partido Popular era una amenaza para los políticos tradicionalistas. Su lema, simple y profundo, estaba uniendo a los campesinos y a los obreros de la isla; constaba de sólo tres palabras —“Pan, tierra, libertad”— y sintetizaba en ellas el anhelo de las masas sometidas. Uno tras otro, los oradores del partido iban desentrañando el significado de cada palabra: querían pan para los obreros, tierras para el campesino, libertad para todos. Su orden obedecía a una nueva concepción del fenómeno puertorriqueño: los “populares” deseaban hacer, con los dos millones de habitantes de la isla, un pueblo con pan y con tierras, con salud y cultura, por tanto, para después hacerlo libre. La libertad sin aquellas cosas, explicaban los líderes, era un semillero de males gravísimos. “Dame tu voto para poder conseguir trabajo, tierra, salud, cultura para ti”, decía Muñoz Marín.

Y el Pueblo dio su voto. Las primeras elecciones en que participó el Partido Popular fueron las de noviembre de 1940,

es decir, cuando todavía la nueva organización no había cumplido dos años de fundada. Sus directores no tenían dinero; carecían de medios para mover al electorado. El día de las elecciones los partidos coaligados, aliados a las grandes empresas y dueños del poder —el Legislativo, único que en realidad hay allí para los nativos, aunque a través de él se domina la burocracia— ofrecían 50 dólares a cada chofer de automóvil público. Pero los choferes llevaron sus máquinas a las oficinas del Partido Popular, de gratis y poniendo además gasolina y aceite. El partido les había ofrecido una ley considerando el automóvil de alquiler como instrumento de trabajo, inembargable, por tanto, y los hombres del timón tuvieron fe en los “populares”. Tradicionalmente el campesino boricua vendía su voto. Ese día lo vendió a la Coalición, votó por los “populares” y después se fue a entregar el dinero a los hombres de la nueva organización “pá pagar los gastos de la elección”, según dijeron muchos. El propietario de un poderoso ingenio y de una gran licorería, Juan Serallés, senador por añadidura, llevó frente a sí, como candidato a senador, a un chofer; Juan Serallés perdió el asiento en el Senado.

En dos años, el Partido Popular sacó a Puerto Rico de la sima de la incredulidad, removió su más recóndita esperanza y la sacó al Sol. Cuando Luis Muñoz Marín habló ese día por radio, los jíbaros y los peones de la isla lloraban de emoción. Ignoraban sin embargo que el día anterior ocho o diez de los líderes del partido, incluyendo a Muñoz Marín, habían tenido que rascarse el fondo de los bolsillos para reunir entre todos seis o siete pesos, necesarios a fin de pasar un telegrama circular relacionado con la elección. Es decir, ignoraban que aquel milagro había sido hecho con el corazón, utilizando únicamente un medio, eso sí, un medio capaz de mudar las montañas y hacer andar los bosques: la fe del Pueblo, la confianza del hombre desconocido.

RETRATO DE UN VIEJO MAESTRO*

La República Dominicana cumplió cien años de vida el 27 del último febrero; Federico Henríquez y Carvajal, a quien el Pueblo de aquel país llama simplemente el Maestro don Fed, llega hoy, 16 de septiembre de 1944, a los noventiseis. Puede afirmarse que el viejo mentor nació con la república; y no estaba ésta segura de pervivir todavía —puesto que se combatiría durante seis años más— cuando nacía el que iba a ser, con el andar del tiempo, un ejemplo de energía y de amor a su patria.

A millares se cuentan los días que han transcurrido desde que el columnista vio por última vez a don Federico; no había él llegado a la nonageneidad, pero andaba cerca. Tenía gris el pelo, y empezaba a escasearle, le caían los carrillos, cada uno en un bulto solo, sobre la erguida nariz; le bajaban ligeramente las comisuras de los labios, y al pie de la soberana frente le fulgían los ojillos, medio cubiertos por los párpados superiores, también descendentes, y por dos selvas de cejas blancas, gruesas e hirsutas. Recordaba, con extraña fidelidad, la cabeza de Varona esculpida por Ramos Blanco. Su color tostado se había tornado pálido, más bien cetrino, y ya caminaba con alguna dificultad, fuera por el cansancio natural de los años o porque —de lo cual se quejaba a menudo— el corazón le iba fallando. Lo que no había envejecido era su

* *Información*, La Habana, 16 de septiembre de 1944, p.14.

torrencial energía y, por lo mismo, aquellas cosas que la expresaban: la voz, el cortante ademán. La voz de don Fed era entonces —acaso lo sea todavía— una potente, altamente timbrada y expresiva voz de mando y campaña; el tajo de sus manos al aire, cuando hablaba, negaba el cúmulo de años que tenía.

De cuerpo don Federico era entonces —y debe seguirlo siendo, aunque la estampa cambia mucho cuando se traspasa cierto umbral— un hombre bajo; si, bajo, sin el consabido “más bien”. Sin embargo, no lo parecía, tal vez porque andaba siempre erguido aunque las piernas le fallaran o porque era ancho, de hombros fuertes, de cuello grueso. A la impresión de que la estatura no era tan corta daba lugar la mezcla de humildad y de ternura con que todos se le acercaban. Usaba bastón y sombrero de paño o de jipijapa; casi siempre vestía dril pardo.

Desde sus años juveniles don Fed empezó a escribir, y escribió de todo: versos, ensayos, historia, textos, polémicas; fue orador vario y brillante; fue organizador y presidió cuanta institución cultural tuvo el país; periodista, y dirigió periódicos de todos tipos, eso sí, progresistas, patrios, generosos, liberales. Conoció las cárceles, el destierro, la lucha en sus diversos aspectos, y ni un día dejó de servir. Tenía más de 92 años y redactaba íntegro el boletín de la Academia de Historia, todavía hoy presidida por él. Desempeñó varios ministerios, tuvo la representación del Pueblo a menudo, en la Cámara, en el Senado, en el Ayuntamiento de la Capital o en asambleas constituyentes.

Por todas partes pasó creando, forjando, construyendo, sin que la maledicencia osara jamás acercarse a su sombra. Abrazó a Martí, que le llamó “hermano”, y recibió el testamento político del Apóstol cubano; abrazó a Máximo Gómez, que tuvo por él siempre gran respeto; abrazó a Betances; dijo la oración fúnebre sobre la tumba de Eugenio María de Hostos.

Este último fue la luz y el camino de su vida. Junto a Hostos don Federico se hizo maestro, y la portentosa obra del puertorriqueño en Santo Domingo no se concibe sin la ayuda de don Fed, primero; sin la de Salomé Ureña de Henríquez, después. Uno y otro son los brazos —don Federico el derecho— de Hostos; los tres enseñaron a pensar a todo un pueblo. Salomé Ureña, la fina poeta-maestra, murió temprano; Hostos cayó en 1903. Si don Fed no queda heredero universal del pensamiento y de la obra de aquel y, por tanto, de ésta, es muy probable que entre el estruendo del desorden hubiera naufragado el Normalismo como organización y como idea (el Normalismo fue una tarea de esas que sólo llevan a cabo los constructores de pueblos; con ella Hostos y don Federico hicieron de jóvenes casi analfabetos maestros llamados a difundir la cultura en un país pobre, despoblado y perdido en media isla abrupta; Salomé Ureña hizo maestras).

Con el trabajo de mantener organizada la Escuela Nacional don Federico heredó a la muerte de Hostos, un legado más serio; el del espíritu normalista, que no se circunscribía al cuerpo técnico de la escuela, sino a la conciencia civilizadora. El Normalismo era eso; una fuerza de civilización encargada de renovar el país y de forjar caracteres capaces de encarar la adversidad patria con serenidad, inteligencia y fe. Don Federico mereció el legado; casi tenía noventa años y todavía enseñaba.

Hoy cumple noventiseis. El espectáculo nacional dominicano es demasiado árido para el deseo del viejo maestro. Pero bajo el suelo quemado por el despotismo están creciendo los bulbos de las flores con que la nueva generación habrá de rendir homenaje a quien le ha dado tan largo ejemplo de valor, de energía, de abnegación y honestidad. Bronce de buena ley, el viejo maestro es por sí solo una estatua y a la vez una

enseñanza viva. “Grande Amigo de Cuba”, por acuerdo del Congreso cubano, don Federico Henríquez y Carvajal es un Grande de América por el temple de su espíritu y la categoría de sus obras. De él puede afirmarse que ni aún el tiempo, fatigador de todo, ha podido domar su energía para el bien.

OTRA VEZ ARNULFO ARIAS*

Desde hace días los cables traen y llevan rumores sobre Arnulfo Arias, el médico político panameño, presidente de su país durante poco más de un año, a quien echó del poder un golpe de Estado relampagueante, efectuado mientras el Ejecutivo de la república ístmica se hallaba en La Habana, hacia septiembre de 1941.

Después de su derrocamiento, Arnulfo Arias estuvo en Venezuela y en Chile. Últimamente estaba residiendo en la Argentina. Hará cosa de una semana el ex presidente declaró, en Buenos Aires, que gracias a ciertos acontecimientos que no tardarían en producirse, él volvería a Panamá; días después el gobierno panameño dijo que había concedido permiso a Arias para que éste retornara al país, pero a condición de no actuar en política. La última noticia en relación con Arnulfo Arias es que varias personas, militares entre ellas, han sido detenidas en Panamá, acusadas de estar tramando un complot para dar el poder, otra vez, al médico de más dramática historia que ha producido el pequeño país del gran canal.

¿Qué hay en el fondo de estas tan contradictorias noticias? ¿Por qué se le permitía al Dr. Arias el regreso a su patria y por qué aparecen ahora partidarios suyos conspirando para hacerlo de nuevo presidente?

* *Información*, La Habana, 17 de septiembre de 1944, p.14.

Lo primero a saber, a fin de comprender más o menos bien este intríngulis, es lo siguiente: acusado de filonazista, derrocado, en el exilio, el hombre de mayor popularidad que tiene Panamá es Arnulfo Arias; podríamos asegurar incluso que es el único dueño de la voluntad mayoritaria panameña. Todavía más: sin ser presidente, Arias era el hombre fuerte de Panamá desde hacía algunos años; una vez presidente, su política frenéticamente nacionalista y —cosa admitida por sus peores enemigos— favorable a trabajadores y campesinos, así como al desenvolvimiento de la cultura nacional, reafirmó su popularidad y acabó haciéndolo una especie de ídolo de las masas panameñas. Si esas masas no reaccionaron en su favor cuando fue depuesto se debió, primero, a que no estaban organizadas; segundo, a que en Panamá abunda poco el espíritu de lucha, y tercero, a que el comercio y las industrias del país, en manos extranjeras todos, se movilizaron ipso-facto en favor del nuevo régimen. La acusación de pronazi que se le lanzó a Arnulfo Arias no hizo mella en su prestigio político. Mucha más mella le había hecho su actuación en los últimos tiempos de gobernante, durante los cuales Arnulfo Arias se convirtió evidentemente en dictador; un dictador que no mataba —acaso porque nadie se revelaba—, pero que no se andaba con chiquitas.

Sin duda, Arnulfo Arias era un simpatizador de Hitler, y sin duda lo ayudaba, consciente o no de lo que hacía. Su intransigencia nacionalista, operando sobre una cultura política bastante pobre, le llevó a esos extremos. Pero el pueblo de Panamá lo respaldaba en muchas de esas actuaciones que redundaban en beneficio de Hitler; por ejemplo, en su actitud frente al problema de los barcos que navegaban con bandera panameña.

Si tiene bandera panameña, un buque cualquiera goza de fructuosos descuentos en los derechos que se pagan por el cruce del canal; de ahí que la marina bajo el pabellón de

Panamá sea una de las mayores del mundo. En la carrera del Atlántico, llevando armas norteamericanas a Inglaterra y Rusia, había centenares y centenares de barcos abanderados en Panamá. En el año 41 los submarinos estaban a sus anchas, echando buques a pique. Los supuestos buques panameños navegaban sin artillería antisubmarina, razón por la cual eran las víctimas preferidas de las “manadas de lobos” que recorrían la zona septentrional del Atlántico. Con tan abundantes hundimientos se perdían fabulosas cantidades de armas y equipos y, además, se perdían los barcos, la mayoría de los cuales eran propiedad de empresas norteamericanas. En vista de eso, Washington empezó a armar los buques, pero el gobierno panameño dijo que ningún barco abanderado en Panamá y, por tanto, legalmente panameño, podía armarse sin su consentimiento y sin que toda la vida del barco se sometiera a ser regida por las leyes marítimas del país y por los estatutos sociales que amparan a trabajadores tripulantes; en consecuencia, esos buques tenían que someterse a las leyes impositivas de Panamá, a las sanitarias... en fin, que debían ser panameños de hecho, no de ficción. Se trataba de una actitud ultra nacionalista, a todas luces favorable a Hitler, aunque la intención no fuera ayudar al señor de Alemania. Y cegado por la demagogia nacionalista de su presidente, el pueblo panameño aplaudió a su líder. Gran error. Gran error para Panamá, para Arnulfo Arias, para cualquier país débil, los americanos sobre todo. Pues si las grandes naciones hubieran sido abatidas por Hitler, Panamá y sus hermanas pequeñas de América hubieran pasado a ser satrapías del furibundo jefe nazi. Y si Panamá debía concurrir a evitar eso, lo menos que podía dar en ayuda de los que luchaban contra Hitler era lo que nada le costaba: dejar armar los buques que navegaban bajo su bandera. Las armas y sus servidores iban a ser proporcionados por otros países.

Bien; cayó Arnulfo Arias, más que nada debido a su posición en el problema de los buques. Pero siguió siendo el hombre del Pueblo, de un pueblo al que el secuestro de sus riquezas por extranjeros ha lanzado en brazos de los demagogos. Consciente de la fuerza de Arias en las masas, el Gobierno resolvió dejarlo vivir en el país, acaso calculando que era menos peligroso allí donde pudiera estar a mano. Pero al solo anuncio de que vuelve, sus partidarios empiezan a conspirar para llevarlo otra vez al poder.

Y ustedes verán cómo al final de la guerra Arnulfo Arias, si no presidente, será de nuevo el hombre fuerte de Panamá. A pesar de la Zona del Canal, donde ondea la bandera de las barras y las estrellas.

LA UNIÓN DE CENTROAMÉRICA*

Desde el día 15 de este mes entró en su 124º aniversario de vida independiente esa hermosa, rica y hechicera porción del Hemisferio que se llama América Central. Antes del 15 de septiembre de 1821, lo que ahora son cinco repúblicas separadas era el territorio gobernado por la Capitanía General de Guatemala, predio de don Pedro de Alvarado, aquel duro y escaso y solo conquistador que salvó la vida pegando un salto asombroso en el trecho roto de puente que todavía se conoce, en México, con el nombre de “salto de Alvarado”. Don Pedro, escapado de milagro a la matanza de la “Noche Triste” —cuando el azteca enfurecido limpió de españoles las calles y las casas de la hermosa Tenochtitlán—, murió después en Guatemala, a causa de una flecha disparada por un nieto de los mayas. Al caer del caballo que montaba, el sombrío capitán dejó hecho un todo, jurídicamente tosco todavía, el cuerpo de la Capitanía General que él gobernara; y hecho un todo perduraría hasta poco después de la independencia.

Pero no bien libre, y gracias a las ambiciones de unos cuantos señores y al arraigo del criterio feudalista en las posesiones españolas, lo que se hizo independiente con el nombre de República Mayor de Centroamérica, quedó roto en

* *Información*, La Habana, 19 de septiembre de 1944, p.14.

cinco países distintos: Costa Rica, El Salvador, Nicaragua, Honduras y Guatemala. La división perdura todavía, a pesar de Morazán y de su obra unificadora.

Francisco Morazán, hijo de corso, había nacido en Tegucigalpa —Teguzalpa, es decir, Cerro de Plata, llamaban a la región los indígenas—, llamada a ser capital de Honduras; y era estudiante en la Escuela de Sargentos de la ciudad cuando ocurrió la división. “Han roto la República Mayor; yo voy a unirla”, dijo el mozo. Y la unió. Tenía 21 años al iniciar su increíble carrera militar y política encaminada a la unificación del istmo. Fue un caso admirable de genio de las armas y las leyes. Los antiguos generales quedaban deshechos cuando se medían con Francisco Morazán; los viejos políticos no pudieron enfrentarse a su concepción liberal del fenómeno centroamericano. Él separó la Iglesia del Estado, estableció el divorcio, fundó la escuela, organizó la vida civil de la otra vez gran nación. En 1836, sin embargo, tuvo que abandonar el poder; y la República Mayor volvió a quedar rota. Todavía lo está.

Pero los centroamericanos sueñan con restaurar la obra de Morazán. Agobiados por las dictaduras que había en cuatro de sus países, los líderes centroamericanos fundaron en México la “Unión Democrática Centroamericana”, dirigida por un costarricense de dramática y limpia historia, Vicente Sáenz. Era tesis de “Unión Democrática Centroamericana” —dada a conocer en su órgano *Centroamérica Libre*— que había que ir a la unión, pero por la vía democrática; y esto no se haría sin antes democratizar a Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua. En gran parte debido a su trabajo, ya hay democracia en El Salvador y Guatemala; pronto la habrá en Nicaragua y Honduras. El camino va quedando limpio, pues, por el trabajo morazánico de los que han heredado el deber y la idea del Unificador.

Tan pronto el libre juego de las ideas y de las instituciones quedó asegurado en El Salvador, un grupo heterogéneo de intelectuales, profesionales, obreros, agricultores, hombres y mujeres, fundó en Santa Ana el Partido de la Unión Centroamericana, llamado a ser el instrumento de acción de ese grandioso proyecto; y es seguro que cuando en todo Centroamérica haya libertad de organización, las células de ese partido se multiplicarán como las de un cuerpo vivo. Esto será así porque no hay un centroamericano, por extraño que parezca, que se atreva a proclamarse contra la unión de los cinco países. La voluntad, pues, existe; sólo falta ponerla en movimiento. Han empezado a hacerlo en la masa del Pueblo —ya que los líderes habían iniciado la labor en México—, hombres medios de El Salvador; y es bueno que así haya ocurrido, porque los salvadoreños fueron siempre obstinados unionistas, hasta el extremo de que fueron soldados de El Salvador los que llevaron en triunfo, hasta la frontera México-guatemalteca, la bandera de Morazán.

La unión de Centroamérica les hace falta a los americanos; será beneficiosa para los antillanos; abrirá el camino para tantas esperanzas de unidad continental como alientan por ahí, en millones de compatriotas continentales. El día que se haga será para muchos de nosotros como el de un nuevo nacimiento de la América grande que soñaron nuestros padres y que estamos soñando los americanos de hoy.

EL HORIZONTE SOMBRÍO*

Puede ser que el nazifascismo pierda la guerra en Europa y que la gane en América, o viceversa: que la democracia gane la guerra en el Viejo Continente y la pierda en el Nuevo. Eso es más o menos lo que ha querido decir el senador Labarca, árbitro chileno de la disputa territorial panameño-costarricense, en el discurso que pronunciara hace tres días y que difundió una agencia cablegráfica; eso es lo que muchas cabezas preocupadas por el porvenir latinoamericano andan pensando desde hace algún tiempo.

Nosotros no somos pesimistas porque a la vuelta de los años, por negro que parezca el presente, el porvenir es siempre mejor. Pensamos al revés de los que acuden a “todo tiempo pasado” como ejemplo de días más felices. La gradual superación de la humanidad es ley del tiempo. Pero también es ley que de tanto en tanto haya regresiones, como la que ha estado sufriendo Europa en la última década. Y América puede estar abocada a una de esas regresiones; llamada a ser corta, eso sí, mas ¿quién dice que sea jamás corto el tiempo en que se sufre?

Si la guerra termina en Europa sin que los cómplices conscientes o inconscientes del nazifascismo —es decir, los explotadores del hombre por la vía política— hayan sido echados

* *Información*, La Habana, 23 de septiembre de 1944, p.14.

de sus posiciones privilegiadas en nuestro Hemisferio, es posible que la doctrina derrotada en el Viejo Mundo corra a refugiarse a la sombra de los regímenes dictatoriales que están usufructuando el poder por estos lados. Y esos regímenes no son pocos.

Echando una mirada rápida sobre el panorama americano veremos, para empezar, que la situación resulta amenazante en la Argentina, donde los métodos hitleristas están siendo puestos en práctica con tal habilidad, que sectores importantes de la sociedad de aquel país parecen encantados con la marcha de los sucesos, con el coronel Juan D. Perón y con su peligrosa demagogia obrerista. Una carta recibida aquí por el Dr. Reynaldo Ramírez Rosell, escrita por un antiguo radical, que fue enemigo declarado del presidente general Ramírez, llega incluso a decir, aunque veladamente, que los radicales están apoyando a Perón, “en quien hay que reconocer que es el alma de esta brillante jornada de la argentinidad”, según afirma el corresponsal. Más acá de la Argentina está el Brasil. No hay que olvidar que todavía el Brasil está gobernado bajo la constitución fascistoide del “Estado Nuovo”, según la cual es Getulio Vargas quien elegirá a su sucesor en la presidencia del país; que acaba de producirse allí una barrida general de elementos oficiales reconocidos como demócratas. Entre el Brasil y la Argentina, el democrático Uruguay tiene que estar con la boca cerrada; Paraguay es feudo de Morinigo, un feudo remoto, perdido, desde el cual ni siquiera llegan los ayes de los sometidos al látigo dictatorial, y Bolivia, a pesar de cuanto haya declarado Mr. Avra Warren, es un nido de pronazis. (Informaciones dignas de fe aseguran que el gobierno de Villarroel fue reconocido entre los “democráticos” a cambio de las siguientes concesiones: no permitir que el Banco Nacional Argentino (o Banco de la Nación) haga negocios en Bolivia, suspender los trabajos de tendido del ferrocarril

Salta-La Paz, establecer la obligatoriedad del trasbordo de las mercancías llegadas en los ferrocarriles argentinos, en la frontera boliviana, a ferrocarriles no argentinos que operan dentro de Bolivia, no tocar el presente status-quo de las minas... y algunas otras concesiones de parecida naturaleza).

Pero si el panorama es triste en el extremo Sur, no lo es menos por estos lares. Pasando a la banda del Pacífico tenemos un Perú entregado a las peores fuerzas. El gobierno de Prado ha sido una farsa dolorosa para el pueblo. Cada día transcurrido las fuerzas de la regresión han tomado mejores posiciones allí, y no se advierte ahora salida para la situación. Honduras, en la América Central, y Nicaragua, del lado Atlántico, son dos enormes presidios, manejados por delincuentes y destinados al encierro de toda persona decente. En Tegucigalpa y en Managua hubo manifestaciones tormentosas del Pueblo; el Palacio presidencial hondureño fue apedreado por los manifestantes. Pero según denuncia *Centroamérica Libre*, los embajadores norteamericanos ante Somoza y Carías ofrecieron a ambos dictadores todo el apoyo necesario para que se mantuvieran en el poder. Carías ordenó que fueran consideradas presas en sus hogares las mujeres que tomaron parte en la manifestación que contra él tuvo lugar en los primeros días de julio; hizo que les cortaran a las casas de esas señoras la luz y el agua y que fueran colocados centinelas en las puertas. Este salvajismo sigue en acción hoy, sin la protesta del mundo civilizado. Mientras tanto, debido a quién sabe que presión, los revolucionarios hondureños y nicaragüenses que estaban moviéndose hacia El Salvador no pueden hacerlo hoy, porque no les visan pasajes de tránsito en Guatemala.

De lo que ocurre en Haití, ya se sabe. Hay rumores según los cuales los enemigos de Lescot están muriendo envenenados, y la dictadura está haciéndose dura por horas. A su lado, en la República Dominicana, las cárceles se hallan repletas de

presos políticos. De Polín Franco, joven miembro de la sociedad distinguida de Santiago de los Caballeros, y de Freddy Valdez, obrero conocido en Cuba, donde vivió varios años, no se sabe nada desde que traspusieron las puertas del presidio político. El último cayó preso el día 7 de julio y sus familiares no han logrado averiguar en qué cárcel se encuentra.

El panorama es, por lo que se ve, bastante sombrío. A los pueblos toca convertirlo en luminoso y brillante o dejar, por inacción, que las sombras lleguen a ser sólidas, como en la Alemania de Adolfo Hitler.

UNA VOZ ANTILLANA*

Una vieja postal se anima ahora a nuestros ojos. La postal tiene al fondo unos cerros de curvas femeninas cubiertos de caña, en la que el desfalleciente Sol de agosto deja reflejos cárdenos. Se trata de una tarde plácida, camino de Bayamón, creemos, en la diminuta y querida isla puertorriqueña. Charlando, y de pie en una eminencia usufructuada por los tanques del acueducto de San Juan, nos hallamos cuatro o cinco adultos y un niño. El niño es demasiado alto para sus doce años no cumplidos; camina con movimientos oscilantes de gente nerviosa, y habla poco. Ese infante ha nacido en Santo Domingo de Guzmán, la añeja ciudad dominicana. Su madre es dominicana y unos años atrás, cuando nosotros no soñábamos siquiera con ser escritores —aunque mucho lo deseáramos, y con hondo deseo—, habíamos aprendido a admirarla. Se llama Mignon, Mignon Coiscou, retoño por la vía materna del poderoso tronco Henríquez, tan multiplicado en la historia cultural dominicana. Mignon Coiscou fue una poetisa fina. Pero cierta vez llegó a Santo Domingo un puertorriqueño llamado José Luis González y la poeta dejó de escribir para ser esposa.

Esa tarde que evocamos hoy, Mignon nos acerca sus grandes ojos hindúes y dice:

* *Información*, La Habana, 27 de septiembre de 1944, p.14.

—¿Sabes que José Luis escribe? Quisiera que leyeras algo suyo. Puede que esté equivocada, pero me parece... No sé...

El José Luis a que se refería era el hijo, no el compañero. El muchacho estaba embebido en el paisaje de cañas, en el cielo pardo, en el silencio que crecía a lo lejos. De retorno a la casa, Mignon Coiscou nos dio unos papeles escritos a maquinilla.

—Voy a llevárselos a *Alma Latina* para que los publiquen en su página de colaboración infantil. Y que siga escribiendo este muchacho. Va a ser uno de los grandes escritores de América— dijimos.

¿Cuántos años hace que pronunciamos esas palabras? Más de seis, sin duda. José Luis González debe tener ahora entre dieciocho y diecinueve. Es increíble que a esa edad haya escrito "En la sombra", lo que él llama el primer cuento de su libro de igual nombre. En verdad, no es cuento, porque José Luis González no es cuentista. Su don de narrador tiene vuelos más amplios. Ha nacido novelista, y no cabe duda de que "ha nacido", porque a su edad sólo puede escribirse como él lo hace por instinto, no por técnica, voluntad, o conciencia de todo el artificio que requiere una obra. Como se ha iniciado él, así, intuyendo que el lenguaje del narrador no necesita de nada que no sea el lenguaje en sí, y que entre lo que se cuenta y el espectador —el lector, en este caso— no debe estar el escritor; como se ha iniciado él, valiéndose exclusivamente de los hechos para presentar todo un cuadro social, sólo se inician los escritores de médula, los creadores llamados a darle vida a toda una humanidad de tipos y de grupos. Resulta increíble. Lo hemos dicho ya y lo pensamos ahora, mientras vamos hilvanando estas líneas.

Cuentista no es José Luis González, porque el cuentista forja un universo diminuto, con una medida especial, personalísima. El novelista, en cambio, es generoso y no impone límites a la vida; la toma como es y nada más, sin

principio, sin fin, sin justificación, sin acomodar los sucesos a su conveniencia, sino a la conveniencia de los seres que pueblan su obra.

Pero lo importante de José Luis González no es que sea cuentista o novelista; lo importante es su calidad de escritor. A sus pocos años, no tiene edad. Donde mejor se advierte esto es en el primer trabajo de su libro. En la mayor parte de los restantes está demasiado influenciado por escritores conocidos; pero ¿podía pedírsele más a un muchacho que escribía esas cosas cuando tenía quince o dieciséis años? Leyendo “En la Sombra” reconoce uno de entrada al narrador nato, y —cosa muy importante— el narrador del Pueblo, directo y leal. Ya al final del libro, en “Despojo”, está el mismo escritor de “En la Sombra”. He aquí cómo describe con admirable simplicidad la dura vida del jíbaro puertorriqueño: “¡Día malo para la pequeña tala! Desde bien temprano había estado soplando un viento bajo que se arrastraba de barriga sobre los sembríos, arrasando las habichuelas y quebrando los tallos de maíz... El jíbaro se había sentado en el piso del rancho, junto a la puerta. Descansaba sus pies descalzos en el primer travesaño de la escalera que da al batey. De vez en cuando el viento le daba de frente, obligándole a pestañear como a quien le cae tierra en los ojos... Adentro, la mujer dejaba caer unas batatas y unas yautías en una olla de agua. En un rincón, un muchachito gemía sin fuerzas, a hipidos. Nadie le hacía caso”.

¿Es acaso necesario haber visto lo que José Luis González describe para sentir que dice la verdad?

No; porque está dicho con tan simple lealtad a la verdad y con tal economía de efectos, que lo descrito resulta universalizado. Y sólo los verdaderos escritores saben ser universales.

José Luis González es una nueva voz antillana, capaz de hacerse oír algún día en medio del gran coro americano.

EL LÍDER DESCALZO*

Hablábamos en días pasados del Partido Popular puertorriqueño, “el Partido ejemplar”, a nuestro juicio, y nos quedamos en la embocadura del tema. Contamos cómo se había organizado y cómo alcanzó un poder precario. Pero no dijimos qué hizo con ese poder, y eso es lo importante a la hora de juzgar a un Partido. Lo que han hecho los “populares” desde las Cámaras borinqueñas resulta impresionante y no puede concebirse si antes no se tiene idea aproximada de quién es el hombre que dio vida a la organización y que sin disponer de la mayoría legislatora impuso el programa de su Partido, a despecho de la enemiga de los poderosos.

Tal hombre es Luis Muñoz Marín. Ahora está un poco más grueso; pero unos años atrás, cuando empezaba a fundar el Partido, su estampa física recordaba la de Stefan Zweig y su estampa moral era la de un patriarca de buena ley con espíritu desaprensivo de gran poeta. “The barefoot leader”, le llamó un corresponsal americano. Y en efecto, Luis Muñoz Marín es un líder descalzo, no sólo porque así se le ve a menudo, tendido sobre la yerba de la diminuta finca que un amigo le ha facilitado para que viva, sino porque siendo un hombre del Pueblo en la más elevada acepción de la frase, vive descalzo de

* *Información*, La Habana, 28 de septiembre de 1944, p.14.

corazón, como viven descalzos de los pies cientos de miles de esos jíbaros por los cuales él piensa, lucha y sufre.

El padre de Luis Muñoz Marín fue Luis Muñoz Rivera, la más destacada figura política de la isla en los tiempos de la dominación española. Muñoz Rivera era también un poeta vigoroso y por el camino de la poesía empezó a vivir el hijo. Tradujo a Markham, escribió versos originales y ensayos enjundiosos. Pero era un inquieto, una criatura tocada por cierta insatisfacible hambre de hacer cosas para los demás. A la vez, era de tremenda, aunque a la vista apacible vitalidad.

La calidad superior de la naturaleza humana en Luis Muñoz Marín se le veía en los ojos, unos ojos negros, de profundo y a la vez vago mirar, que recordaba a los místicos hindúes. Y la superior calidad de su mente se apreciaba cuando le tocaba discurrir de viva voz o por escrito.

La gente que le rodeaba no se daba cuenta, sin embargo, de la talla del hombre, aunque intuía o temía que en él hubiera un líder de superior estatura. Muñoz Marín era —sigue siendo, tenemos entendido— un ser de extraordinario despego por la forma. No le preocupaba ganar dinero —ni le preocupa ahora, cuando es el señor de la voluntad popular, pues para vivir no dispone si no de la pequeña mensualidad que le pasa su Partido, de unos cuatrocientos pesos que gana al año como senador y de la casa que le ha prestado un amigo—. No querer ganar dinero es mala señal para las personas “honorables”, y en el caso de Luis Muñoz Marín era cosa peor porque él fumaba más que ningún otro puertorriqueño, bebía más whisky que veinte hombres, tenía tras él mujeres suficientes para dos docenas de solteros. “¿Cómo —decían los señores de bienes— puede ser nada un individuo así?”.

Sin embargo, lo fue. Lo es. Porque ni montañas de tabaco rubio, ni océanos de licor de maíz ni centenares de talles esbeltos pudieron ahogar la extraordinaria naturaleza de líder

que había en Luis Muñoz Marín. Es extraño esto que vamos a decir: lo que en otro hombre hubiera podido significar destrucción de la moral ciudadana y de la fortaleza y vivacidad mental, en él servía de alimento. Porque es el caso que Muñoz Marín era y es un poeta de la política a la vez que un patriarca de su pueblo.

No se piense que su psicología ha cambiado. Lo más probable es que el visitante dé con él tendido bajo un árbol, sobre la yerba de la pequeña finca donde vive, descalzo, con montones de cigarrillos al lado y rodeado de colillas; incluso tal vez con una botella de whisky cerca. Pero lo que el visitante debe saber si lo encuentra así es que en tal momento, como en todos los de su vida, Muñoz Marín está pensando en Puerto Rico, buscando la solución de algún problema de su pueblo. Ese hombre acostado, descalzo, que acaso esté jugando con una de sus hijitas; ese hombre de copioso bigote negro y profundos ojos de hindú, ese silencioso tipo cetrino es uno de los líderes más grandes, honestos y capaces que ha tenido pueblo alguno de América. El visitante puede hablarle de todo, de cuanto se le antoje: Muñoz Marín tiene siempre un juicio concreto sobre cada asunto, y sabe expresar su juicio con la hondura y la belleza que le comunican a su discurso su fina sensibilidad de poeta y una cultura amplia cernida a través de un singular don de análisis.

Tendido allí, Muñoz Marín trabaja como pocos. Sólo va al Senado cuando su voto es necesario a la aprobación de una ley, o cuando la oposición a su Partido es tan tenaz que hace falta su presencia para derrotarla. Pero casi todas las leyes de beneficio popular que han aprobado las Cámaras borinqueñas en los últimos tres años —y ha sido un cúmulo— han salido redactadas ya de sus manos. Él no lo dice, sin embargo, ni le molesta que parezcan obra de otro. No alimenta mezquindad alguna. Es un alma grande, de dimensiones continentales. Es

el líder natural, impuesto por su estatura interior, no por esfuerzo de la voluntad. Señorea como una montaña gigantesca, por su sola presencia. No es vanidoso, no es egoísta, no es autoritario, no es sensible al halago. No se parece a figura histórica alguna, aunque su destino es comparable al de las mayores de América.

Pues ese hombre extraordinario, ese “líder descalzo”, está llamado a ser, y está en el deber de ser el Libertador de Puerto Rico.

UN GOLPE A LA POLÍTICA DEL BUEN VECINO...*

“Muchos artistas latinoamericanos tendrán ahora trabajo en Hollywood, y esto representa un aporte a la Política del Buen Vecino”, ha declarado a la prensa cubana un alto funcionario de cierta casa americana productora de películas.

Con toda certeza puede asegurarse que tales palabras debieron ser dichas al revés. Pues si en alguna ocasión se ha propinado un golpe serio a la buena vecindad entre las dos Américas, éste ha sido ese ya resuelto del doblaje al español en los *films* de Hollywood. Desde todos los puntos de vista el doblaje, actualmente en ejecución, es mortal para nuestros pueblos, ni importa que con él se beneficien 40 ó 50 ó 200 ó 1000 latinoamericanos que serán llevados a la Meca del cine para trabajar en la nueva derivación de la fastuosa industria cinematográfica. Y es al doblaje y a los que servirán para hacerlo a lo que se refería el señor que habló como dijimos al principio de esta columna.

La cinematografía latinoamericana, ampliamente desarrollada ya en México y en la Argentina, representa hoy una fuente de trabajo para muchos millares de personas y un estímulo cada vez mayor para sectores de la América hispana que hasta hace poco yacieron olvidados y alejados de la riqueza e incluso del más pedestre bienestar. Desde los escritores de

* *Información*, La Habana, 1º de octubre de 1944, p.14.

argumentos, los guionistas, los fotógrafos, los técnicos en luz y sonido, los cantantes, los músicos, los escenógrafos y tramoyistas, hasta los actores de todo género y los directores; desde los agentes de las casas productoras hasta los capitalistas, que han invertido su dinero en la novel industria, millares de latinoamericanos están recibiendo beneficios directos y cada vez más altos, de nuestra cinematografía. Esos beneficios corren peligro de perderse o por lo menos de ser rebajados con la amenaza de doblaje en español para las películas hechas en Hollywood.

Pero ahí, con ser tan importante lo ya dicho, no termina el mal. Gracias al cine américo-hispano cada día nos vamos conociendo mejor; el alma hermosa de México llega al último latinoamericano, al hombre del pueblo español, incluso al de Portugal y el Brasil; aprendemos a gustar la grandiosidad de Buenos Aires, la belleza de las ciudades interiores argentinas, la historia de la construcción de esa patria. El cine de nuestra lengua nos une y nos descubre a nuestros propios ojos; nos da conciencia de nuestro valer como pueblos. Más todavía: nos supera, nos exige la superación como artistas, como técnicos, como escritores, como gustadores del fenómeno estético, vivo en tantas de sus diversas expresiones —música, teatro, literatura— en el cine moderno.

El doblaje al español de las películas norteamericanas amenaza con destruir todo lo que hasta hoy se ha conseguido y con borrar la esperanza de lo que todavía puede conseguirse. Si esto es un aporte a la Política del Buen Vecino, que venga Dios y lo diga. Nosotros no podemos decirlo porque no tenemos costumbre de mentir.

La Política del Buen Vecino, como toda creación política que se apoye exclusivamente en intenciones o sentimientos y carezca de instrumentos idóneos —la base filosófica en primer lugar— sobre la cual mantenerse, no previó el rudo golpe que

podría sufrir a manos de aquellas empresas empeñadas en acumular beneficios, y nada más. Pues si tal hubiera previsto, el creador de esa política hubiera buscado la manera de evitar que su obra corriera peligro. Corre peligro, a juicio nuestro, la creación de Mr. Roosevelt cuando se amenaza a toda una porción importante de la vida latinoamericana a cambio de unos cuantos millones de pesos, acaso innecesarios en la repleta bolsa de los magnates hollywoodenses; es decir, cuando se proyecta lanzar a la miseria a miles de latinoamericanos, arruinar una industria ya próspera y de indudable porvenir, y eso se hace valiéndose de tesis como la de la libertad comercial, propugnada en la Carta del Atlántico para ayudar, no para perjudicar a los países menos ricos; y sobre todo —sobre la burla, el palo— cuando se pretexta, con argumentos falsos, que con ello se pondrá en práctica una medida de buena vecindad.

Dispuestos a invadirnos, para seguir diluyendo con su producción nuestra personalidad artística, económica y nacional, los empresarios de Hollywood no se conforman con prepararse a hacernos oír a Gary Cooper hablando en español mientras hace el papel de un ranchero de Kentucky, sino que en previsión de que “la leal competencia” resulte un fracaso, están comprando cuantas salas de películas y teatros se les vendan en estos países. Esa será la puntilla, pues con locales propios, ¿quién podrá impedirles que pasen por sus pantallas otras películas que las que ellos quieran? Y en cuanto a construir salas nuevas, eso podría hacerse cuando podamos comprar en otra parte, y no sólo en el Norte, aparatos de proyección.

La Política del Buen Vecino está a punto de recibir un golpe que le causará cuando menos un *knock-out* técnico. No decimos más porque esperamos que reaccione a tiempo y dé en la lona, por mucho más que la cuenta de diez, con esos enemigos peligrosos que le han salido al paso escudados justamente tras ella.

A DIOS ROGANDO...*

La revolución nicaragüense ha penetrado como una tromba en el feudo de Somoza. Una situación que estuvo a punto de resolverse con el mínimo de sangre vertida amenaza ahora costar raudales. Anastasio Somoza, dictador, estaba listo a renunciar su cargo en el mes de julio, cuando manifestaciones populares recorrieron las calles de Managua pidiéndole que abandonara el poder. No lo hizo porque encontró a última hora un aliado poderoso en Mr. James Bolton Stewart, embajador de cierto país, y al decir de círculos autorizados, socio del dictador en varias empresas.

Como Tiburcio Carías, Anastasio Somoza ha resultado de una tenacidad asombrosa en su determinación de mantenerse en el poder. Ha heredado esa tenacidad de su abuelo, que murió ahorcado, con sentencia infamante y exposición del cadáver por varios días, debido a su pertinencia en la sustracción de reses equinas y vacunas. Pero el nieto ha sido más afortunado que el infatigable cuatrero. El nieto ha tenido, desde que era sólo un jovenzuelo pretencioso, con rostro de actor de cine, poderosas amistades dispuestas a respaldarlo en sus propósitos. La primera fue una hermosa embajadora, gracias a cuya recomendación Anastasio pasó de los salones de Managua al cuerpo de Oficiales del Ejército confabulario

* *Información*, La Habana, 3 de octubre de 1944, p.14.

formado por las fuerzas de ocupación norteamericanas, allá por el 1920; el último es el señor Bolton Stewart, acaso más odiado en Nicaragua que el propio dictador.

Somoza es hoy un hombre grueso, de figura anormal, lindando en la obesidad, incluso es ya abuelo. Desde que despierta se enfunda en uniformes que recuerdan las operetas vienesas de final de siglo, y recorre los pasillos del palacio presidencial de Managua haciendo sonar la nutrida ferretería que se cuelga desde los hombros hasta la cintura, en forma de docenas de medallas. Casó con una dama de familia distinguida, la misma a quien, siendo niña, Rubén Darío le escribió en aquel fino poema en que había un rey con “un trono de malaquita un palacio de brillantes, una gentil princesita tan bonita, Margarita, tan bonita como tú”. Su último nieto fue nombrado capitán del Ejército nicaragüense tan pronto nació. Además del ridículo, el niño hereda una fortuna de 60 millones de córdobas, acumulada con la sangre del Pueblo.

Ese pueblo está cansado hace ya tiempo de su explotador. Ha tratado de hacerle comprender por todos los medios que la hora de liquidar su dictadura ha llegado. Pero Somoza no ha querido darse por aludido. Para él es más importante el respaldo de Mr. Bolton Stewart, y a ese respaldo se atiende.

Desde el mes de junio la situación política se ha tornado tan tensa y aguda en Nicaragua, que es imposible vivir allí. Día tras día hay asesinatos, fuga de hombres ilustres o de simples obreros, profesionales, campesinos, que huyen hacia los países vecinos o buscan refugio en las legaciones de El Salvador y Guatemala. En Costa Rica se han exiliado miles de nicaragüenses. De Costa Rica ha salido, armada del más moderno equipo que puede necesitarse en la guerra de la selva, una expedición que tiene el propósito de producir en Nicaragua la insurrección general. Lo que esto significa para el futuro del feudo de Somoza y acaso para toda la América Central, va a

verse pronto; pues no es fácil controlar un pueblo armado y deseoso de vengar las afrentas y los despojos que ha estado padeciendo durante años, y en Centroamérica hay muchos pueblos en esa situación.

Fuerzas costarricenses libraron el primer combate con los expedicionarios que lograron cruzar la frontera e internarse en Nicaragua dejando atrás algunos cadáveres y heridos y algún equipo. No es ésta la primera vez que los costarricenses se oponen a que sus vecinos sean libertados. Cien años atrás en Costa Rica, y por soldados de Costa Rica, cayó fusilado Francisco Morazán, el caudillo de la Unión. La generación “tica” de hoy se avergüenza de esa mancha histórica.

Y es posible que esa misma generación se avergüence de lo que acaban de hacer los soldados de su país, que no debieron, en ningún caso, disparar sobre hombres que están ejerciendo un derecho legítimo. Los revolucionarios nicaragüenses no salieron a combatir contra las tropas costarricenses, sino contra los asesinos de Somoza. Lo ocurrido sólo se explicaría si el Dr. Picado tuviera enfrente una situación política difícil con los conservadores de su país, amigos de Somoza; si ha sido presionado por un compañero de Stewart, o si él mismo es enemigo de la libertad nicaragüense. Queda una última suposición: que el combate de Guanacaste haya sido un simulacro. Sin embargo, hay muertos costarricenses y nicaragüenses.

De todas maneras, San José debe una explicación a los corazones liberales de América. Pues no se puede vivir rogando a Dios y dando con el mazo, o lo que es lo mismo: no se puede ser gobernante demócrata de Costa Rica y enemigo jurado, con balas y todo, de los demócratas de Nicaragua.

LA ACTUALIDAD GUATEMALTECA*

Tres noticias oficiales han salido de Guatemala en estos días; según una, el presidente Ponce —Federico Ponce, general, heredero del poder ubiquista— negó a los obreros libertad para sindicalizarse; según otra, Carlos Salazar, la eminencia gris del dictador Ubico, ministro de Relaciones Exteriores durante todo el régimen del Napoleoncito guatemalteco, ha perdido su puesto en el gabinete de Ponce —el mismo puesto que tuvo en Ubico—; según la última, Federico Córdova, director que fue de *El Imparcial* y miembro de la Asamblea Nacional, cayó abatido a tiros, sin que se sepa quién o quiénes fueron los autores del atentado.

Estas son las noticias oficiales. Las extraoficiales, que hacen una especie de fondo rumoroso y desconfiado, a la actualidad de Guatemala, refieren que aun desaparecido Ubico de la escena, el ubiquismo sigue gobernando en la tierra del quetzal. El Poder Legislativo es el mismo que acompañó en sus desafueros inconcebibles al general dictador; el gabinete no ha cambiado, excepto en las traslaciones que han sufrido algunos de sus miembros. Guillermo Cruz, por ejemplo, que ha reemplazado a Carlos Salazar en el Ministerio de lo Exterior, fue ministro de Fomento durante el gobierno de Ubico.

¿Y éste? El que fuera émulo de Estrada Cabrera y superior, en la dureza represiva, a su padrino Justino Rufino Barrios,

* *Información*, La Habana, 5 de octubre de 1944, p.14.

está en Guatemala. No ha querido salir del país. Nadie lo ve; no se inmiscuye en política. Pero sus huestes, unidas por los bastardos intereses que durante su larga dictadura creó y fundió Ubico, se mantienen espalda con espalda, como los soldados a quienes se les ha dicho que no tendrán cuartel, que luchan hasta morir aunque el jefe haya caído en la pelea.

Es lástima que la revolución haya sido secuestrada en Guatemala; que se la frene y desvirtúe. Ubico cayó a resultados de una de las rebeliones populares más vastas y más impresionantes que ha visto América. Durante casi un mes las multitudes salían día tras día a las calles, inermes, sólo escudadas en el pavoroso coraje que comunica la convicción de que ya no es posible sufrir más, de que el valor de la vida ha llegado a su postrera expresión. Las manifestaciones recorrían las avenidas de la capital "chapina", nutridas de mujeres, de estudiantes, de indios; recibidas a metralla por la bárbara Policía ubiquista, se dispersaban dejando los arroyos sembrados de cadáveres y heridos, lavados por la sangre; pero media hora después, una hora más tarde, nuevas manifestaciones surgían nadie sabía de dónde, vociferantes, coléricas, para ser diezmadas de nuevo por el plomo dictatorial. Esto estuvo ocurriendo incesantemente, día y noche, semana tras semana. Hasta que los matones se cansaron de matar.

"¿Vienen a matar al Presidente, criminales?", gritaba un oficial de la guardia de Palacio a una multitud que llegó hasta los muros de la mansión presidencial. Y de la multitud salió una voz lúgubre, terrible en su simplicidad, que contestó sólo esto: "¡No! Venimos a que ustedes nos maten".

Jamás se había oído cosa igual en América. Chorreando sangre del pelo a los pies, hastiado, agobiado, Ubico abandonó un día el poder. Pero no lo puso en manos del Pueblo, sino en las de sus amigos.

Sin embargo, no todo es sombrío hoy en Guatemala. Hay libertad de expresión, y eso es bastante. Excepto Clemente Marroquín Rojas, el Bayardo de la oposición a Ubico, y cuatro amigos suyos, todos los desterrados han vuelto, entre ellos el Dr. Juan José Arévalo, educador ilustre, que pasó su exilio en Uruguay y Argentina. Arévalo parece ser hoy el hombre popular en Guatemala. A La Aurora, el aeropuerto de Guatemala, fueron a recibirlo más de 50 mil personas, a despecho de que está como a 30 kilómetros de la ciudad y de que las dificultades del transporte exigían que la distancia se hiciera a pie, por lo menos para la mayoría. Si hay elecciones libres en Guatemala, Arévalo será seguramente presidente. Pero es probable que no sean libres las elecciones. El Partido Liberal tiene un “gallo tapado”, de procedencia castrense, al parecer. Y entre militares y liberales se las arreglarán para no dar el poder a quienes hoy están —como desde hace doce años— en medio de la calle.

La situación de Guatemala recuerda mucho la de Venezuela a la caída de Gómez. Como en el país de Bolívar durante los primeros meses de gobierno de López Contreras, ha habido expulsiones de cuatro o cinco líderes considerados “muy radicales”; hay miedo a las organizaciones obreras. Lo que no sabemos es si Federico Ponce será hombre que resista comparaciones con López Contreras, heredero de Gómez, su ministro de la guerra durante mucho tiempo.

Porque a pesar de haber servido por años a Juan Vicente Gómez, López Contreras no fue “gomecista” a la hora de gobernar. Tuvo el tino de servir de puente entre la terrible dictadura del señor de Maracay y la democracia actual de Medina Angarita. Fue un hombre de quien podría decirse que sirvió a cabalidad el espinoso, difícil papel de la historia en su país.

Plegue a los dioses que eso sea, por lo menos, el general Federico Ponce en la fascinante Guatemala.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

A

Acheson, Dean 89-92
Aguilar Fuentes, Efraín 384, 387
Ahumada, Vicente 507, 509
Albizu Campos, Pedro 511
Albornoz, Miguel Ángel 339
Alduvin, Ricardo D. 372
Alegría, José 15
Alemán, José Manuel 218
Alemán, Miguel 169-175
Alfaro, Eloy 340, 341, 343-346,
355-357
Alfínger, Micer Ambrosio 52-55,
58, 60, 63, 66
Alvarado, Pedro de 523
Álvares Cabral, Pedro 428, 475
Amaro [Domínguez, Joaquín] 170
Amiama, Manuel A. 5
Aponte, Pablo Emilio 189, 190,
193
Aponte, Pedro Emilio 188
Aramayo [Carlos Víctor] 337
Arana, Diego de 38, 42, 48
Aranguren, Antonio 181, 182
Araújo [Arturo] 303, 308
Arbenz, Jacobo 165-167, 224, 261,
264-266
Arce, Margot 13
Arévalo, Juan José 160, 163-167,
261, 263-266, 549
Arévalo Cedeño, Emilio 371
Arias, Arnulfo 151, 519-522
Arroyo del Río, Carlos 339, 340,
344, 345

Artigas [José Gervasio] 473
Atila 52
Attlee [Clement] 202
Avelino, Andrés 6, 7
Ávila Camacho, Manuel 169, 170,
174, 507
Azaña, Mariano 271

B

Badillo, Pablo V. 15
Badoglio [Mariscal Pietro] 108
Báez, Mauricio 224, 247, 248
Bao-Dai [Nguyen Vinh Thuy] 251,
253, 254, 256, 257, 259
Barceló, Antonio 511
Barletta, Diputado 151
Barrios, Justo Rufino 380, 389,
408, 409, 547
Bayardo 549
Bazil [Osvaldo] 3
Belaval, Emilio S. 14
Benavides, Oscar R. 440, 441
Bencosme, Sergio 247
Bermúdez 134
Bernardino, Félix W. 238-242, 245,
246, 248, 249
Bertrand [Barahona, Francisco] 375
Betances [Ramón Emeterio] 505, 516
Betancourt, Rómulo 75-79, 119-122,
128, 131-138, 180, 207, 210-213
Bimba, Juan 138
Blanco, Andrés Eloy 214, 368
Blanco, Lilina de 214
Blanco, Tomás 13

- Bolívar, Simón 26, 27, 66, 75, 129, 181, 185, 194, 211, 284, 288, 295-297, 328, 411, 464, 549
- Bolton Stewart, James 543-545
- Bonaparte, Napoleón 25, 286
- Bonilla, Emma Vda. de 373
- Bonilla, Policarpo 373
- Bosch, José 241, 437
- Bosch, Juan 271, 277, 280, 283, 438, 452, 491
- Boyer, Jean-Pierre 288, 289, 291
- Braden, Spruille 69-72, 213, 261, 262, 349
- Briggs, Ellis O. 336
- Brito, Alfredo 220, 222, 223, 240
- Buda 392
- Butler, Robert 222
- C**
- Cabral, General 293
- Cahonaboa (Véase Caonabó)
- Calderón Guardia 98, 99, 100, 101, 102, 103, 150, 266
- Callejas, Venancio 372
- Calles [Plutarco Elías] 171
- Calvo, Tito 303, 308, 309, 319
- Caonabó 37-49
- Capone, Al 199, 207
- Cárdenas, Lázaro 169-171, 175
- Carías (Familia) 371, 372
- Carías, Ana Rosa, viuda de 372
- Carías, Calixto 371, 392, 488
- Carías, Fernando 372
- Carías, Gonzalo 372
- Carías, Marcos 371
- Carías, Tiburcio 70, 72, 157-160, 168, 305, 348, 359-361, 363-365, 371-373, 375-377, 391-393, 401, 487-489, 529, 543
- Carías, Tiburcio hijo 372
- Carías, Víctor 372
- Carlos V 51, 234
- Carnevali, Alberto 209
- Carpentier, Alejo 491
- Carranza [Venustiano] 170
- Carrera, Rafael 388
- Casas Alemán 169, 171, 174, 176
- Castellón [Sanabrias, Francisco] 400
- Castillo de Carías, Elena 372, 392
- Castro, José R. 372, 487, 489
- Castro, Manolo 218
- Ceballos Martínez, Tomás 437
- Cedillo [Saturnino] 379
- Centeno, Doctor 373
- Cerda, Rigoberto 436
- Cesteros [Tulio Manuel] 3
- Chamorro, Emiliano 154
- Chanca, Doctor 41
- Kai-shek, Chiang 109, 116, 254, 257
- Chinchilla, Jesús 372
- Christophe [Henri] 25, 27, 28, 274, 285, 288
- Churchill, Winston 254
- Cisneros, General 373
- Claret, Santiago 435
- Clark [Mark W.] 108
- Coiscou, Máximo 5, 6
- Coiscou, Mignon 531, 532
- Coll y Vidal, José 15
- Colón, Cristóbal 24, 37-49, 272, 285
- Concepción de Gracia, Gilberto 499
- Connally, Tom 479, 491, 493, 494
- Contín Aybar, Pedro 9
- Contreras, Hilma 7-9
- Cooper, Gary 541
- Córdova, Federico 547
- Cristo 123
- Cruz, Guillermo 547
- Cruz y Nieves, Antonio 14
- Cubas Turcios 372
- D**
- Daniels, Paul C. 92-94, 143
- Darías, Manuel 375-377
- Darío, Rubén 154, 368, 544
- David, Joseph 143
- Dávila, Carlos 245
- De Gaulle, Charles 254
- Delgado Chalbaud, Carlos 112, 119, 125, 177-181, 183, 184, 188-192, 195, 196
- Dessalines, Jean-Jacques 25, 27, 28, 285, 288, 455
- Dewey, Thomas A. 248

- Díaz, Juan M. 237-239, 243, 246
 Díaz, Pedro 189
 Díaz, Porfirio 509
 Diego [Rivera] 174
 Duarte, Juan Pablo 18-20, 29-31,
 33-35, 290, 291
 Dubuc, Luis Augusto 117
 Duque de Tiburón 293
- E**
 Echandía, Darío 404
 Eduardo VIII 234
 Enriquillo, Cacique 85
 Estrada Cabrera 408, 409, 547
 Estrada, General 395
- F**
 Farell [Edelmiro Julián] 447, 448
 Felipe II 234, 235
 Fernando VII 287
 Ferrand [Louis] 287
 Fiallo, Fabio 3, 5, 8
 Fiallo, Federico 141
 Figueres, José Martí 97-105, 120,
 121, 122, 128, 149, 150, 266
 Florentino, Pedro 5
 Flores [Juan José] General 345,
 395, 396
 Font Saldaña, Jorge 15
 Foster Dulles, John 261-263
 Franco, Francisco 72, 111, 125,
 128, 262, 433, 440, 448, 467,
 468
 Franco, Polín 530
 Franco Quijano 179-182
 Fuenmayor, Juan Bautista 119
 Fuentes Rubirosa, Chichí 248
 Funes, Negro 371
- G**
 Galich, Manuel 167, 265
 Gallegos, Rómulo 120, 131, 184,
 196
 Gálvez, Juan M. 11, 157-161
 Gama, Vasco de 431
 García Cáliz, Abel 371
 García Granados, Jorge 166, 167
 García Granados, María 383
 García Granados, Miguel 383, 408
 García Moreno 340, 341, 345
 Géigel Polanco, Vicente 15, 499,
 500, 511
 Genco, J.T. 249
 Gil, Diógenes 403-405, 468
 Gil Fortul 133
 Giordani [Huertas, Víctor] 167
 Gómez, Juan Vicente 76, 135, 136,
 181, 295, 296, 352, 371, 549
 Gómez, Laureano 324, 467-469
 Gómez, Máximo 5, 20, 170, 283,
 293, 504, 516
 Gómez, Moisés 372
 González, Hugo 328
 González, José Luis 531-533
 González Videla 72, 128
 Granados, María 409
 Guacanagarix (Cacique) 39-42
 Guamiquina 41
 Guillén Zelaya, Alfonso 372
 Gutiérrez Burgos, Luis 189
- H**
 Hatch, Carl 479
 Henríquez (Familia) 332, 531
 Henríquez, Enrique Cotubanamá
 77
 Henríquez Guzmán 169
 Henríquez Ureña, Camila 6
 Henríquez Ureña, Max 6
 Henríquez Ureña, Pedro 6, 7
 Henríquez y Carvajal, Federico 4,
 515-518
 Hércules 292
 Hermida, Félix 239-242, 246
 Hernández Franco, Tomás 9
 Hernández Martínez, Maximiliano
 163, 168, 295-297, 303-305,
 307-309, 319-321, 348, 400,
 407
 Herrera, Moisés 372
 Hinojosa, Roberto 336, 337, 347,
 348
 Hitler, Adolfo 43, 71, 109, 113-115,
 117, 126, 129, 308, 348, 384,
 385, 399, 431, 448, 460, 477,
 495, 520, 521, 530

Ho Chi Minh 251, 253, 254, 256,
257
Hoover [Herbert] 69
Hoschild, Maurice 337
Hostos, Eugenio María de 11, 12,
271, 274, 447, 505, 516, 517
Hudicourt, Max 456
Hugo, Víctor 400
Hull, Cordell 432, 433

I

Ibáñez, Carlos 244, 245, 336
Inchástegui Cabral, Héctor 8
Isaac, Jorge 333
Isabel II 21, 45
Iturbide, Agustín I 388, 508

J

Jatar Dotti, Braulio 207
Jáuregui, Arturo 162
Jorge VI 234, 235
Juárez, Benito 129, 509
Júpiter 412

K

Khai-Dinh 253

L

Labarca, Senador 527
Laguerre, Enrique 13
Lamarche, Ángel Rafael 4
Lara, Bacalao 188, 189, 191-193
Las Casas [Fray Bartolomé de] 39
Lenin [Nicolás] 115, 136, 417
Leopoldo [III] 108
Lescot, Ellie 299-301, 455-457, 529
Llorens Torres, Luis 367, 368
Llovera Páez, Luis Felipe (Lipín)
177, 179, 180, 182, 183, 185,
209, 214, 215
Llovet, Juan José 4
Logroño [Arturo] 3
Long, Henry Huey P. 91
Lope de Vega 368
López, Alfonso 323-325, 403, 404,
433, 469
López Contreras, Eleazar 70, 77,
180, 191, 297, 352, 549

López, Luis Alonso 372
López [Pumarejo, Alfonso] 468
L'Ouverture, Toussaint 17, 25, 26,
284, 285, 455
Loynaz del Castillo, Enrique 503,
504
Lugones [Leopoldo] 368
Luna Pradoff, Juan 119

M

Maceo, Antonio 129
MacKenzie [William L.] 202
Madero [Francisco] 170
Maniocatex 43, 45, 47
Margarit, Mosén Pedro 42, 44
Margarita [de Somoza] 544
Marín, Víctor 320, 321
Markham 536
Marrero Aristy, Ramón 8, 9
Marroquín Rojas, Clemente 549
Martí, José 4, 11, 18, 87, 99, 104,
264, 383, 464, 503, 504, 516
Martín, Francisco 51, 52, 54, 56-
59, 61-66
Martínez (Véase Hernández
Martínez, Maximiliano)
Martínez Galindo 373, 488
Martínez, Salvador de 296
Marx, Carlos 133, 134, 136
Medina Angarita, Isaías 77, 78,
180, 210, 213, 297, 352, 433,
549
Medina Raudales, Rafael 364, 372
Mejía, Abigaíl 7
Mejía Colindres 363, 364, 372
Mejía, Gustavo Adolfo 5, 6
Melara, Luis 373
Meléndez, Concha 12
Mella, Julio Antonio 21, 30, 291
Mella, Ramón 18, 19, 21, 30, 32,
291
Méndez Ballester, Manuel 14
Meriño, Adolfo G. 245
Messersmith [George] 69, 70
Millá, José 389
Mindszenty, Cardenal 117
Miró Quesada (Familia) 440
Montes de Oca 193, 194

Mora, Manuel 122
 Morales, Ángel 247
 Morales, Carlos 208
 Morales Rocha, Julián 189
 Morazán, Francisco 161, 388, 389,
 401, 407-409, 424, 524, 525, 545
 Moreno Jimenes [Domingo] 7
 Morinigo [Higinio] 348, 432, 528
 Mota (Familia) 82
 Mota, Antonio 86
 Mota, Carlos Alberto 81-87
 Muñoz Marín, Luis 15, 313, 445,
 500, 511-513, 535-537
 Muñoz Rivera, Luis 536
 Mussolini [Benito] 126, 308, 448

N

Nariño, Antonio 404, 405
 Navarro, Miguel A. 365, 373
 Nehru, Pandit 109, 110
 Nerón [Emperador] 75
 Nguyen Ai Quoc 254
 Nielsen, Thomas A. 246
 Nolasco, Flérida de 6, 7
 Nolasco, Sócrates 5
 Núñez de Balboa, Vasco 151
 Núñez de Cáceres, José 17, 26, 28,
 289, 292

O

Ochoa Velásquez 373
 Odría, Manuel 111, 112, 121, 125,
 127, 163, 184
 Ojeda, Alonso de 44-46
 Olaya Herrera [Enrique] 323, 324,
 467
 O'Neill, Ana María 13
 Orellana [José María] 409
 Oviedo y Banes 62

P

Pacheco Marroquín, Carlos 381
 Páez [José Antonio] 196, 304
 Pagán, Bolívar 311, 312, 313
 Palma, Ricardo 441
 Paoli, Alberto 191
 Patiño [Antenor] 337
 Patiño, Jesús María 436

Paz Estenssoro [Víctor] 432
 Pedreira, Antonio S. 12, 13
 Peñaranda [Enrique] 336
 Peralta, Ricardo 385, 386
 Pérez 297
 Pérez Jiménez, Marcos 177-185,
 190-195, 208, 209, 211-215
 Perón, Juan D. 69, 70, 72, 111, 112,
 125, 129, 212, 447, 448, 528
 Pétain [Philippe] 108
 Pétion, Alexandre 27, 288, 328, 455
 Picado, Teodoro 100, 102, 103,
 140, 266, 545
 Pichardo, Paíno 247
 Pichirilo Mejía [Mejía Pichirilo,
 Ramón] 220, 221
 Pittini, Monseñor 412
 Pizarro, Francisco 388
 Plaza, Leonidas (Capitán) 357
 Plaza, Leonidas (General) 357
 Plutarco 99, 104
 Ponce, Federico 547, 549
 Prado, Manuel 439-441, 529
 Prats-Ramírez, Francisco 4, 5
 Prestes, Luis Carlos 476, 477
 Prío Socarrás, Carlos 89, 92, 128,
 263-265

Q

Quijote 289, 292

R

Ramírez, Miguel Ángel 101, 219,
 222
 Ramírez Alcántara, Porfirio 141
 Ramírez Rosell, Reynaldo 528
 Ramos Blanco [Teodoro] 515
 Remón [José Antonio] 151, 152
 Requena, Andrés 237-247, 249, 250
 Restrepo, Monseñor 467
 Rhee [Syngman] 116
 Rijo, José 9
 Rocinante 294
 Rockefeller, Nelson 212, 213
 Rodríguez Cámpora 224
 Rodríguez Demorizi, Emilio 5
 Rodríguez, Juan 142
 Romero, Arturo 295, 296, 308, 309

- Roosevelt [Franklin Delano] 311, 313, 348, 453, 461, 499-501, 504, 505, 541
- Roosevelt, Teodoro 69
- Rubirosa, Porfirio 247
- Ruiz Pineda, Leonardo 209
- S**
- Sacasa [Benjamín Lacayo] 395-397
- Sáenz, Vicente 524
- Salazar [Antonio de Oliveira] 111
- Salazar, Carlos 547
- Salvatierra, Sofonías 395
- San Martín, Pedro de 60-63
- Sanabria, Carlos 488
- Sánchez, Buenaventura 81
- Sánchez, Francisco del Rosario 18-20, 30-32, 34, 35, 290, 291
- Sánchez, Jaime (Jaimito) 81-87
- Sánchez, Luis Alberto 242
- Sánchez, María Trinidad 32, 35
- Sánchez, Serafín 503, 504
- Sánchez Cerro [Luis Miguel] 440
- Sánchez Ramírez, Juan 25, 26, 286, 287, 288, 292
- Sandino, Augusto César 154, 395, 396, 397
- Sandino, Sócrates 395
- Santamaría, Juan 401
- Santana, Pedro 20, 33-35, 292, 293
- Santander [Francisco de Paula] 467
- Santos Chinchilla 372
- Santos Chocano [José] 368, 369, 409
- Santos, Eduardo 324
- Sarmiento [Domingo Faustino] 447
- Sayller o Sailler, Bartolomé 52
- Serallés, Juan 513
- Serna, Ismael 408
- Serrano [Francisco Roque] 170
- Sierra Berdecia, Fernando 15
- Sihanouk, Norodom 255, 259
- Sisavang Vong 255, 259
- Socapa, José 372
- Somoza, Anastasio 70, 72, 89, 90, 92-94, 105, 111, 112, 125, 126, 150, 153-155, 305, 348, 393, 395-397, 399-401, 529, 543-545
- Soulouque [Faustin] 18, 293
- Stalin, Josef 111, 113, 115, 117, 119, 122, 136, 140, 201, 203, 210, 416, 417
- Suárez Flamerich, Germán 187, 197, 214
- Suárez, Luis 372
- Sucre, Antonio José de 328, 395, 404, 411
- T**
- Tancredo Saviñón 437
- Thompson, Dorothy 164, 261
- Thurston, Walter [Embajador] 319, 320
- Tito [Yosif] 262
- Torquemada 123
- Torres, Profesor 153
- Trigvie Lye 199, 201, 202, 205
- Trujillo, Héctor B. 217, 227-234, 241
- Trujillo Martínez, Rafael L. (Ramfis) 227, 228, 233, 234
- Trujillo Molina, Rafael L. 70, 72, 75-78, 81, 89, 90, 92-94, 101, 105, 111, 112, 125, 127, 139, 140-145, 154, 156, 199-205, 217, 219, 220, 222, 223-227, 229-235, 237, 241, 242, 244 245-248, 335, 336, 348, 349, 379, 392, 396, 400, 411-413, 415-417, 419-421, 435, 436, 456, 457
- Truman [Harry] 69-71, 108, 202, 264
- Tse-Tung, Mao 109, 116, 257, 259
- Tugwell, Rexford 311, 313, 500
- U**
- Ubico, Jorge 164, 168, 263, 305, 348, 379-381, 383-386, 389, 391, 392, 400, 407-409, 423-425, 485, 547-549
- Ulate, Otilio 100-104, 149
- Umanzor, General 395
- Urbina, Rafael Simón 177-179, 182, 183, 188-192, 194, 195

Ureña de Henríquez, Salomé 7, 517
Ureta, Eloy G. 440

V

Valdés, Luis 6, 7
Valdez, Freddy 530
Valle, Rafael Heliodoro 372, 488
Vargas, Getulio 432, 476, 477,
528
Vargas, Mario 213
Vargas, Tulio G. 476
Vargas Vila 409
Varona 515
Vasconia, Iñigo de 55, 60, 61, 63,
64
Vega Batlle, Julio 9
Veintimilla, Marieta 339, 345
Velasco Ibarra, José María 340,
341, 343-345, 355-357, 433
Velásquez, Gregorio A. 371
Velazco [Juan Filomeno] 69
Villa [Pancho] 170

Villarroel [Gualberto] 337, 347,
348, 432, 528
Virgen de las Mercedes 43

W

Walker, William 400, 401
Walter, Señor 218
Warren, Avra 329, 335-337, 347-349,
432, 528
Weber, Delia 7, 8
Welles, Sumner 460
Wilde Ospina [Carlos] 380
Winship, Blanton 500
Wootan 114

Z

Zamora, General 134
Zapata [Emiliano] 170
Zorrilla [Rafael Augusto] 7
Zúñiga Huete, Ángel 158, 159,
360, 361, 363, 364, 488
Zweig, Stefan 535

EL TOMO XXXIV [OBRA PERIODÍSTICA (EN CUBA)], DE LAS *OBRAS COMPLETAS* DE JUAN BOSCH, FUE IMPRESO EL TREINTA DE JUNIO DE DOS MIL DOCE EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE SERIGRAF, S.A., EN SANTO DOMINGO, REPÚBLICA DOMINICANA.